

MURÚA, MARTÍN DE (SIGLOS XVI-XVII)

HISTORIA GENERAL DEL PERÚ

ÍNDICE:

LIBRO PRIMERO

Al lector

CAPITULO I

De cómo antiguamente no hubo en este reyno ni Señor universal hasta los yngas

CAPITULO II

Del principio y origen de los yngas y de dónde salieron

Del primer rey e ynga Mango Capac, padre y genitor, de quien procede y se derivan todos los demás y de sus maravillosos hechos

CAPITULO III

Cómo Manco Capac armó caballero a su hijo Sinchiroca y entró por fuerza en el Cuzco y se enseñoreó dél

CAPITULO IV

De la Coya Mama Huaco, mujer de Manco Capac, y de su gobierno

CAPITULO V

De la vida de Sinchiroca primer, señor ynga

CAPITULO VI

De la vida de Chympo Coya, mujer de Sinchiroca inga

CAPITULO VII

Del tercer inga Lloque Yupanqui

CAPITULO VIII

De la coya Mamacura y por otro nombre Anachuarque, mujer de Lloque Yupanqui inga

CAPITULO IX

De Maita Capac, cuarto ynga y rey

CAPITULO X

De la coya Chimpo Urma, mujer del valeroso Maita Capac, por otro nombre Mama Yacche

CAPITULO XI

Del quinto ynga llamado Capac Yupanqui

CAPITULO XII

De la coya Chimpo Ocllo y por otro nombre Mama Cahua, mujer de Capac Yupanqui Inga

CAPITULO XIII

De Ynga Roca, sexto señor, que dividió las dos parcialidades de Anan Cuzco y Urin Cuzco

CAPITULO XIV

De la Coya Cusi Chimpo, por otro nombre Mamamicay

CAPITULO XV

De Yahuar Huacac, ynga y rey séptimo

CAPITULO XVI

De Ypahuaco Coya, por otro nombre Mamachiquia, mujer de Yahuar Huacac

CAPITULO XVII

De los hechos de Viracocha, ynga octavo

CAPITULO XVIII

De Mamayunto Coya, mujer de Viracocha Ynga

CAPITULO XIX

Del valeroso ynga Yuanqui, por otro nombre Pachacuti Ynga

CAPITULO XX

De cómo Ynga Yupanqui ilustró la casa del sol y de otras cosas memorables y conquistas suyas

CAPITULO XXI

Cómo Ynga Yuanqui mandó matar a su hermano Capac Yupanqui y envió a su hijo, Tua Inga Yupanqui, a conquistar nuevas tierras

CAPITULO XXII

De cómo Tupa Ynga Yupanqui volvió al Cuzco y su padre Ynga Yupanqui le renunció el señorío

CAPITULO XXIII

De Mama Ana Huarque Coya, mujer de Ynga Yupanqui

CAPITULO XXIV

De Tupa Ynga Yupanqui, Inga y Rey

CAPITULO XXV

Cómo Tupa Ynga Yupanqui descubrió muchas minas, y fue conquistado hasta Chile y dio leyes a sus reinos

CAPITULO XXVI

Cómo Tupa Inga Yupanqui ordenó todo su reino, y de la traición que intentó contra él su hermano, Toca Capac, y de su muerte

CAPITULO XXVII

De Mama Ocllo Coya, la mujer de Tupa Ynga Yupanqui

CAPITULO XXVIII

Como fue alzado por Ynga Huayna Capac, hijo de Tupa Inga Yupanqui

CAPITULO XXIX

De cómo Hualpaya, gobernador, se quiso alzar con el reino y matar a Huayna Capac y fue muerto, y del casamiento de Huayna Capac

CAPITULO XXX

Del llanto que hizo Huayna Capac por su padre y madre, y visita de muchas provincias personalmente

CAPITULO XXXI

Cómo Huayna Capac juntó su ejército y salió del Cuzco y llegó a Tomebamba, y de los edificios que allí hizo

CAPITULO XXXII

Cómo Huayna Capac envió a la conquista de Pasto parte de su ejército y fue desbaratado, y al fin él sujetó y conquistó a Pasto

CAPITULO XXXIII

Cómo Huayna Capac conquistó las provincias de los Caranguis, y del peligro en que se vio

CAPITULO XXXIV

Del motín que se levantó en Tomebamba por Mihi y otros capitanes de los orejones, y como lo sosegó Huayna Capac

CAPITULO XXXV

Cómo combatiendo la fortaleza de Carangui murió Auqui Toma, hermano de Huayna Capac, y después la tomó el mismo por su persona

CAPITULO XXXVI

Cómo Huayna Capac prendió a Pinto, cacique cayambi, y envió un capitán contra los chiriguanas

CAPITULO XXXVII

Cómo prosiguiendo Huayna Capac en su conquista se vio en gran peligro, y de su muerte

CAPITULO XXXVIII

De la gran Coya Rahua Ocllo, mujer de Huayna Capac, y del caso notable sucedido en el pueblo de Yauqui Supa

CAPITULO XXXIX

De lo que ordenó Huayna Capac en su testamento, y de cómo alzaron por Ynga a Tupa Cusi Hualpa y por otro nombre Huascar Ynga

CAPITULO XL

De las crueldades que Huascar Ynga hizo en el Cuzco con sus hermanos y los que venían con el cuerpo de su padre

CAPITULO XLI

Del solemne triunfo con que entró el ejército de Huayna Capac en el Cuzco

CAPITULO XLII

De cómo Huascar Ynga triunfó en nombre de su padre Huayna Capac, y las fiestas que después hizo

CAPITULO XLIII

De cómo Huscar Inga se casó con su hermana Chuqui Huipa, y de las grandes fiestas que en el casamiento se hicieron

CAPITULO XLIV

De la jornada que mandó hacer Huscar Ynga en los chachapoyas, y muerte de su hermano Chuquis Huaman

CAPITULO XLV

De la venganza de la muerte de Chuquis Huaman, y cómo llegaron a Huascar Ynga mensajeros de su hermano Atao Hualpa

CAPITULO XLVI

Cómo empezaron las diferencias entre Huascar Ynga y su hermano Atao Hualpa

CAPITULO XLVII

Cómo Atao Hualpa, sabiendo que su hermano le enviaba a prender, se preparó para la defensa

CAPITULO XLVIII

De las dos batallas que hubo entre la gente de Huascar Ynga y Atao Hualpa

CAPITULO XLIX

Cómo sabida por Huascar la división que su hermano había hecho del rey no envió contra él a Huanca Auqui, y de las batallas que se dieron

CAPITULO L

De cómo Huanca Auqui habiendo perdido otra batalla se retiró a Cusipampa e hizo la conquista de las Pacamoros

CAPITULO LI

De la embajada que envió Huascar Inga a Huanca Auqui, y de las batallas que tuvo con la gente de Atao Hualpa, y al fin se retiró

CAPITULO LII

De cómo Quisquis venció a los chachapoyas, y a Huanca Auqui, en otras dos batallas

CAPITULO LIII

De cómo Huascar Ynga, habiendo hecho grandes sacrificios, salió en persona a la defensa de sus estados y venció a Quisquis en una batalla

CAPITULO LIV

Cómo otro día pelearon Quisquis y Chalco Chima con Huascar Ynga y le vencieron y prendieron

CAPITULO LV

Cómo Huanca Auqui y los demás orejones dieron la obediencia a la figura de Atao Hualpa

CAPITULO LVI

Cómo Quisquis mandó sacar a Huascar Ynga en público y de lo que con él pasó y las crueldades que empezó a hacer

CAPITULO LVII

Cómo Quisquis mandó matar en presencia de Huascar Ynga gran número de sus mujeres y quemar el cuerpo de Tupa Ynga Yupanqui

CAPITULO LVIII

Cómo sabida la victoria por Atao Hualpa se venía al Cuzco, y se topó en Caja Marca con el marqués don Francisco Pizarro

CAPITULO LIX

De cómo el marqués don Francisco Pizarro se vio en el campo con Atao Hualpa y lo prendió

CAPITULO LX

Cómo el marqués don Francisco Pizarro despachó al Cuzco y Pacha Camac y Atao Hualpa mandó matar a su hermano Huascar Ynga

CAPITULO LXI

De la Coya Chuqui Huipa, mujer de Huascar Ynga

CAPITULO LXII

Cómo Atao Hualpa se puso luto por su hermano Huascar, y prendieron a Chalco Chima

CAPITULO LXIII

Cómo el Marqués Pizarro careó a Chalco Chima y Atao Hualpa y mandó matar a Atao Hualpa

CAPITULO LXIV

Que el Marqués Pizarro fue al Cuzco y allí nombró por Ynga a Manco Ynga

CAPITULO LXV

Que el Marqués Pizarro y Manco Ynga dieron batalla a Quisquis y le vencieron, y se apoderaron del Cuzco

CAPITULO LXVI

Que Manco Ynga salió del Cuzco y se rebeló y envió a ponerle cerco con sus capitanes

CAPITULO LXVII

Cómo los indios de la fortaleza mataron a Juan Pizarro, y al fin los españoles la ganaron

CAPITULO LXVIII

Cómo Manco Ynga envió a cercar a la Ciudad de los Reyes a Quizo Yuanqui, y lo que les sucedió

CAPITULO LXIX

Que sabida por Manco Ynga la muerte de Quizo Yupanqui, envió mensajeros al Marqués, el cual fue al Cuzco

CAPITULO LXX

Que Don Diego de Almagro volviendo de Chile trató de reducir a Manco Inga y lo que le sucedió

CAPITULO LXXI

Cómo se alzaron todas las provincias de arriba y eligieron por Señor a Quinti Raura, y salió contra ellos Hernando Pizarro

CAPITULO LXXII

Cómo Manco Ynga mató muchos españoles que lo iban a prender, y Diego Méndez y otros entraron donde estaban de paz

CAPITULO LXXIII

Cómo Diego Méndez y los demás españoles mataron a traición a Manco Ynga

CAPITULO LXXIV

De cómo Saire Topa bajó a la Ciudad de los Reyes y dio la obediencia a su majestad, y de su muerte

CAPITULO LXXV

Cómo gobernando Cusi Tito Yupanqui entraron en Vilcabamba dos religiosos del orden de San Agustín y lo que les sucedió, y de la muerte del Ynga

CAPITULO LXXVI

Cómo los capitanes, de Cusi Tito Yupanqui prendieron al Padre Fr. Diego, y le mataron muy cruelmente

CAPITULO LXXVII

De las crueldades que hicieron los indios con el cuerpo muerto del bendito Fr. Diego Ortiz

CAPITULO LXXVIII

Cómo el visorrey Don Francisco de Toledo envió mensajeros a Cusi Tito Yupanqui, y se los mataron

CAPITULO LXXIX

Cómo el virrey don Francisco de Toledo envió por general contra Topa Amaro a Martín Hurtado de Mendoza de Arbieta, y le dio batalla

CAPITULO LXXX.

Que se descubrió camino por donde salió el campo al valle de Puquiura y de otras cosas que les sucedieron

CAPITULO LXXXI

Cómo mediante los avisos de Puma Inga se torno el fuerte de Huaina Pucara, a fuerza de brazos

CAPITULO LXXXII

Que el General Martín Hurtado de Arbieta entro en Vilcabamba y, envió detrás de Quispi Tito y lo prendieron

CAPITULO LXXXIII

De que el general despachó al capitán Martín García de Loyola, el cual prendió a Tupa Amaro Ynga

CAPITULO LXXXIV

De cómo el gobernador Arbieto envió a sacar el cuerpo del padre Fray Diego Ortiz, adonde los indios lo habían enterrado

CAPITULO LXXXV

Cómo el gobernador Arbieto envió a Topa Amaro y a los demás presos al Cuzco y el Virrey mando justicia a Topa Amaro

CAPITULO LXXXVI

De Pachacuti hijo de Manco Capac y de una fábula que de él se cuenta

CAPITULO LXXXVII

De Ynga Urcum hijo de Viracocha Ynga y de la piedra que llaman en el Cuzco cansada

CAPITULO LXXXVIII

De Tupa Amaro hijo de Pachacuti Ynga Yupanqui y de un suceso extraño

CAPITULO LXXXIX

Donde se dirá el casamiento del príncipe y capitán Topa Amaro, con un admirable suceso que le acaeció con la ñusta Cusi Chimbo, su mujer

CAPITULO XC

De quién fue Capac Huaritito y Ausitopa

CAPITULO XCI

En que se pone una ficción y suceso de un pastor Acoytapia, con Chuquillanto hija de el Sol

CAPITULO XCII

Del fin desdichado que tuvieron los amores de Acoitapia y Chuqui Llanto

CAPITULO XCIII

De un admirable suceso que los indios cuentan de Saire Tupa Ynga y de su mujer y hermana doña María Cusi Huarcay, padres de doña Beatriz Clara Coya

LIBRO SEGUNDO DEL GOBIERNO QUE LOS YNCAS TUVIERON EN ESTE REINO Y RITOS Y CEREMONIAS QUE GUARDABAN

CAPITULO I

De la disposición de los Yngas y de sus costumbres

CAPITULO II

Del Palacio Real del Ynga, llamado Cuusmanco, y de sus vestidos e insignias

CAPITULO III

De los vestidos y armas de los Yngas

CAPITULO IV

Del gobierno que tenían los Yngas y costumbre de los indios

CAPITULO V

De la manera que el Ynga castigaba los agravios de sus virreyes

CAPITULO VI

Del orden que tenía el Ynga en el castigo de los delincuentes, ladrones y vagabundos

CAPITULO VII

De la división que el Ynga hizo en este reino en cuatro partes y de los indios mitimas, y depósitos que tenía

CAPITULO VIII

De los chasquis que el Ynga tenía y del orden con que los puso

CAPITULO IX

De los tambos que tenía el Ynga y las puentes de crisneja

CAPITULO X

Del orden que había en los distritos de las provincias, y en los caminos

CAPITULO XI

De los contadores que había, llamados Quipucamayos

CAPITULO XII

De la escuela que tenía el Ynga en el Cuzco

CAPITULO XIII

Del gobierno que los Yngas tenían y orden con sus vasallos

CAPITULO XIV

Cómo sucedían los Yngas en este reino

CAPITULO XV

De las coyas y del modo que el Ynga tenía en su casamiento con ella

CAPITULO XVI

Del orden que tenían los demás indios en sus casamientos y bodas

CAPITULO XVII

De las cosas de recogimiento que tenía el Ynga

CAPITULO XVIII

De las demás casas de recogidas que tenía el Ynga en su reino

CAPITULO XIX

De otra casa que había de indias dedicadas al sol

CAPITULO XX

Del orden que guardó el Ynga en saber la gente que tenía en su reino

CAPITULO XXI

Cómo el Ynga dividió toda esta gente en siete estados

CAPITULO XXII

De las ordenanzas que los Yngas dieron a sus vasallos

CAPITULO XXIII

Del modo que el Ynga guardaba en la guerra

CAPITULO XXIV

De las confecciones que estos indios usaban

CAPITULO XXV

De los ritos que guardaban estos indios con los difuntos

CAPITULO XXVI

De los médicos que tenían los indios y las curas que hacían

CAPITULO XXVII

De las cosas que sacrificaban los indios

CAPITULO XXVIII

De las demás cosas que adoraban los indios

CAPITULO XXIX

Del cuidado que tenían los indios en que se aumentasen las huacas, y los ayunos que hacían y sacrificios generales

CAPITULO XXX

De otros ritos y ceremonias que usaban los indios

CAPITULO XXXI

De los ministros que tenían en los sacrificios y modo de hacerlos

CAPITULO XXXII

De los hechiceros y hechiceras que usaban los indios

CAPITULO XXXIII

De los sortilegios y adivinos que había entre los indios

CAPITULO XXXIV

De los agüeros y abusiones que guardaban estos indios

CAPITULO XXXV

De otras supersticiones y abusos que tenían los indios

CAPITULO XXXVI

De las huacas que adoraban los indios

CAPITULO XXXVII

Del modo que se podría tener para evitar las hechicerías que hoy usan los indios

CAPITULO XXXVIII

Del orden que tuvieron los indios en el año

CAPITULO XXXIX

De las demás fiestas ordinarias de los indios

CAPITULO XL

De algunas cosas notables y de admiración deste reino

LIBRO TERCERO DONDE SE TRATA EN GENERAL Y PARTICULAR DESTE REINO DEL PERÚ Y LAS CIUDADES PRINCIPALES Y VILLAS DÉL

CAPITULO I

Del nombre deste reino del Perú, y del origen de los naturales dél

CAPITULO II

De la disposición del reino del Perú

CAPITULO III

De la disposición de la Sierra y Andes

CAPITULO IV

De las riquezas del reino del Perú

CAPITULO V

Del gobierno que hoy tiene el reino del Perú

CAPITULO VI

Que prosigue el gobierno de justicia que hoy tiene el Perú

CAPITULO VII

De cómo los primeros religiosos que pasaron a la conquista deste reino occidental del Perú, fueron los de la Sagrada religión de Nuestra Señora de las Mercedes, Redención de cautivos, y del fruto que en él hicieron con su doctrina y predicación

CAPITULO VIII

De cómo los religiosos de la orden del hábito de Nuestra Señora de las Mercedes fueron, después de haber conquistado y predicado el Santo Evangelio en este reino del Perú, a las provincias y gobernaciones de Santa Cruz, Tucumán, Paraguay y Reino de Chile

CAPITULO VIII

De otros religiosos de Nuestra Señora de la Merced que han hecho particular fruto en aquellos reinos, particularmente los dos varones santos y mártires Fray Joan de Salazar y Fray Christóval de Albarrán

CAPITULO IX

Del gobierno espiritual que hay en el reino del Perú

CAPITULO X

De la gran ciudad del Cuzco y su descripción

CAPITULO XI

De las fiestas que se hicieron en la ciudad del Cuzco al nacimiento del Príncipe don Phelipe, año de mil y seisientos y seis

CAPITULO XII

Que prosigue las fiestas que hicieron en la ciudad del Cuzco

CAPITULO XIII

De la Ciudad de los Reyes y su descripción

CAPITULO XIV

Que prosigue las cosas notables de la Ciudad de los Reyes

CAPITULO XV

Del Callao y puerto de la Ciudad de los Reyes

CAPITULO XVI

De la ciudad de León de Huanuco

CAPITULO XVII

De la gran ciudad de San Francisco de Quito y de su nombre

CAPITULO XVIII

De otras ciudades y villas desde Reino hasta la ciudad de Trujillo

CAPITULO XIX

De la villa de Cañete y de Ica

CAPITULO XX

De los valles de la Nasca y la villa de Camana

CAPITULO XXI

De la muy noble y leal ciudad de Arequipa

CAPITULO XXII

De la miserable ruina que vino a la ciudad de Arequipa

CAPITULO XXIII

De la villa de San Marcos de Arica

CAPITULO XXIV

De la Villa Rica de Oropesa y la ciudad de Castro Virreina

CAPITULO XXV

De la ciudad de San Juan de la Frontera de Guamanga

CAPITULO XXVI

De la ciudad de Nuestra Señora de la Paz y su descripción y nombre antiguo de Chuquiapo

CAPITULO XXVII

De la villa rica de Hururo y de su descubrimiento

CAPITULO XXVIII

De la villa de Oropesa y Canata, en el valle de Cochapampa

CAPITULO XXIX

De la ciudad de San Miguel de la Plata, provincia de los Charcas y nuevo reino de Toledo

CAPITULO XXX

Del rico y afamado Cerro de Potosí y de sus grandezas

CAPITULO XXXI

De la villa imperial de Santiago de Potosí

AL LECTOR

Aunque muchos han tocado los sucesos de los Yncas señores un tiempo de aquellas provincias del Pirú y aun algunos han hecho particulares libros con todo eso, si se ha de guardar el rigor de lo que quiere decir Historia, conforme la definió Cicerón en el libro 2.º de sus oraciones que dijo que la Historia era testigo de los tiempos, Luz de la Verdad, Vida de la Memoria, Maestra de la Vida y Correo de la Antigüedad, ninguno pienso que ha cumplido con todas estas condicionales con el rigor que yo he deseado cumplir, porque he conferido lo que escribo con los testigos de entrambos tiempos, comunicando en aquellas partes los muchos años que en ellas he vivido con los Indios de mayor edad y discurso, y revolviendo su modo de archivos y depósitos más olvidados y sepultados con que se ha dado la luz posible a la verdad que se busca, y vida a la memoria que se iba a acabar, ilustrándola con la gloria grandeza del Monarca que hoy la posee debajo de la obediencia de la Iglesia Romana, con la buena política que se verá en la descripción, que aquí ponemos de aquellas provincias con que se ha seguido el último fin que se pretende en la historia, que es recreado enseñar a vivir a los que leen, con el ejemplo de los que pasaron, todo lo uno y lo otro remito y sujeto a la erudición de tantos hombres graves como hoy escriben, de quien espero la aceptación que merece mi deseo, porque ha sido verdadero de acertar (rubricado).

AL AUTOR

Soys en todo el orbe tal
fray Martín por vuestra pluma
que con esta brebe suma
es vuestro nombre inmortal.

Quien podrá mover su canto
a la historia que sacais
si solo en ella dejais
al mundo lleno de espanto.

AL AUTOR

Nadie fray Martín presume
ser tan arrogante y loco
que pueda dezir en poco
lo que alcansó vuestra pluma.

Y así tendré por grandeza
el quedar sin alabanza
pues que nadie alcanza
donde vuestro ingenio empieza.

Don Luis de Quiñones Osorio del ámbito de Alcántara, señor de la villa de Quintanilla, gobernador y capitán general de estas provincias de Tucumán por el Rey nuestro señor,

aviendo visto y leído un libro intitulado La historia general del Piru compuesto por el padre fr. Martín de Murua, elector del general capítulo de la orden de Nuestra Señora de las Mercedes, certifico a los que la presente vieren, que es ystoria berdadera y que en ella no se pueden añadir ni quitar por aber asistido endiuerercas (sic) partes deste Reyno entre los yndios naturales y aber sabido la mesma relación sin otras muchas que por curiosidad e procurado saber y visto ocularmente por lo qual hallo justo el trabajo y diligencia que el dicho padre elector puso en sacar a luz tan ofuscada ystoria y asi no solo debe ser agradecido mas premiado su yntento. Fecha en cordoba de tucumán a beynte ocho dias de setiembre de mill y seysientos y catorze años. Don Luis de Quiñones Ossorio firmado y rubricado. Por mandado del Sr. Gobernador, Gregorio Martínez Campuzano, S. S. mayor de gobernación firmado y rubricado. autógrafo.

El Licenciado Francisco de Irujo, Comendador del Santo Officio de la Ynquisicion destas prouincias del Rio de la Plata y Paraguay y de la gouernación de Tuquman y sus provincias. He visto este libro que trata de origen y fin de los yngas del Perú y de sus ritos y ceremonias compuesto por el Reuerendo Padre Fray Martín de Mutua elector del Capitulo General de la Orden de Nuestra Señora de la Merced de la prouincia del Cuzco y dexa que no e hallado en el cosa contraria a nuestra fee ni buenas costumbres y que contiene tantas tan uarias antiguas y curiossas cossas dignas de ser sauidas y quel estilo con que uan escritas no solo es graue y apacible mas tambien verdadero, según que yo como uno de los mas antiguos destes Reynos y sin sospecha lo puedo afirmar, por constarme de muchas dellas por uista de ojos y de noticias y Relaciones que me han hecho muchos caciques amtiquissimos y otros yndios de crédito ynteligentes desta Historia de quienes en diuersos tiempos la ynquiri (con particular diligencia) me parece digna de que se ymprima y saque a luz y porque la tengo por leiçion prouechossa para los curas que dotrinan y curiossas personas. En Buenos Aires de la prouincia del Rio de la Plata a diez y siete de diziembre de mill y seiscientos y catorçe años.

El Licenciado: Francisco de Irujo. Por mandado del Comissario del Santo Offiçio, Juan de Vergara, notario. autógrafos.

Yo, Martin Dominguez Jara, Comisario del Santo Offiçio y de la Santa Cruzada de esta prouincia del laricay cura y veneficiado deste pueblo de Ylabaya, digo que yo e visto por orden y mandato del ilustrisimo señor don Fray Domingo de Senteno y Valderrama, Arçobispo, Obispo de la çiudad de/La Paz, vn libro intitulado Historia General del Pirú muy vtil y prouechosso y de mucha curiosidad, compuesto por el muy Reverendo Padre Fray Martín de Mutua, Elector general del Orden de Nuestra Señora de las Mercedes, redención de captiuos, en el qual libro contiene relación muy berdadera del origen, principio y generalogia de los grandes señores reyes yncas que fueron deste rreyno del Pirú y de sus echos y costumbres y maneras de viuir y de su gouierno con otras cosas muy curiossas, y al cabo del trata el particular deste dicho reyno del Pirú y de las grandes ciudades e prouincias que tiene en si, todo lo qual afirmo, como persona que de quinze años a esta parte les e tratado y dotrinado a estos naturales, de los quales tengo gran noticia de todas las cosas contenidas en este dicho libro, por aberlas tratado y comunicado así con los susos dichos como con los demás yndios viejos y antiguos así

en este dicha prouincia como en las demas deste dicho reyno, de veinte años a esta parte, las quales seran de muy gran prouecho el saberlas para los curas de los yndios deste dicho rreyno y para las demas personas de mucho gusto y así sera de gran efecto y seruiçio de Dios que se ymprima y salga a luz el dicho libro y por verdad lo firmé en este dicho pueblo de ilabaya, en beynte y cinco de agosto de mill y seyscientos y onze.- Martín Dominguez Xara (rubricado) copia.

Yo, Diego de Guzmán, cura de las parrochias de Sanct Sebastian y Sancta Bárbara y de todos los demás yndios naturales desta ciudad de Nuestra Señora de la Paz de Chuquiago, digo que yo e visto por orden y comission del Ilustrisimo Señor Don Fray Domingo de Balderrama y Senteno, Arçobispo desta dicha ciudad vn libro yntitulado la Historia relacion del origen principio e generalojía (sic) de los grandes señores yngas que fueron deste rreyno del Pirú y de sus cossas y manera de biuir y de su gouierno, con otras cosas muy curiosas y al cabo dél donde en particular trata deste dicho rreyno del Pirú y de las provincias y ciudades que tienen en sí, compuesto por el muy Reverendo/Padre Comendador Fray Martín de Mutua, Elector general de castilla del orden de Nustra Señora de las Mercedes, redención de captiuos, el qual dicho libro es vúl y prouechoso y contiene relacion muy berdadera de todo lo sucedido en este dicho rreyno del Pirú todo lo qual sé y afirmo como persona naçida y criada en él y e tenido y tengo gran noticia de las cosas contenidas en este dicho libro, por aberlas visto, comunicado y conferido con los yndios antiguos viejos y curacas y algunos de los yncas ansi en la gran ciudad del Cuzco, como en las demás prouinçias y ciudades deste dicho rreyno de ochenta años a esta parte las quales seran de mucha consideración el saberlas por que fuera de ser de mucho gusto y deleite se sabrá de los ritos y leyes que entre esta gente hubo de que se pueden aprouechar los curas que doctrinan a estos yndios y ansi sera de grande efecto y seruicio de Dios en que se ymprima y salga a luz este dicho libro y por berdad lo firmé en La Paz en ocho de setiembre de mill y seisientos y onze años Diego de Guzmán. copia. El doctor Don Alexo de Venauente Solís, Canónigo de la Cathredal y Metròpoli delos Charcas, Comissario general de la Santa Cruzada. E visto este libro por mandado y comission del señor doctor don Antonio Calderón Obispo de la Barranca del Consejo de Su Majestad, el qual es católico y muy curioso, vtil y prouechoso asi para los curas como para los españoles e yndios, yntitulados la famosa ystoria y relacion de los reyes yncas señores deste reyno del Pirú compuesto por el Padre Elector General, Fray Martín de Mutua Comendador y Cura del pueblo de Huata de la Orden de Nuestra Señora de las Mercedes, Redencion de Captiuos, y por la mucha experiencia que deste dicho reyno tengo y saber las lenguas de los naturales dél, e visto muchas de las cosas contenidas en él y e oydo muchas y el autor merece por el gran trabajo y curiosidad que en componer le a tenido, gran premio el qual es mi parecer. Firmado en la ciudad de la Plata del Pirú, en dies dias del mes de mayo de mill y seysientos y doze años.- El Doctor Solís (rubricado). copia.

Fray Pedro González de la Orden de Predicadores, Visitador general deste Obispado, de la ciudad de la Paz, por el Ilustrisimo Señor Don Fray Domingo de Balderrama Centeno, Arcobispo y primer Obispo del dicho Obispado del Consejo de Su Majestad, digo que abiendo seme cometido viesse vn libro yntitulado la ystoria general desendencia y antigüedad de los yngas, reyes del Pirú, con otras cosas curiosas, compuesto por el

Reverendo Padre Fray Martín de Mutua del orden de Nuestra Señora de las Mercedes, Redención de Captiuos y Elector general, me parece por haber visto muchas de las prouincias que sita y de todas las demás del dicho reyno, tener cierta relación y de ser obra curiosa vien y fielmente trabajada y que guarda puntualmente el orden así en la berdad de la susecion, trajes y costumbres de los dichos reyes yngas como en las demás curiosidades dignas de ser sabidas y de que muchos curiosos gustarán tener noticia, por lo qual es justo salga a luz y se premie el traba (sic) al autor. En La Paz, en seis de setiembre de mill y seyscientos y onze.- Fray Pedro González (rubricado).

Gutierre Fernández, Maestro de Capilla de la Sancta Yglesia Metropolitana y Cathredad (sic) de los Charcas, Cura y Veneffiçiado de la Doctrina y Perrochia de Sanct Lázaro desta ciudad de los Charcas, por comission del Ilustrissimo Señor Obispo de la Barranca e Doctor Don Antonio Calderón. Vi y ley vn libro yntitulado la Ystoria general de los Yncas y reyno del Pirú compuesto por el Reverendo Padre Fray Martín de Mutua, Comendador del Orden de Nuestra Señora de la Merced Redención de Captiuos de la Casa y Doctrina de Huata y Elector del Capítulo General de su rreligión y como persona de esperiençia y muy antigua en este reyno y aber tratado mucho tiempo con los naturales dél, por aberlos doctrinado y asistido en lugares donde por la mucha comunicacion que con los dichos e tenido y por la larga esperiençia y notiçia de las cosas y antigüedades deste rreyno la qual espeçialmente tube en la ciudad del Cuzco, donde viui mucho tiempo y doctiné yndios. Digo quel dicho libro es muy ynportante, para todo género de gente curiosa, porque contiene con berdad muchas antigüedades dignas de ser sabidas y estimadas y asimismo exemplos y cosas muy doctrinables que pueden ynportar a todo género de gente. Y así no solo se puede dar liçençia a el dicho Padre para que ynprima el dicho libro pero por el grande trabajo que le a costado el poner en orden negoçio tan dificultoso, es digno de muy gran premio y esto es lo que siento y así lo firmé de mi nombre en catorze días del mes de mayo de mill y seyscientos y doze años. En esta çiudad de La Plata.- Gutierre Fernández, ydalgo (rubricado). copia.

Aprobación de La Plata.

Por mandado del Ilustrísimo Señor Don Alonso de Peralta del Consejo de Su Majestad y Primer Arçobispo desta ciudad, e visto este libro de la ystoria general del Pirú, conpuesto por el Padre Fray Martín de Mutua de la Orden de Nuestra Señora de las Mercedes, Elector general de Castilla y Comendador y Cura del pueblo de Huata que como a persona antigua en este rreyno del Pirú y que saue las cosas dél por aber más de cincuenta años que trato dellas se me encargó y allo que ystoria dél corresponde a las relaciones que los yndios más antiguos me an dado y con las que an suçedido en nuestros tiempos que e visto por vista de ojos y está ajustada a la verdad que no ay cosa que se pueda quitar, añadir y emendar y me parese que se deue ynprimir y sacar a luz para que todos gozen de ystoria tan traujada y en estilo graue y claro y se le deuen dar muchas graçias al dicho Padre Comendador y hazer muy grande estimacion del trabajo y diligencia que a puesto en saber e ynquirir las cosas deste reyno con rrara verdad, claridad y distinçion. En La Plata a ocho de Febrero de mill y seisientos y doze años.- El Arcidiano, Francisco Bazquez copia.

Por orden de nuestro muy Reverendo Padre Fray Pedro de Arze, prouincial del Orden de Nuestra Señora de las Mercedes, Redencion de Captiuos en esta Prouincia del Cuzco, Charcas y Santa Cruz de la Çierra. E rreconogido este libro yntitulado ystoria general de los Yncas del Cuzco, compuesto por el Padre Fray Martín de Murúa, de la dicha Orden y digo ques obra de gran variedad y muy curioso y prouechoso, no allo en el cosa que se encuentre con la doctrina catholica. Esto me parese y V. P. le puede dar liçencia para le ynprimir. Dada en Potosí en tres de Março del año de seisientos y treçe.- Fray Luis Carrillo, Comendador (rubricado) copia.

Por mandado y comission de nuestro muy Reverendo Padre Fray Pedro de Arze, Prouincial de la Orden de Nuestra Señora de la Merced, en esta prouincia del Cuzco, rreyno del Pirú, yo el presentado, Fray Balthasar de los Rreyes, Comendador del Conuento de la dicha Orden en esta Ymperial Villa de Potossí. E visto, examinado y con particular cuydado, leydo, un libro yntitulado Historia General del Pirú, compuesto por el Reuerendo Padre Fray Martín de Murúa, de la dicha Orden, Comendador de Huata y Elector del Capítulo General por esta dicha prouincia, y no e allado en el cossa que contradiga a nuestra santa fee catholica (mala) (sic) santa y sana doctrina y buenas costumbres de la Yglesia. Contiene Ystoria cierta y verdadera, según lo que yo e platicado con personas ynteligentes y antiguas en las Ystorias de las Yndias en beynte y quatro años que aquestoy en ellas. El estilo (sic) es agradable, llano y sin afectación y la Historia digna de ser sauida por su mucha curiosidad y bariedad de cassos, rritos y gentilidades, de donde se podrá ynferir la mucha merced que Dios a echo a este rreyno del Pirú por mano de los catholicos reyes de España, en ynbiar a este rreyno sus ministros ecclesiasticos y seculares a la predicación evangélica y espero en Nuestro Señor que con la lectura del libro que tanto trauajo costó al dicho Padre Comendador y Elector Fray Martín de Murúa, la Diuina Málestad será seruida y la humana del rrey nuestro señor y la naçion española engrandecidos. Y así soy de parecer que no solo nuestro muy Reverendo Padre Prouincial debe dar licencia al dicho Padre Comendador y Elector para que el dicho libro se ymprima y lo saque a lus, pero que se lo mando en obediencia así para que la ympresión del libro tenga más cierto efecto, como para que al dicho Padre Comendador le sea el trauajo de mayor mérito. Ffecha en Potossí quatro días del mes de marco de mill y seissientos y treçe años.- El Presentado, Fray Balthasar de los Reyes, Comendador copia.

Fray Pedro de Arze, prouincial del orden de Nuestra Señora de las Mercedes, redemption de captiuos en esta prouincia del Cuzco, Charcas, Sancta Cruz de la Sierra, etc. por quanto el Padre Fray Martín de Murúa, Comendador de nuestro Conuento de Huata, Elector de Capítulo General por esta dicha prouincia, a escrito un libro llamado Ystoria General del Pirú en el qual a ocupado mucho tiempo y trauajo, e abiendo cometido su exsamen al Padre Presentado, Fray Balthasar de los Rreyes, Comendador de nuestro Conuento de Potossí y al Padre Fray Luis Carrillo, Comendador de la Conception, Examinador general de la lengua general del Pirú, declararon ser muy vtil y prouechoso y no contrario a nuestra sancta fee catholica, por el tenor de las presentes le damos liçencia para que pueda hazer ynprimir el dicho libro, guardando en la ympresión el orden que su

Majestad y su Real Consejo tienen dado. En nuestro convento de Potossí, a quatro de Março de mill y seiscientos y treçe años.

Fray Pedro de Arze, Prouincial (rubricado).- Por mandado de Nuestro Padre Prouincial.

Fray Luis Bernal
secretario (rubricado). firmas autógrafas.

Por mandado de nuestro Padre Reverendísimo, el Padre Maestro, Fray Francisco de Ribera, Maestro general de todo el Orden de Nuestra Señora de la Merced, e visto este libro que a compuesto el Padre Fray Martín de Murúa, relijioso de nuestra sagrada religion y elector de capítulo general, por aquellas provincias del Perú, cuyo título es Ystoria general de los Reyes Yngas y de aquel rreino, y no hallo en él cossa contra nuestra fé ni las buenas constumbres ni contra la noticia que se tiene de los sucessos de aquella monarchia, antes me parece la historia verdadera y el estilo apacible y que será de consideración y importancia su lectura, y así me parece Vuestra Reverendísima le podrá mandar dar la licencia que pide para poderle presentar en el Consejo de Su Magestad, para que se le dé para imprimirlo y por la uerdad. Lo firmé en este convento de Nuestra Señora de la Merced de Madrid, 22 de Octubre de 1615.- Fray Alonso Remón (rubricado). autógrafo.

Censura de Pedro de Valencia.-M. P. S.-

Por mandado de Vuestra Alteza e leído este libro intitulado Historia General del Pirú, origen i descendencia de los Incas, etc. compuesto por el Padre Fray Martín de Murúa, elector general del Orden de Nuestra Señora de las Mercees, Redención de Cautivos, Comendador i Cura de Huata, i me parece se le puede dar la licencia que pide para que se le imprima, porque no contiene cosa contra la fé ni las buenas costumbres y ayudará mucho al cumplimiento de la Historia del Perú, porque con nueva diligencia a descubierto i trata muchas cosas de las antigüedades de aquel reino i del Gobierno i descripción, grandeza i maravillas naturales dél. En Madrid, 28 de Abril de 1616.-Pedro de Valencia (rubricado). copia.

A SU ALTEZA DE EL PRÍNCIPE DE ESPAÑA NUESTRO SEÑOR DON PHILIPPO
4º Y A SU ALTEZA PRINCESA DE ESPAÑA Y SEÑORA NUESTRA.

Quien es tan descuydado vasallo a quien no cause cuydado y desvelo el procurar offrezer algo a los pies de Vuestra Alteza que sea de gusto y agrado para poderlo presentar y dar la Princesa de España Señora esposa de Vuestra Alteza yo a lo menos me confieso deudor a la fortuna pues en esta ocasión me hallo con esta Historia de los Ingas Señores un tiempo de las provincias del Peru que ya como Reynos que esperan a Vuestra Alteza por Señor puedo dezir que traygo un don y un tesoro copioso de todos los bienes que le da el Evangelio a un rico don y presente quando consta de la verdad de la antigüedad y de la grandeza de la novedad, pero ninguna llega a ser tan grande como el aver mereçido que

sea como primicia y primera offrenda este libro de la Princesa Nuestra Señora pronostico felicissimo de los muchos Reynos y nuevas conquistas que estan pendientes de la catholica y Augusta mano de Vuestra Alteza cuya real persona Nuestro Señor nos guarde para grandes bienes de la christiandad (rubricado).

LIBRO I

DEL ORIGEN Y DESCENDENCIA DE LOS INGAS

CAPÍTULO I

De cómo antiguamente no hubo en este reyno rey ni señor universal hasta los yngas ...

Muchas personas han inquirido y puesto diligencia de sacar de raíz quién fueron los primeros pobladores destas provincias del Perú y el origen de los ingas que señorearon este reino, y entre ellos fue Don Francisco de Toledo, hermano de Don Joan de Toledo, Conde de Oropesa, del hábito y orden de Alcántara, comendador de Acebuche, y que fue Viso-Rey destes reinos y los gobernó con grandísima prudencia e hizo en ellos leyes justísimas, dignas de tal caballero, y lo que más cierto halló fue que antiguamente no hubo en todas estas provincias señor general, sino que en cada provincia, nación y parentela se gobernaban por el más principal della, sin pueblos en orden ni policía, como agora están y como lo estuvieron en el tiempo de los yngas, y tenían sus pueblos, o por mejor decir poblaciones, unas apartadas de otras, en cerros o valles donde hallaban más comodidad por hacer sus sementeras junto a algún río o puente, y entre sí se guerreaban por aumentar y defender sus términos y chacaras los vecinos unos por otros, usando de las ondas que entre ellos llaman guaracas, ni hubo nombre de Cuzco ni otras cosas de policía, pues toda la que después tuvieron nació y procedió de los Ingas que, como gente de tan gran valor y entendimiento, lo dispusieron y domesticaron ordenando el modo de vivir y trazando y limitando los términos como después se dirá. Sólo, entre otras cosas, que usaban, era castigar con grande vigor al que se juntaba con su hija, hermana o parienta muy cercana y teníanle, cuando sucedía algo de esto, por mal agüero y decían que ésta era la causa porque no llovía y les venían trabajos, enfermedades y pestilencias, y se perdían las sementeras, y, castigándolos ejemplarmente, los mataban y enterraban en los caminos y mojones para escarmiento, y en memoria ponían en las sepulturas unas piedras blancas, y al que se juntaba con madrastra o mujer de hermano o deudo, le atormentaban volviéndole los brazos atrás o le daban con una piedra muchos golpes y los apartaban de manera que jamás se juntaban. Algunos usaban en particular Guacas y solamente sacrificaban cabezas de ovejas de la tierra y soplaban la coca chicha y otras comidas, y esto sólo acostumbraban hasta que por los yngas, como abajo diremos, se mudó y ordenó todo el reino.

CAPÍTULO II

Del principio y origen de los yngas y de dónde salieron

Varias y diversas cosas y graciosas fábulas cuentan los indios del aparecimiento de los primeros yngas y de la manera con que entraron en la ciudad del Cuzco y la conquistaron y poblaron, sin que en este caso pueda haber cosa cierta ni determinada. La más general y común opinión y más recibida entre ellos es que el primer Inga se llamó Manco Capac, aunque también a éste algunos le hacen el último de los hermanos Ingas. Pero sea lo que fuere, yo seguiré en esta historia aquello que con más probabilidad he podido sacar y averiguar.

Dicen los indios que cuando con el diluvio se acabó la gente y que del pueblo de Pacaritambo, cinco leguas del Cuzco, de una cueva por una ventana salieron y procedieron los Ingas y que eran cuatro hermanos, el mayor llamado Manco Capac, Ayarcache, Ayarauca, Ayarhuchu. Y cuatro hermanas: Mamahuaco, ésta fue muy varonil, y peleó, y conquistó algunos indios; Mamacora, Mamaoclo, y Mamatabua. También cuentan algunos indios antiguos que de la gran laguna de Titicaca, que está en la provincia del Collao, vinieron hasta esta cueva de Pacaritambo, unos indios, e indias, todos hermanos, gentiles hombres y valerosos, y que traían las orejas moradas, y en los agujeros pedazos de oro. Uno de los cuales fue Manco Capac. Cualquiera de estas opiniones se puede seguir en el aparecimiento de los Ingas, pues no es razón para creer más la una que la otra, siendo todo fabuloso. Vinieron, pues, estos hermanos y hermanas desde Pacaritambo de noche, y, llegados al pueblo de Pachete, allí miraron de una parte a otra, por hallar buena tierra para poblar, y no satisfaciéndose, se volvieron por el mismo camino y llegaron a Guayna Cancha, y allí se juntó Manco Capac con su hermana Mama Oclo, aunque otros dicen que con Mamahuaco, otra hermana. Y viniendo en el camino vieron que la hermana estaba preñada y entre ellos hicieron inquisición, diciendo ¿cuál de nosotros ha hecho esta maldad? Sabida la verdad, llegaron a Tambuqui, a do nació Cinchiroca, de lo cual se holgaron y dieron gracia al Hacedor y al Sol, y pasaron hasta Chasquito. Allí acordaron todos que Ayarauca, su hermano, que era el más atrevido dellos, volviese a Pacaritambo a la cueva donde habían salido y allí lo encerrasen. Llamándole, dijeron: ya sabéis, hermano, que dejamos ciertos vasos de oro, llamados topacusi, y cierta semilla en la cueva de donde salimos; es menester que vayáis allá por ello, para que juntemos con ellos gente y seamos señores. El Ayarauca lo rehusó y dijo que no quería, a lo cual le dijo Mamahuaco que tuviese vergüenza siendo mozo tan atrevido, no querer volver por aquellas reliquias, y así, avergonzado, dijo que sí, y fue con él un criado suyo llamado Tambo Chacai. Llegado a la cueva Ayarauca, entró a sacar los vasos que le habían dicho que trajese, y mientras él estaba buscando dentro de la cueva, el Tambo Chacai cerró la puerta con una piedra grande, porque así se lo habían mandado los hermanos. Y Ayarauca se quedó dentro, y empezó a dar grandes gritos, pretendiendo salir, y con las voces que daba y mucha fuerza que ponía, tembló aquel cerro y se abrió por muchas partes, y el Tambo Chacai se sentó encima de la piedra, con que había cerrado la puerta, y el Ayarauca le dijo desde lo interior de la cueva: vos, traidor, pensáis volver allá con estas nuevas: vos quedaréis ahí como yo aquí dentro, y así quedó el Tambo Chacai convertido en piedra, y hasta hoy está la señal allí. La causa porque hicieron los demás hermanos volver a este Ayarauca y encerrarlo en la cueva

dicen una invención y fábula ridícula, porque al tiempo que caminaban venían tirando piedras y derribando los cerros, y por ser tan valiente no osaron llevarlo consigo, porque llegando a donde hubiese gente no se atreviese a hacer alguna demasía y por él los matasen a todos, y de allí se partieron y llegaron al cerro que ahora llaman Huanacauri. Y vieron un Arco del Cielo, que era tiempo de aguas, y el un pie estaba fijado en el cerro, y como lo viesan una mañana al alborear, de lejos, dijeron los unos a los otros: veis aquel Arco, y todos respondieron que sí, y dijo Manco Capac, el mayor: buena señal es aquélla, que ya no se acabará el mundo por agua; vamos allá y desde allí veremos a donde hemos de fundar nuestro pueblo, y echaron suertes qué harían, y en ellas supieron cómo era buena llegar a aquel cerro a ver lo que había y qué tierra se parecía de allí, y viniendo caminando hacia el cerro, de lejos vieron una huaca, bulto de persona, que estaba asentado, y el arco llegaba a los pies de la huaca. Era esta huaca de un poblezuelo llamado Sano, que estaba a una legua pequeña, de allí llamase la huaca Chimpo y Cahua, y entraron en consulta y trataron que sería bueno cogerlo y que si no lo tomaban, que no tenían ningún remedio, y yendo a ello, Ayarcache, así como llegó a la huaca se asentó sobre ella y le dijo: ¿qué hacéis, hermano? estemos juntos, y la huaca volvió la cabeza a conocer quién era, y como lo tenían oprimido, no lo pudo ver bien, y queriéndose desviar, no pudo, porque se le quedaron las plantas de los pies pegados a las espaldas de la huaca. Los hermanos, entendiendo que ya estaba preso, fueron corriendo a ayudarle, y des que así se vio les dijo, cuando llegaron: mala obra me habéis hecho, que ya no puedo ir con vosotros; ya quedo apartado de vuestra compañía y sé que habéis de ser grandes señores. Lo que os ruego es que en todas vuestras fiestas y sacrificios os acordéis de mí y que sea yo el primero que reciba vuestras ofrendas, pues me quedo aquí, y cuando hicieris Guarachico a vuestros hijos como a su padre que acá por todos queda, sea yo adorado dellos; y así quedó Ayarcache hecho piedra y le pusieron por nombre Guanacauri, y los hermanos, muy tristes, se volvieron la cuesta abajo y llegaron a un sitio que está a los pies del cerro Huanacauri, llamado Matahua, y allí horadaron las orejas a Sinchiroca, que es el Huarachico, y lloraron la dejada de su hermano y dijeron: Oh, si nuestros hermanos vieran este ynfante, cómo se holgaran con él, y comenzaron a llorar, y allí se inventó el llanto de los muertos y las ceremonias con que se lloran, tomando para ello el Phrasis y de las palomas, y allí inventaron las ceremonias de los raimis quico chico y rutu chico y la fiesta del ayuscai, que todo se declarara en su lugar.

CAPÍTULO II bis (¿?)

Del primer rey e ynca Mango Capac, padre y genitor, de quien procede y se derivan todos los demás y de sus maravillosos hechos

Introducido, pues, el gran Manco Capac, en el señorío de la gran ciudad del Cuzco por uno de los medios referidos, como fuese de alto y generoso ánimo, de agudo, sagaz, y sutil ingenio, gobernó sus acciones de manera que en breve tiempo ganó los corazones de todos. Lo primero que hizo fue reducir a policía la dicha ciudad, dando forma de pueblo a lo que antes era chacarras o caseríos, partiéndola en dos ayillos o barrios, como se dirá en la discrepción de la dicha ciudad del Cuzco, con que autorizó su persona y se hizo respetar más de la gente popular. Nombró por capitán a su hijo Sinchiroca de uno de los

ayllos en que repartió, que después de sus días le había de suceder en la corona. Los demás los repartió entre sus descendientes por línea transversal, haciendo ley que los hijos segundos de los Yngas viviendo sus padres gobernasen los ayllos y parcialidades, como cabezas y capitanes generales.

El orden de dividir los pueblos por sus ayllos y barrios se observó a imitación del Cuzco en todos los demás pueblos de su señorío, y hasta hoy dura en estos reinos del Perú. Puesto el Cuzco en figura de pueblo y ciudad, mandó que ninguno pudiese entrar en ella después de puesto el sol, ni menos pudiese salir antes que saliese y fuese día. Hizo todo a fin de saber quién salía y entraba en la ciudad, temeroso, como tirano, de algún accidente (que por grande que sea el asombro que un tirano causa en los corazones de sus vasallos, es mayor el temor que padese en su pecho), dijo Claudiano *De institutione principis* de este verso *qui terret plus ipse timet sors ista tyranis*

Asentadas a su parecer y bien dispuestas las cosas del Cuzco con estas y otras leyes que puso (las cuales dejó para su tiempo), levantó Manco Capac su espíritu a cosas mayores a las cuales le despertaba su generoso corazón. Deseoso de mayor imperio y monarquía hizo cortes generales, convocando a ellas todos los caciques, capitanes y la gente más granada de su corona. Juntos el día aplazado todos en la dicha ciudad del Cuzco, se dio orden de la forma y estilo que en adelante se había de guardar en convocar y juntar las cortes y de las cosas que en ellas se habían de tratar.

Se ordenaron muchas cosas muy provechosas para el buen gobierno y policía y la principal que él pretendía y deseaba de entablar en su casa y corte: el imperio occidental. Y así, por remate de estas cortes, hizo jurar a su hijo Sinchiroca por su legítimo sucesor y señor natural, armándole él de su propia mano caballero (con las ceremonias e insignias que diré adelante). Quieto con esto su generoso ánimo y considerando lo que dice Aristóteles en sus Políticas: que para asegurarse un tirano, es medio maravilloso y eficaz no hacer hombre todo lo que quiere ni ejecutar todo lo que puede poner en el resto de su vida, con tan gran prudencia y suavidad, que siendo temido por lo primero de sus vasallos era juntamente amado por todos ellos. Muchos años vivió Manco Capac, y después de sus días dejó este hijo legítimo, que le sucedió, al fin de los cuales, dejando entablada la monarquía de los yngas y emperadores del occidente, gobernó Sinchiroca Ynga, Rei segundo deste occidental reino del Perú. La coronación de Sinchiroca, y la efigie y rostro al natural de Manco Capac se verá en las dos figuras siguientes y las armas primeras que puso y de que usó, siendo el primero de los Ingas.

CAPÍTULO III

Cómo Manco Capac armó caballero a su hijo Sinchiroca y entró por fuerza en el Cuzco y se enseñoreó dél

Habiendo estado Manco Capac con su hermano y hermana e hijo de Matahua mucho tiempo, Mamahuaco, su hermana, aunque otros dijeron ser su mujer, tiró dos varas de oro hacia el Cuzco, de las cuales una llegó a Colcapampa, que hay espacio de dos tiros de

arcabuz, y no hincó bien, y la otra llegó a Huanaipata, que es abajo del Arco que sale a S. Sebastián desde donde se tiró esta vara hasta allí hay tres cuartos de legua, y asentó bien y quedó hincada en el suelo, y tuviéronlo por buena señal, y allí en Matahua, que es una legua del Cuzco, armaron caballero a Sinchiroca y le dieron el topayauri, que es a manera de cetro, el cual era de oro, que era insignia que se daba a los que habían de ser señores de yngas. Allí Sinchiroca engendró a Manco Sapaca en Mama Coca, hija de su tía Huamán, del pueblo de Saño, y de allí vinieron caminando hacia el Cuzco, y llegaron a Colcapampa, donde llegó la primera vara, y tomando tierra en las manos y visto que no era buena para sembrar, pasaron adelante hasta Guaman, Tianca y Huanaypata a donde había llegado la postrera vara, y viendo que había hincado bien y ser la tierra buena y fértil, sembraron en ella. Y entonces en el Cuzco, que se llamaba Acamama, estaban poblados indios lares, poques y guallas, gente baja, pobre y miserable, y prendieron a uno destes poques o guallas y lo mataron, y sacaron los bofes y los soplaron y, trayendo las bocas ensangrentadas, se vinieron hacia el pueblo de los guallas.

Los huallas, viéndolos, se huyeron pensando que era gente que comía carne humana, y caminando los ingas llegaron adonde estaba el arco junto del cual pasaba un arroyo pequeño, y allí les salió Copa Limaita, que era señor natural del Cuzco, a resistirles la entrada, y viendo la dificultad los ingas se volvieron a Guaynapata, que quiere decir cosa preciada, y de lo que habían sembrado, como era la tierra y tan buena y dispuesta, dio grandísima abundancia de maíz, que hasta lo alto de la caña había mazorcas. Entrando en consulta, se determinaron de nuevo de entrar en el Cuzco, por fuerza, y al fin, mediante su valor e industria, se apoderaron del y de la persona de Copa Limayta, el cual viéndose preso, temeroso de que le matarían, les dijo que les daría sus tierras y haría cesión de lo que allí poseía, y así lo soltaron. Y como vio que ya no tenía remedio de echarlos de su tierra y que era gente belicosa, varonil y de industria, dejó su casa, tierra y familia a Mama Huaco, mujer de Manco Capac, y díjoles: yo me voy, y adonde viéredes que hay mucha nieve, diréis: allí está, y así se fue do nunca más pareció ni supieron del. Entonces Manco Capac y Mama Huaco, su mujer, Sinchiroca y Manco Sapac poblaron la ciudad del Cuzco, y en Curicanha, donde ahora es el convento de Santo Domingo, levantaron un templo dedicado al sol, y allí empezó Manco Capac, como primer Rey y Señor, a dar culto y religión a los yndios, aunque no con la perfección que después le tuvieron. Y habiendo gobernado muchos años, murió dejando por su sucesor y heredero a Sinchiroca, su hijo, y de Mama Huaco, su mujer y hermana, y otra hija llamada Chimpucoya y otro hijo bastardo llamado Pachacuti.

Otros ponen la entrada deste valeroso Manco Capac en el Cuzco de diferente manera y traza, diciendo que habiendo venido con sus hermanos, hijo y mujer, hizo estirar dos planchas de oro muy delgadas, y poniéndose una en los pechos y otra en las espaldas y una diadema, que los indios llaman canipo, en la cabeza, envió al Cuzco a un yndio diciendo que era hijo del sol, y que le recibiesen y obedeciesen por tal y por señor della, y que para que ellos lo viesen se mostraría en un cerro alto, donde salió y fue visto de los indios poques naturales del Cuzco en la cumbre del cerro pasearse, y como los rayos del sol hiriesen en las planchas y diadema, resplandecieron y daban de sí gran luz y claridad, y viéndolo los indios, atemorizados, lo tuvieron por hijo del sol y cosa divina y así le obedecieron y recibieron por señor absoluto, dándole la obediencia y ofreciéndole

innumerables riquezas y tesoros y todo cuanto quiso, con lo cual se hizo rico y poderoso, y salió después a conquistar algunos pueblos cercanos que no le obedecían. Sea la verdad la una o la otra, entrambas opiniones se tratan y confieren entre los indios, y ellos le dan crédito como cosa que creen que sucedió así, no hay ni se sabe otro origen, principios ni fundamento del señorío de los yngas que fundaron la gran ciudad del Cuzco, cabeza de estos reinos, y los conquistaron y gobernaron, sino este que aquí se ha puesto, porque ellos no tuvieron letras ni las conocieron, ni historias más de sus quipos, que son cordeles donde con nudos asientan y ponen por memoria todas las cosas que quieren, de los cuales consta lo que digo y diré en todo el discurso de esta historia.

La salida de los hermanos de la cueva y la invención de Manco Capac de hacerse adorar con la traza de las planchas de plata se verá en la figura siguiente.

CAPÍTULO IV

De la Coya Mama Huaco, mujer de Manco Capac, y de su gobierno

Aunque de ordinario cuando se trata de los señores yngas de este reino se mudan algunas cosas y sucesos de las Coyas Reynas, sus mujeres, todavía por particularizar más y dar mayor claridad a esta historia he querido hacer de cada coya y reina su capítulo junto al de su marido, porque haciendo después particular tratado dellas, causaría en los lectores confusión, que es lo que más procuro huir, y lo que puedo certificar con verdad me cuesta y ha costado más trabajo y sudor, porque como los indios mezclan y confunden unas cosas con otras y unos sucesos con otros, es fuerza que los que los oyen y tratan y quieren sacar dellos alguna cosa a luz, sea con grandísima dificultad.

Esta coya y señora Mama Huaco fue mujer de gran valor, entendimiento y discreción, y a ella atribuyeron algunos la muerte del indio Poques, que dijimos haber muerto a la entrada del Cuzco y sacádole los bofes y, habiéndolos soplado, entró dentro causando horror y espanto a los moradores de aquel asiento. Fue como dicho es mujer y hermana de Manco Capac, primer ynga y señor desta tierra, y pudo ser que entre ellos el matrimonio con sus hermanas carnales no se abominase ni huyese, pareciéndole cosa lícita y permitida, o fue que como reyes y poderosos les pareció que todo les era lícito y justo que como a tales nada les era prohibido. O fue que como sensuales y dados al vicio y deshonestidad de la carne, vencidos y atropellados della hiciesen ley para tapar y encubrir sus faltas y vicios, y así se estableció y ordenó entre ellos que la verdadera y legítima mujer que fuese del inga y señor había de ser su hermana, y el hijo o hijos desta eran los que le sucedían en el Reyno y señorío universal y así fue prosiguiendo esta costumbre y abuso. Y así Mama Huaco, legítima mujer de Manco Capac, de la cual sería nunca acabar querer decir aquí la grandeza y bárbara Magestad del servicio, riqueza y adorno de su casa, fue hermosísima aunque algo morena, lo cual en general sucedió a todas las Coyas y ñustas de esta casa. El vestido que usaban era de cumbi finísimo, que parecía de seda, labrado con diversidad de labores, pájaros y flores. Los topos eran de oro y plata y el tipqui, que también al presente se usa con sus cascabeles, que era el que con que prendían y enlazaban la liclla ante el pecho. Mudaba cada día tres vestidos por

grandeza y ostentación sin ponerse segunda vez ropa ya puesta. Servían a esta coya con grandísimo aparato y música y tenía de ordinario cincuenta ñustas hijas de señores fuera de la gente común. Su comida ordinaria era comúnmente con maíz ansí en locros anca y mote mezclándolo de diversas maneras con las otras comidas, cocidas o de otra suerte, que aunque para nosotros son comidas groseras y toscas, para ellos tan subidas y sabrosas como los manjares más delicados y suaves que se ponen en las mesas de los monarcas y reyes de nuestra Europa. Su bebida era chicha muy regalada que entre ellos se estimaba en tanto como los vinos muy suaves y añejos de España. Esta chicha era de mil maneras hecha, que las ñustas y doncellas de su casa se esmeraban en ella. Fue mujer de gran autoridad y para hablalla los indios e indias se hincaban de rodillas ante ella y entraban haciendo infinitas ceremonias. Tuvo en ella Manco Capac, su hermano y marido, dos hijos: Sinchiroca y Chimpo Coya, como ya dijimos.

Cuya figura y rostro al natural es la que va antecedente al pasado capítulo.

CAPÍTULO V

De la vida de Sinchiroca primer, señor ynga

A Manco Capac sucedió, como dijimos, Sinchiroca, su hijo y de Mama Huaco, su mujer y hermana. Este Sinchiroca fue un hombre muy valeroso e inclinado a la guerra. Fue franco, generoso y bien acondicionado con los suyos, y el que primero mandó expresamente a todos los de su linaje se horadasen las orejas en señal de su nobleza, a causa de habérselas horadado un sobrino suyo llamado Manco Inga en una guerra. Aunque esto de horadarse las orejas dicen otros que lo tomaron de los primeros yngas que las traían horadadas cuando aparecieron en el Cuzco y de aquí pudo proceder mandarlo a todos los de su linaje Sinchiroca Ynga, para que fuesen conocidos y señalados por de casta Real. Lo cual se hacía con grandes ceremonias, como en su lugar se dirá. Este Sinchiroca casó con su hermana Chimpo Coya, según su ley. Tuvo muchos hijos y el principal que le sucedió en el señorío fue Lloque Yupangui, hijo de su mujer y hermana.

CAPÍTULO VI

De la vida de Chympo Coya, mujer de Sinchiroca inga

Chimpu Caya, mujer de Sinchiroca su hermano, fue hija de Manco Capac y Mama Huaco su mujer, primer Rey Inga, y fue muy parecida a su madre así en el rostro como en la pompa y majestad con que se hacía servir, y en el trato de su persona. Tuvo en ella Sinchiroca muchos hijos. De dos solos se tiene noticia de sus nombres que fueron Cusi Huananchiri y Lloque Yupanqui, que heredó a su padre. Vivía de ordinario esta coya en el Cuzco, y con tener grandísima cantidad de ñustas e yndias en su servicio, a todas las hacía andar pomposamente arreadas con ajorcas de oro y vestiduras preciosas; tenían por gran gala y hermosura tener los muslos y pantorrillas muy gruesas, y ansí se apretaban por bajo y encima de las rodillas con gran cuidado y diligencia, y cuando algún Capitán o

Gobernador orejón iba a ver esta Coya, le recibía en un buhío redondo, a manera de Capilla, mandábales asentar y hacía sacar a las ñustas unos banquillos de palma negra labrados que ellos llaman duos, y los Capitanes y orejones hacían desto grandísima estima, y se asentaban delante della con gran humildad, y a todos sus vasallos, de la misma manera, los honraba y acariciaba, por ser de noble y generoso corazón.

CAPÍTULO VII

Del tercer inga Lloque Yupanqui

Lloque Yupanqui tercer inga hijo del Sinchiroca y de Chimpo coya, casó con Mamacura y por otro nombre Anachuarque su hermana, fue zurdo que eso significa el nombre de Lloque, en su lengua. Vivió en gran sosiego y prosperidad, porque de diversas partes le vinieron a ver muchas naciones, así como huaro llamado Huamac Samo Pachachulla Viracocha y. los ayarmacas y los quiles caches. Dicen los indios que a este Lloque Yupanqui, estando un día en una grandísima fiesta, le apareció el sol a manera de persona y le dijo que había de ser gran señor y que había de engendrar siendo ya viejo, y como lo fuese y no tuviese hijo que le sucediese en el señorío, les parecía a los indios sus vasallos que era imposible tenerlo ni engendrarlo, y entonces un criado suyo orejón, aunque otros dicen que su hermano bastardo Mancocapaca, un día le tomó en los brazos y llevó adonde estaba la coya su mujer Mamacura, e hizo que se juntase con ella, de lo cual quedó preñada y parió después un hijo, que se llamó Maita Capac, y no tuvo otro hijo ninguno, aunque otros quieren decir que los tuvo, y que habiendo muerto con ponzoña los dejó chicos, y causa de haber sobre el imperio grandes guerras civiles se fueron huyendo a los Andes, porque no los matasen, donde los escondió un hermano de su padre y allí murió uno dellos. Lo cierto es que a Lloque Yupanqui le sucedió su hijo Maita Capac. Fue Lloque Yupanqui temido y respetado de los suyos en tanto grado que le volvían las espaldas por no osarle mirar a la cara y cuando escupía se hincaba de rodillas uno de los principales a tomar la saliva en unos vasitos de oro o plata que los indios llaman chua. Mandó este Lloque Yupanqui a los indios que tuviesen dieta dos meses en el año en los cuales se abstuviesen de sal y ají y no llegasen a sus mujeres. Castigó con grandísima severidad los pecados públicos -hurtar, matar- y sodomía, por los cuales acotaba, desorejaba, desnarigaba y ahorcaba, y a los nobles y principales cortaba el cuello o rasgaba la camiseta. Muerto él le sucedió su hijo Maita Capac

CAPÍTULO VIII

De la coya Mamacura y por otro nombre Anachuarque, mujer de Lloque Yupanqui inga

Esta coya y señora llamada Mamacura y por otro nombre Anachuarque, fué primera hermana de su marido Lloque Yupanqui. Fué discreta, de buen entendimiento y grave en el trato de su persona; fué de grandísima pompa, especial cuando salía de Palacio con acompañamiento de curacas, yndios principales, señores orejones y de gente común. Traía de ordinario riquísimos vestidos y en todo procuró imitar a la coya Chimpo, madre

de su Marido. Traía gran cantidad de chaquira puesta por los pechos con oro. Fué muy querida y amada de sus vasallos con ser tan grave que cuando algunas ñustas u otras indias le hablaban había de ser quedito, hincadas de rodillas y la cabeza baja, sin mirarla al rostro. Fué amiga de banquetes y fiestas y convidaba muchas veces a los señores principales del Cuzco con una magnificencia extraña, dándoles la comida espléndida y la bebida abundantísima y podían llevar a su casa todo lo que no comían. Tubo una cosa particular esta coya, que raras veces tenía conversación con gente común ni indias ordinarias, y las indias principales, mujeres de los Gobernadores y orejones, que ella entendía eran honestas, las tenía en tanto, y las honrraba de manera, que algunas veces las llamaba coyas, que quiere decir señora, pero guardando en todo la gravedad y respeto que arriba dije, y ellas le respondían apay coya, que quiere decir única señora. Fué casada, como está dicho, con Lloque Yupanqui, y fué su hijo Maita Capac, sin tener otro hijo ni hija.

CAPÍTULO IX

De Maita Capac, cuarto ynga y rey

Maita Capac fue hijo de Lloque Yupanqui y de Mamacura. Fue muy hermoso de rostro y de buena disposición, de grandísimo ánimo, fuerza y atrevimiento. En vida de su padre hizo algunas travesuras, de donde procedió ser odiado, aunque temido, tanto que estando jugando con otros mozos de su edad y con los naturales del Cuzco, llamados alcyvisas y cullumchima, mataba a los mozos y les quebraba las piernas y los perseguía y seguía hasta sus casas, por lo cual los alcyvisas tomaron gran enemistad y aborrecimiento con los yngas y acordaron de matar un día a Lloque Yupanqui y a su hijo Maita Capac porque no podían sufrir sus malos tratamientos e insolencias y destruir aquel linaje de una vez. Y para ello embiaron diez indios que los matasen en su casa que era Curicancha, los cuales fueron a ello y hallaron a Maita Capac en el patio, jugando con otros mozos y dos perros que tenía, con unas bolas que llaman cuchu y como los vido entrar con armas, con una bola de aquéllas resistió a los indios que no entrasen en su casa y mató a dos dellos, y los otros que jugaban con él fueron dando voces a decirlo a su padre, Lloque Yupanqui, que salió con algunos indios y los perros y fueron tras de los indios, que se iban huyendo, y mataron cinco dellos y los demás se escaparon y fueron a decirlo a Culli Ynchima y Alcaibizas, sus caciques, que estaban cerca, e visto por los caciques como les habían muerto Maita Capac a sus indios, dijeron: si éste hace estas cosas cuando niño, qué hara cuando grande: acabarnos han. Conviene que le matemos a él y a su padre. Para ello pidieron favor y ayuda a los comarcanos amigos. Visto por Lloque Yupanqui, llamó a su hijo y le dijo: para qué haces estas cosas; quieres que al cabo de mi vejez muera en manos de mis enemigos. Sus capitanes le dijeron que lo dejase, que no era aquello sin misterio, así calló, y el Maita Capac viendo que los alcaibizas le venían a acometer, salió con su gente a darles batalla y los desbarató. Visto esto los alcaibizas tornaron a juntar más gente para dar de nuevo batalla a Maita Capac, y entraron por tres partes a Curicancha, cercándola toda, y Maita Capac salió con poca gente a la puerta de Curicancha, y allí les dio la batalla y los venció otra vez, y entonces hizo guarichico, que es un regocijo o fiesta, por la batalla y vencimiento. Los alcaibizas tornaron tercera vez a probar ventura y

querer dar batalla a Maita Capac, a la cual salió con grandísimo ánimo y valor, y estando peleando dicen que granizó tanto sobre los alcaibizas, que los desbarató, y venció, y arruinó. Desta batalla Lloque Yupanqui, su padre, se holgó mucho e hizo grandes regocijos y fiestas y combites, y visto por todos los comarcanos la victoria tan señalada que había habido, le vinieron a obedecer y conocer por señor, y muerto su padre, Lloque Yupanqui fue extendiendo más su señorío y Reyno, de suerte que cada día se iban haciendo estos ingas más poderosos, ganando y conquistando tierras nuevas e juntándolas a su corona, la cual era la masca y pacha que es una borla de lana colorada finísima puesta en la cabeza, que le tomaba de sien a sien, y usaban del cetro real del champi y del sunturpaucar, que era una flor muy galana, e insignia de sus armas usadas y pintadas muy de atrás en servicio de este mismo Maita Capac Inga. El cual cuando murió dejó mandado que le enterrasen con mucho oro, plata y piedras preciosas y que le hiciesen un paramento en su sepultura y colgasen allí dentro sus armas, con mucha plumería y gran cantidad de cosas de comer y beber, y algunas de sus mujeres más queridas, para que le tuviesen compañía con algunos pajes y gente más allegada suya. Fue casado Maita Capac con Chimpo Urma, prima hermana. Tuvo en ella ocho hijos e tres hijas, llamábase el mayor Capac Yupanqui y otro Faico Huamán y la una de las hijas se llamó Chimpo Ocllo

CAPÍTULO X

*De la coya Chimpo Urma, mujer del valeroso Maita Capac, por otro nombre
Mama Yacche*

Fue Chimpu Urma, mujer y prima hermana de Maita Capac, muy hermosa y desde su niñez muy apacible y graciosa y querida de los suyos; fue amiga de placeres y recreaciones, para lo cual tenía leones, tigres pardos, venados, monos y gatos, guanacos, vicuñas, toda la cual diversidad de animales como desde chiquitos los había criado, estaban mansos y domésticos. Así mismo tenía mucha volatería de diversos géneros, especialmente papagayos. Tenía salamandras, que en mordiendo mataban y de noche cacarean como pollos; tenía guacamayos, ruiseñores, tordos, jilgueros, halcones, perdices y de otros mil géneros de pájaros. Tenía gran suma de pescadores, los cuales pescaban de diferentes maneras, con redes, anzuelos y flechas, y no podían pescar los demás sino era con licencia del Inga y de sus capitanes, porque había pena y así mismo para sembrar sus chacaras tenía dedicadas y señaladas muchas mujeres que con grandísimo cuidado acudían a las sementeras de maíz del más regalado, y de todas suertes de ají de las cuales la más preciada y mejor era una llamada asnac vchu, que significa ají oloroso. Tenía gran multitud de árboles frutales, como tunas, guayabas, plátanos, pacaes y de todos los demás géneros y diferencias que se dan en estas provincias. Todo esto estaba en la huerta y jardín de esta coya, do había un árbol de donde manaba un licor como leche que se volvía goma blanca, que servía de zahumerio de sus ídolos. De otro árbol, se destilaba otro licor que se hacía cuajadilla, que era veneno mortal. Los instrumentos con que a esta coya daban música eran flautas de hueso de venado, flautones de palo, caramillos, atambores de madera pintados, bocinas de caracoles, sonajas de concha. Bailaban con caracoles y conchas en las piernas, que suenan como cascabeles. Tenía esta señora, como dicho es, muchos entretenimientos y regalábase en gran manera y fue muy servida y respetada de

los suyos. Dejó, como dicho es, muchos hijos, el mayor, Capac Yupanqui, y la hija Cimpo Ocllo.

CAPÍTULO XI

Del quinto ynga llamado Capac Yupanqui

Capaz Yupanqui sucedió en el señorío a Maita Capac su padre. Fue muy valiente y belicoso y cuando comenzó a reinar hizo a todos sus hermanos que jurasen que ellos querían fuese señor y Rey, y así lo juraron y estuvo en gran sosiego en Curicancha y conquistó a los suyos que es la provincia de Anti suyo. Fue éste el ynga más avisado, de más entendimiento y mejor discurso que todos sus antepasados, el que sacó por razón natural que una cosa tan sujeta a movimiento como el sol y con tantas mudanzas, cuyos rayos y claridad oscurecía una cosa tan pequeña como una nubecita poniéndosele delante no podía ser Dios, sino que debió de ser algún mensajero del Hacedor enviado para fertilizar la tierra y visitar todos los días el mundo. Y, por certificarse desta duda, envió dos indios principales a saber del Hacedor del mundo, llamado en su lengua Pacha-camac o Pacha yachachic, y ellos fueron hasta Pacha-camac, que es cuatro leguas de la ciudad de Lima, cerca de la mar y allí tuvieron respuesta y certificación de la gente de aquella tierra que el Hacedor era imposible, lo cual sabido por Capac Yupanqui hizo y eligió aquellos edificios admirables y estupendos que están en Pachacama, dedicándolos al Hacedor verdadero e inmenso Dios, al cual hacía una elegante oración diciendo: Oh Hacedor que estás desde los cimientos y principio del mundo hasta los fines de él, poderoso, rico y misericordioso que diste ser y valor a los hombres y con decir sea éste hombre y sea ésta mujer, hiciste, formaste y pintaste a los hombres y a las mujeres, a todos estos que hiciste y diste ser guárdalos y vivan sanos y salvos sin peligro y en paz adonde estás por ventura en lo alto del cielo o en lo bajo en las nubes y nublados o en los abismos, ¡Óyeme! y respóndeme y concédeme lo que pido. Danos perpetua vida para siempre, tenenos de tu mano y este sacrificio recibe adonde quiera que estuvieres. Acabado lo dicho y mirando al cielo decía: ¡Oh Hacedor! -con un gran suspiro- y así fue este Capac Yupanqui muy devoto. En tiempo de este Inga sucedió un milagro: que el pueblo de Cacha en las canas y canchas se asoló con fuego del cielo, como adelante se dirá. Murió a lo que dicen con yerbas que en cierta comida le dio una hermana suya llamada Cusi Chimpo. Fue casado con Chimpo Ocllo su hermana, de quien tuvo a Inga Roca, que le sucedió, y a Pomaita, que fue muy valeroso como después diremos, y asimismo tuvo una hija llamada Cusi Chimpo.

CAPÍTULO XII

De la coya Chimpo Ocllo y por otro nombre Mama Cahua, mujer de Capac Yupanqui Inga

Chimpu Ocllo, por otro nombre Mama Cahua, mujer de Capac Yupanqui, fue de estatura mediana, de pocas carnes, de color trigueña, el cuello largo y negro, bien acondicionada,

afable, cuerda y grave, y por eso la llamaron Mama Cahua, que quiere decir mujer cuerda y grave; fue amiga de chacaras y sementeras y de trabajar en ellas. Amicísima de pobres, a los cuales repartía grandísimas limosnas y sobre todo mujer de gran gobierno. Pues gobernaba ella en las ausencias que su marido Capac Yupanqui hacía del Cuzco. Ningún vestido se puso segunda vez y cada día mudaba dos y tres y los repartía a las ñustas de su servicio. Bañábase dos veces cada día, comía siempre sola, la mesa era labrada y de tres o cuatro pies, los manteles y pañuelos eran de color; había en su palacio truhanes del Inga chocarreros y jugadores de pies como en España, de manos sueltos y ligeros que hacían delante de esta coya mil diferencias de matachines y bailes que ellos llamaban saynatas, que es como entre nosotros los saraos. Cuando salía fuera de su casa iba debajo de un palio de plumas de diversos colores con mucha argentería colgando y llevábanla de brazo dos ñustas sobrinas suyas. Las ojotas eran de oro y piedras engastadas en ellas, que es solamente las suelas prendidas con correas como se pintan a lo antiguo. Delante della iban sus criados de dos en dos, poniendo mantas en el suelo porque no pisase la tierra. Murió de poca edad y su muerte fue muy sentida y llorada de sus vasallos y se le hicieron obsequias conforme a la usanza de aquel tiempo. Dejó una hija llamada Cusi Chimpo.

CAPITULO XIII

De Ynga Roca, sexto señor, que dividió las dos parcialidades de Anan Cuzco y Urin Cuzco

Ynga Roca, hijo de Capac Yupanqui, sucedió a su padre en el señorío y reino, fue grave y apacible, y señoreó en gran sosiego estando en placeres con sus hijos y vasallos. Este descubrió las aguas de Urin Chacan y Anan Chacan, con los cuales se riega todo el valle del Cuzco hasta hoy día, y las poseen sus descendientes. También dividió y ordenó las dos parcialidades de Hanan Cuzco y Urin Cuzco, para mejor gobernar y regir su reino. Fue dadivoso y magnífico, y mandó que las borracheras y comités fuesen en juntas públicas, porque se temía le matasen. Mandó también este valeroso ynga levantar ciertas piedras y estatutas en su nombre para que en vida y muerte se les hiciese la misma veneración y honra que a los yngas reyes, y así cada aylo y linaje tiene las estatuas de sus yngas, y hubo gran suma en la ciudad del Cuzco y su comarca. Cuando se descubrieron fue la primera la estatua de Ynga Roca, cabeza de la parcialidad de los yngas de Hanancuzco, y por su orden le sucedieron Ya-Huar Huacac, Viracocha, Topaynga Yupanqui, Huaynacapac y Huascar Ynga y Manco Ynga. Fue muy acatado y temido, y cuando los indios hablaban con él miraban el suelo, y cuando entraban donde estaba iban cabizbajos y de rodillas, y antes que empezasen a hablar pedían licencia, y muchas veces de turbados no hablaban y cuando le hablaban era muy baja la voz y él como tan discreto les hablaba con rostro alegre, haciéndoles muchas mercedes. Conquistó a Pimpilla y a Quisalla cerca del Cuzco y Cayto Marca. Fue casado con Cusi Chimpo, el hijo principal que le heredó, fue Yahuar Huacac sin éste tuvo otros cuatro: Paucar Hinga, Huamantassi, ingas; Vicaquirao, ynga; Cacachicha Vicaquizao y Apomaita, y una hija llamada Ypaguaco, y por otro nombre Mama Chiqui. Fueron compañeros en armas de Ynga Yupanqui. Después en una batalla que tuvo con unos indios cerca del Cuzco, que estaban fortalecidos en unos altos cercanos al pueblo de Ocongute, le dieron un flechazo

por un lado, a soslayo de la cual herida le curó una india herbolaria de Hualla y poco después murió de una calentura.

CAPITULO XIV

De la Coya Cusi Chimpo, por otro nombre Mamamicay

Dicen los indios que esta Coya Cusi Chimpo, mujer de Ynga Roca, fue cruel, mal acondicionada, amiga de que se hiciesen castigos, inclinada a borracheras y banquetes; dicen algunos que fue hermana de Capac Yupanqui y que le mató con ponzoña que le dio en un mate de oro. Otros que fue su hija, pero en fin, fue casada con Ynga Roca, de cuyo consejo resultó ser las borracheras públicas como ya dijimos en el capítulo precedente. Tenían mil indios de guardia ordinaria, que comían de los depósitos del Ynga; todos se descalzaban para entrar en Palacio y no la miraban a la cara, y cuando se despedían no le volvían las espaldas.

El Palacio donde vivía era magnificentísimamente labrado y en él se encerraban más de mil mujeres de su servicio y algunos dicen más de tres mil. Las armas de esta gran señora fueron: La Mascay Pacha, que era la Corona Real de los Yngas, y un pájaro llamado Cori Quinqui y un tigre en un árbol grande atravesado, con la lengua fuera que ellos llaman Otorongo, y dos culebras grandes. En otra puerta princial de su Palacio había otras armas pintadas, que era un arco del cielo con un águila de dos cabezas encima, que entre ellos se llama Cuichi Cuntur, y un indio armado con un champi en la mano, que se deía Orquetuya Hualpa; tuvo hijos esta Coya, el principal fue Yahuar Huacac y otros que ya dijimos, y una hija llamada Ypahuaco y por otro nombre Mamachiquia.

CAPITULO XV

De Yahuar Huacac, ynga y rey séptimo

Este Ynga y señor Yahuar Guacac fue siendo mozo enfermo de sangre que le salía por las narices, la cual enfermedad le duró muchos años; algunos dicen que siendo muchacho le hurtaron sus enemigos y lo llevaron a Vilcabamba, a donde le quisieron matar y lloró lágrimas de sangre, por lo cual lo dejaron y él se fue a los llanos a curar de su enfermedad, donde en una india yunga tuvo tres hijos. Después envió a conquistar nuevas tierras y en ganando les mandaba tomar la Guaca principal y traerla al Cuzco, con que tenía toda aquella gente sujeta del todo sin osar revelarse, y contribuyan personas y riquezas para los sacrificios y guardas de las Huacas, y la Huaca ponía en el templo del sol en Curi Cancha, donde había muchos altares e ídolos, como en su lugar propio diremos. Fue casado con Ypahuaco Coya, por otro nombre llamada Mamá Chiquia; dejó un hijo llamado Viracocha Ynga y una hija llamada Mamayunto Coya, que después fue Coya.

CAPITULO XVI

De Ypahuaco Coya, por otro nombre Mamachiquia, mujer de Yahuar Huacac

Esta Coya Hipa fue casada con Yahuar Huacac, su hermano; fue hermosa, aunque algo morena; afable y bien acondicionada, amiga de sus vasallos y sobre todo de pobres, a quienes siempre hacía mucho bien. En el Palacio donde vivía tenía infinitas aves para sacar plumas dellas, y en otra parte cantidad de aves para casa, y en otra infinidad de fieras, cuantas lleva la imaginación, con innumerables indios que tenían a cargo de estas fieras.

Dentro del Palacio tenía una capilla para su oratorio, chapeada de oro y plata, donde entraba a hacer su oración muchas noches, y el demonio se le aparecía algunas veces y le hablaba. A un lado de la capilla tenía gran suma de armas, arcos, flechas, hondas, lanzas, porras, rodelas, cascos, todo hecho de palo dorado cubierto de cuero. El palo de que hacían estas armas era recio y tostado y le sacaban su punta o le ponían pedernal. Todas estas armas estaban en la capilla dedicadas a las ídolos, a quien tenían mucha devoción, y cuando se ofrecía alguna guerra entraba esta señora y pedía aquellas armas al ídolo o Guaca, para el Ynga su marido, suplicándole muy de veras tuviese por bien de dar fuerzas a su marido que con aquellas armas se pudiese defender de sus enemigos y dalle victoria, para lo cual ofrecía oro y plata e otras riquezas y figuras que para aquel efecto mandaba hacer. Vivió poco y su muerte causó grandísimo sentimiento y tristeza a todos sus vasallos, así en general como en particular. Tuvo hijos y una hija llamada Mamayunto Coya, que fue Coya, como queda dicho en el otro capítulo.

CAPITULO XVII

De los hechos de Viracocha, ynga octavo

Viracocha, Ynga, hijo de Yahuar Huacac, fue valeroso y de gran ánimo y algunos dicen que fue barbudo, y conquistó muchos pueblos y aunque al cabo de mucho tiempo se desapareció. Fue casado con Mamayunto Coya, en la cual tuvo cinco hijos: el primero, que fue heredero, se llamó Pachacuti Ynga Yupanqui, por otro nombre Yngayupanqui, el segundo Urcu Ynga, el tercero Yngamayta, el cuarto Coropanqui, el quinto Capac Yupanki. También hay algunas opiniones que quieren decir que no fue casado y que muerto él, fantándole hijos y sucesor, alzaron por señor a un hermano suyo llamado Ynga Yupanqui. Fue dado mucho a las hechicerías y tuvo infinidad de hechiceros y adivinos, los cuales dedicó para el culto de las Huacas e ídolos, y éstos eran conocidos por el cabello largo que por mandado del Ynga traían, y el vestido una camiseta de algodón o cumbi toda blanca, estrecha y larga, y encima una manta añudada al hombro derecho con madejas de algodón o lana de colores por orla. Tiznábanse los días festivos o mandábales que enseñasen a sus ministros por figuras. Pero no los comunicaban ni descubrían sus secretos. Muchos dellos no se casaban por la dignidad que tenían. Quieren decir algunos indios antiguos que Viracocha Ynga tomó también este oficio, que vino a saber más que los suso dichos y que así vino a desaparecer. Conquistó a Calca do llaman Marca Piña

Ocapa y Caquia Marca, sujetó a Tocay Capa y a Huaypor Marca, a Maras y a Mullaca. Aunque esto atribuyen a Inga Urco, su hijo, en vida de su padre.

CAPITULO XVIII

De Mamayunto Coya, mujer de Viracocha Ynga

Mamayunto Coya, mujer de Viracocha Inga, dicen della los antiguos que fue una de las más hermosas y agraciadas mujeres que hubo entre todas las deste Reino y excedió a todas las Coyas sus antecesoras en belleza, por lo cual fue muy querida de Viracocha Ynga, su marido, y estimada de todos sus vasallos. Vivió mucho tiempo y en su palacio y morada tenía mil géneros de entretenimientos, jardines, huertas, y fuera de la ciudad del Cuzco, obra de un cuarto de legua, en un asiento llamado Manan Huanunca, que significa no-morirá, tenía un bosque y alameda, donde había infinidad de animales bravos y mansos, de todas suertes, el cual asiento es al presente de religiosos del Orden de Nuestra Señora de la Merced de aquella ciudad. Murió esta Coya ya muy vieja y dejó los hijos referidos en el capítulo precedente y una hija llamada Mama Anahuarque-Coya.

CAPITULO XIX

(en blanco...)

CAPITULO XX

De cómo Ynga Yupanqui ilustró la casa del sol y de otras cosas memorables y conquistas suyas

Habiendo Ynga Yupanqui vuelto de la conquista de los Soras y Lucanas como se dijo en el capítulo precedente, edificó la casa del sol e ilustró y magnificó nuevamente toda aquella majestad que tuvo y se dirá en su lugar, y mientras esta obra tan señalada se hacia, salió del Cuzco a la conquista de Colla Suyu y fue en su compañía Apo Conde Maita. Ynga Yupanqui le dio, por ser hombre esforzado y de gran ingenio e industria, gran cantidad de Chacaras, mujeres y criados, y conquistó hasta Pucará, y en todo lo conquistado dejó puestos caciques y señores de su mano de los naturales, y sobre ellos dejó gobernadores de sus capitanes para que tuviesen cuidado de que por ningún suceso se tornasen a rebelar. Vuelto al Cuzco, entró triunfando del modo que dicho es y lo pondremos en el triunfo de Huayna Capac adelante que fue solemnísimo el triunfo. Y ahora se dirá de Colla Capac que fue señor universal de todo el Collao y en el Cuzco hizo sacrificar al sol y trujo cantidad de oro y plata de aquella provincia, el cual acabó la casa y templo del sol y dotóle, dándole de toda la tierra que había conquistado lo más precioso y rico que en ella poseía, y así de ganados, chacaras, tierras, criados, mujeres y servicio. Hizo en el dicho templo del sol, apartado un cuarto para la estatua del Pacha Yachachic y dio todo lo que se ha dicho e hizo la cancha de Puca Marca para la morada desta Huaca y de otra que también instituyó en reverencia del trueno, rayo y relámpago que decían ellos

Chuqui Ylla y Llapa Ynga, y dotólas magnificentísimamente de haciendas y criados para su servicio.

Concluido esto, empezó a poner en orden toda su tierra y señorío, dando leyes cómo habían de vivir y dioles en las provincias y cabeceras dellas por principales Huacas, estas dichas del Sol y Hacedor y del rayo, y a su Huaca, llamada Huana Cauri y las Huacas que había en los pueblos hizo quebrar, como después se hará particular tratado de todo lo perteneciente a Huacas.

Tenía el oficio de quebrar las Huacas que no tuviesen por verdaderas y deshacellas a Marutupa Ynga y Huayna Yauqui Yupanqui, su hermano, y las demás Huacas dejó y dio orden con qué y en qué tiempos y para qué las había de sacrificar, haciendo diferencia del uso que ellos tenían en los sacrificios, dándolos nuevos y otros modos y maneras, porque se temió que los hechiceros le hiciesen algún daño con los sacrificios y hechizos y así les hizo dejar sus antiguas ceremonias y ritos, dándoselos y enseñándoselos nuevos. Concluido esto, Ynga Yupanqui despachó por el camino de Chinchay Suyo, hacia las provincias de Quito, a dos hermanos suyos y un capitán general llamado Capac Yupanqui y a otro hermano, llamado Huaina Yupanqui, y otro capitán por nombre Apuyanqui Yupanqui. Y fueron conquistando estos capitanes por el camino derecho hasta Caxamarca, adonde prendieron a Husmanco Capac, señor de Caxa-Marca Guaman Chuco, y Conchucos y de otra provincia llamada Caroc, de donde trajeron gran cantidad de oro y plata al Cuzco. La cual se gastó en servicio del templo del sol y de una cinta de oro que estaba en la pared del dicho templo. La causa de llegar a Caxa-Marca fue la siguiente: Estando este general Capac Yupanqui en la conquista de Urcollac, que es una fortaleza junto a Parcos, en unos pueblos que allí están asolados, los Chancas, dando el combate y a salvo, se señalaron en él valerosamente, de suerte que llevaron lo mejor, aventajándose a todas las demás naciones que allí se hallaron y fueron causa se tomase la fortaleza. La nueva de este suceso vino al Cuzco, adonde estaba Ynga Yupanqui, de lo cual recibió grandísimo enojo; todo causado de envidia, diciendo que habiendo tan valerosa y esforzada gente en aquella guerra, que cómo se habían de aventajar los Chancas y llevar la gloria del vencimiento y ser más honrados que los demás. Y así despachó al capitán general Capac Yupanqui que diese orden cómo todos los Chancas muriesen, poniéndoles en alguna batalla o toma de fortaleza dificultosa en la delantera y en lo más peligroso, para que desta suerte muriesen o se apocasen, o buscarse alguna ocasión para matarlos. Cuando el mensajero y mandato de Ynga Yupanqui llegó, estaba a la sazón allí una india hermana del capitán de los Chancas, que era mujer del general Capac Yupanqui. Y oído lo que el Inga Yupanqui mandaba, dio aviso dello a su hermano con mucho secreto.

Sabido esto por los Chancas, medio desesperados dello acordaron en una noche huirse del Real, que estaba en Huazao Tampo, junto a Huaylas, y escaparse como pudiesen de la muerte que se les aparejaba. Estando el ejército una noche con todo el sosiego del mundo pasaron por medio del Real, y la gente del Ynga, entendiendo que era su general y que caminaban les siguió mucho número de gente de todas las naciones y a la mañana algunos se quisieron huir conociendo el error y engaño con que habían salido. Pero los Chancas los mataron y así llegaron a la provincia de Huaylas, donde entendiendo que era el Ynga y su capitán general, les salieron a recibir de paz y habiendo estado allí algunos

días, no se teniendo por seguros, robaron toda la provincia y llevándose consigo mucha gente se entraron hacia los Chachapoyas, y ésta es la noticia de la gente que hay, que está en Aricoayllo y Rugarupa. Otro día, visto por el general Capac Yupanqui la falta de aquella gente y su huida, envió por diversas partes a saber de ellos y al cabo los siguió hasta que llegó a Caxa-Marca, donde vista y considerada la riqueza que en aquella provincia había, así de multitud de gente muy lucida como de oro y plata, aunque no llevaban orden ni mandato de Ynga Yupanqui para llegar allí, acordaron de conquistarlos y así empezaron a hacerles guerra, en la cual se dieron tan buena maña que los vencieron y los sujetaron, y acabado esto en toda la provincia, dejando gran recaudo de gobernador y gente de guerra de guarnición para asegurarla, se volvieron al Cuzco, habiendo muerto en la prisión Huscamanco Capac, señor de aquellas provincias que, como dijimos, fue preso, y llegando al Cuzco entraron en él con grandísimo triunfo, llevando grandes riquezas de oro y plata, como se dijo.

CAPITULO XXI

*Cómo Ynga Yupanqui mandó matar a su hermano Capac Yupanqui y envió a su hijo,
Tupa Inga Yupanqui, a conquistar nuevas tierras*

Tres madres hermosísimas y amadas de todos los hombres engendran y paren tres hijas feísimas y abominables. Aunque la culpa no es suya, sino de la malicia del hombre que tiene depravada la naturaleza. ¿Quién hay que no ame y quiera la verdad como tan linda y tan bella? Y que sobre todo tiene uno de los principales atributos del inmenso y soberano Dios de quien se deriva toda la verdad. Pero qué hija o hijo tan feo pare, como es el odio que procede della. La conversión, que es la otra madre, siendo una cosa que todos los hombres de buen entendimiento se recrean en ella, y con ella pare y produce un hijo tan desdichado como el menosprecio. La felicidad y honra humana que es la otra madre apetecida, y deseada de todos, pare un hijo o hija tan abominable como es la envidia. Vicio tan asqueroso y aborrecido en general de todos los hombres, y que todos los vicios teniendo algún cebo de que asir y con que llevar tras sí a los hombres, y engañarlos sólo éste es tan infame que se deshace y consume el hombre que le tiene sin gusto, ni contento teniendo tristeza y pena del bien de su amigo. Todo esto traigo con ocasión de lo que sucedió a Ynga Yupanqui viendo la victoria y vencimiento que había habido su hermano y capitán general Capac Yupanqui, que no embargante que la honra y gloria principalmente era suya, y el provecho de la conquista y el señorío y despojos todos le pertenecían y vinieron a su poder y manos todavía triste, apesarado y envidioso, porque no había enviado a su hijo heredero, Topa Ynga Yupanqui, a aquella conquista para que fuera suya la gloria della. La paga con que satisfizo al desdichado de Capac Yupanqui y el premio que le dio por el aumento de su señorío y riquezas que le había traído fue buscar ocasión de matarle, y al otro hermano Huayna Yupanqui. Para colorear su envidia y dorar su vicio detestable, tomó por achaque, y causa decir que porque se habían dado tan mala maña en cumplir su mandato y ejecutar su orden de matar los Chancas y los habían dejado huir y escapar, y porque sin llevar orden suya habían excedido della y de su mandado, y llegado a Caxa-Marca y conquistado aquella provincia. Y con este color los mandó matar y llevaron en premio de sus servicios ignominiosa muerte.

Acabada esta triste tragedia mandó Ynga Yupanqui a su hijo, y heredero que había de sucederle en el señorío, llamado Tupa Ynga Yupanqui, fuese a la guerra con grandísimo ejército y así le despachó, dándole por compañero, porque aún era de poca edad a Topa Capac, su hijo bastardo, y fueron capitanes Yanque Yupanqui y Tilca Yupanqui, el cual fue compañero de armas en esta conquista de Tupa Ynga Yupanqui, su hermano. También fueron con él Amaro Tupa Ynga y Tupa Yupanqui, hermanos de Tupa Yupanqui, de padre y madre. Yapuyanqui Yupanqui, que fue valeroso capitán. Y en vida de su padre Ynga Yupanqui, cuyo hijo mayor fue, conquistó el valle de Amaybamba y echó a los naturales del, y llegó hasta Pilcosuni, cuyos descendientes están al presente en el valle de Amaybamba.

Salieron del Cuzco Tupa Ynga Yupanqui y sus hermanos con un numeroso ejército de diferentes naciones, y empezaron su conquista en la provincia de los quíchucas, donde tomaron la fortaleza de Cayara y Tohara y la de Curamba, y en la provincia de los Angares la de Vicolla-Huayla Pucara, y allí prendieron al cacique llamado Chuqui Huamán, en la provincia de Jauja Asiclla Pucara, y en la provincia de Huailas, Achunca Marca, Pilla Huamarca y a Huanuco, y en los Chachapoyas a Pia y a Palcay, a los Paltas y a Pasmayo y a Chimo, y luego la provincia de los Cañares. Los Cañares, oyendo la fama de Tupa Ynga Yupanqui y los castigos que hacía en quien no le daba luego la obediencia, temerosos de su destrucción les salieron a recibir y le obedecieron, y algunos de ellos que hubo rebeldes, los sujetó por fuerza de armas, y asólo y prendió a sus caciques Pizar Capac y Añar Capac y Chica Capac. Para tenerlos más sujetos hizo una fortaleza famosa en Quinchi Capa, y en esta frontera y fortaleza puso muchos mitimas, que son indios de otras partes traídos allí, como adelante haremos más copiosa relación. Prosiguiendo Tupainga Yupanqui en su conquista, llegó a la muy poderosa provincia de Quito, donde hubo grandísimos rencuentros y batallas con la gente della, pero al fin los venció y postró, prendiendo a su cacique y señor Pillahuaso y lo metió en triunfo cuando volvió al Cuzco. De allí bajó a los Huancas Vilcas, donde levantó y edificó la fortaleza de Huachalla, y desde ella entró a la conquista de los Huancas Vilcas y, aunque dificultosa, mediante la muchedumbre de su gente y el valor e industria de sus capitanes los sujetó, y a los principales, y a Huacapi Huamo y Manta Yucara y Quisiri a Huachumpi y Nina Chumpi.

CAPITULO XXII

De cómo Tupa Ynga Yupanqui volvió al Cuzco y su padre Ynga Yupanqui le renunció el señorío

Acabadas las conquistas susodichas de Tupa Ynga Yupanqui, así en la sierra como en los llanos, en todas las provincias de Quito. Hizo en Tumbes una fortaleza para poner más en freno y sujeción las provincias de aquellas partes de los llanos, que caían a la mar, y trató de volverse al Cuzco a dar cuenta y relación a Ynga Yupanqui, su padre, de todo lo que había conquistado y allanado. Poniendo guarnición en las provincias nuevamente ganadas y gobernadores que las rigiesen y guardasen, se volvió hasta Caxa-Marca habiendo enviado por los llanos a sus dos tíos hasta Truxillo, los cuales se apoderaron de aquella

rica y fertilísima tierra donde hallaron innumerables riquezas de oro y plata y famosas y ricas vajillas y maderos de plata y oro, con que tenían hechas y edificadas las casas Chimo Capac, señor de aquellas provincias, cosa increíble y que de ningún monarca del mundo se lee tal. Desta verdad dieron muchas y manifiestas señales las Guacas, que después de haber los españoles venido y apoderádose desta tierra se descubrieron y hallaron en Trujillo, que fueron las más soberbias, ricas y numerosas que se han descubiert hasta hoy en las indias, que todo es indicio de la riqueza y abundancia de Chimo Capac, señor natural de Trujillo. Todo este oro y plata y vajillas trajeron a Tupa Ynga Yupanqui a Caxa-Marca, y de allí se vinieron a la ciudad del Cuzco, a do entró con el más magnífico y soberbio triunfo que jamás Ynga metió en él, antes ni después, trayendo diversidad de gentes y naciones sujetas y domadas, haciendo una pomposa muestra de todos los curacas principales y capitanes que había prendido en las batallas, los cuales trajo de sus tierras para sólo este efecto.

Y como el corazón envidioso, aun de sus mismas cosas tiene envidia y pesar, Ynga Yupanqui, su padre, recibió deste triunfo, grandeza y majestad de su hijo, gran pena y tristeza, viendo sus victorias y gloria por no haber ido él a aquella conquista y jornada, y que a él solo se le atribuyese esta honra, y así urdió de matar a sus dos hijos Tilca Yupanqui y Yanque Yupanqui, y mató sólo a Tilca Yupanqui, dando por causa y achaque de su muerte que para que habían pasado la comisión y mandato que les había dado en las conquistas y tierra que habían de procurar sujetar y habían llevado a su hijo Tupa Yupanqui a provincias tan remotas y lejanas y puéstole en peligro de perderse y a su ejército. Visto por Tupa Ynga Yupanqui la muerte tan injusta y sin razón de su hermano recibió grandísima pena y melancolía, dando della grandísimas muestras. Del oro que en esta razón se trajo mandó Ynga Yupanqui hacer las estatuas de oro del sol y Viracocha y las de Palpa Ocllo e Ynga Ocllo y adornar con este oro el templo de Curicancha y enriquecerlo.

Del oro que a este tiempo se trajo tomó ocasión Tupa Ynga Yupanqui de hacer descubrir minerales de oro y plata, y así lo mandó por toda la tierra y se empezaron a manifestar las riquezas de metales abundantísimos de oro y plata y esmeraldas, que después se han ido prosiguiendo y prosiguen en todas estas provincias, sacándose cada día más, y habiendo cada día nuevas muestras más que en ninguna de las provincias y reinos de todo el orbe, con grandísimo espanto y maravilla que parece que este reino del Pirú es depósito todo él de riquezas.

Y viéndose ya Ynga Yupanqui viejo, deseando ver a su hijo Tupa Yupanqui en posesión del reino y señorío, lo trató con él y con todos sus hermanos y deudos y linaje y con los capitanes y gobernadores que en el Cuzco había. Los cuales todos vinieron en ello, por ser muy amado y querido en general de chicos y grandes, Tupa Ynga Yupanqui. Viendo su padre la voluntad de los orejones tan dispuesta hizo una Junta General y llevó a Tupa Ynga Yupanqui a Curicancha y lo puso delante la estatua de sol y dijo al sol: veis aquí vuestro hijo el que ha de suceder en mi lugar en todos mis señoríos y en todas las provincias que poseo. Luego le hizo vestir una vestidura riquísima que llaman capac incu-tarco hualcay, que quiere decir vestir rico ypreciado, y luego se pusieron la borla en la frente que llaman ellos mascai pacha, que es la Corona Real que ellos usaban, hecha de

la lana finísima colorada, y después le dieron el suntur paucar y el tupa yauri, que es el cetro que como dijimos son las insignias que le daban al Ynga cuando le coronaban y juraban por Rey y Señor. Dábanle unos vasitos de oro llamados tupa cusí napa, y acabadas estas ceremonias y ritos, los sacerdotes del Sol, que estaban presentes, a quien pertenecía lo levantaron sobre los hombros con grandes voces, y así quedó coronado y jurado por señor.

Vuelto Ynga Yupanqui a todos los de su linaje, capitanes y gobernadores que estaban allí para este efecto, les dijo: veis aquí vuestro señor, que yo soy ya viejo e impedido y no puedo gobernaros, él os ha de regir y mandar de aquí adelante y a él habéis de obedecer y respetar, y seguir su orden y mandato en todo. Entonces los hermanos, parientes y todos los orejones gobernadores y capitanes se hincaron de rodillas ante Tupa Yupanqui y le besaron las manos y los pies, con mucha humildad, y acabado esto se salieron a la plaza a hacer y celebrar la fiesta de la coronación a su usanza, con gran suma de bailes y danzas, cantando, comiendo y bebiendo.

De allí a poco murió Ynga Yupanqui en el Cuzco, aunque algunos quieren decir que fue en Quito su muerte. Pero lo más cierto es lo dicho.

Fue casado con Mama Ana Huarque, por otro nombre llamada Hipa Huaco, en quien tuvo muchos hijos e hijas. El heredero ya está dicho que fue Tupa Ynga Yupanqui, y una hija llamada Mama Ocllo, que fue mujer de su hermano. Este Ynga Yupanqui fue el que comenzó la obra de la fortaleza del Cuzco y la trazó y ordenó, mandando sacar los cimientos, que bien considerado no tiene cosa más señalada el Pirú de edificios. En ella mostraron los Yngas su gran poder y ánimo, pues no teniendo hierro ni picos con que labrar piedras tan duras, las labraban con otras piedras más duras, que ellos llamaban higuyayas, y acomodaban juntándolas de tal suerte que una punta de aguja muy delgada no entrara por las junturas de las piedras, y éstas trayéndolas de partes remotas, sin ayuda de artificio de animales como en todos los edificios del mundo, sino sólo a fuerza de brazos de sus vasallos. Hizo también la fortaleza de Vilcas, que es obra famosa y admirable.

En las fiestas y solemnidades salía muy galán y pomposamente aderezado con los mascay pacha, puesta en la frente en señal de Rey y Señor, y con muchas flores y patenas de plata y oro. Tiznábbase el rostro conforme a la fiesta que era, y llevaba grandísima multitud de gente, de señores y orejones y de otra común también, tiznados de diversos colores y figuras, danzando y bailando sin descansar, cantando unos y respondiendo otros las historias y hazañas de Ynga Yupanqui y, llegados a la casa donde se había de hacer la fiesta, la celebraban, y vuelto Ynga Yupanqui a su casa, los que quedaban con él comían y bebían con grandísimo regocijo y, al fin, como bárbaros. Toda su felicidad tenían puesta en esto.

CAPITULO XXIII

De Mama Ana Huarque Coya, mujer de Ynga Yupanqui

Fue esta Coya Mama Ana Huarque, que por otro nombre se llamaba Hipa Huaco, mujer del mayor entendimiento y sagacidad y de gran valor, que gobernó la ciudad del Cuzco por ausencia de su marido Ynga Yupanqui, cuando fue a conquistar a la provincia de Quito, con admirable prudencia, orden y concierto. Así mostró su incomparable ánimo y ser en un terrible terremoto que hubo en su tiempo en la ciudad de Arequipa, resultado de un volcán temeroso que está tres leguas de la dicha ciudad. El cual cuentan los indios que lanzó de sí tanto fuego y con tan espantosas llamaradas, que en muchas leguas quedaron los indios atónitos y absortos. Fue cierto haber revocado y salido del volcán tanta cantidad de ceniza, que llovió en todo el Reyno, con universal admiración y miedo. Si no fuera por el ánimo desta Coya Mama Ana Huarque, se hubiera asolado la mayor parte de la gente de todas las provincias cercanas de Arequipa. La cual mandó lo primero hacer grandísimos sacrificios a sus ídolos en el templo que ellos llaman Tipci Huaci, que quiere decir casa del Universo, y en otros muchos que había en el Cuzco, hasta que sabido por Ynga Yupanqui, su marido, vino con suma prisa dentro de pocos días y se partió a Arequipa con muchos Pontífices, adivinos y hechiceros, y llegado cerca, hizo diversos sacrificios, como se dirá en el capítulo donde se tratare desta ciudad. Murió de allí a pocos días esta Coya, y dejó hijos y una hija, llamada Mama Ocllo, que fue mujer de Tupa Ynga Yupanqui, su hermano mayor. Y aunque los sacrificios eran impíos y vanos y no podían hacer ninguno buen efecto, pero aquella gente engañada se entretenía y animaba viendo que sus Reyes trataban del remedio y de aplacar a su ídolos.

CAPITULO XXIV

De Tupa Ynga Yupanqui, Inga y Rey

Ya dijimos en el capítulo 23 cómo fue Tupa Ynga Yupanqui por voluntad de su padre alzado y reconocido por señor absoluto en estos reinos. Cuando murió su padre, trató de hacer nuevas conquistas y extender y ampliar su señorío, porque fue inga de grande ánimo y fortaleza y muy temido y respetado de todos sus vasallos, de suerte que cualquiera cosa que les mandaba, se cumplía al punto sin dilación donde quiera, con suma presteza y diligencia. Y como tenía ya debajo de su mano tantas provincias y vasallos, lo primero que hizo fue casarse con Mama Ocllo, su hermana, hija de Ynga Yupanqui, su padre, y de Mama Ana Huarque, y en el casamiento hizo solemnísimas fiestas y regocijos, con danzas y bailes a su usanza, juntándose para ello muchos deudos suyos.

Concluido con su matrimonio, hizo juntar un innumerable ejército de todas las naciones sujetas a él, y salió del Cuzco a la conquista de los Andes, y llevó consigo por capitanes a Topa Yupanqui, su hermano, y a Otoronco Achache y a Pochalco Yupanqui. Entrando en los Andes fue prosiguiendo en su conquista y llegó hasta la otra parte de la cordillera, donde pasó infinitos trabajos, por ser tierra de montaña y los ríos por allí son muy crecidos y caudalosos, y así fue excesiva la dificultad para pasarlos, que en muchas partes se vio a punto de perderse. Tuvo grandes rencuentros y sucesos famosos en las batallas, donde mostró bien su valor e industria.

Conquistó allá dentro, en los Andes, cuatro provincias llamadas o Patari Suyo, indios andes, y otra Manan Suyo, y otra Manari Suyo, y otra de Chunchos. Y pasó hasta los Chiponahuas y Mano Pampa, que es una gente que tienen las bocas negras y pintadas las caras como negros, todo hecho aposta. Y hubo alarma sorprendiendo en las batallas a los caciques destas provincias, llamados vinchin caina y catahuan cuyiu. En una batalla muy reñida su hermano Tupa Yupanqui prendió por su mano a uno de los caciques, llamado Nutan Huari, de suerte que se extendió su fama y nombre por todas aquellas regiones, que aunque al presente no tenemos dellas entera noticia, bien se entiende y presume ser amplísimas y muy pobladas de diversas gentes, sino que la dificultad de pasar estas montañas y cordilleras, y aun haber pocos en este reino, que, sacados aparte los intereses de riqueza, traten de extender el nombre de Cristo y meter su estandarte entre estas bárbaras naciones. Plega a las entrañas de la misericordia del Señor, que por ellas también murió, que ponga en corazón a quien que puede poner esto en efecto que, menospreciando gastos y atropellando inconvenientes, envíe personas que planten el árbol de la santísima cruz en medio de estas gentes fieras, para que se dé por este medio fruto colmadísimo que se trasplante en los bosques y alamedas del cielo. Estando Tupa Ynga Yupanqui en los Andes y en aquellas provincias en la conquista dicha, se salió de allá huyendo un colla y se fue al Collao diciendo que a Topa Ynga Yupanqui le habían muerto en la guerra y que todo su ejército estaba roto y deshecho, sin quedar en él gente de consideración. Bastó esta nueva falsa para que los collas, siguiendo el natural suyo y de todas estas gentes, de ser fáciles en creer cualquiera cosa y la mala voluntad con que llevaban la sujeción de los ingas, que poco había los habían conquistado, trataron muy de secreto, de común consentimiento, de rebelarse, negando la obediencia a los gobernadores puestos por el Inga y echar el yugo que tenían de sí, y así lo efectuaron alzándose en toda la provincia del Collao, y previniéndose para la guerra y defensa, que bien sabían había de venir de nuevo sobre ellos.

Las nuevas desta rebelión y alzamiento del Collao llegaron con suma presteza al Cuzco, a Amaro Tupa Inga, hermano de Topa Ynga Yupanqui, que había quedado por Gobernador General en su ausencia, para lo que sucediese. Este, sabido lo susodicho, despachó mensajeros y chasques a su hermano, haciéndole saber lo que pasaba, y pidióle que luego acudiese con diligencia al remedio, no se fortaleciesen los enemigos y dificultasen el sujetarlos de nuevo. Esta nueva sintió con grande extremo Tupa Ynga Yupanqui, viendo que mediante este alzamiento se le cortaba el hilo de sus victorias y conquistas, y así acordó de venir a remediar lo del Collao. Dejando nombrado en los Andes por Gobernador a Otorongo Ochache, su hermano, y que con la gente que le señaló, que fue un buen ejército, prosiguiese en la conquista todo cuanto pudiese, y que acabada la guerra saliese y no entrase en el Cuzco con triunfo ninguno, sino le aguardase en Paucartambo y en Pilco, mientras él concluía lo del Collao, volviese, y entonces entrase con todo triunfando en el Cuzco. Salió llevando consigo la mitad del ejército, y sin meterlo en el Cuzco lo dejó en Vicos aguardándole, y él se entró en el Cuzco, donde hizo llamamiento de todas las provincias de gente, que viniesen a la guerra. Visto lo cual todos los mancebos se ofrecieron voluntariamente a la guerra para ir con Tupa Ynga Yupanqui. Así, habiendo ordenado todas las cosas que pertenecían a la gobernación del reino, salió del Cuzco, con infinito número de gente, para el Collao, llevando consigo por capitanes a

Hualpaya, hijo del Capac Yupanqui, y a Lavico, sus primos hermanos, y a Cuyuchi y a Chic, su hermano, de padre, y en saliendo del Cuzco se juntó con el ejército que había dejado en Vicos, y se fue muy poco a poco esperando alguna gente de guerra que no había llegado, y desde que tuvo todo su ejército junto y descansados y gordos los que habían salido de los Andes de los trabajos que allá habían pasado, entró en el Collao, empezando la guerra a fuego y sangre, la cual duró algunos años y fueron infinitos los rencuentros y trances que le sucedieron, y perdió mucha gente, y destruyó y mató infinita de los enemigos. Esta guerra le fue dificultosa por haberse los del Collao fortalecido en tres o cuatro partes que eran Pucara, Asillo, Arapalallahua, desde donde se mantuvieron y sustentaron con grandísima obstinación, desesperados de perdón y aun de la vida, como conocían cuán ofendido tenían a Tupa Ynga Yupanqui con el alzamiento y rebelión, que habían cometido sin causa y sabiendo el castigo tan áspero que se les aparejaba si venían a sus manos. Esto les hizo inventar nuevos y exquisitos modos de defensa. Pero al fin, vencidos de la multitud y valor de la gente del Ynga y de los fuertes capitanes que llevaba consigo, fueron sujetados, destruidos y asolados, y fueron presos los caciques principales, llamados Chuca Chuca y Pachacuti Coaquiri. Y venidos a poder de Tupa Ynga Yupanqui, para escarmiento de los demás y atemorizar con este castigo a todo el reino, los mandó desollar, y sus cueros mandó poner en sus atambores que usaba en la guerra, que fue una barbaridad de hombre sin conocimiento de Dios como él era. Allanada toda la provincia del Collao prosiguió en el castigo de los rebelados, haciéndolos grandísimos en los lugares donde se habían fortalecido y defendido dél, para que quedase memoria en ellos y de allí adelante no les pasase por el pensamiento rebelarse de nuevo, sino le fuesen sujetos y obedientes, así en presencia como en ausencia, y en la paz como en la guerra.

Acabada tan felizmente esta jornada, habiendo corrido su fama y nombre por muchas provincias, que no le obedecían, ni hasta allí habían sido conquistadas de sus antecesores ni dél, temerosos de su potencia, le vinieron a dar la obediencia de paz y a reconocerle por Señor y Rey. La provincia de los chumpibilcas, y conde suyo de las cuales con ricos presentes se le ofrecieron para seguirle en la guerra, y mucha gente destas provincias fue con él, como en el capítulo siguiente veremos.

CAPITULO XXV

Cómo Tupa Ynga Yupanqui descubrió muchas minas, y fue conquistado hasta Chile y dio leyes a sus reinos

Concluido con el castigo de la provincia del Collao, habiendo recibido los embajadores de las provincias de do le vinieron a dar la obediencia, dio orden Tupa Ynga Yupanqui de descubrir minas, y así en aquel tiempo parecieron y fueron descubiertas las de Porco, siete leguas de Potosí, y Tarapacá, de plata, y las de Chuquiapo y de Carabaya, de oro más precioso y de mejores quilates que el celebrado de los antiguos de Tibar. Y otras muchas minas en diferentes provincias, de las cuales trajeron innumerables riquezas de oro y plata, de la cual mandó hacer ricas vajillas y vasos preciosos, y de mucha estima, para los sacrificios de sus ídolos y para majestad de su casa. Luego dio orden de ir por las

tierras y provincias de arriba, conquistando y señoreándose dellas para extender su nombre. Así, con grandísimo ejército, fue conquistando toda la tierra hasta Coquimbo, y de allí entró en Chile, sujetándolo todo hasta llegar a Arauco, do le mataron infinitos indios y de sus orejones murió gran cantidad, sin que jamás pudiese vencer a los araucanos. Así dejó sus mojones y términos cerca de Arauco y puso allí, y en toda la tierra de Chile, gente de guarnición para guardar las fronteras y para tener en sujeción lo que había conquistado, que bien conoció el valor y ánimo de aquella gente, y le pareció era muy necesario dejar buen recaudo, y guarda en aquellas provincias. Con infinita cantidad de oro y plata e innumerables riquezas, cautivos y prisioneros, dio la vuelta hacia el Cuzco, y llegando cerca de Cuzco envió a llamar a su hermano Otoronco Achache, que estaba aguardándole con los despojos de la conquista de los Andes y con el ejército que allá había dejado en Paucartambo, doce leguas del Cuzco.

Juntándose los ejércitos entró en el Cuzco, con un soberbio triunfo, cual nadie había entrado, haciendo espantosa y admirable muestra y ostentación del número de cautivos señores y principales, así hombres como mujeres, y de infinitos millares de la gente pobre y común. Y entrando en el Cuzco, de donde salieron a recibir a Maro Tupa Ynga su hermano y todos sus parientes y deudos, fue al templo del sol y allí sacrificó, de los más principales señores que traía cautivos de todas las provincias conquistadas, al sol mucho número dellos. Luego empezó a hacer repartición de los demás cautivos a todos los señores que con él habían ido, a sus hermanos, a los capitanes y a los soldados, que en la guerra más se habían señalado y le habían servido con más ánimo y valor, dando a cada uno cantidad de oro y plata, vestiduras de cumbi y habasca, despojos así de hombres como de mujeres, criados, dando a cada uno conforme la calidad de su persona y linaje y como se habían mostrado en la guerra, con lo cual ganó las voluntades de todos, que viéndose premiados y honrados le siguieran por todo el mundo, y así no cesaban de engrandecerle y alabarle, levantando su nombre hasta el cielo.

Acabado con lo que pertenecía al triunfo y premio de sus soldados, comenzó a dar leyes por todos sus reinos y señoríos, así fue para el Gobierno político como para las Huacas y sacrificios, y mandó con grandísimo cuidado ir prosiguiéndose en la obra de la fortaleza que Ynga Yupanqui, su padre, había dejado comenzada, viendo ser edificio tan insigne y famoso, por donde su nombre se había de eternizar más. En el Cuzco ordenó las calles y canchas dél, enderezando las calles y edificando nuevos edificios, y dio orden en los caminos reales que hay desde el Cuzco hasta Chile y hasta los Charcas, por arriba, y hacia abajo los de la sierra y llanos hasta Quito. Todo con tanto concierto que parecía que él estaba presente y se hallaba en todo. Mientras estas cosas se hacían fue a dar una vista a los chachapoyas y a visitar algunas provincias.

En esta ocasión dicen algunos indios antiguos que se embarcó en la mar en unas balsas en la isla de Puna y fue a Manta, y desde allí anduvo un año por la mar y llegó a las islas llamadas Hahua Chumpi y Nina Chumpi y las conquistó, y de allí trajo, para ostentación de su triunfo, una gente como negros, y grandísima cantidad de oro y una silla de latón. Trajo cueros de caballo y cabezas y huesos, todo para mostrarlo acá, que fue costumbre antigua entre estos ingas traer de todas las cosas vistosas y que podían causar admiración y espanto al Cuzco, para que las vieses y engrandeciesen sus hazañas y para memoria de

las cosas que había en las demás provincias apartadas. Todos estos trofeos se entiende quemaron después Quesques y Chalco Chuma, capitanes de Atahualpa, cuando tomaron al Cuzco, haciendo preso a Huascar Inga. Allí quemaron el cuerpo de este Tupa Ynga Yupanqui, porque no se halló memoria de todas estas cosas cuando vinieron los españoles.

Otros dicen que esta conquista de estas tierras y islas la hizo Tupa Ynga Yupanqui en vida de su padre Ynga Yupanqui, cuando fue a Quito y lo conquistó con sus hermanos. Entrambas opiniones se pueden tener, pues no va mucho en que haya sido en un tiempo o en otro.

Destas islas que conquistó Tupa Ynga Yupanqui en la mar el día de hoy no hay noticia ninguna cierta, mas de la confusa de los que dicen que hay islas con gente algo amulatada, y otros indios antiguos, que refieren que en tiempos pasados de los ingas venían a la costa de este reino por diversas partes, en unas canoas o balsas muy grandes, indios de ciertas islas, a rescatar oro y perlas y caracoles grandes, muy ricos y vestidos de algodón. Esto ha cesado del todo, pues desde que los españoles entraron en este reino no hay memoria que semejantes gentes ni indios vengan de islas ni de otras partes de fuera de este reino a rescate de oro, plata ni de otras cosas, por lo cual se entiende que, sabiendo la entrada y conquista de los españoles en este reino, y cómo se habían apoderado dél y su condición y aun codicia insaciable, se han retirado y no quieren venir, como solían, por no sujetarse a nadie ni perder su señorío y riquezas, que quieren poseer en sus tierras naturales, aunque mediante esta retirada vienen a perder el principal bien y riqueza, sin comparación de sus almas, que ganarán recibiendo el santo bautismo, mediante la predicación de los españoles. Dios se apiade dellos y los mire con ojos de misericordia para que, dejadas sus ceguedades e idolatrías, vengan en conocimiento del verdadero bien, que es Cristo.

CAPITULO XXVI

Cómo Tupa Inga Yupanqui ordenó todo su reino, y de la traición que intentó contra él su hermano, Toca Capac, y de su muerte

No hay quien dude que fue Tupa Inga Yupanqui el Inga y Rey de más prudencia, consejo y sagacidad, y el que mejor gobernó y rigió sus reinos, de todos los ingas que antes y después dél hubo en ellos, porque todo el concierto, orden y traza que en él hubo se le atribuye a él. Aunque su padre, Ynga Yupanqui, hizo algo, toda la perfección dello es suya, y aunque después se ha de hacer tratado y narración aparte de las cosas que dispuso, alargándolas más todavía, en este capítulo en resumen se hará mención dellas. Ante todas cosas, él fue el que hizo y ordenó los mitimaes, poniéndolos de una parte en otra, sacando indios de una provincia y trasplantándolos en otra, con sus hijos y mujeres, porque estando fuera de sus tierras no se osasen rebelar. A éstos daba las mejores tierras, pastos y lugares y les encargaba tuviesen grandísimo cuidado con la gente de aquella provincia, para avisarle de todo lo que intentasen, y así estaban como gente de guarnición y miraban y notaban si las leyes del Inga, dadas para el Gobierno y sacrificios, se guardaban, y

cuando había mucho multiplico de gente los ponía en los pueblos asolados, para de nuevo poblarlos.

Hizo Tupa Ynga Yupanqui juntar los indios en pueblos, porque de antes vivían en cuevas, cerros y laderas, donde más comodidad hallaban y aparejo para sus sementeras, y redujo a los que estaban en lugares fuertes y llanos y sin defensa, porque no se rebelasen. Y ordenó caciques principales de los mismos naturales, informándose primero de dónde procedían, su calidad y naturaleza, y al que hallaba más hábil a ése ponía en el cargo de cacique principal de toda la provincia y nación. A éstos dio criados, chacaras, ganados y mujeres, todo por su cuenta y razón, conforme los indios que tenían a su mandado. Hizo también caciques de los mismos naturales de mil indios, de quinientos y de ciento, y a todos les señaló servicio, atendiendo la cantidad de indios que tenían criados, chacaras, mujeres y ganados, y todos estaban sujetos al orden y mando del cacique principal en lo que tocaba a la gobernación. Para este señor principal hacia cada pueblo de toda la provincia su chacara, conforme los indios que tenía y adonde se la había señalado el Inga. Al tiempo de la cosecha venían sus mayordomos y recogían la comida y esta chacara heredaban sus sucesores en el dicho mando y gobernación. Y por esta misma orden hacían las sementeras de todos los demás curacas y señores hasta la del cacique de cien indios, que los demás mandoncillos de a diez indios fueron hechos y ordenados por los mismos caciques, para ayudarles a lo que tenían que hacer. Muerto el señor o cacique sucedía el hijo mayor de la que llamaban Mama Huarmi, que era la que el inga le había dado por mujer principal, porque aunque tenían otras mujeres, los hijos dellas eran reputados por bastardos, y así el hijo mayor de ésta era el heredero de la hacienda y cacicazgo, y si no era de edad suficiente para el gobierno, cuando su padre moría, quedaba por Gobernador un hermano del muerto, el de más habilidad y confianza que había, hasta que el mozo tuviese edad, que le entregaban el señorío y hacienda de su padre, y si el hermano del muerto que entraba por tutor y gobernador por el sobrino caía en gracia del Ynga, mandaba se quedase por señor absoluto, y si no tenía hijos, le heredaba su hermano, y si no los había y no eran suficientes para el gobierno, el Tocorico Apu que después diremos escogía de aquel linaje la persona más allegada y de mejor juicio y lo enviaba al Ynga para que lo nombrase por Señor, el cual le nombraba y le daba las mujeres que dicho es, y lo demás conforme a su estado.

El primer Ynga que puso las provincia en que tributasen fue Ynga Yupanqui, pero el que los puso en razón, modo y orden y repartir las tasas, conforme lo que en cada provincia se daba y producía de la tierra, fue este Tupa Ynga Yupanqui, así para la tasa general como para las Huacas. Repartió las chacaras por toda la tierra, dándoles topo y medida, y dio la orden a sus Gobernadores qué habían de tener para ello. Repartió los meses del año como se habían de ocupar para las cosas necesarias al Sol Huacasi Ynga, y sacó tres meses en todo el año para la gente común, un mes para sembrar, otro, para el coger y otro para que hiciesen sus fiestas e hilasen y tejiesen para sí. Este Ynga dio orden en las acllas, que significa mujeres apartadas y escogidas desde niñas, las cuales se casaban por orden del Tocorico Apu cuando el Ynga les daba comisión para ello, porque sin ella no podían. Ordenó que hubiese mercaderes, los cuales andaban por las provincias y pueblos sus mercaderías, rescatando piedras y esmeraldas, oro y plata. Tenía mandado Tupa Ynga Yupanqui que en hallando con oro, plata o alguna piedra rica a algún indio, le echasen

mano y éste dijese dónde lo había sacado o quién se lo había dado, y fue un medio éste eficazísimo para descubrir en cada provincia gran cantidad de minas de oro y plata, y éste fue el fin e intento con que instituyó los mercaderes.

Tenía dos personas nombradas que se llamaban Suyoyoc Apu, los cuales representaban donde quiera que iban su persona como tenientes y virreyes suyos; en jauja residía el uno y el otro en Tiahuanaco, y siempre eran personas de su linaje y de mucha confianza a quien daba este cargo.

De todas estas cosas dichas aquí en suma y cifra se hará después más largo tratado. Sólo diré aquí, por ser necesario, que mandó hacer por todas las provincias, desde Chile hasta Quito, visita general y empadronar toda la tierra, e hizo cabezas de cacicazgos y sobre esto ordenó y puso gobernadores naturales del Cuzco en todas las provincias, a los cuales llamaban Tocorico Apu, como dijimos, y otros llamados Micho, que tenían cuenta y cargo de las tasas y eran como espías de lo que pasaba, para dar cuenta al Ynga. Hizo visitador general de todas las provincias a un hermano suyo llamado Tupa Capac, que quería mucho, y en todas ellas le dio criados y chacaras, así para él como para sus criados, y estos beneficiaban y sembraban las tierras de Tupa Capac y le recogían las comidas conforme a su orden y mandato. Este Topacapac, andando en la visita general dicha, so color de los criados que le había dado su hermano Tupa Ynga Yupanqui, allegó a ellos mucho número de indios, encubriéndolos de la visita y no empadronándolos, como llevaba la comisión, y trató con ellos que se quería rebelar contra su hermano y, alzándose con la tierra, quitarle el señorío, y que pues los sacaba de la visita y le reservaba cada y cuando que por él fuesen llamados para este fin en su ayuda, luego sin dilación le acudiesen. Y tratada y concertada esta grande traición, se vino a dar cuenta al Cuzco de lo hecho a su hermano, y hallándose rico y poderoso quiso intentar lo que tenía pensado y tratado en ocasión que Tupa Ynga, Yupanqui estaba ausente del Cuzco en Pacaritambo, ocupado en unas fiestas y solemnidad, que celebraba, armando caballero a un hijo suyo muy querido, llamado Tupa Ayar Manco. Pero como el negocio lo había comunicado y conferido con muchas personas, y en diferentes partes, y aunque hubiera sido con pocas, entre los indios se guarda poco secreto, aun para sus mismas cosas que les tocan, vino a noticia de Tupa Ynga Yupanqui la traición de su hermano y con grandísima diligencia y secreto vino al Cuzco y lo primero que hizo fue prender a su hermano Topa Capac y ponerlo en una muy oscura prisión, y luego a todos sus criados y conocidos y a los de quien más se fiaba, y con ellos hizo averiguación del caso y hallando ser verdad, lo mandó matar, juntamente con todos sus consejeros y los hechiceros que le favorecían y habían dado aliento para ello, que fueron muchos. Y sabiendo, por la información, que en toda la tierra había dejado fuera de las visitas mucha suma de gente para este efecto, salió del Cuzco para hacer castigo ejemplar de todos y llegó hasta Yanayaco, que es adelante de Vilcas, en unos corrales grandes que allí están, llamados Yanayaco, y allí Mama Ocllo, su hermana y legítima mujer, movida a piedad de tantas ánimas como estaban condenadas a muerte, le rogó cesase en el castigo, pues tanto ganaba con la clemencia y misericordia, y que aquella gente los aplicase por criados suyos y para su cámara. Tuya Ynga Yupanqui, movido de los ruegos de su mujer, hizo perdón general de todos, y así, tomando el nombre del lugar donde se hizo esta remisión, les quedó a los perdonados el nombre de yanayacos, y estos tales no entraban en el

número de los indios del Sol ni en la visita general, sino fueron de su recámara del Ynga. Hecho esto por Topa Ynga Yupanqui, se volvió al Cuzco y allí dio por ninguno todo lo hecho en la visita general por Topa Capac, su hermano, y de nuevo proveyó por visitador general a Apohache, otro hermano suyo, al cual mandó no metiese en la visita estos yanayacos, y así lo envió por todo el reino con grandes poderes y comisiones. Murió Tupa Ynga Yupanqui ya muy viejo. Algunos quieren decir que fue de un flechazo. Dejó infinitos hijos, tanto que afirman llegaron a ciento y cincuenta. Nombró por su sucesor a un hijo suyo, llamado Capac Chuare, porque había querido a su madre mucho, que se llamaba Chiqui Ocllo, pero no tuvo efecto, como en el siguiente capítulo diremos. Fue Tupa Ynga Yupanqui de condición franco y liberal, especial con los soldados y capitanes, que en la guerra se señalaban y daban muestras de valerosos y esforzados, y esto fue causa que tuvo y llegó a todas las jornadas y conquistas siempre gente muy lucida y valiente, y que le siguiesen con gran voluntad. Fue también comúnmente respetado y tan temido, que en las partes más lejanas de su señorío temblaban en oyendo su nombre, y sus mandamientos y orden se cumplían con tanta puntualidad como si él estuviese presente. Fue amigo de saber cosas nuevas, y así por tener noticias y entender lo que pasaba en diferentes partes instituyó los chasques, por medio de los cuales sabía todo lo que pasaba en todo el reino, con increíble presteza y celeridad, tanto que de la costa de la mar, que hay al Cuzco ochenta leguas, le traían el pescado fresco a maravilla estos chasques, que no habiendo caballos ni mulas, ni otras bestias en que correr la tierra, como nunca las tuvieron ni conocieron, hasta que los españoles entraron en ella, y siendo los caminos cuevas y bajadas tan ásperas y fragosas como es notorio, parece cosa increíble. En fin, puso toda la tierra de su señorío en concierto y orden con tanta prudencia, que si hubiera leído las Políticas de Aristóteles y todo lo que la filosofía, moral enseña, no pudieran haberse aventajado tanto.

CAPITULO XXVII

De Mama Ocllo Coya, la mujer de Tupa Ynga Yupanqui

Mama Ocllo, que por otro nombre fue llamada Tocta Cuca, mujer del valeroso Tupa Ynga Yupanqui y madre de Huayna Capac, su sucesor, fue hija de Mama Ana Huarque Coya, como está dicho, y dicen fue natural de Chinchá, por haber allí nacido. Dicen della haber sido muy hermosa y discreta y mujer de gran consejo y prudencia y sobre todo clementísima, lo cual se mostró muy bien, como dijimos en el capítulo precedente, que lo que no pudiera acabar nadie en todo el reino con su marido Tupa Ynga Yupanqui lo acabó y alcanzó ella, y por su respeto y ruego hizo el perdón general de los yanayacos. Hizo su marido por amor della un templo famosísimo en la fortaleza de la ciudad del Cuzco, con infinitad de puertas y una entrada labrada diabólicamente, que era una boca de serpiente que causaba a quien la miraba espanto, y por ella entraban e iban por debajo de la tierra al templo y casa del Sol, llamado Curicancha, la cual puerta se entiende al presente, a lo que dicen algunos indios viejos, que está en una cueva que ahora se llama la Chingana, que significa cosa donde se pierden. En este templo de la fortaleza residió mucho tiempo esta Coya cuando su marido Tupa Ynga Yupanqui fue a las guerras y conquistas. Asistían con ella más de cinco mil indios e indias de sus criados, que las

servían y todos dormían dentro y comían a su costa, porque era riquísima. Tenía muchos pueblos para su fábrica y reparo deste Templo, fuera del cual y enfrente de la Puerta Principal, estaba un osario de cabezas de indios puestas con mucha orden, que dicen llegaba el número a ciento y cincuenta mil cabezas en las vigas y gradas, sin las de las torres, que no se pudieron contar.

Decían los indios que asistían en el templo de Mama Ocllo unos cuentos y fabulosas cosas notables: que desde la creación del mundo hasta este tiempo habían pasado cuatro soles sin éste que al presente nos alumbramos. El primero se perdió por agua, el segundo cayendo el cielo sobre la tierra y que entonces mató a los gigantes que había y que los huesos que los españoles han hallado cavando en diferentes partes son dellos, por cuya medida y proporción parecen haber sido aquellos hombres de estatura de más de veinte palmos. El tercer sol dicen que faltó por fuego. El cuarto que por aire. Deste quinto sol tenían gran cuenta y lo tenían pintado y señalado en el templo de Curicancha y puesto en sus quipos hasta el año de 1554. No es de espantar que gente sin luz de fe errase tan notablemente, pues de otras naciones más sabias y políticas se leen mayores disparates. De esta Coya fue hijo Huayna Capac Ausi Topa Yauqui Toma y una hija llamada Rahua Ocllo y por otro nombre Pilli Coaco Coya, que fue mujer de Huayna Capac.

CAPITULO XXVIII

Cómo fue alzado por Ynga Huayna Capac, hijo de Tupa Inga Yupanqui

El Ynga y rey de estos reinos más conocido que anda más en boca de todos, así españoles como indios, y de quien los que se precian de venir de la sangre real de los ingas procuran a entender ser descendientes, aunque algunos con falsedades y mentiras, y el más extendió su señorío fue el que al presente tenemos entre manos, llamado Huayna Capac, hijo de Tupa Ynga Yupanqui y de su mujer legítima Mama Ocllo. Valeroso, temido y estimado, prudente, severo, de gran juicio y entendimiento belicoso y amigo de guerras, sabio en gobernarlas y en la paz de gran magnanimidad y persona valiente y animoso, y que peleaba el primero en todas ocasiones, para animar y con su ejemplo llevar los suyos a las empresas más arduas y dificultosas, y como de sus hechos y conquistas hay más noticia, así será fuerza extendernos más en su vida y historias. Muerto Tupa Ynga Yupanqui y habiendo en su testamento y última voluntad, llevado del grandísimo amor que tuvo a una de sus mujeres, llamada Chiqui Ocllo, nombrado por sucesor en el señorío y reino, como ya dijimos, a un hijo suyo y desta su mujer, Capac Huare, pervirtiendo y quebrando con esto la orden y costumbre hasta allí inviolablemente guardada de los ingas sus antecesores, que el Heredero había de ser el hijo de la mujer legítima del Ynga, que era la Coya y reina principal, que comúnmente era su hermana, porque se dijese que el Ynga y rey era hijo de rey y reina, y que por línea de padre y madre era descendiente del primer Ynga, llamado, como dijimos, Manco Ynga. Estando ya los hermanos de Tupa Ynga Yupanqui, sus deudos, capitanes y goberadores, para alzar por rey a Capac Huare y coronarle con la borla y jurarle por señor, como su padre lo había mandado en su testamento, no queriendo traspasar con esto su mandado, salieron los hermanos de Mama Ocllo, mujer legítima de Tupa Ynga Yupanqui, de través,

visto el agravio y sin razón que se hacía a Huayna Capac, su sobrino, que era el que legítimamente heredaba el reino, diciendo que no había de consentir tal injusticia, y que lo que hasta allí se había con gran puntualidad guardado por todos los Yngas, en cuando a la sucesión en el reino, se había de cumplir ahora, dando el señorío y jurando por rey a su sobrino Huayna Capac, pues era el verdadero señor y sucesor de su padre, Tupa Inga Yupanqui, a quien el reino se le debía de derecho y justicia, pues Capac Huare no era hijo de Coya y reina y que así en cuanto a esto no se había de seguir la última voluntad de Tupa Inga Yupanqui. Con estas razones tan evidentes se suspendió la coronación de Capac Huare y los que le seguían entibieron, y más cuando de nuevo los tíos de Huayna Capac levantaron, o fuese con verdad o mentira, que Chiqui Ocllo era hechicera y que con hechizos y veneno había muerto a Tupa Ynga Yupanqui, porque su hijo Capac Huare entrase en el señorío, y así mataron a la Chiqui Ocllo, y a su hijo Capac Huare le desterraron de común consentimiento a Chinchero, tres leguas del Cuzco, adonde le señalaron los alimentos y servicio de criado y mujeres y chacaras muy abundantemente, para que allí viviese apartado y no pudiese jamás entrar en el Cuzco.

Hecho esto y salido Capac Huare del Cuzco, alzaron todos los capitanes y gobernadores y orejones por Ynga y rey a Huayna Capac, y le juraron y reconocieron como tal, con la orden dicha de Tupa Ynga Yupanqui cuando fue coronado por Ynga en el Templo de Curicancha, delante del sol. Luego, para celebrar la coronación, hizo suntuosísimas fiestas y regocijos en el Cuzco, juntando diversas gentes para ellas. Y por ser en este tiempo Huayna Capac muy mozo y no suficiente para poder gobernar tan gran reino, de provincias tan distantes y apartadas, entre todos, con su voluntad, acordaron fuese gobernador un tío suyo, llamado Hualpaya, hijo de Capac Yupanqui, hermano de Ynga Yupanqui, que fue el que al presente hallaron de más satisfacción para gobernar, por ser hombre de gran prudencia y valor y de quien se entendía que con mucho cuidado y fidelidad acudiría a la defensa de lo tocante al reino y a mirar por las cosas de Huayna Capac, su menor.

CAPITULO XXIX

De cómo Hualpaya, gobernador, se quiso alzar con el reino y matar a Huayna Capac y fue muerto, y del casamiento de Huayna Capac

Bien dijo el apóstol San Pablo, que la codicia era raíz, fuente y oriente de todos los males y pecados, pues ella pervierte y ofusca el entendimiento del hombre, para hacer cosas indebidas y que delante de los ojos del sumo Dios y de los hombres son juzgadas por feas e indignas, sin admitirse excusa. Y aunque a habido algunos que hayan dicho que por ser rey uno, y alcanzar el mando y poderío se podía permitir hiciese traición, yo no hallo razón que justamente permita una cosa tan detestable, como es intentar algo contra el supremo señor de la república, contra su rey y señor natural, en cuya protección y amparo están sus vasallos, y el que por todos vela ordinariamente y a quien naturalmente se debe difelidad, amor y reverencia. Y siendo la persona que esto trata más obligada por sangre y parentesco, por beneficios recibidos y, sobre todo, por la confianza que del tutor se hace, como al presente lo vemos en Hualpaya, pariente de Huayna Capac, su tutor y

gobernador en todos sus reinos, y a quien se había puesto en su mano y poder, guardase y amparase y enseñase hasta la edad suficiente, para que tomase la administración de su estado en sí. Este, pues, olvidado de tantas obligaciones como está dicho y llevado del ciego deseo de ser absoluto señor, y aunque quizás ensoberbecido con el mando, que al presente ejercitaba, o por ventura movido del apetito de ver a un hijo que tenía, puesto en el trono real y grandeza, habiendo algunos años gobernado aquel señorío con fidelidad, atropellando las razones que le impedían hacer lo que hizo, concibió en su pensamiento alzarse y ocupar el reino. Y para poner por obra su intención perversa, lo trató con los gobernadores de algunas provincias de quien mayor confianza tenía le ayudarían, a los cuales había granjeado con dádivas y aun quizás poniéndolos en los oficios para este fin. Y así, habiéndolo concertado con todo el secreto del mundo, de diversas partes del reino se venían poco a poco hacia el Cuzco divididos, sin dar muestras de gente de guerra, ni cosa por donde se entendiese y sospechase traición ni levantamiento alguno, trayendo las armas secretamente y con gran disimulación, metidas en los cestos de coca y las lanzas en los palos de los toldos. Sin duda Hualpaya ejecutara su intento y matara a Huayna Capac y se apoderara del reino, supuesta la mano que como gobernador tenía en todo él, según lo que había ido trazando y midiendo, todo para su fin si su desventura, o por mejor decir ventura de Huayna Capac, no diera al través con sus traiciones, y desbaratara sus pensamientos, con que acaso, estando ya mucha desta gente que venía al alzamiento en Lima Tambo, nueve leguas del Cuzco, unos ladrones hurtaron unos cestos de coca, que son hojas de árboles que plantan por aprovecharse della, que en su adversidades y trabajos, comiéndolo les es de sumo contento y alivio, y habiendo abierto los cestos hallaron que dentro había champis, que son unas porras, rodela y otras armas, y admirados dello concibieron mala sospecha, no teniendo a buena señal que las armas viniesen ocultas y más no viniendo a llamamiento del Ynga para guerra pública, porque fuera notoria. Con gran presteza se fueron al Cuzco y lo denunciaron a Achache, que era tío de Huayna Capac y gobernador de Chinchay Suyu, que en aquella sazón estaba en el Cuzco, y mostráronle las armas de todas diferencias que habían hallado en los cestos. Oído y visto esto por Achache, quedó admirado, no sabiendo ni alcanzado quién o por quién aquellas armas viniesen escondidas, o para qué fin sin sabiduría de nadie, o cómo venía aquella gente de aquella manera. Y, dándole en el corazón alguna traición, con grandísima presteza y diligencia envió gente al camino, que trajesen los cestos que habían quedado, y prendiese los curacas y señores que venían con ellos, y todo esto sin dar parte a su sobrino Huayna Capac, ni a Hualpaya, ni a persona del mundo de lo que sabía. Y traídos ante su presencia los cestos y hallando nuevamente armas, prendió los curacas que con ellos venían, y metiéndolos en un lugar secreto de su casa les dio a gran prisa crueles y terribles tormentos, y vencidos dellos confesaron la verdad del fin que venían y traían aquellas armas, y todo el trato y concierto de Hualpaya y la conjuración e intento que tenían tramado, de lo cual Achache quedó absorto y sin sentido, porque nunca se había imaginado cosa contra Hualpaya, ni alcanzado a saber que él tuviese tal pensamiento, de quitar el señorío a Huayna Capac para sí ni para otro.

Pareciéndole que todo el remedio del daño que se trataba, consistía en la presteza y diligencia, juntando muchos de los deudos de Huayna Capac y de sus criados y allegados, salió de su casa bien aderezado, y fue a prender a Hualpaya, antes que tuviese noticia de la causa a que iba, pero no pudo ser tan secreta su determinación, porque algunas espías o

de algunos indios que venían con los curacas presos, que habían venido a darle nueva de la prisión, no tuviese noticia Hualpaya de que su trato era ya descubierto y sabido, y que en entendiéndolo, antes que más se divulgase y juntándose gente se le impidiese, determinó de poner por obra su intento y prevenirlo, matando a Huayna Capac, que estaba a la sazón en Quispi Cancha, bien descuidado de lo que contra él trataba su tutor Hualpaya, en unas fiestas que el mismo Hualpaya le hacía para regocijarle y entretenerle. Ansí con su gente salió Hualpaya a matarle en la misma casa de Quispicancha. Pero, en este tiempo le había llegado aviso a Huayna Capac de su tío Achache, diciéndole que se guardase y saliese presto de allí, porque Hualpaya había tratado de matarle y lo iba a ejecutar. Quedó turbado Huayna Capac, y temeroso de la muerte, oyendo aquello, y sus capitanes que estaban con él, y deudos. Y como en los casos repentinos, como era éste, el primer remedio que ocurre y expediente, ése se ejecuta, no tuvieron entonces otro ni trataron de más que librar la persona de Huayna Capac, y así lo descolgaron por una ventana dando voces: ¡traición! ¡traición! Hualpaya entró con su gente en la casa donde Huayna Capac estaba y hizo grandes diligencias buscándole y como no le halló, y supo que se había descolgado por la ventana, salió a gran prisa a buscarle para concluir su negocio como pudiese, viendo que ya se iba descubriendo. Y Achache, que había ido a las casas de Hualpaya, y no le hallando, venía con su gente adonde estaba Huayna Capac, y como topó a la puerta, con Hualpaya, le embistió con su gente y sin dificultad le prendió diciendo: estas traiciones había de hacer un corcovado contra mi sobrino Huayna Capac. ¿Pensábais, traidor, que no se habían de descubrir vuestros intentos? ya no tienen remedio. Y, hechándole mano, y maltratándole, le llevaron preso a las casas de Capac Yupanqui, con muchos de los suyos que iban con él, y le pusieron grandes guardias porque no huýese, ni sus deudos ni amigos le librasen.

Después de esto, Huaynacapac, juntándose con su tío Achache y con otros deudos suyos, y los más fieles consejeros que tenía desde el tiempo de su padre, comenzó muy de propósito a hacer averiguación contra el traidor de Hualpaya, y los cómplices de su determinación y alzamiento, y hallándole culpado y siendo convencido de su delito y traición, lo mandó matar, y luego se fue prosiguiendo contra los culpados, en los cuales se hicieron memorables castigos. Y en todos los hijos y hacienda del traidor, y lo mismo se hizo en todo el reyno en los cómplices y en los que habían sido sabedores de la conspiración, y muchos dellos se aplicaron para yanaconas de Huayna Capac, el cual desde entonces salió de poder y orden de tutores, y tomó en sí la gobernación de su reyno, empezando por sí solo a ejercitarla, pues ya tenía edad bastante para ello. En empezando tomó por compañero y consejero a Auqui Topa Ynga, hermano de padre y madre, por ser hombre de buen entendimiento y prudencia y valor, y luego tratar de casarse, y lo efectuó, casándose con su hermana de padre y madre, llamada Mama Cusirimay. En su casamiento hizo soberbias fiestas con grandísimo gasto y pompa, llamando a ello de todas las provincias, los gobernadores y señores, para mayor celebración.

Esta Cusirimay murió en Quito, y después se casó allá Huayna Capac con Rahua Ocllo, madre de Huascar Ynga, como se dirá en el capítulo teinta y uno.

CAPITULO XXX

Del llanto que hizo Huayna Capac por su padre y madre, y visita de muchas provincias personalmente

Acabado que concluyó Huayna Capac con lo perteneciente a su casamiento y fiestas, trató luego, queriéndose mostrar piadoso con su padre y madre, que ya eran muertos, de hacer por ellos llanto y honras por toda la tierra. Y para la solemnización dello mandó pregonarlo en todas las provincias que hay desde Quito hasta Chile, universalmente, y todos los gastos que en el llanto se hicieron fueron a costa de la hacienda que había dejado su padre Tupa Ynga Yupanqui y su madre Mama Ocllo, porque habían sido muy ricos como está dicho, y así se expendió y consumió infinita cantidad de oro, plata, ganados, comida, bebida, vestidos de cumbi, avasca y algodón; porque a los señores y principales que habían llorado a los muertos, se les dieron muchos vasos de oro y plata, ollas y cántaros, y a la demás gente común abundantísimamente de comer, y a los pobres vistieron conforme su necesidad suficientemente. Pidió licencia Huayna Capac al Sol para ir a llorar a sus padres hasta Caja Marca, y así salió del Cuzco con infinito acompañamiento, y fue por todos los lugares donde había andado su padre, haciéndole honras y obsequias a su usanza, con grandes demostraciones de tristeza y pesar. Hacían en el año, por los difuntos, tres suertes de honras, a la primera llamaban tioya, que eran cinco días después de muerto, y otro llanto hacían a los seis meses del año, éste era en el Cuzco. El último, llamaban culluhuacani, que era al fin del año. Este se hacía universalmente en toda la tierra y entonces desechaban el luto y toda muestra de pena y dolor, y se lavaban las caras del jabón negro con que las traían tiznadas, y para hacer este último llanto fue Huayna Capac hasta Caja Marca, como está dicho.

Dejó en esta ocasión por gobernador en el Cuzco a un hermano suyo, bastardo, llamado Sinchiroca, el cual era hombre de gran ingenio e industria en edificios y arquitectura; a éste mandó que hiciese su casa en Cassana porque antes era en Uchullo y que fuesen hechas con grandísima majestad y gasto, que lo que al presente es la Iglesia Mayor en el Cuzco, era un buhío muy grande, que servía cuando estaban en la plaza y venía algún aguacero grande para recogerse dentro de él a beber, y también era como despensa donde los Collas, que era la gente a quien tocaba y pertenecía esto por mandado del Ynga, daban ración de carne a los que él ordenaba.

Este Sinchiroca hizo todos los edificios famosos que hay en Yucay, todo para Huayna Capac, en que se ocuparon mucha multitud de indios. En este tiempo Huayna Capac llegó a los chachapoyas y conquistó alguna parte dellos, aunque no todos, y volviéndose al Cuzco, donde entró con triunfo, como los demás antecesores suyos, y de allí a algún tiempo fue a las provincias del Collao a visitarlas y ver si se quebrantaba el orden que en ellas había dejado su padre Tupa Ynga Yupanqui. Y, porque tenía intención de hacer la jornada tan famosa, que después hizo hacia Quito, de los caranguis y otras provincias, mandó que con mucha diligencia y cuidado se fuese poco a poco haciendo gente de guerra y apercibiesen de los más esforzados, recios y animosos de aquella provincia, y pasó adelante hacia los charcas y entonces quiso entrar a conquistar los mojos y chiriguanaes, pero viendo que la gente de los chiriguanaes era pobre y desnuda, sin

habitación y casa cierta, y lo poco que aventuraba ganar sujetándolos, no hizo caso dellos, sino vino a Cochabamba y allí conociendo la fertilidad y abundancia de la tierra, bastante para sustentar infinitos millares de indios y siendo los naturales della pocos en número, hizo y mando que viniesen gran muchedumbre de mitimas de otras partes, los cuales se poblaron allí y hizo a Cochabamba cabeza de provincia, de cuyo nombre cómo le fue impuesto se dirá cuando se trate de su fundación.

Hecho esto se fue Huayna Capac a Pocona a poner en orden la frontera que allí había, y reedificar la fortaleza que Tupa Ynga su padre había allí fundado, para tener en freno a sus enemigos, lo cual hizo y ordenó con mucho concierto, por causa de los chiriguanaes, que como salteadores hacían mucho daño en aquellas tierras y en las chacaras y sementeras. Concluido con esto se vino visitando todas las provincias de arriba y llegó a Tia-huanaco, cuyos edificios soberbios y espantosos ponen admiración a todos los que de España pasan a este reino y los ven. Y estando allí Huayna Capac mandó con grandísima solemnidad pregonar la guerra, que pensaba hacer en las provincias de Quito, y que de todas las provincias se fuesen apercibiendo los soldados y gente que estaba señalada para servir al Ynga en sus conquistas, que era sin número, y luego en todas partes se comenzaron a aparejar los soldados de armas, conforme a su usanza, vestidos de toda suerte: ojotas, chuspas y las más cosas necesarias para su camino, de comida y carneros, unos con grandísima alegría, pensado volver ricos y prósperos de la jornada, como habían vuelto de otras que habían hecho con Tupa Ynga Yupanqui, y otros de mala voluntad y con pena y tristeza por ir a tierras tan lejanas, ásperas e incógnitas, y a pelear con gentes que tenían fama de valentísimas y donde no sabían lo que les sucediera. Pero todos se aparejaban unos y otros, porque el mando y orden de Huayna Capac nadie le osaba quebrantar de ninguna manera.

Visitó el templo de La Laguna de Titicaca, donde hizo infinitos sacrificios a los ídolos de todos géneros que allí había por el felice suceso de la jornada que esperaba hacer, y dejó encomendado a los sacerdotes que rogasen al Hacedor por él continuamente. Concluido con esto dio orden como viniesen los uros en las lagunas, dándoles términos y señalándoles límites, por evitar las diferencias y disensiones que entre ellos ordinariamente había sobre las pescas, mandando que ninguno se entremetiese a pescar en el término del otro. Y acabado esto volvió al Cuzco, dejando toda la tierra de arriba puesta en gran concierto y orden, y gobernadores que la guardasen en su ausencia y soldados de guarnición en las fronteras, para defenderla de sus enemigos, si repentinamente las acometiesen, porque pensaba que la jornada adonde iba sería muy dificultosa y así habría de gastar muchos años en ella, como fue en efecto.

CAPITULO XXXI

Cómo Huayna Capac juntó su ejército y salió del Cuzco y llegó a Tomebamba, y de los edificios que allí hizo

Llegado Huayna Capac al Cuzco, descansó algunos días y después hizo juntar en la plaza todos los orejones del Cuzco y allí les hizo una plática muy concertada, proponiéndoles

su intención de ir a aquella conquista de los cayampes y caranguis, en las provincias de Quito, personalmente, y que los de su linaje que le quisiesen seguir en ella se lo declarasen, para que con el tiempo supiese los que iban con él. Oyendo esto los orejones se le ofrecieron en grandísima cantidad de los más valientes y esforzados, y de sus hermanos y deudos muchos, con muestras de voluntad y sumo deseo de servirle, lo cual él agradeció con mucha humanidad y benevolencia, diciéndoles que los que fuesen compañeros en sus trabajos llevarían también su parte de la gloria y honra que él tuviese y que todos gozarían del premio de la victoria y de los despojos de sus enemigos, conforme se señalasen en la guerra. Con esto todos los ofrecidos y señalados se comenzaron a aderezar de las armas y aparatos necesarios para ir más lucidos y galanes. Luego empezaron a llegar los soldados y ejércitos que había dejado apercebidos en las provincias del Collao y Charcas, y como iban llegando al Cuzco hacían sus reseñas y alardes con gran concierto y orden de guerra, y allí descansaban del camino y se entretenían en fiestas y regocijos comiendo y bebiendo, y estando ya descansados los iba despachando hacia Quito poco a poco, e iba con ellos persona con orden del Ynga, que les hacía dar todo lo necesario para el camino, así de comida y bebida como de otras cosas, que tenía el Ynga en sus depósitos para estas ocasiones.

Y después de haber enviado delante, por su orden, toda la gente del Colla Suyu, Andes y Conde Suyu, que no faltaba nadie por venir, hizo muestra de toda la gente del Cuzco, que son hanancuzcos y hurincuzcos. De los hurincuzcos hizo capitán a Mihi, y de los anancuzcos fue capitán Auqui Toma, su hermano de Huayna Capac, que fue el capitán más valeroso, de más ánimo y fuerzas que tuvo el Inga, y que más se señaló en esta jornada. Salieron los naturales del Cuzco y los orejones bizarros y galanes, con muy ricos vestidos y armas muy lucidas y vistosas, de lo cual quedó Huayna Capac muy contento y satisfecho.

En esto llegó la gente de Chinchay Suyu a punto de guerra que así lo había mandado Huayna Capac secretamente, con un mensajero y que subiesen al Cuzco, para que allí se mostrasen y fuesen vistos, y le dijo el capitán della: Vamos, Señor, que ya es tiempo de ver nuestros enemigos y probarlos, que ha un año que nos detenemos en esta jornada y ya está todo aparejado. Oyendo esto se holgó mucho Huayna Capac, y así salió del Cuzco acompañado de la gente de más lustre de todo su ejército y con grandísimo aparato y orden de guerra, dejando un hijo suyo nombrado Tupacusi Hualpa, que por otro nombre llamaron Huascar Ynga, por rey, y sucesor suyo después de sus días, aunque en Quito, a la hora de su muerte, eligió otro por nombre Ninan Cuyuchi, que vivió pocos días y así éste, Topacusi Hualpa, le heredó y fue el hijo más querido que él tuvo. Era hijo de Rahua Ocllo, su hermana carnal, y no obstante, que era su hermana, no era su legítima mujer, sino Cusirimay, otra hermana con quien se había casado como está ya dicho. La cual Cusirimay murió en Quito y no dejó hijo varón ninguno, y así tomó por mujer legítima a Rahua Ocllo, madre de Huascar Ynga.

Dejó en el Cuzco, haciendo el ayuno solemne que ellos usaban, en su nombre, a Tito Atauchi y por gobernador General a Apo Hilaquita su tío, hermano de Tupa Ynga Yupanqui, su padre, y a Auqui Toma Ynga, hermano de Huayna Capac, de padre y madre, para que guardasen la tierra y mirasen por ella. Llevó consigo a muchos de sus

hijos que tenía, porque cuando fue a estas jornadas ya era hombre de edad Huayna Capac, que le apuntaban las canas. Entre los que llevó consigo fue Atao Hualpa, su hijo, porque no tenía madre, que ya era muerta, y dejó en el cuzco a Topacusi Hualpa, dicho Huascar Ynga, a Manco Ynga, Paulo y otros, muchos e hijos bastardos, por no tener edad para seguirle. Así, por sus jornadas se fue poco a poco sin que le sucediese cosa digna de contar, hasta que llegó a Tomebamba.

En llegando Huayna Capac a Tomebamba, hizo alto con todo su ejército, que era sin número y de diversas naciones y provincias, y pareciéndole que era cómodo asiento para hacer allí cabeza de imperio y señorío, edificó famosos e ilustres edificios e hizo por grandeza una cancha que llamaron Mullo Cancha, a do hizo poner los pares en que había andado en el vientre de su madre con grandísima reverencia, y para ello mandó entallar un bulto de mujer y púsoelas en el vientre y grandísima cantidad de oro y piedras preciosas con ellas. Las paredes de esta casa eran de taracea de Mullo y las listas de oro por toda la pared; hizo la figura de su madre Mama Ocllo toda de oro, y púsola allí, llamábanla Tome Bamba Pacha Mama. Los que servían esta casa y la guardaban eran los cañares, que decían que a ellos les tocaba porque Mama Ocllo era madre y tía, y que Huayna Capac había nacido en este lugar cuando su padre Topa Ynga Yupanqui había ido a las guerras de Quito. Y en memoria desto y para celebrar y autorizar el lugar de su nacimiento hizo esta obra espantosa allí, pretendiendo hacerla cabeza de su señorío. Esta casa tenía el suelo a manera de empedrado, que los indios llaman raíces de oro, de lo cual está todo cubierto el suelo. Las paredes del patio estaban aforradas por de fuera en tallas de cristal, que fueron llevadas para este efecto desde la provincia de Huancavelica. Hizo para perpetuar allí más nombre, y que fuese mayor población, que todas las naciones que desde el Cuzco le habían seguido y de las Charcas y Collado y Chile, todas poblasen allí en torno de Tomebamba, e hizo allí las casas del hacedor del sol y del trueno, como en el Cuzco las había y dotólas de hacienda, criados, chacaras y ganados por el orden y manera que estaban en el Cuzco, y demás de esto puso la Huaca principal que ellos tenían en mayor veneración y respeto acá en el Cuzco, llamada Huana Cauri, y demás de esto todas las demás Huacas que tenían alrededor del Cuzco, todas por su orden y traza como estaban en el Cuzco. Hizo el edificio en la plaza para el usmo que llaman los indios Chuqui pillaca, para sacrificar la chicha al sol cuando bebían con él. De suerte que no quedó cosa en que se pudiesen semejar estos edificios nuevos de Tomebamba con los antiguos del Cuzco, que no la puso y ordenó de la misma manera y por el mismo estilo que en el Cuzco, y esto lo hizo porque pensó hacer allí cabeza nueva del Reino y señorío, y dividirlo entre sus hijos, y quedarse él allí con todos los ejércitos y naciones que había traído consigo a aquella jornada y que, viendo ante sus ojos las cosas más preciadas que en el Cuzco había dejado y a las que tenía más veneración, cuya memoria y recuerdo les podía hacer volver al Cuzco, perdiesen de todo el ánimo y voluntad de dejar a Tomebamba y huirse a aquellas naciones y así se perpetuasen en aquella tierra. Hizo esto para que, como los edificios, templos y huacas del Cuzco eran obra de todos los Yngas, sus antecesores, que cada cual había hecho su parte, él como mayor señor y más poderoso, rico y temido, quiso sólo hacer todos los edificios que muchos habían hecho, y mostrar que era para más que todos juntos y así hacer con esto su nombre más famoso para siempre. Sea lo que fuere, haya pretendido lo uno o lo otro, él no volvió al Cuzco, y en él se puede decir haberse acabado y fenecido todo el ser y majestad de esta monarquía

y el Reino de los ingas, aunque su hijo Huascar lo gozó, pero fue poco tiempo, por la entrada de los españoles, como diremos.

CAPITULO XXXII

Cómo Huayna Capac envió a la conquista de Pasto parte de su ejército y fue desbaratado, y al fin él sujetó y conquistó a Pasto

Una cosa que quedaba por advertir y notar, acerca de las conquistas de estos Yngas, para que fuesen tenidos por injustos tiranos usurpadores de lo ajeno, y es que primero que llegaban a rompimiento con alguna nación se hacían guerra entre sí, si la hacían, o daños en las provincias sujetas al Ynga, enviaba sus mensajeros a que hiciesen entera satisfacción de los agravios que había hecho a sus vasallos y, si requeridos una y dos y tres veces, no querían, pregonaban la guerra a fuego y a sangre y se la hacían muy cruel hasta sujetarlos y traerlos a su obediencia. A otros requerían con dádivas y presentes, y representaban los daños y trabajos de la guerra, y si se sujetaban y por bien de su voluntad, venían a su mandado, a estos tales estimaba en mucho el Ynga y los honraba y daba libertades y exenciones y privilegios y dádivas ricas y preciosas, y a los caciques y señores les daba para sus mujeres, parientas y deudas suyas y de su linaje, y con esta benevolencia y amor los atraía y vencía. Estos, viéndose tan honrados y favorecidos del Ynga, y llenos de bienes de sus manos, publicaban dondequiera las mercedes que el Ynga les había hecho, y su gran afabilidad con todos y así atraían a otros señores y caciques a la obediencia del Ynga, con lo cual fueron cada día más extendiendo su señorío e imperio, y haciéndose más poderosos y temidos.

Después de concluidos los grandes edificios y población hecha en Tomebamba por mandado del Ynga, hizo Junta General de todos sus consejeros, gobernadores y capitanes, y hombres de guerra, adonde trató y propuso en qué lugar o provincia empezaría la guerra y conquistas, en primer lugar si hacia la mar o hacia los Andes, que estaban por aquellas provincias o partes, o a los caranguis, y después de muchas diferencias y diversidad de pareceres, se determinó Huayna Capac de ir al principio hacia Pasto. Publicada su voluntad y mandato, dos capitanes, el uno llamado Cauana de Ylabi, y otro Mullu Pucara de Atuncolla, que es la provincia del Collado, se levantaron y con ellos otros dos de Conti Suyo llamados Apucaucac Cauana y Contimollo, y todos cuatro con mucha humildad suplicaron a Huayna Capac fuese servido de a ellos antes que a otros concederles la entrada y conquista de aquella provincia, donde querían mostrar el grandísimo deseo que de aventajarse en su servicio tenían, porque por espías que secretamente habían enviado, sabían por cosa cierta que era tierra fragosa, de montañas y nieves como las suyas, donde ellos eran naturales y que los indios chinchay suyos que en el ejército había eran acostumbrados a tierra caliente donde habían nacido y criádose, y así no eran para tanto como ellos y que a ellos les tocaba aquella jornada. Huayna Capac, habiéndoles agradecido con palabras alegres la voluntad que mostraban en querer señalarse ellos antes que otros, les dijo que se mirasen bien en ello, que estaba informado ser la tierra muy áspera y no quería se metiesen en peligro, donde se perdiesen y fuesen causa de perder su ejército, o a lo menos disminuirse y dificultasen con ello la conquista,

a lo cual con gran determinación le replicaron que por saber ser la tierra áspera y fría como la suya lo pretendían, y en ello le querían hacer aquel servicio, y muy ahincadamente le rogaron se lo concediese. Visto por Huaina Capac su ánimo, se lo concedió, y para más fortalecerlos y que fuesen con mayor esperanza de buen suceso les dio dos mil orejones del Cuzco, y por capitán dellos a Auqui Toma, su hermano, y a Colla Topa, del linaje de Viracocha Ynga, y a otros, y mandóles fuesen con los collas con mucha orden y concierto.

Salidos los cuatro capitanes ya dichos con los orejones a la conquista de la provincia de Pasto, comenzaron a entrar por las sierras arriba, en las cuales había ciertas abras y quebradas grandes y anchurosas, donde habitaban las gentes de aquella provincia y así fueron conquistando con mucho trabajo y necesidad, facilitando con sus brazos y ánimos la dificultad de la fragura de la tierra, venciendo a los naturales que, con grandísimo ánimo, ponían sus cuerpos a todo trance y peligro, y viéndose subrepujar y que la multitud del ejército de Hayna Capac todo lo allanaba, usaron de un ardid para probar si, mediante él, la ventura les concedía lo que les negaban sus fuerzas. Y fue que dejaron en las poblaciones a las mujeres e indios viejos, y viejas, y la gente de guerra se retrujo y fortaleció en el pueblo principal, esperando el fin y medio que tomaba el ejército del Ynga, el cual viendo tan súbita huida o retirada, pensando que desamparaban la tierra, los fue siguiendo hasta donde hallaron las casas principales del señor de la provincia, en una grandísima población donde entraron con poco trabajo, venciendo la gente della y se apoderaron de toda aquella tierra, y entendiendo que la gente se había huido fuera de la provincia y que ya no había con quién más pelear, que todo estaba llano, y ellos seguros, de los enemigos que no parecían, dejaron las armas y se pusieron a descansar del trabajo pasado. Y convidados de la hambre y de la abundancia que hallaron de comida y cantidad de chicha regalada, dejado todo aquello de industria de los enemigos, para mejor poner en ejecución su intento, se dieron a comer y beber, y regocijos y bailes mediante el aparejo que había, y descuidados del daño que se les aparejaba. Estando en estas fiestas gozando con contento de los despojos de los enemigos, toda la gente de aquella provincia de Pasto, que para el efecto se juntó con su cacique principal, sabiendo por sus espías el poco recato de sus enemigos, no queriendo perder tan buena ocasión, una noche al mejor tiempo que estaban ocupados comiendo y bebiendo, súbitamente dieron por tres o cuatro partes en la gente de Huayna Capac collas y orejones, donde fue lamentable y triste la destrucción y matanza que hicieron en ellos y principalmente en los collas, que como era gente que peleaba con ayillos, y no con otras armas, y tomados de repente en lugares angostos y desacomodados, donde no podían mandar aquellas armas ni aprovecharse dellas, fue fuerza que muriesen muchos dellos. Y llevando lo peor de la batalla se desbarataron y unos se escaparon y otros quedaron muertos y otros en poder de los enemigos, gozosos de tan señalada victoria.

Visto este tan inconsiderado suceso, y la destrucción de los collas, por los orejones ingas y sus capitanes, se empezaron a retirar y recoger los que pudieron escapar del desbarate de los collas, de los cuales murió peleando como buen capitán en la batalla Contimollo de Conti Suyo. Juntos todos los que se salieron en buen orden de guerra, desamparando los puestos que habían ganado, caminaron poco a poco hasta que llegaron a donde venía el resto del ejército con Huayna Capac, su señor, que les hacía espaldas, aunque tarde. Y

cuando Huayna Capac vio su ejército y gente desbaratada y tantos muertos de los principales, y que faltaban tan señalados soldados, recibió grandísima pena y enojo, y con muy afrentosas palabras reprendió y riñó a los capitanes, increpando el descuido y negligencia que habían tenido en no fortalecerse en el pueblo principal, y haber puesto guardas y espías, según el orden que en la guerra se suele guardar para prevenir con ella lo que les había sucedido. Hechos, reseña y alarde de toda la gente, no queriendo dar lugar a que los enemigos se rehiciesen y fortaleciesen en los puestos de más importancia, ni darles tiempo a que se juntasen en más número, con suma presteza ordenando su ejército volvió a entrar por donde sus capitanes habían entrado, conquistando de nuevo y haciendo con los enemigos mortal y nunca visto estrago, quemando las poblaciones, deshaciendo los fuertes, destruyendo las chacaras y sementeras y asolando toda la tierra, y matando y prendiendo toda cuanta gente hallaba en toda aquella provincia, no perdonando a sexo ni edad, por mostrarse más terrible y espantoso a los principios, y desta suerte estuvo hasta que a fuerza de brazos, y con grandes muertes y derramamiento de sangre, acabó de conquistar toda la provincia y sujetó todas las naciones y pueblos della. Concluido con la guerra hizo señalados y temerosos castigos en los que no habían querido venir a su obediencia, y en los que se habían señalado en la muerte de sus capitanes y gente, para que su nombre corriese por todas aquellas provincias que pensaba conquistar, y temerosos dél le obedeciesen y sujetándosele reconociesen por señor. Y, habiendo puesto en la provincia gobernador de su mano, y recaudo de capitanes y soldados en puestos y fortalecidos para guarnición y guarda della, como era costumbre de los ingas, se volvió con los demás de su ejército a Tomebamba, de do había salido.

CAPITULO XXXIII

Cómo Huayna Capac conquistó las provincias de los Caranguis, y del peligro en que se vio

Vuelto Huayna Capac a Tomebamba como está dicho, descansó allí algunos días, dándose a placeres y contentos con su gente. Para reparar la del Collao que se había perdido y muerto en la batalla de Pasto, los caciques y capitanes de los collas enviaron a la provincia del Collao por nueva gente, con que se rehicieron y reformaron cumplidamente para nuevas empresas. Entonces Huayna Capac hizo allí cacique a Apucari y le nombró por Capitán General de todo el ejército del Collao, que hasta entonces era solamente cabeza de la gente de Chucuito, lo cual hizo Huayna Capac por haberse mostrado en aquella jornada hombre de gran valor y ánimo y de mucha industria y prudencia, sobre todos los demás capitanes de la provincia del Collao.

Habiéndose aumentado el ejército y aderezado de lo necesario de armas, vestidos y ojotas para el camino, acordó Huayna Capac con todos sus capitanes de ir a conquistar la provincia de los caranguis, donde hay una nación que tiene por nombre Cayambis, belicosa y brava gente de mucho ánimo e industria, y que se entendía dellos se defenderían con grandísimo ánimo y valor y así quiso el mismo Huayna Capac entrar a ellos personalmente. Y metió todo su ejército, conquistando al principio mucha diversidad de gentes y naciones llamadas mazas, y a los confines de los cañares y los

quisnas y los de Anca Marcas y los de Puruay y Novitua, y otras naciones que están allí cerca, y bajó hacia Tumbes. Llegó a la frontera de los caranguis y cochisque, do mostró Huayna Capac bien el valor de su persona y gran ánimo y esfuerzo, porque ordinariamente en los peligros y trabajos era el primero de todos sus capitanes, queriendo con su ejemplo moverlos a dejar fama inmortal de sí en los siglos venideros, y así en las batallas y recuentos donde hallaba más resistencia en los enemigos, peleaba por su persona valientemente, y se metía en las mayores presas y riesgos, de suerte que todos se admiraban de su gran ánimo y atrevimiento, y era temido de sus enemigos donde quiera que oían su nombre, y de los suyos era respetado, y le llamaban por excelencia Unchi Capac Inga, que quiere decir valeroso y fuerte, señor poderoso. Llegó a la fortaleza de Cochisque y halló en ella puesto mucho recaudo y gran resistencia, por se haber allí recogido y amparado en ellos mucho número de gente, fortaleciéndose con gran cuidado de todo lo necesario por haber oído las nuevas de la braveza del Ynga y de su ejército. Y cercó la fortaleza de Cochisque y la empezó a combatir por diferentes Partes do halló grandísima defensa y dificultad y tuvo bravos rencuentros, donde perdió mucho número de gente de la más valerosa y valiente de su ejército, que como veían que estaban delante de su señor, todos procuraban de señalarse. Al fin vino a tomar la fortaleza por fuerza de armas, y mató en ella infinita gente, y parte de los que pudieron escaparse se fueron huyendo a la fortaleza de Carangui, donde se recogieron.

Tomada la fortaleza de Cochisque, hizo Huayna Capac derrocar los lugares fuertes que cerca della estaban y mandó descansar la gente por algún tiempo, y después entró en consejo de guerra, proponiendo en él la toma de la fortaleza de Carangui, y en él hubo diferentes pareceres de los capitanes, en el modo cómo se podía facilitar la empresa dello, y al fin acordaron los capitanes Collatopa y Mini y Auquitoma, con otros orejones, que el más acertado medio para el fin deseado era conquistar y destruir toda la tierra alrededor de la fortaleza, para que con esto no les pudiese entrar socorro de ninguna parte y ansí sería más fácil la conquista. Y acordado esto salió con todo su ejército Huayna Capac y entró por Ancas Mayo y Otavalo con temeraria furia, destruyendo y asolando toda aquella tierra con grandísimo espanto de los moradores y naturales della. Unos por un cabo y otros por otro, desamparando sus lugares y tierra, se iban retirando y huyendo hacia la fortaleza de Carangui, y allí se iban fortaleciendo con mucha diligencia, y Huayna Capac, habiendo destruido los contornos de la fortaleza, llegó a ella con todo su ejército y asentó su real alrededor en los lugares y sitios que le parecieron más cómodos, a él y a sus capitanes, para apretallos más e impedilles el socorro que les tentasen meter los alzados de los Caranguis.

Y habiendo estado algunos días sobre la fortaleza y tentado por buenos medios rendirla por evitar muertes de los suyos, que sabía le habían de costar muchas, por ser casi inexpugnable la fortaleza y en lugar áspero y fuerte, al cabo trató de asaltarla con la mejor oden que supo, y con los más valientes y animosos soldados de su ejército, que embistieron con grande ánimo y determinación de vencer o morir; y con no menor les recibieron los cayambis, y habiéndose peleado con temeraria porfía y muerto mucha gente de la de Huayna Capac, queriendo mostrar su brío y esfuerzo, salieron de la fortaleza en su seguimiento, y fue tal la arremetida que mataron infinitos orejones y Huayna Capac, que con ellos estaba, cayó en el suelo y gran parte de los suyos le

desampararon, teniéndole por muerto, y sin duda lo fuera si a esta sazón no llegara la gente de su guarda con los capitanes Tupi Tupa Yupanqui y Huaina Achache, que serían hasta mil indios y éstos le ayudaron a levantar de donde estaba caído, porque estos capitanes fueron muy valerosos y hermanos en armas de Huayna Capac. Levantado juntamente con un capitán suyo, llamado Capan, llegaron de nuevo los orejones avergonzados y corridos de haber dejado a su señor y con nuevo esfuerzo embistieron con los cayambis, y matando muchos dellos los hicieron retirar a la fortaleza de do habían salido. Libre Huayna Capac del aprieto en que se había visto, que fue el mayor que tuvo en su vida y donde perdió mucha gente de la más granada de su ejército, volvió a su real habiendo los enemigos encerrádose en su fortaleza, muy gozosos del buen suceso. Considerada después por Huayna Capac la dificultad de la empresa, y que sin duda le costaría mucho número de gente que deseaba conservar para otras conquistas, determinó con los de su consejo de tomar todos los caminos por donde les podía entrar socorro de gente y comidas para hambrear a los enemigos de la fortaleza y necesitarlos, con la falta de comida, a venir a su sujeción, aunque se alargase la guerra más de lo que él había entendido al principio, y hecho y ordenado esto y puestos buenas guardias y presidios, se volvió a Tomebamba a dar oden en las provincias conquistadas.

Llegado a Tomebamba compuso a su modo las provincias de Paso, Macas y Quisna Anca Marca y Novitoa y Otavalo, dándoles leyes por donde viniesen. Las más destas naciones no tenían huacas ni idolatrías ningunas, salvo que los cayambis y cañares eran grandísimos hechiceros. A todos se dio por principal huaca el sol como lo era suya. Y de sus tierras hizo señores de los naturales de aquellas provincias, como lo tenía de costumbre y de su generación y linaje; puso gobernadores y puestos, se informó muy por extenso dellos, qué gente se podía sacar de aquellas provincias y de cada una dellas, y de las personas que en ellas había belicosas, y de quién se podía esperar o temer que harían, andando el tiempo, algunos movimientos de rebelión, para asegurando la tierra sacarlos dellas y traspantarlos a otras de sus temples y calidades, haciéndolos mitimas, como siempre había observado en todas las regiones que había conquistado, y los que podía meter en su triunfo cuando volviese al Cuzco, que era lo que más deseaba, y que fuese el más soberbio que ninguno de sus antecesores hubiese hecho, y conforme la relación que le dieron sus gobernadores, así lo dispuso todo y lo ordenó.

CAPITULO XXXIV

Del motín que se levantó en Tomebamba por Mihi y otros capitanes de los orejones, y cómo lo sosegó Huayna Capac

Habiendo ordenado Huayna Capac en las provincias recién conquistadas lo dicho en el capítulo precedente, se dio en Tomebamba a placeres y regocijos con su gente, do estuvo algún tiempo, pero no por eso se olvidaba de proveer lo necesario a la guerra y conquista, y a socorrer la gente que había dejado alrededor de la fortaleza de Carangui, que era lo que al presente más cuidado le daba. En este tiempo, el Ynga tenía sumo odio con los orejones, que en el rencuentro de la fortaleza, cuando cayó, le habían dejado solo, que si de los enemigos fuera aquel día conocido, se acabara la guerra con su muerte a sus

manos, a cuya causa les tenía la mala voluntad dicha y mostrábaselo con no hacer el caudal que dellos solía en sus fiestas y banquetes, ni teniendo cuidado que las raciones ordinarias se les diesen como de antes, porque se les daba de diez a diez días y después de mes a mes, de suerte que mediante esto los orejones vinieron a grande necesidad y miseria, y todos los regocijos y fiestas del Huayna Capac eran con los yanayacos del Cuzco, que son los de Sacsa Huana, y de éstos mostraba grandísima voluntad y amor, y a éstos hacía grandes favores y regalos, prefiriéndolos en todo, y les decía que a ellos tenía por hermanos y compañeros, y en su prosperidad habían de ser mejorados en todos los despojos de la guerra, y que ellos le habían dado la vida y a ellos se la debía, pues le habían con tanto peligro y muertes librádole de las manos y poder de sus enemigos. Vistas todas estas cosas por los orejones y creciendo cada día más su necesidad de comidas y de lo que habían menester, se juntaron en su cabildo los capitanes Mihi Huayca Mata y Ancascalla, y juntos con todos los orejones de más valor y prendas, Mihi, su general, se levantó y les dijo: no hay ninguno de vosotros, hermanos míos, que no sepa y entienda el poco caso y caudal que Huayna Capac, nuestro señor e Ynga hace de todos nosotros y el menosprecio y poca voluntad que cada día nos va mostrando, y a todos son notorias las necesidades que todos padecemos, sin que ya nos reste otro remedio sino el que yo he imaginado y es el que a todos en general y en particular nos está bien. Y para ello quería que todos unánimes y concordés me favoreciéredes con todas vuestras fuerzas y así tengo determinado que nos volviésemos al Cuzco, nuestro natural, de donde salimos y tenemos nuestras chacras, mujeres e hijos y donde podremos pasar con el trabajo de nuestros brazos sin aguardar a que el Ynga nos dé el sustento necesario y nadie nos tendrá a mal esto, supuesto que forzados de la hambre lo hacemos y no por faltar en nosotros la debida obediencia a nuestro señor. Para mejor conseguir nuestro intento llevaremos con nosotros la figura del Sol, pues en su guarda y defensa venimos del Cuzco y esto todo se ha de hacer mañana al salir del sol, y para ello estemos todos apunto con nuestras armas, hato, y lo que más fuere menester para nuestro camino, en la plaza Huachao Huaire Pampa, y juntos entraré yo en Curicancha y sacaré la figura del Sol conmigo y con los capitanes y con ella empezaremos luego nuestro viaje y lo proseguiremos al Cuzco. Oídas de los capitanes y demás orejones estas razones, todos de común consentimiento las aprobaron y confirmaron, y a su General le rindieron las gracias del buen acuerdo que había tomado en su negocio, y quedaron conformes que aunque les costase las vidas ninguno discrepase de aquel parecer y que al tiempo que saliese el sol se juntasen para poner por obra su determinación.

Apenas se había mostrado al oriente el sol, cuando todo el ejército de los orejones estaba junto y puesto a punto en el lugar señalado el día antes, y a este tiempo vino a noticia de Huayna Capac lo que tenían tratado en su partida, y admirado dello envió a decirles qué novedad era aquélla y para qué se habían juntado tan de mañana, y todos los orejones le respondieron que después lo sabría. Oída esta respuesta por Huayna Capac, les tornó a decir que le dijesen a qué guerra querían ir, pues en orden della habían salido a la Pampa, y el General Mihi hizo detener el mensajero y visto por Huayna Capac y que no volvió, acordó de enviar otro principal, al cual juntos los capitanes le respondieron: ya tenemos a nuestro señor hartos con nuestros enojos y disgustos, y queremos volvernos a nuestras casas y tierras, porque la hambre y la necesidad nos constriñe a ello. Y diciendo estas palabras Mihi y otros orejones de los más principales y valientes, se entraron en la casa

del Sol y Mihi se abrazó de la figura del Sol y lo sacó fuera, y viendo esto los orejones, que estaban aparejados, se holgaron mucho, y en esto llegó Huayna Capac, y con muestras de enojo le dijo a Mihi: ¿qué novedad es ésta?, a lo cual respondió Mihi: basta, Señor; los enojos y disgustos que os hemos dado ya es razón, pues aquí no somos de provecho, nos volvamos a nuestras tierras y queremos llevar con nosotros al Sol nuestro padre, y diciendo esto se salió, y el Ynga tras él. Sabido esto por la demás gente de Colla Suyo, recibieron gran contento, porque con esto les parecía volverían a sus tierras, y viendo Huayna Capac la instancia que hacía Mihi, le fue forzoso dejarle, y así el Mihi comenzó a caminar por la Pampa, con la figura del Sol hacia do estaba la gente del ejército de los orejones.

Viendo esto Huayna Capac, y que los orejones tenían razón de amotinarse, pues forzados de hambre lo hacían, y que si quería por fuerza impedirles el viaje sería negocio dificultoso, y según su resolución sucederían muertes y escándalos, acordó, como prudente, llevarlos por medios suaves y mandó que la imagen de su madre saliese al camino a estorbárselo y juntamente todas las huacas que allí en Tomebamba había, y así salieron en hombros de los indios más principales del Consejo de Huayna Capac, y una india cañar muy principal iba diciendo a Mihi: ¡dónde vais, hijo, desa manera! esperad sólo el día de hoy y llevaréis ojotas para el camino, y de los vestidos que yo tengo tejidos e iréis poco a poco. Oyendo estas razones Mihi y los demás capitanes, condescendiendo a sus ruegos se volvió con la figura del sol a Mullucancha y allí, en nombre de la figura de Mama Ocllo, con grandes importunaciones, le empezaron a rogar no se fuese, no obstante que la demás gente que estaba fuera de los orejones aparejados para caminar le daban prisa que saliere y empezase su camino, pero allí le entretuvieron hasta que fue casi medio día.

Entonces entró Huayna Capac en Mullucancha, donde estaba Mihi, que aún no había salido de allí, y le habló con palabras de amor, de suerte, que aquel día quedaron allí hartos contra la voluntad de los orejones, y aquella noche mandó Huayna Capac que en la plaza se pusiese grandísima cantidad de maíz, ganado, comida, ropa de cumbi, hahusca, algodón y otros mil géneros de cosas, y al amanecer mandó pregonar públicamente que solos los orejones de su ejército llevasen aquello, quien más pudiese llevarse más a su casa, porque para ellos solos se había mandado poner en la plaza todo aquello. Oyendo este pregón los orejones, cada cual a porfía, empezó con mucha prisa a recoger de los vestidos y comida, olvidados de su partida con el regalo y abundancia presente, y cargados de todo lo que pudieron llevar se fueron a sus casas. Entonces Huayna Capac, al General Mihi, le dio por mujer una india principal, y a los demás capitanes, y los honró y favoreció mucho y enriqueció con dádivas, y mediante éstas, que quebrantan las penas, los sosegó y apaciguó, y de allí adelante mostrándoles buen rostro y afabilidad en todo como de antes se quedaron por entonces en Tomebamba, sin pensamiento de volverse al Cuzco, como lo habían tratado. Tanto pueden los medios suaves tratados con moderación y prudencia que facilitan y acaban las cosas, al parecer de los hombres, imposibles, en todo lo cual se hubo Huayna Capac como príncipe sabio y prudente.

Cómo combatiendo la fortaleza de Carangui murió Auqui Toma, hermano de Huayna Capac, y después la tomó el mismo por su persona

Después de haber apaciguado el motín ya dicho, las gentes y ejército que había mandado venir del Collao Huayna Capac comenzaron a llegar a Tomebamba, e hicieron ante el Ynga una muestra hermosa de ver, de que quedó muy contento y con grande satisfacción dellos. En esto llegaron a Tomebamba nuevas cómo los cayambis habían salido de la fortaleza, do estaban recogidos, contra los que había dejado el Ynga para guardar los pasos y habían desbaratado la gente y muerto mucha della, de lo cual se enojó mucho Huayna Capac, viendo los daños que causaba su ausencia en sus gentes; para remedio de esta rota envió luego con un ejército lucido a su hermano Auqui Toma, con muchos capitanes y hombres de valor y orden, que así mismo llevase consigo la guarnición que estaba en Huchalla Pucara, y con toda esta gente procurase de tomar venganza de los daños hechos por los cayambis, y tomase la fortaleza haciendo todo lo que pudiese en los combates.

Salió de Tomebamba con este ejército de todas naciones Auqui Toma, muy deseoso de mostrarse en esta empresa, y siguiendo el orden de Huayna Capac, llegó sobre la fortaleza de Carangui y la sitió por todas partes, y dio algunos combates con mucho ánimo, y en ellos de ambas partes murió mucha gente. En el último, los orejones se señalaron sobre las demás naciones y tomaron cuatro cercas de la fortaleza, a pura fuerza de brazos, y en la última murió peleando como buen capitán Auqui Toma, y murió con él tanta gente de los suyos y de los enemigos, que estaban amontonados los cuerpos unos sobre otros en infinito número. Acabadas las lanzas y flechas, como se peleaba con mortal rabia, vinieron a las manos. En este tiempo visto por el ejército del Ynga su Capitán General muerto, desmayaron algún tanto y se empezaron con buen orden de guerra a retraer, y retirándose primero la gente común, llegó a un río, el cual en aquella sazón comenzó a venir crecido, por haber la noche antes llovido mucho, y con el temor que faltan todos los buenos discursos de la razón, se echaban a gran prisa al agua, no reparando en el peligro de la corriente del río, y el agua llevó mucha cantidad de gente, y otros con las heridas quedaron ahogados en las orillas y el río se tornó de color de sangre. Así la pérdida del ejército de Huayna Capac fue grande, así por la gente que murió en la fortaleza y retirada, como por la que se ahogó en el río, y los que pudieron pasar el río hicieron alto de la otra parte, y con grandísima diligencia despacharon mensajeros a su señor Huayna Capac, haciéndole saber todo lo sucedido en el combate de la fortaleza, y la muerte de Auqui Toma su hermano y el mucho número de soldados que habían muerto en la fortaleza a manos de los enemigos y en la retirada y en el río, ahogándose, y cómo ellos se quedaban fortaleciendo un puesto, porque de nuevo no saliesen los cayambis, hasta aguardar su mandado de lo que habían de hacer, si aguardarían allí nuevas fuerzas o se retirarían del todo.

Oída esta nueva tan triste por Huayna Capac, no hay palabras que signifiquen el sentimiento que hizo especial por la muerte de su hermano Auqui Toma, por el cual hizo llanto general con todo su ejército, y ardiendo en deseo de venganza determinó de una vez echar el resto y, personalmente, concluir con aquella conquista, asolando la fortaleza

de Carangui y matando todos los que en ella estaban. Así en el restante del ejército y poder que tenía, salió de Tomebamba, repartiendo su gente en esta manera: que Mihi fuese con los orejones del Cuzco por un lado de la fortaleza, con todo el secreto posible, y por el otro lado las naciones de Chinchay Suyo, y pasasen cinco jornadas de la fortaleza adelante haciendo muestras de ir a otras provincias y con esto desmintiesen las espías que los enemigos entendía tendrían sobre ellos, y que desmentidas las espías, cada uno de su parte, con la mayor presteza y diligencia posible, revolviessen sobre la fortaleza quemando y asolando todo cuanto delante hallasen, sin dar tiempo a los enemigos de fortalecerse en algún puesto, porque en esto consistía la victoria. Dada esta orden, se quedó Huayna Capac con el restante de su ejército, que fue grandísimo número de gente, y con él se fue acercando a la fortaleza de Carangui personalmente, queriéndose hallar en el combate y, llegado, se lo dio fortísimo con grandes muertes de ambas partes y brava resistencia de los enemigos.

Prosiguió en esto algunos días, hasta que pareciéndole era ya ocasión que los ejércitos que habían de venir por las espaldas llegasen, y estando avisado dello, mandó dar asalto a la fortaleza con parte del ejército y, estando en la mayor prisa y furia dél, hizo señal a los suyos se retirasen dando muestras de huir por algún suceso, los cuales lo hicieron medio desbaratados y mostrando gran miedo. Visto por los cayambis tan súbita retirada, y que la gente del Ynga daba muestras de huir, ignorantes del daño que se les aparejaba, y no previniendo el peligro, pensando que sería como otras veces, comenzaron a salir de la fortaleza en confuso tropel, en seguimiento de los enemigos, y con grandísima vocería los ultrajaban, llamándolos de cobardes, y empezaron a pelear con ellos, matando e hiriendo algunos, pero estando en esto descuidados del daño y destrucción que por las espaldas les venía a deshora, por lo alto de la fortaleza comenzaron a asomar los ejércitos del Ynga, que habían llevado Mihi y los de Chinchay Suyo por el otro lado, con buen concierto y orden de guerra, los cuales les embistieron luego la fortaleza, confiados en hallar en ella poca resistencia, como en efecto no la hubo, por estar los más y mejores soldados de los cayambis trabados en la pelea, fuera de la fortaleza, con la gente del Ynga, y así les fue facilísima la entrada en ella, y en subiendo comenzaron a poner fuego a las casas y ranchos de los cayambis y a matar y herir en los que dentro de la fortaleza estaban, que viendo tal caso se esforzaban a defenderse, aunque en vano.

Desde que los cayambis al ruido y vocería entendieron lo que pasaba y volviendo las cabezas vieron la fortaleza tomada y el fuego y llamas por lo alto della y sus casas abrasándose, empezaron a desmayar y a faltarles el ánimo, como ordinario sucede en casos no esperados, y queriendo volverse a entrar en la fortaleza, cargaron los del Ynga sobre ellos, y ansí no hallaron otro remedio más conveniente por entonces que retirarse hacia una gran laguna que cerca estaba, pensando entretenerse en las ciénagas della, hasta que fuese de noche y con la oscuridad escaparse. Así se fueron entrando por unos juncales que había en laguna a un lado della. Pero Huayna Capac con gran presteza les fue siguiendo, y porque no se le escapase ninguno hizo cercar toda la laguna y entrar en ella los mejores soldados que tenía, y allí se hizo una cruel matanza en los cayambis, y fue tanta la sangre que se derramó que el agua se tornó colorada, y desde entonces le quedó a la laguna por nombre La Yanuarcocha, que quiere decir Laguna de Sangre. Había en medio de la laguna muchos sauces muy grandes, y en ellos se subieron muchos

cayambis pensando escaparse, pero al fin fueron muertos y presos de la gente de Huayna Capac, y entre ellos fue derrocado a pedradas Acanto, un cacique muy principal de los cayambis. A la noche Pinto, otro cacique, con la confusión que había y revuelta, se escapó con mil indios.

CAPITULO XXXVI

Cómo Huayna Capac prendió a Pinto, cacique cayambi, y envió un capitán contra los chiriguanas

Mucho sintió Huayna Capac que se le hubiese ido de las manos Pinto, el cacique de los cayambis, porque tenía fama de muy valeroso y de grandísimo ánimo y braveza, y pareciéndole que no estaba concebida la guerra hasta que lo hubiese a las manos, envió detrás dél una capitania de gente esforzada, para que de todas las maneras lo prendiesen a él y a los suyos. Esta gente le fue dando alcance hasta que, viéndose perseguido, se metió en una montaña espesa, desde donde dio mucho trabajo a la gente del Ynga, porque no teniendo lugar señalado se andaba de una parte a otra haciendo grandes daños en los pueblos conquistados, matando y robando a los que en ellos estaban y destruyéndoles las sementeras. Hasta que Huayna Capac quiso en persona con parte de su ejército a seguirle, y llegando donde estaba mandó atajar todos los pasos por donde se podía huir al monte, de suerte que no pudo escaparse ni salir, y faltándole el mantenimiento forzado del hambre, se hubo de entregar con los suyos en poder de Huayna Capac. Este Pinto fue muy valiente y de gran coraje y ánimo, tanto que después de preso, estando en poder del Ynga, por regalos y caricias que le hacía, jamás le vieron el rostro alegre y contento, y así de rabia y tristeza vino a morir, y muerto mandó Huayna Capac que le desollasen y del cuero hiciesen un atambor para hacer en el Cuzco el taqui del sol, y así lo envió al Cuzco.

Concluido todo lo dicho, mandó Huayna Capac escoger de todos los prisioneros los más principales y los más bien agestados, y señalados entre los demás por su orden de todas edades, así hombres como mujeres, para enviarlos al Cuzco y que los guardasen para meterlos en el triunfo con que pensaba entrar según su usanza antigua. Visto este mandato por la gente popular vencida y que iban entresacando la más granada y lustrosa della, entendieron que esto se hacía para matarlos, y que porque no se rebelasen escogían los más principales, y como pudieron se rehicieron de algunas armas y sacaron otras que tenían escondidas y tornaron a querer dar muestras de nueva guerra y defender sus personas. Visto esto por Huayna Capac con grandísima ira y enojo, los mandó rodear de su ejército y hacerlos pedazos y entre ellos a muchos de los que tenían escogidos para el triunfo, y así perdieron la vida los que no murieran si supieran conocer la intención de Huayna Capac, que era reservarlos y ponerlos por mitimas en otras tierras, conforme su costumbre guardaba antiguamente para que no se rebelasen. Y con esto se concluyó la conquista de los cayambis, que tanto tiempo duró y dio tanto en que entender al Ynga, y le costó tantas muertes de los suyos y de hermanos y parientes y otros principales capitanes.

Acabada la guerra se volvió Huayna Capac a Tomebamba acompañado de su ejército, dejando primero guarnición de muy buenos soldados en la fortaleza, así para la seguridad de la tierra como para que los enemigos que andaban por otras provincias huidos no volviesen a rebelarse de nuevo y alborotasen la tierra, que quedaba quieta y pacífica. Llegando Huayna Capac a Tomebamba vinieron nuevas del Cuzco, cómo los chiriguanas habían salido en mucho número de sus tierras y entrando en las del Ynga, haciendo daños y destrozos increíbles, matando la gente que estaba de guarnición en la fortaleza de Vscu Turo y otra gran multitud de la gente de la tierra, y con esta destrucción no habían parado hasta Chuquisaca, que es la tierra adentro. Desto recibió grandísimo enojo Huayna Capac, y propuso vengarse dello, y mandó luego se aparejase un capitán famoso y que tenía noticia de aquella tierra y gente, llamado Yasca, para que en el Cuzco hiciese gente y soldados nuevos y con el mayor ejército que le fuese posible partiese a aquellas fronteras, donde pusiese todo el recaudo necesario en las poblaciones que se habían desamparado por miedo de los enemigos y por muerte de los soldados que él había dejado y los naturales dellas, y reprimiese las insolencias de los chiriguanas, de suerte que otra vez no se atreviesen a salir de sus términos.

Yasca, el capitán dicho, partió luego con gran presteza para el Cuzco, y por mandado de Huayna Capac llevó consigo las huacas Catiquilla, Huaca de Caja Marca, con la gente que estaba en la guerra de aquella provincia y de la de Huamachuco y la huaca Cuychaculla de los chachapoyas, con la gente dellas, y la huaca Tumayrica, y Chinchay Cocha con la gente Tartima y Atabillos, y así vinieron juntos caminando hasta el Cuzco, donde los gobernadores del Aochila, Quita y Auquitopa Ynga, los recibieron muy bien, y luego mandaron apereibir todo lo necesario para la jornada, así de soldados del Cuzco como de otras partes, y de comidas y ojotas y armas. Saliendo Yasca del Cuzco entró en el Collao, donde hizo apereibir gran número de gente de aquella provincia, que llevó consigo, y llegado a los chiriguanas empezó la guerra, y aunque fue trabajosa y difícil, se supo dar tal maña que los venció en algunos encuentros y los hostigó de manera que se hubieron de retirar a sus tierras y montañas dellas, donde viven de ordinario y dejaron las poblaciones que tenían ocupadas del Ynga. En esta guerra prendió el capitán Yasca algunos chiriguanas, a los cuales después envió a Quito a que los viese Huayna Capac, que nunca los había visto. Y habiendo reparado las tierras destruidas y pobladas y fortificado los puestos necesarios para prevenir lo que podía suceder en su ausencia, y dejando guarniciones en los fuertes, como antes solía hacer, se volvió con el resto del ejército al Cuzco, con grande alegría de haber concluido aquella jornada dichosamente, de que se habían recelado mucho. Por ser la gente tan valiente y animosa y robusta como es notorio en este Reino, y llegado al Cuzco, conforme la orden que tenía de Huayna Capac, dio licencia a toda la gente de las provincias que habían venido con él a la jornada, para que se volviesen a sus tierras naturales, y ellos lo hicieron con mucha voluntad porque estaban cansados de los largos caminos y peligrosas guerras en que habían andado, y se llevaron sus huacas que habían traído como está dicho.

CAPITULO XXXVII

Cómo prosiguiendo Huayna Capac en su conquista se vio en gran peligro, y de su muerte

Después que Huayna Capac hubo despachado a la guerra con los chiriguanas al capitán Yasca, como se ha dicho, y él quedó en Tomebamba en poner en orden y concierto toda la tierra de allá abajo, y prosiguiendo en su conquista, llegó hasta Ancasmayo, que es el último remate y mojón de su señorío y Reinos. Allí por dejar en los tiempos venideros mayor ostentación y muestras de su poder y grandeza, amojonó toda la tierra, poniendo en algunas partes estacas de oro fino a imitación de Alejandro Magno, cuando a petición de los suyos en la Yndia levantó trofeos para señalar el fin de su conquista y espantar a los siglos futuros. Concluido Huayna Capac con esto, se volvió con su ejército el río abajo hacia la mar, buscando nuevas gentes y naciones que meter debajo de su dominio. Entonces sujetó Curua y Ninan y gente de la Puna. Y viniendo caminando Huayna Capac con su ejército por grandísimos arenales, y habiendo subido la costa arriba de la mar, faltísimo de agua y de mantenimientos, y por esto estando sus gentes fatigadas y tristes, teniendo asentado el Real de una infinidad de gente sin saber qué nación era o de qué provincia. Y el ejército y soldados del Ynga como iban trabajados y aun desganados del camino y descuidados de tan súbito caso y peligro viéndose rodeados de los enemigos comenzaron con harto temor y recelo de perderse todos a retirarse, yéndose juntando hacia el lugar donde estaba Huayna Capac en sus andas, admirado de lo que veía, no pudiendo imaginar quién fuesen los que en tal aprieto le ponían.

La gente vulgar y de poco ánimo, viendo esto estuvo determinada de salvarse huyendo como pudiese o la suerte le guiase, porque no les parecía tener remedio en aquel trance que delante de los ojos se les mostraba. Pero a esta sazón, dicen los indios, que un mozo inca, vestido con una camiseta negra, se llegó a Huayna Capac y le dijo: Señor, no temas, que éstas son las gentes que de tan lejanas tierras venimos a buscar para sujetarlos, manda que todos pongamos nuestros hatos en tierra y apercebidos con nuestras armas con grandísimo ánimo salgamos a la batalla, mostrando no tener miedo dellos, que sin duda los venceremos y mataremos, gozando del despojo y de sus haciendas. Dichas estas palabras por el mozo inca, los capitanes Mihi y Chalcomaita y otros que junto al Ynga estaban para proveer lo que conviniese en aquel peligro, todos a una voz aprobaron el parecer y consejo de aquel mozo, diciendo que no había que detenerse, sino salir luego a la batalla con ánimo y braveza, y así el Inga les dijo que lo hiciesen, y poniendo sus hatos, de que estaban ya cargados, en el suelo, se armaron de sus armas acostumbradas y con nuevo brío y valor, que tomaron con una plática que les hizo Huayna Capac, salieron hacia los enemigos, bien ordenados y más con una licencia que les dio Huayna Capac, que todo lo que cada uno pudiese haber del despojo fuese para él. Y así arremetieron con bravo ímpetu y osadía contra los enemigos, y les dieron tal prisa, que en poco espacio los hicieron retirar desamparando el cerco que tenían puesto al Real, y viendo que la retirada la hacían con mucha turbación y sin orden ninguna de guerra, se alentaron a seguir la victoria con más denuedo y braveza, y empezaron a hacer en ellos una matanza increíble, hasta que no pudiendo sufrir la furia de la gente de Huayna Capac, empezaron a huir hacia su pueblo, que no estaba lejos, desbaratados y medrosos, y los soldados del Ynga sobre ellos sin darles lugar ni tiempo de repararse, y así todos juntos y revueltos entraron en el pueblo donde aquella nación habitaba, que era junto al mar, y allí los mataron a

cuantos se defendieron sin perdonar a ninguno, sino fueron los que se escaparon huyendo y los que viéndose perdidos rindieron las armas y se dieron a misericordia de los vencedores.

Halláronse en este pueblo innumerables riquezas en el despojo y saco que hicieron, que fue riquísimo, de muy grandes y finas esmeraldas nunca hasta entonces vistas del Ynga. Preciosas turquesas y grande abundancia de mulli, que es hecho de concha de mar y era tenido en mucho precio y estima de aquella gente y en más que el oro. Hallóse en el despojo número de llautos y orejeras del Cuzco y ropa de cumbi muy fina, que según los señores de aquella tierra dijeron a Huayna Capac les había dado Topa Ynga Yupanqui, cuando por allí pasó en sus conquistas. Alegres y victoriosos los soldados del Ynga hicieron grandes regocijos, viéndose libres de tan evidente peligro y ricos despojos de sus enemigos, lo que nunca pensaron aquel día por la mañana.

Acabado este suceso, Huayna Capac, como quien era de ánimo real y magnánimo, no quiso que aquel mozo inca, que estando en tal turbación y aprieto, le había animado y dicho que aquella gente era la que venían a buscar de sus tierras y que diesen en ellos y alcanzarían victoria, quedase sin el premio y galardón que merecía el consejo tan provechoso, para que los demás se animasen en tales trances. Y aunque se hicieron exquisitas diligencias, buscándole en todas las capitanías de los yngas y orejones del Cuzco y en las demás del ejército, no fue posible hallarlo ni jamás hasta hoy pareció, ni se supo dél, por lo cual todos los capitanes y consejeros de Huayna Capac dijeron a una voz que no podía ser otro que mensajero del Huaina Cauri, su huaca principal y tenida en más veneración en común, y que así a él se le habían de dar las gracias del vencimiento y de tan poderosa victoria como lo hicieron.

Estando en esto Huaina Capac, le llegaron embajadores de parte del señor de la Isla de la Puná, y le trajeron presentes de mucha estimación y valor; como fue de esmeraldas finas, de Mulli y ropa de algodón muy rica y delgada, y le dijeron que su señor le suplicaba humildemente le recibiese por suyo y aquel don y presente y de la sujeción de la Isla como de cosa propia que era, y que fuese a la Isla a verla y lo que en ella había. Y visto por Huaina Capac, que tan liberalmente se le ofrecía aquel señor, acordó de hacer lo que le pedía, y recibidos los presentes y habiendo tratado los mensajeros con grande humanidad y cortesía, los despidió enviando con ellos el retorno de otras dádivas para su señor, así de oro como de plata, ropa de cumbi del Cuzco y otras cosas preciosas. Después de hecho esto, partió Huaina Capac con dos mil soldados escogidos, dejando la demás gente de su ejército allí. Y llegado a la Isla le hizo un solemnísimo recibimiento el señor della, y con muestras de gran contento se holgó allí admirado de ver la fertilidad y deleite de la tierra, y entonces mandó hacer a mano un camino que fuese de la tierra firme allá, porque el trecho es poco. Y habiéndose allí holgado y regocijado con sus gentes, salió a Huanca Vilca, do había dejado el restante del ejército y allí le llegaron nuevas de gran tristeza y sentimiento; como en el Cuzco había pestilencia y que della eran muertos Auqui Topa Ynga, su hermano, y Apo Hilaquita, su tío, y su hermana Mama Coca y otra cantidad de señores de su linaje.

Sabido esto por Huaina Capac, recibió mucha pena y dolor, y así para poner en orden

algunas cosas de la tierra como para enviar mensajeros al Cuzco, se partió con todo su ejército a Tomebamba y llegado a Quito, unos dicen que murió en él de calenturas, y otros dicen que habiendo gran pestilencia de viruelas en un pueblo llamado Pisco, se encerró debajo de la tierra en unos edificios por escaparse de la enfermedad, pero dondequiera le halló la muerte, que no pudo escaparse della, y muerto él, murieron infinitos millares de la gente común de viruelas sobre quien dieron.

Fue Huayna Capac el más poderoso señor de todos sus pasados y el que más extendió su señorío y más gentes conquistó, y el que más las tuvo sujetas y debajo de su obediencia, y el más rico de plata y oro que entre ellos hubo, tanto que, por grandeza, cuando le nació Topa Cusi Hualpa, su hijo, mandó hacer una cadena de oro de increíble valor y peso, que muchos indios no podían alzarla del suelo, y en memoria desta tan señalada cadena puso por nombre al hijo Huascaringa, que quiere decir Señor y Rey sogá, y esta poderosa cadena, dicen algunos indios viejos y antiguos, que después fue echada, cuando vinieron los españoles, en una laguna grande, que está en Huaypon, tres leguas desta ciudad del Cuzco, y otros dicen que en la laguna que está en el camino real de Potosí, seis leguas de esta ciudad, sobre el pueblo y Tambo de Urcos. Cuando murió este valeroso Ynga, mataron más de mil personas en su enterramiento y obsequias de los que más él había querido en esta vida y mostrado más afición, así de criados y oficiales como de mujeres, como siempre fue costumbre antigua de los incas.

Hizo Huayna Capac en el Cuzco insignes y famosos edificios, y en otras partes caminos, calzadas, fuentes y baños. En los Lares, doce leguas del Cuzco, fue temido y respetado de los suyos como cosa divina. Severo en castigar delitos de hurtos y fuerzas, procuró con extrema vigilancia que no se le rebelasen sus vasallos. Fue franco y magnánimo con los soldados que se señalaban en las peleas, y en su tiempo las acllas, que como dijimos y diremos, eran indias que se criaban en toda la tierra escogida, envejecieron porque no quiso dar comisión a nadie que las repartiese, por hacerlo él personalmente, para premiar y gratificar con ellas los soldados que habían aventajádose en la conquista y en la toma de las fortalezas. Por su orden y mandamiento hicieron los indios dos caminos, uno en la sierra, allanando las quebradas, y otro en los llanos, cuyas reliquias y señales hasta hoy se ven, que todos son indicios manifiestos del gran poderío, ser y majestad de los Yngas, señores de estos reinos y cuán obedecidos y respetados fueron y cuán puntualmente se cumplían sus preceptos en todas partes. A este Ynga, Huayna Capac, se atribuye haber mandado en toda la tierra se hablase la lengua de Chinchay Suyo, que agora comúnmente se dice la Quíchua general, o del Cuzco, por haber sido su madre Yunga, natural de Chíncha, aunque lo más cierto es haber sido su madre Mama Ocllo, mujer de Tupa Ynga Yupanqui su padre, y esta orden de que la lengua de Chinchay Suyo se hablase generalmente haber sido, por tener él una mujer muy querida, natural de Chíncha. Lo que en su testamento y última voluntad dejó ordenado e institución de heredero de todos sus reinos, se dirá en el capítulo XXXIX, que agora habremos de hacer mención de Rahua Ocllo, su mujer.

CAPITULO XXXVIII

De la gran Coya Rahua Ocllo, mujer de Huayna Capac, y del caso notable sucedido en el pueblo de Yauqui Supa

Por seguir el orden comenzado de tratar de las Coyas y Reinas consecutivamente a sus maridos, haré mención en este capítulo de Rahua Ocllo, mujer de Huayna Capac, aunque después, en la vida y sucesos de su hijo Huascar Ynga, tornaremos a tratar della, que su muerte fue cuando Huascar Inga, como entonces se dirá. Fue esta gran, Coya hermana y segunda mujer legítima de Huayna Capac, como se dijo, y por otro nombre se llamó Pilco Huaco. Fue de grandísima majestad y discreción y sobre todo piadosa y de mucha misericordia con los pobres, a los cuales siempre hacía muchas limosnas. Y juntamente con esto hacía beneficiar las chacaras y hacer abundancia de sementeras, y para ellos tenía muchos trojes y depósitos, para tener mucho que repartir. Salía de su palacio real raras veces, pero éstas con gran aplauso y señorío, acompañada de una infinidad de criados y ñustas que la servían, y cuando iba a hacer oración a su capilla, mandaba colgar con muchos paños de lipi todo el trecho que había desde su casa hasta la del Sol, y así mismo estaba el suelo por donde pisaba lleno de pajas doradas y muchos géneros de arcos de plumería y pájaros colgados de diversos géneros, y vuelta de su estación se encerraba y no veía al Ynga en cuatro días con sus noches, ni había ningún género de regocijo.

Su palacio tenía soberbiamente aderezado de todas las cosas que se podían imaginar. Fue su hijo, Huascar Ynga, heredero universal de estos Reinos, y una hija mujer del dicho Huascar Ynga, llamada Mama Huarca, y por otro nombre Chuqillanto o Chuqui Huipa. Por haber sucedido en tiempo deste Ynga Huayna Capac y de su mujer Rahua Ocllo, un caso admirable y digno de tener en la memoria los que hoy viven para con él amar y querer a los pobres (que a Cristo nuestro redentor que de rico y poderoso se hizo pobre y mendigo representan) quiero referirlo, aunque sea suspender en algo el hilo a la historia. Refieren los antiguos, que en el camino de Omasuyo, en la provincia de los canas y canchas, en un pueblo llamado Yanqui Supa, que está junto a una laguna grande, había un pueblo de canas, en el mismo lugar donde está la dicha laguna, y que estando los indios naturales dél muy alegres y regocijados en una fiesta y borrachera que hacían, llegó a ellos un hombre pobremente vestido y con grandes muestras de necesidad y miseria, les pidió limosna, y ellos, visto al pobre, en lugar de socorrerle y darle de comer, olvidados de lo que la ley natural enseña, le desecharon, haciendo burla y escarnio dél, mandándole que luego al momento se saliese del pueblo, porque si no le matarían. El pobre, oyendo palabras tan duras y dasabridas y el rigor tan inhumano con que le despedían, al instante se salió del dicho pueblo y luego vino sobre él el rigor de la divina justicia, que se anegó todo él, sin escapar persona viva de todos los moradores, y dello dicen procede la laguna, que está allí manifestando la malicia de los moradores y naturales dél y voceando con silencio mudo y dando a entender la justicia de Dios, y amonestando a todos los que la vieren y del suceso tuvieron noticia y memoria, a que con entrañas llenas de piedad socorramos a los pobres, dándoles de comer y cubriendo su desnudez, para que así el misericordioso Dios socorra nuestras necesidades y libre de los enemigos que nos persiguen. Dicen más los indios antiguos, que habrá setenta años, cuando los españoles nuevamente vinieron a esta tierra, salió de la dicha laguna una piedra larga de hasta diez

palmas, labrada en cuadro, en la cual estaba esculpido un hombre vestido muy pobremente y por los lados dos pescados que le rodeaban, al cual hombre tienen estos indios por el pobre que pedía la limosna a los del pueblo anegado. Sea alabado y glorificado el Sumo Artífice y criador de todas las cosas visibles e invisibles que así con suma diligencia y justicia premia a los buenos y a los que en su nombre amparan y reciben a los buenos y a los pobres. Así tiene cuidado de enseñarnos, con manifiestos y evidentes castigos, cuánto se desagrada de los que desechan y escarnecen a los que en su nombre piden ser socorridos y amparados.

CAPITULO XXXIX

De lo que ordenó Huayna Capac en su testamento, y de cómo alzaron por Ynga a Tupa Cusi Hualpa y por otro nombre Huascar Ynga

Después de aquella famosa monarquía que fue en el mundo la primera de los asirios, ninguna ha habido más ilustre, terrible y temerosa ni que por mayores siglos haya durado que la de los romanos y ésta la división la acabó y consumió, y Roma, que tantas naciones y reinos y ciudades tuvo debajo de su mano, fue hollada, sujeta y saqueada de todas las que ella había postrado, y en fin, no hay ninguna cosa que un ser y consistencia permanezca mucho tiempo o los accidentes y ocasiones dél la disminuyan y menoscaben. La monarquía indiana había subido en estos Reinos desde Manco Capac, primer fundador della, con tanta prisa y celeridad que no había provincia en él que al gusto de su monarca no estuviese sujeta; y en riqueza y extensión de señorío no creo yo que la Romana se le aventajase. Todo este imperio y Reino, todo este poder y majestad, todas las riquezas y mandos declinaron y fenecieron por la división, verificándose claramente el dicho del Salvador, que todo Reino y señorío dividido sería assolado y sus ciudades y casas destruidas y allanadas por la tierra, como la experiencia nos lo muestra y enseña en la monarquía presente de que vamos hablando, que la división, discordia y guerras civiles de Huascar Inga, señor de estos Reinos, y de Ata Hualpa su hermano, fueron causa principal y única que de su generación y linaje saliese esta monarquía y ellos muriesen miserablemente y pasase a la sujeción de la monarquía hispánica, debajo de cuyo dominio está al presente; y viviesen los naturales della con otros señores diferentes, nuevas leyes, distintas costumbres, diversos ritos y ceremonias. Aunque todo ha resultado en mayor bien de tantas y tan innumerables almas como por medio desta nueva monarquía y señorío se salvan, que se condenaran estando en la obediencia y sujeción de sus antiguos señores. Estando Huayna Capac enfermo de la enfermedad que dijimos de que murió, nombró por sucesor a un hijo suyo que quería mucho, llamado Ninan Cuyuchi, y le tenía consigo, el cual estaba así mismo tocado del mal de su padre. Y poco después murió, de manera que la sucesión del Reino pasó a Tupa Cusi Hualpa, por otro nombre Huascar Inga, hijo legítimo de Huayna Capac, habido en segunda mujer legítima Rahua Oollo. Cuando murió Huayna Capac dejó ordenado a sus testamentarios, que eran Colla Topa y la Tunqui y Adcayqui y Ataurimache y Cusi Tupa Yupanqui, Huachao Chico Tupa Yupanqui, todo lo que se había de hacer después de haber fallecido, porque Mihi, el capitán de los orejones ya era muerto, y para que mejor pusiesen en efecto su voluntad les dio una vara larga, a manera de bordón, poniendo señalares de colores en ella, les

compuso el quipo y dio la traza cómo habían de entrar triunfando con su cuerpo en el Cuzco y de todo lo que habían de traer de Tomebamba, y del gobierno, que en todas las provincias conquistadas habían de quedar guarniciones y guardas, y con esto murió. Muerto Huayna Capac, sus parientes y Capitanes embalsamaron su cuerpo, y con todo el silencio del mundo, sin hacer llantos ni muestras de dolor ninguno, porque los naturales de la tierra no se lo sintiesen y se alzasen, lo trujeron a Tomebamba con el mismo recato, hasta dar orden en el gobierno de aquellas provincias, en las cuales dejaron puestos gobernadores y guarnición de soldados, y en Tomebamba, por principal y superior a todos, Aquí Hual Topa, natural del Cuzco. Salieron de Tomebamba y pusieron por obra su camino, trayendo consigo la figura del Sol, y las demás huacas que habían traído del Cuzco cuando vinieron a la jornada. Así mismo todas las naciones que en la guerra habían andado trajeron las suyas que tenían consigo, y los señores principales cautivos y demás gente común cautiva, que de todas las provincias conquistadas habían señalado para el triunfo que en el Cuzco se había de hacer, y todos los despojos, así de riquezas de oro y plata, esmeraldas, mulli, vestidos, ropas y armas, dejando en Tomebamba en la casa de Mullucancha toda la riqueza que en ella estaba, que le pertenecía y había puesto en ella Huayna Capac, cuando hizo aquellos famosos edificios.

Vinieron acompañando el cuerpo de Huayna Capac al Cuzco los más principales señores y curacas de toda aquella tierra, por muestra de mayor majestad y grandeza. Y de sus hijos sólo quedó en Tomebamba Atao Hualpa, que no quiso volver al Cuzco. A la partida hizo un largo y fundado razonamiento a los capitanes y señores que traían el cuerpo de su padre, que les causó grandísima lástima y sentimiento, y concluyó diciendo que él quería y era su última voluntad morir y acabar la vida donde su padre Huayna Capac había muerto. Nunca se entendió que esta quedada de Atao Hualpa fuese con mal ánimo de rebelarse contra su hermano Huascar Inga, pues no dio muestras della en dichos ni en obras hasta que los revolvedores y su hermano le incitaron a ello. Al menos si su quedada fue con siniestra relación no se imaginó. Fue hombre valeroso y de gran ánimo y esfuerzo y consejo, y prudente en conocer las ocasiones y, sobre todo, liberal y franco con los suyos, que fue ocasión de llegar al señorío y grandeza, que llegó si la ventura hasta allí favorable no se cansara, como veremos.

Luego que Huayna Capac murió en Quito, despacharon los principales capitanes al Cuzco, con gran prisa, mensajeros, haciendo saber la muerte de su señor y la de Ninan Cuyuchi a Topa Cusi Hualpa, por otro nombre Huascar Inga, como está dicho; las cuales nuevas sabidas en el Cuzco todo se convirtió en tristeza y pena, en lugar del contento y regocijo, que esperaban con la venida y triunfo de Huayna Capac, y se empezó a hacer llanto en aquella ciudad con las solemnidades que lo acostumbraban a hacer por los Yngas, reyes y señores suyos y lo mismo, con público mandato, se pregonó por todo el Reino, en todos los lugares y provincias dél, por el cual corrió luego la fama de la muerte de Huayna Capac y se hizo el llanto y lutos por el que era temido y respetado de todos. Alzaron en el Cuzco por Ynga y señor a Tupa Cusi Hualpa, por otro nombre Huascar Inga, con gran solemnidad, alegría y majestad, siendo sacerdote mayor del sol Apochalco Yupanqui, nieto de Viracocha Ynga. Y acabadas las ceremonias de la coronación y fiestas della, le dieron por compañeros para el Gobierno a Tito Atauchi y Topa Atao, sus

hermanos de padre, y así empezó a gobernar con muchas esperanzas de que había de ser Rey acepto y querido de sus vasallos.

Concluido todo esto, despachó mensajeros a los capitanes y principales que venían con el cuerpo de su padre y con el ejército y despojos para el triunfo, que se viniesen poco a poco, que él los esperaba en el Cuzco y que en todo trujesen buen orden y cuidado, y nombró por sus consejeros a Ynga Roca y a Manco y Vico Huaranga, y a Tizo Conde Mayta, y como se vio pacífico y obedecido en tan gran señorío y tierras y tantos millares de gentes, comenzó con gran presteza, franqueza y liberalidad a hacer mercedes a todos sus privados y favorecidos, y a todos los principales que habían sido en vida de su padre, inclinados a él, dándoles oro, plata, vestidos y mujeres, porque había muchas represadas del tiempo de su padre, y dio criados y tierras. Con esto ganó las voluntades a sus capitanes y a los soldados de su guarda y todo era contento y placeres. Luego salió del Cuzco y fue a hacer los edificios de Huascar, el lugar donde había nacido, que es junto a la laguna de Mohina, para hacer su recreación, y mandó hacer para su vivienda y asiento las casas de Amaru Canhca y las de Colcampata, donde vivió después un sobrino suyo, don Carlos Ynga.

CAPITULO XL

De las crueldades que Huascar Ynga hizo en el Cuzco con sus hermanos y los que venían con el cuerpo de su padre

Cuántos traidores vemos puestos en lo más alto de la rueda de la fortuna, que por sus traiciones a que ellos dieron principio y motivo, merecían estar en lo más bajo della y ser echados de entre los hombres, cuántos inocentes que por haber seguido el camino de la verdad y llaneza han sido castigados y, lo peor, enumerados entre los malos. Todo esto causa la lisonja, máscara de infinidad de vicios, con que se encubren y disimulan, que principalmente tiene asiento y trono en los asientos y tronos de los grandes monarcas del mundo. Y porque en todo él tiene mando y señorío, no quiso dejar de tener sus embajadores que representasen su persona en la corte de Huascar Ynga, Rey y señor de tantas provincias como agora veremos.

Sabiendo Huascar Ynga que ya se iba acercando el cuerpo de su padre con el ejército, despachó mensajeros a su madre Rahua Ocllo Coya, que venía con él haciéndole compañía, diciendo se adelantase de la gente para que viniese a dar gracias al Hacedor y al Sol su padre, por haber alcanzado el señorío y reinos y hacer sus sacrificios con él. Sabiendo que Rahua Ocllo venía ya cerca, Cononuno y otros hermanos suyos, de padre, le pidieron licencia a Huascar Ynga diciendo que querían ir a recibir a su señora y madre Rahua Ocllo y venirse con ella, acompañándola hasta el Cuzco, y Huascar Ynga, con mucha voluntad, se la concedió, y así salieron del Cuzco con gran acompañamiento, y llegados a Vicos Calla pararon allí a descansar y beber según su uso, y estando bebiendo Chusqui Huamán movió una plática, no se sabe si fue con ánimo verdadero de ejecutar lo que allí trató, o de sacar a la luz los ánimos y voluntades de los demás hermanos, por saber si estaban firmes en el servicio y obediencia a Huascar Ynga. Pero cualquiera cosa

que en su pecho hubiese, fue trato y hecho de corazón, traidor y alevoso. Fue la plática, que sería bien matar a Huascar Ynga, su hermano y señor, y coronar por Rey a Cusi Atauchi, pues era su hermano y era más llano y afable con ellos y más bien acondicionado, y los demás hermanos oyendo esto, aunque al principio se turbaron y escandalizaron con tales palabras, el traidor las rodeó de tal manera y persuadió con tal semblante, que como gente fácil vinieron a dar crédito a su falsa intención y conceder en todo cuanto él quiso, acordando que luego que topasen a la madre de Huascar Ynga Rahua Ocllo, a quien iban a recibir, la matasen, y con la mayor presteza posible diesen la vuelta al Cuzco e hiciesen lo mismo de Huascar Ynga, alzando por Rey a Cusi Atauchi como Chusqui Huamán lo había propuesto. Concluido este acuerdo y consejo traidor, prosiguieron su camino ordenando el medio cómo se ejecutaría.

Desde el traidor y falso de Chusqui Huamán, que tenía ya enlazados a los hermanos y metidos en la red, que con doblez y disimulación había tendido para prenderlos mediante la plática que movió antes de llegar a Ciella Pampa, se volvió con cierto fingimiento, diciendo que luego volvería al Cuzco. Llegado a él se fue a Tito Atauchi, su hermano, que era la segunda persona de Huascar Ynga, y muy en secreto, haciendo dél fiel y mostrando sentimiento de la traición, contó todo lo que se había tratado y movido entre todos los hermanos y lo que llevaban concertado de hacer, matando a Rahua Ocllo, y de vuelta en el Cuzco, rogándole fuesen luego a revelar esta traición a su hermano Huascar, antes que ellos diesen la vuelta a efectuar lo tratado. Así Tito Atauchi con el traidor, salió de su casa y se fue a donde estaba Huascar, descuidado de tal suceso y le refirió todo lo que le había dicho el traidor y la intención con que iban sus hermanos.

Oído esto por Huascar, con consejo de Tito Atauchi y del traidor, despachó al capitán de su guarda para que donde quiera que hallase a Cononuno y demás hermanos, como los fuesen alcanzando los degollasen. El capitán de la guarda salió con toda la velocidad posible, y alcanzándolos bien descuidados de que su trato fuese descubierto, ni sabida su intención aunque cuidadosos de la tardanza del traidor de Chusqui Huamán, los mató a todos antes que ellos entendiesen su venida. Habíase quedado en el Cuzco Cusi Atauchi, a quien los demás hermanos querían alzar por Rey, bien fuera del propósito y plática de los demás, que nunca tal había tratado ni pensado, y con descuido y sencillez iba, como solía, a ver a su hermano Huascar Ynga a su casa, y en llegando a ella, la guarda principal, que estaba a la puerta, le embistió y súbitamente lo mató porque había orden expresa de Huascar Ynga, que donde quiera que lo viesen lo matasen y muerto quedó, asegurado Huascar Ynga del recelo que había concebido de su hermano y el traidor de Chusqui Huaman, que abía urdido la traición muy en gracia suya, como los demás lisonjeros del mundo. Pero la venganza desta traición antes de muchos años la hicieron los chachapoyas, como veremos adelante.

Al cabo de algunos días llegó nueva cómo ya estaban cerca todos los capitanes con el cuerpo de su padre y despojos y las demás riquezas que traían para el triunfo. Sabido por Huascar que habían llegado a Punchau Puquio, que es junto a Cura Huaci, envió a mandar que el cuerpo de su padre no pasase de allí, sino que Colla Topa y Latunqui y Cua Cusi Hualpa se viniesen al Cuzco delante, no todos juntos, sino uno a uno, porque quería informarse en particular de cada uno, de la muerte de su padre y cómo había

muerto y las cosas que en su testamento había dejado ordenadas, y la traza que había dado para que el triunfo se hiciese en el Cuzco y otras cosas de la jornada y ejército. Los capitanes dichos obedecieron el mandamiento de su señor, no recelándose de cosa que contra ellos hubiese, como estaban salvos de traición y levantamiento. Y viniendo hacia el Cuzco, sabido por Huascar Ynga, despachó gente para que dondequiera que los fuesen topando los matasen, antes que llegasen a su presencia, y primero les diesen tormento diciendo que por qué habían dejado sin su orden en Tomebamba a Atao Hualpa su hermano. Partido el capitán desta gente con este cruel mandato, topó en la cuesta de Vilcacunca, a la bajada de Lima Tambo, a Colla Topa, descuidado y libre de su desdicha, y prendiéndole le dieron crudos tormentos, y finalmente le mataron, y pasando adelante con suma diligencia prendieron a Hilatunqui e hicieron lo mismo que habían hecho con Colla Topa dél y luego a Cuacusi Hualpa, sin que los unos tuviesen aviso de lo que sucedía a los otros en el camino, y hecho esto se volvió al Cuzco.

Sabidas estas tristes nuevas en el ejército y gente que atrás venía con los demás capitanes y principales, recibieron grandísimo escándalo y confusión, no pudiendo atinar la ocasión, porque tantas crueldades se hubiesen hecho por orden del Ynga en gente tan principal y que con tantas veras habían servido a su padre Huayna Capac en las guerras y conquistas que había hecho y que nunca habían intentado cosas en deservicio de Huascar Ynga. Estuvieron en términos de rebelarse y volverse a Quito, no sabiendo si lo que había hecho de tan principales capitanes quería hacer del restante de su ejército, si algunos de los capitanes aficionados a Huascar Ynga no los apaciguaran, quitándoles con buenas palabras el recelo y miedo que habían concebido en sus pechos de las muertes dichas. Pero, con todo esto, mucho número de gente de diversas provincias aquella noche, estando todo el real quieto y sosegado, se huyeron dando la vuelta hacia Quito, adonde dieron las nuevas de lo sucedido a Atao Hualpa, que allí había quedado, donde los dejaremos por tratar de cómo entró el cuerpo de Huayna Capac en el Cuzco y de su triunfo famoso.

CAPITULO XLI

Del solemne triunfo con que entró el ejército de Huayna Capac en el Cuzco

He querido poner y detenerme en este solemnísimos triunfo del ejército de Huayna Capac para que se entienda que estas naciones, tenidas de todos por bárbaras, festejaban y celebraban sus vencimientos con regocijos y fiestas militares, haciendo en ellas ostentación y muestra del valor de los soldados, de las armas que ganaron a sus enemigos, de los despojos que quitaron, del número de los cautivos que prendieron en las batallas, del adorno suyo y gallardos ánimos. Que tuvieron rematadas todas estas muestras con sacrificios al Hacedor y Sol y demás huacas y adoratorios que tenían, y juntamente con grandes bailes, danzas y cantares, mezclados con comer y beber abundantísimamente, pues no hay fiesta, contento ni regocijo que si esto falte sea cumplida y perfecta, sino antes triste y enfadosa. Traían para el triunfo un bulto y retrato de la persona de Huayna Capac entallado, el cual venía en unas andas muy ricas hechas a manera de teatro y trono, y él allí dentro en pie, armado con las armas con que

acostumbraba salir a batalla y los vestidos que solía sacar a la guerra. Entró en el Cuzco esta figura y todo el ejército triunfante, con orden y concierto militar, en la manera siguiente.

Ante todas cosas, Huascar Ynga, por engrandecer y sublimar el triunfo y entrada de su padre, mandó que todas las calles del Cuzco y los andenes que estaban alrededor, que las frentes que hiciesen pared al Cuzco, todo estuviese entapizado y cubierto de ropas finas de colores y las casas y torres de oro y plata, las más ricas y vistosas que tuviesen. En todas partes había infinito número de los moradores del Cuzco, así hombres como mujeres, y de las provincias comarcanas, que se habían juntado a ver el triunfo. Así empezaron a bajar por la ladera de Yavira abajo, porque mejor pareciese la gente y los escuadrones diesen más muestra de su bizarría y vinieron a dar a Picho y Sahuamarca y allí, en su ordenanza, al templo famoso del Sol.

Los delanteros, entraban representando las batallas puntualmente como habían pasado; venía toda esta gente repartida en tres compañías y detrás dellas entraron los orejones del Cuzco cantando unas como endechas de placeres. Venían éstos pomposamente vestidos, con los más ricos aderezos que cada uno podía, con sus armas en las manos y de las lanzas colgadas las cabezas de algunos que habían muerto, de los principales y de los más preciosos despojos que en la guerra habían ganado. Otros traían colgadas de las puntas de las lanzas las patenas de oro y plata y algunas camisetas labradas de oro y plata. Duró entrar la gente de Urincuzco, por esta orden, todo un día: fueron todos ciento y tantos escuadrones, y entre escuadrón y escuadrón iban los vencidos por esta orden las cabezas bajas, porque no se las consentían los orejones alzar al cielo, diciendo que con su lástima y rostros tristes y afligidos no causasen dolor y pena al Hacedor y pidiesen venganza de los que habían vencido y metido en triunfo. Traían unos camisetas coloradas hasta los pies vestidas y las cabezas destocadas, sin llautos ni otra atadura, las manos metidas en los senos en son de prisioneros, y así iban poco a poco caminando por su orden a la casa del Sol, el cual estaba en un escaño de oro en la plaza, en la cual había muchos escaños, unos de oro y otros de plata, plumería de diferentes colores y visos que hacían una agradable vista, porque conforme a los vestidos que vestían al Sol, así era el escaño y allí le adoraban hincadas las rodillas en tierra. Los soldados iban pasando poco a poco en ordenanza y los cautivos se iban quedando asentados por su orden en la plaza, y la gente de guerra iba a hacer reverencia y adoración al Ynga, que así mismo estaba allí, y hecha la reverencia, se iban asentando por su orden como venían y alrededor los vecinos del Cuzco principales riquísimamente aderezados, mirando el triunfo. Duró esta entrada de los de Urincuzco hasta que se cerraba la noche, y entonces el Ynga se fue a su palacio con grandísimo acompañamiento de todos los orejones de su guardia y de los más principales deudos que tenía. Y los orejones de la parcialidad de Urincuzco con los demás soldados que aquel día habían entrado con ellos de fuera del Cuzco, se aposentaron todos conforme lo tenía mandado Huascar Ynga, y prevenido con sus aposentadores. Y los cautivos se quedaron aquella noche en la plaza, con mucho número de soldados que los guardaban.

Otro día temprano sacaron a la plaza la estatua del Sol con su escaño, juntamente con la figura de Yllapa Ynga y del Pacha y Acha Chic, porque así lo estuvieron el día antes y lo

estaban cuando salían a la plaza, adoquiera que iban. Con muy buena orden y concierto comenzaron, por donde el día antes, a entrar los de la parcialidad de Anancuzco, haciendo una bella muestra de que los vecinos del Cuzco y demás gente que había concurrido a ella quedaron admirados, porque fueron los despojos más ricos y preciosos y los atavíos mejores y de más valor de los soldados y capitanes. Así fue más vistosa y de mayor majestad esta entrada y triunfo por ser y haber sido siempre tenida en más y de mayor valor la gente de Anancuzco. Entraron en la delantera Adcayqui Ataurimachi y Cahumana y Conchi Chapa y Huascar, fueron ciento y tantos escuadrones como el día precedente y tardaron en entrar hasta la noche, y hechas las ceremonias dichas de adorar la estatua del Sol, y hecha reverencia a Huascar Ynga, se recogieron por el orden del día antes a reposar, dejando los cautivos en la plaza, con guarda de soldados. Otro día por la mañana entraron en cabildo los principales, junto de los orejones, de las dos parcialidades de Anancuzco y Urincuzco y acordaron que el Sol, su padre, diese el triunfo a Huascar Ynga que entrase triunfando con lo que restaba de los despojos, riquezas y prisioneros y con la estatua y cuerpo de su Padre, que desde Quito había traído. Hay opiniones que dicen que Huascar Ynga de codicia lo pidió al Sol y él se lo otorgó, y así envió al cuerpo de su padre Huaina Capac sacrificios, diciendo que su brazo derecho que era él, pues era su hijo y sucesor, quería triunfar por él y, concedido, mandó aderezar las cosas que para tan honrado y famoso triunfo eran necesarias. Mandó poner por las calles muchas invenciones de ropas muy más ricas y finas, con infinita argentería de oro y plata y de plumería, que hasta allí nunca había sido vista.

CAPITULO XLII

De cómo Huascar Ynga triunfó en nombre de su padre Huayna Capac, y las fiestas que después hizo

Después de aderezadas las invenciones que, en los entendimientos de aquellos yngas, mejores se hallaron para autorizar con mayor majestad el triunfo que Huascar Ynga, en nombre de su Padre Huaina Capac, hacía y solemnizaba, salió Huascar del Cuzco con el más soberbio y pomposo acompañamiento de parientes, de hermanos y sobrinos, principales curacas de las provincias, criados y allegados que jamás ynga predecesor suyo sacó para entrar en el triunfo de su padre. En el cual metió todos los señores principales de las provincias, los cuales venían con los que representaban la batalla con sus escuadrones en orden de guerra. Y entre escuadrón y escuadrón los vencidos, vestidos como dicho es, y sobre sus camisetas propias las coloradas con los brazos dentro, a modo de prisioneros. Fueron a la plaza de Curicancha a adorar el Sol, con las demás figuras que con él estaban, y así quedando los cautivos vencidos en la plaza, se fue a su casa. Ese día entró la figura de Huaina Capac, que en las andas venía trayendo delante della todos los que Huaina Capac por el valor de su persona había preso; traía la cabeza de un señor de una provincia en la mano, alrededor de los más favorecidos y privados suyos y con él se habían hallado en los aprietos de las batallas y se habían señalado con más ánimo. Juntamente venía rodeado de infinitos indios con los instrumentos de músicas que ellos usaban. Venían detrás de las andas todos los soldados que de las guerras habían escapado, y los que habían escogido y señalado por más valientes, traían delante de sí

mucha cantidad de cautivos, como gente que por sus personas habían dado muestras de gran valor en la guerra.

Otro día entró en el Cuzco todo el restante de la gente común de guerra, con lo que había quedado del despojo; los cuales venían cargados de oro, plata, ropa de ahuasca cumbi, algodón, plumería, armas de todos géneros, vestidos, llautos, ojotas y finalmente todas las cosas más ricas y de más precio que habían huido y ganado a fuerza de brazos en las provincias que habían conquistado. Duró este despojo en entrar en la ciudad desde que amaneció hasta ponerse el sol.

Pasado esto, otro día por la mañana, entró el cuerpo de Huaina Capac embalsamado, como había venido desde Quito, en hombros de los más principales de los orejones, famosamente arreados de vestidos y armas, como solían caminar con él cuando era vivo. Entró por encima de la fortaleza triunfando, con grandísima cantidad de cautivos, entre los cuales venían como más principales y de quien más caudal se hacía: La mujer e hijos de Pinto, señor de los cayambis, que ya dijimos murió de rabia y enojo. Venían con el cuerpo de Huaina Capac mucho número de señores y gente que habían salido del Cuzco a sólo a acompañar el cuerpo y entrar con él en el triunfo. Todos cantaban cantares tristes y de melancolía, refiriendo las hazañas famosas de Huaina Capac y rogando al Hacedor por él. También venían infinitas mujeres y doncellas, de las que le habían servido y habían sido favorecidas y regaladas suyas en su acompañamiento, cantando con triste son al modo de quien llora, que causaba a los que las oían por las calles dolor y provocaba a lágrimas.

Con esta orden y con mucho espacio, vino hasta la casa del Sol y de allí lo llevaron a su casa donde había vivido en aquella ciudad, y entonces, en presencia de Huascar Ynga, todos los más principales de los orejones, que de la guerra habían venido y que más en ella se habían señalado, tomaron en hombros las figuras del Sol, Hacedor y trueno, y con todo el espacio y majestad del mundo, y sonando todos los instrumentos que en la guerra usaban y demás suertes de músicas, y los soldados del ejército levantando una confusa vocería y estruendo, pasaron sobre los vencidos, pisándolos por su orden como estaban echados en el suelo. Acabado esto, Huascar Ynga pasó asimismo sobre los vencidos y luego llevando en las manos dos orejones principales, los cuerpos que estaban embalsamados de los señores que habían muerto en la guerra y conquistas, los pasaban por encima de los vencidos, pisándolos, y después algunas señoras principales de las que habían acompañado a Huaina Capac y a sus maridos en la guerra, pasaban por encima de los vencidos pisándolos en señal de escarnio y menosprecio.

Concluido todo lo que tocaba al triunfo, llevaron los cautivos a las cárceles de Sanca Cancha y Puma Sanca, donde los metieron, y aquella noche los tuvieron y otro día los sacaron de las cárceles y les dieron, por mandado de Huascar Ynga, de vestir a su usanza y comer y beber. Repartiólos por los capitanes y gente principal y más granada para que les diesen lo que habían menester y los guardasen hasta que los pusiesen por mitimas los que estaban señalados para ello, y a los que se había de dar licencia para volver a sus tierras, se les diese y se fuesen. Acabado que hubo Huascar Ynga todo lo tocante al triunfo de Huayna Capac su padre, acordó para negociar la gente de guerra y premiar a

los que en ella se habían más señalado, hacer unas solemnísimas fiestas. Así las hizo cada nación y provincia de por sí en días diferentes, donde hubo bailes y danzas, pruebas y luchas, invenciones diversas, y al cabo dellas hizo grandes mercedes, dándoles a los capitanes y soldados oro, plata, vestidos, ropas ricas de cumbi, ahuasca y algodón, tierras, criados y mujeres, remunerando y agradeciendo a todos en general, y en particular, según su valor y merecimiento, con que ganó las voluntades y amor de la gente de guerra. Después de hecho esto, ordenó todas las cosas que eran menester para otro llanto que quiso hacer por su padre Huaina Capac, y así se hizo en el Cuzco y en toda la tierra con diversas muestras de sentimiento y lloro e infinitas señales de tristeza. El último llanto fue en Yucay, donde asistió el mismo Huascar en persona, y acabado, dio muchas mujeres de las acllas, que su padre había dejado, a los principales que asistían en su servicio y se vino al Cuzco.

CAPITULO XLIII

De cómo Huascar Inga se casó con su hermana Chuqui Huipa, y de las grandes fiestas que en el casamiento se hicieron

Asentado ya el señorío de Huascar Ynga en todos estos reinos y acabado el llanto que por su padre mandó hacer, acordó Ynga Roca, su capitán general, que tomase mujer legítima para que la sucesión de su estado se fuese continuando en sus hijos legítimos, porque aunque los yngas tenían infinitos e infinitas mujeres, sólo los que eran de la Coya y Reina eran los que tenían acción al reino y a la sucesión, y los que más respetaban y temían, que los demás eran tenidos por bastardos. Tratado esto, llamaron a los sacerdotes del Sol y demás principales y hermanos, parientes y orejones para saber cuál de sus hermanas había de tomar por su mujer legítima, y después de muchos pareceres y acuerdos, todos dijeron y convinieron que se casase con Chuqui Huipa, su hermana de padre y madre, y llamaron a Rahua Ocllo, mujer de Huayna Capac y madre de Huascar Ynga y Chuqui Huipa y le dijeron todos juntos cómo habían determinado que su señor Huascar Ynga tomase por mujer a Chuqui Huipa, su hermana. Rahua Ocllo, oyendo estas razones y vista la voluntad de su hijo, consejeros y capitanes, no se sabe la causa, si por las crueldades que le había visto hacer con sus hermanos y parientes, o por no ser tratada dél con la veneración y respeto que quisiera, o por otra causa, constantemente lo rehusó, negando lo que le pedía y diciendo que no quería darle su hermana por mujer. oyendo tan seca y desabrida respuesta, Huascar Ynga tomó grandísimo enojo y, con cólera y desprecio, levantándose de donde estaba sentado, dijo a su madre muy feas y descomedidas palabras, tratándola con escarnio y menosprecio, las cuales oídas por ella, afrentada, se levantó y se fue a su casa, dejando a su hijo y consejeros con gran ira. Vista la determinación de Rahua Ocllo por los consejeros de Huascar Ynga, determinaron que aunque su madre no quisiese, que al Sol su padre pidiese Huascar a su hermana Chuqui Huipa por mujer, con sacrificios y dones y otras cosas que para ello hiciese y ofreciese al Sol y que diese muchas y muy ricas dádivas al cuerpo de Tupa Ynga Yupanqui, su abuelo y padre de Rahua Ocllo, su madre. Y determinado esto, Huascar Ynga, siguiendo el orden y consejo de sus privados, primero fue al cuerpo de Tupa Ynga Yupanqui con grandes presentes que estaban en el lugar del cuerpo de Tupa Ynga

Yupanqui, que eran Adcayquy Atarimachi y Achache y Manco, en su nombre le aceptaron y recibieron y se la concedieron por mujer. De allí Huascar y fue al templo del Sol con grandes sacrificios y ofrendas, y como a su padre le pidió a Chuqui Huipa su hermana por mujer legítima, y todos los sacerdotes del Sol juntos en nombre suyo se la dieron por mujer, recibiendo los dones y queriendo que el casamiento fuese con gusto y voluntad de Rahua Ocllo, su madre, para aplacarla, que estaba enojada, y darla contento, le llevaron ricos presentes de oro, plata y vestiduras y criados y con solemnidad de nuevo todos los sacerdotes y hermanos de Huascar y consejeros la juraron por mujer legítima del dicho Huascar. Se hicieron nuevas fiestas y regocijos con danzas y bailes en el Cuzco por el juramento que se había reiterado, y mandóse que por todo aquel mes hubiese luminarias por todas las torres y casas de la ciudad y todos los géneros de músicas que hubiese de las naciones que entonces allí estaban y, según se mandó, se cumplió con puntualidad.

Después que el cuerpo de Topa Ynga Yupanqui y el Sol y Rahua Ocllo concedieron a Chuqui Huipa por mujer a Huascar Ynga, se acordó de que se efectuase el casamiento, y para mayor majestad y grandeza y mayor ostentación se acordó fuesen a las bodas el Sol y el cuerpo de Tupa Ynga Yupanqui, y que estuviesen allí representando la persona de Huaina Capac, padre de la desposada, pues que ellos se la habían dado por mujer, y Huascar Ynga saliese con la imagen del trueno, los cuales eran los que hacían la fiesta al Sol y a Topa Ynga Yupanqui. Para celebrarla más mandaron que la casa de Tupa Ynga Yupanqui y la de Huaina Capac se cubriesen de argentería de oro y plata, y así se cubrieron cuatro torres y las paredes se entapizaron todas de ropa fina. Los que estaban en lugar de Tupa Ynga Yupanqui y de Huaina Capac y los sacerdotes del Sol, mandaron que la casa de Huasca Ynga y la de la desposada estuviesen ni más ni menos cubiertas de argentería de oro y ropa fina, y todas las casas de los yngas muertos se cubriesen todos los tejados de plumería y las paredes se entoldasen de ropa fina, de cumbi y algodón, y las torres de la plaza se adornasen de la misma manera y en ellas de día y de noche, mientras durasen las fiestas y regocijos, hubiese mucha música, cantares y bailes. Llegado el día del desposorio, salió Huascar Ynga de su casa acompañado de la imagen del Sol y el cuerpo de Tupa Ynga Yupanqui y el de Huaina Capac, y Chuqui Ylla con todos los sacerdotes, sus hermanos y parientes y consejeros y orejones y los capitanes de su ejército e infinito gentío con diversas y nunca vistas invenciones fueron a la casa de Rahua Ocllo, que estaba riquísimamente entapizada, y allí le dieron y entregaron a Huascar Ynga a Chuqui Huipa su hermana, con toda la solemnidad posible y todas las ceremonias que entre ellos se acostumbraban en semejantes casamientos. Estuvieron allí desde la mañana hasta hora de vísperas y después la sacaron para llevarla a casa de su marido Huascar, con infinita música y cantares. Por donde ella iba con su marido, estaba todo el camino sembrado de oro y plata en polvo e infinita chaquira y plumería, cosa nunca hasta entonces vista en fiestas ni casamientos de ningún monarca del mundo desde el primer hombre, hasta este punto a lo menos no se escribe tal en ningún autor ni lo que luego diremos. Fueron desde Casana hasta Marucancha, que eran las casas y moradas de Huascar Ynga, y todo lo que de aquel día quedó hasta la noche se gastó en bailes, cantares, danzas y regocijos. El día siguiente, para más autoridad y grandeza, vinieron todas las naciones que estaban en el Cuzco a hacer fiestas a su señora y duraron más de un mes. Huascar Ynga, por más ostentación y celebrar su desposorio de suerte que para

siempre quedase del memoria, mandó hacer todos los géneros de maíz que hay de oro y plata, y todas las diversidades de hierbas que ellos comían y todas las raleas de pájaros, de palomas, garzas, huacamayos, papagayos, halcones, sirgueros, tordos, águilas, gavilanes, cóndores y cuantas suertes de pescado de la mar y de laguna conocieron. Maneras de leña, así entera como rajada, y todas las diferencias de animales terrestres que había entre ellos, se hicieron de oro y plata y plumería y mullu. Los criados de Huascar lo daban por las mesas a comer como si fuera cosa para este efecto, a los que se hallaron en las fiestas.

Hicieron traer infinita cantidad de animales vivos, así como osos, tigres, leones, onzas, monos, venados, vicuñas, vizcachas, carneros de la tierra, con vestiduras de diferentes colores hechas aposta, que parecían que así habían nacido y los habían domesticado para el efecto y todos los cántaros, arquillas y demás vasos y vajilla era de oro y plata. Como era tanta la multitud y grosedad de cosas e infinito número de gente que en estas bodas se halló, y aun también sin medida ni orden el beber y privarse de juicio desta gente, sin conocimiento del verdadero Dios, muchos se quedaron con piezas ricas de oro y plata, que después ni hubo cuenta ni se supo dellas con la confusión, y con esto se concluyeron y acabaron las más soberbias y pomposas fiestas que hasta allí ynga ninguno había hecho ni ordenado. Ni como digo arriba, ningún señor ni príncipe del mundo, porque aunque en invenciones, majestad y aparato haya habido muchas que le han excedido, ninguna de tanta abundancia de oro ni infinidad de plata que como si fueran manjares comestibles se ofrecieron a los convidados.

CAPITULO XLIV

De la jornada que mandó hacer Huascar Ynga en los chachapoyas, y muerte de su hermano Chuquis Huaman

Certísima cosa es que ninguno está contento con su suerte y que esta hambre y deseo de oro y plata, y la ambición de reinos y señoríos cada día, como enfermedad de hidropesía, va en aumento como ellos se van aumentando y creciendo, sin jamás verse satisfecho el apetito. Bien clara muestra desta dio Huascar Ynga, que en viendo ya concluidas las inauditas fiestas de su coronación y desposorio, lo primero que trató, sin dar lugar de descansar a los capitanes que en la guerra habían servido a su padre, fue de ensanchar su estado y ampliarle, porque entre los ingas se tenía por mengua, después que creció su poder, con el no hacer hazañas y no conquistar nuevas tierras y naciones, y así Huascar entró en acuerdo con sus mensajeros, a los cuales pareció que por la parte de los chachapoyas se hiciese una entrada, y para ello mandó apercibir en todas las provincias de su reino soldados nuevos, los más valientes y esforzados que se hallasen, y a los orejones ordenó que los mejores y más atrevidos se hiciesen dos ejércitos. Habiéndose juntado en el Cuzco con la demás gentes que de fuera vinieron, declaró no querer él ir en persona a la guerra, sino que gustaba hacerla por medio de sus capitanes, de los cuales nombró por su capitán general al traidor Chuquis Huamán, que ya dijimos que presto le llegó el pago de su alevosía, y con él a su hermano Tito Atauchí. Dioles comisión para que con ellos fuese Unto, gobernador de los chachapoyas.

Aderezadas todas las cosas para la partida y habiendo en presencia de Huascar Ynga hecha reseña general del ejército, salieron los dos hermanos poco a poco del Cuzco, no queriendo a los principios cansar la gente con jornadas largas, y llegaron al Avanto y de allí entraron por la provincia de Pumacocha y conquistaron parte della, y pasaron adelante con ánimo de prender al señor principal de toda la provincia, el cual, sabida la intención de los capitanes del Ynga, con la gente más valiente y de quien más confianza tenía, se fue retirando a un sitio y fortaleza llamada Pumacocha, y allí se fortaleció como mejor supo y pudo de las cosas necesarias a la defensa del fuerte. Y Chuquis Huaman, sabido el lugar donde se había encastillado, caminó con todo su ejército sobre él y llegado a Pumacocha le cercó en torno por todas partes, poniendo guardas y espías, porque no se le fuese, pensando cuando no pudiese haberle a las manos, por fuerza de armas que la hambre se lo haría entregar.

El señor de Pumacocha, habiendo estado cercado algunos días y viendo que el cerco iba a la larga y conociendo la intención con que su enemigo estaba de cogerle por falta de comida, y entendiendo que esto era su perdición, por no poderle meter ningún socorro por las muchas guardas y el gran ejército del Ynga, acordó librarse por maña y arte, donde la fuerza le sobrepujaba. Y así envió mensajeros a Chuquis Huaman y Tito Atauchi, con mucha humildad, diciendo que bien conocía que era por demás tratar de la defensa contra un ejército invencible, como era el suyo, y así él tenía voluntad de entregarles la fortaleza y toda su tierra y sujetarse a Huascar Ynga y reconocerlo por rey y señor para siempre, y que mandaría que el restante de su tierra, que no había venido a su poder y obediencia, hiciese lo mismo que él, pero que había de ser con condición que no le robasen y destruyesen la tierra, matando la gente della, pues de su voluntad se entregaba y no por fuerza. Oída esta embajada por Chuquis Huaman y Tito Atauchi, trataron los embajadores del señor de Pumacocha con mucha cortesía y humanidad, y les agradecieron la buena intención con que venían y el buen consejo que habían tomado en su negocio y aceptaron en nombre de Huascar Ynga su señor, el ofrecimiento que les hacía de la fortaleza y todo lo demás restante de la tierra y prometieron que el señor de Pumacocha y todos sus vasallos serían muy bien tratados y honrados, así del Ynga como de sus capitanes, sin consentir ahora ni siempre se les quitase nada de lo que poseían y tenían, sino antes se lo aumentarían y harían cada día nuevas mercedes. Hechos los conciertos y habiendo regalado a los embajadores, y dádoles de comer y beber en abundancia, y muchas ropas finas de todas suertes, los despidieron.

Muy contentos Chuquis Huaman y Tito Atauchi con el buen suceso que parecía iban tomando sus negocios en aquella conquista, pareciéndole que volvería al Cuzco rico y triunfante, y que sería muy estimado del Ynga, habiendo concluido lo que se le había encargado, tan felizmente, para entrar en la fortaleza de Pumacocha y apoderarse della, como se había concertado, mandó apercibir tres mil indios orejones, charcas y de otras naciones de los más escogidos de todo el ejército para que fuesen con él arriba haciéndole compañía y lo demás del restante del ejército se quedase en el Real donde habían estado de la otra parte del un río que allí había. El señor de Pumacocha, para más disimular su traición que tenía pensada y descuidar mejor a los capitanes de Huascar, les envió grandes presentes de plumas y pájaros muy vistosos y lindos, los cuales habiendo

recibido Chuquis Huaman los envió a su señor Huascar Ynga, con mensajeros, dándole aviso como tenía conquistada aquella provincia y que le había dado obediencia y todos le reconocían por señor, no sabiendo el engaño que se le aparejaba.

Y así, habiendo despachado al Ynga los mensajeros, salió Chuquis Huaman de su Real, dejando en él a su hermano Tito Atauchi, con los tres mil indios orejones y de otras provincias, que estaban aparejados para ir en su compañía, y con ellos entró por un montecillo que cerca de la fortaleza estaba y subieron todos a ella, y al camino le tornó a enviar el señor de Pumacocha muchos presentes y regalos de cosas de su tierra, para con ellos asegurarlo más. Llegado a la entrada de la fortaleza Chuquis Huaman salió al encuentro el señor de Pumacocha, y con rostro alegre y grandes muestras de buena voluntad le hizo reverencia con todos los principales de los suyos y le dio obediencia en nombre de su señor Huascar, recibéndole por tal y le entregó la fortaleza y toda su tierra como tenía prometido y luego se sentaron en la Pampa, donde hizo una solemne fiesta a los que habían entrado con Chuquis Huaman, dándoles de comer y beber en abundancia. Otro día por la mañana, sin haber dado muestras de su ruin y dañado pecho en cosa por donde Chuquis Huaman se pudiese recelar del ni los suyos, le dijo el señor de Pumacocha que si gustaba se querían holgar en la fortaleza él y todos los suyos, para que por sus ojos viese los vasallos y gente nueva de los cuales daría la obediencia a su hermano y señor Huascar Ynga. Chuquis Huaman se lo concedió con mucha voluntad y gusto, y así se juntaron grandísima cantidad de aquellos indios de Pumacocha y entraron en la plaza de la fortaleza, que era muy grande, con invenciones para hacer la fiesta al Chuquis Huaman. Todos venían aderezados con sus armas secretas sin que las pudiese ver ninguno de los indios del Ynga, y así comenzaron a celebrar su fiesta, con bailes y danzas y grande ostentación de regocijo y contento, y Chuquis Huaman les dio muchas dádivas de cosas del Cuzco, que no había en aquella provincia, todo para acariciarlo más y mostrarles amor. Así estuvieron holgándose desde la mañana hasta que pasó el medio día, brindando los chachapoyas a priesa a los orejones y demás soldados del Ynga, y ellos menudeando los vasos y la bebida, con más priesa que se la ofrecían, hasta que los humos de la chicha se fueron subiendo por las chimeneas arriba, de suerte que dieron señal que ya estaban apoderados de los altos y bajos de las casas.

Entonces los chachapoyas, que moderados habían andado, conociendo la ocasión, la cogieron por los cabellos y cerrando las puertas de, la fortaleza salió la demás gente que el señor de Pumacocha tenía apercebida y con ímpetu furioso dieron sobre los orejones y demás gente, y de los primeros mataron al traidor de Chuquis Huaiman, con que remató su vida y traiciones, y no gozó del triunfo que deseaba y con él juntamente murió Unto, que había entrado allá y fue tal la matanza y la gana con que la hacían, que no escapó de la gente del Ynga, sino solos mil indios de tres mil que habían entrado en la fortaleza. Esos que escaparon más fueron guiados en la huida de una suerte venturosa, que no de industria ni diligencia suya. Y los chachapoyas, hecha esta mortandad, se bañaban en la sangre de Chuquis Huaman, untándose con ella el rostro y en la demás de los enemigos y luego alegres y regocijados empezaron de nuevo a hacer fiestas y bailes. Los mil indios de las manos de los chachapoyas escaparon, vinieron a dar aviso al Real, donde había quedado Tito Atauchi con el ejército, donde oída tan nueva todo fue confusión y alboroto, sin saber adónde acudir en tal trance, temerosos que los enemigos

no viniesen sobre ellos, que sin duda si siguieran el alcance y arremetieran al Real los desbarataran haciendo una notable destrucción. Pero olvidados deste pensamiento, no salieron de la fortaleza como debieran, y Tito Atauchi y demás capitanes tristes y dolorosos de tan no pensado suceso, tomaron por último remedio por entonces retirarse, y así con la mejor orden que pudieron se retiraron al Avanto, donde se fortalecieron y los chachapoyas tomaron las cabezas de Chuquis Huaman y demás indios principales que habían muerto, y las pusieron en, las puertas de sus casas por trofeo e insignia de su valentía, o por mejor decir de su traición.

CAPITULO XLV

De la venganza de la muerte de Chuquis Huaman, y cómo llegaron a Huascar Ynga mensajeros de su hermano Atao Hualpa

Tito Atauchi y los demás capitanes como se certificaron de la muerte de Chuquis Huaman por las señales de ver puesta su cabeza en lugar público, que habían sospechado lo tendrían en prisión, habiéndose retirado como está dicho, enviaron mensajeros al Ynga a avisarle de la muerte de su hermano y de todos los sucesos, y la traición con que los de Pumacocha lo habían cogido y muerto. Juntamente con el aviso le enviaron pintada toda la tierra y la traza della, y donde estaba asentada la fortaleza y el sitio que tenía, lo cual hicieron con consejo de Tambusca Mayta, capitán de la gente de Urincuzco y de Jicci de Hanancuzco. Llegados al Cuzco los mensajeros y dando a Huascar Ynga la nueva, tan no pensada, del desastrado suceso de su hermano Chuquis Huaman, no hay palabras con que significar la pena que recibió y el llanto que secretamente hizo. Porque por la traición pasada estaba este hermano muy en su gracia y hacia mucho caudal dél, y quiso él mismo en persona ir a la venganza de tan gran traición, pero Ynga Roca, sacerdote mayor, y los demás se lo estorbaron, poniéndole por delante el riesgo que corría de las asechanzas de los enemigos. Habiendo habido acuerdo sobre el modo con que podía socorrer a su gente, y concluir la conquista, destruyendo la tierra, envió comisión nuevamente a Tito Atauchi y a Maita Yupanqui, tío de Huaina Capac, con nuevo ejército de muy valerosos soldados de todas naciones, y a decir la manera y orden que habían de tener en combatir la fortaleza de Pumacocha, por la traza que había visto. Y fue que los indios, que eran de tierras ásperas y fragosas, entrasen en la fortaleza por las partes montuosas y los demás por un lado donde había llanura, y los orejones por el camino Real que iba a dar a la frente della. Y así salió el ejército nuevo del Cuzco, y llegado al Avanto, donde estaba retirado Tito Atauchi y los demás, se juntaron, y viendo la comisión diferente que antes y traza mejor para tomar la fortaleza, partieron de allí con más cuidado y recato que la vez pasada, en buen orden de guerra.

Llegados a la fortaleza de Pumacocha la cercaron, destruyendo toda la tierra en contorno y quemando mucha parte de los montes que había cerca della por las partes do le podía entrar socorro de repente. Así estuvieron un mes dándole recios combates y al cabo le dieron por todas partes, uno con toda la gente, en el cual entraron en la fortaleza, haciendo una lamentable destrucción en los que en ella estaban, satisfaciendo el deseo que tenían de vengar la muerte de Chuquis Huaman y los que con él murieron. En la toma

y entrada llevaron la loa los tomebambas y los quihuares, huaros y chupaicos. Habiendo preso gran multitud de los chachapoyas hizo Tito Atauchí con ellos diligente inquisición de los que se habían hallado en la fortaleza en la muerte de Chuquis Huaman, y a todos los que ayudaron a la traición los hizo hacer pedazos, y asoló y destruyó sus tierras y poblaciones, para memoria del castigo. Algunos bien agestados guardó para el triunfo con que había de entrar en el Cuzco y los que no se habían hallado en la muerte de Chuquis Huaman, en la fortaleza, dejolos para población della y de la demás tierra. Y habiendo pacificádola toda y puesto orden según su costumbre, y dejando guarnición de soldados, volvió con el ejército victorioso y triunfante hacia el Cuzco, conforme tenía la orden de Huascar Ynga, trayendo consigo a los hijos del señor de Pumacocha para el triunfo, porque al padre, luego que lo tuvo en las manos, lo mandó hacer cuartos y poner por los caminos de su misma tierra, para más atemorizar a sus vasallos para que no intentasen rebelarse de nuevo.

Llegados cerca del Cuzco y sabido por Huascar Ynga, salió acompañado de todos sus hermanos y parientes, y entró con todo el ejército vencedor y triunfo de los cautivos y vencidos solemnísimamente, y con mucha grandeza por haber sido la primera victoria que sus capitanes habían alcanzado en su nombre. A todos los que en la empresa se señalaron hizo diferentes mercedes de ganado, vestidos de todas suertes, criados y mujeres, y mandó hacer muy regocijadas fiestas en el Cuzco, para más ostentación y memoria de la victoria.

Estando Huascar Ynga en estos placeres y contentos, le llegaron mensajeros de Quito, enviados de su hermano Atao Hualpa a darle el parabién de la asunción suya en el reino y de ser Ynga y señor, y a decirle cómo él estaba en aquellas provincias por él, y que le suplicaba, pues era su hermano, y tan obediente, le diese la gobernación dellas, para que en su nombre las guardase y defendiese de sus enemigos y se las rigiese, y que el Hacedor le tuviese de su mano y la tierra le obedeciese todo como a único señor della, y que el Sol su padre le diese infinitos reinos y señoríos, los cuales poseyese y gobernase en paz y sosiego, para siempre, y que envejeciese en ellos y dejase a sus hijos por herederos, y que engrandeciese el reino de su padre, y lo aumentase como habían hecho sus antepasados y fuese respetado y tenido de sus enemigos como los Yngas sus antecesores. Oída esta embajada por Huascar Ynga, como vino en medio de los placeres del triunfo, se holgó mucho con ella, y recibió los mensajeros de su hermano Atao Hualpa con honra y les hizo mercedes. Estos mensajeros trajeron muchos presentes y ricos dones a Rahua Ocllo, madre de Huascar Ynga, y a su mujer Chuqui Huipa y Rahua Ocllo los recibió muy bien, lo cual sabido después por Huascar Ynga y que habían traído a su madre y mujer dádivas, tomó mala sospecha dello, y de allí a algunos días mandó llamar los mensajeros de Atao Hualpa con mala voluntad, y con poca cortesía y muestras de tibieza, les dijo: decidle a mi hermano que pues se quedó en esa tierra y está en ella desde la muerte de mi padre, mire con mucho cuidado por ella y la gobierne tratando los naturales y soldados de guarnición muy bien, y que no haya quejas dél ningunas, que yo le despacharé mis mensajeros a Quito y le mandaré mediante ellos lo que tiene que hacer allá, y con esto los despidió. Los mensajeros se volvieron a Quito a do estaba Atao Hualpa y le dijeron todo lo que su hermano les había dicho, y él oído esto, no sospechando mala voluntad ni falta de amor en su hermano, se holgó mucho, pensando

que estaba en su gracia, y habiendo regalado a los mensajeros se vino a Tomebamba y allí mandó hacer unos suntuosísimos palacios para su hermano Huascar, de mucha labor y artificio, y con este achaque hizo hacer y levantar otros para sí, de no menor grandeza y majestad, de lo cual empezaron las diferencias y emulaciones entre los dos hermanos cómo adelante diremos.

CAPITULO XLVI

Cómo empezaron las diferencias entre Huascar Ynga y su hermano Atao Hualpa

En el tiempo que esto se hacía en Tomebamba, Huascar Ynga mandó hacer los edificios de Calca en el Cuzco, y sacó juntamente con una visita infinita cantidad de indios para su servicio, llamados aylloscas, que fueron los yauyos, cajas y huambos, que es junto a Caja Marca, los chumbiulcas, canas y corazoras, que son los de Paria. En esta ocasión estuvo Huascar Ynga en el Cuzco, siempre con grandísimo sosiego, sin entender en otra cosa de guerra ni de conquista, sino de holgarse y darse a vicios de comer y beber y regocijos y placeres con los principales de los suyos, pero siempre con recelo y muestra de poca voluntad a su hermano Atao Hualpa, que estaba en Quito.

Para acabar de confirmar su sospecha y poca aficionada voluntad a su hermano Atao Hualpa, le llegaron en este medio mensajeros del gobernador de Tomebanba y del cacique principal de los cañares, llamado Ocllo Calla, diciendo que Atao Hualpa había hecho grandes palacios para él y so color destos había levantado para sí otros de mejor fábrica y más suntuosos, y que se trataba y hacía servir como si fuera Ynga y señor, con mucha majestad y aplauso, siendo en aquellas provincias reverenciado con gran acatamiento. Oídas estas nuevas por Huascar Ynga, recibió dellas, como estaba con mala voluntad, infinito enojo, y de nuevo comenzó a hacer pesquisa de la quedada de Atao Hualpa en Quito. Y sobre ello riñó ásperamente con su madre, porque le había encubierto algunas cosas de las que allá a la partida habían pasado.

Dentro de ocho días le llegaron mensajeros de Quito enviados por Atao Hualpa, los cuales trajeron muchas cosas, estando Huascar Ynga en Calca, y entre otras cosas de ver le envió la traza y modelo de los palacios que le tenía hechos y mucha cantidad de ropa, de pedrería y plumería muy rica, y Huascar Ynga, habiéndolas visto con desdén y menosprecio, dijo a los mensajeros: para qué me envía mi hermano estas cosas a mí; piensa por ventura que acá no las hay y que me faltan acá. Las tengo yo mucho mejores que no allá, y los oficiales que las hacen y él tiene allá consigo son míos y no suyos. Entonces Ynga Roca su consejero le dijo que decía mucha verdad y tenía gran razón en todo y Huascar Ynga, con el enojo y cólera que estaba, mandó echar toda aquella ropa en el fuego en que se estaban calentando por ser de mañana, y se quemó toda sin que se escapase nada de la furia del fuego. Y vuelto Huascar a los embajadores de su hermano les dijo palabras injuriosas y sin mirar el derecho que siempre a los tales, aun entre los muy bárbaros se guardó, mandó matar a algunos dellos, y de los cueros hizo que se hiciesen tambores para sus taquies.

Chuqui Huipa, hermana y mujer de Huascar, muy triste de lo que había pasado, porque quería mucho a su hermano Atao Hualpa, mandó secretamente llamar los mensajeros que habían sido reservados con la vida y les preguntó por su hermano, y les contó la mala vida que la daba su marido Huascar y el enojo que había tenido con su madre y cómo la había afrentado de palabra, y los mensajeros oyendo estas cosas, y considerando no estaban seguros de otro tanto que como a sus compañeros había sucedido, trataron de volverse a Quito y quitarse de la presencia de Huascar Ynga, tan airado contra su señor Atao Hualpa. Pidiéronle licencia para volverse adonde habían venido, y Huasca Ynga se la dio y dijo que se fuesen muy presto y dijese a su hermano Atao Hualpa que, en llegando ellos, se despachase y se viniese al Cuzco dejando buena orden y recaudo en lo de allá, en las fronteras y que no esperase segundo mandato suyo.

Salidos estos mensajeros del Cuzco, caminaron con el miedo que llevaban a grandes jornadas y llegaron a Atao Hualpa, que estaba en Tomebamba, y muy por extenso le refirieron lo que su hermano Huascar Ynga decía, y cómo con mucho menosprecio y desdén había quemado toda la ropa rica que le había llevado en su nombre, y muerto a algunos dellos y de los cueros hecho tambores, y más lo que su hermana Chuqui Huipa les había contado y, en conclusión, cómo le mandaba su hermano que se aparejase y muy brevemente se fuese al Cuzco, porque así convenía. Oído esto por Atao Hualpa, recibió infinita tristeza dello, no sabiendo qué medio tomar, porque si iba al Cuzco temíase de la indignación de su hermano, que con tan poca ocasión había muerto a otros que allá estaban, y a gran número de capitanes que en la guerra habían servido a Huayna Capac, su padre, por sólo sospechar. Viéndole en esta confusión Ulco Colla, cacique de los Cañares, y Ato le dijeron: para qué señor estáis triste y penoso, haceos ynga y señor, que tan hijo sois de Huayna Capac como Huascar, vuestro hermano, y mejor lo merecéis vos por vuestra persona, que no él, que toda su vida gasta en vicios y borracheras. A estas palabras Atao Hualpa, aunque le debió de holgar en lo interior de su corazón, si tenía ánimo de rebelarse contra su hermano, no respondió cosa ninguna por no dar muestras dello.

Y porque la gente y soldados que con él estaban no entendiesen que estaba melancólico y triste, y viéndole así se alborotasen, otro día siguiente mandó hacer grandes fiestas y regocijos y los entretuvo con semblante alegre y de placer. Y de nuevo tornó a llamar los mensajeros que del Cuzco habían vuelto, y se informó muy despacio dellos de todo lo que les había sucedido con Huascar y lo que les había dicho, y de Chuqui Huipa su hermana y de lo que había en el Cuzco y del modo del gobierno de su hermano, capitanes y consejeros. De allí a algunos días, sin hacer caudal del mandato de su hermano, se volvió a Quito, tomando de su propia autoridad las andas ricas que su padre Huayna Capac había dejado en Tomebamba, y las más ricas y preciosas ropas que había en los depósitos, hechas para su padre, porque tenía de costumbre, donde quiera que llegaba el Ynga, todas las vestiduras que se ponía en aquella parte las guardaban como reliquias para tenerlas allí siempre, y de las que había en Tomebamba tomó Atao Hualpa y se las vistió, lo cual no se podía hacer si no era por mandado del Ynga, y así se fue con grande aplauso y acompañamiento a Quito.

Visto por Ullco Colla y Ato, que eran los que para ello le habían dado consejo con ruin intención de revolver a los dos hermanos, su partida a Quito, despacharon mensajeros a Huascar Ynga, y le enviaron a decir cómo Atao Hualpa había tomado las andas de su padre y sus vestidos y aderezos, que estaban en los depósitos y se los había vestido y se iba con gran majestad hacia Quito y que les parecía se quería rebelar, pues no había hecho caual de su orden, en que le mandaba no se volviese a Quito. Huascar Ynga, como oyó estas nuevas tomó más odio con los capitanes que habían venido desde Quito con el cuerpo de su padre, porque habían dejado allá a su hermano, y luego mandó llamar a todos los de su consejo y trató del negocio pidiéndoles le dijese lo que en este caso haría con su hermano, pues así menospreciaba sus mandamientos y se había ido a Quito en lugar de venirse a su llamado. Entre todos se acordó que sin ninguna dilación se enviase a prender a su hermano, sin que ello entendiase, porque no hubiese más alborotos, y lo cogiesen descuidado. Pero aunque en la prisión convinieron, en el modo discordaron, que otros dijeron que no fuese así, sino que se despachase gente que lo trajese preso por si se pusiese en defensa. A este parecer se animó Huascar Ynga, y envió un capitán llamado Ato y le dio gente en el Cuzco y comisión, que desde Tomebamba fuese todo el ejército que allí había de Cañares, y Ullco Colla su cacique con ellos. Y así salió Ato con la gente que se le dio del Cuzco, y a grandes jornadas llegó a Tomebamba donde hizo mucho número de gente de los Cañares y Tomebambas, y partió con ello hacia Quito a prender a Atao Hualpa si se pusiese en defensa.

CAPITULO XLVII

Cómo Atao Hualpa, sabiendo que su hermano le enviaba a prender, se preparó para la defensa

Luego que llegó Ato a Tomebamba con la gente del Cuzco, fue avisado dello Atao Hualpa por espías y amigos, que luego le despacharon advirtiéndole de la intención con que venía. De lo cual muy acongojado, y temeroso que si le prendían no podía escapar con la vida, llamó a Chalco Chima y Quisquis, que eran sus principales en el consejo, y habiendo tratado lo que le pareció convenir mandó juntar todas las naciones que hay a la redonda de Quito, y a todos los mitimas puestos allí por su abuelo Tupa Ynga Yupanqui. Desde que los tuvo juntos se levantó en pie y llorando enderezó su plática, primero a los mitimas, y les dijo: ya sabéis, hermanos míos, que fuisteis dejados por mi padre y abuelo en estas partes para guarda y reparo de esta tierra y yo, queriéndoo y amándoo de todo corazón, por ayudaros y defenderos quedé en vuestra compañía y ahora no sé qué es la causa que mi hermano nos aborrece, que ningún servicio ni presente que le he enviado ha querido recibir con alegre rostro, antes con desdén lo ha menospreciado, estimándolo en poco y desechando con gran vergüenza y afrenta los mensajeros que han ido de mi parte, siendo como le somos tan leales vasallos. Y pues así lo ha querido, ya sabéis que si a mí me prenden que vosotros padeceréis juntamente conmigo por haber estado y quedado entre vosotros y haberme favorecido. Lo que al presente tengo que rogaros es que, pues que sabéis que soy hijo de Huaina Capac como Huascar Ynga, mi hermano, me ayudéis con vuestras personas y todas vuestras fuerzas, porque yo tengo ánimo de defenderme de

todos los del mundo que sin razón me quisieren agraviar, y ofenderlos hasta la muerte. En diciendo estas razones se levantaron Chalco Chima y Quisquis y otros capitanes de los mitimas y le dijeron que tenía razón en cuanto había propuesto, que pues su hermano los había tratado tan mal a los que a su padre habían servido lealmente, y a costa de su sangre le habían conquistado tantas provincias y muerto a muchos de los que habían ido con el cuerpo de su padre, acompañándole, y no contento con esto ahora enviaba gente que los prendiese, como si fueran estraños y no conocidos y hubieran faltado a sus obligaciones y fueran rebeldes e inobedientes a sus mandamientos, pues no somos mujeres, sino hombres que sabemos y sabremos mandar las armas y a fuerza de nuestros brazos nos defenderemos de todo el mundo, pues Nuestro Señor nos mueve tan sin razón la guerra y él mismo la demanda y pide a sus vasallos, que nosotros diestros somos en las batallas, y en las guerras que tuvo vuestro padre nos hemos hallado y ejercitado nuestras fuerzas y ánimo y es muy justo que nos defendamos dél, y entienda que somos hombres en quien hay brío para ello.

Oyendo estas razones Atao Hualpa, se levantó en pie y con mucha humildad y afables razones se lo agradeció, y vista la prontitud con que se habían ofrecido a su servicio y le habían respondido según su voluntad y deseo les dijo: hermanos míos, que estáis aparejados en todo y por todo a seguirme, de hoy más andad apercebidos con las armas en las manos, aderezándoos de lo necesario, como gente que está en frontera de enemigos. Oído esto se tornaron los mitimas a asentar, haciendo gran reverencia a Ato Hualpa. El cual, después de haber hablado con ellos, mandó llamar ante sí a los naturales de la tierra y provincias de la redonda de Quito, que estaban asentados por ayillos, escuchando las razones que pasaban con los mitimas y venidos delante dél les dijo: ya sabéis, hermanos míos, lo que he tratado y dicho a los mitimas; agora os quiero decir a vosotros lo que tengo en mi pecho y es que bien os acordaréis cómo mi padre os conquistó y asoló por fuerza de armas y a vuestros padres y hermanos llevó desta tierra al Cuzco, cautivos y apisionados para triunfar dellos por su valor y grandeza. Y bien os es notorio cómo yo soy hijo y heredero y mi hermano Huascar Ynga, siéndole yo tan leal y sujeto y no habiendo quebrantado en nada su mandato me ha tratado y trata como enemigo, y ahora me comienza guerra injusta y sin razón y por haberme dado vosotros favor creo que os tiene de asolar y robar esta vez como la primera, que aun de la destrucción pasada no estáis restaurados ni vueltos en vuestro primer ser. Yo estoy con determinación de defenderme con las armas en las manos hasta morir y no consentir que se os haga agravio alguno. Mirad, hermanos míos, lo que pensáis hacer, porque bien conocéis y habéis visto cómo os he tenido en lugar de tales y que ninguna mala obra os he hecho ni he consentido se os haga, sino, todo buen tratamiento, y para esto acordaos de tanta multitud como de vosotros mató mi padre en Yahuarcocha y otras partes, y aunque no fuera sino por vengaros dello habéis de hacer esto que os ruego y pido.

Estas últimas razones les dijo, porque cuando entendieron lo que se trataba con los mitimas, le habían dicho: ¿cómo señor queréis sobrepujar a vuestro hermano siendo Ynga y tan poderoso y que tiene tanto número de soldados? pero como les acordó los trabajos y destrucciones que por ellos habían pasado en las guerras y conquistas, y las muertes de los suyos, dijeron todos a una que le seguirían haciendo su voluntad, y que todos estaban

muy bien en ello, que mirase lo que hacía, que aparejadas tenían sus armas para favorecerle.

Entonces, muy contento Atao Hualpa desta respuesta de los naturales y muy satisfecho de su buen ánimo y voluntad, para confirmarlos más en su propósito y determinación, mandó sacar gran cantidad de ropa de todas suertes, plata y oro y otras cosas de estima y valor de los depósitos de su padre y, con muestras de liberalidad y amor, y magnificencia, la repartió en toda aquella gente según la calidad y méritos de cada uno, con lo cual todos quedaron en extremo contentos y satisfechos del valor de Atao Hualpa y se pusieron en armas secretamente.

CAPITULO XLVIII

De las dos batallas que hubo entre la gente de Huascar Ynga y Atao Hualpa

En disponiendo Atao Hualpa las cosas necesarias para su defensa y previniendo las armas, quiso por medio de un mensajero saber de fundamento la intención con que venía Ato, capitán de su hermano, que le iba a prender. Así lo despachó, diciendo qué novedad era aquélla y a qué efecto venía con gente armada a aquellas provincias, y que si su hermano quería hacer alguna entrada que adónde era, porque todas las provincias estaban de paz y quietas de la misma suerte que su padre Huaina Capac las había dejado, sin haberse alterado en cosa ninguna el gobierno dellas. oyendo esta embajada Ato, que ya estaba cerca de Quito, le respondió: decidle a Atao Hualpa que no vengo a entrada ninguna sino a prenderle y matarlo, pues se hace ynga sin serlo, ni venirle de derecho, sino que los perfectos yngas suelen ser elegidos y hechos por manos de los sacerdotes y del Sol, y jurado de todas las provincias y reverenciado delante del Sol. Y que mayor novedad era aquélla de hacer Atao Hualpa semejantes cosas, contra todo lo que hasta allí se había guardado en los Yngas y que no había para qué le preguntar si se iba en busca de alguna entrada o conquista, y así se lo decid.

Los mensajeros de Atao Hualpa que oyeron tan desabrida respuesta se volvieron con ella a Quito a su señor, el cual oída, viendo la determinación tan resoluta de Ato dijo: verdaderamente nos vienen a prender y mirar que no será razón que muramos como cobardes afeminados, y así mandó poner en arma toda su gente, haciendo muestra de todo su ejército, que era muy grande. Envió delante un capitán suyo, que comenzase la guerra contra Ato.

Ato cuando salió del Cuzco llevó consigo por orden de Huascar Ynga la imagen del Sol, porque pensaron que viéndola se dejaría prender Atao Hualpa, pero engañáronse en este pensamiento. Ato, como se topó con el capitán enviado por Ato Hualpa en Mullu diole batalla, la cual fue muy reñida y porfiada y murió en ella mucha gente de la de Atao Hualpa y los venció Ato capitán de Huascar Ynga. Los que de la batalla se escaparon se retiraron a Quito y dieron nuevas a Atao Hualpa, de lo cual fue increíble la pena que recibió, y oyéndolas la gente que con él estaba desmayó la mayor parte, y muchos temerosos le quisieron dejar y huirse, pareciéndoles que era mal principio aquél para sus

intentos y las esperanzas que en él tenían. Pero Atao Hualpa, que era animoso y de gran corazón, los animó de nuevo, proponiéndoles la miseria y desventura que esperaban si se entregaban en manos de los enemigos encarnizados en su sangre, y que a trueque de vengar sus parientes y amigos, que en la batalla habían muerto, habían de salir con nuevo brío y coraje a ellos.

Y habiendo dado orden en todo lo necesario no quiso encomendar el suceso segundo, de donde pendía todo su bien y fortuna, a ninguno de sus capitanes, sino él mismo en persona, con toda la gente que le seguía, salió de Quito a dar batalla a Ato. Y topándole en Mullu Hampato, con grandísima determinación se la dio y fue tan tenida y tratada que duró desde la mañana hasta hora de vísperas, sin conocerse ventaja de ambas partes y murió de los unos y los otros infinita cantidad de gente de la más valiente. Al cabo quedó vencido Ato y quedó preso en poder de Atao Hualpa, y los que huyeron de la batalla vinieron a Tomebamba a dar la nueva del desastrado suceso.

Atao Hualpa vencida la batalla y recogidos los despojos se volvió a Quito triunfante y gozoso, con los prisioneros, y con esta victoria confirmó en su opinión a todas las naciones de la redonda de Quito para obedecerle con más voluntad y temor que hasta allí. Y luego se quiso informar de Ato de las cosas del Cuzco y del gobierno que en el Cuzco tenía en la guerra, y en las demás cosas y de algunos secretos suyos, que le convenía saber. Pero Ato al principio estuvo duro sin querer decir cosa ninguna de las que le fueron preguntadas, pero al fin Atao Hualpa le mandó dar grandísimos tormentos, y por medio dellos vino a confesar todo lo que en el Cuzco había, muy por extenso. Y habiéndose informado bastantemente de todo lo que pretendía, al cabo lo mandó matar y con él juntamente hizo lo mismo a Ullco Colla, cacique de los cañares, que también fue preso en la batalla, mandando que lo flechasen con tiraderas, porque él había sido el principal instrumento de discordia entre él y su hermano Huascar Ynga y el que había fomentado las cizañas y revueltas entre ellos, habiendo sido el que primero dijo a Atao Hualpa que se hiciese Ynga, pues lo podía ser.

Acabado esto se estuvo Atao Hualpa en Quito muy despacio, holgándose con los suyos y no con intención de dar guerra a su hermano, ni inquietarle sus tierras, antes a todos los que querían ir al Cuzco les daba licencia para ello, y venían como querían, sin tener puestas guardas en parte ninguna, antes mostraba que le pesaba de tener diferencias con su hermano. Hualtopa, gobernador de Tomebamba, despachó a Huascar Ynga mensajeros haciéndole saber como a su capitán Ato le habían vencido y preso y muerto, con mucha destrucción de su ejército, de lo cual Huascar, aunque en su corazón sintió increíble pena y dolor, lo disimuló en lo exterior no queriendo dar muestras dello, antes se rió, y con palabras risueñas dijo: huélguese agora mi hermano y esté en cebo, que su tiempo se vendrá en que yo le castigue como lo verá.

Desde a pocos días que le fue dada esta nueva acordó de cambiar capitanes y gente que prendiesen a su hermano, y lo matasen, y que fuesen a la sorda, como dicen, sin aparato ni estruendo y esto lo fue dilatando, por descuidarle más.

En este tiempo Atao Hualpa acordó en Quito de dividir el reino, pensando alzarse con la

mitad, y habiendo tenido acuerdo con los capitanes de su consejo determinó que desde Yanamayo, que es dos jornadas de Caja-Marca, hasta Pasto y todo lo de allá abajo quería que fuese suyo, sin reconocer a nadie y que a él solo le obedeciesen las naciones que caían en este distrito, y que desde Yanamayo para arriba hasta Chile fuese de su hermano Huascar. Habiendo aprobado esta repartición todos los suyos, hizo solemnísimos sacrificios al Sol para tenerle grato en el nuevo reino, y con esto se acabó de quitar la máscara de la intención con que se había quedado en Quito cuando murió su padre Huayna Capac, si entonces había sido de no alzarse y no reconocer a su hermano Huascar Ynga por rey y señor, lo cual hasta entonces había disimulado con las cubiertas y excusas que habemos visto. Pero el corazón del hombre a sólo Dios es dado alcanzar y ver lo que en él está escondido.

CAPITULO XLIX

Cómo sabida por Huascar la división que su hermano había hecho del rey no envió contra él a Huanca Auqui, y de las batallas que se dieron

Luego que llegó a noticia de Huascar Ynga la partición que su hermano Hualpa hacía de los reinos y señoríos que habían sido de su padre Huayna Capac, y cuán al descubierto se rebelaba, sin quererle reconocer por Señor, y que ya otro remedio no había para reducirle sino el de la fuerza, estuvo para perder el juicio de tristeza y dolor, conociendo cuán trabajosa sería aquella guerra, más que civil, y la destrucción que causaría en sus gentes y las muchas que en ella morirían, y sobre todo saber que su hermano se había ejercitado en las guerras y conquistas de su padre. Y que era hombre de sobrado ánimo y corazón, y franco y liberal con los suyos, que era medio que le hacía ser bien quisto de todos, y que los ejércitos que estaban en Quito y obedecían a su hermano, eran los que habían militado con su padre, hechos a trabajos y peleas. Así, pareciéndole que ya no había lugar la disimulación, ni convenía dilatarlo más, porque no se fortaleciese y previniese mejor, despachó un poderosísimo ejército de todas naciones, y con él por General a Huanca Auqui, su hermano, a Huapanti y a Huamaita, y otros de los más esforzados capitanes que tenía y de los de quien mayor confianza hacía. A Huanca Auqui por honrarlo más le dio unas andas en que anduviese, con que lo envió muy grato, y a los demás les favoreció de palabras y obras, dándoles mucho oro, plata, vestiduras ricas y otros dones preciosos, con lo cual todos ellos fueron muy contentos y ganosos de mostrar en todas ocasiones el deseo que de servir a Huascar tenían. Así caminando por sus jornadas llegaron a Tomebamba, donde repararon a que descansase la gente del ejército y se previniese otra de aquellas provincias, para poder con más gente hacer mejor la guerra.

Pero Huanca Auqui quiso primero, por buenos medios, tentar a Atao Hualpa, y así le envió desde Tomebamba a saber la causa de su alzamiento con mensajeros particulares para este efecto. Atao Hualpa le respondió que bien sabía y había visto cómo estaba en Quito seguro y quieto, sin haber hecho ni dicho contra Huascar, su hermano, cosa en que le pudiese ofender ni deservir, ni de su parte había habido pensamiento de rebelión. Huascar Ynga, le había enviado a prender con ejército como si fuera rebelde y que por amparar su vida y la de los que con él estaban se había levantado, y que se acordase cómo

Huascar su hermano, con una crueldad nunca vista, y una sed insaciable de la sangre de sus hermanos, había muerto a Conuno y otros hermanos suyos, sin causa ni fundamento alguno, y a muchos capitanes, de los que desde Quito habían ido acompañando el cuerpo de su padre, había hecho lo mismo, sin haber ellos intentado cosa contra él, en pago de los servicios que a su padre habían hecho en la guerra. Que mirase la soberbia y arrogancia que tenía y el menosprecio con que los trataba, que otro día haría otro tanto del Huaca Auqui, sin atender que era su sangre, y sus servicios.

Cuando Huanca Auqui oyó estas razones, dicen que tuvo lástima de su hermano Atao Hualpa, de ver las lástimas que le refería, y acordándose de la muerte de los demás hermanos así mismo lloró. Pero, después, habiendo juntado los capitanes del ejército y con ellos consejo, les dijo: éste no se ha de dar por bien, justo será que le demos batalla, pues para eso nos envió nuestro señor Huascar Ynga acá.

Otros dicen que Huanca Auqui movido de las razones de su hermano Atao Hualpa y de la miseria que se le aparejaba si era vencido, se hizo de secreto con él. Así con sus capitanes ordenó de darle batalla en el mismo Tomebamba, y mandóles que todos se pusiesen en escuadrón, con buen concierto y orden, pero ésta no fue con calor, y como los capitanes vieron lo que pasaba y lo poco que Huanca Auqui apretaba en ello y cómo tibiamente ordenaba la gente para la batalla, tomaron dello mala sospecha y sin duda pensaron que estaba hecho de concierto con Atao Hualpa, según los indicios que dello daba, pero ellos se pusieron a punto de guerra como mejor pudieron.

Atao Hualpa viendo que ya la batalla no se podía escusar, habiendo hecho un razonamiento a los suyos y animándolos, poniéndoles delante la afrenta de ser vencidos y el trabajo que habían de pasar cuando escapasen con la vida, estando en poder de sus enemigos, y la gloria y honra del vencimiento y las riquezas que gozarían despojando sus contrarios, los mandó poner en concierto y visitó por su persona todos los escuadrones, lo cual fue de otra parte del río de Tomebamba. Así se mostró a los enemigos. Huanca Auqui acordó de entrar a darle la batalla por diez partes y dividiendo a su gente en ellas, se comenzó encima de la puente llamada Tumichaca, y con sumo esfuerzo y brío de ambas partes se prosiguió, cayendo a millares los que peleaban y duró todo el día con increíble porfía, sin poderse vencer los unos a los otros, y la noche los vino a departir, cansados ya de pelear y matarse.

Otro día al amanecer tornaron de nuevo a la pelea con mayor braveza y coraje que el otro día antes, y con mayores muertes de los de Atao Hualpa, en la cual batalla Huanca Auqui y sus capitanes se dieron tan buena maña con su ejército que antes que se llegase el medio día rompió y venció a Atao Hualpa, el cual, no desmayando con tal suceso, en buena ordenanza se retiró con el restante de su gente a un cerro que se llama Mullutuyru y allí, con singular presteza, se fortaleció alrededor, por tener defensa si le acometían. Huanca Auqui muy gozoso de la victoria fue sobre su hermano y lo mandó cercar en el cerro, porque no se fuese. Temeroso que con la venida de la noche se escaparía, sin aguardar toda su gente, que mucha parte estaba derramada gozando de los despojos de los muertos en la batalla, y aún descuidada por la victoria, pareciendo que ya estaba concluida la guerra, entonces Huanca Auqui con sola la parte del ejército que con él

estaba, antes de tiempo, y sin orden, arremetió, y como dicen algunos que estaba concertado con Atao Hualpa no gobernó bien los soldados como pudiera y debiera. Y Atao Hualpa, como hombre de guerra que conoció la ocasión y la confusión con que sus contrarios le acometían, viéndoles venir desordenados, animando a los suyos, y siendo él el primero, arremetieron con gentil denuedo a los que venían el cerro arriba y facilísimamente los desbarataron y los llevaron el cerro abajo huyendo. Y como los demás del ejército vieron desbaratado a su General Huanca Auqui, perdieron el ánimo y concierto y ellos también se comenzaron a retirar poco poco hacia Tomebamba. Atao Hualpa, que no era perezoso, no quiso dejar pasar la buena ocasión que se le ofrecía y los fue ejecutando, matando e hiriendo sin ninguna piedad, y al fin los venció en el mismo río dicho, do hizo alto la gente de Huascar. Y allí murió y se ahogó infinito número della, que con la prisa que los enemigos le daban cargando sobre ellos, y con la turbación donde falta todo buen concierto, no acertaban a pasar el río ni a tomar el vado dél, el cual aquel día fue de color de sangre de la que de una parte y otra se derramó en la pelea por la mañana y al precedente al seguir el alcance, que ejecutó maravillosamente Atao Hualpa.

CAPITULO L

De cómo Huanca Auqui habiendo perdido otra batalla se retiró a Cusipampa e hizo la conquista de los Pacamoros

Tristísimo se retiró a Tomebamba Huanca Auqui del suceso, que tan prósperamente al principio había ido sucediendo, y que tan al revés había sido el fin y remate, todo causado de la poca orden con que quiso acometer a Atao Hualpa en el cerro, que cuando con toda la gente de su ejército lo hubiera hecho y con el concierto debido, sin duda le desbaratara y hubiera a las manos a su hermano, con lo cual quedaba concluida la guerra, y se atajaron las destrucciones, muertes, desdichas y miserias que a Huascar y a los suyos les sucedieron después y aun al mismo Huanca Auqui. De suerte se puede decir con verdad que el hierro del día de hoy y la poca estima que hizo de su contrario fue ocasión de su ruina y principio de ensalzamiento y grandeza de Atao Hualpa, el cual, contento del no esperado caso y más confiado de buena suerte y dicha, teniendo a la fortuna por favorable y amiga.

Viendo que su hermano Huanca Auqui se había retirado al pueblo de Tomebamba y allí se hacía fuerte, atajando las calles, no quiso como vigilantísimo capitán darle tiempo para que se rehiciese, antes, ordenando de nuevo su ejército, que con la nueva y no pensada victoria se había animado y tomado nuevos bríos, embistió a Huana Auqui y facilísimamente le venció, el cual, conociendo su perdición y la ventura de su hermano, se salió huyendo de Tomebamba, con lo que de su gente le quedaba, y recogió con suma presteza todas las cosas de precio que allí había puesto su padre Huaina Capac. También se trajo los pares de Mama Oclo, con el bulto que se llamaba Tomebamba Pacha Mamá. Entonces los Cañares de Tomebamba se vinieron con aquel bulto, y ellos mismos se lo trajeron diciendo: con esto que hacemos agradaremos a Huascar Ynga nuestro señor y nos terná en mucho, y así se vino Huanca Auqui con todos los que seguirle quisieron,

retirándose poco a poco hasta llegar a un valle que se llama Cusi Pampa, adonde se paró y estuvo tres años.

Atao Hualpa viendo retirado a su hermano y enemigo, entró en Tomebamba con su ejército y se apoderó della y se fortaleció con mucho cuidado, y como tenía grandísimo enojo con los cañares, por ser los que le habían revuelto con su hermano, empezó a hacer terribles castigos en ellos, y fue con tanta crueldad que hasta las mujeres preñadas hacía abrir por la barriga y sacar las criaturas vivas del vientre y las mandaba matar, diciendo: vuestros caciques fueron los primeros que con mal pecho inventaron este alzamiento, y me movieron e incitaron a que yo me alzase y ahora se han hecho de la parte de mi hermano, pues todos ellos me lo han de pagar. Viendo esto muchos de los cañares, y que era imposible escaparse secretamente, se escondían en cuevas y montes, y otros lugares ocultos, y se fueron huyendo a Cusi Pampa donde estaba retirado Huanca Auqui. Dicen comúnmente, los antiguos, desta nación de los cañares, que ha sido siempre traidora, revoltosa y embustera, llevando y trayendo chismes, y que por los muchos que llevaron, sin fundamento y con él, a Huascar Ynga de Atao Hualpa éste los mandó matar e hizo en ellos la destrucción que hemos visto. Aún ahora tienen la misma costumbre, y de ordinario en las revueltas y diferencias andan a unirse a quien vence, no teniendo más firmeza que la que descubren los buenos o malos sucesos.

Atao Hualpa después de haber ejecutado su saña y hartado su sed en la sangre de los cañares, y concluido el castigo, tornó hacia Quito con gran aplauso y majestad, dejando puesto recaudo en Tomebamba, y en todas aquellas fronteras, conformando aquellas provincias en su amor, parte con beneficios y parte con los castigos que había hecho. Llegado a Quito, y descansado algunos días, entró muy poderoso pujante a la entrada de los quijos o umbos, y aunque por la aspereza de la tierra fue dificultosa la conquista, al cabo los sujetó y domó.

Pensando solamente quedarse con las provincias de la redonda de Quito, con Tomebamba y los huancavilcas y otras naciones que hay por allí, lo trató con sus capitanes y consejeros, diciendo que no quería disensiones ni guerras con su hermano, antes le quería tener por amigo y tener con él paz y quietud, y así aparejaba alguna de la gente que había sacado cautiva de los quijos y umbos, para enviarla presentada y otras cosas, sino que se turbaron con lo que después veremos.

Estando en Cusi Pampa Huanca Auqui, triste de su desastrada fortuna, despachó mensajeros a su hermano Huascar Ynga, avisándole de lo mal que le había ido con Atao Hualpa, y la mucha gente que había perdido en las batallas y cómo se había retirado allí a Cusi Pampa, donde había hecho muchos fuertes y edificios para si Atao Hualpa viniese sobre él estar apercebido y fortalecido. Oyendo esto Huascar Ynga fue increíble la pena que sintió maldiciendo su ventura y echando la culpa de todos los malos sucesos a los que habían dejado en Quito a Atao Hualpa cuando vinieron con el cuerpo de su padre. En este tiempo, Huanca Auqui, por restaurar las pérdidas pasadas y la opinión perdida en la guerra, hizo la conquista y entrada de los pacamoros, y más le movió e incitó a ello haber tenido avisos que su hermano Atao Hualpa había hecho la jornada de los quijos y umbos, y dijo a sus capitanes: hagamos nosotros otra entrada y no seamos para menos

que mi hermano, pues nos ha quedado tan buena gente en nuestra compañía. Así entró a la conquista y ganó dos pueblos y cautivó muchos prisioneros, y queriendo dar algún contento a su hermano Huascar Ynga, que sabía estaba enojado con él, por el mal recaudo que se había dado con Atao Hualpa. Escogió de los más bien agestados y de mejor parecer y más principales, para enviar al Cuzco presentados, y que dellos se informase y supiese las particularidades de su tierra.

Los pueblos comarcanos, como vieron la destrucción que a sus vecinos había sucedido y que la gente del Ynga les entraba en sus tierras, hicieron Junta General de todos y allí trataron que, hechos a una, diesen sobre Huanca Auqui y lo destruyesen y echasen de sus términos. Habiéndolo concertado con todo el silencio del mundo, se juntaron cerca de donde Huanca Auqui estaba alojado y dieron de repente sobre él por todas partes y con la repentina y alboroto que los cogieron los desbarataron y mataron a muchos e hicieron huir a Huanca Auqui, y les quitaron los prisioneros que tenían para enviar al Cuzco y los siguieron con grandísima determinación toda una noche y un día, sin descansar ni darle lugar a que se reparasen en algún puesto, hiriendo y matando en ellos, y como era tierra fragosa y áspera pudieron, como tenían más noticia della que los de Huanca Auqui, hacer a su salvo infinita matanza en el alcance, que duró hasta los paltas, donde los dejaron. Retirado desta suerte Huanca Auqui, maldiciendo su suerte, que tan contraria le era en todo lo que pretendía y ponía a la mano, estuvo algunos días allí, hasta que los pacamoros, no contentos con lo pasado, se atrevieron a salir de sus tierras y venir en busca de la gente del Ynga que estaba en Cusi Pampa alojada, y una noche dieron en el Real de Huanca Auqui y le mataron alguna gente al principio. El Real se puso en arma y usando Huanca Auqui de prudencia y presteza ordenó su ejército y revolvió sobre los pacamoros y los hizo retirar y salió en su seguimiento por tomar venganza de su atrevimiento, y fue tras ellos y se dio tan buena maña que los mató casi a todos que muy pocos se escaparon de sus manos. Enojado Huanca Auqui del daño que le habían hecho cuando dieron la primera vez sobre él, determinó de entrar a conquistarlos de una vez, con todo el ejército que allí tenía, y concluir aquella jornada.

CAPITULO LI

De la embajada que envió Huascar Inga a Huanca Auqui, y de las batallas que tuvo con la gente de Atao Hualpa, y al fin se retiró

Estando Huanca Auqui con la intención dicha, aparejándose para entrar de propósito a la jornada y conquista de los pacamoros, le llegaron mensajeros de su hermano Huascar Ynga para él, Yahuapanti y Huaca Maita, los cuales trajeron acsos y llicllas para que se vistiesen, menospreciándolos, y también les envió espejos y mantur con que se afeitasen como si fueran mujeres, y a decir que con ellos se había descuidado, encomendándoles aquel negocio, pensando y teniendo dellos concepto que en el caso se gobernarán como hombres de vergüenza, y que lo habían hecho al revés en todo, peor que si fueran mujeres, y que ¿dónde estaban las palabras y blasones que habían dicho y prometido delante del Sol su padre? Que todo había salido al contrario, y que ya no eran dignos ni merecedores de tomar armas, ni ponerse vestiduras ni arreos de soldados valientes, sino

de vestirse acsos y llicllas, como mujeres, pues tan mala cuenta habían dado de sí y de tanto número de gente como habían llevado consigo. Que sin duda se habían aliado y concertado con Atao Hualpa, pues siempre se envidiaban unos a otros mensajeros y presentes, y que luego se viniesen al Cuzco a dar cuenta al Sol de lo que les había sucedido en las batallas y rencuentros y que viniesen con aquellos vestidos de mujer como personas que lo habían hecho peor que mujeres.

Cuando Huanca Auqui oyó esta embajada de Huascar tan vil y afrentosa, que con tantos menosprecios le afrentaba y ultrajaba, juntó a consejo a todos los capitanes, trató con ellos de tornar de nuevo contra los capitanes de Atao Hualpa que estaban en Tomebamba y ver si podía restaurar las quiebras y menoscabos pasados. Todos juntos siendo de acuerdo salió de Cusi Pampa con buen orden e incomparable presteza porque no hubiesen aviso de su venida, y llegado a Tomebamba les embistió y dio batalla y desbarató toda la gente de Atao Hualpa, que sabiendo lo sucedido recibió grandísima pena y en su pecho determinó de seguir la guerra hasta el fin, sin descansar, pues a él le provocaban y dijo: ¿cómo es posible que habiendo yo dejado de destruir a mi hermano Huanca Auqui, y se fuese en paz cuando le vencí en Tomebamba, y habiendo yo puesto mis mojones en Cussi Pampa, con ánimo de vivir quieto y no querer disgustar a mi hermano Huscar Ynga, ni hacerle guerra ni molestia en sus vasallos, me ha querido hacer ahora esta burla? Pero, pues, así es, yo quiero tomar de veras este negocio y darle la guerra como verán, y proseguirla hasta que uno de los dos quede quieto y pacífico en el señorío.

Y luego envió un mensajero a Huanca Auqui que le dijese, avergonzándole, si se había vestido los acsos y llicllas que Huascar Ynga le había enviado, en pago de tantas batallas como había vencido, que si no se las había puesto se las pusiese y volviese al Cuzco con ellas para entrar en triunfo. En enviando el mensajero ordenó de hacer el más poderoso ejército y de más número de cuantos hasta allí había hecho. Nombró por General dél a Quisquis, el principal capitán suyo, que había servido a su padre Huaina Capac en todas las guerras y conquistas, y a Chalco-Chima por su teniente, o por maese de campo como ahora se usa, porque era indio ingenioso y de grandes ardidés de guerra, cruel y astuto, y por capitanes nombró a Yura Hualpa, natural chirque, a Rumiñauí, natural quiles cache, que es sujeto a Corca tres leguas del Cuzco, y a Tumairima y Ucumari y otros muchos. Y habiendo hecho reseña general de todo el ejército, que era de todas las naciones de cerca de Quito y de los soldados viejos que allí había puesto su padre Huaina Capac, los despachó, mandando al general que siguiese a Huanca Auqui hasta Caxa Marca, y llegando allá pusiese sus mojones en el río Tanamayo. Quisquis, con todo el ejército, se vino por sus jornadas hasta llegar a Cusi Pampa, a do alló a Huanca Auqui, el cual le salió al encuentro con mucha determinación y ánimo. Y tuvieron una tan reñida batalla que de ambas partes murió infinita gente, y como fuese la pujanza del ejército de Atao Hualpa tanta, que sin duda era mayor que el de Huanca Auqui, le desbarataron e hicieron retirar a Cusi Pampa, a los fuertes que tenía allí aderezados.

Visto por Huanca Auqui lo mal que le había ido y el mucho número de gente que había perdido en la batalla, y el enemigo victorioso y soberbio, y el poco socorro que de ninguna parte podía esperar tan presto, acordó aquella noche hacer un Parlamento a los cañares y tomebambas que allí estaban por mitimas puestos por su padre Huaina Capac, y

a sus capitanes, diciéndoles que ya veían por sus ojos el poco remedio que tenían de escapar de las manos de sus enemigos, que tan pujantes estaban, y que a él le parecía, con su acuerdo y voluntad, aquella noche se huyesen hacia Caja Marca con todas las riquezas y huacas que de Tomebamba habían traído, hasta que hallasen ventura, o gente de socorro que les pudiese favorecer, y se amparasen en algún lugar fuerte, hasta que Huascar le mandase lo que había de hacer, pues no retirándose tenían vendidas las vidas, y era imposible no perderlas, y todas las riquezas que allí tenían vendrían a manos de los enemigos con que se harían más poderosas y soberbios. Oído lo que Huanca Auqui propuso, todos convinieron en ello, que era grande el miedo que habían concebido, y con los malos sucesos todos se habían acobardado. Así lo propusieron por obra, y con todo el silencio del mundo aquella misma noche, trayéndose las huacas y riquezas dichas, se empezaron a retirar, no dando muestras que huían, y en las provincias por donde pasaban se iban rehaciendo de gente dellas, por fuerza o por grado. Y así, poco a poco, sustentándose como mejor podían, se iban retirando hacia el Cuzco, y Quisquis con su ejército siempre sobre ellos, no perdiendo ocasión ninguna en que les pudiese hacer daño y matarle de la gente desmandada que no gozase della.

Desta manera llegaron a Caja Marca, a donde Huanca Auqui halló un buen socorro de diez mil indios chachapoyas que Huascar Ynga, sabiendo los ruines sucesos de su ejército, había mandado saliesen de ayuda, para que le reforzasen. Con este aliento se holgó en gran manera Huanca Auqui y se animó algo, y mandóles que se fuesen a encontrar con Quisquis, que venía cerca, y llevasen consigo la gente que él tenía de cañares y tomebambas y otras naciones, y le diesen batalla en algún lugar fuerte donde le tuviesen ventaja. Él no quiso ir con ellos pareciéndole que en su desdicha iba el perder siempre las batallas, y así se quedó en Caja Marca cansado, por aliviarse algo de los trabajos pasados.

CAPITULO LII

De cómo Quisquis venció a los chachapoyas, y a Huanca Auqui, en otras dos batallas

Juntos los chachapoyas recién venidos con el restante del ejército de Huanca Auqui, salieron de Caja Marca a gran prisa y se fueron a encontrar con Quisquis al camino, y se vieron en Concha Huaila, que es entre Huanca Pampa y Caja Marca, y otro día por la mañana, con buen orden, le presentaron la batalla, aunque iban los unos y los otros cansados del camino. Pero como Quisquis y sus soldados venían victoriosos, no tardaron de romper y desbaratar a los chachapoyas y demás que con ellos se habían juntado, y fue tanta la mortandad que en ellos hizo Quisquis que de diez mil que eran los chachapoyas no se escaparon más de tres mil apenas, los cuales heridos, y los que pudieron retraer de las demás naciones, se vinieron huyendo adonde estaba Huanca Auqui en Caja Marca, salvo algunos de los chachapoyas, que teniéndose por venturosos, y no queriendo volver a ponerse en nuevo riesgo, pareciéndoles que las cosas de Huanca Auqui iban muy de caída, secretamente se fueron a sus tierras.

Vistos tantos desmanes y adversidades por Huanca Auqui, y que Quisquis cada día iba

aumentando su ejército de gente y con las victorias haciéndose más temido, no le pareció aguardarle en Caja Marca, pues no tenía socorro ni remedio alguno para resistirle, y así se salió de Caja Marca con lo poco que le había quedado de su ejército. A grandes jornadas se retiró hacia el Cuzco, dejando aquellas provincias desamparadas y sujetas al furor del enemigo, que le venía siguiendo a gran prisa. Llegado Huanca Auqui a Bombón halló un grandísimo ejército que Huascar Ynga le enviaba de todas las provincias del Collao y otras vecinas, y contento con tan buena ayuda reparó allí y descansó él, y los que con él venían, y se rehízo de todo lo necesario de armas y vestidos, de lo que había en los depósitos, porque su gente con tantas pérdidas venía destrozada y desnuda y aun ambrienta, y así aguardó a sus enemigos, deseoso de restaurar los daños pasados. Sabido que llegaban cerca de Bombón les salió fuera con buen orden y ánimo, habiendo esforzado a toda su gente con palabras de gran confianza, y aguardó la batalla en la puente del río llamado Bombón, y allí se embistieron los unos y los otros con brava furia. Fue tan reñida la batalla que duró hasta la noche, sin que se conociese ventaja ninguna de ambas partes. Al otro día por la mañana se tornó a ella con nuevo brío y deseo, que los de Huanca Auqui se habían animado, viendo la resistencia que el día antes habían hecho al enemigo, tan hecho a vencer, y habiendo peleado todo el día los departió la noche sin vencimiento, y con infinitas muertes. Al tercero tornaron a pelear, ya como desesperados los unos y los otros. Como la pujanza de Quisquis fue tan grande que traía doblado ejército del que sacó de Tomebamba, a causa de que en todas las provincias que ganaba se rehacía de gente nueva, y todos se le juntaban de temor de los grandes y crueles castigos que hacía en los que no les salían a dar la obediencia, y en los gobernadores puestos por Huascar Ynga en las provincias, pudo tanto, que al cabo desbarató el ejército del Ynga y lo venció con infinita mortandad dél, y los hizo huir, a los que de la muerte se escaparon, vergonzosamente.

Vista tanta desventura por Huanca Auqui y el desbarate y menoscabo de su ejército, y que les era forzoso huir y retirarse con los demás, lo hubo de hacer con harto dolor de su ánimo, y se retrajo hasta jauja, donde le llegó otro socorro no pequeño de soras, chancas, rucanas, aymaraes y quíchuas, y de huancas y yauyos, y viendo esto, acordó de juntar éstos ejércitos y ponerlos en orden para salir a probar de nuevo ventura contra Quisquis, que ya venía sobre él a gran furia. Y, puesto todo a punto, salió dos leguas de jauja hacia Huánuco, a un valle llamado Yanamarca, a do se encontró con sus enemigos, y les presentó la batalla, mostrando que los desastres y vencimientos pasados no le habían acortado el ánimo, y se empezó a pelear de ambas partes con gran determinación y braveza, cayendo infinitos muertos y sustentando el tesón de la batalla casi todo el día. Como ya Huanca Auqui tuviese la fortuna por opuesta y los enemigos favorable, al fin, fue vencido por Quisquis y Chalco Chima, con tan lamentable destrucción de los suyos que no se puede contar, y fue de tal manera la matanza que hasta hoy está todo aquel valle lleno de huesos de los que allí murieron. Huanca Auqui, que como tenía desdicha en ser vencido, tenía ventura en escaparse de las manos de sus enemigos, se retiró desbaratado con algún poco número de gente hasta Paucaray. Allí descansó algunos días, que los contrarios no le siguieron porque estaban muy cansados y tuvieron necesidad de curar los heridos y repararse de gente, porque perdieron mucho número della en la batalla.

Estando Huanca Auqui en Paucaray no sabiendo qué consejo tomar en tanta desdicha, le llegó una capitania de orejones con un capitán llamado Maita Yupanqui, que dijo a Huanca Auqui de parte de su hermano Huascar Ynga, que qué cosas eran aquéllas, que cómo se había dado tan mala maña en la guerra y en perder tantas batallas y tanto número de gente, y venirse retirando dejando destruidas las provincias, y que no era posible sino que se hubiese hecho de concierto con Atao Hualpa, su hermano, y Quisquis, su general, en su nombre, pues tales cosas habían sucedido entre ellos y tanta suma de gente, de la mejor, había dejado perder en las batallas. A lo cual Huanca Auqui, sentido de que en su fidelidad se pusiese mácula y sospecha, respondió que no era verdad que entre él y Quisquis hubiese algún concierto y alianza contra lo que él era obligado, sino que no había podido más, que siempre había hecho todo su poder, y ordenado las batallas conforme entendió que estaban mejor para vencer a sus enemigos, y que si había sido desbaratado no estaba en su mano, sino en la del Hacedor que lo permitía así.

Entonces dicen que Huanca Auqui, con el enojo y cólera de lo que Huscar le envió a decir, estuvo resuelto y determinado de pasarse a su hermano Atao Hualpa y hacerse a una con él, por vengarse de lo que le imputaban. Pero los capitanes que dese el principio habían venido con él del Cuzco y se habían hallado en todas las batallas, le persuadieron no hiciese tal, que con ello sería confirmar las sospechas en que malsines y chismosos le habían puesto con Huascar y sería causa de la destrucción de sus hijos y parientes y amigos que hasta allí le habían seguido y los que en el Cuzco estaban, que los mandaría Huascar matar luego que supiese que se había pasado al campo de Quisquis. Así lo dejó de hacer, que sin dudar estuviera mejor haberlo hecho, pues después murió por orden de Atao Hualpa, con Huascar, cuando los llevaban presos, como veremos.

Entonces Huanca Auqui dijo a Maita Yupanqui, capitán de los orejones, que fuese a encontrarse con Quisquis, para que viese la fuerza y valor y el número de su ejército. Los orejones, como valerosos, pasaron adelante a toparse con Quisquis en la puente de Ancoyaco, y allí tuvieron con él un rencuentro sangriento, e hicieron detener el ejército sin poder pasar el río, que es caudaloso, más de un mes, estando el ejército de Atao Hualpa de la una parte y los orejones de la otra. Estando de esta suerte, como no les fuese socorro ninguno enviado por Huascar, ni otro de sus capitanes, al fin, Quisquis los cargó un día con tanto denuedo que los desbarató y auyentó, pasando el río. Ellos siguieron a Huanca Auqui, que se iba retirando hacia Vilcas, a esperar nueva orden de Huascar Ynga.

CAPITULO LIII

De cómo Huascar Ynga, habiendo hecho grandes sacrificios, salió en persona a la defensa de sus estados y venció a Quisquis en una batalla

Las nuevas de tantos tristes y desastrados sucesos llegaron al Cuzco, donde al presente estaba Huascar Ynga, y decía lo que sintió con ellos y su pena no se puede significar por palabras, y considerando que en todo le había ido mal y que sus consejos y trazas en todo le habían salido al contrario de su pensamiento, acordó de acudir a sus huacas y hacerles

innumerables sacrificios y ofrendas con ayunos. Habiendo consultado sobre ello a los sacerdotes, quiso él mismo hacer el ayuno, y para este efecto salió del Cuzco y se fue a Huana Cauri a ello, y allí estuvo algunos días, entendiendo con sus privados y queridos en aplacar al hacedor, sacrificando mil géneros y diferencias de animales, según sus ritos y ceremonias, a las huacas del Cuzco. Visto que en todas hallaba mala respuesta, dada por los demonios que en ellas hablaban, y que no eran conforme a su intento y propósito, no sabiendo qué hacerse acordó de nuevo hacer Junta General de hechiceros, y envió de nuevo a consultar las demás huacas que hablaban, y a preguntar qué haría en tanta adversidad y miseria como le cercaba, y en ninguna halló remedio ni respuesta que les satisficiese a su deseo.

Preguntando a los adivinos y hechiceros para por ellos saber lo que haría en la guerra, ellos, por contentarle y evadir el peligro que de no decirle cosa conforme a su gusto esperaban, le respondieron que le iría bien en la guerra y que todo le sucedería conforme su deseo y que vencería a sus enemigos con grandes muertes y triunfaría dellos. Y todo lo permitía por Dios, que ya era tiempo que su santísimo evangelio se promulgase en estas apartadas regiones, y el triunfo y monarquía de Lucifer cesase en estos reinos, que tan sujetos y aprisionados debajo de su mano tenía.

Con este acuerdo y respuesta de los hechiceros satisfecho en alguna manera, Huascar Ynga salió del Cuzco, acompañado de muchos hermanos, parientes y allegados suyos, y se fue a Sacsa-Huana, donde haciendo junta General del más poderoso ejército, que pudo de todas las naciones desde Chile, que con graves penas movidas vinieron, hizo reseña de todas ellas y las proveyó de armas y vestidos a los que estaban faltos de lo necesario, y los animó alabando su esfuerzo y valentía, diciéndoles que en ellos tenía puesta su esperanza para vencer de una vez todos sus enemigos, que tan contra justicia y razón se le habían rebelado y negado la obediencia debida como a su señor natural, y que hiciesen como buenos soldados, que a todos ofrecía y prometía, según su valor y cómo peleasen, honrarlos y premiarlos. Concluido con lo tocante a esto, salió por el camino de Cotabamba a encontrarse con Quisquis y Chalco Chima. Y para hacerlo con mejor acuerdo ordenó que la gente de Colla Suyo y Conti Suyo, Chuischarcas y Chile fuesen repartidos por encima de Cotabamba, hacia los Omasuyos, y que procurasen por todas las vías posibles hechar los enemigos hacia el río de Cotabamba. Y por la parte de abajo, que es hacia la puente de Apurina, fuesen juntos Huanca Auqui y Huapanti y Pacamayta con la gente que traían, de los que habían escapado de las batallas pasadas, a embestir a los enemigos por otro lado, de suerte que procurase subir al cerro de Cotabamba a darle la batalla, y cogiéndolos en medio los destruyesen más fácilmente.

Los Chumpibilcas, Chuis, y Charcas, y Chile y demás naciones que habían salido en la orden dicha a echar los enemigos hacia el río de Cotabamba, por donde había de ir Huanca Auqui, se encontraron, muy sin pensarlo, en Tauaray con un ejército grande, que por mandato de Quisquis y Chalcochima venían a entrar por los Chumpibilcas al Cuzco. Y el capitán de la gente de Huascar Ynga, que se llamaba Rampa Yupanqui, como los vio, muy alegre, animó su gente, diciéndoles que peleasen como buenos soldados, que vencidos aquéllos los demás serían fácil de vencer y sujetar, y en el dicho Tauaray, que es a las espaldas de los Omasuyos, se dieron la batalla, que fue muy cruel y sangrienta, y

Rampa Yupanqui venció al ejército de Atao Hualpa, con muerte de más de diez mil indios dellos, y allí murió Tumayrima, su capitán, y de la gente de Huascar murió muy poca. Y Rampa Yupanqui, muy gozoso por la victoria, mandó luego cortar las cabezas de los capitanes de Atao Hualpa que fueron presos y de otros muchos, haciendo en los prisioneros grandes castigos.

Luego despachó Rampa Yupanqui mensajeros con la nueva del suceso tan venturoso a Huascar Ynga, con la cual recibió grandísima alegría y contento, olvidando todas las pérdidas y desdichas pasadas. Y, riéndose con rostro placentero y risueño, dijo a sus hermanos y capitanes que estaban presentes, que pues los Collas, Chuis y Charcas y demás gente habían habido aquella victoria tan insigne, y desbaratado los enemigos con tantas muertes suyas y de sus capitanes, con cuánta más razón nosotros, hermanos míos, siendo quien somos, tenemos obligación y más precisa de aventajarnos en los que restan como lo hicieron nuestros antepasados, así que con gran ánimo y brío salgamos a Quisquis y Chalco Chima que se nos van acercando, y demos batalla, de suerte que entiendan que no están del todo acabadas las fuerzas de los Yngas, y que ha querido el Hacedor desde Quito donde salieron y han vencido tantas batallas y muerto tantos capitanes y hecho tantas y tan innumerables crueldades que lleguen aquí al pagadero de sus maldades en lo último, cuando esperaban gozar de nuestras mujeres e hijas y robar nuestras haciendas, y que todo esto sea por mi mano para mayor gloria y honra mía.. Habiendo con estas razones, y otras que les dijo, movido a sus capitanes a nuevos deseos de pelear con más valentía y demostrarse merecedores de los premios que él les había ofrecido, luego Tito Atauchi y Topa Atao, sus hermanos, y Mano Yuro Huaranca, parientes suyos, que con él estaban, y otros capitanes, empezaron a ordenar la gente del ejército por sus naciones dividiéndolos según su modo y traza de pelear, para que no se embarazasen, puestos los escuadrones en el campo, ya que se acercaban Quisquis y Chalco Chima y Ucumari con su gente, aunque tristes del desbarate que en Tauaray había sucedido, salió Huascar Ynga en sus andas a ver sus soldados y escuadrones y la orden que tenían, y viéndole, tocaron luego infinidad de instrumentos militares, que en las batallas suelen usar, de bocinas, flautas, caracoles y huesos, con que él se regocijó, y todos se animaron, preparándose para la batalla, porque ya venían Quisquis y Chaco China a ella, extendiendo sus escuadrones.

Allí arremetieron unos contra otros con ánimo y denuedo nunca visto, y con una confusa bocería se empezó la batalla, cayendo a montones de ambas partes, y con un tesón maravilloso duró la contienda, sin mostrarse vencimiento, hasta la tarde, que entonces quiso la fortuna por un día sólo mostrarse favorablemente a Huascar Ynga, que rompió los enemigos y los desbarató, con singular alegría suya, donde murió infinito número de gente de unos y otros, aunque más de los de Atao Hualpa. Estos, como se iban desbaratando, se retiraron muchos dellos a una ladera y cerro, donde había un pajonal grandísimo junto con un montecillo. Visto esto por Huascar Ynga, mandó luego poner fuego al pajonal y monte, y hecho, se quemó mucha cantidad de indios, y los que del fuego escapaban huyendo, iban a dar a manos de la gente de Huascar, que a todos los mataban, sin género de piedad ninguna, y allí murió la mayor parte del ejército de Atao Hualpa, y Quisquis y Chalco Chima. Vista su pérdida y desbarate, recogiendo el restante

del ejército se retiraron poco a poco, mostrando rostro a los enemigos, hacia la otra parte del río de Cotamba.

CAPITULO LIV

Cómo otro día pelearon Quisquis y Chalco Chima con Huascar Ynga y le vencieron y prendieron

Cuando el famoso y celebrado cartaginés Aníbal, que fue espanto y terror de la monarquía romana, venció la última batalla de las que más daño hicieron a los romanos con tan lamentable y nunca vista destrucción, le dijo un capitán suyo: sigue Aníbal la victoria, que al quinto día serás vencedor, y él, ciego con la buena fortuna sucedida, y también la buena fortuna de los romanos no quería su total miseria y acabamiento, le respondió: déjalos que lleven las nuevas de la victoria a Roma; a lo cual replicó el capitán: Ah cómo los dioses no pusieron todas las gracias en uno, que ha sabido vencer pero no gozar el fruto de la victoria. Esto mismo se puede decir ahora por Huascar Ynga, que aunque supo vencer con infinita mortandad del ejército de Atao Hualpa, su hermano, no supo seguir la victoria y dejó la buena ocasión que asida tenía por los cabellos, que fue la causa principal de la pérdida de su libertad y reinos y señoríos, de su muerte, de la de sus mujeres, hijos y hermanos y parientes y de todos los que bien le querían, que todos pasaron por el rigor del cuchillo del vencedor, y, finalmente, dijo bien el que dijo que las faltas y descuidos que en la guerra se cometían no llevaban enmienda, como por vista de ojos se ve hoy.

Huascar, pues, alcanzada tan señalada victoria, muy ufano y contento que le sucedió tan a medida de su deseo, viendo que los enemigos se retiraban de la otra parte del río de Cotabamba, y su gente con el tesón de la pelea, que todo el día había durado, cansada, no la quiso fatigar más en seguir al alcance. Así mandó hacer alto a los soldados y para otro día, con nuevo esfuerzo y ánimo, tornar a embestir a los enemigos y acabarlos de destruir. También por su mandado habían ido con Huanca Auqui y los demás capitanes a tomar las espaldas a Quisquis, para embestirle por todas partes, que con esto le pareció a Huascar Ynga que con toda la facilidad del mundo concluiría y asolaría a sus contrarios, y ninguno dellos se le escaparía sin ser muerto o preso, que era lo que más deseaba, para ejecutar su saña y apetito de venganza en ellos.

Quisquis y Chalco Chima, cuando se retiraron de la otra parte del río, quisieron, viendo la destrucción y menoscabo tan grande que había en su ejército, que con mucho número no llegaba al de Huascar, retraerse poco a poco hacia Quito, pues, al fin, tan mal les había sucedido. Pero visto por ellos que Huascar ni su gente no los seguían, alentáronse con ello y cobraron esperanzas de mejorar su partido, y más cuando vieron que la noche los dejaron donde estaban retirados sosegar. Como hombres que en semejantes casos estaban industriados y expertos en la guerra, acordaron que otro día antes que el sol se manifestase, estuviese todo el ejército a pique y diesen sobre todo el ejército de Huascar Ynga, que con el regocijo de la victoria estaría descuidado, y que todos, pues no los iba menos que la vida en ello, peleasen valientemente, porque, sin duda, estos dos capitanes

alcanzaron la verdad de lo que había sucedido, que estarían todos en fiestas y bailes descuidados, no entendiendo que en ellos habría quedado brío para acometerles. Otro día antes que amaneciese, puestos en buena ordenanza y con presteza maravillosa, conociendo que en ella estaba todo el toque de la batalla, bajaron a pasar el río presentando la batalla a los de Huascar, que estaban holgándose muy descuidados de tan repentino acometimiento. Visto todo por Huascar y sus capitanes, a la mayor prisa que pudieron se comenzaron a ordenar, y pasaron el río a toparse con sus enemigos que ya bajaban, y llegaron a una media ladera llamada Chinta Capa, y allí se juntaron los escuadrones y empezaron con gran denuedo su batalla. Y Huascar Ynga iba armado ricamente de sus armas de oro y plata, que resplandecían bizarramente, y le llevaban en sus andas, que iba animando a sus soldados. Fue la batalla muy reñida y porfiada, y murieron tantos de la una parte y otra, que había montones infinitos en el lugar de la batalla, y a la hora de vísperas, como la fortuna, que hasta allí había favorecido a Huascar, le quisieron mostrar su poca firmeza y estabilidad, y los ardides de Chalco Chima eran tantos en la guerra, dióse tan gentil maña, que desbarató el ejército de Huascar, aunque era doblado que ellos, prendiendo a Huascar Ynga, que había peleado valerosamente y hecho oficio de valiente capitán, y con él fue preso su hermano Tito Atauchi y Topa Atao, y otros muchos parientes y capitanes suyos.

Esta prisión de Huascar Ynga la refieren algunos indios antiguos desta manera: dicen que habiendo peleado con gran valor todo el día él y sus soldados, que a la hora de vísperas, llevando lo mejor de la batalla, para animar mejor a su gente se puso en la delantera en sus andas, y como Chalco Chima le viese y conociese que su gente declinaba a vencimiento, pareciéndole que el toque de repararse era prender o matar a Huascar, juntó muchos soldados valientes y con ellos aremetió adonde estaba Huascar en sus andas. Y con unos instrumentos con que enlazan los venados, que tienen unas pelotas de plomo, tiraron a gran prisa a los que llevaban las andas, y arremetiendo entonces Chalco Chima con otros indios, le prendió.

Visto por los orejones y demás gente el desbarate y prisión de Huascar Ynga, su señor, desbaratáronse por diversas partes y pusieron el remedio en la huida, y así, vencidos, huyendo llegaron al Cuzo, donde dieron las tristes nuevas a Rahua Ocllo, Madre de Huascar, y a su mujer, Chuauí Huipa, y a la estatua del Sol, las cuales oídas en el Cuzco todo fue confusión y alboroto, y se empezó el más lastimoso y terrible llanto que hasta allí se hubiese hecho en muerte de ningún inga, cuyos alaridos y voces penetraban los cielos.

Preso Huascar Ynga, llegó a noticia de los ejércitos que habían ido a tomar las espaldas a sus enemigos. Sabido esto, como gente sin consejo, en lugar de rehacerse y con presteza ir sobre Quisquis y Chalco Chima, que según la gente habían perdido en las batallas pasadas y en la última, estaban faltísimos della, a los cuales pudieran fácilmente vencer, en especial estando ocupados con el regocijo y descuido de la victoria, todos se desbarataron, y cada nación de por sí dividida se encaminó hacia su tierra, pareciéndoles que ya no había que esperar en la fortuna de Huascar Ynga, pues tan al descubierto se mostraba en favor de Atao Hualpa y sus capitanes.

Quisquis y Chalco Chima, alegres, con la nunca pensada victoria, recogieron con sus soldados los despojos de los vencidos, que fueron riquísimos, y poniendo a buen recaudo a Huascar y sus hermanos y los demás presos, partieron con todo el ejército al Cuzco, haciendo en el camino innumerables crueldades en los vencidos. Llegados a Quiuipay, que es media legua del Cuzco, asentaron su real, y algunos soldados de Quisquis se adelantaron, hasta llegar a dar una vista al Cuzco en lo alto de Yauira, y allí oyeron el llanto y gritos que en el Cuzco había entre las mujeres de Huascar y demás prisioneros, y todo el común pensando ser muerto Huascar y sus hermanos.

Oído esto por Chalco Chima, envió un mensajero a Rahua Ocllo, madre de Huascar, y a su mujer y a los demás principales, diciendo que se juntasen todos y que no tuviesen miedo, pues ellos no tenían culpa de aquellas guerras que habían sido causadas por disensiones de los dos hermanos, y que no merecían ninguna pena ni daño, y que así se sosegasen y cesase el llanto, porque Huascar Inga, su señor, estaba bueno y sano y los demás presos.

Desde que los tuvo algo quietos, envió otro mensajero para sólo los orejones, diciéndoles que todos, sin faltar ninguno, saliesen del Cuzco y viniesen luego a dar la obediencia a la figura de Atao Hualpa Ynga, su señor, que consigo traía y le reconociesen por Ynga y rey, adorando su figura, a la cual llamaban Ticci Capac, que quiere decir señor de los fines del universo, y que con esto escusarían los daños y destrucción que sobre ellos y la ciudad podría venir, siendo rebeldes a lo que se les mandaba, pues no tenían defensa ni serían bastantes a defenderse.

CAPITULO LV

Cómo Huanca Auqui y los demás orejones dieron la obediencia a la figura de Atao Hualpa

Oída tan soberbia embajada por Huanca Auqui, que estaba en el Cuzco, y los demás orejones y capitanes que se habían escapado de las manos de los enemigos, entraron en Cabildo juntándose todos a tratar lo que les convenía sobre ello, y consultándolo y confiriéndolo duró tres días en confusión, si sería bueno obedecer el mandato de Chalco Chilma y salir a la obediencia de la figura de Atao Hualpa como se les decía, o salir juntos y dar batalla a los enemigos y morir y vencer. Al cabo, como se vieron tan pocos, y éstos tristes y quebrantados de tantas desdichas y vencimientos, acordaron de obedecer lo que se les mandaba y seguir su triste suerte, dando la obediencia a la figura de Atao Hualpa y a sus capitanes, que estaban esperando su última resolución. Así acordado, haciendo el semblante en la demostración más alegre que tenían el ánimo, con corazón afligido y triste, salieron por su orden, distinguiéndose en Ayllos. Todos los que se habían hallado en la batalla donde fue preso Huascar Ynga llevaban una borla, en señal de que habían sido perdonados por los capitanes de Atao Hualpa del delito de haber peleado contra él. Llegados al llano de Quiuipay se fueron sentando por su orden en el suelo, haciendo reverencia o la mocha, como ellos dicen, en señal de obediencia a la

figura de Atao Hualpa, que allí estaba. Acabada esta ceremonia y asentados todos, la gente de Atao Hualpa, que a punto de guerra se había ordenado y puesto, por mandato de Quisquis y Chalco Chima, para lo que tenían intención de hacer, los rodearon a todos, porque ninguno hubiese que se pudiese escapar ni huir, viendo lo que hacían. Desde los tuvieron cerrados prendieron a Huanca Auqui, que estaba, como el más principal, en medio de los orejones, y a Huapanti y a Paucar Usno, porque a estos tres traían sobre ojo con más cuidado, por las batallas que desde Tomebamba les habían dado. Por cumplir el mandato de Atao Hualpa, que, como dijimos, les había mandado en todo caso prender, y con éstos juntamente echaron mano de Apochalco, Yupanqui, Yarupac, sacerdotes del Sol, que eran deste ministerio los más principales y respetados, diciendo que porque habían dado la corona de Señor e Ynga a Huascar, poniéndole ellos la borla de su autoridad.

Acabadas estas prisiones, se levantó Quisquis de donde estaba sentado, y vuelto a la gente del Cuzco que había salido a dar la obediencia, y hablando con Huanca Auqui, y los que con él habían sido presos, les dijo estas razones: ya sabéis cómo vosotros me habéis dado tantas batallas en Tomebamba y otras partes y me habéis hecho detener en el camino con tanto trabajo como he venido, y también sabéis cómo Huascar Ynga no fue heredero legítimo de Huaina Capac, Nuestro Señor, porque cuando murió en Quito dejó por su sucesora Ninan Cuyuchi, el cual murió, y aunque esto no hubiera sido así, bien notorio es a todos que había otros hijos de Huaina Capac mejores que Huascar Ynga a quien más derechamente venía el señorío y reino, como era Tilca Yupanqui y otros y, sin mirar esto, alzastes por Señor y coronastes, poniéndole la borla en la cabeza, a Huascar Ynga, y mofastes y tuvistes en poco haciendo burla y escarnio de Atao Hualpa, mi Señor, que ahora os ha vencido y os tiene debajo de su mano y poder, al cual el Sol, su padre, le tenga de su mano y la tierra le sustente y ampare. Y echándole otros mil géneros de bendiciones, prosiguió diciendo: y, asimismo, sabéis que por estas cosas que tengo referidas érades dignos y merecíades un castigo nunca oído y crueles muertes, para que a otros fuesen escarmiento en lo de adelante, pero usando de piedad y misericordia, porque no os quejéis ni me tangáis por hombre inhumano y enemigo vuestro, en nombre de Atao Hualpa, mi Señor, os he perdonado con tal que siempre le seáis muy obedientes y fieles vasallos, reconociéndole por Señor e Ynga. Y porque en alguna manera no os quedéis sin castigo y pena de lo mucho que merecistes os acordéis siempre, es justo que a todos se os dé algún castigo; y vuelto a su gente les mandó que les diesen golpes en las espaldas con las porras y champis, a cada uno diez golpes, ya menos ya más, conforme era su castigo. Luego mandó que sin remedio matasen de los más culpados a muchos, con lo cual puso en los demás que quedaron vivos un miedo y temor notable, pensando todos ir por aquel camino.

Acabado lo susodicho mandó Quisquis a todos los orejones que allí estaban sentados, y a los demás de las otras naciones vencidas, que se hincasen de rodillas con mucha humildad y vueltos los rostros hacia Quito, en señal de sujeción hiciesen reverencia a Atao Hualpa, su Señor, pelándose las cejas y las pestañas y las ofreciesen por modo de don y ofrenda, y oído esto por los desdichados orejones, viendo no ser posible menos o haber de pasar por el rigor de la muerte, postrados en el suelo con profunda humildad cumplieron lo que se les mandó, y de miedo dijeron a voces: ¡Viva muchos años Atao

Hualpa, Nuestro Señor e Ynga, el Sol, su padre, le acreciente la vida y le prospere y sujete a su mano sus enemigos y triunfe dellos y le haga Señor de todos los fines del mundo!

En esta sazón estaba Rahua Ocllo, madre de Huascar Ynga y mujer que fue de Huaina Capac, entre los vencidos y con ella Chuqui Huipa, su mujer de Huascar, con la tristeza y dolor que cada uno podrá imaginar, viendo tan lamentable espectáculo de muertos allí delante de sus ojos, y oyendo aquellas voces acompañadas de tales ceremonias. Consideraban su suerte amarga y su fortuna miserable, que de tan alto estado les había bajado a tan humilde y desdichado trance. Y como las vido Quisquis y Chalco Chima, no contentos con los pesares que les habían dado y palabras que de Huascar habían dicho en su presencia dellas, con palabras sucias y desvergonzadas las afrentó Quisquis, diciendo de Rahua Ocllo, que siendo ella manceba de Huaina Capac había parido a Huascar, y que de dónde había sido su legítima mujer ni principal entre sus mujeres, para que fuese Coya y reina, y su hijo Huascar viniese a ser Ynga y Señor. Tras éstas fue añadiendo otras razones de escarnio y afrenta contra ella y contra Chuqui Huipa, que todo fue añadir más dolor y consumirles los corazones, afligidos de las desdichas, que ni podían ni sabían qué responder a tantas sinrazones como les decían.

CAPITULO LVI

Cómo Quisquis mandó sacar a Huascar Ynga en público y de lo que con él pasó y las crueldades que empezó a hacer

No faltaba, para acabar de consumir los corazones de Rahua Ocllo y Chuqui Huipa y de los demás orejones que presos estaban, sino hacer lo que en aquel instante mandó Quisquis se hiciese para más afrenta y dolor y menosprecio dellos. Y fue a los que tenían a cargo a Huascar Ynga y los demás prisioneros, ordenó los sacasen en público con las prisiones, de la manera que estaban, y así los sacaron. Salió Huascar Ynga en un lecho de sogas y de Icha, atado fuertemente, y con él salieron Tito Atauchi y Topa Atao, sus hermanos, e Ynga Roca, su consejero mayor. Y, en saliendo de la casa donde estaban presos, toda la multitud del ejército de Quisquis alzó una confusa vocería por modo de burla y menosprecio, mofando dellos, y así fueron por medio de todos los orejones que sentados estaban y rodeados del ejército, diciendo: veis aquí a vuestro Señor, el que dijo que se había de convertir en fuego y agua en la batalla para destruir y acabara sus enemigos y había de hacer en ellos castigos nunca vistos. Visto y oído esto por los orejones, bajaron las cabezas con tanta pena y sentimiento de sus corazones cuanto no se podrá explicar, y con un llanto interior del alma pasaron su afrenta y trabajo. Entonces Quisquis, sentado, mandó llegar junto a sí a Tito Atauchi y Topa Atao, hermanos de Huascar, e Ynga Roca, su consejero, y otros presos de los más principales, y a Huascar Ynga mandó le bajasen del lecho de sogas donde estaba atado, y luego llamó a Rahua Ocllo, madre del dicho Huascar, y a su mujer Chuqui Huipa, y a Huanca Auqui y otros capitanes, y los sacerdotes que habían dado la borlas a Huascar Ynga, para que en presencia de todos se desdijese, y preguntó Quisquis a Huascar Ynga, con unas palabras soberbias y de menosprecio: Quién destos os hizo a vos Señor e Ynga habiendo otros

hijos de Huaina Capac mucho mejores que vos, que lo fuesen y lo merecían más. Oyendo esta pregunta Rahua Ocllo, antes que su hijo respondiese palabra, vuelta a él le dijo: esto merecís, hijo, que se os diga y, en fin, todo este trabajo viene enviado de la mano del hacedor por las crueldades que habéis hecho con vuestros vasallos y las muertes que distes a vuestros hermanos y parientes tan sin razón, no habiéndose en nada ofendido. A estas palabras respondió Huascar Ynga a su madre, diciéndole: madre, déjanos a nosotros que somos hombres que eso que decís ya está hecho y no tiene ahora ningún remedio; y volviendo el rostro a Chalco Yupanqui, que era el sacerdote mayor de Sol, enderezó a él sus razones, diciendo: habla vos y responde a lo que me ha preguntado Quisquis, pues lo sabéis y lo visteis; y Chalco Yupanqui dijo a Quisquis: es verdad lo que me preguntas, que yo lo alcé a Huascar Ynga delante del Sol por Señor por mandado de su padre, Huaina Capac, que así lo dejó ordenado en su testamento y porque le venía de derecho ser Ynga, por ser hijo de Coya y haber sido su madre Rahua Ocllo, mujer legítima de Huaina Capac. Oyendo estas palabras Chalco Chima, que estaba presente, con grande ira y, enojo se levantó y dio una voz diciendo: mentís, que sois engañador, y con razón os tengo yo por tal, que en todo habéis mentido, que no mandó tal Huaina Capac cuando murió; y vuelto a Rahua Ocllo le dijo: si es así verdad, dad, a vuestro hijo, y aporreadle y afrentadle. Las cuales palabras dijo por menosprecio, y oyendo esto Huascar Ynga, llorándole el corazón lágrimas de sangre, dijo en alta voz: Quisquis y Chalco Chima, dejaos desas razones, que no os toca averiguar lo que decís, que vosotros solamente sois mandados de mi hermano Atao Hualpa, y esta cuestión y diferencia no es entre los Anan Cuzcos y Urin Cuzcos, sino entre mí y mi hermano, y ambos somos hijos de Huaina Capac, y yo estoy nombrado por Ynga y Señor legítimamente, por venirme a mí de derecho, como vosotros sabéis muy bien, yo lo hablaré con mi hermano, y ambos nos entenderemos en este caso, y vosotros poca cuenta tenéis que tomar de esto ni de otras cosas. Oyendo esto Quisquis se alteró mucho viendo la libertad con que Huascar Ynga le había hablado, estando en su poder, y casi corrido dello, lo mandó volver a la prisión con los demás prisioneros, y que los guardasen con mucho recaudo no se huyesen, y levantóse en pie, juntamente con Chalco Chima, y dijeron a los orejones: ya vosotros estáis perdonados, idos al Cuzco y envid a decir a todas partes a los que andan huidos al monte y a los que se han escondido, que pierdan el miedo y salgan en público, pues ya todos están perdonados, Las cuales palabras dijeron cautelosamente y con fraude por sosegarlos, y después coger a los que querían y matarlos.

Concluido todo lo dicho por Quisquis y Chalco Chima, los orejones, tristes y afligidos, se volvieron al Cuzco con suma tristeza, diciendo: ¡oh Hacedor! ¿dónde estás tú agora, que diste ser a los Yngas? ¿cómo has permitido que tantos desastres y desventuras hayan pasado y pasen por ellos? ¿porqué para tan poco tiempo los ensalzastes y distes tanto señorío? Y diciendo estas palabras, sacudían las mantas que llevaban puestas hacia do estaba el ejército contrario, en señal de maldición y desdicha que sobre los causadores de aquello viniese. Y ansí llegaron al Cuzco, juntamente con Rahua Ocllo, madre de Huascar, y su mujer, Chuqui Huipa, adonde cada uno se fue a su casa, y allí de nuevo se comenzaron los llantos y gritos, visto cual quedaba el triste de Huascar Ynga en su prisión, temiendo que lo habían de matar como a los demás que aquel día habían muerto. Otro día por la mañana, Quisquis y Chalco Chima, queriendo hacerse tener más y que su nombre sonase en todas las provincias del reino, mediante los castigos que hiciesen,

mandaron matar a todos los indios chachapoyas y cañares, que habían sido en las batallas presos, y con ellos a todos los caciques y capitanes y principales que estaban detenidos en prisión, lo cual se ejecutó luego con una crueldad nunca vista, y se vio un espectáculo temeroso y horrendo, porque unos fueron asaltados con tiraderas y varas tostadas; otros, muertos a macanazos; otros, abiertos por medio; otros, empalados con éstos, y otros mil géneros de muertes desesperadas. Todo esto mandaron hacer en esta nación porque el Cacique de los cañares, llamado Uelco Colla, había revuelto a los dos hermanos, Atao Hualpa y Huascar Ynga, metiendo entre ellos cizaña, quizás para destruirlos a entrambos en guerras que entre sí se hiciesen, como ya dijimos, pero bien lo pagó.

CAPITULO LVII

Cómo Quisquis mandó matar en presencia de Huascar Ynga gran número de sus mujeres y quemar el cuerpo de Tupa Ynga Yupanqui

No contento Quisquis con haber mandado hacer las crueldades dichas y haber muerto tanto número de gente como hemos visto, y con tan afrentosas palabras haber baldonado al triste de Huascar Ynga, mando otro día con Chalco Chima que todas las mujeres de Huascar, así preñadas como paridas, y las demás criadas y queridas suyas, con sus hijos y todos los criados dél y dellas, sin faltar ninguno, viniesen a la Pampa de Quiuipay. Y las desdichadas, sospechando la desventura y calamidad que se les aparejaba, no pudieron escusar la venida, y así, según les fue ordenado, salieron del Cuzco retumbando con clamores el cielo, y llegaron a Quiuipay, y entonces las mandaron poner en orden, asentadas.

Luego sacaron a Huascar Ynga en el lecho que ya dijimos, fuertemente amarrado y cercado de los que le guardaban, y teniendo delante, por causarle más pena y dolor, Quisquis y Chalco Chima mandaron que todos los hijos, mujeres criados suyos y dellas, en su presencia los matasen, que fue una fiereza bárbara y horrenda. Y luego los soldados comenzaron la matanza de la manera que si entre las mansas ovejas se empezara hacer carnicería. Allí mataron ochenta y tantos hijos e hijas de Huascar Ynga, cosa que sin lágrimas no se puede referir. Entre ellos, mataron a una hermana y manceba de Huascar, llamada Coya Miro, la cual tenía a un hijo y una hija suya, el uno en los brazos y el otro a cuestas. También murió allí Chimpo Siza, hermana suya. Decir la pena que su atribulado y triste corazón sintió no se puede con palabras referir, ni aun cabe debajo de la imaginación, y con un semblante desesperado se volvió al Hacedor diciendo: Apacha, Achachic Vira Cocha; que quiere decir: ¡Oh! Hacedor, que por tan poco tiempo me diste ser, ten por bien que por quien tantos males me vienen, se vea de la misma suerte que yo, que en su presencia y con sus mismos ojos vea la desventura que yo veo ahora en mis hijos y queridos, para que llegue a sentir en su corazón lo que yo siento. Con esto, con ánimo verdaderamente real, procuró disimular su dolor, volviendo el rostro a otra parte por no verlo.

Escapáronse desta manzana tan cruel y bárbara algunas mancebas de Huascar Ynga, porque no estaban preñadas ni paridas, diciendo Quisquis y Chalco Chima las dejasen

para Atao Hualpa, por ser de buena presencia y hermosas, entre ellas fue doña Elvira Chuna, hija de Canac Capac, y doña Beatriz Carumay Huay, hija del Señor de Chinchay Cocha, y doña Juana Tocto y doña Cathalina Usica, madre de don Carlos Ynga, que tuvieron grandísima ventura, pues vinieron, andando el tiempo, a ser bautizadas y a ponerse en camino de salvar sus almas. A las demás mujeres y mancebas de Huascar Ynga, que eran hijas de pobres, a todas, sin dejar ninguna, las mataron en Chuqui Pampa con exquisitos modos y géneros de muertes, abriéndoles los vientres y pechos, porque no quedase rastro de generación de Huascar que, andando el tiempo, inquietase a Atao Hualpa.

Concluidas estas muertes y no hartos el insaciable apetito de Quisquis y Chalco Chima de sangre humana de aquellos inocentes, que no le habían ofendido, volvió su ánimo y rabia a los muertos de muchos años atrás, porque todos gustasen de su insaciable furor y experimentasen su saña, y así mandó sacar el cuerpo de Tupa Ynga Yupanqui y que lo llevasen arrastrando hasta Rooromoca, que ahora es Chacara del convento de Santo Domingo, y allí mandó lo quemasen. Para hacer esto con más solemnidad y poner más temor y espanto en los orejones y moradores del Cuzco, hizo que se saliese con el cuerpo un grande ejército de todas naciones, y fueron acompañando el cuerpo infinito número de Mamaconas, que eran las que tenían a cargo el servicio del difunto, y muchos criados de Tupa Ynga Yupanqui, y allí los mandó despedazar después que hubieron visto quemar el cuerpo de su Señor. Al otro día, no parando aquí su saña, hizo llamar ante sí a todos los hijos, que algunos eran vivos, y a los nietos y descendientes y criados que le servían y que fuesen a Chuqui Bamba, junto a la fortaleza, diciendo que les querían hablar y dar razón por qué causa había hecho matar a las Mamaconas y quemar el cuerpo de su Señor, Tupa Ynga Yupanqui, y abuelo. Como todos estaban medrosos y atemorizados con tantas muertes y no pudiesen hacer otra cosa, al fin hubieron de ir a su llamado, y desde Quisquis los tuvo allí, mandó que los contasen y halló que eran mil criados y casi mil nietos y bisnietos y descendientes, y entre la matanza se escaparon mucho número de nietos y bisnietos. Y de los que se escaparon, murieron por ser belicosos, en el cerco del Cuzco cuando los españoles estuvieron cercados, y algunos quedaron vivos porque se huyeron y escondieron en los montes y en otros lugares, los cuales gozaron deste modo de la vida.

Fue la causa de mandar Quisquis y Chalco Chima sacar el cuerpo de Tupa Ynga Yupanqui y arrastrarlo afrentosamente y, al fin, matarlo y destruir en cuanto fue en él toda su generación, por ser padre de Rahua Ocllo, madre de Huascar Ynga, y abuelo de Huascar de padre y madre, y parecer que no se quedase cosa de aquel linaje que perteneciese a Huascar Ynga. Esto le movió a hacer en aquella casta las crueldades y muertes ya dichas.

No contento con las cosas que ya he dicho, comenzó de nuevo a examinar los del consejo de Huascar Ynga, y sus más allegados y favorecidos, y los que más se habían mostrado en las ocasiones ser de su parte, y contra Atao Hualpa, y en hallando alguno culpado, luego lo mandaba matar, y a los que negaban algo que se presumía sabían, les daba tormento hasta morir, y así todos aquellos días no se oía en el Cuzco y sus alrededores otra cosa que llantos y sollozos y una confusión terrible, que nadie se aseguraba de otro,

aunque fuese su padre y hermano, y los que vivos restaban, cada hora aguardaban que los habían de llamar a darles la muerte, y ninguno esperaba tener más vida sino hasta que Quisquis y Chalco Chima gustasen, tan encarnizados los veían en muertes y heridas y en destrucción de aquel linaje de Huascar Ynga.

Acabado esto, mandó despachar a todas las provincias de arriba hasta Chile y las de Conti Suyo y Chinchay Suyo, que luego, sin dilación, todos de mancomún fuesen a dar la obediencia y reconocer por Señor e Ynga a Atao Hualpa, para deste modo establecer y mejor fundar su señorío, del cual al principio no hubo quizás tenido pensamiento, pero la fortuna le fue enseñando el camino dello para dar con él después mayor caída, como veremos. Y habiendo enviado estos mensajeros dichos despachó grandísima suma de gente a Atao Hualpa, los cuales le llevaron toda la vajilla que había en el Cuzco y todos los cántaros de oro, ollas, aquellas que son tazas en que los indios beben, y las más ricas piezas que se hallaron de plata y oro, y todo cuanto pudieron haber a las manos de cosas ricas que habían sido de Tupa Ynga Yupanqui y de Huascar Ynga, que fue de grandísima riqueza y valor, la cual se halló después en Caxa Marca, cuando los españoles prendieron a Atao Hualpa, sin la que los señores curacas de las provincias le enviaron presentadas, que también fue de mucha estima y precio.

CAPITULO LVIII

Cómo sabida la victoria por Atao Hualpa se venía al Cuzco, y se topó en Caja Marca con el marqués don Francisco Pizarro

Ya se llegaba el tiempo venturoso y los siglos dichosos en que estas antárticas regiones, que en tan confusa oscuridad de la idolatría estaban sepultadas, habían con la lumbre de la fe sobrenatural y divina de ser alumbradas, y el señorío y dominio que el príncipe de las tinieblas, Lucifer, por tanta infinidad de años en quieta posesión había gozado se había de traspasar en Jesucristo, verbo eterno, hijo del summo Padre, príncipe de luz y heredero de los bienes celestiales, como deuda debida, y por tantos años antes prometida en el salmo segundo, que los gentiles habían de ser heredad suya, y cuando el estandarte de la vivifica cruz había de ser, por medio de los ministros suyos, plantado y derrocado el de Satanás, y tanta multitud de ánimas por medio de la regeneración del bautismo, puerta de los demás sacramentos, habían de ser señaladas para soldados de la milicia cristiana, y sacudir de si y de sus cabezas el duro yugo y servidumbre del Rey de la soberbia, recibiendo y sujetándose al blando y suave del Emperador de la humildad. Y tanto número de almas habían de entrar en los alcázares celestiales de los bienes que mediante la pasión y sangre de Cristo habían de merecer, cuando la divina e incomprensible sabiduría de Dios tenía determinado que se ejecutase, lo que en su eterna idea estaba predeterminado y se oyesen las trompetas de sus sacerdotes en este nuevo mundo, y cayesen los muros de Jericó.

Cuando más contento y soberbio estaba Atao Hualpa con las nuevas que cada día le venían del desbarate de sus enemigos, del vencimiento de los suyos y de las grandes victorias que sus capitanes habían alcanzado de los de su hermano Huascar Ynga, y

últimamente del prendimiento, nunca esperado, suyo, y cómo le tenían aherrojado en prisiones, cuando la fortuna más risueña, más próspera y apacible se le mostraba, habiéndole sucedido todo más que él supo ni imaginó al principio dichosamente, ni pudo desear, viéndose ya Rey y absoluto Señor de los reinos y señoríos de su padre, entonces dio la vuelta su triste fortuna, o, por mejor decir, la orden del summo Dios, para derrocarlo de su altivez y soberbia y que acabase con desdichado fin, como veremos. Hallaron, los que iban a dar la obediencia de todas las provincias de Atao Hualpa en Tomebamba, que como Quisquis y Chalco Chima le habían avisado de los prósperos sucesos suyos en la guerra, estabase holgando y tomando placer en Tomebamba. Lleváronle entonces las andas de oro en que andaban los ingas señores, y recibidas, hizo hacer grandes fiestas y regocijos a todos los que estaban con él y determinó, para cumplimiento de lo que deseaba, venirse al Cuzco a coronar y recibir la borla e insignia de Ynga y Señor, que era sólo lo que le faltaba para el henchimiento de sus deseos. Y estando de partida con un lucido y numeroso ejército de todas las naciones, de junto a Tomebamba y de Quito, para mayor majestad, recibió nuevas de cómo a Puerto Viejo habían llegado ciertas gentes jamás hasta allí vistas, los cuales algunos dellos venían y andaban en unos carneros grandes, que eran los caballos, y que tenían barbas y eran blancos, y decían venían por mensajeros del Papa y del Emperador.

Oídas estas nuevas por Atao Hualpa, con la novedad de cosa nunca vista ni oída hasta allí, juntó a todos los de su consejo para preguntarles de dónde podían venir aquellas gentes, y ellos le respondieron que debían de ser mensajeros enviados por el Viracocha, y de allí les quedó el nombre a los españoles de Viracochas, aunque otros dan la denominación de este nombre de Viracocha por haberlos visto, al principio, salir de los navíos le llamaron espuma o gordura de la mar, que significa el nombre de Viracocha, y como no le secundase la nueva, acordó de hacer su viaje al Cuzco como tenía tratado, y con grande espacio y autoridad se vino, poco a poco, caminando hasta Caja Marca. Del camino despachó mensajeros a Quisquis y Chalco Chima mandando que le enviasen luego a Huascar Ynga, su hermano, y a los demás hermanos que estaban en prisión, a Caja Marca, para que allí quería averiguar con ellos muchas cosas que tenía en su pensamiento.

Oído esto por Quisquis y Chalco Chima, sin detenimiento ninguno hicieron lo que Atao Hualpa les enviaba a mandar, y así, con mucho número de gente, los despachó del Cuzco para que los guardasen con gran cuidado, no se huyesen, y de allí a un mes salió Chalco Chima del Cuzco con una parte del ejército, caminando hacia Caja Marca, donde estaba Atao Hualpa.

Cuando esto sucedió, ya los españoles, trayendo por cabeza al marqués don Francisco Pizarro, habían desembarcado en la costa y se venían la vuelta de Trujillo por los llanos la costa arriba, poco a poco caminando. Y teniendo nuevas como Atao Hualpa, que era el Señor y Rey, estaba en Caja Marca con un poderosísimo ejército, se fueron hacia allá. A la sazón que llegaron, estaba Atao Hualpa en los baños de Cono, y los españoles se aposionaron de los lugares fuertes que había en Caja Marca y no quisieron tomar cosa ninguna de las riquezas de oro y plata que allí había, que era mucha, y gran número de vestidos preciosos que tenía siempre el Ynga en depósito, y sólo tomaron de la comida

que había lo que tuvieron necesidad. Caro Atoneo, señor de Caja Marca, como los vio, admirado de tan extraño talle, y de la diferencia de vestidos y barbas, despachó luego aviso a Atao Hualpa y que decirle que los viracochas eran llegados allí, y que era gente nunca jamás vista y que ponía temor el mirarlos.

Y el marqués don Francisco Pizarro, queriendo granjear la amistad de Atao Hualpa por buenos medios, le envió mensajeros también, que fueron Felipillo y Martín, indios lenguas que traía consigo, y envióle de presente chaquira y otras cosas que entre ellos eran de mucha estima y precio, de las que había traído de España, y a decir que él venía a aquella tierra con sus compañeros por mensajeros del Papa y del Emperador, y a darle a conocer a un Dios solo y Todopoderoso que crió el cielo y tierra y al sol, estrellas y todas las demás cosas visibles, y así, que no rehusase venirse a Caja Marca donde él estaba y lo esperaba, que allí se verían y tratarían despacio lo que enviaba a decir.

CAPITULO LIX

De cómo el marqués don Francisco Pizarro se vio en el campo con Atao Hualpa y lo prendió

Recibió Atao Hualpa los mensajeros del marqués don Francisco Pizarro, que fueron Felipillo y Martín, muy bien y los regaló con mucho amor y humanidad, y como le decían que los españoles eran embajadores del Hacedor, juntó a sus consejeros y les propuso qué debían hacer en ello, y todos le dijeron lo fuese a recibir y a verse con ellos, y con esto acordó de venirse a Caja Marca a ver a los españoles. Y para hacerlo mandó pregonar en todo su ejército que ninguna persona dél llevase consigo armas de ningún género, porque para saber nuevas de tanto contento y recibir los mensajeros del Hacedor no eran necesarias armas, y así hizo con mucha diligencia buscar las chuspas, que son unas taleguillas que traen los indios colgadas debajo del brazo izquierdo, porque acaso no llevasen en ellas piedras ocultas y ofendiesen a los embajadores, ni con otras armas ocultas.

Hecha esta prevención, que tan en daño suyo le salió, puesto en ordenanza todo su ejército, que era grandísimo, partió de los baños dichos con una majestad y ostentación nunca vista. Llevábanle en unas andas, que ya dijimos le habían traído del Cuzco, de finísimo oro, cuyo asiento era un tablón de lo mismo y encima un cojín de lana muy preciada, guarnecido de piedras ricas. En la frente llevaba puesta su borla de lana colorada finísima, que era la insignia real, y rodeado de los más principales capitanes suyos, de los caciques y señores de las provincias que con él venían, algunos a pie y otros en andas dadas por gran favor a los principales, porque entre ellos no hubo caballos hasta allí. Y con mucho espacio vino caminando y llegó a Caja Marca a medio día, donde el marqués don Francisco Pizarro, con la gente que tenía consigo puesta en orden, le estaba aguardando, y ya que llegaba cerca salió a él Fray Vicente de Valverde, religioso de la orden de Santo Domingo, que después fue el primer obispo universal de todo el Perú y lo mataron los indios de la isla de la Puná y se lo comieron. Llevaba este religioso una cruz y misal o breviario, y con él iba Phelipillo, indio lengua del marqués, y otros algunos

soldados. Y allí le trató el Padre F. Vicente el fin e intención de su venida a este reino, y cómo venían de parte del Papa y del Emperador a darle noticia de cosas importantísimas para el bien de su alma y salvación della. Y mezclando con estas razones, otras para la primera visita de un rey, impertinentes y fuera de propósito, pues no luego había de creer lo que se proponía un entendimiento bárbaro e inculto y que nunca había tenido noticia de cosas sobrenaturales, ni que exceden la capacidad humana, no estando ilustrada con los rayos de la fe divina, pues creer ligeramente es señal de liviandad de corazón. De muchas cosas que allí pasaron, aunque se ha tenido alguna noticia, no ha sido tan cierta que no se hayan dicho unas contra otras, conforme la afición que los que las refieren tienen, y aun la culpa de que hubieron muchos de los que allí se hallaron, y así no las diré. Sólo que habiéndole dicho el padre Fr. Vicente a Atao Hualpa que lo que le enseñaba lo decía aquel libro, y ello mirase y ojease para oírsele, y no le oyese palabra, mohíno y enfadado dello, y ver cuán diferentes razones le proponían de lo que él había esperado y concebido en su entendimiento de los mensajeros que él pensaba ser del Hacedor y Viracocha, arrojó el libro en el suelo, sentido de no hallar lo que esperaba y que se le pidiese luego tributo y reconocimiento a quien no conocía, arrojó el libro en el suelo con desdén, a lo cual dando voces el padre Fr. Vicente de Valverde y diciendo: ¡cristianos, los evangelios de Dios por tierra! arremetió don Francisco Pizarro con los suyos. Y llegando a las andas donde estaba Atao Hualpa, embistió con él y lo derribó dellas. Visto por los indios a su rey en el suelo caído y que los españoles meneaban las manos y se aprovechaban de sus armas y especial de los arcabuces, nunca hasta allí vistos ni oídos dellos, parecióles que rayos de fuego bajaban del cielo a abrasarlos, y como venían sin armas ningunas, como está dicho, todos se pusieron en huida, dejando al desdichado de su rey y Señor desamparado y en poder de los españoles, que contentísimos del buen suceso y tan sin peligro ni muerte de ninguno, le prendieron y llevaron consigo a Caja Marca. Y en una sala que hasta hoy está en pie le pusieron con prisiones y grillos y guardas que con cuidado le velasen. El triste de Atao Hualpa, que a la mañana se vio tan poderoso y obedecido y con tanto señorío, rodeado de la multitud de su ejército que le guardaban y respetaban, a la tarde se halló en poder de quien le trató con ninguna cortesía, y no tenía a quien mandar con una tan súbita mudanza, para ejemplo de los grandes potentados y monarcas del mundo, que con soberbia y arrogancia le huellan y mandan, sin consideración de las mudanzas del mundo.

Constituido el valeroso y mal afortunado Atao Hualpa en prisión, no supo qué medio tenerse para salir libre della, porque veía la ferocidad y braveza de aquella gente que había reputado por mensajeros del Hacedor. Y así lo que más acertado le pareció fue tratar de rescate, diciendo que lo pagaría abundantísimo, y poniéndose en pie en la sala donde estaba preso, hizo una raya en la pared, diciendo que hasta allí henchiría de oro y plata, y se lo daría si le soltaban y daban libertad, porque realmente conoció el humor y codicia tan insaciable de los españoles, y con este medio la quiso apagar y satisfacer si pudiese. Aceptáronlo todos con el marqués don Francisco Pizarro y su hermanos. Concertado el rescate y prometido que le darían libertad traído lo que ofrecía, con buena o mala intención del marqués don Francisco Pizarro, Atao Hualpa despachó a Quisquis, su General, que estaba en el Cuzco con su ejército, haciéndole saber su desdicha y siniestra suerte y cómo le habían preso los españoles que él juzgaba embajadores del Viracocha, y que estaba en su poder, con gran trabajo y aflicción detenido, y que su

libertad de aquella esclavitud solamente pendía de sus manos, y que así, con la mayor diligencia que le fuese posible, hiciese juntar toda la mayor cantidad de plata y oro que hallase y toda la vajilla que había recogido en el Cuzco, y todos los vasos, cántaros y ollas de oro y plata que para él tenía junto y guardado, porque aquello era lo que estimaban en más sobre todas las cosas del mundo aquellos españoles, y aquello procuraban hacer, y que si no se lo enviaba luego con gran presteza corría peligro su vida a manos de los españoles, y así lo quedaba aguardando en Caja Marca, y que Huascar Ynga, su hermano, y los demás presos fuesen a gran prisa, que convenía mucho llegasen donde él estaba.

CAPITULO LX

Cómo el marqués don Francisco Pizarro despachó al Cuzco y Pacha Camac y Atao Hualpa mandó matar a su hermano Huascar Ynga

De allí a pocos días que Atao Hualpa despachó a su General Quisquis por el rescate dicho, inquiriendo y preguntando algunos secretos de la tierra, para con más comodidad proseguir en el descubrimiento y conquista della, el marqués don Francisco Pizarro, poco a poco tuvo nueva de quién era Huascar Ynga, y cómo era hijo legítimo de Huaina Capac, señor de todo el reino, y las diferencias que los años antes había habido entre Huascar Ynga y Atao Hualpa, y las grandes guerras y batallas que se habían dado, y el poderoso ejército que tenían Quisquis y Chalco Chima en el Cuzco, y de las extrañas crueldades que habían hecho en el Cuzco en los vencidos y en todos los hijos de Huascar Ynga y en sus mujeres y en otros de su linaje y parentela, y en los demás vencidos con tan abominables géneros de muertes, y la destrucción que habían hecho, y robos de todas las riquezas de oro y plata y vajillas de los Yngas.

Sabido esto por el marqués, determinó despachar al Cuzco a Villegas y Martín Bueno, a que viesen la tierra y la considerasen con cuidado, tanteando las fuerzas della y los lugares, poblaciones y la fertilidad y disposición para poblar en ella, y que tomando memoria de todo se la trajesen y enviasen, para enviarla a España al Emperador nuestro señor. Y sobre todo tuviesen especial atención a destruir y deshacer el templo del Sol, tan famoso y mentado en este reino, y recoger todas las riquezas que en él había, y se las llevasen luego a Caja Marca, que en esto estaba puesta la principal parte de su estudio y deseo. Teniendo también noticia del templo también celebrado de los indios que había en Pacha Camac, a cuatro leguas de la ciudad de los Reyes, envió al capitán Soto y a Pedro del Barco que lo deshiciesen y tomasen las riquezas que allí había y se las trajesen a Cajamarca.

Partieron los unos y los otros, con gente y guías, a lo que les fue mandado, y el capitán Soto y Pedro del Barco toparon a Huascar Ynga, y a su madre, y mujer, y Huanca Auqui, y Topa Atao y a los demás hermanos prisioneros, en Taparaco, que con buena guardia y mucha gente los llevaban adonde Atao Hualpa los había mandado ir a su, presencia. Huascar Ynga, sabidos los sucesos de su hermano y cómo quedaba preso en poder de los viracochas, holgóse infinito, pareciéndole que por allí se le abría esperanza de camino

para poder salir de la cautividad en que iba y librarse de su hermano, y aun volver a su antiguo ser y majestad por medio de los españoles. Con este ánimo y deseo hizo llamar al capitán Soto y Pedro del Barco y les propuso su negocio y el modo con que iba preso, y cómo habla venido en manos de los capitanes de su hermano Atao Hualpa, y las crueldades extrañas que habían hecho en sus hijos e hijas y mujeres, y cómo lo llevaban por su orden preso, y que estaba receloso que, en llegando a su presencia, lo había de matar con sus hermanos, madre y mujer, que pues ellos iban en nombre del marqués don Francisco Pizarro a Pachacamac, y lo podrían hacer, no dudasen de soltarlo y quitarlo a los que lo llevaban guardado, y lo llevasen a Cajamarca al marqués, volviéndose desde allí, y que no tratasen de buscar oro ni plata ni vajillas, que él se prefería de dar tanta cantidad dello que no quisiesen más, porque la tenía y sabía dónde estaba guardada. Y el capitán Soto y Pedro del Barco, con la codicia y ansia que llevaban de llegar a Pacha Camac, donde tenían noticia había grandes tesoros, no quisieron volver con él, ni quitarle a los que le llevaban presos, de donde le resultó al desdichado Huascar Ynga acabar breve y miserablemente.

En este tiempo, el marqués Pizarro, como se había ido enterando de las cosas y negocios de los dos hermanos, con más fundamento y verdad, y había entendido por cierto, y sin duda, que Huascar Ynga era el legítimo de Huaina Capac y el Señor verdadero de todo el reino, y el Atao Hualpa intruso en él y bastardo, dábale mucha prisa que hiciese traer con brevedad a su hermano Huascar Ynga, que convenía para informarse dél de algunas cosas pertenecientes a su provecho de entrambos. Viendo Atao Hualpa la instancia tan grande que el marqués le hacía por ver a su hermano, y el deseo tan excesivo con que se lo mandaba, pareciéndole que si acaso Huascar Ynga llegaba delante del marqués le había de decir muchas cosas que a él no le estaban bien, y quejarse de su prisión, y proponer su negocio, y justicia, y los agravios que le habían hecho sus capitanes en el Cuzco, de lo cual le resultaría quizás poner en libertad a su hermano, y aun en posesión del reino, privándole a él, y así quedaría abatido. Habiendo conferido estas cosas, urdió una maldad para quitar de por medio a su hermano y asegurarse de los daños e inconvenientes que sospechaba, y así, con grandísimo secreto y diligencia, despachó mensajeros al capitán que lo traía preso con los demás, que donde quiera que le hallase su mandato, luego, sin dilación ninguna, matase a Huascar Ynga y a su madre, mujer y hermanos.

Los mensajeros de Atao Hualpa no fueron perezosos en cumplir su viaje, ni aun el que la desdicha y desventura de Huascar les instaba y apresuraba en el camino, para que acabasen sus trabajos y miserias con el remate dellas, que es la muerte, y así lo hallaron en Anta Marca, que venía caminando, y dieron el recaudo y orden que de Atao Hualpa traían al capitán que guardaba los presos y cuánto convenía que luego se ejecutase, el cual, aunque le pareció cosa grave y ardua por cumplir lo que su Señor Atao Hualpa le mandaba, luego lo puso por obra, y así mató a Huascar Ynga, Rey y Señor verdadero de estos reinos, con harta lástima de ver acabar así a un tan poderoso Rey a manos de un verdugo, que dicen lo ahogó. En él se acabó y feneció la línea recta y verdadera de los Yngas, señores de estos reinos, que eran alzados y coronados por tales con las ceremonias que ellos entre sí usaban desde Manco Ynga, primer Señor del Cuzco, que dio principio a esta noble familia, hasta este Huascar, con que se acabó la generación de los reyes legítima, que fueron doce Yngas y Señores, como en esta historia hemos mostrado.

juntamente con Huascar murieron, por la orden dicha, Tito Atauchi, Topa Atao y Huanca Auqui, sus hermanos, y con ellos, Chalco Yupanqui, sacerdote mayor, y Rahua Ocllo, su madre, mujer legítima de Huaina Capac, y Chiqui Huipa, mujer de Huascar, y todos los demás capitanes y principales que habían sido presos en el Cuzco, que fue otra bárbara crueldad como las que habían sido hechas por Quisquis y Chalco Chima, cuando los vencieron.

Y cierto que no sé qué corazón de diamante no se enternecerá considerando las muertes, destrucciones y desdichas y el asolamiento que nació y vino sobre la casa y linaje desde Rey Huascar Ynga, resultado y procedido de la cizaña y discordia que Ullco Colla, cacique de los Cañares, y Ato, capitán, sembraron entre estos dos hermanos, quizás con fin de revolverlos en guerras, y quizás Atao Hualpa nunca tuvo intención ni pensamiento de rebelarse contra su hermano Huascar si ellos no le metieran en ello o, después que lo sintió airado contra sí, el temor de que no le diese la muerte que había a los demás hermanos que de Quito habían subido con el cuerpo de su Padre, y pasar por lo que ellos, le movería a negarle la obediencia. Aunque hasta que él se vio rovocado y que le enviaban a prender a Quito nunca dio señales de lo que en su ánimo tenía, sí lo tuvo, pero todo redundó en mayor desventura y miseria de los dos hermanos, que si Huascar Ynga murió como hemos visto, en Antamarca, por mandado de Atao Hualpa, no le llevó ventaja ni aun de carrera de caballo, muriendo él en Cajamarca, aunque con muerte de más esperanza para la vida eterna, como veremos en el capítulo sesenta y tres.

CAPITULO LXI

De la Coya Chuqui Huipa, mujer de Huascar Ynga

Por guardar el orden con que empezamos este libro, que después de la vida y sucesos del Ynga se ponga la de su mujer, aunque en la vida de Huascar Inga se ha tratado especialmente de la Coya Chuqui Llanto, y por otro nombre Chuqui Huipa, su mujer, y su casamiento y sucesos, por haber ido mezclados con los de su marido, aquí sólo brevemente diré algunas tocantes a está Coya.

Si alguna de todas las Reinas que tuvieron estas provincias se puede llamar desdichada e infeliz, puede ser esta coya Chuqui Llanto y su madre, Rahua Ocllo, pues por sus ojos vieron tantas lástimas, tantas muertes desdichadas como hemos referido, hechas por Quisquis y Chalco Chima, cuantas ningún Ynga vio ni oyó ni pasaron ni sucedieron por su generación. Fue Chuqui Huipa mujer de buena disposición y hermosa, aunque algo morena, que todo este linaje lo tuvo siempre. Sus arreos fueron pomposos y soberbios cuando salía fuera de su casa, iban en su acompañamiento infinito número de indios principales y criados suyos, y rodeada de muchas ñustas bizarramente vestidas. Las paredes de su palacio tenía pintadas con diferentes modos de pinturas, porque fue extrañamente aficionada a ello, y los paramentos y colgaduras eran de finísimo cumbi de diferentes figuras, cuales en aquellos tiempos se hacían sutilísimas. Murió esta señora con su marido, Huascar Ynga, y su madre, Rahua Ocllo, en Antamarca, por mandado de Atao Hualpa, y así se puede decir con verdad que no gozó de la grandeza y poderío de su reino.

De su entierro no se ha tenido bastante noticia, porque como su muerte fue violenta, la enterrarían con su marido donde fue muerta, no con la solemnidad que ellos acostumbraban a sus Reinas.

CAPITULO LXII

Cómo Ata Hualpa se puso luto por su hermano Huascar, y prendieron a Chalco Chima

El capitán que ejecutó la lastimosa muerte de Huascar Ynga, su madre, mujer y hermanos, en habiéndolo hecho despachó mensajeros a Atao Hualpa, su señor, dándole aviso cómo ya estaba su mandato cumplido y quitado aquel estorbo. En oyendo Atao Hualpa la nueva en la cárcel donde estaba, se puso muy triste y lloroso, y con luto hizo llanto fingido, dando muestras de gran sentimiento y lástima, y llegado esto a noticia del marqués Pizarro, fue a verle y a saber la causa de su tristeza y llanto, y le preguntó porqué lloraba y se había puesto luto, y estaba con tanto sentimiento, Atao Hualpa le respondió que le había llegado aviso cómo era muerto su hermano Huascar Ynga en el camino viniendo adonde él estaba, de cierta enfermedad. El Marqués, oyendo esto, le respondió que no podía ser muerto Huascar, porque él sabía que venía caminando y muy bueno y estaba ya cerca de Caxamarca, que quien le había dicho tal mentira que no le creyese, antes le vería muy presto allá y se holgarían y tratarían muchas cosas que a entrambos convenían, y con esto le dejó el Marqués. Dudando de lo que había dicho y haciendo inquisición dello, si era muerto, no faltó quien le dijo al Marqués la verdad de lo que pasaba y cómo había sido muerto por orden del mismo Atao Hualpa, con su madre, mujer y hermanos y otros indios y capitanes que venían con el preso, y que decir que había muerto de enfermedad era mentira y fingimiento, y lo mismo lo del llanto y tristeza que mostraba Atao Hualpa. El que reveló este suceso al Marqués Pizarro fue un indio hermano bastardo de Huascar Ynga, llamado Huaritito, que estaba allí, y con deseo de venganza de la muerte de su hermano, o con voluntad que no se encubriese su muerte, lo declaró.

Sintió mucho el marqués Pizarro la muerte de Huascar Ynga, y haber sido antes que llegase a su presencia, porque, sin duda, si a ella viniera, a trueque de verse puesto en libertad y vengado de su hermano Atao Hualpa, él hiciera todo cuanto el Marqués quisiera y diera infinita cantidad de oro y plata, y descubriera importantísimos secretos de este Reino, y muchos lugares donde en aquellos tiempos los indios principales y gobernadores fueron ocultando y escondiendo los tesoros, que de las huacas e incas tenían, que fue infinito número, de los cuales se han descubierto hasta hoy muchos, y otros están ocultos, por no saberse los lugares ciertos donde los enterraron. Para la pacificación de la tierra fuera de mucho efecto, porque Huascar Ynga, viéndose libre por manos de los españoles, mandara que se allanara todo, pues era fuerza tenerlos consigo. Así el Marqués dio muestras de gran pesar por esta muerte, y lo mismo los capitanes y soldados, que esperaban más riquezas de su mano como de Señor natural y rey que todo lo había poseído, que era el fin principal a que todos los que con el Marqués vinieron traían puesta la mira.

Supo también el Marqués a esta sazón cómo Chalco Chima venía con un grande ejército, por mandado de Atao Hualpa, hacia Cajamarca y así, queriéndole prevenir, despachó un soldado español con un indio orejón, llamado Ancamarca Maita, para que alcanzasen al capitán Soto y a Pedro del Barco y le dijese que se volviesen luego de donde quiera que les hallase aquella orden, y procurasen por todas vías prender a Chalco Chima y deshacer su ejército, y lo trajesen ante el Marqués, porque quería carearlo con Atao Hualpa. El soldado con el orejón caminó con tanta diligencia, que alcanzó al capitán Soto, y con la gente que iba con él se fueron hacia el valle de Xausa, porque tuvieron noticia estaba en él Chalco Chima.

Llegados a Xauxa, hallaron a Chalco Chima, que estaba juntando mucha gente de los yauyos y huancas, porque no contento con las crueldades y muertes que había ejecutado en el Cuzco en Huascar Ynga y en todos sus parientes, amigos y favorecidos, quería ahora hacer un solemne castigo en estos yauyos y huancas, por ser ayillocas, que eran de la recámara de Huascar Ynga, que era como apartados para su servicio solamente. Allí pasaron muchas razones Anca Marca Maita, que venía por mandado del Marqués, con los españoles y Chalco Chima, y, finalmente, le dijeron que el Marqués Don Francisco Pizarro, que había venido de muy lejanas tierras, tenía grandísimo deseo de verlo, y que para eso lo enviaba a llamar y venían ellos allí, que irían con él. A lo cual, Chalco Chima, con algún género de desdén, les respondió: ¿de dónde me conoce a mí el Apu, (que quiere decir el señor) para que me envíe a llamar de tan lejos? A esto respondió Anca Marca Maito con gran furia y arrogancia, mosrando tenerlo en poco: ¡qué estáis así parlando, no basta que hayas muerto a todos nuestros hermanos y parientes en el Cuzco, sino que ahora quieres matar a estos pobres y hartarte en ver derramar su sangre, no se han de acabar tus crueldades, no has de acabar de matar tanta gente inocente! Y, diciendo estas palabras, confiado en el favor y aliento que tenía de los españoles, alzó la mano y le dio un bofetón, y dijo: vamos luego, no hay que detenernos más, que Atao Hualpa, tu Señor, está preso en poder del Marqués. A Chalco Chima fue cosa muy nueva la que por él había pasado y la afrenta que le hizo aquel orejón, y así se levantó de donde estaba sentado y cerró con él y anduvieron a los brazos, forcejeando por derribar el uno al otro, sin que ninguno de los del ejército de Chalco Chima, que allí estaban en tanto número, osase darle favor, viendo allí a los españoles, de quien estaban temerosos como cosa nunca vista dellos, hasta que los españoles se metieron en medio despartiéndoles. Y, puestos en paz, Anamarca Maita, a grandes voces y con mando y señorío, dijo a los huancas y yauyos: levantaos, hermanos, y aderezaos de lo necesario para ir a ver al marqués don Francisco Pizarro, que ya no hay otro ynga ni Señor, sino el que tiene preso a Atao Hualpa, y a él le habemos todos de obedecer. Con estas razones recibieron los huancas y yauyos grandísimo contento, como aquellos que se escapan de dura muerte a vida, y de las manos de su enemigo capital. Así se levantaron, dejando a Chalco Chima y a su gente, que estaba admirada de lo que veían hacer y decir de Anca Marca Mayla, que no creyeran ellos que en el mundo hubiera indio ni orejón tan atrevido contra él que lo hubiese puesto las manos, pero la mudanza de los tiempos lo causaba, como semejantes cosas cada día vemos.

Como Chalco Chima, que ardiendo en ira se había tornado a sentar, vio que aquel orejón

hablaba y mandaba tan desenvueltamente y que los españoles le favorecían, no se osó menear ni contradecir a lo que él decía, antes calló, con harto dolor y rabia de su corazón, que no estaba acostumbrado a oír aquellas cosas y admirado de oír decir que Atao Hualpa estaba preso. Al otro día por la mañana, salió a la pampa con toda su gente, que estaba triste de lo que veían y el capitán Soto y Pedro del Barco con los demás españoles salieron también adonde él estaba, y le dijeron que se aderezase luego y pusiese a punto para ir adonde estaba el marqués Pizarro, que le aguardaba, y que a eso sólo les había enviado que lo habían de llevar. A esto respondió Chalco Chima que no quería ir tan presto, que él se aderezaría despacio y llevaría las cosas que para Atao Hualpa, su señor, tenía aparejadas, que ellos se fuesen al Marqués, que él iría después. El capitán Soto y los demás españoles, oyendo esto y la poca voluntad que mostraba de ir, temiendo no hiciese gente contra ellos, y que por fuerza era el remedio mejor que les quedaba, le echaron mano sin que nadie de los suyos, que lo miraban, se osase menear a impedirlo, y lo ataron y pusieron sobre un caballo, que para el efecto tenían aparejado, y partieron de Xauxa la vuelta de Caxamarca, donde los aguardaba el Marques, llevándolo con mucho cuidado de guardar, porque no se huyese, y con él también fueron muchos de sus criados y capitanes, unos presos y otros de su voluntad, por ver en qué paraban los negocios.

CAPITULO LXIII

Cómo el Marqués Pizarro careó a Chalco Chima y Atao Hualpa y mandó matar a Atao Hualpa

Llegaron el capitán Soto y Pedro del Barco con Ancamarca Maita, el orejón, a Caxa Marca llevando preso a Chalco Chima a do le pusieron en prisión, aparte de donde estaba Atao Hualpa, y el marqués Pizarro quiso hacer justicia dél y, para hacerlo mejor, lo careó con Atao Hualpa en su presencia, y allí, preguntando al uno y al otro, cada uno se disculpaba con el otro, cargándole la culpa de todos los daños y muertes que se habían cometido y hecho. Atao Hualpa decía que él no le había mandado llegase al Cuzco, ni matar tanto número de personas como allí había muerto, ni hacer tales crueldades ni destrucción de tanto linaje principal; Chalco Chima le respondió: Señor, decid la verdad y no queráis echarme a mi culpa, pues no la tengo; cuando empezasteis las diferencias y pasiones con vuestro hermano Huascar Ynga, entonces, cuando salisteis contra sus capitanes con ejército y nos mandasteis os siguiésemos y tomasteis las andas de vuestro padre Huaina Capac, y las vestiduras que estaban en los depósitos, ¿hicisteis eso para tener miedo? Decid, Señor, la verdad de lo que hay y lo que mandasteis, cuando salí con vuestro ejército en compañía de Quisquis, que hiciese y no queráis cargármelo a mí ahora todo, que yo hice lo que vos me ordenasteis.

Oyendo esto el marqués don Francisco Pizarro los mandó a entrambos volver a la prisión, y así lo hizo, y ya iban llegando a Caxa Marca los curacas y gobernadores de las provincias, que iban por mandado de Quisquis a dar la obediencia a Atao Hualpa como Rey e Ynga suyo, y llevaban el oro y plata y cántaros y otras riquezas de vajilla que él había pedido trajesen a gran prisa, para pagar su rescate y salir de la prisión en que le tenían los españoles. Y todo se metía en la sala hasta cumplir la cantidad que tenía

prometida. Y los caciques y gobernadores que llegaban, como le hallaron preso y vieron que no le podían hablar, pesóles mucho dello y trataron que les diese licencia el Marqués para verle en la prisión, y allí le vieron y hablaron, tratando con él del rescate y otras cosas. Atao Hualpa les dijo que rogasen ellos al Marqués le dejase salir a comer y beber con ellos y holgarse un rato, pues había días que estaba preso y el rescate se iba juntando a gran prisa. Dicen algunos que esto trató con intención si pudiese escaparse y huirse de los españoles, de quien no era tratado con cortesía ninguna especial, como no acababa de juntarse el oro y plata tan presto demandaba. Los caciques y los demás fueron al Marqués, y con mucha humildad se lo rogaron y pidieron por merced, y él entonces, con buena voluntad, se lo otorgó, pero mandó armar algunos soldados y les dijo que se fuesen con él con cuidado y le asistiesen, porque si tenía mala intención no la pudiese ejecutar ni huirse ni hacer ninguna traición. Así salió con los soldados a los suyos y comió y bebió con ellos a su usanza, y habiéndose holgado ya, que era algo tarde, le volvieron a la prisión los soldados, donde estuvo algunos días.

Algunos españoles de los conquistadores dicen que se quisieron rebelar, pero esta fama cierto es que la levantó Philipillo, lengua e intérprete del Marqués, porque, según se dijo, se revolió con una de las mujeres de Atao Hualpa, y temeroso él y aun ella que si salía de la prisión lo castigaría, y otros dicen que sabido por Atao Hualpa, le amenazó, y así él empezó a esparcir este rumor. Y como los españoles no estaban muy seguros, sabiendo el ejército tan grande que Quisquis tenía en el Cuzco y el dilatarse el hinchimiento de la sala del oro y plata para el rescate, que aunque fuera en un día traído, les pareciera tarde, les incitaba a dar al través con el pobre rey y matarlo.

Empezó a hacer información contra él el Marqués Pizarro y hacerle cargo de la muerte de su hermano. Hiciéronle cargo que se quería huir y alborotar la guerra contra los españoles. Negó con grandísimo ánimo Atao Hualpa quererse alzar ni rebelar, ni hacer cosa contra los españoles, ni haber intentado hacerles mal, y pidió que al Philipillo no le creyesen, y que si él había mandado matar a su hermano, lo pudo hacer, porque su hermano sin razón le movió guerra, no habiéndole a él pasado por el pensamiento ofenderle ni negarle la obediencia, y le había enviado a Quito a prender, y que si le prendiera le matara, como había hecho a otros hermanos suyos, que los había muerto sin ocasión, y que así él pudo defenderse, y que siempre fue provocado de su hermano Huascar Ynga, enviando capitanes que le destruyesen. Pero como los jueces, intérprete y demás ministros estaban ciegos con la pasión y codicia, no le aprovechó al desdichado de Atao Hualpa las razones tan fuertes que alegó, ni la verdad para que le dejaran de condenar a muerte.

Oyó la sentencia con buen ánimo, y advertido de religiosos de los bienes inestimables y preciosos que gozaría en el cielo, y que la salvación de su alma pendía del sacro bautismo, medio principal para gozar de Dios y puerta de los demás sacramentos, con mucha voluntad lo pidió y lo recibió, quedando por él cristiano y señalado con el carácter de Cristo y por su oveja, lavando con él todas las manchas y culpas de que estaba inficionado, y hermozeando su alma con la gracia. Algunos conquistadores decían que lo enviasen a España, al emperador don Carlos, Nuestro Señor, que era el menor mal, pues quedaba con la vida, pero no aprovechó, que él estaba resuelto en que muriese. Algunos

dicen que hizo testamento; sea lo que fuere, él amaneció una mañana dado garrote y con su borla en la cabeza, que era, como hemos dicho, la insignia y corona real. Muerto Atao Hualpa, algunos indios y principales de los que allí estaban, que eran de la parcialidad de Huascar Ynga, recibieron contento dello, como no le tenían afición, ni por Rey e Ynga verdadero y natural, sino por tirano intruso, y otros gobernadores y principales, especial los de provincias de Quito, que eran de su opinión y seguían su intento, les pesó, e hicieron por su muerte grandísimo sentimiento y llanto. Enterráronle a nuestra usanza, pero acabados algunos días, dos capitanes antiguos suyos y que más se habían señalado en su servicio y estaban allí con él, llamados Rumiñauí y Unanchuillo, secretamente desenterraron el cuerpo de donde estaba sepultado y se huyeron con él, llevándolo a Quito, donde había sido su principal asiento.

Fue la muerte deste valeroso Rey Ata Hualpa el año de mil y quinientos y treinta y tres, era mozo cuando murió y buena disposición y talle, y de ánimo verdaderamente real y magnánimo y liberal con los suyos, que esto fue ocasión de que alzándose contra su hermano se pudiese sustentar y le siguiesen con gran prontitud de voluntad los suyos. Tuvo grandísimo ornato y aderezo de su persona y mucha abundancia de mujeres, porque sólo en el baño se hallaron número de cinco mil; no se sabe cuál fuese la coya y legítima sobre todas, y aunque dejó hijos, debieron de morir, porque no se tiene noticia de más de una, llamada este trozo en blanco, que fue casada con Blas Gómez, español. Los vestidos ricos y riqueza de la casa de Atao Hualpa fue infinita y de precio excesivo. Todo lo cual hubieron y gozaron los españoles.

CAPITULO LXIV

Que el Marqués Pizarro fue al Cuzco y allí nombró por Ynga a Manco Ynga

Después de concluida la justicia de Atao Hualpa, rey de estos reinos, por el marqués don Francisco Pizarro, llegaron a Caxa Marca Villegas y Martín Bueno con la riqueza que de la casa del Sol en el Cuzco habían tomado, que fue inestimable, y llevaron las estatuas de Palpa Ocllo de oro, las cuales entregaron al Marqués, el cual, vista tanta multitud de oro y plata y tantas cosas preciosas como del Cuzco se traían, le dio grandísima voluntad de ir a ella y buscar mucho más, pues no podía ser menos, sino que lo hubiese, que como iba creciendo en abundancia de oro y plata, así se iba aumentando en su corazón el amor y deseo de haber más y tener más, como al hidrópico mientras más bebe, más sed y deseo de beber tiene. Esta riqueza y tesoros que trajeron Villegas y Martín Bueno, se entiende fue con orden de Atao Hualpa, que a ello envió en su compañía indios, para su rescate, porque de otra suerte no lo consintieran sacar Quisquis y sus capitanes, que estaban apoderados del Cuzco, como ya dijimos, y con poderoso ejército en él.

Cuando murió Atao Hualpa, el marqués Pizarro le preguntó que a quién podría sustituir y nombrar en su lugar por Ynga y señor de la tierra, para que la gobernase y acudiese al servicio de los españoles, pues eran muertos sus hermanos Tito Atauchi y Huanca Auqui, y otros hijos de Huaina Capac que eran hombres valerosos y de experiencia y gobierno, que le podían suceder, y Atao Hualpa le dijo nombrase a Topa Hualpa, hermano suyo e

hijo de Huaina Copac, que estaba allí con los españoles, y era el más suficiente de todos los que vivían. Muerto Atao Hualpa, el Marqués nombró a este Topa Hualpa por Ynga, y le mandó que se aparejase y viniese al Cuzco, a aderezar las cosas necesarias para el gobierno, porque la tierra no padeciese sin Ynga y gobernador. Así partió de Caxa Marca, y viniéndose al Cuzco murió en Xauxa de enfermedad, habiendo gozado solos tres meses del poder y mando, y en éstos feneció la sucesión de los Yngas, señores de este reino, y el Emperador don Carlos, que santa gloria haya, hubo la borla, y el marqués don Francisco Pizarro, en su real nombre, tomó la borla y posesión de este Reino, aunque nombró, como luego veremos, por el bien y utilidad de la tierra, a Manco Ynga, hermano de Huascar Ynga y Atao Hualpa, hijo de Huaina Capac, por Ynga.

Partió el marqués don Francisco Pizarro de Caxa Marca y se vino poco a poco caminando hacia el Cuzco, y no le aconteció cosa notable en el camino, ni tuvo en él dificultad ni contraste alguno, porque todas las naciones de las provincias por do pasaba con gran prontitud le salían a dar la obediencia y a obedecerle, porque como estaban atemorizados de la guerra que había sucedido entre Huascar Ynga y Atao Hualpa, y de las destrucciones de los pueblos y sembrados, y de tantas muertes como Quisquis y Chalco Chima hicieron, donde quiera que luego no les salían a recibir y dar la obediencia, se holgaron con la venida de los españoles, que les parecía salir de una intolerable servidumbre y miseria.

Cuando el Marqués se iba acercando hacia el Cuzco, los orejones e indios principales estaban determinados de alzar por Ynga y rey a Manco Ynga Yupanqui, pues era muerto Topa Huapa, a quien el Marqués había nombrado, como dijimos, y lo trataban de hacer con licencia del Marqués, porque veían ya que todas las cosas pendían de su voluntad y él las ordenaba a su gusto, y esto tuvieron oculto por amor de Quisquis, que estaba en el Cuzco, no lo supiese. Así estuvieron aguardando a que se acercase y sabido por ellos que estaba ya en Apurima, que es el río famoso que está trece o catorce leguas del Cuzco, salió Manco Ynga con los principales orejones e indios, secretamente, del Cuzco, y a la bajada de Vilcacunca, que es la cuesta de Lima Tambo, toparon con el marqués Pizarro, y allí Manco Ynga y los orejones, con mucha humildad, le dieron la obediencia en nombre del Emperador don Carlos y, en señal de paz y amistad, Manco Ynga le dio al Marqués una camiseta preciosísima de oro, que los Yngas se vestían cuando los coronaban por reyes y les daban la borda, la cual vestidura se llama Capac Uncu, que quiere decir, camiseta rica y poderosa. Habiéndolos recibido el Marqués con mucha afabilidad y amor, y muestras benignas y humanas, el Manco Ynga y los demás le dieron muchas quejas de las muertes y crueldades que Atao Hualpa había mandado hacer por medio de sus capitanes Quisquis y Chalco Chima, y de tanta multitud de hombres y mujeres como había muerto de la gente más principal y granada del linaje de los Yngas, y que pues él había venido a esta tierra por mensajero del Papa y Emperador, que los defendiese del poder de Quisquis, que estaba en el Cuzco apoderado dél, y que castigase las maldades que había cometido, quitándole la vida, pues había privado della a tantos inocentes; y que la tierra no podía estar segura ni quieta mientras en ella estuviese el Quisquis con su ejército.

Viendo el Marqués cuánta voluntad y afición mostraba el Manco Ynga Yupanqui, con los

orejones, al servicio del emperador, y cuán humildemente habían salido ellos a dar la obediencia, le nombró delante de los conquistadores; que allí con él iban, y de los orejones y demás curacas y principales de todas las provincias que le seguían, por Ynga, y mandó que todos le obedeciesen y respetasen como a su señor e hijo de Huaina Capac, rey que había sido de toda la tierra. Ellos, con mucho contento y alegría, le obedecieron y dieron la obediencia, mostrando por ello gran regocijo, y así, desde entonces, le tuvieron por Ynga, como ellos lo acostumbraban, y en sus andas, rodeado de los más principales orejones y curacas.

El marqués Pizarro, como vido al Manco Ynga tan bien intencionado, y que acudía a las cosas que le mandaba con mucha presteza y cuidado, y a los españoles, haciéndoles servir de todo lo necesario para el camino y de las comidas, le trataba con amor y familiaridad, y le llamaba, en presencia de los españoles e indios, hijo y le hacía toda la honra posible, para con esto apaciguar la tierra y hacer que obedeciesen los indios más presto. Y, por darle más contento, y que entendiese él y los demás orejones y principales de su opinión, lo mucho que le pesaba de los daños que había hecho Chalco Chima y de las muertes que había mandado ejecutar en el Cuzco en los de su linaje, y con esto se confirmasen más en su amor y sujeción, mandó allí, en Sacsahuana, sacar a Chalco Chima de la prisión en que venía guardado y hacer una grandísima hoguera, y en presencia del Manco Ynga y de todos los suyos le hizo quemar, que fue castigo que él tenía bien merecido, y con que concilió y allegó a sí las voluntades dellos. Allí dijo el Marqués a los orejones que de allí adelante no tuviesen miedo, que él estaba allí en nombre del emperador don Carlos, su señor, y de Huaina Capac para favorecerlos y ampararlos de sus enemigos, y que como había quemado en su presencia a Chalco Chima, así esperaba que había de prender a Quisquis y hacer dél lo propio para vengarlos, y que entendiesen lo mucho que los quería y había de hacer por ellos, y con esto ellos quedaron muy confirmados en su obediencia y respeto para en lo de adelante mostrárselo, y le servían con gran diligencia.

CAPITULO LXV

*Que el Marqués Pizarro y Manco Ynga dieron batalla a Quisquis y le vencieron,
y se apoderaron del Cuzco*

Otro día, en amaneciendo, después de la justicia que se hizo de Chalco Chima, el Marqués Pizarro acordó irse caminando hacia el Cuzco, que estaba solas cuatro leguas, en el cual estaba, como tenemos dicho, Quisquis y muy grande ejército de todas naciones, que era con el que había vencido a Huascar Ynga. Y, como le llegó nueva que el Marqués iba con determinación de entrar en el Cuzco, y que con él iba Manco Ynga Yupanqui, y que por su mandado le obedecían todos los indios por Ynga y Señor, quiso defenderle la entrada y probar ventura y darle batalla, antes que entrase en el Cuzco, y destruirle, si pudiese. Así salió del Cuzco con todo su ejército, que afirman era de más de cien mil indios, con buena orden de guerra y ricamente aderezados de armas y vestidos ricos, como aquellos que habían gozado de los despojos de tantos ejércitos como desbarataron desde salieron de Tomebamba, y de las riquezas que robaron en el Cuzco y en Paucarpata, que es en el camino real, le aguardó con mucho ánimo y osadía. El Marqués,

avisado desto, puso su gente en orden a los españoles y Manco Ynga con los que habían seguido de los suyos, y los que venían de Caxamarca con el Marqués, y se le habían juntado de las provincias que le daban la obediencia, fueron poco a poco caminando, y en topándose los unos y los otros, se dio una cruel y porfiada batalla que duró mucho, hasta que el Marqués, a quien Dios ayudaba para que se empezase a promulgar el Evangelio en estas incultas naciones, venció a Quisquis y le desbarató, con gran mortandad de los suyos, el cual, con el restante de su ejército, se retiró a Capi, donde se fortaleció y estuvo algunos días, juntando alguna gente de los que seguían su opinión.

El Marqués, habiendo alcanzado esta victoria, entró luego en el Cuzco con los españoles y Manco Ynga Yupanqui, y los moradores dél los recibieron de muy buena gana, viéndose libres de la tiranía de Quisquis, y más entrando con él Manco Ynga. El marqués Pizarro tomó a Casana, que eran las casas de Huaina Capac, para sí, y Hernando Pizarro, su hermano, a Amarucancha, que eran las casas de Huascar Ynga, y Gonzalo Pizarro, su hermano, tomó para sí las casas de Tupa Ynga Yupanqui, que eran Cora Cora, y todos los demás españoles conquistadores fueron repartiendo entre sí las casas principales de la ciudad.

De allí algunos días, el Marqués Pizarro, queriéndose asegurar en la tierra y pareciéndole que estando Quisquis tan cerca como eran ocho leguas no sería posible, envió a un capitán español con soldados y a Manco Ynga con él a Capi, el cual llevó consigo muchos orejones e indios. Llegados a Capi hallaron a Quisquis que quería celebrar muy solemnemente la fiesta del yntiraimi, que la solemnizaban por junio, habiendo cogido sus sementeras y comidas. Ellos pelearon con él bravamente hasta que le desbarataron, y él, viéndose perdido y pareciéndole que ya no podía en aquella tierra sustentarse con el ejército que le quedó, se fue poco a poco retirando hacia Quito por el camino real, y los españoles y Manco Ynga se volvieron al Cuzco, donde estaba el Marqués.

Estando allí todos los caciques de las provincias desde Chile hasta Quito, alzaron por ynga y Señor a Manco Ynga Yupanqui y le reconocieron por tal y dieron la borla en Santo Domingo, que era el templo del Sol antiguamente, y el Marqués Pizarro le aprobó allí por tal Ynga, en nombre del Emperador don Carlos, y mandó a todas las naciones que le obedeciesen y respetasen, así como lo habían hecho a su padre, Huayna Capac, y a Huascar Ynga, su hermano, antes que muriesen, y así todos los curacas le tuvieron por tal Ynga, aclamándole por Señor.

Después que el marqués hizo esto, acordó con sus hermanos y Manco Ynga que fuesen detrás de Quisquis por el camino real que, como está dicho, iba huyendo hacia Quito, porque no alborotase la tierra y se alzasen las provincias. Así salió el Marqués junto con Manco Ynga, y fueron dando alcance a Quisquis hasta Xauxa, y llegado allí, le nació al Marqués una hija, a la cual puso por nombre doña Francisca Pizarro. Era su madre hija de Huaina Capac, y se llamaba doña Inés Quispicizae. Esta doña Inés fue después mujer de Francisco de Ampuero, de la Ciudad de los Reyes, y la doña Francisca Pizarro casó en España con su tío Hernando Pizarro, hermano del Marqués, su padre, de quien se ha hecho mención en esta historia, y se hará.

En Xauxa, viendo el Marqués que Quisquis se había alargado mucho y que sería trabajosísimo alcanzarlo, trató de tornarse al Cuzco con Manco Ynga, y así lo hizo, y estuvo en él algunos días, entendiendo en la pacificación de los indios, y aun en juntar mucha cantidad de plata. En aquella ocasión salió del Cuzco a la conquista de Chile, que se tenía por cosa riquísima y de gran prosperidad de oro más que la tierra de Pirú, don Diego de Almagro, compañero del Marqués, y llevó consigo cuatrocientos españoles, que ya había más gente, que cada día a la fama de las riquezas del Pirú venían. Manco Ynga mandó a Paulo Topa, su hermano, fuese con don Diego de Almagro a Chile. El Marqués en este tiempo, teniendo noticia del asiento y fertilidad del valle de Lima, dos leguas del Callao, puerto de mar, trató de ir a poblarla para, mediante la navegación, ennoblecerla. Así se fue, dejando puesto recaudo en el Cuzco y buena orden en todo y dejó en él por capitán principal a Hernando Pizarro, y con él a Juan Pizarro y Gonzalo Pizarro, sus hermanos, y otros muchos capitanes y soldados. Así, pasando por Xauxa, do antes había poblado un pueblo, fueron con él muchos de los que allí estaban a la Ciudad de los Reyes y la pobló riberas del río -Rimac-, aunque dejó en Xauxa algunos españoles en una como fortaleza para seguridad de aquella tierra, que es muy poblada de indios, y fértil. Cuando el marqués Pizarro salió del Cuzco, como hemos dicho, ya andaba Manco Ynga con más intención contra los españoles y con ánimo de rebelarse, por los malos tratamientos y molestias que cada día le hacían, casi peores que las que habían recibido de Quisquis y Chalco Chima, porque fue tanta la codicia de los españoles en general y en particular de los capitanes, especial de los hermanos del Marqués, que no había semana ninguna que no le hacían al desventurado amontonar plata y oro como si fueran piedras cogidas del arroyo, y aun con eso no se hartaban dello, porque todo lo jugaban entre sí y lo gastaban, y sobre eso les quitaban las mujeres y las hijas por fuerza, delante de sus ojos, y con estas injurias y agravios se le resfrió a Manco Inga la voluntad y amor que a los españoles tenía.

El Marqués tuvo aviso de estas cosas en la Ciudad de los Reyes donde a la sazón estaba, y deseando se evitasen, escribió muy encarecidamente a sus hermanos que trataran al Manco Ynga bien y a los curacas y principales y demás indios, pero fue su carta de poco provecho para lo que les mandó, porque antes empezaron a hacerlo peor con ellos y a darles más vejaciones y molestias.

En esta sazón, Vilaoma, que era un indio principal y había ido con Paulo Topa y don Diego de Almagro a Chile, volvió huyendo de allá y dijo a Manco Inga muchas mentiras, especial que todos los españoles que habían ido a Chile eran muertos, y que eran para poco, sólo para comer y beber y hurtar, que qué hacía él. Con estas razones y la inquietud que en su pecho traía Manco Inga, se alborotó más y se tornó a informar del Vilaoma de lo que en Chile había sucedido a don Diego de Almagro y en el camino, y él le respondió, como he dicho, muchas mentiras, pues no era muerto, como decía, ni los españoles. Con esto, Manco Ynga acordó de despachar, y envió mensajeros por todas las provincias de Quito a Chile, mandando a los indios que en un día señalado, dentro de cuatro meses se alzasen todos contra los españoles, y que los matasen sin perdonar a ninguno, y con ellos a los negros y a los indios de Nicaragua, que habían pasado a estas partes en compañía de los españoles, que eran muchos. Y a cuantos estuviesen esparcidos por sus pueblos,

porque así convenía para alcanzar libertad de la opresión en que estaban. Oyendo en todos los lugares del reino este mandado de Manco Ynga, con mucha voluntad se ofrecieron a ello, porque en todas partes corría un lenguaje de los españoles y un trabajo general en los indios, por los malos tratamientos y molestias que les hacían. Todos nacidos de la arrogancia y soberbia en que estaban, que cada día se aumentaba con las riquezas que, lícita o ilícitamente, adquirían entre los indios, sin considerar la estrecha cuenta que dello habían de dar en el tribunal y juicio de Dios, a cuyas orejas llegaban los clamores de los pobres indios.

CAPITULO LXVI

Que Manco Ynga salió del Cuzco y se rebeló y envió a ponerle cerco con sus capitanes

De poco aprovechamiento fueron las cartas del marqués Pizarro para que el trato que se hacía a Manco Ynga mejorase, como hemos dicho antes. Hernando Pizarro, su hermano, con una insolencia terrible, cada día trataba más mal al Manco Ynga, y lo hacía hechar preso sin causa y luego lo soltaba, pidiéndole oro y plata, y siempre el cuitado le daba todo cuanto podía, y no contento con esto, por otra parte, maltrataba a los curacas y principales, haciéndose cada día más temido dellos y aun más aborrecible y odioso. Por no poderlo sufrir y para reparar lo que hacía, un día, por sacarle oro y plata, prendió a Manco Ynga y le dio trato de cuerda, y le quitó de sus mujeres por darle más dolor y pena. El Inga todo lo sufría, aguardando la ocasión dicha, pero hiciéronse apresurar, porque sus capitanes Vilaoma y Anta Alca y otros parientes suyos y caciques principales, apurados de lo que veían y pasaban, no pudiendo ir ya, como dicen, atrás ni adelante, le dijeron a Manco Ynga: mira, Señor, que mejor es que nos defendamos y muramos por ello, que no hemos de estar toda la vida en tanta sujeción y miseria, tratados como a los negros de los españoles y aun con más aspereza, y así alcémonos de una vez y muramos por nuestra libertad y por nuestros hijos y mujeres, que cada día nos los quitan y afrentan. Movido ya con estas razones, Manco Ynga concedió con ellos y les dijo que saliesen del Cuzco para efectuarlo con más comodidad y se fuesen a Yucay, donde lo tratarían entre sí, y concertado esto pidió licencia a Hernando Pizarro y a sus hermanos, diciendo que se quería ir a holgar a Yucay y que le diese algunos españoles que fuesen con él, para que allí se regocijase con ellos y lengua para hablar con los españoles que fuesen con él. Esto de pedir soldados fue para disimular mejor su trato e intención.

Hernando Pizarro y los demás hermanos y capitanes, no recelándose de Manco Ynga, ni pareciéndoles tenía sentimiento de las injurias que le hacían, consintió en que se fuese a Yucay, y dióle por intérprete a un indio Huancavilca, llamado Antonillo. Así, con su beneplácito, salió del Cuzco y no quiso volver más a él, y todos los indios de las provincias le siguieron, y los que más en número fueron con él eran los cañares y chachapoyas, que ahora residen en el Cuzco. Cuando salió para irse a Yucay se quedaron, que no quisieron ir con él o por deseo de servir a Su Majestad o por particulares pasiones y odios que entre ellos hubiese, Pazca, Huayparosoptor, Cayo Topa, hijos de Auqui Topa Ynga y sobrinos de Huaina Capac. También se quedó don Juan lona y don Luis Utupa Yupanqui y don Pedro Mayor Rimachi, con otros muchos indios naturales del Cuzco.

En viéndose Manco Ynga en Yucay libre de las manos y opresión de Hernando Pizarro y sus hermanos, habiendo conferido con sus capitanes y consejeros el negocio, hizo llamamiento general a todas las provincias y gentes dellas, y habiéndose juntado mucho número, muy de veras trató con los principales el alzamiento, y cómo se había de efectuar mejor y con más brevedad, sin que los españoles se pudiesen defender ni librar de sus manos. Y no lo pudo hacer tan secreto que no viniese a noticia de Hernando Pizarro y sus hermanos. Sabido por él, enviaron algunos españoles que al disimulo fuesen por él y lo trajesen, no mostrando recelarse dél. Pero él estaba ya prevenido, y cuando llegaron adonde él estaba no quiso venir, antes se defendió con grandísimo ánimo y osadía, y embistiendo a los españoles los hizo retirar y a los indios que venían con ellos y, no contento, los fue siguiendo y los hizo huir hasta el Cuzco.

Viendo ya Manco Ynga su negocio declarado y que no se podía escusar la guerra, parecióle concluirlo de una vez acabando a Hernando Pizarro y a los demás conquistadores que había en el Cuzco. Así dentro de tres o cuatro días envió gran multitud de gente y por general della a Inquill, que representaba su persona, y por capitanes a Vila Oma y a Paucar Huamán, los cuales salieron de Yucay y vinieron a mucha prisa y cercaron el Cuzco. Fue tan riguroso y apretado el cerco, que se vieron Hernando Pizarro y los españoles en un aprieto notable, y tan afligidos que los indios no les dejaban tomar agua para beber, sino que a lanzadas y arcabuzazos la habían de ganar, que siendo cosa tan necesaria y en el Cuzco habiendo, como es notorio, tan poca, llegaron a todo el extremo posible. Y más, que Inquill hizo quemar todo cuanto pudieron de la ciudad, que fue nueva aflicción y trabajo. Duró, sin dejarlos descansar, el cerco dos meses, peleando cada día e impidiéndoles los indios el entrarles comida ni otros bastimentos. Viendo Hernando Pizarro y sus hermanos y los demás capitanes que tan a la larga iba -el asedio-, y que socorro de Lima no le podían tener, porque aunque habían avisado no sabían si llegara la nueva o no, determinaron con Pazca, que era capitán de los indios de la ciudad y amigos, de salir y dar batalla a los indios que los tenían cercados. Así por dos partes les embistieron con temeraria furia y denuedo, resolutos de morir o de hacer alzar el cerco. Rompieron primero por la parte de Carmenga, y con ventura favorable rompieron la gente de Chinchay Suyo que estaba por aquella parte, y eran capitanes dellos Curi Atao y Pusca, y así rompidos los fueron siguiendo, matando e hiriendo en ellos, sin dejarlos reparar, aunque quisieron rehacerse, y los llevaron hasta donde solía ser el pueblo de Jicatica, de donde viene una fuente de agua que es la principal que sustenta al Cuzco. Desde allí dieron la vuelta por la falda del cerro de Zenca y llegaron a la fortaleza y de allí vieron que Vilaoma y Paucar Huaman, que valerosamente se habían resistido, estaban abajo junto a la ciudad, peleando con grande ánimo con los españoles. Los cuales como de allá abajo vieron a los españoles en Chuquibamba, que estaba junto a la fortaleza, pareciéndoles que debían de haber vencido a los de Chinchay Suyo, y que si bajaban les tomarían las espaldas y los matarían a todos, faltos de ánimo con la vista del enemigo en lo alto, dejaron de pelear y se fueron con buena orden retirando y se entraron en la fortaleza, haciéndose fuertes en ella, porque es lugar muy aparejado para defenderse y ofender. Viéndose dentro, los españoles se retiraron, y ellos desde allí hacían grandísimo daño en los españoles e indios amigos, y visto por Hernando Pizarro la buena ventura y suceso que Dios le había dado en desbaratar a los enemigos y hacerles por fuerza alzar el cerco, determinó con sus compañeros y con Pazca, general de los indios

amigos y los negros que tenían, e indios de Nicaragua, cercarle la fortaleza y procurar entrar dentro y echar de allí a Vilaoma y a los suyos. Así lo puso por obra, cercándoles por todas partes, y en esto estuvieron cuatro días.

Antes que adelante pase, quiero referir lo que he oído contar a españoles e indios por cosa constante y verdadera, y es que dicen que andando en el mayor conflicto de la pelea apareció uno de un caballo blanco, peleando en favor de los españoles y haciendo en los indios gran matanza, y que todos huían dél. Muchos españoles tuvieron por cierto que era Mansio Sierra, conquistador principal del Cuzco, y que después, averiguando el caso, hallaron que Mansio Sierra no había peleado allí sino en otra parte y no había otro que tuviese caballo blanco, sino él, y así se entiende haber sido el Apóstol Santiago, singular patrón y defensor de España el que allí apareció, por lo cual la ciudad del Cuzco le tiene por abogado. También se refiere por los indios que, estando abajo peleando y teniendo apretados. en gran manera a los españoles, una mujer les cegaba con puñados de arena y no podían parar delante della, sino todos le huían, la cual se presume haber sido Nuestra Señora Abogada y Madre de los pecadores, que querría en aquel trance favorecer a los españoles, y así la Santa iglesia del Cuzco la tiene por patrona y titular suya. Poderoso es Dios para favorecer a los suyos y más cuando menos esperanza pueden tener del favor y socorro humano, entonces llega con el suyo para que se estime en lo que es razón. Démosle todos por sus infinitas misericordias gracias perpetuamente.

CAPITULO LXVII

Cómo los indios de la fortaleza mataron a Juan Pizarro, y al fin los españoles la ganaron

Después de cuatro días de cerco, visto por Vilaoma y Paucar Huamán cómo los apretaban los españoles en demasía, y que lo llevaban con tanta furia que era imposible escapar de sus manos, y que la comida para tanta gente como ellos eran les iba faltando y era dificultoso el metérsela ni socorro, porque los pasos estaban tomados por los españoles e indios amigos, determinaron de salirse de la fortaleza y salvarse como pudiesen, rompiendo por los enemigos. Así aguardaron cuando los españoles estuviesen más descuidados al parecer, y así una tarde, poco después de comer, casi a la hora de las vísperas, salieron con grande ímpetu de la fortaleza y embistiendo a sus enemigos rompiendo por ellos, se echaron con toda su gente por la cuesta abajo hacia Sapi y subieron a Carmenga. Aunque los españoles e indios amigos los siguieron, se escaparon y se fueron huyendo hacia Yucay, que hay cuatro leguas del Cuzco, donde estaba Manco Ynga, al cual dieron las nuevas de lo mal que les había sucedido en el cerro con los españoles y de las batallas y rencuentros que habían pasado entre ellos. Manco Ynga visto el desbarate y huida de los suyos recibió grandísimo pesar y enojo de ello, y los trató mal de palabra, deshonorándolos y afrentándolos, llamándolos de gallinas, cobardes, que de miedo de unos pocos españoles habían venido huyendo. Con el enojo tenía mandado luego matar algunos capitanes que supo habían huido al principio, y no habían peleado como debían con sus enemigos.

Algunos capitanes orejones, que se preciaban de valientes y bravos, con otros indios de

valor y ánimo, se quedaron en la fortaleza sin querer salir della, aunque pudieron, por dar muestras de estimar en poco a los enemigos, y que no se entendiese temían a los españoles. Así se fortalecieron lo mejor que les fue posible, metiéndose en las torres principales, y allí con bravo ánimo y bizarría se defendieron de los españoles y de los demás indios, que los ayudaban valientemente.

Visto por Hernando Pizarro que Vilaoma y los suyos se habían huido y que en la fortaleza había quedado muy poca cantidad de indios, que no serían más de hasta dos mil, juntándose todos los españoles e indios amigos, embistieron de un golpe a la fortaleza por todas partes, y los de dentro se defendieron por grandísimo rato, con temeraria obstinación, poniéndose a todo peligro sin temor de la muerte ni de los arcabuzazos que les tiraban. Mas, con todo eso los españoles a pura fuerza de brazos les ganaron dos cercas, las primeras, y una torre, y como aún todavía hiciesen instancia los indios en la defensa, sin querer desamparar los lugares que tenían ocupados, y durase gran rato la porfía, sin poder entrar más adentro los españoles, Juan Pizarro, hermano del Marqués Pizarro, como hombre valeroso y valiente capitán, tomó una escalera que allí tenían, y el primero de los compañeros subió por ella, para entrar en una torre, y al tiempo que quería entrar le dieron los della con una piedra grande en la cabeza, que le hicieron venir rodando a él y a la escalera. Y entonces viendo la turbación de los españoles con el caso sucedido, no perdiendo tan buena ocasión como se les ofrecía, salieron los indios de la fortaleza con tanto coraje que desbarataron a los españoles y los echaron fuera de las cercas y torre de que se habían apoderado, tornando a ganárselas y mataron mucho número de indios amigos en los cuales hartaron su saña y rabia. Los españoles con mucha pena de lo sucedido a Juan Pizarro le tiraron como mejor pudieron y lo llevaron al Cuzco, abajo. Pero fue tal el golpe, que le habían hundido la cabeza, y así, sin que le bastasen remedios, murió dello con harto sentimiento de sus hermanos y de los amigos que tenía allí.

Como los españoles se retiraron, los indios de la fortaleza echaron fuera los que habían quedado de los enemigos dentro, pero Pazca, general de los amigos, ordenó que les tomasen las puertas y las entradas y salidas de la fortaleza a mucho número de indios. Habiéndolas tomado de suerte que por ningún lado les podía entrar socorro ni bastimento, de que tenían mucha necesidad, y así estuvieron toda la noche. A la mañana tornaron los españoles con el ayuda de los enemigos a combatir la fortaleza, y lo hicieron con tanta determinación que al fin la entraron, venciendo a los enemigos y rindiéndolos y matando mucha cantidad dellos. Así se quedaron señores de la fortaleza y alegres y regocijados por el buen fin que habían tenido los trabajos y aprieto, en que los indios les habían puesto en aquel cerco tan porfiado, donde con verdad pueden decir que la poderosa mano del Señor los libró y sacó a salvo, porque fue grande la prisa que los indios les dieron, peleando todos los días y padecieron mucha necesidad de comida.

Sosegados ya los españoles y habiendo descansado del trabajo y cuidado, Hernando Pizarro dio orden que se repartiesen los españoles en escuadras y, con muchos indios amigos, fuesen a reparar el daño que esperaban de la gente que se venía juntando de las provincias. Así unos fueron por el camino del Collao a pelear con los indios que de hacia allá caminaban hacia el Cuzco, y los desbarataron cogiéndolos descuidados. Otro número

de españoles fue hacia Conde Suvo y tuvieron una gran batalla, donde vencieron a los indios que de aquellas provincias venían hacia el Cuzco, y deshechos se volvieron. Otros fueron al camino de Chinchay Suvo e hicieron lo mismo.

Vueltos al Cuzco pareciéndoles que lo principal estaba por hacer, que era ir a Yucay, donde estaba Manco Ynga triste y desesperado de los malos sucesos que habían pasado por su gente, así en el cerco como en las demás partes, viendo que todo le sucedía tan al contrario de su deseo, y sus designios se le deshacían, trataron los españoles de ir a Yucay y haberle a las manos porque con esto se daba fin a la guerra, y se sosegarían los indios y las provincias viéndose sin cabeza y sin Ynga y en poder de los españoles. Así salieron del Cuzco muchos españoles, acompañados de indios y muy bien aderezados, y fueron a Yucay, pensando hallarle allí, pero él había sido avisado de su partida y del fin con que iban y había ido a Calca, y como no le hallasen, acordaron, sabiendo dónde era ido, seguirle. Partieron luego a gran prisa tras dél y le dieron una vista y apretándole casi le hubieran habido a las manos. Pero diose Manco Ynga tan buena maña que se les escapó y la gente que con él iba, que era mucha, con piedras y galgas desde los altos se defendió tan valerosamente que desbarataron a los españoles y mataron muchos indios de los amigos. Viendo desbaratados sus enemigos Manco Ynga revolvió sobre ellos con ánimo valeroso, y animando a los suyos los cargó también, que los hizo huir más que de paso, como dicen, y les fue siguiendo el alcance dándoles tanta prisa que no pararon hasta el Cuzco. En toda una noche no les dejó descansar ni tomar resuello, yendo los indios sobre los españoles que no durmieron sueño. Viendo que no los podía acabar Manco Ynga se retiró con sus indios a Tambo, y allí juntando mucha gente se hizo fuerte por si los españoles fuesen sobre él.

CAPITULO LXVIII

Cómo Manco Ynga envió a cercar a la Ciudad de los Reyes a Quizo Yupanqui, y lo que les sucedió

Nadie me podrá negar que la rebelión y alzamiento de Manco Inga Yupanqui, más fue forzado y movido de los agravios y opresiones de Hernando de Pizarro y sus hermanos, que de propia voluntad, porque un ánimo generoso y noble siente más las injurias cuanto menos ocasión da para ellas. Si el Marqués don Francisco Pizarro hubiera desde el principio obviado los excesos y exorbitaciones de sus hermanos y demás españoles, no se alzaría Manco Inga ni fueran muertos tanta infinidad de indios, ni él se viera en el aprieto que se vio. Pero de un inconveniente se siguen millones y lo que en los principios fácilmente se remediara, en dejando tomar raíz y fundamento al mal, se dificulta e imposibilita más, como veremos.

Después que Manco Inga se hubo fortalecido en Tambo, como hemos dicho, e hizo junta de muchos millares de indios de todas partes, pareciéndole que si tomaba a Lima y destruía al Marqués, que en ella estaba con mucha gente, el Cuzco le vendría luego a las manos, faltándole el aliento que de soldados le subía de allí. Determinó de acometer primero a Lima, y así envió a ello a Quico Yupanqui y a Ylla Topa y Puyu. Vilca a Lima.

Y Quico Yupanqui era Capitán General a quien los otros obedecían, y llevó orden de Manco Ynga para que toda la gente de Chinchay Suyu le siguiese y con ella y la que llevaba, cercase a Lima y matase al Marqués Pizarro y a todos los españoles que con él estaban. Y así salió de Tambo, y caminando por el Camino Real en un río llamado Chuico Mayo topó de repente a muchos españoles que descuidados iban al Cuzco, pareciéndoles que ya estaba todo apaciguado y que no había que temer, como habían tenido nueva que el cerco del Cuzco se había acabado y desbaratado a los Capitanes de Manco Ynga. Dando sobre ellos los mató a todos y tomó muchos despojos de vestidos de seda y paño y otras presas; y mucha ropa, vino y otras cosas de Castilla, y negros y negras que llevaban al Cuzco. Muy contento con el buen suceso y la presa que había alcanzado tan sin peligro, lo despachó luego todo a Manco Ynga, que lo recibió con grande alegría, y le parecía que su negocio se iba encaminando todo, conforme su deseo, con tan buen principio.

Quizo Yupanqui, habiendo despachado los despojos al Ynga, pasó adelante, juntando por donde quiera que pasaba mucha gente por fuerza o por grado, para hacer su ejército mayor y más temido, y caminando hacia Xauxa, en la cual había como hemos dicho españoles en pueblo cerca de Atun Xauxa. Antes que los indios llegasen tuvieron nueva como venían a matarlos, y no hicieron caudal dellos ni los estimaron en nada, diciendo: vengan esos perros que aquí estamos aguardándolos y los hemos de hacer pedazos a todos, aunque vinieran doblados de los que son, que por su mal salieron del Cuzco. Con esto, no se quisieron fortalecer ni reparar en un usno que allí había, ni pusieron guardas ni centinelas, ni enviaron espías al camino, para que les avisasen cuando llegaban los indios cerca dellos, como era razón lo hicieran. Pero su soberbia y arrogancia los destruyó, y permitió Dios muriesen allí para castigo suyo y ejemplo de otros que no menosprecien a sus enemigos.

Quizo Yupanqui llegó una mañana al reír del día sobre los españoles tan súbito, que primero estaban cercados por todas partes que ellos lo sintiesen, que aún no tuvieran lugar ni tiempo de poder vestirse, que estaban en la cama y así se metieron con el alboroto en un usno que allí había como fortaleza, y allí con las armas que más a mano hallaron y la confusión que cada cual podrá imaginar, que nunca entendieron tuvieron ánimo los indios para acometerlos, se empezaron a defender con ánimo español y más en tal trance, donde no les iba menos que la vida. Pero al fin durando la pelea desde la mañana, que llegaron los indios, hasta hora de vísperas, hubieron los pocos de caer a las manos de los muchos, y así los indios los mataron a todos, y a sus caballos y negros de su servicio, que allí tenían, sin que de la furia de la muerte pudiesen escapar más de solo un español, viendo ya el negocio de la suerte que iba y que era lucura esperar, habiendo muerto a todos sus compañeros, puso el remedio de su vida en la huida, ya que no podía con sus brazos. Así en un caballo salió huyendo y los indios aún no quisieron que ése escapándose llevase la nueva, que le fueron siguiendo hasta Ancha Cocha, sin descansar ni dejarle reposar un momento. Al cabo, con la ayuda de Dios, salió del peligro y se escapó y los indios se volvieron a gozar los despojos de los españoles muertos y hacer pedazos sus cuerpos con bárbara crueldad. El español caminando con mucha diligencia llegó a Lima, que había tres grandes jornadas, y dio la nueva al Marqués Pizarro, el cual muy triste por la muerte de los españoles empezó a aparejarse para la defensa, no les

sucediese como a ellos, juntando la más gente que le fue posible en aquella ocasión, y animando a los indios que allí había a defenderse.

Quizo Yupanqui, concluido con el desbarate, hizo recoger todo lo más precioso de los vestidos y armas de los españoles, y junto lo envió a Manco Ynga presentado, dándole aviso de la victoria que había alcanzado muy fácilmente con muerte de todos los españoles. Recibió Manco Ynga el presente con gran regocijo y placer, prometiéndose ya el fin, conforme los principios y que había de acabar de destruir a cuantos españoles había en el Reino, y quedar pacífico y quieto Señor dél. Por agradecimiento de lo que había hecho Quizo Yupanqui le envió una mujer coya de su linaje, para él, que era hermosísima, y unas andas en que anduviese con más autoridad, y le envió a decir que se fuese luego a Lima y la destruyese, no dejando casa en pie en ella, y matase cuantos españoles hallase donde quiera, que solamente el Marqués lo dejase vivo, y preso se lo trajese o enviase adonde él estaba, para dar luego sobre el Cuzco y prender a Hernando Pizarro y a los demás y acabarlos de destruir a todos.

Quizo Yupanqui, muy ufano y soberbio con el retorno de la coya y las andas, que todo era señal de gran favor y regalo, se estuvo un mes descansando en Xauxa e hizo gente de los xauxas, huancas y yauyos, para ir a Lima sobre el Marqués, en lo cual erró notablemente. Que si luego, sin reparar con la gente que traía, que era bastante, pasara la Puna de Pariacaca, y diera de repente en Lima, sin duda la tomara y asolará e hiciera cuanto quisiera, no habiendo dado lugar al Marqués para aderezarse y juntar gente, como le tuvo, antes le cogiera desapercibido y solo, pero Dios le cegó el entendimiento para que no acertase a proseguir lo comenzado felizmente, como le había sucedido. Salió de Xauxa con su ejército y, acercándose a Lima, ordenó la gente cómo había de acometer por tres partes, para que así mejor saliesen con su intención: los huancas, angares, yauyos y chaurcos entrasen por el camino real de los llanos, que es Pachacama, donde había un famoso templo, mentado en gran manera en este Reyno, y el Quizo Yupanqui entrase por Mama a salir a Lima el río abajo, y los de Tarama, Atabillos, Huanuco y Huaylas viniesen por el camino de Trujillo, que también es de llanos. Y con esta orden divididos, cercaron a Lima una mañana y embistiendo luego pelearon con los españoles valerosamente, y se adelantaron tanto que entraron dentro de la ciudad, haciendo en ella grandísimo estrago y mataron muchos españoles, e infinito número de indios amigos. Si la fortuna no les fuera favorable a los españoles o, por mejor decir, Dios que lo ordenaba para el bien de tanta multitud de almas como se habían de poner en carrera de salvación, aquel día se concluía la guerra asolando a Lima. Pero andando en lo más trabado de la batalla, le dieron a Quizo Yupanqui un arcabuzazo en la rodilla, lo cual fue causa que, sintiéndose herido, se retirase y así los demás, viendo a su General así, desbarataron, retrayéndose al cerro de San Cristóbal, que está un cuarto de legua de Lima, a la vista della. También fue causa de no acabar de concluir aquel día la jornada, el haberse detenido los huancas con los demás que con ellos venían, y no haber llegado a tiempo, que si llegan no quedara memoria de la Ciudad de los Reyes ni de los españoles. Pero en fin fue todo orden de Dios. Quizo Yupanqui hizo le llevasen a Bombon, y de allí se fue con todo su ejército a Chinchay Cocha, donde murió de la herida. Desta manera se deshizo la gente, dejando libre al Marqués y a la Ciudad de los Reyes.

CAPITULO LXIX

Que sabida por Manco Ynga la muerte de Quizo Yupanqui, envió mensajeros al Marqués, el cual fue al Cuzco

Muerto Quizo Yupanqui, quedaron en su lugar por Capitanes Yllatopa y Puyo Vilca, los cuales viendo la muerte de su General y el desbarate de los suyos, acordaron de retirarse a Xauxa. Así se fueron, con lo que del ejército les quedó, y desde Xauxa enviaron mensajeros a Manco Inga, haciéndole saber la muerte de Quizo Yupanqui, la cual sabida por él, recibió grandísimo pesar y tristeza, considerando la falta que le hacía un capitán tan valeroso y bien afortunado, y cómo se le desbarataban los pensamientos y designios que había en su mente fraguado. Y a un hijo que había dejado el Quizo Yupanqui, mancebo de buen ánimo, le hizo luego capitán y le dio las andas que había dado a su padre, honrándole lo posible, por animar a los demás a que le siguiesen y no le desamparasen en aquella ocasión. Luego despachó a Illatopa, mandándole que tomase todos los pasos dificultosos en los caminos, de suerte que de ninguna manera el Marqués Pizarro pudiese subir arriba, hacia el Cuzco, porque en esto al presente consistía todo su bien: evitarle no se juntase con sus hermanos y los demás españoles que estaban en el Cuzco.

Por mejor disimular su hecho y entretener al Marqués la subida, que la temía en sumo grado, envió mensajeros al Marqués, disculpándose de lo que había hecho, y diciendo que él no tenía la culpa dello, pues no se había salido del Cuzco y apartándose de sus hermanos de su propio motivo y voluntad, ni había querido intentar cosa contra el Marqués, a quien quería mucho, sino que forzado y compelido de los malos tratamientos de los demás capitanes y españoles, había procurado su libertad y salir de la sujeción y servidumbre en que lo tenían, todo por sacarle oro y plata, nunca viéndose hartos della, y deshonorándoles sus mujeres e hijas, y que así hasta la muerte los había de seguir, con todas sus fuerzas. Oída la embajada de Manco Inga por el Marqués y lo que en ella le enviaba a decir, acordó con muchos soldados venirse de Lima al Cuzco, diciendo que, sin duda, él sosegaría a Manco Inga por buenos medios y razones y lo traería de paz pacífico y quieto. Aunque le tenían tomado los pasos, con todo eso pasó sin impedimento con su gente, y llegado al Cuzco, habiendo conferido con sus hermanos el modo con que lo traería, salió del Cuzco con mucha gente aderezada de armas y fuese a Tambo, donde estaba Manco Ynga, publicando que iba de paz a verse con él y hablarle y a dar traza cómo se sosegase, y de allí adelante no hubiese más guerra ni revoluciones entre él y los españoles. Así se lo envió a decir: que él iba a verse, pues él le había enviado a decir a Lima que con él no tenía enojo ninguno, sino con sus hermanos, que le habían tratado mal.

Manco Inga, oyendo esto, recelóse no le quisiesen prender sobre seguro y matarle, y así no quiso ver de paz, ni hablar con el Marqués, antes viendo que se iba allegando a Tambo con su gente, le salió al camino en orden de guerra, y le dio batalla, con tanta determinación, que el Marqués se vio en un aprieto notable con todos los demás que iban en su compañía, que les fue forzado por no perderse allí sin que escapase alguno, dejar los toldos y las camas y a gran prisa pasar el río y venirse huyendo a Yucay, donde hizo

alto y estuvo algunos días, tratando lo que convenía hacer, y de allí envió mensajeros a Manco Ynga con mucho amor, mostrando le pesaba de todo lo sucedido con sus hermanos, y ahora con él, que su intento no había sido prenderle ni hacerle ninguna fuerza, sino sólo verle y tratar con él lo que él quisiese, para concertar la paz, y que se quietase con sus indios, asistiendo en el Cuzco, como solía de antes de las revoluciones, y que se viniese a Yucay do estaba el Marqués a comunicarlo. Pero Manco Ynga, recelándose que era trato doble para prenderle sobre seguro, nunca se quiso inclinar a salir de Tambo e ir a Yucay al Marqués, aunque cada día le enviaba mensajeros con presentes y regalos, de mil maneras, quejándose de Hernando Pizarro y de sus hermanos y capitanes, y que por amor dellos se había salido del Cuzco y alzádose, y que así se temía de ir al Marqués, porque ellos no le hiciesen mal, como siempre, sin darles ocasión, se lo habían hecho.

Andando en estos conciertos y embajadas, despachó Manco Ynga de secreto a Tico, haciéndole Capitán General del Collao, para que allí hiciese la más gente que le fuese posible, y él partió luego con su comisión, y le obedecieron e hizo gente, con la cual se estuvo en el Collao aguardando la orden de Manco Inga. Después de esto, viendo el Marqués que Manco Ynga no quería por buenas razones ni halagos venir de paz, determinó con los demás capitanes de concluir de una vez y darle batalla, con toda la gente que tenía consigo, y así salió de Yucay con este propósito, y fue a Tambo, donde está el Ynga, y en un recuento que con él tuvo le desbarató e hizo retirar a Maybamba. Allí hizo cabildo Manco Inga con los de su consejo y capitanes que con él estaban, y trataron de ir a la provincia de los chuis, porque le habían dicho que allí había una fortaleza que había hecho Topa Inga Yupanqui, su abuelo, llamada Uro Coto y, determinados de ir, se puso en camino para allá con todo el ejército que tenía allí, y fuese por los Lares de Hualla y de allí vino a Pilco, donde halló muchos negros e indios de Nicaragua, del Marqués, y a todos los mandó matar sin ninguna piedad. Estando allí supo por sus espías que los indios que estaban en sus pueblos le servían de mala gana y que estaban hechos a una con los españoles, sus enemigos, y visto ser así, los mandó matar a todos, haciendo un castigo ejemplar para hacerse más temido dellos y que otros no acudiesen ni sirviesen a los españoles, aunque los apremiasen para ello, sino se huyesen cuando los fuesen a coger.

Concluido con esto, se volvió poco a poco con toda su gente a Hualla, donde descansó un mes, y de allí se tornó a Maybamba, donde había salido, y estando allí tornó de nuevo a enviar mensajeros al Marqués Pizarro, diciéndole que para que entendiese su buen deseo y cómo él quería servir a Su Majestad y serle vasallo quitando la tierra, se vendría de paz adonde él estaba si mataba a sus hermanos, que tantos agravios le habían hecho, o cuando no les quisiese matar, por ser sus hermanos, que los desterrase del Cuzco y del reino, de suerte que no pudiesen otra vez hacerle daño ni molestia alguna. El Marqués, oyendo la embajada, le envió a decir que él le daba la palabra de echar a sus hermanos del reino y que en su presencia no se le haría ningún daño, sino que, como antes en el Cuzco, sería respetado y obedecido de los indios y nadie le daría enojo ni pesadumbre como él se pacificase y viniese a la obediencia que solía. Esto envió a decir el Marqués para atraerlo con seguridad al Cuzco y después hacer dél lo que se le antojase, pero no con intención de cumplirle la palabra ni seguro que le daba. El Manco Inga, creyendo que con sencillez

y llaneza le prometía el Marqués aquello, y que echaría a sus hermanos como se lo decía, que era lo que él en deseo más tenía, vino luego de paz con su gente hacia el Cuzco. Estaba ya en Huaman Marca con ánimo al parecer olvidado de lo pasado. Cuando el Marqués lo supo que se acercaba envió españoles e indios que al disimulo llegado a él le prendiesen y se lo trajesen. Esta gente llegó adonde estaba Manco Inga y le dieron una vista, de arte, que él, mal asegurado y sospechoso de lo que veía, se puso en defensa, porque luego imaginó la verdad de lo que era y a lo que iban los españoles, los cuales le embistieron viendo que se ponía a defender, y él se retiró lo mejor que pudo hasta Chuquichaca, y allí, con más refuerzo de gente, como era animoso y no eran muchos los que le seguían, resolvió sobre ellos, cargándoles de manera que les obligó a volver, huyendo con harta prisa. Él los siguió hasta Tambo, donde reparó y se estuvo algunos días, en los cuales el Marqués, acabándose de desengañar que Manco Ynga de ninguna manera vendría de paz y era por demás aguardar a traerle por bien, pues estaba hostigado de la vez pasada, dejó recaudo bastante en el Cuzco a su hermano Hernando Pizarro, con orden que en habiendo ocasión de estar descuidado Manco Inga lo hubiese en las manos, y él se fue por Arequipa, y convidado de la fertilidad del asiento la pobló de españoles, señalándoles encomiendas, y de allí se abajó a la Ciudad de los Reyes.

CAPITULO LXX

Que Don Diego de Almagro volviendo de Chile trató de reducir a Manco Inga y lo que le sucedió

Como el Marqués Don Francisco Pizarro se fue del Cuzco hacia Arequipa, luego lo supo Manco Ynga, y aunque se estaba en Tambo, todavía andaban él y los suyos con más libertad y atrevimiento. En esta sazón llegó de Chile Don Diego de Almagro y Paulo Topa con él, con toda la gente que había llevado, que español ninguno faltaba, aunque había perdido muchos indios en los despoblados, que perecieron en la nieve. Como halló las revueltas que hemos dicho, pesóle en el alma dello y trató cómo remediarlo sin derramamiento de sangre. Paulo Topa envió embajada a Manco Ynga, su hermano, diciendo que él y Don Diego de Almagro eran vueltos de Chile, donde habían pasado infinitos trabajos y desventuras de hambre y malos caminos, y que le pesaba mucho estuviere alzado y enemigo de los españoles, y que si él quería allanarse sería fácil el vengarse de los que le hubiesen agraviado. Porque Don Diego de Almagro le decía que si él gustaba se juntaría con él, con todos sus soldados, que eran cuatrocientos españoles que le seguían, y que matarían al Marqués y a Hernando Pizarro y a los demás hermanos y capitanes de su bando, y que juntándose les sería fácil de hacer, y después vivirían quietos, sin que nadie a él le injuriase. Desto se holgó en el alma oyéndolo Manco Ynga, pareciéndole que así se vengaría de Hernando Pizarro, que era a quien tenía atravesado en el alma por haberle dado trato de cuerda -y echarían a sus enemigos de la tierra- y dijo a su gente que ya habían venido los españoles y Don Diego de Almagro de Chile y que serían en su favor, y así destruirían al Marqués y a los demás, y que se aparejasen. Luego, para confirmar la amistad y el trato que comunicaban, envió mensajeros a Don Diego de Almagro y muchos presentes con ellos, diciéndole que de muy buena gana acudiría a lo que su hermano Paulo Topa de su parte le había enviado a decir, que juntos

sería el Don Diego en todo servido, y echando a Hernando Pizarro quedaría él por Señor y Gobernador de la tierra, como lo era el Marqués, y que se viesen en algún lugar donde gustasen. Oído esto por Don Diego de Almagro y Paulo Topa, dijeron que se querían ver con Manco Ynga, y para ello salieron del Cuzco y se fueron a Patachuayla, que era el lugar señalado para las vistas. Viniendo en el camino Manco Ynga sospechó que Don Diego de Almagro y Paulo Topa no le quisiesen coger descuidado y prenderle, porque venían con mucha gente, y dijo a los suyos: éstos nos deben de querer tomar por engaño, demos en ellos antes que nos hagan alguna traición como quiso hacernos el Marqués sobre seguro y matarnos; matémoslos a ellos. Así, movida la gente, fueron a embestir a Don Diego de Almagro y a los suyos, con Paulo Topa, y empezaron a pelear y hacerlo también que los desbarataron e hicieron huir y los vinieron siguiendo hasta el río, donde los españoles hallaron unas balsas que les dieron la vida en aquella ocasión, en las cuales pasaron de la otra parte y se pusieron en salvo. Manco Ynga llegó hasta el río y halló allí a Rampa Yupanqui, y díjole: por qué distes las balsas a mis enemigos, sin duda estabais hecho de concierto con ellos y los favorecéis de secreto, y con esto luego al punto lo mandó matar.

Don Diego de Almagro se vino al Cuzco con Paulo Topa, casi corrido de la burla de Manco Ynga, y pusieron los toldos en la plaza, y dentro de dos días, como andaban las diferencias sobre el Gobierno y a quién pertenecía la ciudad del Cuzco, a él o al Marqués Don Francisco Pizarro, prendió Don Diego de Almagro a Hernando Pizarro y Gonzalo Pizarro, y presos los envió con buenas guardas a Lima, diciendo: váyanse a Castilla, que ellos han sido causa, con sus insolencias y arrogancias, que Manco Ynga se rebelase. Y quizás con esto pretendió mitigar el ánimo del Inga para que viniese de paz viendo lo que había hecho con los Pizarros y cómo los había desterrado del Cuzco y enviado a Lima. De aquí se fueron encendiendo las pasiones tan sangrientas, que tanto costaron al Reino y que tanto impedimento fueron para la promulgación del santo evangelio en él, y para que los indios recibiesen el santo bautismo, y que tantas muertes de españoles e indios causaron de Pizarros y Almagros, dividiéndose el reino en estas dos parcialidades, aclamando los unos la una y los otros la otra, sobre que hubo tanta efusión de sangre que no se puede referir sin lágrimas. Al fin, Hernando Pizarro volvió al Cuzco, y en las Salinas, que son media legua dél, junto a la parroquia de San Sebastián, se dio una sangrienta batalla entre Hernando Pizarro y Don Diego de Almagro, que estaba acompañado de los que con él habían ido a Chile. Y siendo vencido Don Diego de Almagro y preso, queriendo quitar Hernando Pizarro este estorbo, para que la gobernación del reino quedase en su hermano, el Marqués, absoluta y sin compañía, le hizo proceso cual Dios sabe y le condenó a muerte, y no considerando que él haba sido su prisionero y le había tratado con cortesía y clemencia, enviándole a Lima, ejecutó la sentencia, quitándole la cabeza públicamente en el Cuzco, con general lástima y sentimiento de sus amigos y enemigos. Quedóle un hijo mestizo, llamado Don Diego de Almagro, como su padre, de quien después diremos brevemente cómo también este caso, porque mi intención en este libro sólo es ir prosiguiendo la descendencia de los Ingas Reyes de este reino y lo a ellos perteneciente, sin tratar despacio las cosas de los españoles, que por otros han sido ya tratadas, a las cuales las remito, sólo diré que antes y después de la batalla de las Salinas dicha, los indios que había en el Cuzco y su comarca, que no acudían adonde estaba Manco Ynga, iban a reconocer a Paulo Topa como a hijo

de Huaina Capac a su casa. Los españoles vecinos y encomenderos dellos, queriendo evitar inconvenientes que si se acostumbraban a ello podrían suceder, y porque Paulo Topa no se ensoberbeciese, mandaron que ninguno fuese a su casa, sino eran sus criados, y así, de allí adelante, no iban los indios a su casa ni le reverenciaban, que, en fin, entendieron los españoles que desta manera se quitaría la ocasión de rebelarse como su hermano.

Manco Ynga en este tiempo no descansaba, antes andaba haciendo muchos males y robos, destruyendo todo lo que podía, y como las nuevas llegasen a los españoles, queriendo de una vez concluir con el que traía inquieta la tierra, salieron adonde estaba y pelearon bravamente, matándole muchos indios, y le desbarataron e hirieron hasta la provincia de Vitcos, que es en Vilcabamba, y allá fueron tras él. Paulo Topa los siguió, y un día le tuvieron tan apretado que le tomaron las andas en que andaba y la tiana -que es el asiento donde se sentaba-, y él se escapó en las montañas, donde se escondió con muchos indios, y otros que no le pudieron seguir no tuvieron voluntad dello para andar ya cansados, se vinieron al Cuzco, y de allí cada cual se fue a sus tierras, y los españoles, como vieron que Manco Ynga se les había ido de las manos, se volvieron al Cuzco, y Manco Ynga se fue a su Guamanga con la gente que le había quedado, y allí hacía todos los males que podía.

Viendo que no cesaba, trataron de enviar otra vez a prenderle, y entró Gonzalo Pizarro, y Villacastín, y el capitán Orgono, y el capitán Oñate y Joan Balsa, y murieron trece españoles y mataron seis caballos, aunque le mataron muchos deudos de Manco Ynga y gente principal de la que estaba con él. Fue Villacastín, un capitán, con mucho número de soldados españoles, y también llevó consigo gran cantidad de indios, cuyos capitanes eran Inquill y Huaipar. Manco Ynga, juntando la gente que pudo, dio de repente sobre los indios y matólos a todos, y prendió a Huaipar, que lo hubo a las manos; Inquill, yendo huyendo, que se había escapado, se despeñó. Por hacer que los demás le temiesen, a Huaipar le mandó matar delante de su hermana, que era mujer de Manco Ynga, y dándose después batalla, Villacastín desbarató a Manco Ynga con los españoles y prendió a la mujer de Manco Ynga. Tuviéronla en las manos porque se quedó en la retirada, enojada, y no quiso seguir a su marido, porque había muerto delante della a su hermano Huaipar. Como hemos dicho, Villacastín y Gonzalo Pizarro la trajeron a Tambo, adonde el Marqués Pizarro, que había tornado a subir desde Lima, y estaba allí, con una extraña crueldad, no digna de usarse con una mujer que de aquellas revueltas y rebelión de su marido no tenía culpa, la mandó asaetar a ella y a otros capitanes de Manco Ynga. La muerte de su mujer, tan triste y desesperada, lloró e hizo grandísimo sentimiento por ella, porque la quería mucho, y fuese con esto retirando hacia el asiento de Vilcabamba.

CAPITULO LXXI

Cómo se alzaron todas las provincias de arriba y eligieron por Señor a Quinti Raura, y salió contra ellos Hernando Pizarro

Viendo ya los collas y todas las demás provincias que andaban alborotadas mediante la deligencia que para ello hacía Tico, General de Manco Ynga, a quien dijimos que había

enviado para que hiciese gente y que se rebelase el Collao, que Manco Ynga andaba de caída, y que le habían muerto los españoles mucha gente y otra le había desamparado, acordaron de alzarse desde Vilcanota hasta Chile todas las provincias y negar la obediencia a Manco Ynga y tampoco reconocer a los españoles, con los cuales estaban mal por su tiranías y opresiones. Así concertado, nombraron por Señor principal de todos a un curaca principal y de gran valor, natural de los Pacajes, llamado Quintiraura, el cual lo aceptó con gran voluntad y ánimo, prometiendo echar los españoles de la tierra y ponerlos a todos en libertad, más de la que tenían en tiempo de los Yngas. De la otra parte del Desaguadero, donde hay ahora unos paredones viejos, se fue y estuvo haciendo el ayuno, que era ceremonia que ellos usaban entre sí en semejantes actos y solemnidades, para que le hiciesen Señor de todos, como lo trataban.

Sabida esta conmoción y alzamiento en el Cuzco, salió Hernando Pizarro con mucho número de españoles, y fue en su compañía Paulo Topa, llevando indios amigos para apaciguarlos. Llegando al Desaguadero salió a ellos Quintiraura con su ejército y Hernando Pizarro les presentó la batalla, y ellos la dieron con mucho ánimo y osadía. En ella murieron muchos españoles e indios de los de Paulo Topa, y estuvo Hernando Pizarro a punto de ser perdido a remate, y la causa de tantos muertos fue el no poder pasar el Desaguadero con tiempo. Y viendo esto Paulo Topa dio una industria con que todos los indios y españoles pasaron en balsas muy cómodamente y sin peligro, y Paulo Topa dio con los suyos sobre los collas y los hizo retirar del Desaguadero, y luego llegó Hernando Pizarro con los españoles, y juntándose con ellos, los collas, como se vieron perdidos, se hicieron fuertes en un paso y de allí de nuevo dieron batalla. Pero, al fin, fueron desbaratados por el valor de los españoles, y pelearon aquel día valerosamente, y los collas deshechos algunos se fueron hacia la laguna a ampararse en ella y otros se fueron hacia sus tierras. En esta batalla fue preso Quintiraura, que no tuvo ventura de gozar mucho tiempo el mando y señorío que le habían dado, y los españoles quemaron toda la población que allí había. Hernando Pizarro en los presos y en todos los que pudo haber a las manos, que se habían alzado de los principales, hizo gran castigo, para escarmentarlos que en lo de adelante estuviesen obedientes y no se alzasen.

Concluido con esto, Hernando Pizarro pasó con su campo a la provincia de los Charcas, donde estaba Tico, General de Manco Ynga, por cogerle descuidado, pero él, siendo avisado cómo iba contra él Hernando Pizarro, y Paulo Topa en su compañía, con mucha gente, hizo luego un buen ejército de chuis y charcas, y de otras naciones de las de arriba, hasta Chile, y juntó número de coracoras y salió a Hernando Pizarro al encuentro, y en Tapacari les presentó la batalla, la cual dieron los españoles y fueron los indios vencidos y se retiraron con Tico, su General. Hernando Pizarro fue caminando con los suyos hacia Cochabamba y allí asentó su real, y se puso a descansar, porque venía la gente fatigada del camino y de la batalla.

Estando holgándose una mañana sin pensarlo, antes que amaneciese, se hallaron cercados de los indios, que, sin duda, debían de estar escondidos cerca, pues tuvieron lugar de poner en torno del real infinidad de maderos a manera de talanqueras muy espesos y fuertes, porque los españoles no se pudiesen aprovechar de los caballos, que era con los cuales hacían más daño en las batallas. Se vio Hernando Pizarro, y Paulo Topa, en

grandísimo aprieto porque estaban rodeados por todas partes, sin poder entrar ni salir fuera del real, y si allí se estaban habían de perecer de hambre, y las bestias de pasto. Tico con los indios, que en aquella ocasión había hecho junta de infinidad de ellos, y los había traído con promesa de matar todos los españoles y quedar de aquella vez libres y salvos de sus molestias, y él había incitado y movido a todas aquellas provincias para que se alzasen, con promesas, y aún con amenazas, que les había hecho de parte de Manco Ynga, en cuyo nombre había venido, como dicho es.

Viéndose Hernando Pizarro y los españoles cercados y que no tenían remedio, sino a fuerza de brazos romper aquellos maderos y palizadas, como pudiesen, y salir a los enemigos que estaban afuera con las armas aguardando, dieron traza que unos rompiesen y otros peleasen desde dentro. Así, españoles e indios amigos, con Paulo Topa, empezaron a deshacer las talanqueras y a salir a pesar de los indios de Tico, que lo defendían con todo ánimo y furia, y peleaban haciendo cuanto era en ellos. Estuvieron de aquella manera todo el día y la noche, sin descansar los unos ni los otros, con el mayor tesón que se había visto en batalla de indios en este reino. Pero, al fin, fue Dios servido que los españoles, con la ayuda de los indios de Paulo Topa, que lo hicieron con mucho esfuerzo, venciesen a Tico y a los suyos y los hicieron huir, con muertes de grandísima cantidad de ellos, como la pelea duró tanto y con tanta porfía.

Tico, como conoció su poca suerte y se vio desbaratado, fuese hacia Pocona retirando con los que le quisieron seguir y desde allí hacia los chichas. Hernando Pizarro y Paulo Topa, no queriendo se alargase, por acabarlo de una vez, a gran prisa partieron en su seguimiento, pero por mucho que hicieron no le pudieron dar alcance. Así, se volvieron a Pocona a descansar, que lo habían bien menester, por el trabajo grande y aprieto que se habían visto en la batalla tan reñida. Estando en Pocona, Paulo Topa quiso intentar si por buenos medios y palabras podía traer a Tico a la obediencia de Su Majestad, el cual estaba en Omahuaca con su gente, y enviále a decir con sus embajadores que ya veía el poco remedio que tenía, y cómo Manco Ynga estaba retirado en Vitcos sin poder salir fuera, ni darle socorro, que mucho mejor le estaba venirse de paz y sosegar, que no andar de aquella manera, y que él si gustaba hablaría a Hernando Pizarro y alcanzaría dél perdón para Tico y los suyos, y desta manera aseguraría su vida y su quietud. Tico, oyendo el mensaje de Paulo Topa y las buenas razones dél, dijo que de muy buena gana vendría adonde estaba Hernando Pizarro, y le daría la obediencia, como le perdonase y diese la palabra de no hacer mal en su persona. Hernando Pizarro se la dio, y con esto, Tico se vino poco a poco acompañado de todos los caciques y principales de las provincias de los charcas y chuis, y los demás que se habían alzado con él y seguidole en aquella guerra. Con gran acompañamiento llegaron donde estaba Hernando Pizarro y Paulo Topa aguardándoles con sus armas en orden de guerra. Y allí Tico y los curacas hicieron reverencia con mucha humildad, primero a Hernando Pizarro, y luego a Paulo Topa, los cuales los recibieron muy bien. Concluido esto, Hernando Pizarro hizo que sus españoles prendiesen a Tico y a los demás curacas que con él habían venido, y al Tico, sin hacerle mal ninguno, se lo entregó a Paulo Topa por prisionero, diciéndole que lo guardase y lo tratase bien como amigo y confederado suyo, y a los demás curacas les perdonó. Con esto la tierra se fue apaciguando y los indios juntándose en sus pueblos como de antes, sin que hubiese rumor ni revuelta entre ellos. Hernando Pizarro,

habiéndola puesto en orden y concierto, se volvió con Paulo Topa al Cuzco, trayendo consigo a Tico y a otros caciques del Collao presos, para entretenerlos en el Cuzco algún tiempo, porque en el inter se sosegasen más las provincias y allanasen más de veras, no viendo entre sí las cabezas que los gobernaban, que son de donde proceden los alzamientos y rebeliones entre los indios.

CAPITULO LXXII

Cómo Manco Ynga mató muchos españoles que lo iban a prender, y Diego Méndez y otros entraron donde estaban de paz

En el tiempo que andaban estas revueltas en el Collao y Charca hemos visto Manco Ynga, cómo le daban algún reposo, estando ocupados los españoles con los del Collao, fundó el asiento de Vilcabamba, en la provincia de Vitcos, y dijo a sus vasallos y a los capitanes que con él estaban: ya me parece que será fuerza vivir aquí, pues que los españoles han podido más que nosotros y nos han quitado más tierras y echándonos dellas y de lo que poseyeron y ganaron mis abuelos y antepasados, poblemos aquí hasta que se muden los tiempos. Así estuvo algunos días quieto, sin salir a parte ninguna, ni tratar de hacer daño ni asaltar las tierras donde andaban los españoles.

Estando así, tuvo nueva que los españoles entraban por Tupa Rupa a quererlo prender, porque les pareció que mucho mejor se haría la jornada contra él entrándole por las espaldas que no por el camino ordinario, que tenían fortificado. Como supo el intento con que iban, despachó a Paucar Huamán y a Yuncallo con muchos indios, para que les defendiesen la entrada en los pastos que hubiese más dificultosos en el camino por donde venían. Estos dos capitanes salieron al encuentro a los españoles, que eran ciento sesenta, sin los indios amigos que les seguían, que era mucha cantidad, y en Yuramayo, que es a las espaldas de Xauxa, hacia los Andes, les dieron batalla, y como los españoles venían cansados y molidos de los ásperos caminos y montañas que habían pasado y roto, atravesando ríos y padeciendo mil necesidades, como suele acontecer en semejantes jornadas, que se va fuera de camino trillado y donde hay bastimentos, y los indios venían descansados y ganosos de pelear, los vencieron sin mucha dificultad y mataron los más de ellos, que no se pudieron escapar, sino fueron muy pocos, y éstos salieron de allí, y aportaron a tierra de cristianos después de grandes hambres y peligros, pasando mil despeñaderos. Murió en esta batalla, de la gente de manco Ynga, Yuncallo, de lo cual cuando lo supo recibió gran pena y dolor, porque era indio valiente y de gran consejo y valor para la guerra, y le hizo mucha falta, además que le tenía grande amor, que siempre en todos sus trabajos y afliciones le había seguido.

Paucar Huaman recogió el despojo que después de vencida la batalla y muertos tantos españoles halló, y se volvió muy gozoso con los suyos a Vilcabamba. Lo recibió Manco Ynga con grande honra y aplauso. Después de este suceso no entendían los capitanes de Manco Ynga y su gente sino de cuando en cuando salir a los caminos reales de Amancay, Andaguailas, Limatambo, Curaguaci y Tambo y otras partes, donde entendían podrían hallar españoles sueltos, a matarlos y robar lo que hallaban, de suerte que no había cosa

segura dellos, ni se podía caminar, sino fuesen muchos en compañía. En esto Manco Ynga trató con los suyos, que se fuesen a Quito, que era tierra fértil y abundante y donde no había tanta ocasión de hacerles daño los españoles, y allí se podrían mejor fortalecer para sus contrarios. Y más, que había en aquellas provincias infinito número de gente en más abundancia que acá arriba, porque no les habían apurado los españoles como a ellos. Como lo trató y vinieron en ello los capitanes, lo puso por obra, saliendo de Vilcabamba con todo su ejército y todas las cosas que tenía y había habido de los españoles, y llegaron a Huamanga, donde entonces había pocos españoles, y la robaron y destruyeron, haciendo todo cuanto mal alcanzaban. Estando allí Manco Ynga, consideró que ya había mucho número de españoles, y que venían cada día de Castilla, con que se aumentaban sus fuerzas, y que así no le convenía pasar adelante, porque podrían salir de Lima y de otras partes, con mucha cantidad y aguardarle en algún lugar cómodo para los caballos y allí deshacerle y prenderle. Así juzgo por más acertado volverse a Vitcos, de donde había salido, y comunicándolo con los suyos, lo hizo, y llegado allá dijo que se estuviesen en Vilcabamba, pues ya no podían con seguridad irse a otras partes, que todo estaba ocupado de los españoles.

En este tiempo fueron en el reino las grandes revoluciones, que a todos son notorias, resultadas de la muerte tan lastimosa de don Diego de Almagro, porque el capitán Joan de Herrada y otros amigos suyos, determinaron vengar su muerte en la Ciudad de los Reyes. Teniendo consigo a don Diego de Almagro, hijo del difunto, se conjuraron, y un día, dejando al don Diego encerrado en la casa donde vivían -porque era muy mozo y no lo quisieron poner en ese riesgo- fueron a las casas donde vivía el marqués don Francisco Pizarro, que ahora son reales, donde reside el Virrey y Audiencia en la plaza principal. Él acababa de comer con el capitán Francisco de Chaves, que era de su tierra, y entrando en la sala, el Marqués se metió en un aposento, donde a la puerta con una alabarda se defendió gran rato, que era hombre de mucho animo, y viendo los del hecho que, si se dilataba, acudiría la gente de la ciudad al ruido y se impediría su intención, echaron delante un negro, al cual dando un empujón hicieron entrarse, y en él descargó el marqués su alabarda, y ellos pudieron entrar, donde le mataron y también al capitán Francisco de Chaves. Sacaron el cuerpo del Marqués arrastrando por la plaza. De aquí resultó juntárseles mucha gente, toda la que había seguido la parcialidad de don Diego de Almagro, tomando por cabeza a su hijo. Venido Vaca de Castro, del Consejo Real del Emperador nuestro Señor y del hábito de Santiago, haciendo junta de los que eran leales al servicio de su Majestad, se vio con don Diego de Almagro, el mozo, en Chupas, dos leguas de Guamanga, con el Campo del Rey, donde sirvió, y aún fue la mayor parte de la victoria, el capitán Francisco de Carvajal, que después fue Maese de campo de Gonzalo Pizarro contra su Majestad, diose la batalla y fue desbaratado don Diego de Almagro, y huyó al Cuzco, donde fue preso, y Vaca de Castro hizo justicia dél cortándole la cabeza. Sucedieron otras cosas que no es mi intención referir a la larga, pues sólo atiendo a tratar, como he dicho, de la sucesión de los indios yngas.

De la batalla de Chupas referida salieron huyendo, cuándo fue desbaratado don Diego de Almagro, el mozo, Diego Méndez, mestizo, y Barba Briceño y Escalante y otros soldados, que por todos fueron trece compañeros, y se hallaron en ella contra su Majestad. Viendo que se hacía mucha diligencia en prender a los culpados en aquella

rebelión, se entraron huyendo por las montañas, hasta Vilcabamba, donde estaba Manco Ynga, el cual los recibió muy bien y con muchas muestras de voluntad para su daño, y dijéronle que se entrarían allá a servirle muchos españoles, y que con ellos tornaría a recobrar su tierra y vencería y echaría a los españoles que en ella estaban. Eso le dijeron a Manco Ynga, temerosos que los mandaría matar y por adularle y tenerle grato, y él les hacía muy buen tratamiento en todo, sin imaginación de hacerles daño, con lo cual ellos se aseguraron y perdieron el temor.

Pasados algunos días, supo Manco Ynga por las espías que tenía por el Cuzco y otras partes, cómo un curaca llamado Sitiel, mofando del Manco Ynga en presencia de muchos cristianos, dijo a Caruarayco, cacique de Cotamarca: le vamos a prender a Manco Ynga a Vilcabamba y Caruarayco será Ynga y Señor, y todos le obedeceremos, y Manco Ynga le servirá y traerá la tiana, que es el asiento donde los curacas y principales se asientan. Desto, cuando lo supo Manco Ynga, se sintió mucho y anduvo trazando cómo se vengaría de aquella desvergüenza y burla que Sitiel había hecho dél, teniendo por gran afrenta que un indio su vasallo se hubiese atrevido a decir tal, en presencia de los españoles ni de nadie, y dijo a Diego Méndez y a los demás: vamos a prender a aquella gente porque nos conozcan bien y no nos menosprecien. Diego Méndez y los demás dijeron que sí, y se le ofrecieron con mucha voluntad al parecer. Después Manco Ynga mudó de parecer, diciendo: no vamos nosotros allá, porque vosotros estáis aún todavía cansados del camino tan fragoso que pasasteis, basta que vaya desta mi gente la más valiente, que ellos los prenderán. Así, en conformidad desto, envió todos los capitanes que con él estaban y todos los indios, que no quedaron con él sino sólo quinientos para su guarda, y les encargó que con toda la prisa posible fuesen antes que los sintiesen, y procurasen traer vivos a Sitiel y Caruarayco, para vengarse dellos a su placer. Con esto se fueron a cumplir su mandato con toda diligencia.

CAPITULO LXXIII

Cómo Diego Méndez y los demás españoles mataron a traición a Manco Ynga

Nadie hay que niegue cuán feo y abominable vicio sea el de la ingratitud, porque hacer bien al que me hizo mal es obra de cristiano que sigue las pisadas y ejemplo de Cristo Nuestro Redentor, que lo enseñó con obras y palabras hasta el fin de su vida. Pagar bien con bien eso todos los hombres que tienen un poco de conocimiento de lo que es ley natural lo hacen, pero al que me hizo bien, al que me libró de riesgo y peligro, al que me dio de comer y beber faltándome, al que cubrió mi desnudez pagarle estas buenas obras mal es de ánimo maligno, de entendimiento bárbaro y ciego, pues hasta las mismas fieras a sus bienhechores y de quien habían recibido beneficios los reconocían y respetaban, de lo cual tenemos mil ejemplos en los libros, y así dijo bien el filósofo español Séneca, que en llamando a un hombre de ingrato le habían dicho, con este nombre solo, todas las maldiciones que se le podían decir, de suerte que en este solo vocablo están inclusos y recogidos todos los oprobios e injurias posibles. Digo esto por Diego Méndez Barba y sus compañeros, que habiendo huido donde si fueran cogidos no escapan con la vida, como otros que delinquieron en el delito que ellos, y habiéndolos amparado Manco Ynga y, en

lugar de tratarlos como enemigos, de quien tantos daños había recibido, los recogió y dio de comer y beber, y los tenía en su compañía, haciéndoles el bien posible, le pagaron el hospedaje y acogimiento con quitarle la vida, fundados en una vana esperanza, que les harían merced, no considerando cuán fea e infame cosa cometieron, indigna de imaginarla pechos nobles, contra quien actualmente les hacía bien.

Manco Ynga, después de haber despachado sus capitanes y gente, se quedó con los españoles, a los cuales en todo hacía muy buen tratamiento y cortesía, porque en su presencia les hacía poner la mesa y allí les daba de comer y beber abundantemente, haciéndoles mucho regalo, como si estuvieran en sus pueblos, donde eran naturales. Ya los españoles parece que estaban enfadados de tanto regalo y hartos de estar allí, y quisieran volverse al Cuzco y acá fuera, y no sabían cómo hacerlo con seguridad, que no les prendiese Vaca de Castro, y trataron entre sí una grandísima traición, de que matasen a Manco Ynga de la manera que mejor pudiesen, y matándolo se saliesen huyendo, que sin duda ninguna por este servicio tan señalado les perdonaría Vaca de Castro y les haría mercedes, pues desta suerte quedaría pacífica la tierra. Y habiéndolo conferido entre sí, Diego Méndez se prefirió a matarlo en habiendo ocasión, antes que los indios que habían ido a prender a Sítuel y Caruarayco volviesen, que si venían antes sería más dificultoso, por ser mucha la gente que estaba con Manco Ynga. Así anduvieron con cuidado buscando ocasión para ejecutar su dañada y perversa intención.

Un día jugaron a los bolos Manco Inga y Diego Méndez, y en el juego ganó cierta plata Diego Méndez a Manco Ynga, y luego se la pagó, y habiendo jugado un rato dijo que no quería jugar más, que estaba cansado, y mandó traer de merendar, y trajéronselo, y Manco Inga dijo a Diego Méndez y a los demás: merendemos, y ellos le dijeron que sí, y se sentaron con mucho contento, y comieron lo que habían traído allí con el Ynga, el cual andaba ya receloso de los españoles, porque les veía andar con cuidado y traer armas secretas puestas. Así le dio mala espina no le quisiesen hacer alguna traición, pues estaba con poca compañía, y des que acabaron de merendar les dijo que se fuesen a reposar, que él quería holgarse con sus indios un rato, y ellos le dijeron que luego se irían, y entre sí los españoles empezaron a burlarse unos con otros de palabra y jugando por hacer reír a Manco Ynga, que gustaba cuando ellos se holgaban. Con esto se fueron entreteniendo un rato, hasta que Manco Ynga, habiendo bebido, se levantó a dar de beber al capitán de su guarda -porque es uso entre ellos hacer esta honra a quien quieren mucho- y diole de beber. Estando parado, que le había dado un vaso en que bebiese, volvió a tomar otro vaso, que lo llevaba una india suya detrás dél, para beberlo Manco Ynga. En esto, Diego Méndez, que estaba alerta para gozar del tiempo si se le ofreciese, como le vio vueltas las espaldas a ellos, arremetió con él a gran furia y con una daga le dio una puñalada por detrás, y Manco Ynga cayó en el suelo, y luego Diego Méndez le dio otras dos, y los indios que allí estaban todos sin armas, turbados de tan no pensado caso, arremetieron a favorecer a Manco Ynga y defenderle, no le hiriese más, y los otros españoles metieron mano a sus espadas y arremetieron también a librar a Diego Méndez, y a gran prisa se fueron corriendo a sus ranchos y ensillaron sus caballos, y tomaron su servicio que allí consigo tenían, y su hato lo cargaron como la prisa les dio lugar, y tomaron el camino del Cuzco, sin parar en parte alguna, y toda aquella noche caminaron sin dormir sueño, y

como era montaña, no acertaron bien el camino y anduvieron desatinando de una parte a otra, perdidos y así se detuvieron.

Luego como hirieron a Manco Inga y se huyeron Diego Méndez y los demás, los indios principales que allí estaban, con el sentimiento y lástima que se puede entender, no osaron con la gente que allí tenía Manco Ynga, seguir a los españoles, temerosos no hubiese sido traición concertada y hubiese venido más gente del Cuzco en su ayuda, sino con suma diligencia despacharon a los capitanes y gente de Manco Inga que habían ido a prender a Sitiel y Caruarayco, diciéndoles que Diego Méndez y los demás españoles habían dado de puñaladas al Yuga y se habían ido huyendo hacia el Cuzco, y que lo dejasen todo y se volviesen a ver si podían coger a los españoles antes que se escapasen, porque si no se volvían, los españoles se irían. Los indios que fueron a decir esto se dieron tan buena maña que los toparon en el camino, que ya se volvían, y traían preso a Caruarayco, y Sitiel se les había ido de las manos por ligereza de los pies, porque entrambos habían cogido juntos.

Como oyeron esta triste nueva, los capitanes y demás gente, de ciento en ciento, los más valientes y ligeros se adelantaron a gran paso y llegaron adonde estaba Manco Inga mortalmente herido, que aún no había muerto, y como vieron así a su señor, con deseo de vengarlo y hacer pedazos a los autores de la traición, dieron la vuelta por donde supieran habían ido los españoles, en su seguimiento, y caminaron con tan buenas ganas que otro día los alcanzaron, que se habían metido en un galpón grande que había en el camino y estaban reposando, pensando que nadie los seguiría y que estaban seguros y en salvo. Los indios que los seguían llegaron antes que anocheciese adonde los españoles estaban recogidos y tenían consigo sus caballos dentro, y los indios no quisieron acometerlos luego porque con el día no se escapase ninguno, sino escondiéronse en el monte, sin que pareciese alguno dellos hasta que la noche cerró, y entonces, juntando mucha cantidad de leña del monte donde se habían ocultado, fueron al galpón y lo cercaron y pusieron la leña en las puertas para que no se pudiesen salir fuera, y con paja les pegaron fuego, y como al ruido se levantasen los españoles y algunos quisiesen salir rompiendo por el fuego, los alancearon los indios, y allí los demás con sus caballos fueron abrasados, sin que ninguno ni cosa de las que dentro tenían escapase, que el galpón todo fue quemado. Hecho esto, muy contentos los indios de ver vengada la muerte de Manco Inga su señor, se volvieron a Vitcos, a do le hallaron que ya quería espirar, porque no habían bastado los remedios que ellos le pusieron para sanar.

Cuando supo que ya quedaban los españoles muertos, sin que ninguno hubiese podido escapar, y su muerte castigada, se holgó mucho, y les dijo que no llorasen por él, porque la gente de la tierra no se alborotase y se alzasen, y nombró por heredero a un hijo suyo, el mayor, aunque pequeño, llamado Saire Topa, y que mientras no fuese de edad para regir y tomar en sí el señorío, los gobernase Ato Supa, un capitán orejón del Cuzco que estaba allí con ellos, que era hombre de valor y de gran prudencia y animoso para la guerra, y les dijo que lo obedeciesen y que no desamparasen la tierra de Vilcabamba, y que su maldición les alcanzase si otra cosa en contrario hiciesen, pues aquella tierra la había hallado y fundado con tanto trabajo y sudor de sus personas -y que en conquistarla habían muerto tantos dellos y la habían defendido de los españoles con tanto valor y brío-, y

habiendo dicho estas razones murió. Con el sentimiento posible embalsamaron su cuerpo a su usanza, y sin llorar ni dar muestras de tristeza, por lo que él les había mandado, lo llevaron a Vilcabamba, donde se estuvieron, gobernándolos Ato Supa, el capitán orejón. Este fin tuvo Manco Inga Yupanqui, hijo de Huaina Capac, señor universal deste reino, habiendo desde que salió del Cuzco, por las vejaciones y tiranías de Hernando Pizarro y los suyos, pasado infinitos trabajos y desventuras, de una parte a otra, seguido y perseguido de los españoles, de los cuales, ya vencido y ya venciendo, se escapó en millones de ocasiones, todo por conservar su libertad, y lo que tantas veces el marqués Pizarro y sus hermanos, y otros capitanes, no pudieron hacer con tantos soldados e indios amigos, acabó y concluyó Diego Méndez, mestizo a quien, y sus compañeros, el Manco Inga había recogido y amparado y hecho bien en su casa, porque se vea hasta dónde llega una traición.

CAPITULO LXXIV

De cómo Saire Topa bajó a la Ciudad de los Reyes y dio la obediencia a su majestad, y de su muerte

Muerto, como hecho dicho, Manco Ynga Yupanqui, le sucedió en el cargo de Ynga Sairetopa Ynga Yupanqui, su hijo, aunque ya todo su mando y señorío se contenía en la provincia de Vilcabamba y en los indios y orejones que con él estaban, porque cada día los españoles habían ido tomando más fuerza y poder, y se habían ido aposeionando del Reino, de suerte que estaba el Ynga retirado en aquel rincón, falto de fuerzas y autoridad, contentándose con aquella poca tierra que le habían dejado, más por su aspereza que por voluntad, y acudían a él los chunchos, indios de la otra parte del río grande, dicho comúnmente Marañón, y de otras provincias que hasta ahora se tiene dellas poca noticia entre los españoles. Desta manera, sin tomar el gobierno en sí, estuvo Sayretopa debajo de la tutela de Ato, orejón.

En este tiempo sucedieron aquellas famosas guerras que se levantaron entre los españoles, originadas de las nuevas ordenanzas que Su Majestad el Emperador nuestro señor hizo para este reino del Pirú y el de Nueva España, a instancia de Don Fr. Bartolomé de las Casas, religioso del Orden de Santo Domingo, obispo de Chiapa. Varón apostólico, acérrimo defensor de la libertad de estos indios, en cuyo amparo y protección se ocupó muchos años, mostrando en España los agravios que de los españoles y encomenderos recibían, la insolencia y tiranía con que eran mandados y hollados, la codicia y ambición con que eran defraudados de sus haciendas, el menosprecio con que eran tratados, como si fueran animales fieros de los bosques, y el gran impedimento que con estas cosas y desafueros ponían los gobernadores y señores de los repartimientos a la promulgación del Santo Evangelio y a la doctrina y enseñanza de estos miserables, como si no fueran hechos a la imagen y semejanza de Dios y no fueran comprados con la sangre del cordero inocentísimo. Así hizo un libro donde pone millones de sucesos acontecidos en este reino, nunca vistos ni oídos entre bárbaros, todos enderezados a sacar dinero, oro y plata -y más oro y más plata- sin que pudieran hartar la codicia de los españoles los montes, si oro y plata se tornaran. Defiende con vivas y teológicas razones

no ser estos indios tan bárbaros como los hacían, que algunos hubo que se atrevieron. a poner en plática no ser verdaderos hombres, que desta suerte los infamaban los que querín apoderarse de sus haciendas y quitarles y privarles del verdadero dominio dellas. Finalmente, mediante su santo celo e infatigable diligencia pudo tanto que se hicieron por el Emperador Nuestro Señor unas ordenanzas nuevas, santísimas y convenientísimas al bien, aumento y conversión de estos naturales de este reino, a la ejecución de las cuales envió a Blasco Núñez Vela, caballero natural de Ávila, con título de virrey de este reino, y envió audiencia real para autoridad dél y defensa de los pobres que estaban oprimidos, ensalzamiento de la justicia, que andaba hollada y abatida, y ninguna cosa menos se conocía en este reino.

Puso el virrey Blasco Núñez Vela en ejecución las nuevas ordenanzas, alborotóse el reino, y como eran para reprimir la insolencia de tantos hombres ricos y poderosos, levantados y ensoberbecidos con la suma y abundancia de oro y plata, no quisieron obedecerlas ni sufrir el yugo de la ley, fundada en buena razón. Levantóse Gonzalo Pizarro en el Cuzco, donde estaba, con ánimo de irse a Castilla, con quinientos mil pesos que tenía. Con título de procurador fue a Lima y de allí a Quito, donde dando batalla al bueno y leal virrey, le venció y quitó la cabeza, poniéndola en el rollo por algún tiempo por trofeo de su lealtad. Vino de España el presidente Pedro de la Gasca, sosegó el Pirú, venciendo a Gonzalo Pizarro en Sacsá Huana, cuatro leguas del Cuzco, por el año de mil y quinientos y cuarenta y ocho, y degollándole, apaciguó la tierra. Volviéndose a España, pensando que quedaba quieta y pacífica.

Resucitaron nuevos alborotos, nacidos de la ambición desordenada y codicia de muchos malcontentos, porque no se les venía hartos el deseo insaciable que tenían en darles repartimientos ricos, que aunque todo el reino le dieran a cada uno, no fuera suficiente a henchir la medida de su apetito desordenado. Vino a este reino por virrey don Antonio de Mendoza, habiendo gobernado en Nueva España. Llévosele Dios al mejor tiempo, para mayor castigo de este reino. Alzóse en la ciudad de la Plata, en la provincia de los charcas, don Sebastián de Castilla, y dentro de pocos días los mismos que le movieron e incitaron a ello le mataron. Alzóse Francisco Hernández Girón en el Cuzco, al principio con buenos sucesos, últimamente siendo desbaratado por el campo del Rey en Pucara, gobernado por los oidores, fue preso en Xauxa por el capitán Tello y Serna, con la gente de Guánuco, y ajusticiado en Lima. Acabadas las tiranías y sediciones que levantaban los malcontentos, todas estas cosas llevo de paso por estar un libro dellos impreso, y aquí sólo ser mi intención tratar de los Ingas.

En este tiempo envió Su Majestad por virrey de este reino a don Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, al cual, viendo ya el Pirú pacífico y los ánimos más quietos, trató de atraer a Sayre Topa a la obediencia de Su Majestad y allanar aquella provincia de Vilcabamba, para que en ella se predicase el Evangelio y redujesen al gremio de la Iglesia católica a los indios della. Y para ello envió por mensajeros a Diego Hernández, marido de doña Beatriz Quispi Quispi Coya, hija de Huaina Capac, y a Joan Sierra y Alonso Xuárez y otros, rogándole que saliese de paz y viniese a dar la obediencia a Su Majestad. Al tiempo que ellos fueron, como se refiere en la Corónica del Pirú, no había recibido la borla Sayre Topa, y así no dio respuesta hasta recibirla, y aun para tener

tiempo de ver si la embajada era con buena intención. Saneado della puso el negocio en consulta de sus capitanes. Después de muchos acuerdos y pareceres, y con tradiciones que le hicieron los hechiceros que consigo tenía y de la tibieza que algunos suyos mostraron, se determinó de salir y venir a la Ciudad de los Reyes, y así lo puso por obra, con trescientos indios principales, caciques, y orejones, y capitanes, y trajo consigo una hermana suya llamada Cusi Huarcay, y entró en la Ciudad de los Reyes, donde el Marqués de Cañete lo recibió haciéndole mucha honra. Habiendo estado algunos días, hizo dejación de la acción y derecho que a este reino podía tener en su Majestad el Emperador Nuestro Señor, y el Marqués de Cañete, en su nombre, le hizo merced para su sustento de los indios y repartimiento que habían sido de Francisco Hernández Girón, que rentaban diez y siete mil pesos ensayados.

Habiendo estado algunos días en Lima se volvió Sayretopa al Cuzco, donde los indios de Chinchay Suyo y Colla Cuyo le recibieron por Ynga, porque así lo había mandado el marqués de Cañete, y que trajese borla y anduviese en andas, como habían andado todos sus antecesores. También lo obedecieron los orejones, así de Anan Cuzco como de Urin Cuzco, como a quien representaba la persona de Huaina Capac, su abuelo. Todos los españoles le querían y respetaban, llamándole Ynga, y allí se bautizó Sayretopa y su hermana Cusi Huarcay, porque el marqués de Cañete lo envió a decir a Bautista Muñoz, corregidor que a la sazón era de la ciudad del Cuzco, que los hiciese bautizar, y de muy buena gana consintieron en ello. En el bautismo se puso Sayretopa nombre don Diego de Mendoza, por amor del virrey, y su hermana se llamó doña María Manrique. Y bautizados se trató de casarlos aunque eran hermanos, por haber sido costumbre inviolable guardada entre los Yngas de casarse con sus hermanas, para que el hijo que le sucediese en el reino fuese hijo de Ynga y de Coya, por parte de padre y de madre de sangre real. Así dicen que el obispo de aquella ciudad, don Joan Solano, dispensó con ellos para el matrimonio, otros, que el Arzobispo de la Ciudad de los Reyes, don Hierónimo de Loaysa, varón docto y eminente, de gran prudencia y gobierno, dispensó por autoridad y comisión apostólica de julio tercero, Pontífice máximo. Aunque en semejantes dispensaciones hay grandísima dificultad, cierto es que hubo dispensa o se hizo con autoridad y comisión de el Sumo Pontífice. Del matrimonio procrearon a doña Beatriz Clara Coya, hija legítima dellos, que andando el tiempo vino a ser mujer de Martín García de Loyola, caballero del hábito de Calatrava y capitán de la guardia del Virrey don Francisco de Toledo.

Habiéndose bautizado y contraído matrimonio Sayre Topa y su hermana, fue desgraciado, que la fortuna no le dejó gozar la quietud y paz que tenía en el Cuzco, entre los suyos mucho tiempo, porque sólo vivió un año. Dicen que Chilche Cañar, cacique de Yucay, lo mató con ponzoña, por el cual delito estuvo un año preso en el Cuzco, y al fin se escapó, no habiéndosele averiguado nada al tiempo de su muerte. Sayre Topa hizo testamento, y en él declaró por sucesor en el Señorío a Topa Amaro, su hermano, que estaba en Vilcabamba, hijo legítimo de Manco Inga, su padre. Habiéndose sabido en Vilcabamba la muerte de Sayre Topa, como dejaba a su hermano Topa Amaro por sucesor como a legítimo; Cusi Tito Yupanqui, hermano suyo bastardo, hijo de Manco Ynga, como fuese mayor de edad, que Amaru Topa era mozo, le quitó las andas y el mando y se introdujo en el señorío, y con intención de que su hijo le sucediese, a Tupa

Amaro le hizo sacerdote y le mandó estuviese en guarda del cuerpo de su padre en Vilcabamba, donde estaba encerrado Manco Ynga. Así lo estuvo hasta cuando diremos. De un admirable suceso que a este Príncipe Saire le sucedió, se dirá también en el capítulo noventa y tres.

CAPITULO LXXV

Cómo gobernando Cusi Tito Yupanqui entraron en Vilcabamba dos religiosos del Orden de San Agustín y lo que les sucedió, y de la muerte del Ynga

Cusi Tito Yupanqui se introdujo en el señorío de los Yngas en Vilcabamba, no saliendo de allí, y se estaba con los orejones e indios de aquella provincia y así se pasaron algunos años en que gobernaron el conde de Nieva y el presidente Castro, hasta que vino a ser virrey de este Reino el discreto y prudente caballero don Francisco de Toledo. En este tiempo entraron en la provincia de Vilcabamba dos religiosos sacerdotes del Orden del Señor San Agustín, a predicar a los indios e instruirlos en la fe católica, llamados el uno Fr. Marcos, y el otro Fr. Diego Ortiz, natural de Sevilla, los cuales, con el fervoroso deseo de salvar almas y ponerlas en el camino del cielo, enviados por su prelado, se comenzaron a ejercitar en tan santa obra, predicando y doctrinando a Cusi Tito Yupanqui y a los indios que estaban con él, los cuales les oían de buena gana, porque los indios, en general, muchos se holgaron tener consigo sacerdotes y religiosos que los instruyesen en la fe del Redentor, como no estuviesen con ellos españoles. Estos dos religiosos los catequizaban y bautizaban, y muchos dellos recibieron el agua del santo bautismo, aprendiendo las cosas necesarias para él. Y uno dellos, Fr. Marcos, bautizó a Cusi Tito Yupanqui y le puso por nombre don Felipe. Pasado algún tiempo, el Fr. Marcos determinó salir fuera de la provincia, y para ello envió a pedir a la ciudad del Cuzco licencia a su prelado, y en habiéndosela enviado, salió de donde estaba el Ynga sin darle parte de su camino, por temor que tuvo que lo mandaría matar, por haber visto algunas señales de mala voluntad en él.

Sabido por Cusi Tito Yupanqui que el Padre Fr. Marcos se iba envió trás él indios que se lo volviesen a donde él estaba, y, llegado, le riñó mucho, con gran soberbia, diciéndole que por qué se iba, sin su licencia, de la tierra. Él, por desvelarle, le respondió que no se iba fuera, sino sólo paseándose, y esto le dijo porque entendió lo mandaría matar luego. Cusi Tito Yupanqui le dijo que no saliese de allí hasta que otro religioso quedase en su lugar. Otro día vino allí su compañero, Fr. Diego Martín, y se estuvieron allí, en Puquiura, obra de un mes con el Ynga, el cual estaba ya mudado de la buena voluntad con que había recibido el santo bautismo. Llevó consigo a los dos religiosos al pueblo de Vilcabamba, y yendo por el camino mandó echar un río por donde habían de pasar, que les daba el agua hasta la cintura, lo cual hizo con dañada y perversa intención, para que el camino les pareciese mal y la tierra áspera y fragosa, y no tuviesen deseo de quedarse allí con él, ni estar en aquella provincia.

No contento con esto, mando Cusi Tito Yupanqui que cuando llegasen al pueblo de Vilcabamba, saliesen las indias yungas que en él había, de dos en dos, vestidas como

frailes, a hablar a los dos religiosos. Lo cual fue por hacer burla y escarnio dellos, teniéndoles en poco. Llegados al pueblo, no quiso se aposentasen dentro dél, porque no vieran las huacas y mochaderos que allí tenía, y los ritos y ceremonias que hacía, porque no se lo reprendiesen. Habiendo estado ocho días con el Ynga se volvieron los religiosos al pueblo de Puquiura, dejándole en Vilcabamba. Habiendo estado un mes allí, vinieron a los dos religiosos unos indios diciéndoles que junto a Vitcos, en un puesto llamado Chuquipalta, donde había una casa dedicada al Sol, estaba una piedra grande y basta, encima de un manantial de agua, y que della les redundaban muchos males, que los asombraba y ponía espanto y morían muchos indios dello, que decían que el diablo estaba en aquella piedra, y porque cuando pasaban los indios por allí no le adoraban como de antes solían ni le ofrendaban oro y plata, como antiguamente lo hacían. Rogaron muy encarecidamente a los dos religiosos que fuesen allá y conjurasen aquella piedra, para que de allí adelante no les hiciese mal ni los asombrase y que los librase de aquel peligro que allí tenían.

Los religiosos, oído esto, fueron allá, llevando consigo muchos indios y muchachos de la doctrina, cargados de cantidad de leña y quemaron la piedra, y desde que esto hicieron nunca más se vio cosa allí que causase temor a los indios, ni jamás ellos sintieron daño alguno, lo cual fue para mayor confirmación de la fe que predicaban entre los que estaban con ella contentos y conocían que el demonio huía, y tenía miedo de los religiosos y de las palabras santas que decían y se apartaba de la cruz, y donde echaban agua bendita no parecía más.

Dentro de ocho días que esto, sucedió salió para el Cuzco el Padre Fr. Marcos desde Puquiura, y quedó solo allí el Padre Fr. Diego, administrando los Santos Sacramentos y predicando el Evangelio a aquellos indios, porque sabía muy bien la lengua general de los indios, y así le oían de buena gana. Estando solo entró en la provincia un español llamado Romero, diciendo que era minero y que venía en busca de minas, las cuales hay en aquella provincia muy ricas, como después, gobernando don Francisco de Torres y Portugal, conde del Villar, este Reyno el año de mil y quinientos y ochenta y siete, pareció. Este español pidió licencia a Cusi Tito para buscar minas de oro y plata, y él se la dio luego, y anduvo de unas partes a otras buscando minas, hasta que las halló, y muy contento volvió al Inga y le trajo a mostrar los metales para que vistos fuesen a sacar mucho oro y plata. Como el inga lo vio, pesóle en el alma dello, porque se publicaba que en aquella provincia había minas y se sacaba oro y plata, y llegaba a noticia de los españoles que había en el Cuzco, entrarían muchos allá y enviarían soldados y conquistarían la provincia, y se apoderarían de toda la tierra, y vendría a perder la libertad y señorío en que vivían allí dentro los indios que estaban retirados, y mandó matar luego al español y cortarle la cabeza y que la echasen al río. Entonces estaba el Ynga en Puquiura, y como oyó el Padre Fr. Diego el alboroto que había en casa del Inga cuando mataron al español y llegó a su noticia, fue a gran prisa allá, a ver lo que era, si lo podía remediar, rogando al Inga no lo matase. Como Cusi Tito lo entendió, envió a decir al Padre Fr. Diego que no fuese a su casa ni entrase en ella, que le dejase matar aquel hombre, y si porfiaba, que le mandaría matar a él como al español. Viendo el Padre que ya estaba muerto y que no lo podía remediar, se volvió a su casa muy triste, con lágrimas y pesar notable en que no pudiese haber confesado a aquel hombre. Queriendo cumplir

con una de las obras de misericordia, envió un muchacho de la doctrina a decir al Ynga, que ya que era muerto el español, le rogaba mucho le diese el cuerpo para enterrarlo como a cristiano que era, y el Ynga le envió a decir que no se lo quería dar, aunque más le importunase, y mandólo echar en el río que allí había.

No contento con esto el Padre, quiso hacer diligencia para si podría hallar el cuerpo en el río, y de noche salía a escondidas con algunos muchachos, y lo buscaba para enterrarlo, pero nunca lo pudo hallar, y llegando esto que hacía el Padre a noticia del Inga envió a decir al Padre que no procurase el cuerpo del español ni saliese de su casa para ese efecto, porque lo haría matar, y con esto, el Padre cesó de la santa obra que proseguía. No quiso Dios dejar sin castigo a Cusi Tito Yupanqui de la muerte deste español y de las amenazas que había hecho al buen religioso, y de los menosprecios y escarnios que había mandado hacer a las indias vestidas en hábito de frailes, porque dentro de cinco días que sucedió esto, el Inga fue a un mochadero que tenía donde mató Diego Méndez, mestizo, a su padre, Manco Inga, y allí, con otros indios, estuvo llorando, y harto de llorar se volvió a su casa, y cansado y sudado aquella noche, comió mucho y bebió grandísima cantidad de vino y chicha, de lo cual aquella misma noche le dio el mal de la muerte, que fue un grandísimo dolor de costado y con él echar abundancia de sangre por la boca y narices; y habiéndose hinchado la boca y la lengua, esta enfermedad se le fue aumentando de tal suerte y arreciándosele el mal, que dentro de veinte y cuatro horas murió, quedando los indios muy tristes y desconsolados.

CAPITULO LXXVI

Cómo los capitanes de Cusi Tito Yupanqui prendieron al Padre Fr. Diego, y le mataron muy cruelmente

Cada uno tiene el fin conforme sus obras, como hemos visto en el de Cusi Tito Yupanqui Ynga, hijo de Manco Ynga, que así trató a los religiosos que por hacerle bien y encaminar su alma al paradero y remate de la bienaventuranza entraron en la provincia donde él estaba. En muriendo Cusi Tito Yupanqui, una india, Mama Cona Suya, llamada Angelina Polanquilaco, manceba que estaba con él cuando acabó, movida de algún espíritu maligno que entró en su corazón, queriendo acabar al bendito fraile por cuyos medios y predicación él iba perdiendo tierra en la conquista de aquella provincia -que tan de su mano y voluntad tenía- salió diciendo a voces a los capitanes e indios que allí estaban con el Ynga, que prendiesen al fraile, que él había muerto al Ynga y dádole ponzoña con Martín Pando, mestizo, que era su secretario. Para ello movidos por esta infernal india, los capitanes que allí estaban, especial Guandopa Macora Sotic Palloc, como gente inhumana y sin razón ni discurso, no advirtiendo que el bendito Padre no había entrado en casa del Ynga, ni estado con él cuando le dio la enfermedad para poderle dar ponzoña, con otros muchos fueron luego a la casa del Padre dando voces, y le echaron mano y en un instante le pusieron una sogá a la garganta y con la otra le ataron las manos y los molledos de los brazos hacia atrás, y con tanta fuerza y violencia le apretaron, que le hicieron salir los, huesos del pecho hacia afuera y desencajarse de su lugar. Sacándole a un patio le empezaron a decir millones de palabras afrentosas, que les

diese su Ynga, que él lo había muerto, y mojicones y garrotazos; y para darle mayor dolor le tuvieron toda la noche al frío, rodeado de muchos indios, desnudo, en carnes, sólo puesto unos zaragüelles de paño blanco, y de rato en rato le echaban agua en los cordeles para que le lastimaran más y le causaran más dolor.

Venida la mañana se juntaron los capitanes y demás indios, y el Padre, estando así atado, les preguntó que por qué usaban con él de tanta crueldad, pues era su Padre, y que los había doctrinado y enseñado con tanto amor y deseo de su bien, que si el Ynga estaba muerto se lo dijese, que rogaría a Dios por él y por su alma, y que si era vivo y estaba enfermo, le diría misas de salud para que mejorase. A estas palabras le respondieron que Cusi Tito Yupanqui, su Ynga y Señor, era muerto, que luego dijese misa y le resucitase, pues decía y les predicaba que su Dios podía resucitar a los muertos. A esto respondió el bendito Padre que el resucitar los muertos era sólo obra de Dios, y que él era un sacerdote pecador, pero que él diría misa, y le encomendaría a Dios para que su Majestad hiciese con él lo que por bien tuviese y le echase adonde fuese servido, y con esto le dijeron que luego dijese misa.

Como el Padre, de los tormentos que aquella noche había pasado y del dolor que los cordeles le causaban atado tan fuertemente, no se podía rodear, particularmente de los huesos del pecho, que tenía desencajados, uno de los capitanes que allí estaban atormentándole, le echó en el suelo, y poniéndose de pies sobre el pecho del Padre y asiéndole de las manos con mucha fuerza le dio muchas coces en los pechos para encajarle los huesos y aún añadir con esto más dolor. Con este maltratamiento y crueldad lo llevaron a la iglesia que en el pueblo de Puquiura habían hecho los padres, y allí se fue al altar y se revistió para decir misa, la cual empezó a decir con mucha devoción, muy despacio, y en ella se estuvo gran rato, y eran tantas las lágrimas que destilaban de sus ojos, que bañaba con ellas el misal y corporales, dando grandes suspiros y gemidos mientras duró la misa, porque bien conoció los pechos dañados y mala intención que tenían los indios de matarle en acabando, que cada vez que volvía a decir Dominus Vobiscum le amenazaban con las lanzas que en las manos tenían, haciendo ademanes de quererle matar.

Como hubo acabado de decir misa, con grandes alaridos y voces le tornaron a asir y atarle como de antes, diciéndole que por qué no resucitaba al Ynga como ellos le pedían, y él les respondió que el Hacedor de todas las cosas, que era Dios, lo podía hacer, pero que no resucitaba porque no era la voluntad de Dios, que no debía de convenir que el Ynga volviese a este mundo. Entonces le sacaron de la iglesia y le ataron por la cintura, y en una cruz que estaba en el cementerio le amarraron, y allí le azotaron por grandísimo rato cruelísimamente y le apercibieron que había de caminar con ellos la tierra adentro a Vilcabamba. Estando el buen fraile cansado y atormentado, pidió que por amor de Dios le diesen algo que comer, que tenía hambre y grandísima sed, y ellos fueron a su casa y trajeron dos costras de bizcocho que tenía en una petaca, de las cuales comenzó a comer, y como no lo podía pasar, que con el trabajo y aflicción se le había aumentado la sed, pidió le diesen una poca de agua, y los indios le trajeron en lugar de agua orines y salitre, revuelto con unos brebajes amargos y asquerosos, en un vaso. Como el bendito Padre lo gustase y viese ser tan amargo y hediondo, desviólo de la boca no lo queriendo beber.

Entonces muchos de aquellos ministros de Satanás se levantaron de donde estaban sentados y, amenazándole, le pusieron las lanzas a los pechos, diciendo que lo bebiese luego y si no le matarían. Así, alcanzando las manos al cielo, con mucha humildad, lo bebió, diciendo: sea por amor de Dios, que más merezco yo que esto, lo cual dijo en la lengua general de los indios, de suerte que todos ellos lo entendieron, y entonces lo desataron de la cruz para caminar hacia Marcanay. Como al tiempo que le desataron se sentase junto a ella, descansado, y no se pudo levantar tan presto como se lo mandaron los indios, y entonces un indio llamado Joan Quispi, por señalar y dar contento a los demás con su atrevimiento, o por mejor decir desvergüenza, alzó la mano y le dio al buen sacerdote un gran bofetón, y quiso la omnipotente Majestad de Dios castigar la desvergüenza y poco respeto tenido a su Ministro, que la mano y el brazo se le secó poco a poco, y desta manera, para muestra y ostentación de la divina justicia, este indio vivió muchos años más que los demás que allí se hallaron con él, con el brazo y mano seca, publicando con ello las maravillas de Dios y lo mucho que siente los agravios que se hacen a sus sacerdotes, como después diremos. Y para llevarlo, le horadaron los carrillos y le metieron por ellos una soga de yerba cortadera, que es asperísima, y a manera de freno le tiraban, brotando de las heridas mucha sangre, y así salieron con él, llevándole descalzo y desnudo, sólo con una saya blanca. Por el camino le daban de empujones, palos y bofetones, diciéndole mil palabras injuriosas, y desta manera, a la primera jornada, yendo caminando, llovió un aguacero tan grande que corrían por el camino arroyos de agua, y como con el lodo y agua y la priesa que le daban de coces y bofetadas y rempujones, cayese por momentos en el suelo, a gran prisa le hacían levantar. A todo esto, con una paciencia extraña y una humildad profunda, sólo decía: ¡ay, Dios! que no hay duda sino que el sumo Señor en esta ocasión socorría a su sacerdote con ayudas y auxilios sobrenaturales para que, imitando a Cristo Nuestro Redentor, lo llevase con alegría y paciencia. Alzaba los ojos al cielo, y con mucha humildad pedía perdón de sus pecados, de lo cual los indios hacían escarnio y burla, y le volvían de nuevo a dar.

Llegando a la dormida aquel día, le pusieron en una cueva debajo de una piedra donde caía mucha agua sobre él. Preguntando con palabras mansas a los indios que por qué le trataban tan mal y con tanta crueldad, pues él los quería y amaba como sus hijos, y los había doctrinado y enseñado y por sólo hacelles bien se había quedado en la provincia, pudiendo irse al Cuzco, le respondían los indios que era un mentiroso engañador, que no había resucitado al Ynga, y desta manera, dándole por los caminos mil martirios y tormentos, lo llevaron hasta llegar a Marcanay. Allí le arrastraron por el suelo, atado de pies y manos, y lo ataron a un palo, habiéndole quitado los hábitos que llevaba puestos, y habiéndole azotado con una inhumanidad terrible, le metían por las yemas de los dedos unas espinas de palmas de los Andes, y le dieron un zahumerio de cosas hediondas a las narices que le quitaba el resuello y le ponía sin habla. Al fin, le dieron con un hacha de cobre en el cogote con que lo acabaron, y su santa ánima fue a gozar en la presencia de Dios el premio debido a su santo celo, y a la paciencia y humildad con que sufrió la muerte de manos de aquellos a quien él había venido a procurar la vida espiritual y que debían con todas las veras posibles procurar su vida corporal, para tener en él en aquella tierra, tan sola de sacerdotes, refugio en las necesidades de sus almas. Pero como no estimaban el bien que tenían, no hay que espantar que así le quitasen la vida, para mejorársela en el cielo.

CAPITULO LXXVII

*De las crueldades que hicieron los indios con el cuerpo muerto del bendito
Fr. Diego Ortiz*

Después que los caciques indios concluyeron con aquella crueldad tan terrible, e inhumano sacrilegio, ensangrentando sus sucias manos en la sangre del ungido del Señor y padre espiritual suyo, que a costa de su trabajo y sudor había quedándose entre ellos, para granjearlos en su divina gracia, no contentos ni satisfechos en su diabólico intento y furor, por dar contento al demonio, que entre ellos invisible andaba, solicitando su maldad, pareciéndole que con esto le quedaría el campo seguro para tornar a gozar de la posesión que había tenido de aquellas almas, no contentos en haberle quitado la vida al bendito Padre, para mayor muestra de su rabia tomaron el cuerpo y lo acocearon. Tendido en el suelo mandaron que todos los indios, hombres y mujeres y muchachos, que allí había, pasasen sobre él, pisándole y hollándole, por más menoscabo y escarnio, hartando con esto su bárbara crueldad. Luego hicieron un hoyo muy hondo y angosto y en él le metieron la cabeza abajo y los pies arriba, y añadiendo con el cuerpo muerto más iniquidad, le metieron una lanza de palma por el sieso, atravesándole con ella el cuerpo todo hasta la cabeza. Luego cargaron de tierra y salitre y collpa, que es una tierra que tiñen, y le echaron encima mucha chicha colorada y otras cosas, según sus diabólicos ritos y ceremonias. Así le cubrieron el cuerpo en el hoyo que debajo de las raíces de un grandísimo árbol hicieron, y con gran alarido y estruendo lo dejaron, contentísimos de haber satisfecho su infernal deseo y de haber dado la muerte al cura de sus almas, no advirtiendo los ciegos y desventurados el castigo grande que la justicia Divina aparejaba contra ellos.

La causa porque metieron el cuerpo en el hoyo los pies arriba y la cabeza abajo fue, según los mismos indios dijeron, que como el bendito Padre a cada paso alzaba los ojos al cielo, pidiendo a Dios misericordia de sus pecados y ayuda para llevar aquellos tormentos y trabajos, entendieron los bárbaros que Dios los oiría y sacaría del hoyo, si tenía la cabeza para arriba, por sus importunaciones y gemidos, y así le echaron la cabeza abajo, porque no alzase en el hoyo los ojos al cielo y llamase a Dios, pero ¡Oh, ciegos, sin discurso ni entendimiento! el que lo podía sacar del hoyo estando la cabeza arriba, ¿no tenía poder para sacarlo estando la cabeza abajo? ¿Está, por ventura, limitada su potencia? ¿No os parece que si lo veía yo ya estando de una manera desde el cielo, también lo oiría y sacaría estando de la otra? Pero su malicia y maldad los cegaba, y el demonio inducidor deste nefando sacrilegio los tenía sin sentido ni juicio para ver la iniquidad que perpetraban contra el Cristo del Señor.

Acabado lo dicho, llegó luego la confusión y tristeza nacida de su pecado a los caciques y capitanes, viendo cuán injustamente habían puesto las manos en su sacerdote, y cuán contra razón sin causa ni culpa alguna habían quitado la vida al inocente. Temerosos del castigo que en sus corazones les amenazaba, hicieron junta de todos los hechiceros y adivinos que estaban en la provincia, y juntos les preguntaron qué era lo que les había de

sucedier y venir en lo adelante por la muerte del Padre Fr. Diego Ortiz, porque ellos estaban con mucho pesar dello. Los adivinos y hechiceros estuvieron algunos días entre sí consultando la respuesta y haciendo preguntas al demonio, cuyos vasallos y sujetos eran, y al cabo vinieron diciendo que el Hacedor de todas las cosas estaba enojado mucho contra ellos. Por lo que habían tratado y hecho, poniendo las manos y quitando la vida aquel sacerdote, que estaba inocente de la culpa que le habían impuesto, y que así, por este pecado grandísimo, les habían de venir muchos males y desventuras, y que Dios los había de castigar y asolar a la generación del Ynga y a todos ellos. Desta respuesta quedaron los indios más confusos y apesarados del hecho que habían cometido, y para mayor dolor sucedió que luego otro día a la hora de vísperas, sin pensarlo, se quemó súbitamente una casa grande que allí había, donde ellos y el Ynga se juntaban a sus borracheras y donde se había consultado lo dicho. Y, como acudiesen a remediar el fuego, no fue posible atajarlo por diligencia que pusieron, y estándose quemando la casa vieron una culebra grande que andaba dentro del fuego sin quemarse, de unas partes a otras, de lo cual todos se espantaron y atemorizaron, viendo que no se quemaba, y fueron dello más tristes y pensativos.

Acordaron los curacas y capitanes de hacer nueva consulta con los sacerdotes de sus huacas y los adivinos y sortilegios, y llamados, les preguntaron qué cosa era aquella y qué significaba haberse quemado la casa y andar la culebra tan grande por medio del fuego, sin que le dañase ni empeciese. Los adivinos les respondieron que ellos hallaban que había de venir sobre aquella provincia, en muy breve tiempo, grandísima desventura y calamidad y cruda guerra, a fuego y a sangre, que los destruiría a todos, porque la sangre de aquel sacerdote que habían muerto clamaba y daba voces delante de Dios por venganza de su injusta muerte.

Pareciéndoles que quitando de por medio memoria del Padre se evitarían aquellos males y amenazas, rayaron la tierra donde había dicho misa, del altar, y donde solía asentarse y pasearse, y donde rezaba el oficio divino en la iglesia que allí tenían. Juntando la tierra así raída la echaron en el río, porque nunca hubiese rastro della, y los hábitos los repartieron entre sí los más atrevidos, haciendo chuspas, que son unas taleguillas pequeñas que traen al lado izquierdo colgando, donde echan la coca que comen. El ornamento con que decía misa lo tomaron y llevándolo de ahí a algunos días a un lugar que llaman la Horca del Ynga, lo echaron en el suelo y lo pisaron, por menosprecio de la religión cristiana y de los sacerdotes que con él celebraban.

¡Pero justo eres, Señor! Y tus juicios son rectos y justificados, y en el castigo de los pecadores das al mundo muestra de un atributo tan principal como es tu justicia, y que tu santa palabra la cumples y ejecutas, por la cual dijiste que a tus cristianos y ungidos nadie les tocara. Así, pues, estos bárbaros, faltos de fe sobrenatural, a su costa experimentaron los castigos con que castigas a los que en tus sacerdotes ponen mano y lengua, pues ellos mismos confesaron que por haber cometido tan gran maldad les vinieron infinitos trabajos y desventuras. Porque el pueblo donde se hizo este sacrilegio, los españoles que, dentro de un año poco más, entraron en la tierra, lo asolaron y despoblaron, de suerte que hasta el día de hoy no se ha vuelto a reedificar, que parece que la maldición de Dios y fuego del cielo ha caído sobre él y todos los que en la muerte y martirio del bendito fraile

se señalaron. Visiblemente se conoce y ve que todos acabaron miserablemente, de diferentes muertes tristes y malaventuradas, casi de repente. Y sólo el que le dio la bofetada, llamado Joan Quispi, cuyo brazo se secó, quedó por más de treinta años vivo, para mayor confusión suya y muestra de la divina justicia, con que muchos han tomado ejemplo para apartarse de pecados y tener respeto y veneración a los sacerdotes y ministros del Evangelio de Cristo.

No sólo paró en esto su desventura, porque luego les envió Dios a todos pestilencia, hambre y mortandad, trabajos y miserias, y las sabandijas de la tierra, como ministros y ejecutores de castigo divino, les destruían sus comidas y las chácaras y sembrados, de suerte que palpablemente conocían que, como más culpados, eran ellos los principales sobre que caían aquellas maldiciones. Hubo indio entre ellos, llamado Don Diego Aucalli, que mediante esto se convirtió muy de veras a Dios, y se volvió a Él pidiendo perdón de sus pecados y enmendando su vida y haciendo obras de buen cristiano se tornó predicador de aquellas gentes, persuadiéndoles a hacer penitencia, diciéndoles que esto era la verdad y el camino del cielo, porque sus supersticiones e idolatrías eran mentira y fingimiento y engaños del diablo, y si no que mirasen cómo Dios volvía por su sacerdote castigando a los que le habían muerto, y que advirtiesen que aunque el Ynga antiguamente martirizaba y daba crueles tormentos a sus pontífices y adivinos, y los colgaba y los dejaba estar así cuatro o cinco días, hasta que se acabasen de morir, nunca habían visto semejantes señales y trabajos y calamidades, porque ninguna cosa destas, como por haber muerto aquel sacerdote religioso lo veían clara y manifestamente, desde que se había cometido aquel delito. ¡Gloria sea al Omnipotente Señor del cielo, que de los pecados y caídas de los pecadores saca enmienda, y de los castigos saca miedo y verdadero arrepentimiento de los pecados!

No se puede presumir ni entender, que por haberles hecho el buen Padre Fr. Diego a los indios malos tratamientos y vejaciones ellos hubiesen conspirado en su muerte tan de repente. Porque lo uno, el castigo que hemos dicho enviado de la mano del muy alto sobre los que lo mataron, se echa de ver la injusticia y sinrazón dellos, y lo otro, que los indios manaries, de más de doscientas leguas la tierra adentro, entrando españoles a ellos y enseñándoles la doctrina cristiana les decían que el Padre Fr. Diego les enseñaba aquello mismo y les predicaba cuando iban a Vilcabamba a ver a Cusi Tito Tupanqui Ynga. Que era muy buen sacerdote, que con gran amor y claridad los regalaba y daba de lo que tenía en su casa, y cuando caían enfermos los curaba con mucho cuidado, y él mismo les hacía las mazamorras que comiesen y los visitaba y se estaba con ellos consolándolos, y les decía que muchas veces Dios enviaba los trabajos y enfermedades por los pecados y para que se acordasen dél y enmendasen su vida y se apartasen de las ofensas que contra Él cometían. Oyendo estos indios manaries decir su muerte y de la manera que había sido, tan cruel, con ser infieles, mostraban sentimiento y pesar dello y casi lloraban, y decían que por ello le había venido al Ynga y a su generación tantos daños. Fue ocasión la memoria del buen Padre para que a los españoles que allí entraron no les hiciesen daño, temiendo no les sucediese otro tanto, y así se salieron en paz, y habiéndoles regalado y dado para el camino comida y muchos indios, que saliesen en su compañía hasta Vilcabamba.

Todo esto que he dicho de la muerte y sucesos deste bendito religioso, no ha sido, habiéndolo sabido de alguna persona sola, ni con noticia confusa de dichos de indios, que tan fáciles son en el mentir, sino sacado todo esto y lo que después sucedió, cuando los españoles ganaron aquella provincia y trasladaron sus huesos a la iglesia de San Francisco de la Victoria, de una información que los religiosos del orden de San Agustín hicieron con los indios que estuvieron presentes y con Juana Guerrero, mujer de Martín Pando, secretario del Ynga Cusi Tito, que lo vio todo por vista de ojos, porque estaba dentro la tierra, y con muchos españoles que dello tuvieron noticia, y lo juraron, y lo que después sucedió, como diremos en el capítulo LXXXIV, da claras muestras de la injusta muerte y bien aventurado martirio deste bendito religioso, que sucedió el año de mil y quinientos y setenta o setenta y uno, porque los indios, como no conocen la diferencia de los tiempos, muchas veces se yerran.

CAPITULO LXXVIII

Cómo el visorrey Don Francisco de Toledo envió mensajeros a Cusi Tito Yupanqui, y se los mataron

En el tiempo que sucedió lo que tenemos referido de la muerte del Ynga Cusi Tito Yupanqui y del Padre F. Diego Ortiz, religioso agustino, gobernaba estos reinos, como está dicho, Don Francisco de Toledo, Comendador de Acebuche del orden de Alcántara, hermano de Don Juan de Toledo, conde de Oropesa, el cual, como desease sumamente acertar en el gobierno y regimiento deste reino, que aun en él las desórdenes y pocas justicias no estaban del todo extintas y acabadas, y queriendo hacer una visita general de todo el reino de los indios y reducirlos a pueblos en orden y policía cristiana, pues era el único remedio que había para doctrinarlos perfectamente, y que tuviesen noticia de las cosas de Nuestra Santa Fe católica, y se fuesen extirpando de entre ellos los ritos y ceremonias antiguas, mediante la presencia de sus curas y sacerdotes, por cuyo medio se abstendrían de muchos vicios de embriaguez y otros abominables y dañosos, los cuales, por la experiencia se ha visto haber sido cosa convenientísima para la salvación de las almas destos naturales y, por el contrario, las reducciones que se han desecho aumentándose los pueblos mediante las diligencias que hombres de poca conciencia y temor de Dios, coechados de los indios, han hecho, se ha visto y ve cada día la disminución que hay en el bien espiritual de estas almas, y aun cuantas se mueren sin confesión y sin sacramentos, por esta causa.

Determinó el virrey salir él en persona por las ciudades de este reino, y ver con propios ojos lo que para el buen gobierno convenía, y hacer unas leyes y ordenanzas mediante las cuales se administrase justicia, los indios no fuesen molestados y vejados de sus encomenderos ni de otras personas, que entre ellos, con daño suyo, vivían, y pagasen sus tributos y tasas con igualdad y justicia, sin los excesos y desórdenes pasadas, poniendo en todo fiel cuenta y medida. Así lo puso por obra, que fue una muy acepta a Dios, y muy en servicio de la majestad del Rey Nuestro Señor, y bien y utilidad de todo el reino, que si hoy se guardase lo que él ordenó, mandó y reformó, no habría más que desear y estuviera

todo él en suma paz y justicia. Salió, pues, el virrey, y habiendo estado en Guamanga, subió a la ciudad del Cuzco, cabeza de estos reinos, y donde antiguamente había sido el asiento y morada de los Yngas, señores naturales dél, aunque ya caída de su lustre y resplandor que había tenido. Llegado a ella, entendió en las cosas del gobierno, mandando muchas que eran necesarias para su fin e intento.

Entre otras cosas, trató que sería bien reducir a Cusi Tito Yupanqui, que gobernaba en Vilcabamba por su hermano Topa Amaro. Como el Marqués de Cañete había hecho de Cayre Topa, su hermano, no sabiendo ser muerto, porque con gran cuidado lo ocultaban los indios de Vilcabamba, no dejando entrar ni salir nadie de allá acá fuera, al Cuzco. Habiéndolo comunicado y conferido con muchas personas, que tenían noticia de la tierra adentro y experiencia de las cosas de este reino, se determinó de enviarle embajador para que lo tratase con él, y lo indujere a salir fuera de paz, como lo había hecho Cayre Topa, y que aquella tierra viniese a la obediencia de Su Majestad, como lo estaba el restante del reino. Así hizo elección de Atilano de Anaya, un muy honrado hidalgo, natural de la ciudad de Zamora, en España, persona que por orden del Ynga cobraba los tributos y tasa que los Yngas tenían en el repartimiento de Yucay y Xaxahuana, pareciéndole que siendo conocido suyo y llevándole la tasa de Plata y otras cosas, sería negocio más fácil por su medio. Así le mandó se aprestase para ir a la provincia de Vilcabamba, a Cusi Tito Yupanqui que, como está dicho, gobernaba o era absoluto Señor, por Topa Amaro, su hermano legítimo. Aprestadas las cosas necesarias y el dinero, salió, casi al principio de Cuaresma, del Cuzco, con muchos indios en su compañía, y en llegando a la puerta de Chuquichaca, que está veinte leguas del pueblo de Puquiura, donde mataron al religioso ya dicho, en pasando, que pasó, la puente salieron al Atilano de Anaya los capitanes que el Ynga tenía allí en guarnición, para que no saliese ni entrase nadie, llamados Paucar Unya y Colla Topa, orejones, y Curi Paucar Yauyo. Estos le propusieron qué llevaba al Ynga y que a qué había ido allá en aquella ocasión, que si traía la tasa y tributos de Yucay, porque había cuatro o cinco años que no se la llevaban. Estando en estas razones, sin dejarle responder palabra, temerosos que supiese él, u otros de los indios que allí iban en su compañía, la muerte de Cusi Tito Yupanqui, que había más de un año que había sucedido y estaba secreta, le mataron a lanzadas a él y a los indios que con él fueron, y le tomaron la plata y tributos y demás cosas que el virrey enviaba al Ynga. Sólo se escaparon cuatro o cinco indios y un negro, que era del Atilano de Anaya, llamado Diego, los cuales, viendo lo que pasaba, se pusieron en huida. Con buena diligencia y ventura salieron de la puente y vinieron a gran prisa a dar las nuevas al Cuzco, adonde estaba el virrey, Don Francisco de Toledo, donde llegaron el quinto domingo de Cuaresma, que fue el que comúnmente dicen de Lázaro, el año de mil y quinientos y setenta y dos. Luego que el virrey oyó las nuevas, le pesó en el alma y sintió mucho la muerte de Atilano, que era un hombre muy honrado y bienquisto, y más habiendo sido enviado por él con título de embajador, y viendo que los indios, como bárbaros y sin respeto, habían quebrado la ley inviolablemente guardada en todas las naciones del mundo a los embajadores, queriendo castigar de una vez al Ynga Cusi Tito, y a los que con él estaban, y allanar y reducir aquella provincia al servicio y obediencia de Su Majestad, y concluir con ello, envió a Juan Blasco y a Tarifeño, arcabuces, de la guarda del Reino, que estaban con otras cerca de su persona, y al Padre Diego López de Ayala, cura que a la sazón era del Valle de Tambo y Amaybamba, y a Diego Plaza, mestizo, hijo de Juan de la Plaza,

conquistador que fue de este Reino de los primeros, que entonces estaba en el Valle de Amaybamba. Estos, con Don Pedro Pazca, indio principal de los del dicho valle, fueron a la puente de Chuquichaca, acompañados de muchos indios, e hicieron diligencia buscando el cuerpo de Atilano de Anaya, y, al fin, lo hallaron, que los capitanes del Inga que lo mataron no se curaron de más que quitarle lo que llevaba, y lo habían echado por una barranca abajo, grandísimo trecho de donde lo mataron. Porque no lo hallasen fácilmente, y habiendo sacado el cuerpo, lo llevaron dos leguas de la puente a la Iglesia del Valle de Amaybamba, donde lo enterraron, al cabo de diez días que había sido muerto. Cierito que fue permisión de Dios que ellos matasen tan sin ocasión a Atilano de Anaya, embajador, para que con esto irritasen la ira del virrey, Don Francisco de Toledo, y tratase de tomar venganza dellos, para que así se castigase más cumplidamente la muerte del bendito Padre Fr. Diego, que ellos tenían encubierta, temerosos de lo que les sucedió.

Porque en despachando el virrey a Juan Basco y a los demás, pregonó la guerra a fuego y a sangre, y empezó a levantar gente para ir contra Topa Amaro y los demás ingas que con él estaban retirados. El domingo de Quasimodo hizo reseña y envió al gobernador Juan Álvarez Maldonado, vecino de la ciudad del Cuzco, y a nueve soldados que fuesen con él a la puente de Chuquichaca, los cuales eran Gabriel de Loarte, sobrino del doctor Loarte, alcalde de corte de la ciudad de los Reyes, y al capitán Joan Balsa, sobrino de estos Yngas, nieto de Huainacapac, hijo legítimo de la Coya Doña Marca Chimpo, y a Pedro de Orúe, y Martín de Orúe, y Alonso de la Torre de Landatas, hijos del capitán Pedro Ortiz de Orúe, vecino del Cuzco, y a Joan Zapata, criado del virrey, y Joan de Ortega y Galarza, alguaciles del Cuzco, con orden que hiciesen la puente de nuevo, porque había nueva la habían quemado los indios, y habiéndola hecho estuviesen en ella con cincuenta indios cañares amigos, sin desampararla hasta que el virrey les enviase gente. Así partieron lunes siguiente de Quasimodo, y dio título de Maese de Campo al Gobernador Maldonado, natural de Salamanca, por haber servido en las ocasiones de tiranías fielmente a Su Majestad, Joan Álvarez Maldonado estuvo en la puente mes y medio, habiéndola hecho de nuevo y con grandísima vigilancia la guardó, y en este tiempo los indios, viendo que la habían hecho y la guardaban, entendiendo que debían de aguardar nueva gente para entrar dentro de Vilcabamba, no les pareció sería bien dejar de hacer lo posible para deshacerla o quemarla, y así vinieron tres veces cien indios como a hacer reseña a la puente con sus lanzas y armas, y con unas patenas puestas en las cabezas, y muchas plumas a su usanza de guerra y pidieron, por disimular su intento, que si querían hablar al Inga Cusi Tito aguardasen, irían a darle aviso, porque no se entendiese que el Inga era muerto, ni el religioso agustino que estaba con ellos doctrinándolos en Puquiura, y con esto se pasase el tiempo y le tuviesen ellos para coger sus chácaras de maíz y papas y otras sementeras de ocas y legumbres que tenían sembradas, porque si entraban los españoles no se aprovecharen dellas, y tuviesen necesidad de enviar fuera por comida, y ellos, habiéndolas recogido, las guardasen en los lugares fuertes y seguros, para aprovecharse dellas en sus necesidades de la guerra que ya adivinaban.

CAPITULO LXXIX

Cómo el virrey don Francisco de Toledo envió por general contra Topa Amaro a Martín Hurtado de Mendoza de Arbieta, y le dio batalla

Habiendo estado el Maese de Campo Joan Álvarez Maldonado, como está dicho, mes y medio en la puente, llegó a ella don Antonio Pereyra, caballero portugués, vecino del Cuzco, con veinte soldados, y dentro de ocho días vinieron a la puente el doctor Loarte, alcalde de corte de la Audiencia de los Reyes, y el doctor Fray Pedro Gutiérrez, del Orden de Alcántara, capellán que a la sazón era del virrey don Francisco de Toledo y oidor que después fue del Supremo Consejo de las Indias, y trajeron consigo doscientos y cincuenta hombres, entre vecinos y soldados, todos de mucho lustre y valerosos, y que vinieron muy bien aderezados de armas y vestidos, y bizarros y galanes. En la puente, por orden del dicho Virrey, cuyas provisiones llevaban, dieron las capitanías a Martín Hurtado de Arbieta, por general y cabo de todos; a don Antonio Pereyra y a Martín de Menesses, capitanes de infantería; a Ordoño de Valencia, natural de Zamora, capitán del artillería; por sargento mayor de todo el campo, el capitán Antón de Gatos, y por consultores para las cosas de guerra, Mancio Sierra Leguizamo, Alonso de Mesa y Hernando Solano, vecinos del Cuzco, y de los primeros conquistadores y descubridores deste Reino, hombres de mucha suerte y valor, que habían servido en todas ocasiones a Su Majestad y que habían gastado mucho en ello. Por proveedor del campo fue el capitán Julián de Humarán, vecino de la ciudad de la Paz, y regidor perpetuo de la ciudad del Cuzco, para que recogiese todas las comidas necesarias y previniese las municiones y armas que fuesen menester.

También fue Martín García de Loyola, caballero vizcaíno, y que después fue del hábito de Calatrava, capitán de la guarda del Visorrey, y llevó consigo en su capitanía veinte y ocho soldados sobresalientes, hijos de vecinos y de conquistadores de este Reino, y algunos caballeros principales, que quisieron en esta jornada servir a Su Majestad, acudiendo a su obligación de tales. Entre ellos fue Don Jerónimo Marañón y Don Francisco de Mendoza, dicho comúnmente el del Paraguay, por haber nacido allí, hermano de Don Diego de Mendoza, a quien después el virrey Don Francisco de Toledo degolló en Chuquisaca.

Por otra parte, el Virrey, porque mejor se pudiese hacer la guerra y los indios viéndose acometidos por tantos lados desmayasen, envió a Gaspar Arias de Sotelo, natural de Zamora, un caballero de los más principales del Reino, deudo muy cercano del virrey Blasco Núñez Vela, y que en todas ocasiones había servido a Su Majestad desde la tiranía de Gonzalo Pizarro, hombre de gran valor y presunción. Fue con él por capitán suyo Nuño de Mendoza con otros muchos vecinos del Cuzco y hasta cien soldados, y llevaron orden que si Martín Hurtado de Arbieta muriese en la jornada fuese General Supremo el Gaspar Arias de Sotelo. Entró por Cocha Caxas y Curabamba, que es el camino Real de Lima al Cuzco, antes de llegar a Amancay, encomienda suya, y caminando por montañas cerradas y sendas fragosas, salió a Pampaconac, lugar frigidísimo, doce leguas de Vilcabamba la vieja, donde los Yngas tenían su asiento y corte, y allí hicieron alto, habiendo para ello los vecinos y consultores tratádolo y considerádolo para ver lo que convenía hacer.

También envió el virrey indios amigos de guerra, que ayudasen a los españoles en la jornada, y fue de los orejones del Cuzco por General Don Francisco Cayo Topa, el cual llevó a su cargo mil y quinientos indios de guerra de todas las provincias del contorno del Cuzco. De los cañares y mitimas. Fue General Don Francisco Chilche, cacique del valle de Yucay, el que dijimos se había sospechado haber dado ponzoña a Cayre Topa y muértole, por lo cual estuvo preso un año en el Cuzco, llevó a su orden quinientos indios de pelea, con sus armas muy bien aderezados.

Caminó con buen orden el campo pasada la puente sin tener impedimento ninguno hasta llegar tres leguas de Vitcos y Puquiura, donde está un paso malo y fragoso, en una montaña cerrada y dificultosa de atravesar, que se dice Quinua Racay y Cuyauchaca, y allí le dieron al capitán Martín García de Loyola, de las tres compañías de don Antonio Pereyra y Martín de Menesses y Ordoño de Valencia, treinta soldados, que se juntasen con los veinte y ocho que él tenía consigo, porque era poca gente.

El postrero día de Pascua de Espíritu Santo, en el asiento y pasada dicha de Cuyauchaca, los capitanes de los Ingas, Colla Topa y Paucar Unya, orejones, y Cusi Paucar Yauyo y otros capitanes, habiendo hecho junta de su gente, les pareció ser aquel lugar oportuno para desbaratar a los españoles y destruirlos, pues la dificultad y aspereza de la tierra era en su favor para su intento. Así se ordenaron a su usanza para dar la batalla, y por causa del paso malo y montaña, Martín García de Loyola, que iba de vanguardia con don Francisco Cayotopa y don Francisco Chilche, con quinientos indios amigos, empezó a pelear y se dividió su gente en tres partes, a causa que los indios tenían puestas en el suelo muchas puntas de palmas, y sembradas muy espesas para que los españoles, yendo a embestir, se hincasen y muchos lazos de vejucos para que se enlazasen y cayesen. Peleóse con gran porfía de una parte y otra, y Martín García de Loyola se vio en un evidentísimo peligro de la muerte, porque estando peleando salió un indio enemigo de tan gran disposición de cuerpo y fuerza, que parecía medio gigante, y se abrazó con él por encima de los hombros que no le dejaba rebullirse, pero socorrióle un indio amigo, de los nuestros, llamado Currillo, que llegó con un alfange y le tiró una cuchillada a los pies, que se los derribó, y segundando otra por los hombros le abrió, de suerte que cayó allí muerto, y así, mediante este indio, se libró de la muerte el capitán Martín García de Loyola, que cierto fue hazaña digna de poner en historia el ánimo y presteza con que Currillo quitó la vida al medio gigante de dos cuchilladas, y salvó a su capitán. Duró la batalla dos horas y media, con grande tesón de los indios y muestras de mucho ánimo y valor, pero estando en lo más riguroso, dieron un arbuza a un capitán de los Ingas, indio muy valiente y animoso, llamado Parinango, que era general de los cayambis, y cayó muerto, y con él Matas Inga, otro capitán, y muchos indios de brío, con lo cual perdieron ánimo y se retiraron, y así los españoles vencieron. Fue esta victoria tercero día de Pascua de Espíritu Santo, a las tres de la tarde, y los indios desbaratados se fueron, poco a poco, retirándose por los cerros y se metieron en la montaña, y por esta ocasión se escaparon muchos dellos.

Habida la victoria, al segundo día que hicieron alto, mandó el general Martín Hurtado de Arbieta siguiesen buscando camino, por donde se pudiese salir de la montaña sin que en

ella peligrase la gente, que en lo interior della podían estar ocultos los indios, como diestros de los pasos y veredas, porque en la batalla pasada mataron con galgas, que de una ladera echaron, yéndose retirando los indios, a los soldados, llamados Gonzalo de Ribadeneyra y Gonzalo Pérez, españoles. Los cuales enterraron en el mismo camino y les pusieron dos cruces, porque no hallaron otro lugar en el puesto más comodo y aparejado para enterrarlos. Así deseaba el general excusar todo lo posible dar en alguna emboscada de indios, donde le matasen algunos españoles, y así anduvieron soldados españoles con indios amigos de unas partes a otras, buscando salida de aquella montaña tan cerrada.

CAPITULO LXXX

Que se descubrió camino por donde salió el campo al valle de Puquiura y de otras cosas que les sucedieron

Al tercero día que se buscaba camino, después de dada la batalla, descubrió un soldado mestizo, llamado Juanes de Cortazaga, hijo de Joanes de Cortazaga, vecino que fue de Arequipa, un lugar seguro y libre de embarazos, de lo cual muy contento el General levantó el campo y, muy en orden, salió por él toda la gente y el bagaje, y llegaron al valle de Puquiura, donde el Ynga tenía sus casas, y había iglesia donde administraban los Padres agustinos que hemos dicho, y allí murió Cusi Tito Yupanqui Inga, y tenían sus pueblos pequeños poblados. Hallaron en este valle el maíz en mazorca por coger. Como el campo iba falto de comidas, con las que hallaron, los españoles e indios se reformaron y regocijaron, y más con mucho ganado de la tierra, de carneros y ovejas. Habiéndose holgado, partió de allí el campo al asiento de Pampaconac, lugar, como hemos dicho, muy frío, donde se halló mucha cantidad de papas y legumbres, y se toparon con noventa y siete vacas de Castilla que los Ingas allí tenían, y ovejas de Castilla, y puercos, y unas salinas de sal. Deste lugar, tan destemplado, se caminó al asiento de Vicos Calla, donde los Ingas tenían las minas de plata, que después se descubrieron y se han labrado y labran el día de hoy. Allí corriendo el Maestre de Campo, Joan Álvarez Maldonado, dijo: arcay tucui nocap (lo que traían de despojos de ganado, comidas y ropas), que quiere decir: rocójase todo, que es mío, y cayó del caballo en un pantanal. Otro día siguiente llegaron al asiento de Pampaconac, tres leguas de camino, y por ser la tierra tan fragosa y la montaña tan cerrada de arboleda y tan áspera, reparó el campo trece días, porque cayeron enfermos muchos soldados e indios de sarampión, y para que reposasen y se cura sen los que estaban malos y tomar más lengua y noticia del camino, que era no conocido de los que venían en el campo.

Al onceno día que estaba el campo alojado en aquel puesto, un indio que se había rendido en la batalla pasada de Cuyau Chaca, se huyó llevando una capa y una espada de un soldado hurtadas, e iba este indio a dar aviso a Topa Amaro, y a su tío y sobrino y a sus capitanes, de lo que había entre los españoles, y de la suerte que estaban alojados; y las guardas y centinelas le cogieron y traído le ahorcaron el mismo día, porque fuese escarmiento a los otros rendidos y no se intentasen huir. Llamábase este indio Canchari. Partió el campo de este lugar al cabo de los trece días dichos y fue por las montañas y quebradas con excesivo trabajo de todos, y en el camino se hallaron en tres o cuatro

partes cuyes sacrificados, que son como conejos de Castilla, lo cual es muy ordinario hacer los indios en la guerra, y en tiempos de hambres y pestilencias y en cualquier negocio arduo y dificultoso que tratan o intentan, para aplacar a sus huacas y para saber, mediante las señales que vienen en los cuyes, los sucesos que les han de venir, si serán prósperos o adversos, tristes o de contento y placer. Así lo habían hecho ahora en los lugares y partes donde iba el campo marchando. Llegado a un paso dicho Chuquillusca, que es una peña rajada en un trecho largo, a la vereda de un río caudaloso, que apenas se podía caminar por él y era necesario que los soldados e indios de guerra amigos lo pasasen gateando, y asidos de las manos unos de otros, con gran dificultad y riesgo. Viendo esto un soldado portugués, llamado Pascual Xuárez, se echó un vérsete de bronce al hombro y con él pasó este paso tan áspero, que cincuenta indios no lo pasaran el versete si no fuera con grandísimo peligro y se despeñaron muchos de todos los que en el campo iban y lo vieron. Hizo un notable hecho y mucho servicio a Dios Nuestro Señor y a su Majestad, porque con el versete y otra culebrina pequeña, fueron disparando para ojear los indios y que los españoles no peligrasen en tan malísimos pasos, porque la gente enemiga iban a la vista de los cristianos, haciendo gran algazara y vocería y tirando flechas y galgas. Y en cada lugar dificultoso que los indios cañaris amigos se desmandaban, saliendo fuera de la compañía donde iban amparados con los españoles y arcabuces, volvían heridos de lanzadas que los enemigos les daban, en hallando la ocasión a la mano, porque aunque los cañaris sean tan diestros en el ejercicio de las lanzas como se sabe, los enemigos estaban más usados, como había días que no soltaban las armas de las manos y conocían los puestos, y sabían dónde se podían aprovechar a su salvo de los nuestros, y así les hacían daño, por momentos.

Otro día siguiente, yendo marchando el campo a Tumichaca, salió un capitán de los ingas, llamado Puma Ynga, a los españoles, de paz y con muy buen semblante de no ser fingida ni disimulada. Este capitán estaba siempre con los Yngas Tupa Amaro y Quispi Tito, y nunca se apartaba dellos y entre sí habían consultado de dar la obediencia al General Arbieto, porque no querían tener más guerra ni dar más batallas a los enemigos, sino salir de paz, porque Manco Inga, padre de Tupa Amaro, se lo dejó mandado a la hora de su muerte y con su maldición si lo contrario hiciesen, porque bien vio que no se podían sustentar en aquella tierra si los españoles entraban en número contra ellos. Porque habían hecho los Yngas estas consultas Curi Paucar y los otros capitanes del Sol, orejones Colla Topa y Paucar Unya, se habían determinado de matarlos, porque no querían paz sino seguir la guerra y defenderse hasta morir.

Estos dicen algunos que fueron los que más instancia hicieron en la muerte que tenemos referida del bendito Padre Fray Diego Ortiz, y que a ello les ayudó Martín Pando, mestizo, que era secretario de Cusi Tito Yupanqui, y aun dicen más; que después que ayudó a la maldad referida, estos capitanes le hicieron idolatrar y él como malvado y pusilánime, o con poca fe como los indios entre quien vivía, idolatró, y así hallaron en esta ocasión en su casa los españoles un fosito muy pequeño, do hacía sus sacrificios que, en efecto, los mestizos por la mayor parte en este Reino han aprobado mal. Este Martín Pando al cabo de haber idolatrado, como dicen, le dieron el pago los indios, matándole al desventurado en pago y recompensa de su pecado y abominable iniquidad. El día que salió de Paz este capitán Puma Ynga, ya dicho, llegó el campo con el general y

demás capitanes al lugar de Anonay, y allí hizo alto y noche, alojándose con mucho cuidado y prevención, que se temieron de los indios no viniesen de repente, porque hallaron muchas púas de palmas hincadas en el suelo y yerba ponzoñosa en las puntas, para que, en pisando, del veneno que tenían muriese la gente sin remedio, y advirtió dello para que se guardasen y caminasen con recato. El capitán Puma Ynga, en nombre de los Ingas Tupa Amaro y Quispi Tito, dio la obediencia al general Martín Hurtado de Arbieta, diciendo que los Yngas pedían paz y la querían y misericordia, y que el general castigase a los rebeldes, que ellos de recelo que no los matasen Curi Paucar y los demás capitanes orejones que se lo impedían, no osaban salir en persona propia a dar la obediencia al mismo general. Pero que no estaba en su mano por la causa dicha, y que ellos no habían tenido culpa ninguna en la muerte de Atilano de Anaya, ni habían tal mandado, porque estaban metidos allá dentro, sino que el Curi Pauca, y los otros capitanes orejones de su autoridad, lo habían hecho, porque no se supiese la muerte de Cusi Tito Yupanqui, su hermano y padre. Este Puma Ynga dio noticia cómo habían los capitanes hecho un fuerte y lo tenían muy aderezado y fortificado, que se llamaba Huayna Pucara, y dio la traza y modo cómo se podría ganar, sin que peligrasen los españoles e indios en la expugnación dél. En este tiempo andaban los enemigos a la vista del campo, y a los ojos de los españoles, con mucha desenvoltura, mostrándose por momentos como en menosprecio de los nuestros.

CAPITULO LXXXI

Cómo mediante los avisos de Puma Inga se tomó el fuerte de Huaina Pucara, a fuerza de brazos

Otro día siguiente se levantó el campo y en buen orden marchó dos leguas hacia Huaina Pucara, donde los enemigos estaban fortalecidos, e hicieron reseña en un lugar dicho Panti Pampa, y allí el campo español hizo alto, para tratar cómo se había de embestir al fuerte, y prevenir las cosas necesarias para el asalto, que se esperaba sería muy difícil y peligroso. Sobre dónde se había de asentar el campo hubo muchas diferencias entre los capitanes y vecinos, que casi llegaron a las manos, porque como todos, o los más que allí iban sirviendo a su Majestad, eran gente principal y escogida, hombres ricos y poderosos, de mucha hacienda y valor, y servían a su costa, perdían el respeto al Maese de Campo, pero llegó en esto el General, que venía algo atrás y se sosegó todo, y se asentó el campo como mejor se pudo. Los enemigos estaban a la vista y aun casi en el campo, según se acercaban.

El capitán orejón Puma Ynga, que hemos dicho que salió a dar la obediencia, informó al General, y a los demás consultores y capitanes, estando en consejo, el sitio y lugar que había de pasar otro día siguiente la gente, y el bagaje, y por qué traza y motivo este capitán trató todo lo que se preguntó, y él advirtió con mucha fidelidad y verdad, que no fue poco. Así, mediante sus avisos claramente se conoce haberse habido la victoria y torna del fuerte, porque dijo que era un sitio muy largo de legua y media, casi que llegaba a dos, y de distancia como de media luna el camino por dónde se había de marchar, muy angosto, de gran pedregal y montaña y un río ancho y caudaloso, que corre a la vereda

del camino, que todo era de más peligro y temeridad, yendo pasando y peleando con los enemigos que estarían en los altos en esta distancia de legua y media, en los altos que hace media cuchilla fragosa, que no se puede caminar ni pasar yendo dos compañeros juntos a la par. Tenían los indios hecho un fuerte de piedra y lodo, muy ancho, donde estaba la fortaleza con muchísimos montones de piedra para tirar a mano y con hondas, y encima del fuerte, por toda la cuchilla estaban montones de pedregonazos y, encima o detrás de los montones, piedras muy grandes con sus palancas, que en meneando cualquiera muchacho aquéllas, desperdigonasen las galgas, y esto habían de hacer, estando metido en aquella media luna de la cuchilla el campo español, con los indios amigos de guerra y todo el bagaje, que caminaba a la par, de suerte que si los enemigos, permitiéndolo Dios, pusieran por obra lo que tenían trazado y aparejado, no quedara de todo el campo alma viva así de indios como de españoles, que las galgas los mataran a todos y los llevaran por delante rodando, y el que dellas escapara con la vida era fuerza venir a echarse en el río, donde se ahogaran, cayendo de repente y con el embarazo de las armas y vestidos, y cuando alguno escapara de las galgas y del río, también pereciera, porque había de la otra parte quinientos indios chunchos de los Andes, flecheros que no dejaran nadie a vida, que a flechazos no los acabaran. Así en el aviso de Puma Ynga estuvo el bien del campo español aquel día y salir con el intento deseado, feneciendo en la guerra.

Otro día, lunes, se prepararon todos los soldados y caballeros que había en el campo hicieron los más las diligencias que en tales trances suelen hacer los cristianos, confesando y comulgando y previniendo las armas, porque sin duda se entendió que había de ser peligroso el combate y toma del fuerte, por el lugar donde estaba situado y las prevenciones que habían hecho en él los enemigos. El General Martín Hurtado de Arbieta salió al campo, acompañado del General Gaspar Sotelo, y de todos los vecinos y capitanes, y por las minutas que tenía de la gente fue llamando a los soldados que le pareció, y estando como ciento y cincuenta, les mandó fuesen por una cuchilla alta y montañosa de legua y media, en alto del cerro. Estos soldados salieron luego como se les fue mandado, y sería después de las seis de la mañana, y empezaron a subir el cerro que era tan agrio y dificultoso que iban a gatas y asidos unos de otros, y, en fin, quiso Dios que sin peligrar llegaron a lo alto, como a la una de la tarde. Puestos en lo alto, se mostraron a los enemigos que estaban abajo, los cuales estaban muy bien ordenados según su costumbre de guerra y, como diestros y prácticos en la tierra, viendo los españoles superiores y que de allí los tenían debajo y sujetos a toda su voluntad, no les pareció cosa conveniente aguardarlos allí, y así poco a poco se fueron retirando hacia el fuerte de Huaina Pucara, dejando las galgas y piedras que tenían aparejadas para destruir a los españoles.

El General iba con el campo y bagaje, caminando poco a poco haciendo a ratos alto para entretener el tiempo y que los suyos que iban por el cerro arriba acaben de subir, hasta que los españoles e indios amigos dieron desde lo alto gritos y voces, jugando el arcabucería, y en esto la artillería iba jugando contra el fuerte poco a poco, por amedrentar los enemigos que a él se recogían. Se hacía de nuestra parte todo lo posible por llegar, pero el camino tan fragoso, áspero y angosto los detenía. Pero al fin fue Dios servido que con la buena ayuda que los de arriba dieron y buena maña de los de abajo,

estando ya cerca se dio ¡Santiago! arremetiendo al fuerte, y habiendo dado una buena rociada de arcabucería se ganó, habiéndose defendido los indios un rato con ánimo y osadía, y no peligro ninguno de los nuestros, aunque en general se pasó gran trabajo y cansancio, por ser el camino y subida al fuerte tan difícil y agria.

Otro día, que fue martes, salieron trece soldados sobresalientes de los que ordinario iban tomando los altos desde el puente de Chuqui Chaca, y con ellos fue don Francisco Chilche, curaca de Yucay, General de los cañaris, y llegaron a Macho Pucara, donde Manco Ynga desbarató a Gonzalo Pizarro, Villacastín y al capitán Orgoño y otros. Siguiendo a estos sobresalientes el campo se hizo allí alto, y los enemigos en número vinieron a dar un arma al campo y fue con tanta vocería y alaridos que causó al principio alguna turbación, y a don jerónimo de Figueroa, sobrino del virrey don Francisco de Toledo, le quemó un criado suyo un escaupil que llevaba vestido, que si no se echara en un arroyo que por allí cerca corría, sin duda se abrasara sin poderlo remediar. Este día marchando el campo llegó a Marcanay, adonde se halló mucho maíz sembrado en mazorca que aún no se había cogido, y platanales y ajiales, mucho número de yucas algodinales y guayabas, de que la gente recibió grandísimo contento y se reformó con las frutas y comida que hallaron, porque iban hambrientos y necesitados de mantenimientos. El maese de campo Joan Álvarez Maldonado porque un soldado mestizo llamado Alonso Hernández de la Torre hijo de Francisco Hernández de la Torre, hombre antiguo en este Reino, quebró y tomó unas cañas dulces para comer, le dio de sargentazos, para con esto reprimir las desórdenes de los demás soldados que se iban esparciendo y guardaban poca disciplina militar saliéndose de su ordenanza. Porque pudiera ser estar los indios en alguna emboscada y salir de repente a la gente que andaba fuera de escuadrón, y hacer mucho daño en ella, como en infinitas ocasiones se ha visto, por no recelarse del enemigo, perderse un campo entero.

CAPITULO LXXXII

Que el General Martín Hurtado de Arbieta entró en Vilcabamba y envió detrás de Quispi Tito y lo prendieron

Otro día de mañana, que fue día del Señor S. Joan Baptista veinte y cuatro de junio de mil y quinientos y setenta y dos, el general Martín de Arbieta mandó poner en ordenanza toda la gente del campo, por sus compañías, con sus capitanes y los indios amigos, lo mismo con sus generales don Francisco Chilche y don Francisco Cayantopa y los demás capitanes con sus banderas y en ordenanza se marchó llevando el artillería, y caminando entraron a las diez del día en el pueblo de Vilca Bamba, todos a pie, que es tierra asperísima y fragosa y no para caballos de ninguna manera. Hallóse todo el pueblo saqueado, de suerte que si los españoles e indios amigos lo hubieran hecho no estuviera peor, porque los indios e indias se huyeron todos y se metieron en la montaña, llevando todo lo que pudieron. Lo demás de maíz y comida que estaba en los buhíos y depósitos, donde ellos los suelen guardar, lo quemaron y abrasaron, de suerte que estaba cuando el campo llegó humeando, y la casa del Sol donde estaba su principal ídolo quemada. Porque cuando entraron Gonzalo Pizarro y Villacastín hicieron lo mismo, y la falta de

mantenimiento les forzó a volverse y dejarles la tierra en su poder, entendieron asimismo que al presente los españoles, no hallando comidas ni con qué sustentarse, se tornarían a salir de la tierra, y no se quedarían en ella ni la poblarían, y con este intento se huyeron los indios, pegando fuego a todo lo que no pudieron llevar.

El campo descansó allí un día holgándose los soldados en aquel pueblo de Vilcabamba. Otro día, que fue el segundo de la llegada, el General Arbieto mandó llamar a Gabriel de Loarte y Pedro de Orúe, inga de Orúe, y al capitán Juan Balsa, tío de los Yngas Tupa Amaro y Quispi Tito, y a Pedro Bustinza, también su tío, hijos de las dos Coyas, doña Juana Marca Chimpo y doña Beatriz Quispi Quepi, hijas de Huaina Capac, y con ellos otros sus amigos y camaradas que eran los sobresalientes, y les mandó que saliesen por el cerro llamado de Ututo, que es una montaña brava, tras el Ynga Quespi Tito, porque había llegado nueva al general que se iba huyendo con alguna gente hacia los Pilcozones, que es una provincia detrás de los Andes, hacia el río Marañón. Los dichos se partieron luego con mucha diligencia tras de Quespi Tito Yupanqui, y fueron caminando por el cerro dicho, con increíble trabajo, sin agua ni comida que hallasen, más que la que habían sacado de Vilca Bamba, y al cabo de seis días el capitán Joan Balsa, que era de vanguardia (y Pedro de Orúe el segundo y Gabriel de Loarte de retaguardia), dio donde estaba Quespi Tito Yupanqui con su mujer en días de parir, y con él once indios e indias que le servían, que las demás gente se había esparcido. Habiéndole cogido dieron la vuelta a Vilcabamba, y lo que en seis días subiendo habían caminado lo volvieron a bajar en dos. Hallaron en aquella montaña mucha suma de víboras de cascabel, que dicen, y plugo a la Majestad divina que no peligró persona ninguna con ellas, porque son dañósimas. El cansancio y trabajo que en el camino, con la necesidad, pasaron se les convirtió en flores y contento, mediante la buena presa que hicieron. Así llegaron con él al pueblo de Vilcabamba y se lo entregaron al general en la misma casa del Ynga. Allí les despojaron de todo su bagaje y vestidos, de tal suerte, que en la prisión no les dejaron ropa que poderse mudar, a él ni a su mujer, ni bajilla ninguna de la que tenían, donde padecieron hasta necesidad de hambre y frío, aunque es tierra caliente. Es tal el temple de la tierra que en los bordes de los buhíos y en las traseras las abejas crían panales de miel como los de España, y el maíz se coge tres veces al año, ayudadas las sementeras de la buena disposición de la tierra y de las aguas con que lo riegan a sus tiempo. Se dan ajiales en grandísima abundancia, coca y cañas dulces para hacer miel y azúcar y yucas, camotes y algodón.

Tiene el pueblo, o por mejor decir tenía, de sitio media legua de ancho a la traza del Cuzco y grandísimo trecho de largo, y en él se crían papagayos, gallinas, patos, conejos de la tierra, pavos, faisanes, grasnaderas, pavoncillos, guacamayas y otros mil géneros de pájaros de diversos colores pintados, y muy hermosos a la vista, las casas y buhíos cubiertos de buena paja. Hay gran número de guayabas, pacaes, maní, lucmas, papayas, piñas, paitas y otros diversos árboles frutales y silvestres. Tenía la casa el Ynga con altos y bajos cubierta de tejas y todo el palacio pintado con grande diferencia de pinturas a su usanza que era cosa muy de ver. Tenía una plaza capaz de número de gente, donde ellos se regocijaban, y aun corrían caballos. Las puertas de la casa eran de muy oloroso cedro, que lo hay en aquella tierra en suma, y los zaquizamíes de lo mismo, de suerte que casi no echaban menos los Yngas en aquella tierra apartada, o por mejor decir desterradero,

los regalos, grandeza y suntuosidad del Cuzco, porque allí todo cuanto podían haber de fuera les traían los indios para sus contentos y placeres y ellos estaban allí con gusto. En el tiempo que el general Arbieta envió a los que hemos dicho en busca del Ynga Cusi Tito Yupanqui y lo trajeron, despachó por otra parte al capitán Martín de Meneses, a que buscarse con mucho cuidado al Ynga Tupa Amaro. El cual salió y llegaron él, y los que en su compañía iban, seis leguas la tierra dentro, donde dicen Panque y Sapacati, y allí hallaron el ídolo del Sol, de oro, y mucha plata, oro y piedras preciosas de esmeraldas, mucha ropa antigua, que todo, según fama, se avalaría en más de un millón, lo cual todo se consumió entre los españoles e indios amigos, y aun dos sacerdotes que iban en el campo gozaron de sus partes. Aunque hubo opiniones de teólogos y hombres doctos, que semejantes despojos eran injustos y que no se podían llevar, aprovechó poco, que la ley de la codicia desenfrenada prevaleció a la ley natural y divina, y así todo lo llevaron, con muchos cántaros y vasijas de plata y oro, con que los yngas se servían. Parte que habían escapado de la hambre de los españoles y de los Pizarros, en el Cuzco, al principio, y parte que habían encerrado entonces y después sacado, y aun también allí habían labrado piezas a su modo, para restaurar las muchas que habían perdido y les habían quitado los españoles con desorden y poco temor de Dios, como si los ingas e indios no fueran señores de sus haciendas, sino que todo estuviera perdido el dominio y aplicado a quien primero pudiese tomarlo por fuerza, y así lo lograron todos los que lo hubieron, y se apoderaron de ello como en efecto fue cosa mal habida.

Por otra parte envió al capitán don Antonio Pereira para que siguiese al Ynga Topa Amaro, e hiciese todo lo posible por haberle a las manos, y a los demás capitanes que con él se habían huido, porque presos estaba concluida la guerra y la tierra pacífica y quieta. Salió don Antonio Pereira y diose tan buena maña que alcanzó y prendió a Colla Topa y Paucar Unía, orejones capitanes ya dichos y con ellos hubo a las manos a Curi Paucar, el traidor, que era el más cruel de todos los capitanes de los Yngas y que más instancia había hecho siempre en sustentar la guerra y que no se diese la paz y obediencia y el que más males había hecho, y la causa principal de la muerte de Atilano de Anaya. Cazó también otros muchos indios enemigos, que estaban escondidos en la montaña de Sapacatín, y se volvió con los prisioneros a Vilcabamba. En el camino, trayendo a un hijo pequeño de Tecuripaucar, a cuestras, una víbora le picó, y fue tanta la fuerza de la ponzoña, que dentro de veinte y cuatro horas murió de la picadura. Así llegaron a Vilcabamba, donde entregó los presos. Este capitán don Antonio Pereira no trajo para sí nada de los despojos que allí hubieron, porque no fue nada codicioso, sino antes sirvió en toda la jornada muy valerosamente, como hijo del capitán Lope Martín, que en las tiranías de Gonzalo Pizarro se señaló siempre en servicio de Su Majestad. Habiendo ido a España en compañía del Presidente Pedro de la Gasca, volvió a este Reino, y en el alzamiento y revolución de Francisco Hernández Girón, habiendo seguido en diversas ocasiones el estandarte Real, y mostrándose en todas, en el rencuentro de las Hoyas de Villacurin, seis leguas de Yca, fue preso por Francisco Hernández, y luego le mandó cortar la cabeza, y así acabó en servicio de su Rey, como bueno y leal, cuyo cuerpo fue después llevado a la Ciudad de los Reyes, y enterrado en la iglesia mayor de ella, donde en la capilla mayor se puso su bandera. Allí estuvo muchos años, hasta que el tiempo la consumió.

CAPITULO LXXXIII

De que el general despachó al capitán Martín García de Loyola, el cual prendió a Tupa Amaro Ynga

Como volvió el capitán don Antonio Pereira a Vilcabamba con la presa de los capitanes enemigos ya dichos, el general Arbieto, que deseaba mucho prender a Tupa Amaro Ynga, porque le parecía que la guerra no estaba concluida hasta cogerlo, y que siempre andaban los indios alborotados mientras estuviere entre ellos, acordó de nuevo seguirle, y así mandó que fuese el general Martín García de Loiola en su busca, y de Hualpa Yupanqui su tío, que andaba con él y había sido general de los Yngas. Salieron con él cuarenta soldados por el río Masahuay de los Manaris, provincia de los Andes, indios chunchos, y fueron caminando y cuarenta leguas de Vilcabamba, y en este río, que va a dar al Marañón, o es el mismo Marañón, y desemboca en la mar del norte, hallaron en él seis maderos livianísimos de balsa, que eran con los que el Ynga y sus capitanes y gente habían pasado de la otra banda, y allí reparó el capitán Martín García de Loyola. Estando alojados, a mediodía, él y sus soldados en la montaña de grandísima arboleda y muy altos manglares, vieron estarse lavando en el agua de esta otra parte cinco indios chunchos, y uno que estaba en atalaya, pescando con su flecha sábalos, de que hay grandísima abundancia en aquel río, y a flechazos los matan los indios dentro del agua. El capitán trató que como se podrían coger algunos indios de aquellos, para tomar lengua y saber del Ynga, pues otros no lo podrían saber mejor, y ordenó que seis soldados se aparejasen. En entrándose los indios en la montaña, se metiesen de dos en dos en las balsas y pasando de la otra parte procurasen tomarlos como pudiesen, porque parecían humos en la montaña, y era que hacían de comer en un bohío, que tenía trescientas y cincuenta brazas de largo, con veinte puertas, y aunque algunos soldados lo rehusaron Gabriel de Loarte dijo al fin: Yo y mis compañeros pasaremos y me obligo de traer presa.

Así se metieron con él Pedro de Orúe, el capitán Juan Balsa, Cristóbal Xuárez, portugués, Tolosa, vizcaíno, y otro, y entraron en las balsas y fueron pasando el río de dos en dos. Puestos de la otra banda se metieron así al lugar que tenía marcado, y tuvieron tan buena ventura que dieron de repente con siete indios chunchos, y con singular presteza cogieron los cinco luego, y los dos se les escaparon por causa de haber en el bohío tantas puertas. No tuvieron lugar de tomar sus flechas, que las tenían de colas de bayas. Hallaron en el bohío maíz cocido y más de cincuenta sábalos. Aseguraron a los chunchos, con muestras de mucho amor; hablándoles por lengua de un indio que pasó con ellos que sabía la suya, les dijeron que no tuviesen temor ninguno, que no se les haría mal ni agravio. Salieron con ellos del bohío y por la montaña se descubrieron en la ribera del río, haciendo salva con los arcabuces a los compañeros que estaban de la otra banda. Luego, pasando las balsas, se metieron en ellas el capitán Martín García de Loyola y sus soldados y pasaron el río, donde comieron muy de reposo y con gran contento y alegría de la presa que habían habido, porque hallaron en el bohío treinta cargas de ropa finísima del Ynga, y muchos terciopelos raros y seda rica, muchos fardos de Ruán y Holanda, paños y pajas, borceguíes y mucha plumería de Castilla de la tierra y, sobre todo, abundancia de vasos de oro y plata, y vajilla del servicio del Ynga. Se regocijó toda la gente con tanta y tan

rica presa, pareciéndoles que no podía dejar de estar Tupa Amaro muy cerca de allí, pues tantas cosas suyas había en el bohío, guardadas por aquellos chunchos.

Luego trató el capitán Martín García de Loyola, que por medio de intérprete con los indios chunchos trató, que su curaca pareciese, y con dádivas y regalos que les hizo pareció Ispaca, su cacique, y vino donde estaba el capitán, el cual le recibió muy bien. Este era principal de los indios manaries chunchos, al cual hizo una plática, persuadiéndole que dijese dónde estaba Tupa Amaro. Para más obligarle le dio ciertos vestidos del mismo Ynga, y plumas de Castilla, y que si trataba verdad con fiel modo que le daría mucho más y no se le haría mal en su tierra, ni a su gente. El Ispaca atemorizado dijo que cinco días había que partiera de aquel lugar, para entrarse en la mar en canoas, e irse a los Pilcosones, otra provincia la tierra dentro. Que su mujer de Topa Amoro iba temerosa y triste por ir en días de parir, y que él mismo, como la quería tanto, le ayudaba a llevar su hato, y le aguardaba, caminando poco a poco. Con darle aquellos dones y vestidos del Ynga al Ispaca, no los quiso recibir, diciendo que fuera grandísima traición que hiciera a su señor. Martín García de Loyola cogió a este cacique, y luego aquella tarde partió en busca de Tupa Amaro, porque no se alargase más y se escapase con su general Hualpa Yupanqui. Dejó en el bohío, en guardia de la presa, ropa y vajilla, cinco soldados y cuatro indios, que le enviasen de comer, que allí había mucha comida, que el Ynga tenía para su matalotaje, que sólo había detenidos por indios que le llevasen su hato. Con treinta y siete soldados se metió en la montaña por el camino que llevaba el Ynga, y detrás dél fue luego la comida, que fueron diez cargas de maíz, cinco de maní, tres de camotes y ocho de yucas, para que se sustentaran.

Caminó Martín García de Loyola quince leguas hasta donde dio con Topa Amaro, que se había desviado del camino, y junto a un brazo, de mar, que así se puede llamar aquel río grande. Si el día que tuvo la nueva Martín García de Loyola, y otro siguiente, no camina, no le pudiera alcanzar de ninguna suerte, porque aquel día habría hecho grandes cosas con su mujer, inoportunándola para que se metiera en la canoa para que caminara la mar adelante. Pero ella se temió grandemente de meterse en aquel piélago, que tenía más de ciento y cincuenta leguas de mar, y así fue la causa de su prisión y muerte. Porque si se entra en la canoa y se hace a lo largo era imposible cogerles, porque ya les habían traído comida, matalotaje para pasar aquel piélago de otra parte, y con esto se les fueron de las manos.

El modo de la prisión fue que, yendo caminando a las nueve de la noche dos soldados mestizos, que iban delanteros, llamados Francisco de Chávez, hijo de Gómez de Chávez, escribano del cabildo de Cuzco, y Francisco de la Peña, hijo de Benito de la Peña, escribano público también de la dicha ciudad, descubrieron una candelada de lejos, y fuéronse llegando poco a poco hasta llegar adonde estaba el Ynga Topa Amaro con su mujer y su general Hualpa Yupanqui, que se estaban calentando. Como dieron sobre ellos, por no alborotarles les hicieron mucha cortesía, diciéndole que no se alborotase y que su sobrino Quispi Tito estaba en Vilcabamba seguro y muy bien tratado, sin que se le hubiese hecho ningún disgusto ni mal tratamiento, y que allí iban por él sus parientes Juan Balsa y Pedro Bustinza, hijos de las coyas doña Juana Marca Chunpo y doña Beatriz Quespi Quipi, sus tías. Por haber sido el primero que llegó al Ynga el Francisco de

Chaves, le llamaron Chaves Amaro, y también porque le tomó unos vasos ricos al Ynga. Estando en esto, llegó el capitán Martín García de Loyola, con Gabriel de Loarte y los demás soldados, y prendió al Ynga, y habieno estado aquella noche con mucho recato y cuidado, por la mañana de vuelta hacia Vilcabamba donde llegaron, sin sucederles cosa ninguna, en salvamento.

Era Topa Amaro Ynga muy afable, bien acondicionado y discreto y de muy buenas palabras y razones, grave y de pecho que no se le dio cosa ninguna, ni mostró hacer estima ni caudal por todo cuanto allí perdió, y le quitó Loyola, y los demás soldados que habían ido con él, más de una pluma betada con oro tirado, cola de guacamaya. Por una manta colorada, que parecía raso fino de Granada, le pesó se la diese al cacique Ande en su persona, con una camiseta de terciopelo negro, y por esto se desabrió y mostró disgusto con el Martín García de Loyola, pues le dio de repujones, rogándole más de millón y medio a lo que comúnmente se dice en oró, plata, ropa de Castilla, sedas y muchas barras de plata, fuentes y aguamaniles y otras piedras ricas, y joyas y vestidos. Este Topa Amaro y su mujer entregó al capitán Loyola al general Martín Hurtado de Arbieta, al cual hizo, en sabiéndolo, el virrey don Francisco de Toledo merced de la gobernación de Vilcabamba, el cual luego se intituló en ella Señoría.

CAPITULO LXXXIV

De cómo el gobernador Arbieta envió a sacar el cuerpo del padre Fray Diego Ortiz, adonde los indios lo habían enterrado

Contentísimo el gobernador Martín Hurtado de Arbieta de ver puesto tan dichoso fin a aquella guerra, que se había juzgado por dificultosa, por los pasos tan ásperos y caminos tan agrios y montañas tan cerradas que había en la tierra, donde los indios pudieron hacer gran destrucción en los españoles, y teniendo en su poder a Topa Amaro Inga, y a su sobrino Quspi Tito y a Hualpa Yupanqui, su general y tío, con Curi Paucar y los demás capitanes orejones que habían preso, tuvo orden del Virrei don Francisco de Toledo que detuviese la gente española, porque quería poblar aquella tierra. Así despachó a Gabriel de Loarte y a Pedro de Orúe, Martín de Orúe, Juan Balsa y Martín de Rivadeneira al paso de Marcanay, y que allí estuviesen guardándole, sin dejar pasar a ningún soldado porque no se huyesen así a el Cuzco, que no saliendo los españoles se poblaría mejor la tierra y se asentarían los pueblos en los sitios y lugares que mejor conviniese.

En este tiempo, habiendo tenido noticia el Gobernador de la muerte tan cruel que habían dado los indios al bendito padre Fray Diego Ortiz, que ya tenemos referido, trató de que se buscase el cuerpo donde lo habían enterrado los indios, y envió a algunos soldados a este efecto. Al cabo vinieron a hallarlo, de manera que está dicho, debajo de las raíces de un tronco de un árbol grande. Y cuando lo sacaron de allí, que estaba descogotado del golpe que le dieron con la macana y le vieron tenía cinco flechazos que los indios le habían dado. Sacado de la concavidad y hoyo donde estaba metido, quiso la majestad de Dios mostrar la inocencia de su siervo y sacerdote, que con haber catorce meses y más que le habían muerto los indios y enterrado en aquel lugar, hallaron el bendito cuerpo

seco, sin olor malo ninguno y en el rostro tenía unas dos rosas coloradas que parecía vertían sangre y que en aquel punto le acababan de matar y sin señal ni rastro de corrupción, ni gusanos, con ser la tierra donde había estado enterrado aquel tiempo, calidísima y montañosa, que de invierno y de verano siempre llueve, donde en el Valle de Ondara y asiento de Chucullusca se desaparecieron los mosquitos hasta hoy. Metieron el cuerpo los soldados en una petaca y lo llevaron al pueblo de San Francisco de la Victoria, que así se llamaba ya a el de Vilcabamba. Después, metido en una caja, sabiendo el gobernador Arbieta y el Padre Diego López de Ayala, vicario que a la sazón era de aquella provincia, con todos los españoles que a la sazón vivían allí, salieron en procesión con su cruz y mucha cantidad de cera y, metiéndolo en unas andas con la caja en que venía, le tomó el gobernador con los más principales de dicha ciudad en los hombros, y así con toda la veneración posible, le metieron en la iglesia de la ciudad, donde el Vicario dijo la misa, hizo una plática alabando al bendito sacerdote, su santo celo e intención, y el gobernador otra a los indios reprehendiéndoles el hecho tan enorme y abominable que habían hecho, dándoles a entender los castigos que sobre ellos habían venido por ello de la mano de Dios. Acabada la misa pusieron el bendito cuerpo en una bóveda, debajo del altar mayor.

Pero bien será decir y referir, para mayor muestra de las mercedes que este bendito Padre y religioso está recibiendo de Dios en el cielo, lo que en las informaciones que acerca de ello se hicieron, después de muchos años en Vilcabamba y en la ciudad del Cuzco. Dicen testigos fidedignos que al cabo de pocos días, como estuviese muy mala de los ojos y los tuviese para perderlos, doña Mencia de Sauzedo, hija natural del dicho gobernador, se llegó a la caja donde los huesos estaban en la bóveda, que bien se podía tocar, y con mucha devoción hizo oración a Dios y puso los ojos sobre la caja. Quiso la majestad divina hacerle merced que luego se sintió buena del mal que en ellos tenía, y libre de su enfermedad. Doña Leonor de Hurtado de Ayala, hija legítima del dicho gobernador, que esto refiere en su dicho con juramento, dice más, que doña Juana de Ayala su madre y mujer del dicho gobernador como padeciese grandes dolores de muelas, todas las veces que le apretaba el dolor iba a la caja donde estaban los huesos y ponía en ella los carrillos y quijadas y luego se la quitaba el dolor que sentía. Poderoso es Dios y sabe honrar a los que le sirven en la vida y muerte. Pues este sacerdote, llevado del celo de servir a Dios y de la salvación de las almas que en aquella provincia estaban debajo de la servidumbre y esclavonia de Satanás, y de la obediencia de su Prelado que allá le mandó que entrase, fue y recibió muerte inocente, de creer es que el Sumo Dios, justísimo premiador de los buenos, le tiene en su gloria, pagándole con su vista lo que por él trabajó. Así todos los que en este Reino andamos en la conversión de las almas de estos miserables, debemos con un celo hacerlo santo de procurar la honra de Dios y anunciar su santo nombre en estas naciones, dejados otros vanos e inútiles intereses, que hacen perder el premio digno a los trabajos que entre ellos se padecen.

CAPITULO LXXXV

*Cómo el gobernador Arbieta envió a Topa Amaro y a los demás presos al Cuzco
y el Virrey mandó justicia a Topa Amaro*

El gobernador Martín Hurtado de Arbieta, después de haber pasado un mes que tenía consigo a los indios Tupa Amaro, Gualpa Yupanqui y Quispi Tito, llegó orden del Virrey don Francisco de Toledo para que la gente que quisiese salir saliese al Cuzco, visto que ya la tierra estaba pacífica y no había que temer, pues los Yngas que la podían desasosegar ya no podían. Así los envió presos a la ciudad del Cuzco, y con ellos vinieron también Curi Paucar Unia y Colla Topa, sus capitanes y otros prisioneros de los más principales, que mandó el virrey le llevasen adonde él estaba, para verlos y ejecutar lo que tenía en su pensamiento hacer, porque había sentido mucho la muerte de Atilano de Anaya, su embajador.

Viniendo así al Cuzco cayó malo Huallpa Yupanqui, tío de los yngas, de flujo de vientre y sangre, y apretándole la enfermedad vino a morir de ella sin llegar al Cuzco, una legua dél, porque no viese el dolor y tristeza que en él se aparejaba a su sobrino Tupa Amaro dentro de pocos días.

Entró toda la gente en la ciudad del Cuzco en orden con los prisioneros. El capitán Martín García de Loyola, que era el que había preso a Tupa Amaro, lo llevaba con una cadena de oro echada al cuello, y Quispitito su sobrino iba con otra de plata. Junto dél fueron pasando todos los capitanes y soldados, por su orden como el Virrey lo había mandado, y con ellos los prisioneros de más y menos calidad, y los capitanes y principales orejones. El virrey don Francisco de Toledo estaba en las casas de su morada, que eran las de Diego de Silva, vecino del Cuzco, natural de Ciudad Rodrigo, caballero de mucha calidad, y de una ventana vio toda la gente como entraba. Junto a él estaba Fray García de Toledo, su tío, religioso del orden de Santo Domingo, y detrás Fray Pedro Gutiérrez, su capellán, que ya dijimos fue después del Real Consejo de Indias. Como al tiempo que llegaban a emparejar con la ventana donde estaba el Virrey, y el capitán Loyola mandase a los indios que se quitasen los llautos, y Topa Amaro la borla que llevaba puesta por insignia real, ellos no quisieron, sino solamente tocaron los llautos con las manos, haciendo inclinación con la cabeza hacia donde estaba el Virrey. Algunas personas dicen que diciéndole el capitán Loyola que se quitase la borla que allí estaba el Virrey, Tupa Amaro respondió que no quería, porque quién era el virrey sino un yanacona del Rey, que quiere decir criado del Rey, y que indignado de esto el capitán Loyola, dejó la cadena de oro que llevaba en la mano con que Topa Amaro iba preso, y le dio dos pescozones, pareciéndole que en ello hacía sevicio a Su Majestad y daba gusto al Virrey, cosa que por todos los que se hallaron presentes fue juzgada por indigna de caballero noble, sea lo que fuere. Topa Amaro y su sobrino Quispitito Yupanqui fueron puestos en prisión en casa de don Carlos Ynga, hijo de Paulo Topa, que el Virrey había hecho fortaleza.

Mucho se trató y confirió la causa de estos Yngas, sobre hacer justicia de ellos, y muchas personas hablaron y rogaron con mucho afecto al Virrey sobre que templase su indignación contra ellos, y no fueron de provecho. Muchos teólogos hubo que atentos a no ser bautizados los Yngas, ni sometídose al gremio de la Santa Madre Iglesia Romana, dijeron no ser merecedores de la muerte, pues siempre habían ellos pretendido la paz y reconocer y dar la obediencia a la majestad de nuestro Rey don Felipe, pero que les dejasen estar en sus tierras y vivir en paz en ella, y que ellos recibirían la fe y el santo

Bautismo. Así los defendían con muchas razones, a las cuales el Virrey cerró los oídos y se determinó de hacer justicia de Topa Amaro públicamente, cortarle la cabeza para de una vez quitar recelos delante de los ojos, y a los indios yngas y demás provincias darles a entender que el Rey don Felipe, nuestro señor, era su único rey, y a él habían de obedecer, sin poner la mira en otro ninguno en el Reino.

Así mandó hacer justicia de los capitanes Yngas Collatopa y Paucar Unia, a los cuales cortaron las manos, y a Teripaucar Yauyo, que más en todas las ocasiones se había señalado contra los españoles, y en la muerte de Atilano de Anaya era el más principal, lo ahorcaron en la plaza y rollo de la ciudad del Cuzco, con que acabó y fenecieron sus maldades.

Hicieron, para cortar la cabeza a Tupa Amaro, en medio de la plaza pública del Cuzco un tablado cubierto de negro, el cual cuando supo lo que había de ser dél, rogó muy afectuosamente que no le matase el virrey pues él no le había ofendido ni le era su muerte de ningún provecho, y que lo enviasen a Su Majestad para que allí fuese su yanacona, que quiere decir criado, pero poco aprovechó este ruego, ni movió el corazón duro y obstinado del virrey a lástima ni compasión. Ni menos cuando don Fr. Agustín de la Coruña, religioso de vida santa ejemplar, como es público en todo este Reino, y obispo de Popayán, habiendo el desdichado Tupa Amaro el mismo en las casas dichas de don Carlos Ynga, que son la fortaleza, pedido el santo bautismo y el obispo muy Señor dádosele, y echado a los pies del Virrey, con lágrimas le suplicó le otorgase la vida, porque era inocente y no debía morir aquella muerte que se le trataba de dar, y lo enviase a España a Su Majestad, el Virrey resolutamente se lo negó, y cerró la puerta a ruegos y suplicaciones en este caso.

Así el día señalado para la ejecución de la justicia, nunca se vio la ciudad del Cuzco en sus trabajos y cerco tan a canto y a pique de perderse, como fue cuando una infinidad de indios que en ella había, ingas, orejones y de otras provincias vieron sacar al desdichado Topa Amaro a degollarlo, rodeado de la guardia y alabarderos del Virrey don Francisco de Toledo, vestido de luto, y llorando. Así por las calles no se podía pasar, los balcones estaban llenos de gente, damas y señoras principales que movidas a lástima le ayudaban a llorar, viendo un mozo malogrado llevar a quitar la vida. Así con verdad se puede decir que ninguna persona de calidad, y sin ella, dejó de pesarle su muerte. Aún el Virrey llevó infinitas maldiciones en general y particular, y todos los que en ello le dieron consejo contra el triste Amaro, el cual subió al tablado, donde el obispo don Fray Agustín de la Coruña, que el día antes le había lavado con el agua del santo bautismo, le confirmó públicamente, en presencia de todos, fortaleciéndole con la gracia de aquel Santo Sacramento, instituido por Cristo en la fe católica, que había recibido. Fue cosa notable, y de admiración, lo que refieren: que como la multitud de indios que en la plaza estaban, y toda la henchían, viendo aquel espectáculo triste y lamentable, que había de morir allí su Ynga y Señor, atronasen los cielos y los hiciesen retumbar con gritos y vocería, y los parientes suyos, que cerca estaban, con lágrimas y sollozos celebrasen aquella triste tragedia, los que en el tablado estaban a la ejecución mandase callar a aquella gente, a la cual el pobre Tupa Amaro alzando la mano dio una palmada con la cual toda la gente calló y se sosegó, que parecía que no había en la plaza alma viviente, y no se oyó más

llanto ni voz ninguna, que fue indicio y señal manifiesta de la obediencia, temor y respeto que los indios tenían a sus Yngas y Señores. Pues aquel que jamás los más habían visto, pues siempre se estuviere en Vilcabamba, retirado desde niño, a una palmada reprimieron los llantos y lágrimas salidas del corazón, que tan dificultosas son de ocultar y esconder. Así el verdugo, atándole los ojos y tendiéndole en un estrado, con un alfanje le cortó la cabeza y acabaron sus días del triste y malogrado mozo, y cesó por la vía de Manco Ynga la generación y descendencia masculina.

A Quespinito, su sobrino, desterró el virrey don Francisco de Toledo a la Ciudad de los Reyes, donde, como el temple sea tan cálido y contrario al de la sierra, donde el mozo se había criado, en breve feneció sus días. Algunas hermanas y tías las repartió en las casas de los vecinos de aquella ciudad, las cuales con trabajos y desventuras, y faltas de abrigo, han andado y andan con harta compasión y lástima.

Trajeron el cuerpo de Manco Ynga de Vilcabamba, donde le mató Diego Méndez, mestizo, con Escalante y Brizeño y otros que huyeron de la batalla de Chupas junto a Guacamanga, como tengo ya referido, y habiéndole traído, mandó el virrey don Francisco de Toledo que le quemasen en lo alto de la fortaleza antigua, llamada Quíspiguaman, lo cual mandó se hiciese, porque los indios, sabiendo donde estaba enterrado, no le sacasen ocultamente y lo adorasen.

Quedó, como tengo dicho, una hija legítima de Saire Topa y nieta de Manco Ynga, y bisnieta de Huaina Capac, señor universal de estos reinos, llamada doña Beatriz Clara Coya de Mendoza, la cual el virrey casó con el capitán Martín García de Loyola. Su capitán de la guardia. Y sobre el casamiento, porque pretendía haberse primero desposado con ella Cristóbal Maldonado, natural de Salamanca, hubo grandes diferencias y pleitos, que duraron muchos años entre los dos. Y en ellos hubo sentencias del obispo del Cuzco y Arzobispo de Lima, lo cual todo se concluyó con la sentencia que dio el maestro Fray Juan de Almares, religioso del orden de San Agustín, persona de muchas letras y catedrático de escritura en la Universidad Real de la Ciudad de los Reyes, juez apostólico, y quedó con ella el capitán Martín García de Loyola, el cual, siendo proveído por Gobernador del reino de Chile, y habiendo ido allá con su mujer, fue muerto por los indios al fin del año de 1598, por un desgraciado suceso, con otros setenta hombres. Y así su mujer se vino a Lima, donde dentro de un año de la muerte de su marido murió, y quedó de ella una hija legítima, la cual fue llevada a España, habiendo heredado la encomienda de indios que fue de su madre, que serán diez mil pesos ensayados de renta, y así, por esta parte, se acabó y feneció esta generación de Yngas.

Otros muchos descendientes de Huaina Capac hay en la ciudad de el Cuzco, especial, como tenemos dicho, Paulo Topa, que tanto sirvió a su majestad, el cual bautizado, se llamó don Cristóbal Paulo Topa, que tuvo en diferentes mujeres muchos hijos e hijas, pero el principal fue don Carlos Ynga, legítimo, el cual casó con una señora española, hijadalgo, llamada doña María de Escobar. A éste, por ciertas presunciones que hubo contra él, el virrey don Francisco de Toledo tuvo mucho tiempo en prisión, y cierta renta que tenía se la quitó, de lo cual vino a gran necesidad. Dicen algunos que naciéndole un hijo, a quien llamó don Melchor Inquill Topa y por otro nombre don Melchor Carlos

Inga, le coronó con muchos Yngas y curacas que a la sazón estaban en el Cuzco. Cuando esto hubiera sido así, mas fue de liviandad e ignorancia que con ánimo de levantarse contra Su Majestad. Muerto el don Carlos, y siendo ya de edad para casarse, contrajo matrimonio con doña Leonor Carrasco, hija legítima de Pedro Alonso Carrasco, caballero del hábito de Santiago, que por ser hombre de brío y valor, el año de 1601, por el mes de mayo, estuvo preso en la ciudad del Cuzco por el doctor Juan Fernández de Recalde, oidor de la Real Audiencia de los Reyes, a causa que en aquel tiempo fue en la ciudad de Guacamanga también preso don García de Solís Portocarrero, caballero del hábito de Cristo, corregidor de ella, por haber, según se dijo, tratado de rebelarse contra el Real servicio, y decían se entendía con él don Melchor Carlos Ynga. Pero al fin el don García fue cortada la cabeza por el licenciado Francisco Coello, alcalde de corte de la Ciudad de los Reyes, juez de comisión, que al negocio vino embiado por el virrey don Luis de Velasco, caballero del hábito de Sanctiago, que a la sazón gobernaua este Reyno. Por la Real Audiencia, y en las averiguaciones que en el caso con mucho cuidado y diligencia se hicieron, no se halló haber el don Melchor Carlos Ynga entendido en él, ni sido sabedor de lo que trataba, ni habérsele dado parte de ello, y así fue dado por libre, y con mucha honra declarado por tal y publicado y sabido en todo este Reino. El mesmo año, por orden de Su majestad, pasó a los reinos de España, habiéndosele dado para este efecto muy buena ayuda de costa. Y llegado a la Corte, donde su majestad residía, después de pasados algunos días, se le hizo merced de siete mil ducados de renta, dejando la que en el Perú tenía, y se le mandó que siempre viviese en España, donde al presente está, y que llevase allá a su mujer.

Otro hijo de Gainacapac, llamado Illescas, también refieren los indios que Ruminai, capitán de Ata Hualpa, de los que vinieron en compañía de Quisques y Chalco Chima, los hubo a las manos, y cuando se retiró Quisques del Cuzco hacia Quito lo llevó consigo, donde cruel, e inhumanamente, lo mató con ánimo de alzarse y que no hubiese quien, andando el tiempo, se le pudiese oponer por ser entonces niño. Del pellejo, para mayor ostentación de su animo inicuo y perverso, hizo un cuero de atambor, pero no gozó muchos días el contento, que los españoles, entrando en la provincia de Quito le vencieron y mataron, conquistándola. A Quesques dicen le mataron sus indios, porque no quiso hacer paces con los christianos, pidiéndoselo ellos, por ver la pujanza suya y cómo destruían toda la tierra. Así fue feneciendo toda esta generación, y se acabaron los capitanes quel famoso Huaina Capac llevó consigo a la guerra, y conquista de Tomabamba.

CAPITULO LXXXVI

De Pachacuti hijo de Manco Capac y de una fábula que de él se cuenta

Por haber tratado particularmente de todos los Yngas que en este Reino fueron señores, y haber seguido en ello, con el mayor cuidado que ha sido posible, la verdad y la relación más cierta que de la mucha variedad y distintas razones que los indios viejos, con sus quipos y memorias, me han dado y he colegido, me ha parecido no ser fuera de la historia, ni ajeno de mi principal intento, hacer mención y recuerdo de algunos hijos de

los Yngas, los cuales aunque no le sucedieron en los estados por haber otros mayores en edad que se les preferían, fueron valerosos y se señalaron en las guerras y conquistas que el Ynga hacía, siendo capitanes de sus ejércitos, de los cuales los indios aun el día de hoy hacen memoria, contando y refiriendo algunas cosas dignas de saberse y que ellos entre sí las celebran, con no menos gusto y contento que los de sus Reyes.

Príncipes, entre otros, el primero fue Pachacuti, hijo de Manco Capac, el Rey que dio orden y principio a esta monarquía. Deste refieren que fue valeroso y temido, y que ayudó a su padre a la conquista de toda la redonda del Cuzco, y que se hizo llamar Señor y que se preció más de cruel que de valiente. Dicen los indios que en su tiempo, habiendo sucedido una continua lluvia por un mes entero, que de día y de noche no cesó, espantados los moradores del Cuzco y temerosos, dijeron que la tierra se quería volver y destruir, que ellos en su lengua llaman Pachacuti. Y en esta ocasión dicen, apareció en lo alto del Cuzco, en el asiento llamado Chetaca y por otro nombre Sapi, una persona vestida de colorado, de grandísima estatura, con una trompeta en la una mano y en la otra un bordón, y que habiendo venido por el agua hasta Pizac, cuatro leguas del Cuzco, este Pachacuti le salió al camino y allí le rogó no tocara la trompeta, porque se temían los indios que si la tocaba se había de volver la tierra, y que a ruego de Pachacuti y conformándose con él, y trabando gran amistad, no tocó la trompeta que había de ser su destrucción, y así salvaron el peligro que les amenazaba. Y al cabo de algunos días que esto pasó se volvió piedra, y por esto le llamaron Pachacuti, teniendo de antes por nombre Ynga Yupanqui. Fue temido de los enemigos por su mucha crueldad, y de los suyos por los castigos que en ellos hacía con pequeña ocasión. Y por las victorias que con él alcanzaron le tuvieron en veneración y extremo de amor, y le dieron título de supremo capitán, y le ofrecían grandes y ricos presentes, de la manera que si fuera el Ynga y Rey.

Fue hijo de este Pachacuti Cusi Huana Churi, y por otro nombre llamado Manco Ynga. Este, siguiendo las pisadas y condición del padre, se acomodó a la guerra con los suyos, siendo entre ellos franco y magnífico, y con los enemigos soberbio robador y mal acondicionado. A este Cusi Huana Churi atribuyen algunos indios haber dado principio al horadarse las orejas, a causa de habérselas él horadado en cierta guerra que contra su padre tuvo, de donde vinieron todos sus descendientes a seguirle en ello, imitándole, aunque algunos tienen por opinión que Manco Capac, el primer Ynga, fue el inventor de esto. Puede ser que lo sea, que en ello hay variedad entre los indios, pero de cualquiera suerte que haya sido, entre ellos es señal infalible de nobleza y autoridad, y de ser caballeros de casta real y descendientes de los yngas. Tuvo por costumbre este Cusi Huana Churi, cada vez que bebía, brindar al sol hincado de rodillas, y pedirle beneplácito y licencia para beber con su bendición. Esta ceremonia usó toda su vida todos los días al salir del sol, y así le siguieron los de su casa. Fue casado con una ñusta, prima suya, en la cual, y en otras muchas mujeres que tuvo conforme a su usanza, engendró tantos hijos que se cree fueron más de ciento, de cuyos nombres, aunque se tuviera noticia, no se pusieran por evitar prolijidad. Dicen se casaron en el Cuzco con unas ñustas llamadas yumacas, que eran señoras principales, cada una de las cuales daban cien y cincuenta indias de servicio, que eran de las que el Cusi Huana Churi traía de la guerra cautivas, con otros indios prisioneros que había vencido.

CAPITULO LXXXVII

De Ynga Urcum hijo de Viracocha Ynga y de la piedra que llaman en el Cuzco cansada

Ynga Urcum fue hijo del gran Viracocha Ynga, y fue uno de los más valerosos hijos que tuvo, el cual se preci6 notablemente de conquistador, y así a él algunos le atribuyen la conquista de Maras, Mullaca, Calca, Tocal, Capac, a Huaiparmarca y otros pueblos, hasta los Lucanas y los Canas, apaciguándolos y poniéndolos en orden. Y entre otras cosas que refieren suyas, de ingenioso, son dos: una haber traído de muy lejanas tierras (y algunos dicen desde Quito, lo cual sería en vida de Pachacuti Ynga Yupanqui, su hermano, hijo y heredero que fue de Viracocha Ynga, porque en este tiempo Tupa Ynga Yupanqui hijo de Pachacuti Ynga Yupanqui y sobrino de este Ynga Urcum fue a la conquista de Quito y sus provincias), trajo, pues, infinidad de indios cargados de una tierra fertilísima y apropiada para fructificar papas. Si fue desde Quito hay más de 450 leguas.

Esta tierra traída hizo con ella en el Cuzco, al un lado de la fortaleza hacia el oriente, un cerro llamado Sunso, que él mismo nombre se deja entender haber sido tierra juntada a mano y con industria. En este cerro se daban lindísimas y sabrosas papas, las cuales sólo eran y servían en la mesa del Ynga y para su comida y regalo. La otra fue que yéndose trabajando en la obra de la fortaleza del Cuzco, que es insigne y maravillosa, para ella mandó traer desde Quito una piedra grandísima y de excesivo peso, que tendrá tres estados de alto y ocho pasos de largo.

Refieren los indios que llegando con ella muy cerca de la fortaleza donde ahora está la piedra, habló diciendo saycuni, que quiere decir canséme, y lloró sangre, y así de acuerdo la dejaron en el lugar donde al presente está, y la llaman comúnmente la piedra cansada. Y si ellos la trajeron desde Quito como cuentan, que yo lo tengo por fábula, no me parece que hay industria humana que de traza y modo como en tanta infinidad de leguas pudiese llegar, siendo los caminos que hay, desde la ciudad de Quito hasta el Cuzco, fragosos y ásperos, de cerros y valles y quebradas, dificultosísimo de pasa hoy día a caballo, y los ríos grandes y crecidos, especial el famoso y celebrado Apurimac, que está del Cuzco diez y seis leguas, donde jamás hubo otra puente que la de Crisnejas, y ésa angosta, y por donde era imposible pasar aquella piedra, no por las laderas que están encima del río, poco antes de llegar a la puente, donde se han perdido infinidad de bestias cargadas de plata y mercaderías, cayendo al río por la angostura del camino. Y así, si la piedra vino de donde dicen los indios, no hay duda sino que el demonio, como tan familiar y amigo suyo, y que deseaba tenerlos por todas las vías sujetos, se la traería y ayudaría a esta obra tan sin provecho, para más atraerlos a su voluntad y ceguera.

Y aún la paga desta obra tuvo el mismo Ynga Urcum, que los indios que con él se hallaron en traer la piedra al Cuzco, le mataron aburridos y cansados de trabajo tan sin provecho, aun quizás de los malos tratamientos que les hacía, porque severamente mandaba, sin que hubiese réplica ni excusa en dejar de cumplir sus órdenes. Y la piedra se quedó en el puesto, sin que jamás pasase adelante ni los ingas trataran dello, por la fábula de decir que había hablado y llorado sangre. No quedó de este Ynga Urcum

sucesión ninguna, que para aquellos tiempos, donde tenían los indios, y especial los hijos y hermanos de los yngas, tanta multitud de mujeres, fue cosa de maravilla. Otros dicen que después de la guerra que tuvo Viracocha Ynga con los chancas, como en el capítulo diez y nueve se dijo, Pachacuti Ynga Yupanqui, envidioso de los hechos y obras heroicas deste Ynga Urcum su hermano, y entendiendo que su padre Viracocha Ynga le quería dejar por heredero por ser valeroso, lo mató en Cache, en una guerra, diciéndole que fuese en la delantera; y mandó a un capitán suyo le matase por detrás, de lo cual refieren que Viracocha Ynga su padre murió de pesar, y otros que se desapareció. Toda esta variedad la causa la mucha que los indios tienen en contar las guerras y sucesiones de sus Yngas.

También fueron valerosos y esforzados dos capitanes llamados Apomaytac y Uilca Quiri, a los cuales refieren los indios que el Ynga, no señalando cuál, los envió a conquistar por los llanos abajo, y llegaron hasta donde ahora está poblada la Villa de Cañete y allí, por orden del Ynga, edificaron la fortaleza del Huarco que es obra costosísima y fuerte de piedra, de la cual trajeron al Cuzco la Huaca principal, que aquella provincia adoraba, para que, mediante esto, toda la provincia contribuyese gente e indios de servicio a la Huaca, y viniesen al Cuzco a adorarle. Apomaytac Uilcaquiri decían a los indios que aquellas huacas e ídolos les ayudaban a vencer en todas las guerras que trataban, y en las conquistas que intentaban juntamente. Dicen que Ynga Maita, que fue hijo de Viracocha Ynga y hermano de Ynga Urcum, fue esforzado y atrevido, sin jamás querer ni admitir descanso, siguiendo en todas las jornadas de guerra a su hermano Ynga Urcum y a Pacha Cuti Ynga Yupanqui, y a Tupa Ynga Yupanqui su sobrino. Se halló en la conquista de Huancavilcas y Cayambis y Pastos, con un hermano suyo llamado Cunayrachali y Curopanqui y Capac Yupanqui, que todos fueron hijos de Viracocha Ynga, del cual y de su hermano recibieron muchas mercedes de mujeres e indios de servicio y vestidos, conforme a lo que entre los yngas se usaba.

CAPITULO LXXXVIII

De Tupa Amaro hijo de Pachacuti Ynga Yupanqui y de un suceso extraño

Este famoso Tupa Amaro fue hijo de Pachacuti Ynga Yupanqui y hermano de Tupa Ynga Yupanqui, famoso capitán y venturoso en sucesos, así en su casamiento, como en el capítulo siguiente se dirá, como por haber acontecido en su tiempo, como lo refieren los indios, el cual andando en la guerra y conquista del Collao con su hermano, y estando en Tiahuanaco, dicen que pasó por el Collao un español, vestido en traje y figura de pobre mendigante, y aunque quieren extenderlo a que predicaba el Santo Evangelio a los indios. Bajando así a Cuzco, donde estaba el Ynga, llegó a un pueblo llamado Cacha, donde los indios dél hacían una solemnísimas fiesta y famosa borrachera; y entrando en él el pobre, les empezó a reprender lo que hacían, y emborracharse hasta perder el juicio, tornándose bestias y aun peores, y abominándoles sus vicios que de allí procedían. Pero pareciéndoles a los indios del pueblo cosa nueva aquella y nunca hasta allí oída, ni visto semejante traje de hombre como aquel que les predicaba, y como el vicio y exceso de comer y beber estuyese en ellos tan asentado y recibido, y en ninguna cosa de mejor

gana y voluntad entendiesen que en ello, riéronse del pobre, haciendo burla y escarnio de lo que les decía, y como bárbaros sin razón ni entendimiento, le desecharon y queriéndole apedrear, se salió del pueblo. Apenas hubo puesto los pies fuera dél, cuando, como en otra Sodoma y Gomorra, empezó a llover fuego del cielo que abrasó y quemó todos los que en él estaban, sin que escapase ninguno dellos, que no fuesen consumidos, como hoy día y parece en los edificios dél caídos y abrasados, y en la tierra del pueblo toda de color amarillo como el fuego. Algunos indios que estaban en las chacaras dél, viendo aquel suceso tan temeroso, vinieron al Cuzco, donde había otros del dicho pueblo en servicio del Ynga, por cuyo mandado tornaron a reedificar el pueblo, no en el lugar y sitio donde antiguamente estuvo, sino apartado de él un cuarto de legua, donde hay Tambo Real ahora para los pasajeros que caminan por allí a Potosí, Chuquisaca y el Collao y otras partes. Esto dicen generalmente los indios y vemos de ello las señales referidas; no hay más autoridad de la que se les puede dar a ellos, o la que manifiestan los vestigios y ruinas y color como hemos dicho del fuego.

Muchos habrá que se admiren de haber leído lo referido en este capítulo, y aún a los más pareciera ficción, y no es mucho, pues no sabrán lo que en nuestros tiempos sucedió en Carabaya, en las minas de Alpa Cato donde vio (Pedro de Bolumbiscar, hombre de muy gran crédito, casado con Catalina de Urrutia) ir volando un hombre, el cual al parecer venía de hacia levante. Traía tendidos los brazos, como quien se echa a andar. Era barbicano, vestido de negro y calzadas unas botas de camino, con una gorra de las que se usan en la corte. Antes que viese este portento el dicho Pedro de Bolumbiscar, le dijo a su mujer que por qué se metían los gatos, perros y gallinas por los agujeros debajo de la mesa y cama; por lo cual aviso y gran ruido que llevaba, alzó los ojos al cielo y vio a el hombre, de la manera que se ha dicho, y no contento con esto, pareciéndole que el solo para testigo no valdría, aunque era hombre de verdad, llamó a su mujer, la cual lo vio con la gente y servicio de casa, con la misma distinción y aún con más admiración dijéronlo a algunas personas. Llegó la fama, como quien poco se descuida, a oídos del comisario, el cual le envió luego a llamar y debajo de juramento le contó la verdad del caso. En esta misma provincia y asiento le sucedió a Thomas Pole jinovés, llevando una poca de mercadería a Santiago de Buenavista en carneros de la tierra y a pie por ser grande la aspereza de la tierra, llegando a la cuesta llamada Guariguari, donde jamás se vio cabalgadura, divisó a un hombre que se estaba paseando junto a una mula negra, y admirado de cosa tan extraña, estando cerca le preguntó que de dónde venía y que cómo había subido allí aquella mula, el cual le respondió que acababa de llegar de España de la ciudad de Córdoba y que aquel día había salido de la dicha ciudad a ver la tierra más rica que tenía el mundo, que es el cerro donde estaba, y que para solo eso le había traído aquella mula, que sin duda se debe creer que era el demonio que, habiendo visto codicioso aquel hombre, le puso sobre este cerro, el cual no se puede labrar por ser la tierra tan áspera y desabrida. Acabando de decir estas palabras se despidieron, y el hombre subió en la mula y se desapareció, sin que el otro pudiese ser por dónde fuese. Antes de despedirse le dijo como aquel asiento se llamaba Guariguari, y que el diluvio había juntado en aquel lugar todas las riquezas de la tierra, el cual cerro es muy alto y no habitable por la mucha aspereza que tiene. Este jinovés es hombre de verdad y reside en Sandia, que es abajo en el Valle.

Casi lo mismo sucedió a un religioso en los llanos, en la ciudad de Trujillo, en el convento de San Agustín, que estando en su celda, llegó a la portería un hombre en un caballo morsillo (sic.) y, preguntando por la celda deste religioso, pidió al portero que le tuviese el caballo, y llegando donde el religioso estaba le rogó que le confesase, y lo primero que dijo fue: padre, acúsome que ha una hora que salí de Madrid y vengo con intento de entrar hoy en Potosí (que hay más de 400 leguas). El religioso le dijo que él no confesaba a quien caminaba tan de prisa y el hombre, no queriendo dejar el caballo, se levantó de los pies del confesor desapareciéndose delante de los ojos. Y baste esto para este capítulo, pues en el siguiente se verán otras cosas también de admiración.

CAPITULO LXXXIX

Donde se dirá el casamiento del príncipe y capitán Topa Amaro, con un admirable suceso que le acaeció con la ñusta Cusi Chimbo, su mujer

Ya queda dicho cómo este valeroso Tupa Amaro Ynga fue hijo de Pachacuti Ynga Yupanqui, y hermano de Tupa Ynga Yupanqui, y nieto, por línea recta, de Viracocha Ynga, Rey y Señor que fue deste Reyno occidental del Pirú y de las cuatro provincias de Chinchaysuyo, Contesuyo, Antisuyo y Colla Suyo, como ya queda dicho en su historia, y por sucesión recta vino heredar el dicho Reino Rupa Ynga Yupanqui, el cual, estando en la gran ciudad del Cuzco, cabeza de todo este dicho Reino, haciendo un templo, como se dijo en la vida de la coya Mama Ocllo, su mujer, en la fortaleza tuvo grandes portentos, y pronósticos en las planetas del cielo, en señales de la tierra mares y elementos de esta región, que prometían grandes presagios de graves males, venideros en todo este dicho reino. Como Tupa Ynga Yupanqui tuviese deseo de saber el fin que habían de tener estas señales, convocó sus magos, agoreros, encantadores, y hechiceros, sin que quedase ninguno en su imperio, para que todos juntos, con obligaciones y sacrificios, presumiendo que estaban indignados sus dioses, les aplacase, con deseo de que alguno de los oráculos declarase algo de lo que pronosticaban aquellas señales. Juntáronse, conforme su uso, con gran solemnidad y ceremonia a hacer tantos y tan diversos sacrificios, que grato el demonio, respondió, por uno de los ídolos, que vendría tiempo en que el mar meridiano del Sur echaría de sí en estas costas del Perú una gente incógnita e invencible, barbuda, que es la gente española, por mano de los cuales habían de venir grandes ruinas a estos Reinos, a sus personas y haciendas, sometiéndolos a perpetuo yugo de sujeción y servidumbre, trayéndolos a tanto extremo que de los señores príncipes y Reyes Yngas, no había de quedar ni aun memoria. Oído pues por el valeroso Rey Tupa Ynga Yupanqui, llamó luego a Cortes y consultando con los grandes consejeros orejones de su Real Consejo, acordaron, para prevenir a semejantes daños, de hacer un templo en Quinticancha, donde al presente está el convento de nuestro Padre Santo Domingo. Después de haberlo consagrado al Sol, y puesto en él una figura suya de oro, se llamó Curicancha, la cual cogió Manso Sierra y cuando entraron los españoles, y la jugó. Todo esto prevenido, estuvo algunos días Tupa Ynga Yupanqui y suspenso, y pudo tanto en él la imaginación deste presagio, que le dio una tan grave enfermedad que fue forzoso, por orden de sus médicos hambicamayos, llevarle a un regalado templo, que está un cuarto de

legua de la dicha ciudad del Cuzco, que al presente es de el convento de Nuestra Señora de las Mercedes, en cuyo sitio y tierras, que son muchas y abundantes, siembran los yanaconas del dicho convento. Donde, por orden de la coya Mama Oclla, su mujer, oró un gran hechicero, pontífice del Ynga, llamado Villa Oma, a sus ídolos, consultándolos y preguntando a su modo y con humildad si moriría su Rey y Señor Tupa Ynga Yupanqui de aquella enfermedad. Esto no sin sacrificios, porque hubo gran multitud de niños y otros géneros, que a su modo usaban, por lo cual le respondieron sus oráculos que no moriría, que es como decir mana huañunca, y desde entonces se le quedó a aquel sitio y asiento este nombre, y el día de hoy se llama así.

Por la variedad con que los indios cuentan un admirable suceso, que acaeció al famoso Príncipe Tupa Amaro en este asiento, conviene ir siguiendo por diversos caminos a la verdad del caso, y por acabar con la brevedad posible, tan amiga de los sabios y discretos, aunque será con dificultad, por haber tanto tiempo que sucedió, y estar en quipos antiguos que los Yngas tenían, que son unos cordeles con mucha variedad de colores y nudos, donde ellos asentaban sus hechos y sucesos, y por haber pocos en este tiempo que entienden, por ser diferentes, los que ahora ellos usan, y ser la lengua de esos indios tan estrecha y falta de vocablos, para haber de convertir y declarar en una tan amplísima como esta nuestra, determiné estrechar en algunas partes y alargar en otras la profundidad deste suceso. Y al fin vine a que tuviese efecto el declarar lo que decían en los cordeles y quipos, que estaban con otros donde trataban cosas pasadas e historias y sucesos de sus antepasados de todo este dicho Reino del Pirú, y en los de este capitán y Príncipe Tupa Amaro decía así:

Tupa Amaro Ynga, nuestro Príncipe, fue hijo de Pachacuti Ynga el cual, siendo capitán en tiempo de su padre, conquistó muchas tierras, tantas que se echaba bien de ver la sangre real que tenía. Fue valeroso, prudente y sagaz, pues como estuviese su hermano Tupa Ynga Yupanqui en el asiento de Mana huañunca, parecióle no ser justo dejarle en tan grande enfermedad y peligro; y, así fue con él, y el tiempo que estuvo ausente del Cuzco se ejercitó en algunos juegos, y en particular en el del atapta que es como a las tablas Reales. Esto no menos que con los orejones tíos suyos, y otros señores, principales, tan libre de pena y apartado de los accidentes amorosos, que no parecía reinar en él la juventud.

Llegáronse a ver el juego unas ñustas, doncellas de su cuñada la coya Mama Ocllo, que eran como damas de la Reina; no estaba el Príncipe tan embebecido en el juego que no alzase los ojos a mirar a las ñustas, y como el amor dicen que es un no sé qué, que entra por los ojos y se asienta en el corazón, luego de improviso se sintió Tupa Amaro herido de los amores de una de ellas y de la más hermosa, llamada Cusichimpo. Dejando el buen amante su entretenimiento y juego, por parecerle que el que empezaba el amor le sería de más gusto, se apartó por no dar muestra delante de tanta gente de lo que dentro en su pecho sentía. Por entonces disimuló, como Príncipe tan sagaz y discreto, hasta que otro día halló ocasión para poderse ver con ella. Mucha licencia le daba el estar dentro del Palacio, donde jamás por él hubo puerta cerrada, por ser tan querido del Ynga su hermano. No sin vergüenza llegó a decir su cuidado a la descuidada ñusta, que con un desdén atrevido desdeñaba las discretas razones del desfavorecido amante, descubría con

un amoroso descuido sus hermosos pechos y, a veces, dejándose los tocar, se reía, y aunque el Ynga fingía no estar en el caso, no por eso dejaron las crueles saetas de hacer su oficio, en daño del amante, por lo cual no cesó de regalarla con melosas palabras, y según el fuego que abrasaba, aunque desfavorecido, le favoreciera sin duda con grandes obras. Todo era hielo para el empedernido corazón de la ñusta, que tan de veras despreciaba el verdadero amor de tan valeroso príncipe, el cual, considerando su desdicha y viendo el sobrado rigor de su querida ñusta, humedeciendo los tristes ojos, determinó de irse perdido por donde su fortuna le guiase.

Aún no tres cuerdas deste dicho asiento llegó a un manantial, donde se asentó a llorar su triste suerte y, tras de un ardiente suspiro, dijo las palabras siguientes: husupa husupacac husupacainimpi husuc husutimpas yman husun, que es como decir en nuestro vulgar el perdido que es perdido que de perdido se pierde, ¡que se pierda, que se pierda! Casi fue junto con decir estas palabras su determinación de irse perdido, y lo pusiera por obra si no le apareciera una arañuela, que llaman estos indios cusi cusi, y la tienen por buen agüero, como lo fue para este triste amante. Estándola considerando vio venir, por entre las olorosas flores y verdes yerbas que cercaban el hermoso manantial, dos culebras queriéndole tomar, aunque la hembra rehusaba huyendo por diversas partes; el astuto animalejo se fue a buscar una flor y hallándola, volvió con ella, y en tocando a la hembra se estuvo queda, porque en esta flor quiso la naturaleza poner esta virtud. Visto pues por el Ynga un suceso tan extraño y admirable, y tan a medida de su deseo, dejó ir las culebras y, lleno de gozo y contento, cogió la hermosa y blanca flor, diciendo: dichoso y feliz día ha sido éste para mí, pues he hallado eficaz remedio y saludable medicina para mi mal.

Con esto y con la venturosa flor, volvió adonde su cruel y querida ñusta estaba, y luego que se vio con ella, la toca con la dicha flor y la hermosa ñusta sintió al punto sus efectos, hallando herido su corazón con tan oculta saeta, porque era imposible que dejase de obrar la virtud que esta flor tenía, quedando como arrebatada y fuera de sí, condenada su crueldad, aunque con la regalada vista del ya querido Ynga, le parecía perdonar su yerro, por lo cual volvió los ojos a el que tenía el mejor lugar en su alma, y así determinó decirle lo que su afligido corazón sentía. Tupa Amaro, como discreto y sagaz, alcanzó los lances por donde amor quería que ganase el juego y, desmemoriado de la crueldad pasada, considerando el bien que su fortuna le prometía, dio oídas a la dulce voz de su querida ñusta. Después de haber deliberado cada cual este tan extraño caso, se quedaron admirados por un breve espacio, mirándose el uno al otro, aunque reparando en el buen suceso que había de tener. Se asentaron a la sombra de un árbol y recostado el Príncipe en el regazo de su querida ñusta, dio su cansado cuerpo al sueño, en el cual le sobrevinieron algunas ficciones, con que despertó, diciendo en alta voz: prolijo y enemigo sueño, no serás ahora impedimento para que deje de gozar lo que tanto mi alma desea, y con esto dieron fin a su deseo. Como siempre fue verdadero su amor, los dos amantes se casaron, con que floreció su esperanza. Deste suceso tomaron nombre, el príncipe llamándose Tupa Amaro, por amor de las culebras que se llamaban así, y el manantial colque machacuai que significa culebras de plata, por un templo que en este lugar mandó hacer el príncipe, con dos culebras de plata, y cantoc por la flor, en memoria de lo sucedido; las cuales pintan los indios así en sus ropas como en los edificios. Desde entonces los Yngas

las pintan por blasón en sus armas. No se pone el nombre de la flor, porque basta decir que para los desdichados el fin de una desgracia es principio de otra. Resta decir que el Tupa Amaro tuvo en su ñusta muchos hijos, que fueron muy valerosos, hallándose en la conquista y guerras que tuvo Guainacapac, hijo de Tupa Ynga Yupanqui.

CAPITULO XC

De quién fue Capac Huaritito y Ausitopa

Porque no se quede ninguna cosa notable, de las que a mi noticia han venido, de los Yngas y de sus hijos y capitanes, he querido poner los capítulos antes de éste y los que se le siguen. Fue Capac Huaritito hijo de Ynga Yupanqui y hermano de el valeroso Tupa Ynga Yupanqui, a quien los indios celebran como al más famoso y memorable de todos sus Yngas y Reyes, por las grandes conquistas que hizo, y la mucha orden y concierto en que puso este Reino, pues a él se le debe toda la que en él hallaron los españoles, la cual si en lo político y en lo que no contradice a nuestra evangélica religión se hubieran guardado y observara, sin duda que estas amplísimas provincias fueran gobernadas como conviene y los naturales de ellas en grandísimo aumento. Capac Huaritito fue de ánimo invencible, y lo mostró en las guerras en que se halló con su hermano y con otros capitanes compañeros suyos, como fueron Collatupa Sinchiroca y Huailipo Cusi Atauchi y otros. Refieren algunos indios viejos que estos capitanes, con Tupa Ynga Yupanqui, deseosos de saber qué les había de suceder en los tiempos venideros y qué sucesos vendrían a sus herederos, habiendo hecho grandes sacrificios y ayunos a su usanza, con llantos y ofrendas de animales, que para ello mataron, y después de algunos días, les fue respondido por el demonio que supiesen que muy presto vendrían a este Reino unos hombres de barbas largas y vestidos todo el cuerpo; y serían tan valientes que con sus espadas henderían un indio de arriba abajo, y que harían en ellos matanza y destrucción increíble, y que vertían y derramarían la sangre de sus hijos y nietos, y los maltratarían y robarían, y hollarían pisando sus ídolos y huacas, y desharían sus ritos y ceremonias.

Oída semejante respuesta, tristes y pensativos, habían hecho grandísimos llantos y muestras de dolor y sentimiento, por la persecución y trabajo que esperaban. Y por memoria de tan temerosa respuesta, compusieron un cantar triste y melancólico, a modo de endechas, el cual cantaban en las solemnidades y cosas que les sucedían de tristeza y pesar. Todas estas cosas se les cumplieron a la letra, y puede ser lo más cierto que los indios mienten, fingiendo que se les profetizó lo que les ha acontecido, o que el demonio, viendo ya lo que los españoles, teniendo por guía a Colón; primer descubridor y conquistador de las Yndias, trataban y aparejaban, les anunciase lo que está dicho por conjetura verosímil, para obligarles de nuevo a nuevos sacrificios de niños inocentes, y a nuevas ofrendas conociendo el ánimo feroz y codicia insaciable de los españoles, que no porque él sepa, ni alcance con evidencia, las cosas futuras, que están por venir, que eso sólo está reservado al Todopoderoso Dios, sabiduría inmensa, y a quien él fuere servido de revelarlo, como lo hizo muchas veces a sus profetas, anunciando por medio de ellos muchos sucesos que habían de venir, y castigos que había de hacer.

Los segundos sacrificios y ofrenda que ofrecieron a sus dioses e ídolos, como queda ya dicho, en el capítulo pasado y en éste, fue esta postrera vez, después que el Ynga sanó, y estaba bueno de su enfermedad tan prolija. Siempre parecían responder sus ídolos, o por mejor decir el demonio, lo que había de suceder, con lo que tenía a esta miserable gente tan sujeta para sus idolatrías que, hasta hoy, pocos o ninguno entiendo se escapan de sus uñas.

También fue valeroso y temido Ausitopa, hijo de Tupa Ynga Yupanqui y hermano de Huaina Capac, el cual ciertas provincias, que se habían rebelado contra su padre, con gran valor y prudencia las sujetó. Deste dicen que, por orden de su padre, hizo un camino por debajo de la tierra, desde la fortaleza de la ciudad del Cuzco, que señorea la ciudad, hasta el templo que hizo tan famoso de Curi Cancha, como en el capítulo pasado queda ya dicho, donde adoraban al Sol y tenían otra infinidad de huacas e ídolos. Está hoy la boca de este camino abierta, y la llaman la Chingana, que significa lugar donde se pierde, a modo de aquel tan mentado laberinto de la isla de Creta, aunque ya todo se ha perdido, y acabado, porque no hay ninguno que atine por dónde va, sino es solamente la entrada de este socavón, que en caminando por él algún trecho, se pierden y no pueden dar con el camino, y así es fuerza volver, ni en el paraje del templo dicho hay ahora memoria. De ello dicen que el Ynga, lo mandó cerrar y cegar todo él. Refieren deste Ausitopa que, en la conquista de aquellas provincias rebeladas, le aconteció pelear con su gente veinte días a reo, sin jamás descansar día ninguno, hasta que al fin les vino a sujetar e hizo temerosos castigos en ellos. Las cuales quieren decir que eran los abachiris, curiamunas y piriamunas, que están junto a la gran provincia de Paititi, donde dicen proceder de los indios pacajes, collas y canas, y canchis, y que así hablan aymara, aunque más cerrada. Y dicen que en esta gran provincia de Paititi hay una laguna mayor que la del Collao, y que en ella entra el río Magno, que está en los vertientes de S. Juan de Oro; por debajo de la cual laguna, en el desaguadero, se hace un gran río, que va a la provincia de las mujeres que llaman amazonas. El cual va a dar a la mar del norte, y va por detrás de los Andes del Cuzco, de donde se refiere ser lo indios desta gran provincia de Paititi descendientes de los indios de la dicha ciudad, los cuales saben la quéchua y el curaca principal, y señor que los gobierna, se llama Choco.

CAPITULO XCI

*En que se pone una ficción y suceso de un pastor Acoytapia, con Chuquillanto
hija de el Sol*

Por concluir con las relaciones tocantes a estos indios, y sucesos que los antiguos cuentan de algunos de que ellos hacen memoria, para pasar adelante a las ceremonias y costumbres de este Reino, quiero poner en este lugar una ficción de que algunos hacen mucho caso y muestran memorias de ella. No muy lejos de la ciudad del Cuzco, que son unos cerros llamados Saua Siray y Pitusiray, que están junto a los pueblos de Guailabamba y Calaca, en que dicen se convirtieron un pastor, por nombre Acoytapia, y

una ñusta de las que estaban consagradas al Sol, llamada Chuquillanto, y lo tienen por tradición.

En esta cordillera y sierra nevada, que está encima del valle de Yucay (cuatro leguas del Cuzco), famoso por sus muchas huertas y recreaciones llamada Saua Siray, guardaba el ganado blanco del sacrificio, que los Yngas ofrecían al Sol. Un indio, natural de los Lares, llamado Acoitapia, el cual mozo, dispuesto y de gallardo entendimiento, andaba tras su ganado todo el día, y cuando el ganado descansaba, también el pastor lo hacía tocando una flauta suave y dulcemente, en que era muy diestro, no sintiendo cosa que le diese pena, ni que le alterase su contento con disgustos ni pesares, de cuidados propios ni ajenos.

Sucedió un día, cuando con más descuido estaba tocando la flauta, y recreándose con los acentos de ella, una cosa que de todo punto le metió en hartos cuidados, y fue que a él llegaron las dos hijas del Sol, que en toda la Sierra tenían lugares donde acogerse y guardas en todos los contornos. Podían estas hijas del Sol espaciarse por toda la Sierra, y regocijarse en los prados y fuentes de ella, pero en llegando la noche se recogían a su casa, en cuya entrada las guardas y porteros las miraban, y cataban si llevaban alguna cosa que dañar las pudiese.

Llegaron súbitamente adonde el pastor cantaba, preguntándole por el ganado y el pasto dónde lo traía. Como llegaron de repente al pastor, y él nunca las había visto, quedó admirado de tan rara belleza y hermosura; como eran dotadas las dos ñustas, y turbado se hincó de rodillas delante de ellas, entendiendo que no eran cosa humana, ni en el ser humano cabía tanta belleza, y con la turbación no les respondió palabra. Ellas, conociendo en su semblante lo que en su pecho tenía, le dijeron que no temiese, que ellas eran las hijas del Sol, tan celebradas en toda aquella Sierra y, por más asegurarle, le tomaron del brazo haciéndole que se sentase y preguntándole otra vez por su ganado. El venturoso pastor, alentado con la afabilidad de las ñustas, se levantó, besándoles las manos, y de nuevo admirándose de la hermosura y donaire de ellas y, a lo que le preguntaron, respondió con unas razones tan poco compuestas, causado del espanto y novedad, que ellas también se espantaron de ello. Y la mayor, llamada Chuquillanto, que de la gracia y disposición de Acoitapia se había pagado, y aun aficionado extrañamente, por entretenerse le hizo diversas preguntas, cómo era su nombre, de dónde era natural y quién eran sus parientes. A todo satisfizo el pastor, algo más asegurado. Estando en estas razones, puso Chuquillanto los ojos en un tirado de plata que el pastor tenía encima de la frente, llamado entre los indios canipu, el cual resplandecía y hacía unos visos graciosos, y vio en el pie dos aradores muy sutiles y, mirándolo de más cerca, vio que los aradores estaban comiendo un corazón. Agradada de ello le preguntó Chuquillanto que cómo se llamaba aquel tirado de plata, Acoitapia le respondió que se llamaba Utussi, el cual vocablo hasta ahora no se ha podido alcanzar su verdadera significación, y es de notar que lo que comúnmente llaman canipu él le dijese se nombraba Utussi.

La ñusta, habiéndolo visto muy despacio, se lo volvió y aún con él su corazón, y se despidió del pastor, llevando muy en la memoria el nombre del plumaje y el de los aradores. Iba pensando cuán delicadamente estaban dibujados, y al parecer vivos,

comiendo el corazón y aún a ella se lo roían y consumían. Y en todo el discurso del camino no trató otra cosa con su hermana sino de la gentileza y talle de el pastor, y la mucha gracia con que tocaban su flauta y de sus razones, hasta que llegaron a sus palacios y morada, donde las ñustas hijas del Sol tenían su habitación.

A la entrada, los porteros y guardas las cataron y miraron con diligencia si llevaban alguna cosa consigo, porque refieren que, algunas veces, sucedió a algunas ñustas de aquéllas llevar a sus galanes metidos en los chumpis, que aca llamamos fajas, y otras en las cuentas de las gargantillas que se ponían en las gargantas, y recelosos de esto los porteros las miraban con mucho cuidado. Entradas en los palacios hallaron las mujeres del Sol que las aguardaban para cenar, teniendo guisadas muchas diferencias de comidas, que ellas usaban en ollas de fino oro.

Chiquillanto, con el desasosiego que en su corazón llevaba, no quiso cenar con su hermana y las demás, sino luego se metió en su aposento, diciendo que venía molida y cansada de andar por la sierra, y a la verdad la memoria del pastor la molía y fatigaba más que el cansancio, que de muy buena gana tornara salir luego y andar por la sierra, a trueque de gozar de su vista. Las más cenaron y Chuquillanto, retirada en su aposento, un tan solo punto no podía sosegar, que el corazón ardía en vivas llamas, y con la soledad las aumentaba y crecían a más andar, y ya deseaba el día, y la noche le parecía larga y penosa. Luchando con el nuevo amor, y con la tuerza que en su pecho hacía por desecharlo al principio, se quedó dormida con algunas lágrimas que bañaban su rostro. Había en esta morada, dedicada a solas las hijas y mujeres del Sol, palacios grandes y suntuosos, y en ellos infinitos aposentos ricamente labrados, y en ellos vivían las mujeres e hijas del Sol dichas, traídas de las cuatro provincias sujetas al Ynga, y en que dividió su extendido reino, llamadas Chichai Suyo, Conti Suyo y Colla Suio y Ante Suyo. Y para estas cuatro diferencias de mujeres había cuatro fuentes de agua clara y cristalina, que salían y traían su curso de las cuatro partes dichas, y en esa fuente se bañaban las naturales de la parte donde corría. Llamábanse las fuentes la de Chinchai Suio, que estaba a la parte del occidente, Sulla Puquío, que significa fuente de guijas, y la otra se llamaba Llullu Chapuquío, que significa fuente de ovas, y estaba a la parte oriental, que se dice Colla Suio; la otra, hacia la parte de septentrión, se decía Ocorura Puquío, fuente de berros, que es Conte Suio, y la de hacia el mediodía se llamaba Siclla Puquío, que quiere decir fuente de ranas, que es Anti Suyo. En estas fuentes se bañaban las que hemos dicho que dedicadas al sol moraban en aquella casa.

La hermosa Chuquillanto, metida en un profundo sueño, parecíales que veía un ruiseñor volar y mudarse de un árbol en otro, cantando suavemente, y con su dulce armonía la entretenía y, después de haber cantado, se le vino a poner en sus faldas, y la empezó a hablar, diciéndole que era la causa porque estaba triste y a ratos suspirando, que no tuviese pena ni imaginase en cosa que se la pudiese causar; y la ñusta le respondía que sin duda muy presto acabaría su vida, si no le daba remedio a su mal, y el ruiseñor le respondió que él se le daría muy conforme a su gusto, que le dijese la ocasión de su tristeza, a lo cual Chuquillanto, brevemente, le decía el mucho amor que había cobrado al pastor Acoitapia, guarda del ganado blanco de su padre el Sol, y que muy presto vería su muerte si no le veía y, por otra parte, si fuese sentida de las mujeres de el Sol, su padre, la

mandaría matar su padre. Entonces el ruiseñor le dijo que no le causase aflicción aquello, que se levantase y pusiese en medio de las cuatro fuentes y allí cantase lo que más en memoria tenía, y que si las cuatro fuentes concordasen en el canto, respondiéndole lo mismo que ella cantase, que seguramente podía hacer lo que quisiese. Y diciendo esto el ruiseñor se fue y la ñusta, despavorida, despertó espantada del sueño y, a grandísima prisa, se comenzó a vestir y, como toda la gente de la casa estuviese en profundo sueño sepultada, tuvo lugar, sin ser sentida, de levantarse, y fuese y púsose en medio de las cuatro fuentes y empezó a cantar, acordándose de los aradores y tirado de plata en el cual estaban comiendo el corazón, que dijimos, y decía suavemente, micuc, usutu, cuyuc, utussi cusin, que significa: arador que estás comiendo el utussi que se menea dichoso es, y luego comenzaron las cuatro fuentes, unas y otras, a decirse lo mismo a gran prisa, respondiendo a la ninfa con mucha conformidad y consonancia, de que la ñusta quedó contentísima, pareciéndole que no había más que desear, pues todo correspondía a su deseo y las fuentes se le mostraban favorables. Así se volvió a su aposento lo poco que de la noche quedaba, deseando la luz del día por ver a su querido pastor Acoitapia.

CAPITULO XCII

Del fin desdichado que tuvieron los amores de Acoitapia y Chuqui Llanto

Por no ser largo en el capítulo pasado y causar fastidio a los lectores, le quise dividir en dos, porque la ficción y fábula como la refieren los indios antiguos hacen de ella gran caudal. Después de partidas las dos ñustas para su casa, quedó el pastor Acoitapia con su ganado y, habiéndolo recogido, se metió en su cabaña, triste y pensativo, acordándose de la hermosura de la bella ñusta y de su traje y bizarría, y ocupado su corazón con el nuevo cuidado, y aún con la desesperación, que el acordarse y considerar quién ella era, y la dificultad que en su amor podría tener le causaba, porque las semejantes hijas del Sol eran respetadas, y miradas, de todos los pastores con mucha veneración, y ninguno se atrevía a poner en ellas los ojos por miedo del gran castigo que en los tales se ejecutaba. Y con esta consideración, tocando a ratos su flauta y a ratos lanzando ardientes suspiros de lo más interior del alma, y banando la tierra cercana en sus cálidas lágrimas, solo un triste ay se le oyó, que a las piedras enterneciera y aun las ovejas del solo pastor, como no acostumbradas a oír semejante lamento en su guarda, llegándose a la puerta de la choza casi le querían ayudar, el cual después de haber consumido casi toda la larga noche en sus imaginaciones y llanto, al alba se quedó amortecido, vencido de la fuerza de su mal, que le iba consumiendo los vitales espíritus, y quería mediante la muerte triunfar del atrevido pastor y, sin duda, allí feneciera sus días si el remedio para él no le viniera presto. Tenía este Acoitapia, en los lares donde era su naturaleza, la madre que le parió, que sin duda debía de ser de aquellas que los indios respetaban entre sí con nombre de adivinas. Esta supo la aflicción y trabajo en que estaba su único hijo y que, sin duda ninguna, la vida se le acabaría muy presto si el remedio no le venía. Y alcanzada la causa de su mal por el demonio, tomó un bordón muy galano y pintado que ella tenía en gran virtud para tales sucesos, y sin detenerse tomó el camino por la sierra, ayudada del que le hizo sabedora dio la pena de su hijo y, antes que el sol saliese, estaba ya en la cabaña de su hijo. Entró en ella y vio amortecido y muy cerca de muerto, todo bañado en lágrimas;

despertóle con dificultad e hízole volver en sí. Cuando Acoitapia vio y conoció a su madre fue admirado, no sabiendo como tan presto allí fuese venida; la madre, que sabía su mal, le empezó a consolar, diciéndole que se aliviase, que ella daría presto remedio a su tristeza y medicina a su mal, que se alentase y, con esto, salió de la cabaña y, de junto a unas peñas, cogió cantidad de ortigas, comida según dicen los indios apropiada para la tristeza y alegrar el corazón, y dellas hizo un guisado a su modo.

Aún no había acabádolo cuando las dos hermanas, hijas del Sol, estaban a la puerta de la chozuela de Acoitapia. Porque Chuqui Llanto, al amanecer, se vistió y con su hermana, en achaque de pasearse por los verdes prados de la sierra, se salió de la casa y enderezó adonde estaba su nuevo amor; porque su corazón a otra parte no le guiaba y, algo fatigadas de el camino, se sentaron junto a la puerta y, como vieses dentro a la vieja, la hablaron pidiéndole si tenía algo que darles a comer, que venían hambrientas. La vieja, hincada de rodillas, les dijo que no tenía otra cosa que darles, sino aquel guisado de ortigas, el cual ellas recibieron con mucha voluntad y, con no menos gusto, empezaron a comer. Chuqui Llanto revolvía los ojos por la cabaña, por si vería con ellos a su querido Acoitapia, pero, al tiempo que ella y su hermana llegaron, se había ocultado, por orden de su madre, dentro del bordón que había traído.

Y como Chuqui Llanto no le viese, preguntó por él; la vieja le respondió que era ido con el ganado y Chuqui Llanto, aficionada a la hermosa labor del bordón, le tornó a preguntar que cuyo era aquel tan lindo bordón, y de dónde lo había traído; la vieja le respondió que antiguamente había sido una de las mujeres queridas del Pacha Camac, huaca celebradísima en los llanos, junto a la Ciudad de los Reyes y cuatro leguas de ella, y que por herencia le venía a ella. Chuqui Llanto enamorada del bordón con mucha prestancia se lo pidió, y la vieja, aunque al principio, por dárselo más a desear, se lo negaba, al fin se lo concedió. Tomólo Chuqui Llanto en sus manos, pareciéndole mucho mejor que antes y, habiendo estado un rato con la vieja, como el deseo de ver Acoitapia la instigase, se despidió de ella y se fue por los prados revolviendo sus inquietos y hermosos ojos de una parte a otra, por ver si le vería.

Todo el día gastaron las dos hermanas de unos lugares a otros, no parando, con deseo Chuqui Llanto de gozar de la vista y conversación del pastor, que su hermana bien ignorante de ello estaba, y como el sol ya fuese inclinado y alargando sus sombras, cansadas dieron la vuelta hacia los palacios, con sumo dolor de Chuqui Llanto en no haber alcanzado a ver el que consigo llevaba, metido en el bordón. Y llegado a las puertas las guardas las miraron con diligencia, como todas las veces lo hacían, y como sólo vieses, de nuevo, el bordón que claramente traían, cerraron su puertas y ellas entraron en sus aposentos, sin querer Chuqui Llanto asistir a la cena con su hermana y las demás hijas y mujeres del Sol, que el fuego que traía en su pecho no la dejaba comunicar con nadie, sino a solas quería que ardiese, para que más se acrecentase, y puesto el bordón junto a su cama se acostó y, pareciéndole que estaba sola, comenzó a llorar y a suspirar a ratos por el pastor, hasta que, cerca de la media noche, se quedó dormida.

En esto, Acoitapia salió del bordón donde estaba oculto y, hincado de rodillas delante de la cama de su ñusta, la llamaba con una voz mansa, por su nombre. Ella despertó

despavorida y, con grandísimo espanto, se levantó de su cama y vio junto a ella a su querido pastor vertiendo lágrimas. Ella que lo vio, turbada de tal acontecimiento se abrazó a él preguntándole cómo había entrado allí dentro, estando los palacios cerrados, él le respondió que en el bordón que su madre le había dado había venido, sin que nadie lo sintiese. Entonces Chuqui Llanto le cobijó con las mantas de lipi labradas, que en su cama tenía, y de cumbi finísimas, y durmieron juntos los dos amantes, y cuando sintieron que quería amanecer, Acoitapia se metió en el bordón, viéndole su ñusta.

Después que el sol había bañado toda la sierra, Chuqui Llanto, por gozar a solas y sin estorbo de la conversación de Acoitapia, tomó su bordón, y dejando a su hermana en los palacios, se salió de ellos y se fue por los prados, con su bordón en la mano y, llegando a una quebrada oculta, se sentó con su querido pastor, que ya del bordón había salido a platicar. Pero sucedió que una de las guardas, notando que había salido Chuqui Llanto sola, cosa que nunca hacía, la siguió y, al fin, aunque en lugar escondido, la halló con Acoitapia en su regazo, y como tal viese empezó a dar grandes voces. Acoitapia y Chuqui Llanto, que se vieron descubiertos, temerosos que si los cogiesen les darían la muerte, pues su delito no se podía ya encubrir, se levantaron y se encaminaron, huyendo hacia la sierra que está junto del pueblo de Calca y, cansados de caminar, se sentaron encima de una peña, pensando estar ya salvos y seguros, y allí se quedaron con el cansancio adormecidos y, como entre sueños oyese gran ruido, se levantaron, tomando ella una ojota en la mano, que la otra traía calzada en el pie, y queriendo otra vez huir, mirando a la parte del pueblo de Calca, el uno y el otro fueron convertidos en piedras. Y el día de hoy se parecen las dos estatuas desde Guaila Bamba y desde Calca y de otras muchas partes, y yo lo he visto muchas veces. Llámase aquella tierra Pitu Sira, y éste fue el fin de los amores de los dos amantes Acoitapia y Chuqui Llanto, los cuales los indios celebran y refieren, como cosa sucedida en tiempos antiguos, con otras fábulas que también cuentan.

CAPITULO XCIII

De un admirable suceso que los indios cuentan de Saire Tupa Ynga y de su mujer y hermana doña María Cusi Huarcai, padres de doña Beatriz Clara Coya

Aunque diga el lector que va este capítulo fuera de propósito y de su lugar, no por eso quise que dejasen de saber cosas tan extrañas y admirables, y que quedasen olvidadas con el silencio por mi pereza o descuido. Digo pues así, según estos indios cuentan, de Saire Tupa Ynga, príncipe y sagaz capitán que, siendo mozo de veinte años, ejercitaba en armas y siempre andaba en el campo con su gente, donde su guarida era desde Yucai a Billca Pampa; y como fuese noble mozo y gentil hombre, y no casado, traía para su servicio una hermana que, en su capítulo e historia, dijimos llamarse Cusi Huarcai, de la cual, con la ocasión que tan a la mano tenía, se enamoró, de lo que los curas que adoctrinamos a estos indios lo debemos advertir, en que no caminen a parte ninguna con sus hermanas, ni parientas, ni los padres con las hijas y, mucho menos las madres con sus hijos, por algunas cosas que yo en muchos años, como cura de ellos, he sabido y aun castigado. Porque en esta ocasión no es esto mi propósito, vuelvo a mi capitán, el cual

estaba ya tan olvidado, por sus nuevos cuidados y deshonestos amores, de las guerras y cuidados que solía, y aun no iremos fuera de camino en decir, de sí mismo pasado, pues algunos días, sin que la ñusta Cusi Huarcai su hermana lo supiese, de su feliz y nuevo cuidado, de lo que no pequeño dolor y pena recibía este triste y afligido amante, sin que le osase decir, ni apartar de sí de noche y de día la gran afición y amor que a su hermana Cusi Huarcai tenía, ni menos podía olvidar el cuidado que a su memoria fatigaba. Ella, como mujer, con el deseo de saber el nuevo cuidado de su hermano Saire, siempre le preguntaba, aunque con diferente presunción, si se había enamorado de alguna de las ñustas de el real servicio de la Coya, su madre, o si estuviese cautivo, o le hubiese sucedido algo en la guerra, que hubiese acabado con todo, y que de vergüenza no quisiese supiesen dél cosa alguna.

Combatido, pues, el desdichado amante de todas estas preguntas, con otros tantos pensamientos, no dejó de acudir a la cierta y verdadera respuesta de la discreta y hermosa ñusta, con las rodillas en tierra, con fervientes y amargas lágrimas y suspiros, que de las desdichadas entrañas le salían, rogándola, humildemente, que tuviese por bien en conceder y admitirle por su esposo y marido; pero los humildes y amorosos ruegos, que el buen amante Saire Tupa hacía a su parecer, poco le aprovechaban. Considerando el discreto y sagaz Ynga que todo lo que hacía y decía no le bastaba para ser oído, determinó, tan sagaz y discreto, mudar parecer y procurar otro medio, y así salió del valle famosísimo de Yucay, confiando tener mejor y más dichoso puerto su fortuna. Donde, al entrar de la gran ciudad del Cuzco, en Carmenga, topó un viejo y astuto indio hechicero, llamado Auca Cusi, a quien le encomendó su remedio y, con estas esperanzas de tener buen suceso, entró en la famosa e insigne ciudad, donde tuvo buenos presagios de tener buen fin, así por el nombre del viejo como por el talle, el cual, como indio tan antiguo, y sabido de todos estos encantamientos ciertos, por su larga experiencia, pues en toda la ciudad ni en el reino, no había quien le hiciese ventaja, ni que se le pudiese igualar, porque parecía hacer cosas tan contra el natural estilo y costumbre, que causaban espanto en las gentes, solamente en oírlas, y miedo y terrible temor en verlas. Entendido, pues, el deseo del príncipe y movido de piedad, aunque no porque en él hubiese más por habérselo declarado su voluntad y secreto, determinó a ayudarle con todas sus fuerzas y, con ellas, socorrerle todo lo posible, sin que viniese a saber persona ninguna, ni su misma hermana, por quien tan fuera de sí el valeroso capitán andaba. Yendo, pues, otro día siguiente a su palacio a verle el sagaz y astuto viejo, le dio grandes esperanzas de que gozaría de su querida y amada ñusta, por lo que aquella noche vio por su ciencia y arte el sabio viejo; agradecióle mucho la respuesta el venturoso Ynga Tupa Saire, y el hechicero viejo, por darle más contento y que no perdiese la esperanza, no poco regocijado le contó otras muchas cosas al buen Saire, que había hecho en otras ocasiones. En esto se entretuvieron aquel día, hasta que la tenebrosa noche sobrevino, y otro día, llegada la hora conveniente para dicho efecto; el viejo Auca Cusi se fue a la quebrada y asiento de Sapi, que es por Huaca Pongo arriba, por donde entra el río a la ciudad, donde halló un pajarillo llamado entre estos indios quinti, y por otro nombre causarca, que quiere decir revivido, y es como un abejón, el pico luengo y delgado, tiene muy linda pluma de diversos colores, que al sol hace diferente viso que a la sombra y entre colores: Muere o duerme, según fingen los antiguos, por octubre, en lugar abrigado, asido de una flor blanca y pequeña, de mucha virtud, y dicen que resucita por abril, y por esto le llaman

causarca y quinte, por la variedad de los colores de las plumas. Y la raíz de la dicha flor tiene otras muchas virtudes de importancia, y es tan honesta que diciendo huaccho se cierra, que es como decir deshonesto. A la cual, con su pajaruelo, de tal manera preparó el solícito viejo, para el fin que buscó, sin que de nadie fuese entendido ni sabido, más de tan solamente del mismo amante Saire Tupa. Quieren decir algunas personas que la virtud que tiene procede de algún planeta, como es de Venus o de otra cualquiera estrella, pues lo que es el cerrarse con las dichas palabras certifico ser así, porque yo lo he visto. Yéndose, pues, el disimulado viejo a donde la descuidada ñusta estaba, a quien, con la virtud del pajaruelo y flor, con un círculo y encanto que hizo, le habló y mandó que luego al punto, y sin dilación alguna, con rumor sosegado y apacible, fuese con el adonde el príncipe Saire Tupa su amante y querido hermano estaba.

La ñusta Cusi Huarcai, convertida ya con el encanto, muy contenta y, con mucha alegría y gusto, le dijo que sí; donde acabando de llegar a donde su querido Saire estaba, y poco espacio de haber estado juntos, trataron algunas razones, que en sí no tenían ninguna por parecer más divertidas que de fundamento. El príncipe Saire Tupa, sonriéndose de lo que habían tratado, le dijo a su querida y amada ñusta que entrasen en un rico y aderezado aposento, a descansar, y fueron de tal suerte, y de tanta virtud y fuerza, las amorosas razones y palabras de caricia de ambos, que se vinieron a quererse tanto, y como aquella noche estuviesen juntos, diéronse palabras de casamiento a su modo y uso. Pasados pues algunos días, mostró la querida y discreta ñusta señales de mujer preñada, lo cual visto por los de el palacio Real de su padre, quedaron todos maravillados, principalmente sus deudos y parientes, por haberla siempre tenido por honesta y recogida. Con este cuidado y pesadumbre, muchas veces y a menudo la preguntaban si estaba enferma, o preñada, y de quién; la honesta ñusta respondía con rostro alegre y contento, estarlo de Saire Tupa, su querido hermano y marido, de lo cual se avergonzaron mucho sus padres y los reyes y los de el Palacio, pensando la pena que de tal deshonor y exceso en que podía resultar. De esta manera, muchas veces entre los vasallos comunicaron ser cosa conveniente en que se casasen, por usarse entre los Reyes Yngas y señores como queda ya dicho, el cual se efectuó muy en haz y en paz de sus vasallos, y después en la de la Santa Madre iglesia, como queda ya dicho en capítulo LXXIV. Y muerto su padre Manco Ynga hicieron las bodas entreveradas con las obsechias del real difunto, como se usa entre esta gente, pues es muy ordinario hacer una fiesta y estando en ella con mucha alegría y regocijo acabarla luego con lágrimas, lloros y gemidos, y empezar a danzar cantando y venir a acabar llorando. Lo cual los indios cuentan y refieren como cosa sucedida.

LIBRO SEGUNDO

*Del gobierno que los Yngas tuvieron en este reino
Y ritos y ceremonias que guardaban*

Ya que hemos concluido con la descendencia, conquistas y sucesos de los Yngas, desde el primero Manco Capac hasta el desdichado Topa Cusi Hualpa, por otro nombre Guascar Ynga, y el mal afortunado Atao Hualpa, que fueron los que, en los últimos años del señorío de los Yngas, tuvieron el mando y poder, aunque en alguna manera se fue continuando y reteniendo, en sus sucesores, aquel respeto debido a su sangre en Manco Ynga Saire Tupa, y Amaro Tupa, que fue el que mandó degollar el virrey don Francisco, de Toledo. En este libro he querido hacer particular tratado, y mención, del gobierno y orden que tuvieron los Yngas en regir este amplísimo reino, y tener tan varias y diversas naciones como en España, castellanos, vizcaínos, gallegos, portugueses y andaluces, y de las demás provincias, tan extendidas y tan amplias, sujetas y avasalladas, sin que nadie en ellas osase discrepar ni disentir de los mandamientos de los Yngas, como si estuvieran presentes en todos los pueblos grandes y pequeños, que fue indicio y señal de grandísima y acertada prudencia, con lo cual se hallaron en este reino tantos millares de millares de gente, cuando entraron los españoles, de que vemos el día de hoy tan pocos centenares. Así iré, con la mayor brevedad y distinción que me fuere posible, refiriéndolo para que se venga del todo a tener noticia de sus ritos, ceremonias, usos, costumbres, vida, orden de guerrear, conquistas y conservar lo ganado, que no fue lo menos en que se pareció ser sabios y prudentes.

CAPITULO I

De la disposición de los Yngas y de sus costumbres

Los Yngas y sus descendientes, de mediana estatura y un poco morenos, traían el cabello algo corto por diferenciarse de los demás indios, que le traían largo en general, y sin ningún género de barba, porque si alguna les salía, con pinzas, que ellos llaman tiranas, se las arrancaban. Eran de condición graves y severos pero, junto con eso, apacibles y discretos, y bien hablados; mudaban cada día cuatro vestidos y ninguno se lo ponían dos veces. En lo que era la comida y servicio suyo, eran de grandísima pompa, porque al día comían tres veces: a la mañana, a la hora de vísperas y a la noche, que en conclusión es almorzar, comer y cenar. Y cuando se sentaban a la mesa salía un tucui ricuc, que hacía oficio de maestresala, con cincuenta pajes hijos de los curacas y gobernadores de las provincias, e iba a la cocina del Ynga y en porcelanas, platos, u ochuas, que es cierto género de tierra, subía los manjares a la mesa, y éste hacía la salva a todos los manjares, y los servía al Ynga; pero después de puestos en la mesa, no los tocaba nadie con la mano. Era la mesa poco más de un palmo de alto y en empezando a comer el Ynga, el que hacía oficio de maestresala estaba de rodillas delante del Ynga, y los que traían los manjares hacían una profundísima inclinación con la cabeza, y luego se postraban de rodillas, y así estaban hasta que se acababa la comida. No tenían necesidad de trinchantes, porque cuando el manjar se guisaba, lo picaban tanto y lo aderezaban tan menudo que ni aun el cuchillo que ellos usaban no hacía oficio en la mesa.

Con el Ynga no comía en la mesa nadie, sino era algún hijo muy querido. El vino que bebían bien se sabe que era hecho de maíz, con sumo cuidado y diligencia, que

comúnmente llaman chicha, y era extremado y de mucho regalo como ellos lo preparaban. El copero era uno de los más principales orejones, al cual llamaban ancosanaymaci, que es lo mismo que copero. No bebían en vasos de oro, ni de plata, sino en vasos de alguna madera preciosa, llamados entres estos indios queros, de manera que también servía de medicina y preservativo para el que bebía, porque en la bebida, más fácilmente se da cualquiera género de ponzoña, y cada día vemos por nuestros ojos morir muchos indios, que unos a otros se matan brindándose. Pero aunque el Ynga se servía con vajilla de barro y bebía con estos vasos dichos, con todo eso tenía una riquísima vajilla de oro y plata labradas, mil diferencias de vasos, de ollas, de cantarillos, platos a su modo, tazas que ellos llaman aquillas, y cada Ynga, las hacía para sí diversas, y destas sólo servían en alguna fiesta señalada, por majestad y ostentación y, en viviéndose de ellas, porque de nuevo, mejorando las piezas y las labores de ellas, porque tenían por bajeza y miseria servirse dos veces de una cosa y beber dos veces en un vaso. También asistía con el Ynga, cuando comía, un médico de los más favorecidos suyos, y tenía muchos dentro de su Palacio Real, los cuales no podían visitar a ningún enfermo sin licencia del Ynga, ni los barberos sangrar a nadie sin que primero el Ynga lo supiese, y se lo permitiese.

CAPITULO II

Del Palacio Real del Ynga, llamado Cuusmanco, y de sus vestidos e insignias

Como los Yngas, desde Manco Capac, que dio principio a esta monarquía, fuesen cada uno por su parte añadiendo a su señorío y extendiendo sus reinos y vasallos, así cada cual iba extendiendo y ampliando su casa y Palacio Real, con edificios magníficos y suntuosos, aumentando la guarda de su persona y concediendo a los de ellas más libertades y privilegios, y poniéndolos en más orden y policía, y haciendo mayor muestra de su grandeza. Tenía el Palacio Real, llamado entre ellos Cuusmanco, dos soberbias puertas, una a la entrada dél y otra de más adentro, de donde se parecía lo mejor y más digno de estas puertas, y su obra era de cantería famosa y bien labrada, porque causa admiración notable que, no teniendo estos indios picos, ni otros instrumentos con que labrar y pulir las piedras, como no los tenían, las labrasen y ajustasen tan cabal y perfectamente, que no tenía el entendimiento más que desear, ni tacha ninguna que les poner.

A la primera puerta, en la entrada della, había dos mil indios de guarda con su capitán un día, y después entraba otro con otros dos mil, que se mudaban de la multitud de los cañares y de chachapoyas. Estos soldados eran privilegiados y exentos de los servicios personales; los capitanes que los gobernaban eran indios principales de mucha autoridad, y cuando el Ynga iba a la Sierra, iban junto a su persona, y se les daban las raciones ordinarias y pagas aventajadas, y andaban de ordinario acompañados de los hijos de los curacas y principales, muy lucidamente aderezados.

A esta puerta primera, donde estaba la guarda dicha, se seguía una plaza, hasta la cual entraban los que con el Ynga venían acompañándole de fuera y allí paraban, y el gran

Ynga entraba dentro con los cuatro orejones de su consejo, pasando a la segunda puerta, en la cual había también otra guarda, y ésta era de indios naturales de la ciudad del Cuzco, orejones y parientes y descendientes del Ynga, de quien él se fiaba, y eran los que tenían a cargo criar y enseñar a los hijos de los gobernadores y principales de todo este Reino, que iban a servir al Ynga, y a asistir con él en la corte cuando muchachos. Junto a esta segunda puerta estaba la armería del Ynga, donde había de todo género y diferencias de armas que ellos usaban, es a saber flechas, arcos, lanzas, macanas, champis, espadas, celadas, hondas, rodela fuertes, todo puesto muy en orden y concierto. A esta segunda puerta estaban cien capitanes de los que más se habían señalado en la guerra y se habían ejercitado en ella, los cuales estaban entretenidos allí para, cuando se ofreciese alguna ocasión de guerra o jornada, despacharlos brevemente a ello, de suerte que en ninguna cosa hubiese dilación.

Más adelante de esta puerta, estaba otra gran plaza o patio para los oficiales del Palacio, y los que tenían oficios ordinarios dentro dél, que estaban allí aguardando lo que se les mandaba, en razón de su oficio. Después entraban las salas y recámaras, y aposentos, donde el Ynga vivía, y esto era todo lleno de deleite y contento, porque había arboledas, jardines con mil género de pájaros y aves, que andaban cantando; y había tigres y leones, y onzas y todos los géneros de fieras y animales que se hallaban en este reino. Los aposentos eran grandes y espaciosos, labrados con maravilloso artificio, porque como entre ellos no se usaban colgaduras, ni las tapicerías que en nuestra Europa, estaban las paredes labradas de labores, y ricas y adornadas de mucho oro y estamperías de las figuras y hazañas de sus antepasados, y las claraboyas y ventanas guarnecidas con oro y plata, y otras piedras preciosas, de suerte que lo más estimado y rico de todo el reino se cifraba en esta casa del Ynga.

Había en el Palacio del Ynga una cámara de tesoro, a quien ellos llamaban capac marca huasi, que significa aposento rico del tesoro, el cual servía de lo que acá la Recámara Real, donde se guardaban las joyas y piedras preciosas del Rey. Allí estaban todos los ricos vestidos del Ynga, de cumbi finísimo, y todas las cosas que pertenecían al ornato de su persona; había joyas ricas de inestimable precio, piezas de oro y plata de la vajilla que se ponía en los aparadores del Ynga. Toda esta riqueza tenían a su cargo cincuenta como camareros, y el mayor sobre ellos era un tucuiruc, o cuipucamayoc, que era como veedor y contador mayor del Ynga, el cual tenía a cargo las llaves de ciedrtas puertas, aunque eran de palo a su modo de ellos, pero no las podía abrir sin que estuviesen sus compañero allí delante, los cuales también tenían su llaves diferentes. Tenía este tesorero, o contador mayor, gran salario y muchos provechos, porque el Ynga le daba muchos vestidos de los suyos, ganado y chácaras, y destos dones de él se llevaba las dos partes y la una era para sus compañeros. Sin estos que tenían a su cargo el tesoro, había otros veinte y cinco guarda-ropas, los cuales eran mancebetes desde doce a quince años, hijos de curacas y de indios principales, los cuales andaban muy bien tratados y vestidos ricamente, que les daba cada semana un mayordomo que tenía salario para ello, y era privilegiado pata andar en hamaca, cuando quería. Estos mancebos limpiaban los vestidos que el Ynga se vestía de ordinario, y a éstos se avisaba de qué color se había de poner el vestido, y lo preparaban, y también le servían de llevar los platos a la mesa, cuando el Ynga comía.

CAPITULO III

De los vestidos y armas de los Yngas

El Ynga, cuando salía de su casa, que era pocas veces, caminaba en unas andas y en la guerra entraba en ellas muy ricamente aderezadas, con abundancia de pedrería, sobre oro y plata, de que eran hechas, y plumería de todas colores. Estas andas era su oficio el llevarlas en los hombros, con el Ynga, los indios rucanas, que es una provincia deste reino, y así los llamaban incapricran, que significa hombros del Ynga. En las grandes fiestas y solemnidades las llevaban curacas e indios principales, a remuda, y cuando entraba en la guerra llevaba una honda en la mano, con la cual tiraba de rato en rato, para animar la gente y esforzarla en la pelea.

El vestido que ordinariamente usaba era una camiseta de cumbi labrada, la cual era obra de las ñustas, que lo hilaban sutilísimamente para tejer los vestidos del Ynga, y esculpían en ellas maravillosas labores de tocapo, que ellos dicen que significa diversidad de labores, con mil matices de sutil manera, al modo de los almaisales moriscos, de primor excelente, y unas veces de color morado, otras verde, otras azul, otras carmesí finísimo. La manta que ellos llaman yacolla era del mismo cumbi, aunque no llevaba labores, ni en ellas las usaban. En la cabeza traían un rodete redondo que ellos llaman llaitu, ancho de dos dedos, el cual se ponían en la frente y en el chaquira, y otros dijes y piedras preciosas, y allí asientan plumas y penachos. Esto usaban en tiempo de paz, que al entrar en las batallas usaban de unas celadas fortísimas, que bastaban a defender cualquier golpe de espada y, macana.

La insignia real y corona era mixca paicha, la cual hacían de lana carmesí, finísima, con algunos hilos de toro, y ésta se ponía que le cogía de sien a sien, y fue uso inviolable entre ellos, que ningún Ynga tomaba en sí la administración y gobierno de el reino, hasta que solemnemente había recibido esta borla, que era como coronación y jura que le hacían, reconociéndole por Ynga y Señor, y prometiéndole vasallaje. El cetro era de oro y llárrriale los yndios tupayauri, y las armas e insignias que tenían eran, fuera de la mascapaicha y borla dicha, una casa grande y un cóndor, que en España llaman buitre, y dos culebras, con un tigre arrimado a un árbol.

El calzado eran unas ojotas que cubrían las plantas de los pies, y se enlazaban en medio del pie con sus asideros por el carcañal; y adonde se trababan las lazadas ponían unas cabezas de leones, o tigres, o de otros animales, hechos de oro y de plumería, y piedras ricas de esmeraldas, y otras que en este Reino había.

Las andas no eran permitidas a otro que el Ynga y supremo Señor, y aquellos caciques y capitanes que, por sus hazañas y grandezas en la guerras, habiendo merecido renombre de valerosos, para honrarlos se las enviaba el Ynga, o les daba licencia de usar de ellas, porque estos solos andaban en andas y tenían facultad de usar de esta majestad, que entre ellos era de grandísima preeminencia y estimación. Otros dicen que estas andas del Ynga

las llevaban, cuando caminaba, cuatro señores principales, de las cuatro partes y provincias deste Reino, en que está dividido, de Colla Suyo, Antesuyo, Contesuyo y Chinchai Suyo, pero lo más cierto y común es que los indios rucanas, como tengo dicho, eran a los que pertenecía semejante oficio. De ordinario llevaba el Ynga, cuando salía fuera, delante de sí, a modo del guión que usan los Reyes, uno como penacho puesto en palo largo hecho a manera de mitra, salvo que era redondo. Este era hecho de mucho número de plumas coloradas, verdes, amarillas, azules, encarnadas y de todas cuantas flores se hallaban. Este guión llevaba un orejón principal, en alto, señalando con él que allí iba la persona del Ynga, detrás del cual iba también un paje que llevaba el arco y otro las flechas.

CAPITULO IV

Del gobierno que tenían los Yngas y costumbre de los indios

No se les puede negar a lo Yngas, haber sido en el gobierno político de este tan extendido Reino sumamente avisados, y discretos, gobernando estos indios conforme pide su naturaleza y condición, y acomodando las leyes a las tierras y temples de ellas y a las inclinaciones de los indios. Todos confiesan que si el día de hoy fueran regidos conforme lo fueron de los Yngas, trabajarán más los indios y se vieran mayores efectos de su sudor, y se fueran aumentando en infinito número. Son los indios, por la mayor parte, perezosos y que si no es por fuerza, o grandísima necesidad, no echarán mano a darse al trabajo, tristes, melancólicos, cobardes, flojos, tibios, viles, mal inclinados, mentirosos, ingratos a quien les hace bien, de poca memoria y de ninguna firmeza en cosa que tratan, y algunos hay ladrones y embaidores, y en general, todos dados a supersticiones y hechicerías, abusioneros, entregados totalmente a dos vicios, lujuria y embriaguez, y deste procede no haber de ellos cosa secreta, ni aun de las que les convienen guardar secreto, especial las mujeres, que es por medio de las cuales se han descubierto y manifestado en este reino guacas, riquezas, enterramientos de tesoros de oro y plata, y aun delitos muy ocultos y guardados entre ellos. Pues siendo de esta naturaleza e inclinación, los indios fueron gobernados en tan largas y distintas provincias por el Ynga, de tal suerte que aun ocultísimamente en las más apartadas regiones deste Reino, no osaban traspasar ni exceder de sus mandatos, como si él estuviese presente, porque, como les conoció el humor, llevólos por allí, enfrenándolos en sus vicios y castigándolos con suma severidad, sin perdonarles ninguno, que fue medio eficacísimo para tener sujetos tanta infinidad de indios. El modo con que los gobernaba, era que tenía en el Cuzco, junto a su persona, cuatro señores orejones de los más principales, y de más experiencia y entendimiento, sabios en la paz y en la guerra, los cuales eran como cuatro consejeros de Estado, de cuyas manos y prudencia pendía todo el Reino, así en las cosas de policía como de guerra. Estos orejones eran de su linaje del Ynga, y parientes muy cercanos, o hermanos, o tíos, y después dél eran las personas de más autoridad en la corte; despachaban y proveían los negocios, por esta orden: cada uno tenía a su cargo una de las cuatro provincias dichas, de Colla Suyo, Ante Suyo, Conti Suyo y Chinchay Suyo, y los que venían a negociar al Cuzco, acudían al suyo, el cual les oía, y si eran negocios livianos, los proveían y despachaban ellos luego, sin detenerlos. Si eran negocios de más calidad,

lo comunicaban entre sí, y si eran cosas arduas y de muchos peso, daban cuenta al Ynga, y entraban en acuerdo, todos juntos con él, y si el que venía a negociar era curaca, o capitán, o indio principal, entraba él también en la consulta, para oírle el Ynga y que diese sus razones. Oídas, si el negocio pedía más acuerdo, llamaba a otros consejeros inferiores, con los cuales se confería y trataba, y con brevedad lo despachaban. Estos cuatro orejones salían algunas veces a visitar el Reino, o algunas provincias dél, donde era necesario por casos que sucedían, y pedían jueces graves y de autoridad y, entrando en las provincias donde eran enviados, hacían Junta General de toda ella y de los pobres que había, para darles de comer y repartir entre ellos los mantenimientos, como el Ynga lo ordenaba y tenía mandado. En esta visita apartaba, conforme los avisos que tenía, a los delincuentes con sus mandones, que llaman llactacamayoc, y después de la suficiente averiguación y pesquisa que hacían, iban castigándolos a cada uno conforme merecía y había excedido de las órdenes y mandatos del Ynga, y según la calidad de los delitos, sin que ninguno se quedase exento. Con esto temían y no osaban traspasar en nada lo que se les ordenaba.

Eran de tanta estimación y honra estos cuatro oficios, que a todos los capitanes y gobernadores, caciques y mandones, sobrepujaban, de suerte que sólo el Ynga les era superior, y así eran temidos y respetados donde quiera que iban y por las grandes justicias que hacían en todo género de gente. Mudaban cada día dos vestidos y no se ponían segunda vez vestido ya puesto, comían con casi tanto aparato y majestad que el Ynga. Las leyes que tenían no eran escritas, porque el uso de las letras no había llegado a ellos, ni las conocían. Todos los delitos y negocios administraban y castigaban de memoria, por la buena razón natural, haciendo luego ejecutar lo que mandaban, sin remisión ninguna. Demás de los cuatro orejones dichos, tenía en cada provincia el Ynga un Auqui, que era como virrey, el cual ordinario era orejón del linaje del Ynga, al cual llamaban tocoricucapu, que es como veedor mayor de todas las cosas. Este era superior en la provincia y gobernación, a los gobernadores, capitanes y curacas; tenía cuenta con todo lo que pasaba y se hacía en la provincia, y la visitaba cuando le parecía, rodeando todo el distrito, y tenía facultad este tocoricuc de entrar en todas las casas, aunque fuesen de los principales, y ver lo que en ellas se hacía. Tenía éste sus tenientes y mandones en todos sus pueblos de su provincia, los cuales solicitaban y daban prisa a los oficiales de cualquier oficio, y a las obra públicas, y le avisaban de todo lo que pasaba y como se obedecía lo que él mandaba. En habiendo alguna cosa en que poner remedio, él de secreto lo enviaba a decir a uno de los cuatro orejones del Consejo de Estado. Esto era en los negocios arduos y dificultosos, que pertenecían a los gobernadores o curacas, porque los negocios de menos calidad, él los conocía y despachaba, juntamente con el gobernador o curaca principal.

Este tocoricuc tenía licencia para andar en la Sierra, por ser tierra áspera y fragosa, en una hamaca, y en los llanos en unas andas; recogía todas las comidas y las metía en los depósitos y trojes del Ynga, que ellos llaman piruas, y proveía, cuando se le ordenaba, la corte del Ynga y los indios soldados, que había en las fortalezas, y estaba a su cargo hacer los templos, fortalezas y repararlas, aderezar los caminos, de suerte que todo estuviese puesto en perfección y no hubiese cosa ninguna en que reparar. Tenían, demás de esto, en los pueblos ciertos diputados, que era su oficio mirar y proveer que los

extranjeros, mercaderes y advenedizos no fuesen maltratados, ni molestados de los naturales de la tierra, y si caían malos, ellos tenían cuidado de buscarles médicos, y los hacían curar y regalaban; y si morían; los sepultaban y sus bienes daban a sus hijos, o a los parientes más propincuos que con ellos venían.

CAPITULO V

De la manera que el Ynga castigaba los agravios de sus virreyes

Porque ninguno hubiese que, con el poder y mando que el Ynga le daba, tuviese atrevimiento a agraviar a los menores, ni sus vasallos fuesen vejados, ni molestados de nadie, cuando les iba querrela de alguno de los quatro orejones, o de los tocoricuc, que estaban en las provincias por superiores a los demás curacas, o de los mismos curacas principales y otros indios poderosos, como eran los capitanes, y que tenían a su cargo las fortalezas, y se venían a quejar de muertes, injusticias, fuerzas o robos que hubiesen hecho, mandaba el Ynga, si era de los quatro orejones, encarcelarlo en la fortaleza, y si era de los demás inferiores, los ponía en casa de uno de los orejones de su Consejo, y si era muy principal el delincuente, estaba con prisiones y poníales guardia hasta que, con gran diligencia y recato, se enviaba a hacer inquisición y pesquisa, a la parte donde había estado, y de donde procedían las quejas, mandando que sus deudos y parientes no estuviesen entonces en los pueblos donde se inquiría. Preguntaba del delito y allí por las personas a quien lo cometía el Ynga, que siempre eran de los más principales orejones y de sus deudos, se hacía diligencia averiguación y probadas las quejas, se venía al Cuzco y daba parte al Ynga de lo que había hecho. Entonces el Ynga hacía llamar a sus consejeros y demás personas principales, que estaban en el Cuzco, y habiéndose juntado traían al delincuente delante de ellos, y estando presente les hacía un parlamento, trayéndoles a la memoria su obligación y reprendía el delito, y los daños que dél habían procedido, y exhortaba a los del Consejo que no cometiesen ellos semejantes culpas. Habiendo reñido y afrentado de palabras al reo, mandaba que con un mazo, llamado de ellos champi, le diese tres o cuatro golpes en las espaldas, los cuales luego al momento un principal, de los que allí estaban, le daba executándose la sentencia, y los golpes eran tales que muchos morían de la fuerza y dolo de los dichos golpes, y otros escapaban.

También tenía otros géneros de castigos menores para sus delitos, según su calidad, y siempre guardando en ellos grandísima rectitud y acuerdo, porque ninguno hacía sin parecer de sus consejeros, consultándolo con ellos. Estos castigos que hacía el Ynga eran desde el orejón, de los quatro ya dichos, hasta el curaca de mil indios, que de ahí abajo lo ordenaba y mandaba el tocoricuc y los gobernadores que tenía en las provincias puestos, aunque algunas veces apelaban de las sentencias de estos inferiores al orejón y al Ynga. No había entre ellos firmas y sellos, mas de lo que preguntaban a los testigos hacían dello quipo, que son unos cordeles, y lo enviaban, o traían al Ynga. Tenía en el Cuzco una cárcel, la cual llamaban cárcel del Ynga, que era solamente para los principales, y caciques hijos de señores y capitanes cuando cometían algún delito y, como hemos dicho, mientras se averiguaba, los ponían allí. Esta cárcel era honrada al modo de las casas de cabildo cuando se prende en España algún caballero, y cuando la

culpa era liviana, los soltaban libremente y, si era grave y se le probaba, mientras el Ynga consultaba lo que en ello se había de hacer, le metían en otra cárcel más fuerte y de más guardia, de manera que para todos los delitos había sus diferencias de castigo y cárceles, como veremos en el capítulo siguiente.

CAPITULO VII

De la división que el Ynga hizo en este reino en cuatro partes y de los indios mitimas, y depósitos que tenía

Para gobernar este Reino con más justicia, y que estuviese en más concierto y razón, hizo una división de todo él, maravillosa, en cuatro partes en cruz. La que estaba al oriente llamó Colla Suyu y ésta comprendía el Colla, Charcas y otras provincias, hasta Chile. La que estaba hacia la parte de poniente llamó Chinchay Suio, y comprendía innumerables provincias, hasta Quito, Pasto y los Gauancabilcas. La que estaba a la parte del Septentrión llamo Antisuio, que contenía muchas provincias de la otra parte de los Andes; y la que caía al medio día puso por nombre Contisuio, en que se incluía la provincia de los Chumpibilcas, Collaguas y otras muchas. Toda esta partición hizo respecto de la ciudad del Cuzco, que venía a estar en medio de estas partes y era el centro de todos sus Reinos y Señoríos, y en general le llamaban los indios Tahuantin Suio. Y esto estaba repartido y puesto en cabeza de los cuatro señores orejones de su consejo, que ya dijimos tenía a su cargo despachar los negocios que de su provincia les venían, y consultar en los dificultosos al Ynga, para que él determinase. Estos tenían puestos gobernadores por su orden, y del Ynga, que eran como sus tenientes en los lugares de su jurisdicción.

Dicen que solía estar el Reino dividido en seis partes y que las dos que faltan que eran los Huancabilcas, Cayampis y Pastos; y por ser gente rebelde, y haberse querido alzar dos o tres veces contra Tupa Ynga Yupanqui y Huaina Capac; éste deshizo los dos suios y los consumió en los cuatro ya dichos, y mucho número de gente, de éstas los puso por mitimaes, y sacó infinitas mujeres solteras y los repartió por todo el reino, y por las casas de depósitos y dormidas; y hoy día hay las descendientes de éstas en la ciudad del Cuzco y en Jauja, y en otras partes del reino. A los indios les mandó dar y dio tierras y ovejas, y ropa y las demás cosas necesarias para su sustento, y mandó a los curacas de todas las provincias tuviesen grandísima cuenta con ellos, y solamente dejó viejos y muchachos, y en todas las fronteras y fortalezas de aquella tierra y de toda su comarca y jurisdicción, hijos de señores principales e yngas y orejones, por ser gente de quien tenía más confianza, con soldados de presidio para la guardia, y entonces hizo grandes castigos en los guancavilcas.

Tuvo, demás de esto, el Ynga otro modo maravilloso de gobierno, con que se fue conservando en las provincias que sujetaba, que da muestras de su profunda prudencia, y era que, en conquistando alguna provincia, mandaba sacar della veinte y cinco o treinta mil indios, o la cantidad que le parecía bastante, con sus mujeres e hijos y familias, y a éstos mandaba trasladar y mudarse a otra parte y provincia, que fuese del mismo temple

calidad y disposición que la otra donde eran naturales, y éstos se llamaban mitimas, que quiere decir gente mudada de una parte a otra, a los cuales el Ynga daba heredades, tierras, solares y casas para que edificasen, e hiciesen sus labores y se sustentasen, y mandábales que obedeciesen a su gobernador que allí tenía puesto. Con esta astucia los tenía sujetos, de suerte que si los naturales de las provincias donde los trasplantaba se querían rebelar y sacudir el yugo del Ynga, siendo los naturales con el gobernador que allí estaba, érale fácil reducirlos a obediencia y sosegarlos, y por el consiguiente si los mitimas se alborotasen, los naturales de la tierra y provincias los apremiasen, de manera que con esta industria y traza procuraban tener su Reino seguro.

Para ser más amados y queridos de los naturales, tenían por costumbre, cuando conquistaban alguna provincia si veían al cacique y señor della inclinado a su obediencia, y conocían dél que perseveraría en ella, no le quitaban el señorío ni cacicazgo y, si era muerto, se lo daban a su hijo mayor y, en falta de éste, al menor, o a sus hermanos y parientes cercanos, y si el cacique cometía algún delito grave, que mereciese muerte o privación del oficio que tenía, el mando y señorío se lo daban a su hijo o hermano, de suerte que raras veces salía de la casa, a modo mayorazgo, y con esto los indios obedecían al Ynga puntualmente, y lo reverenciaban, sin tratar jamás de rebeliones y alzamientos.

En otra cosa manifestó el Ynga el mucho cuidado que siempre tuvo con sus vasallos, y fue en los depósitos de comida y bastimentos que hizo hubiese en toda la tierra, en cada provincia, de lo que en ella se daba abundantemente. Estos depósitos, que ellos llaman colcas, y nosotros diremos alholies o graneros, estaban encomendados a personas principales e indios de mucha cuenta y razón, los cuales la tenían de todo lo que se gastaba por sus quipos. Estos bastimentos estaban guardados para que, cuando se ofrecía guerras o conquistas y el Ynga sacaba de las provincias gente de guerra, les diesen de ello lo necesario para el camino, y cuando pasaban por allí compañías de soldados, se les proveía por orden del Ynga.

Demás de esto, se les mandaba a los gobernadores de las provincias que tuviesen sumo cuidado con los pobres, tullidos, mancos, cojos, y viejos que no podían trabajar, y a cuenta del Ynga les daban de estos depósitos el sustento necesario. Cuando los gobernadores iban nuevamente a las provincias, les hacían un parlamento muy grave en que, en suma, les encomendaba acudiesen bien y fielmente a su oficio, atendiendo a las mercedes que les había hecho guardándole lealtad y, sobre todo, les encargaba mirasen por los pobres, tullidos, y viudas y huérfanos, no consintiendo fuesen agraviados ni vejados de los poderosos, y esto era lo primero, y luego les encargaba no dejasen la gente andar ociosa, y la guarda y reparo de las fortalezas, puentes de crisnejas, caminos, y de los depósitos, advirtiéndoles que muy breve él irla por su provincia y miraría, por vista de ojos, cómo cumplían lo que se les mandaba, y que les daba orden cómo habían de sustentar la gente de guerra, que era: el señor de diez mil indios sustentaba mil, y el de cinco mil quinientos, y el de mil ciento.

Cuando acontecía helarse las sementeras, y por esto haber falta de comida, mandaba el Ynga, y daba comisión a sus gobernadores por todo el reino, o provincia donde había esta

falta y necesidad, que de sus depósitos repartiesen todo lo necesario para el sustento de los pobres, y entre éstos eran preferidos los viejos y los que tenían más hijos que criar; y juntamente ordenaba que se tuviese gran cuidado con los huérfanos chiquitos y sin padres, que los criasen a su costa y les diesen de comer y vestir, y todo lo necesario, tratándolos bien y alimentándolos, y para esto se hacía junta en cada pueblo, y se sabía los necesitados que había en ellos, de suerte que en cuanto era y tocaba al Ynga, ninguno, en sus amplísimos reinos, había de morir de hambre, ni pasar necesidad, que desde el mayor al menor de todos se acordaba, y a todos proveía.

CAPITULO VIII

De los chasquis que el Ynga tenía y del orden con que los puso

Fue maravillosa la traza que dio el Ynga, que a lo que dicen fue Tupa Ynga Yupanqui, para saber con extraña y nunca vista brevedad, todo cuanto sucedía y pasaba en las partes más remotas deste reino, en muy breve tiempo, y fue poner por todos los caminos correos, que ellos llaman chasques, con tanto orden y concierto que admiran, los cuales estaban en los caminos, a trechos cada uno quanto un tiro de ballesta, y algunas veces más cercanos, y otros había a media legua, como eran las provincias, y las ocasiones de guerra pedían los avisos más o menos breves, y si era negocio particular del Ynga estaban tan juntos que, de palabra, se daban el recaudo, y así iba de mano en mano. Cuando el Ynga quería comer pescado fresco de la mar, con haber setenta u ochenta leguas desde la costa al Cuzco, donde él residió, se lo traían vivo y buyendo, que cierto parece cosa increíble en trecho y distancia tan larga, y en caminos tan ásperos y fragosos, porque lo corrían a pie y no a caballo, pues nunca los tuvieron hasta que los españoles entraron en esta tierra. Mediante la presteza de estos chasquis, tenía aviso el Ynga de lo que sucedía en Quito, en Chile, en los Chiriguanaes, Chunchos, Guancabilcas, Pastos y otras provincias.

La orden que dio en ellos Tupa Ynga Yupanqui, fue buscar entre los indios los que fuesen más prestos y ligeros, y tuviesen más aliento en correr, y así los probaba, haciéndoles que caminasen corriendo por un llano y, después, que bajasen por una cuesta con la misma ligereza, y después subiesen una cuesta agria y fragosa, sin parar, y a los que en esto se señalaban y lo hacían bien, daba oficio de correos, y se ejercitaba cada día en la carrera. De suerte, que eran tan alentados que alcanzaban los venados y aun vicuñas, que son animales silvestres ligerísimos, que se crían en los páramos y desiertos más fríos. Así, con vuelo increíble, llevaban las nuevas de unos lugares a otros, y el que no corría bien, y era haragán y flojo, los castigaban dándole con una porra en la cabeza, o en las espaldas cincuenta golpes, y les quebraban las piernas, para memoria y escarmiento de otros. A sus hijos criaban éstos con grandísimo cuidado y sola una vez al día les daban de comer, y eso era hamca, que dicen maíz tostado, y sola una vez bebían, y así eran cenceños y enjutos de carnes, y los padres los probaban si eran ligeros, haciéndoles correr una cuesta arriba y seguir venados, y si eran flojos los castigaban con el mismo modo, de manera que toda la casta y generación de indios chasquis era suelta y ligera, y para mucho.

Tenían estos chasquis sus casas hechas en los lugares de su distrito, en las punas y desiertos, y en otras partes, junto al camino; eran pequeñas que no cabían en ellas más de dos indios o tres cuando mucho, y eran hechas de piedra todas. En acabando el indio chasqui su tarea, conforme al tiempo que se le había señalado por su curaca, venía otro, o más, conforme las necesidades se ofrecían, y entraba en su lugar, y él iba a descansar a su casa con su mujer e hijos, o a las casas dedicadas para este efecto, que eran mayores, y allí se les daba el mantenimiento ordinario, a costa del Ynga y de sus depósitos, y los gobernadores de las provincias y virreyes y sus curacas tenían en mucho a estos chasquis, y los respetaban y, en su ausencia, miraban por sus mujeres e hijos no les faltase el sustento y vestidos, y eran privilegiados de cualquier trabajo, y no salían de este ministerio a otra parte, porque al que se descuidaba en ello o sucedía alguna falta, no le costaba menos que la vida. Caminaban corriendo y, cuando menos, quince o diez y seis leguas cada día y las leguas son larguísimas, según la cuenta del Ynga, porque llegan de cinco a seis mil pasos, y por caminos tan fragosos y ásperos, de cuevas y bajadas tan difíciles, era mucho.

El día de hoy se ha continuado, por los Virreyes y gobernadores deste reino, este ministerio de chasquis, como necesarísimo para el buen gobierno y utilidad dél, y así le tienen sustituido en todos los caminos reales que hay desde la Ciudad de los Reyes, donde residen, por la Sierra, subiendo hasta Jauja, Guamanga, Andaguailas, Cusco, Collao, Chucuito y Huguipó, Potosí y la Plata, y en el camino de la costa por Cañete, Yca, Lagasca, Camaná, Arequipa, y Arica, y así a abajo desde Lima hasta Paita y Quito, que ha sido un medio muy acertado para el reino y para los mercaderes y tratantes, y todo género de personas, saliendo cada mes el primer día, sin falta ninguna. Pero no se sirve ahora con la puntualidad y cuidado que antiguamente, en los tiempos de el Ynga, porque entonces la distancia de estos correos era pequeña, y así con suma brevedad corrían los avisos, sin detenerse un solo momento en parte ninguna, ni aun a tomar huelgo y aliento el chasqui, y agora son las jornadas de cinco o seis leguas, y de tambo a tambo. Demás de que en aquel tiempo castigaba el Ynga, y sus gobernadores, al indio que se detenía, irremisiblemente y con grandísima severidad; agora acontece recibir los despachos y cartas e irse a sus casas a dormir, y si en los caminos hallan algunas chácaras y se trabaja en ellas, dejan la carga y se ponen a comer y beber, hasta perder el juicio, como no temen castigo. Demás de que en muchos tambos, y aun pueblos, los corregidores, y personas a cuyo cargo está el despacho, los detienen y se ponen a escribir ellos, pudiéndolo antes tener hecho, y así se detienen algunas veces medio día, y más, los correos, y ésta es la causa que los avisos y despachos no son tan breves y prestos ahora como antiguamente solían; porque de Potosí a Lima, que hay trescientas leguas, si los chasquis anduvieran medianamente concertados, pudieran correr en veinte y cuatro días, y algunas veces, por malicia de los que los despachaban, se pierden muchos pliegos de importancia, que es harto daño.

CAPITULO IX

De los tambos que tenía el Ynga y las puentes de crisneja

Para maior aviamiento de los indios chasquis, que tenemos dicho, y de los principales y curacas, y otros cualesquiera indios que caminaban por el reino a negocios del Ynga o, por su orden y mandado, iban a algunas provincias o venían de ellas al Cuzco a su llamado, tenía puesto el Ynga en todos los caminos reales tambos, que nosotros llamamos mesones. En éstos residían, de ordinario, unos indios que los tenían a cargo, que ellos llaman tanbuca mayor, con mucho número de gente de servicio, como era el lugar y la disposición y los tiempos y ocasiones. Estos servían a los caminantes, dándoles el aviamiento necesario y recaudo de leña para calentarse, y paja para hacer la cama, agua, maíz, ají, charqui, perdices, cuies, chicha y otros géneros de comidas, que tenían en depósito para este fin, y también diversos géneros de frutas, si las había en los valles cercanos, como plátanos, guayabas, paltas, pacaes, granadillas, que ésta enviaban los marcacamaios, que eran los que tenían cuidado de los pueblos cercanos; y esto todo se repartía conforme a la calidad de la persona del caminante, y de la gente que llevaban consigo. Estos tambos eran unas casas grandísimas y suntuosas, y pintadas con diversidad de pinturas, y puestas a trechos, para que descansasen los caminantes; y en cada tambo había un mandón con comisión del Ynga, o del que en su nombre gobernaba la provincia, el cual podía sacar de los depósitos del Ynga todo lo que fuese menester para el bastimento y recaudo de ello.

Esta misma orden que entonces, se guarda hoy en los tambos, pero ya sin la curiosidad pasada, porque no están los tambos tan aderezados, ni puestos como fuera razón para el aviamiento y refrigerio, de los caminantes, que pasan incomodidades sin número, y acontece llegar al tambo a hora de vísperas y ser la noche, y no haber comido bocado, ni tener leña para calentarse, ni recaudo para las bestias, lo cual ha procedido que como los corregidores de los distritos han ido, por fuerza y con mañas, apoderándose de los tambos, y haciendo que se arrienden cada año, y poniendo en ellos criados suyos que les vendan las comidas y bastimentos, que ellos compran para revender a los pasajeros, poniendo los aranceles al gusto de su voluntad. Todo es al presente hurtos y robos, todo es violencia y rapiñas, los mismos que las habían de evitar y castigar, porque siendo ellos los interesados, claro está que han de tapar y cubrir las maldades y hurtos que hacen los que están en los tambos, pues ya se sabe la gente que es en todo el mundo. Así los indios, por excusar las vejaciones y molestias que reciben en los tambos, huyen de ellos y de llevar a ellos las aves y perdices, leña y yerba y otras cosas, con que se refrigeraban los pasajeros. Porque viene a ocasión, diré lo que vi en un tambo del camino real del Cuzco, que habiendo llegado tres benditos frailes descalzos, que iban a fundar a Chuquisaca, como a la una del día, y el español que tenía a cargo el tambo, con seis indios para el servicio dél, habiéndole pedido un poco de paja para hacer la cama, nunca se la dio, porque tenía los indios ocupados en sus sementeras, y los pobres frailes el remedio que tuvieron fue tender las frazadas en el suelo y allí alabar a Dios. El buen tambero era hermano de san Francisco; miren cómo socorrió a sus hermanos, que se azotan y rezan por él. Remédielo quien puede, y esta baste.

Juntamente tuvo el Ynga admirable orden en el hacer puentes de crisneja en los ríos grandes, para el pasaje y comunicación de unas provincias a otras. Éstas puentes se hacían de unos a manera de bejucos, y se hacía una crisneja tan gruesa como un cable de

navío y más, la cual tomaba de una parte a otra de las riberas y márgenes del río, y venía a dar sobre dos estribos que tenía a cada parte, y allí se estiraban y enlazaban en maderos fuertes. Estas maromas eran tres o cuatro todas, que corrían por igual, y dos a los lados algo más altas y, en la concavidad que había de las bajas a las altas, ponían unos palos fuertes y correosos que las cubrían; y por la cama de la puente hacían un tejido de sogas, como de espartos, que corría sobre las tres o cuatro crisnejas principales, con que se tapaban los agujeros, y podían ir por la puente los hombres y carneros, y demás animales, seguramente y a placer, sin peligro ninguno.

Tenía el Ynga, en todas estas puentes, puestas guardas e indios de guerra, los cuales estaban con gran cuidado de catar y mirar los que pasaban por ellas, en especial si era gente de quien no tenían mucha satisfacción, y que no llevasen cosa ninguna de las vedadas, que eran mujeres e hijos y sacrificios, porque lo tenían por mal agüero, y así no pasaba indio huído de su pueblo a otro, que si esto se guardara hoy día, no hubiera tantos ausentes de sus pueblos, cargando los trabajos sobre los que en ellos quedan. Demás de esto había, sin las puentes comunes, otras exentas para el Ynga, por donde él sólo pasaba. Es sin duda cosa ciertísima que, si el Ynga alcanzara a entender la manera y arte con que se fabrican y levantan los arcos par las puentes de piedra, las hiciera famosísimas y de grandísima admiración, porque vemos los edificios de piedra que hizo en diferentes partes, tan bien acabados y ajustados que los antiguos artífices, que en estas obras se esmeraron, hicieran de ellas milagros, no alcanzando los indios los instrumentos para labrar y pulir las piedras, que ellos tuvieron y usaron.

Los gobernadores de las provincias tenían a su cargo la fábrica de estas puentes y el aderezo dellas, especial si estaban en frontera y se temían de los enemigos, y de tener en ellas las guarniciones necesarias.

Donde no había recaudo, o no era el camino muy pasajero, hacían oroyas, que ellos dicen, que es una maroma muy gruesa, asida de una parte a otra, y della colgaba un cesto, asido a una soga delgada, y metíase el indio en el cesto y tiraban de la soguilla, y corría el cesto por la maroma y pasaba a la otra banda. Hoy día se usan estas oroyas en muchos ríos de este reino, y aunque es cosa temerosa pasar un hombre colgado en un cesto un río profundo y rápido, es segurísima.

De una puente refieren los indios una fábula: dicen que los enemigos pasaron por ella, estando las guardas durmiendo, y que viendo la puente esto, por arte del demonio empezó a llorar, y así despertaron las guardas. Semejantes disparates les tenía puestos en la cabeza el Padre de mentira, que mediante la predicación del Evangelio y la merced infinita, han ya cesado entre estos bárbaros.

Entre las puentes famosas de este reino, la más celebrada y aun temida, fue la puente de Apurimac, que quiere decir "el Señor que habla", por el mucho ruido que lleva y por no hallarse vado en ningún tiempo del año, y por la laja que está antes de llegar a ella, viniendo de la Ciudad de los Reyes, junto a un recodo y remolino que allí hace el río, donde han sido sin número las bestias que allí se han despeñado al río, y las riquezas de oro y plata que allí se han perdido para siempre, por se imposible sacarlas de lo hondo del

río. Pero ya, mediante la diligencia y orden que en ello dio el virrey don Luis de Velasco, se aderezó este paso tan peligroso, de suerte que con seguridad casi a caballo se sube y baja, lo que antes a pie era con mucho riesgo. La puente que se había empezado a querer hacer, de piedras, más arriba de la ordinaria, se vino a concluir por la dificultad o imposibilidad que había se hiciese de madera, con un artificio tan admirable que se pueden renovar cada día los maderos que las injurias de el tiempo pudriesen, y así se hizo, y fue gran bien para los indios de la provincia de Cotabamba y Omasuyus, que cada año morían muchos en la labor de la puente, al renovarla y aderezarla, por ser allí el temple calidísimo, y tan contrario al suyo de donde eran naturales.

CAPITULO X

Del orden que había en los distritos de las provincias, y en los caminos

En todo procuró el Ynga que hubiese en su reino la orden y policía que le pareció convenir, para que fuesen gobernados puntualmente, y en cosa ninguna no hubiese falta ni qué notar, Entre otras fue una la división de las provincias y distritos, repartiendo las jurisdicciones y amojonando las tierras, de modo que se evitasen diferencias y disensiones entre sus vasallos sobre los términos de cada pueblo. Aunque antiguamente lo usaron estos indios, pero sobre ello tuvieron entre sí guerras, queriendo el que más podía ampliar sus distritos y chacaras, hasta que Tupa Ynga Yupanqui de nuevo amojonó toda la tierra, con gran orden y cuenta, conforme a las corrientes de los ríos, hasta los Andes, y puso límite en las chacaras, y en los montes y en todo género de minas, así de oro como de plata y demás metales, y en las minas de colores con que hacían sus pinturas, hasta las islas de la mar, junto a la costa, dando y repartiendo a cada provincia y a cada pueblo, y a cada ayllu familia, las tierras para chacaras de maíz, papas, ocas y demás comidas suyas, como era el número de gente que tenían, y conforme a la fertilidad o esterilidad de la tierra, señalándoles los límites, y poniendo gravísimas penas a los que lo quebrantasen y entrasen, en las tierras y distritos de los otros, a labrar chacaras, casas, pescar ni cortar leña, ni a sacar ningún género de color de las minas para pintar, ni metales, ni en las salinas ni en otra parte ajena sin expresa licencia del Ynga. Así tenía cada provincia puestas sus guardas en los mojones, porque en ninguna manera se quebrantasen, y si algún indio, por descuido o malicia, entraba en los términos de otro, era luego castigado con grandísimo rigor y según era la cualidad de lo que delinquía, y hasta en los cerros y montes, y ríos había mojones, para el pasto de los ganados, sin que los de unas provincias entrasen a los pastos de otras, y los de una banda del río no podían pescar en la otra. Con ser los pastos extendidísimos y muchas veces de veinte leguas, no había ninguno que osase entrar un palmo en las eras de los otros.

En los caminos, no fue menor el concierto del Ynga que en las demás cosas, porque los que hay hoy en este reino, hechos a mano, dan hartas muestras del cuidado y diligencia que en ello puso, pues desde el Cuzco a Quito, que hay más de quinientas leguas, lo mandó hacer todo señalado por la Sierra y los llanos, obra que quien no considerase la multitud de indios que había en aquel tiempo en este reino, no lo podrá creer. También hicieron los caminos hasta Charcas y Chile.

Estos caminos, juntamente con las puentes, acequias y calzadas en los lugares lagunosos y dificultosos de pasar, tenían sumo cuidado, para aderezarlos, los curacas y principales y gobernadores puestos por el Ynga, cada uno en sus provincias y pueblos, conforme el número de indios que tenía a su cargo. Era de manera esto que en todos los caminos de Sierra y llanos, aunque fuesen pedregosos y ásperos, no había una piedra tan sola en que tropezar el caminante, ni le estorbase, ni detuviese cosa alguna, y así les era fácil caminar cualquier camino largo, y los corrían los indios chasquis sin impedimento y aun cuando el Ynga pasaba no había de haber hasta las hojas de los árboles en el suelo, que todo estaba limpio, ni aun pajuelas consentían hubiese, porque el Ynga no los castigase. La causa de tanta curiosidad fue que ningún indio ni India andaba por los caminos sin entender en algo de trabajo, porque no había de haber ociosos en todo tiempo. Así, caminando, las mujeres iban hilando las tareas que les daban para los vestidos de la ropa común, que el Ynga daba a los que le estaban sirviendo en la guerra o en las conquistas, o guarniciones de las fronteras o en otra cualquier ocupación. Los indios iban también trabajando en echar molinillos a sus mantas, que los hacían de lana y de diferentes colores. Otros iban haciendo ojotas para su calzado y de sus mujeres, otros iban ocupados en alguna cosa, de suerte que no había de haber ninguno que no entendiese en algo. Así, sentados o parados o andando, trabajaban, por miedo del castigo tan cruel y severo que les daban sus curacas y gobernadores del mismo Ynga. Como iban entretenidos con su labor cuando caminaban, no quería el Ynga tuviesen en qué reparar, ni tropezar, en los pasos dificultosos y así todo estaba llano y fácil. Siendo las leguas del Ynga de seis mil pasos, medidas con cordel, las andaban con suma presteza y sin sentir el cansancio del camino, ni les daba pesadumbre subir las cuestas agrias, ni bajar a los valles hondos, porque todo estaba aderezado.

CAPITULO XI

De los contadores que había, llamados Quipucamayos

Aunque al Ynga y a sus reinos les faltó el arte tan industriosa de saber leer y escribir, medio tan famoso y conveniente para comunicarse las gentes de unas provincias a otras, y para salir los hombres de las tinieblas de la ignorancia, y alcanzar el título tan deseado de sabios, y trascender y alcanzar los secretos escondidos, y aun casos sucedidos de tantos millares de años como tenemos, sabemos y gozamos mediante las letras. Todavía tuvo el Ynga y los indios otro medio, aunque no tan fácil, notorio y claro como el de los libros y escritura, al menos fue más industrioso y sutil y escondido, con el cual los casos sucedidos en infinidad de años los referían los indios, que los tenían por oficio, tan puntual y distintamente, que los mejores y más diestros lectores de nuestras escrituras no se les aventajaran en el decirlos, en señalar los tiempos y ocasiones, las personas, edades y circunstancias que en ellos concurrieron, cosa maravillosa y de tener estima en una gente ignorante, y tenida en nuestras provincias por inculta y bárbara.

Este medio y escritura para conservación de sus hechos, llamaban los indios Quipus, y a los indios que tenían por oficio guardar estos Quipus y dar cuenta y razón de ellos,

Quipucamayos, que quiere decir contador. Estos Quipus eran un género de nudos, hechos en unos cordones algo gruesos de lanas y colores diferentes. Por éstos contaban y referían los días, semanas, meses y años, por éstos hacían unidades, decenas, centenas, millares y millones de millares, y para las cosas que querían decir, diferenciarlas, hacían unos nudos mayores que los otros, y ponían diversas las colores, de manera que para una cosa tenían un nudo colorado, y para otra amarillo o verde o azul o negro, según la calidad y según el número así era el nudo más o menos grueso. Por estos nudos contaban las sucesiones de los tiempos y cuando reinó cada Ynga, los hijos que tuvo, si fue bueno o malo, valiente o cobarde, con quién fue casado, qué tierras conquistó, los edificios que labró, el servicio y riqueza que tuvo, cuántos años vivió, dónde murió, a qué fue aficionado; todo en fin lo que los libros nos enseñan y muestran se sacaba de allí, y así todo lo que en este libro se refiere del origen, principio, sucesión, guerras, conquistas, destrucciones, castigos, edificios, gobierno, policía, tratos, vestidos, comidas, autoridad, gastos y riquezas, de los Yngas, todo sale de allí y por los Quipus he venido en conocimiento de ellos. Todos cuantos refieren cosas deste reino lo han alcanzado y sabido por este medio, único y solo de entender los secretos y antigüedades deste reino.

Así tenían los contadores grandes montones destes cordeles, a manera de registros, como los escribanos los tienen en sus escritorios, y allí guardaban sus archivos y de tal manera que el que quería saber algo, no tenía más que hacer sino irse a un Quipucamayo de éstos, y preguntarle cuánto ha que sucedió esto, o cuál Ynga hizo esta ley, quién conquistó tal provincia, quiénes fueron sus capitanes, cuando fue el año seco o abundante, cuándo hubo pestilencias y guerras, cuándo se rebelaron tales indios, cuándo sucedió tal terremoto, en qué tiempo reventó tal volcán, cuándo vino tal río de avenida, destruyendo las chacaras. Luego el contador sacaba sus cuerdas y daba razón de ello, sin faltar un punto. No hay duda sino que si los españoles al principio tuvieran curiosidad en hacer que estos indios contadores, que estaban en el Cuzco como en cabeza, y era a su cargo lo más principal del reino, les declaraban e interpretaban estos Quipus y jerigonzas de ellos, como entonces estaba la tierra entera y estas cosas no se habían empezado a olvidar y dejar de los indios, y eran vivos los que de esto cuidaban, se descubrieran famosísimos sucesos de estos Yngas, de su origen, conquistas y batallas y acontecimientos, bastantes a henchir mucho número de libros que de ellos se escribieran, y lo que ahora se sabe con mucho trabajo, es a remiendos y por fragmentos, como ya van faltando, o han faltado de todo, los contadores antiguos.

De la manera que los había en todo el Cuzco, generales del reino y de cada provincia en particular, así los había en cada provincia, que tenían cuenta y Quipu della. En cada pueblo, en los cordeles puestos el número de los indios del pueblo y de las cosas en general de él, y cada ayllu tenía su contador de sólo él, con los indios que había casados y solteros y viudos, y sus mujeres e hijos, y los que se morían y los que de nuevo nacían y los oficiales de cada oficio, de manera que si, en un punto, se quisiese saber cuántos indios había en un pueblo e indias, y cuántas personas chicas y grandes y las chacaras y ganados que tenían, en juntando los contadores se sabía, sin faltar cosa. Había otra maravilla, que cada provincia como tenía propio lenguaje nativo, también tenía nuevo modo de Quipu y nueva razón dello. Estos contadores los llamaban juntamente Marcacamayos, que significaba estar el pueblo a su cargo, y así los curacas cuando

querían mandar alguna cosa que se hiciese en el pueblo, o que el Ynga lo ordenaba, o que fuesen a alguna obra pública, éstos se informaban dellos y se subían en un alto y, a la hora que la gente estaba sosegada y sin ruido, recogidos todos en sus casas, poco después de haber anochecido o a el amanecer, a voces declaraba lo que el día siguiente se había de hacer, y les amenazaba que el que excediese sería castigado rigurosamente. El que no hacía lo que se le mandaba, le castigaba el Marcacamayo con un azote que tenía y así era temido y respetado de todos. Estos Quipus y cuentas se usan el día de hoy entre, ellos, aunque no con la curiosidad que antiguamente, pero todas las obras de trabajo que se han de repartir entre ellos, cualquiera cosa que se ha de hacer van a ver el Quipu, a quién le cabe por su orden, y si está ausente, al que le sigue, como es el que ha de ir a las minas a servir al rey, o el que a de ir a alguna cosa del servicio del corregidor. Llega a un pueblo y pide un indio para cosa del servicio del rey, luego miran otro Quipu diferente para ello, y así para los demás negocios que se ofrecen. Si no fuese por ello habría entre ellos grandísima confusión, y en estos quipus suelen poner cuando el corregidor o el sacerdote no les pagan, u otras personas, todas las cosas de comida y demás que pidieron, y después en la residencia y visitas se lo piden, aún más de lo que les deben, por no quedar cortos, que su malicia ha subido ya más que solía, que como ven que cuando semejantes cosas piden siempre hay conciertos y rebajas, ponen de ordinario más de lo que les deben, porque haya lugar la rebaja y queden en lo que dieron, porque cierto que en astucias y malicias y delicadezas nos exceden a nosotros.

Andando, de pocos años a esta parte, industriados los indios e indias de confesores doctos y experimentados en confesarse por estos cordeles y quipus, haciendo sus confesiones generales por los mandamientos y después cada vez que se confiesan sacan su quipu y por él van diciendo sus pecados, que cierto ha sido un medio maravilloso y de grandísimo efecto para que hagan sus confesiones más enteras y con más satisfacción de que tratan verdad (de que siempre se ha tenido sospecha), y con alguna más recordación y memoria de sus pecados, y más alivio de los que los sacramentan, porque en efecto se entiende que en general, o por la confusión de su entendimiento y la poca meditación que hacen de su vida, o por la facilidad que tienen en el mentir (que es grandísima), o por su pésima naturaleza, malicia e instigación del demonio, ellos las más confesiones las hacen nulas y dimidiadas ocultando los pecados que han cometido o, ya que los confiesan, negando el número, aunque estén ciertos dél o las circunstancias que los agravan notablemente, o mudan especie y, aunque ellos digan que de temor suelen encubrirlos, en esto también mienten, que si hay un sacerdote áspero y desabrido, los más los tratan con amor en las confesiones, procurándoles sacar sus pecados con suavidad, y muchas veces ellos son causa de hacer salir a sus confesores de los límites de la razón, cogiéndolo en las mentiras palpables y diciéndoles, para escusa de sus pecados, cosas que son imposibles. Y, desto basta esto.

Sólo referiré, para que se note la curiosidad de algunos indios, lo que vi en un indio viejo y curaca en cierta doctrina, donde fui cura, el cual tenía en un cordel y quipu todo el calendario romano y todos los santos y fiestas de guardar por sus meses distintos, y me dijo que lo sabía aquello, y fue que a un religioso de mi orden, curioso, que había sido doctrinario allí, le había dicho se los leyese y diese a entender, y como el Padre se lo iba diciendo el indio iba en su quipu asentándolo, y a las fiestas de guardar ponía el nudo

diferente y más grueso, y así era cosa de admiración cómo se entendía por el quipu, y sabía cuándo venían las fiestas y las vigilias de ellas.

CAPITULO XII

De la escuela que tenía el Ynga en el Cuzco

Porque no se nos quede alguna cosa notable, que dé indicios de la policía y buen gobierno de los Yngas en su república, por írseme ya olvidando una curiosidad bonísima que tuvo en el Cuzco, que fue hacer en él, y en su casa, criar a hijos de los curacas principales de los gobernadores de las provincias, y de los parientes más cercanos, y de otros de su linaje, como lo hacían antiguamente los persas, nación tan proveída y famosa; la cual he querido poner en este lugar, no se me quedase entre renglones, como dicen, pues fue éste un medio discretísimo y acertado para criar y corregir la juventud, y sacar de allí hombres valerosos y capitanes singulares en las ocasiones necesarias. Dijo el Ynga, como iba su poder y majestad creciendo, que se enseñase en su casa a los hijos de los principales y de los orejones que residían cerca de su persona, todas las cosas por donde habían de venir a ser sabios y experimentados en gobierno político y en la guerra, y por donde habían de merecer la gracia y amor del Ynga. Así puso en su casa una escuela, en la cual presidía un viejo anciano, de los más discretos orejones, sobre cuatro maestros que había para diferentes cosas y diferentes tiempos de los discípulos. El primer maestro enseñaba al principio la lengua del Ynga, que era la particular que él hablaba, diferente de la quichua y de la aymara, que son las dos lenguas generales de este reino. Acabado el tiempo, que salían en ella fáciles, y la hablaban y entendían, entraban a la sujeción y doctrina de otro maestro, el cual les enseñaba a adorar los ídolos y sus huacas, a hacerles reverencia y las ceremonias que en esto había, declarándoles la diferencia de los ídolos y sus nombres y, en fin, todas las cosas pertenecientes a su religión y supersticiones. Al tercer año entraban a otro maestro, que les declaraba en sus quipus los negocios pertenecientes al buen gobierno y autoridad suya, y a las leyes y la obediencia que se había de tener al Ynga y a sus gobernadores, y los castigos que se les daban a los que quebrantaban sus mandatos. El cuarto y postrero año, con otro maestro aprendían en los mismos cordeles y quipus muchas historias y sucesos antiguos, y trances de guerras acontecidas en tiempos pasados y las astucias de sus Yngas y capitanes, y el modo con que conquistaron las fortalezas y vencieron a sus enemigos y todas aquellas cosas que notables habían sucedido, para que las tuviesen de memoria y las refiriesen en conversación; y entre ellos y los maestros se las hacían contar y decir de memoria, porque por el modo que en referirlas tenían, sacaban la facilidad, entendimiento y prudencia de que habían sido dotados, y su buena o mala naturaleza de los muchachos. Concluido con estos cuatro años de doctrina, daban cuenta los maestros al Ynga, mediante, el supremo de ellos, de lo que sentían y esperaban de su buena inclinación y habilidad. Eran estos muchachos muy bien tratados en sus personas y vestidos, y tenían señaladas las raciones para el sustento muy cumplidamente ellos y sus maestros. A éstos no los castigaban ni azotaban a su albedrío y como querían, antes tenían limitada la jurisdicción en el castigo; podían una vez en el día azotarlos y no en las nalgas sino en las plantas de los pies, y si el maestro excedía en el número de diez azotes y se los daba en las nalgas, o más que una

vez al día, el Ynga lo castigaba muy cruelmente y por lo menos le mandaba cortar la mano derecha. Si desta escuela salían los muchachos bien enseñados, luego entraban por pajes del Ynga, favorecidos y regalados, y como iban dando muestras en el servicio del Ynga, así iban subiendo y se les empezaban a dar oficios en la guerra, o en el gobierno de provincias, hasta llegar, conforme sus merecimientos, a ser Tocoricucapa, que eran gobernadores, o ser del Consejo de estado del Ynga, como tenemos referido.

CAPITULO XIII

Del gobierno que los Yngas tenían y orden con sus vasallos

No había cosa, por menuda que fuese, en este Reino de que el Ynga no se mostrase cuidadoso y tuviese cuenta con ella, para probar lo que al buen gobierno era necesario, de suerte que desde el curaca y señor de veinte mil indios hasta el de diez, todos eran proveídos de su mano o de la de los cuatro orejones que asistían en su Consejo. Todo el Reino estaba dividido en el gobierno de esta manera, que cinco indios tenían superior que les mandaba, y diez indios y veinte y cincuenta y ciento y quinientos y mil y cinco mil y diez mil y veinte mil, y conforme eran los indios que mandaba y regía, así tenía la jurisdicción y facultad, el servicio, chácaras, indios y anaconas, vestidos y cuidados, de suerte que todo estaba por cuenta y razón. Al gobernador de la provincia daba el Ynga comisión que pudiese andar en andas, porque sin su licencia no podía ningún indio andar en ellas, ni en hamaca, ni asentarse en duo, que ellos llaman tiana, que todo esto era favor y merced del Ynga. Dábale también por mujer una ñusta del Cuzco o de su linaje, o de las que llaman yucanas, que también eran señoras principales, y con ella le daba ciento o ciento y cincuenta indias de servicio, que eran de las que estaban en las casas de depósito, o de las que habían cautivado en la guerra, y a el marido le daban seiscientos indios para que le sirviesen en su casa y chácaras, y en lo demás señalábanle doscientos tungos de chácara para maíz y otras comidas, que cada tongo es ochenta brazas en largo y cincuenta en ancho. Dábanle otros ochenta tungos para coca y otros tantos para ají, los cuales le señalaban en su tierra donde los pedía y en los Andes y lugares calientes. Dábales dos camisetas estampadas de oro y otras cuatro estampadas de plata, trescientas piezas de ropa de lipi y cumbi para el vestir ordinarios, dos cocos de oro y cuatro de plata, un collar a la turquesa, que llaman cauata, y otros de piedras que llaman llacsa, un gorjal de unas veneras coloradas, que llaman barcates, dos chispanas de oro, cuatro de plata; dábales mil ovejas de la tierra y a veinte y a diez y a cinco tejuelos de oro, conforme a la calidad de las personas y a los servicios que le habían hecho él o sus antepasados al Ynga. Cada tejuelo tenía seis marcos y con esto les daba una guaranca paia, que es hecha de plumería, a manera de sombrero sin copa, y otras diferentes plumas, para que saliese con ellas a bailar en las fiestas solemnes donde se hallaba el Ynga. Todas estas cosas daba a los señores que gobernarían veinte mil indios y diez mil, que a los de cinco mil daba la mitad de todo lo que está dicho, así de servicio como de los demás, excepto que no les daba mujer gusta ni de las principales mamaconas del Cuzco, sino de las más principales de provincia donde él era natural, y que pudiese andar en hamaca, y la ropa eran doscientas piezas y las ovejas ochocientas. Por esta orden iba disminuyendo, conforme la cantidad de indios que gobernaba y la calidad de la persona, hasta el señor de mil indios, que a

éstos solamente se los daban en presencia del Ynga. De cincuenta indios abajo solía dar comisión para que los orejones o gobernadores de las provincias los nombrasen de los que a ellos mejor les pareciese, escogiéndolos en el pueblo.

Repartían al curaca de quinientos indios el servicio y dábanle un asiento de henea, que llaman chuicatiana, y por mujer una hija de un curaca su igual, con veinte indios de servicio y treinta y siete indios, un brazalete de oro, trescientas cabezas de ganado, un sombrero de pluma de colores, setenta tungos de chácaras, y la mitad de esto la daban al que seguía, excepto que no le daban tiana, y así iba bajando hasta el principal de veinte indios. Todo esto se les daba y señalaba perpetuamente para sus descendientes en el oficio, y así había muchos hermanos, hijos del curaca, y si el mayor no era suficiente para el gobierno, daba el Ynga comisión a uno de los cuatro orejones, o a todos juntos, que inquiriesen y supiesen cuál era el más hábil para el gobierno, y a aquél hacía traer delante de sí, y se lo daba.

CAPITULO XIV

Cómo sucedían los Yngas en este reino

Siempre procuraron los Yngas perpetuarse en la sucesión deste Reino, y que no saliese de su linaje, y no como quiera, sino que fuese de la manera que había tenido origen y principio en Manco Capac, primer fundador de su monarquía, que así como el hijo que le sucedió, llamado Sinchiroca, fue hijo de Mama Huaco su hermana, así se acostumbró entre ellos casarse con su hermana legítima, y aunque tuviesen infinitas mujeres y de ellas hijos sin número, aquel era tenido por legítimo sucesor del Reino y el que, heredando, se prefería a los demás, aunque fuesen mayores en edad, que era hijo del Ynga y de la Coya su hermana y principal mujer, porque ésta era la Señora preferida en todo a las demás, y ésta era tenida y reputada por mujer legítima del Ynga y reina, y sus hijos preferían a los demás, porque querían los indios que el que fuese rey e Ynga, pudiesen decir con verdad que era hijo del Rey y Reina y que, por línea de padre y madre, era descendiente de Manco Capac, primer Ynga, que en ninguna manera, siendo tal, degeneraría de la sangre donde descendía. Así, aunque Tupa Ynga Yupanqui, cuando murió, quiso pervertir este orden hasta allí guardado, nombrando a Capac Huare, un hijo muy querido suyo, dejando a Huaina Capac hijo de la mujer legítima, llamada Mama Ocllo, después de él muerto, no lo quisieron consentir los orejones, como está dicho en el capítulo veinte y ocho del primer libro.

Si el hijo mayor de la Coya no era suficiente para el gobierno y era inhábil, que jamás entre ellos sucedió, buscaban, entre los demás hijos della y del Ynga, otro que fuese hombre prudente para regirlos y seguir las conquistas, y a aquél nombraba el Ynga por sucesor. Y si esto no había, escogían entre los hijos de las demás mujeres el más valeroso, astuto y valiente para la guerra, y de quien más confianzas, se tenía que aumentaría el reino de sus antepasados, y que los gobernaría con más justicia, y al que en las conquistas se hubiese mostrado de ánimo y sagaz, y a éste nombraba el Ynga, por heredero.

Este mismo orden guardaban en los curacas de las provincias y gobernadores que el Ynga tenía puestos, dando el regimiento al hijo principal de la mujer que el Ynga le había dado, porque ésta era sobre las demás estimada y tenida, y cuando éste no era para el gobierno, buscaba el Ynga otro de los hijos, el más hábil y señalado, y se lo daba con el servicio y autoridad que lo tuvo su padre. Si el heredero quedaba niño y sin edad bastante, el hermano del padre entraba gobernando por él, con orden y licencia del Ynga, hasta que tuviese edad, que entonces el Ynga le metía en el gobierno de su padre. Y, si moría sin hijos, heredáble el hermano mayor y más hábil, y en esto había grandísima cuenta. Si faltaban hijos legítimos y bastardos, no tenía el estado y sucesión al hijo del hermano, antes al hijo de la hermana, que deste preferían, diciendo que éste era más cierto y heredero y sobrino que el hijo del hermano, pues era verdad que su hermana lo había parido, y había más certidumbre del que no el que paría la cuñada. Tenían siempre, entre los hijos del Ynga, grandísimo respeto y temor al que había de suceder en el reino, y le obedecían y respetaban como Señor que había de ser en todo cuanto les mandaba. También guardaron entre ellos inviolablemente que, cuando moría el Ynga, no gobernaba el sucesor cosa ninguna, sino solos los de su Consejo, hasta que había recibido la borla, que era como coronarse, y entonces entraba mandando y haciendo mercedes y usando de la potestad y señorío real. El cómo los coronaban, ya se vio en el fin de la vida de Ynga Yupanqui.

CAPITULO XV

De las coyas y del modo que el Ynga tenía en su casamiento con ella

Pues que hemos tratado en el capítulo precedente de la usanza y costumbre del Ynga en la sucesión de sus reinos, y tocado algo de las mujeres cuyos hijos sucedían, antepuestos a otros, nos era fuera de propósito tratar en este capítulo de la majestad y pompa que las Coyas tenían y cómo el Ynga contraía matrimonio con ellas.

El orden que guardaba era que el Ynga, de todas las hermanas legítimas que tenía, escogía la más hermosa, grave y que andaba mejor, señales que representarían la dignidad de Reina y Coya con más majestad y señorío, o la que más le agradaba de todas ellas. Esta, ante todas cosas, la pedía a su madre por mujer legítima y habiéndoselo concedido la madre, porque para ello le hacía grandes ofrecimientos, dádivas y presentes, como vimos en el casamiento de Guascar Ynga con su hermana Chuqui Huipa, iba el Ynga acompañado de sus hermanos, parientes y orejones, y de los más principales, a la Casa del Sol, que decían ellos era el padre de la novia, donde estaba el sacerdote principal del Sol; y los demás y el Ynga hacían innumerables sacrificios, con toda la solemnidad posible. El, y los que iban con él, y hablaba con el Sol, diciéndole y rogándole tuviese por bien de concederle por su mujer legítima a su hija, que él la respetaría y honraría serviría como a tal. Llevaba el Ynga una pieza de ropa finísima de cumbi, y unos trozos de oro y el demás aderezo que le había de dar a su mujer, y decíale al Sol que así como había de ser Señora de aquellas vestiduras, topos y lo demás, así lo sería sin falta de todo cuanto él tenía y poseía, y que él la trataría como hija del Sol.

Concluido esto se salía del templo del Sol y con mucha música y acompañamiento iba a casa del la novia, que estaba con su madre, a la cual de nuevo tornaba a hacer muchos ofrecimientos y presentes y, en su presencia, daba a la desposada el vestido y topes, y le rogaba que luego se lo vistiese, recibéndolo en su nombre. Su madre le mandaba lo tomase y ella lo recibía y luego daba otro vestido, hecho de su mano, al Ynga, y ambos se los ponían allí luego, y vestidos se abrazaban y daban las manos, y el Ynga la sacaba de la mano, diciendo haco Coya, que quiere decir Vamos reyna, y ella respondía Hu Capac Ynga, que significa Vamos Rey Poderoso, y así, con todo el acompañamiento que había venido, la llevaba a su casa, yendo delante los orejones y parientes, y los gobernadores de las provincias, y de toda la gente del Reino, que se juntaba deste casamiento y fiestas. Todo el trecho que había desde la casa de la novia hasta el Palacio Real del Ynga, estaba el suelo por donde habían de pasar, lleno de paños de colores y plumería riquísimos, y las calles entapizadas e infinito género de árboles y pájaros colgados en ellos, y muchos arcos. Y metida la Coya en casa del Ynga, se estaban así cuatro días, sin hacer ningún género de regocijos, y no llegaba ni dormía con ella, porque en este tiempo estaba con gran recogimiento, y ayunaba y confesábase con uno de los más principales hechiceros y pontífices de las haucas del Sol.

Al cabo de esto empezaban las fiestas y regocijos, con toda la pompa y gasto posible, que solían durar un mes y dos, haciéndose de día y de noche infinitos bailes y danzas e invenciones, con atambores y flautas, y los demás instrumentos que ellos usaban. Venían todos los hermanos, deudos y amigos del Ynga a la desposada con presentes, y de todas las naciones concurrían a la solemnidad, y cada una de ellas en diferentes días hacían sus muestras y fiestas. Y en todo este tiempo estaban las casas y palacios del Ynga ricamente entapiados, con muchos géneros de paños de cumbi de todos colores y plumería, parte de oro y parte de plata, y los leños y rajadas de leña dorada que parecían de oro macizo, y los tres o cuatro días primeros era el servicio de la leña de esta manera.

Había otro género de paja, de colores finas, en que se sentaban todos los principales, y el Ynga en pajas de plata, con espigas de oro. Los cuatro días primeros de las bodas convidaba a los cuatro orejones principales de su Consejo a almorzar, y con ellos toda la demás gente común, y antes que empezasen a comer, se levantaba el mismo Ynga en persona, y daba a estos señores de su Consejo, en unos platos grandes de plata y unos queros de oro, con mucha cantidad de papas de oro y plata macizas, y les daba unas varas de lo mismo, y piezas de ropa de cumbi, finas, de hombre y mujer y plumería. A los demás caciques y principales, así mismo les hacía mercedes, dándoles indios de servicio, ropa, carneros, lana, y a los hijos de éstos y deudos, les daba, conforme a su calidad, y al amor que les tenía.

Entre todos los casamientos y bodas ninguno hubo de mayor majestad, riqueza, ni gasto, como fue el de Huascar Ynga, hijo de Huaina Capac, como en su vida contamos, porque estaba entonces el poder y reino de estos Yngas en el colmo y cumbre, que jamás había tenido, y así era sin número el oro y plata que alcanzaban y el que gastó Huascar en sus bodas.

De la suerte referida, casado el Ynga, esta Coya, a quien recibía por principal mujer, era la reina, a quien todas las demás obedecían y respetaban, y ésta era tenida por mujer legítima y los hijos de ésta heredaban el reino, como está dicho. Estas coyas y reinas salían de su palacio raras veces, y cuando salían era con una pompa admirable y majestad de infinitos escuderos, criados y gente de su servicio, que tenían casa aparte, y los oficios de su casa, diferentes que el Ynga, iban rodeadas de mucho número de ñustas, hermano, sobrinas y deudas de los Yngas y de las otras mujeres de los Yngas y de las que estaban en las casas de recogimiento. Estas ñustas salían bizarramente aderezadas de vestidos de cumbi, con mucha chaquira y unas cuentas menudas a manera de aljófar, que las hallaban en las orillas de la mar, y cuanto más menuda es más preciada. De ellos y con ellas labraban sus cinchas, que son como una cinta que se ciñen a la frente. Andaban siempre en cabello suelto a los hombros y espaldas, los acsos y llicllas labrados de diversidad de pájaros y mariposas de mucha curiosidad.

Mudaban las coyas cada día tres vestidos, y no se lo ponían segunda vez, que lo tenían por mengua, donde había tanta riqueza y abundancia. Esta Coya comía de ordinario con el Ynga y dormía con él lo más del tiempo, y cuando solía de su casa iba con el mismo aparato que el Ynga, salvo que no iba en andas ni en hamaca, sino a pie y con mucha autoridad, y nunca faltaban de su lado, en estas salidas, los cuatro orejones del Consejo del Ynga.

Sin ésta tenía el Ynga, como tengo dicho, infinito número de mujeres, porque se casaba con cuantas quería, las cuales, conforme a su voluntad y gusto, dormían con él, estaban en su palacio real y comían juntas y vivían juntas, sin haber entre ellas rencillas ni disensiones, que no era poco, donde había tantas, no reinar los celos y envidias. A causa de tanta multitud de mujeres procedía tener los Yngas tantos hijos bastardos, pues Huascar Ynga cuando le prendieron, como está referido, le mataron ochenta hijos e hijas, y no había más que reinaba que ocho años. Así, con haber muerto en las guerras que entre sí tuvieron Huascar Inga y Atao Hualpa, tantos hermanos y parientes de los Yngas, y después en el cerco de el Cuzco, cuando los españoles estaban en él, hay todavía tantos descendientes de los Yngas, que residen en el Cuzco y sus parroquias, que es maravilla, los cuales gozan, como gente de casta real, de muchos privilegios y exenciones. Pero por concluir con lo tocante a este capítulo de las fiestas, digo que asentados a comer, sacaban carneros vestidos, del sacrificio, a los cuales llamaban pillco llama, que lo tenían en gran estima, porque así como ellos lo ofrecían al Sol por sacrificio, de la misma manera decían que el Sol los daba para honrar a su hija. Después traían las demás viandas, repartiéndolas entre todos, sin exceptuar a ninguno. Había infinita cantidad de chicha junta, en tinajas grandes de oro y plata, que cada cántaro de oro pesaría seis arrobas y las de plata diez, con muchos mates de lo mismo, en que se bebía todos en general, sin los que tenía el Ynga aparte para sí y los cuatro orejones, y a quien ellos por favor brindaban en ellos. Acabada la comida, se repartía la coca entre todos, en bolsones de oro y plata y plumería, muy ricos, y en gran cantidad y, mientras duraban las bodas, el Ynga hacía mercedes a chicos y grandes, de cualquier calidad que fuesen y nación. Concluidas las fiestas se juntaban todos los orejones y principales y, con mucho acatamiento, se llegaban al Ynga y los más ancianos a él y a la Coya le hacían una

plática, exhortándoles a quererse bien y servirse. Cuando el Ynga moría, al alzar nuevo rey hacían también solemnes fiestas por todo el reino. Los principales le traían a la coronación presentes, conforme su posibilidad de cada cual, y los que no podían venir, por justos impedimentos, se los enviaban con sus hijos o parientes, en señal de vasallaje.

CAPITULO XVI

Del orden que tenían los demás indios en sus casamientos y bodas

Pues hemos ya dicho el modo con que el Ynga se casaba con la mujer principal que tenía, y cómo solemnizaban las fiestas y bodas, vendrá muy bien referir qué orden tenían los demás indios, principales y comunes, en tomar mujeres.

Lo primero, a ninguno se consentía casar ni que tuviese mujer si no era de edad bastante para ello y la que tenía el Ynga señalada para los casamientos, que era veinte y cinco cumplidos y de ahí arriba, y entonces podían tomar mujer los principales y curacas, y la gente común, precediendo la licencia del Ynga, y lo que después diremos. Cuando ya tenían tratado y concertado el casamiento, con la mujer que había escogido cada uno, conforme su calidad y gusto, llevaban una pieza de ropa y algunas ovejas y otras cosas, conforme su posible, y atambores. Los curacas con palotes de oro o plata; y para la desposada unos topos de plata, con su tipquí de oro y plata con chicha, y cada uno como más podía y tenía. Con sus parientes y criados, iban en casa de su suegro, padre de la desposada, y le rogaban le diesen la hija por mujer, y ellos se la concedían y con ella le daban los ricos de lo que tenían.

Los demás indios llevaban sus chipanas de oro o plata, y si la alcanzaban, y leña de unas raíces que llaman Urutne y, si no hallaban desta, de aliso, hechas rajadas, y el que no la tenía de suyo, la pedía a su cacique. Y llevaban cuyes, charquí y coca y un haz de paja y algunos, que eran ricos, ropa conforme su posible y con ello, como está dicho, iban a casa de la novia a los padres, o parientes de ella, y se lo presentaban y pedían a su hija por mujer, y ellos se la daban y, concertado, hacían su acatamiento y derramaban paja por la casa, donde se sentaban todos; y de la leña que llevaban encendían fuego y comían y bebían la chicha que habían traído. Estas bodas de ordinario se hacían de medio día para abajo y estando en ellas luego que acababan de comer y beber. El suegro, padre de la moza, o su hermano o deudos, si no tenían padres, públicamente hacían junta de su familia, parientes y mujeres y los ponía junto a sí y, estando en pie, llamaba al yerno y puesto delante de él, en pie, hacía que la desposada se pusiese junto al marido y, sobre todo, le encargaba el servicio del Ynga, pues él lo había casado y dado a su hija por mujer, y le rogaba la tratase bien y no la aporreuse, y a ella que sirviese bien a su marido y le tejiese ropa, para sus vestidos. Acabada la plática el yerno, con toda parentela, le daban gracias al suegro, prometiéndole que su hija sería muy bien tratada y amada y, con esto, le hacía una gran humillación, en reconocimiento de ello, y tomaba a su mujer de la mano, y la pasaba consigo al puesto donde estaba asentado, y la madre y padre y parientes de el desposado la abrazaban, haciendo la mocha que dicen, y embijaban la cara

con una bija colorada, que sacaban para éste efecto que llamaban canchuncay, y sobre esto tornaban de nuevo a beber y brindarse los unos a los otros.

Concluido, llevaban todos juntos los deudos a la novia a casa de su marido, cantando y bailando con grande regocijo y placer donde volvían a beber y brindarse. Al otro día el yerno convidaba al suegro a su casa a comer y mataban, los que tenían ganado, ovejas y corderos y comían los menudos deste ganado, y el padre del desposado y la madre, mostraban al suegro toda la casa y lo que en ella había, y las trojes de maíz y de otras semillas y le ofrecían lo que tenían y él se lo agradecía y, con esto, se acababan las bodas. Para los días que en ellas entendían estaban reservados el desposado y sus parientes y los de su mujer, pero en acabando bolvían a sus oficios y trabajos. También refieren que si entre los padres y madres concertaban algún casamiento sin que dél diesen parte a sus hijos era hecho, aunque los hijos no quisiesen, y este abuso aún dura hasta e día de hoy entre ellos, que si hablan al padre o madre, o le traen algún presente de leña, paja o chicha y la recibe y bebe y se calienta con la leña, aunque la hija no quiera consentir en el matrimonio, los padres dicen que ya recibió el presente y que no ha de rehusarlos y el marido la persigue donde quiera que va, diciéndole que ya sus padres se la dieron, y que es su mujer aunque no quiera, y así se las cogen en lugar oculto, las fuerzan contra su voluntad, diciendo que ya son suyas y que su padre recibió la leña y presente y, por grado o contra él, las hacen consentir en ello, y aun muchas veces lo suelen pedir casi por justicia ante los sacerdotes y curas.

Otras veces el Ynga daba, por merced y favor que quería hacer, a algún curaca y principal mujer de su linaje, o de las recogidas que él tenía, y si acaso tenía otra principal, eran ambas iguales y las llamaban Mama Huarmis por ser ñustas o Mamaconas de las escogidas. Si rehusaba recibir otra mujer decía que la que tenía sería en lugar de la que le daba el Ynga, y así se quedaba con la que tenía antes, cuyos hijos eran habidos por legítimos.

Otro modo había de casamientos entre ellos y era que, cuando venían indios que en la guerra se señalaban, y habían estado en las fronteras y pasado trabajos en servicio del Ynga, daba comisión el Ynga al toc-ri-cuc-apu de la provincia, que era como su teniente, que les diese mujeres las que él escogiese, y así iban todos los indios y sacaban las indias casaderas de los lugares y casas donde estaban recogidas, como después diremos, y se ponían los indios enfrente de ellas y el toc-ri-cuc les mandaba que, por su orden, escogiesen la mujer que querían, prefiriendo luego los principales y que más hechos famosos tenían en la guerra, e íbanse a la que les parecía y tomábala de la mano y traíasela a su puesto, y poníala a las espaldas, y si quedaban algunos indios que no escogiesen mujeres, se les preguntaba la causa y respondían que por haberse juntado con alguna de las que había caído a otro en suerte y, averiguándolo, le tomaban a ella el consentimiento y se la daban, y al otro que escogiese y después dábaseles indias de servicio, conforme hubiesen peleado en las guerras.

Algunos, antes que llegasen a estas juntas, estaban concertados con los padres y madres de las indias de darse sus hijas los unos a los otros, y levantábanse con unas bolsas llenas de coca y, llegando a los padres y madres de las mujeres que deseaban, y dábanles coca y

luego brindábanle, y en tomando la coca y mascándola, era visto aceptar, y quedaba hecho el casamiento.

Después de haber escogido todos los indios mujeres a su gusto en presencia del tocrucuc, y que bebían y se holgaban, el tocrucuc y otro, que tenía comisión del Ynga, con el cada uno de por sí, hacían a los indios un parlamento, comenzando de la comisión y decían a toda la gente, que ya el Ynga les había dado mujeres y hecho mercedes, y que lo tuviesen en memoria para servirlo, y quisiesen bien a sus mujeres y no las maltratasen, y ellas tuviesen mucho respeto a sus maridos, y que ninguno solicitase ni quitase la mujer otro, so pena de ser castigado con rigor, y que no anduviesen ociosos, sino que trabajasen en sus chácaras y usasen sus oficios, y no fuesen ladrones. Luego el gobernador empezaba a hacerles otra plática, encargándoles lo mismo y el Ynga, y el Sol su padre, les galardonaría lo bien que hiciesen y, si no, los castigaría gravísimamente. Así se estaban dos o tres horas y, acabado, las mujeres que quedaban se volvían a sus casas de recogimiento y entraban otras, por orden, en lugar de las que habían salido.

CAPITULO XVII

De las casas de recogimiento que tenía el Ynga

No hubo cosa, por menuda que fuese, en que el Ynga no tuviese particular cuidado de ordenarla a su voluntad, para que en todo el Reino se guardase y cumpliese, sin remisión alguna. Tenía seis maneras de mujeres recogidas en casas, a manera de depósitos, repartidas por los pueblos, y dormidas, que tenían a cargo dar de comer y beber a la gente de guerra y principales, excepto las primeras de éstas, que eran exceptas y libres, por ser dedicadas para el Ynga, que eran hijas de los curacas y principales gobernadores de las provincias, de los orejones y de los parientes del Ynga y de su casta, y eran hermosísimas y escogidas, sin que tuviesen falta ni defecto en todo el cuerpo y, para este efecto, las desnudaban, miraban y examinaban. Estas eran las más encerradas y recogidas, y no las visitaba ni veía nadie, sino el Ynga, y eso era muy de tarde en tarde, y los orejones de su Consejo con particular licencia suya. También entraban en este número hijas de indios particulares, como fuesen de talle y rostro sin mancha, ni fealdad alguna, y las metían en la primera casa.

Estas recogidas, su oficio y, ocupación era hilar y tejer lana y ropa sutilísimamente, para que el Ynga se vistiese, que era la más prima, delgada y rica que en todo el Reino se hallaba y, así, la hilaban y tejían tan despacio que tardaban en una pieza una año entero. Mas estas indias tenían indios de servicio, que les beneficiaban y labraban sus chácaras. Estas recogidas y ñustas de la primera Casa, aunque eran en número pocas, a todas las demás sobrepujaban en hermosura, honra y dignidad y a nadie servían sino al Ynga en la ropa. Ñustas propiamente eran las hijas o nietas o descendientes del Ynga, que quiere decir infantas.

Tras de éstas, en segundo orden, eran las Mamaconas, que significa indias principales y de linaje. El hábito que comúnmente traían era un acso lindísimo, con grandes pinturas de

pájaros, mariposas, flores y una lliclla de lo mismo y, encima del hombro, una ñañaaca, que era a modo de el manto nuestro, o servía de lo mismo, aunque era algo menor que la lliclla, la cual prendían con un tipqui curiosamente labrado. En la cabeza su bincha muy galana. El cuerpo por la cintura y gruesa, que dicen Mama Chumpi y, en lugar de zapatos, traían unas ojotas galanísimas.

Como estas ñustas e indias principales de la primera casa eran tan queridas y favorecidas del Ynga, recibían de la gente común muchos regalos y presentes, porque por ellos intercediesen acerca del Ynga, cuando las entraba a ver, porque al principio que entraba en la casa de recogimiento, se juntaban todas y le pedían mercedes para sí y para los que se les encomendaban, de donde a ellas les resultaba infinito provecho, que el Ynga siempre les concedía lo que le pedían, liberalmente. Tenían para su reconocimiento y recreación lindas huertas, con diferentes árboles y hortalizas a su modo, y flores suavísimas y cantidad de pájaros, como son garzas blancas y pardas, papagayos, mochuelos, pitos, ruiseñores, codornices, huacamayas, sirgueros, tórtolas, patos, palomas, águilas, halcones, raposas, con que se recreaban y, demás de esto, había animales que, desde pequeños, los amansaban aunque fuesen bravos.

La segunda Casa de las acllas que dicen escogidas, eran de indias que llamaban Cayan Huarmi, que eran hijas de principales y de gente común aunque no tan hermosas y estimadas como las primeras y por esto entraban en segundo lugar. Estas hacían ropa para sí mismas y ellas beneficiaban las chácaras y tenían grandes trojes y depósitos de maíz y demás comidas, para dar de comer al Ynga cuando, con su corte o ejército, pasaba por allí y, saliendo a esto de las casas no se juntaban con las demás sino por si solas hacían su oficio y se volvían a su recogimiento todas juntas, sin que ninguna faltase. De estas se iban entresacando, de ordinario para casar y dar de servicio a los señores principales, a quien el Inga hacía mercedes. También éstas hacían ropa para el Ynga, pero no tan prima y delicada como las de la primera casa. Eran libres de tributo y de otras obras. Los portereros que las guardaban eran indios viejos y eunucos, que sólo entendían en este oficio. Tenían sus verjeles de recreación, como las de la primera casa.

La tercera Casa de recogimiento y de menor estima era donde estaban las indias llamadas huaizuella, que eran hijas de señores; aunque no escogidas, y había con ellas indias pobres. Teníase gran cuenta con ellas y las guardas eran indios sin sospecha, como está dicho. Vivían, con orden y concierto, en común y comían juntas o, las que querían, particularmente, y la que no quería hilar y trabajar la castigaban severísimamente, y más cuando había sospecha que trataba con algún varón. Estas servían de cocineras al Ynga y le hacían chicha de la más preciada, para que él bebiese, y de muchos géneros diferentes y para los sacrificios que hacía el Ynga en persona. Comían de ordinario estas indias la carne guisada con ortigas, y de allí salían para casarse por la orden que daba el Ynga. Al indio que se enamoraba de alguna de estas ñustas de la primera, segunda y tercera casa, y daba muestras dello, la menor pena que le daban era sacarle los ojos por el delito, y así todos se abstendían de no rodear las casas de recogidas, ni que nadie les viese allí cerca, ni hablar con ninguna de ellas.

CAPITULO XVIII

De las demás casas de recogidas que tenía el Ynga en su reino

Por concluir de una vez con estas indias acllas, que el Ynga tenía en custodia y guarda en su Reino, haré este capítulo de las demás que restan. A las de la cuarta casa y recogimiento llamaban los indios taqui aclla, que eran cantoras y escogidas para efecto de cantar y tañer con unos atambores, y dar regocijo al Ynga y sus capitantes y gente principal cuando comían y había fiesta y borrachera. Entonces salían estas taqui acllas con sus instrumentos a darle placer, cantando sus arabies y músicas a su usanza. Eran también hermosas y tenían todas una voz, para que mejor sonasen en su canto. Estas indias habían de ser de nueve años hasta quince y, así, de seis a seis años se iban entresacando, y por la orden que las sacaban, tornaban a meterse de nuevo otras para este efecto. Sustentábanse de su trabajo y ellas mismas beneficiaban sus chácaras y hacían ropa para vestirse. También tenían sus guardas y porteros viejos, que las miraban y contaban cada día, porque no faltase alguna.

Estas de la cuarta casa también eran pastoras del Ynga, de todos los ganados que el Ynga tenía para sus sacrificios, los cuales guardaban de noche en sus corrales, junto a estas casas de recogimiento, y de día los sacaban a pasear, con mucha cuenta y razón y con gran cuidado que tenían ellas. Tenían la tierra segura de las bestias fieras, y así podían andar por los pastos seguramente y, mientras repastaban el ganado, entendían en ensayarse en sus arabies y cantares que usaban, para cuando viniese el Ynga por donde ellas estaban.

La quinta Casa de Recogimiento; entraban en ella muchachas de cinco a seis años, pequeñuelas, y, así se decían vinachicuy, que significa criadas. Había con ellas indias de veinte años, que las regían y guardaban y enseñaban, a como habían de hilar delgado y tejer, y labraban sus chácaras. Este género de muchachas era de toda suerte, así de principales como de indios comunes, con tal fuesen hermosas sin nota ni fealdad ninguna, que para esto las mandaban desnudar, y tenían sus guardas y porteros con sus quipus donde asentaban cuántas eran, que por ser muchas niñas y de poca edad era necesario. Estaban siempre encerradas como en monasterio, donde jamás salían, ya que iban creciendo. Hilaban ropa de cumpi finísima para los ídolos. Los porteros eran capados y aun les cortaban las narices y bezos, para más disformidad, y si algún hombre entraba a estas muchachas, le colgaban de pies hasta que moría con grandísima pena.

Las indias de la sexta Casa que también eran acllas y escogidas, eran extranjeras de la ciudad del Cuzco y eran hermosas y hacían ropa para sí y servían al Ynga de lo que las demás. Eran de quince años a veinte, y habían de ser sin fealdad ninguna. Ellas propias beneficiaban sus chácaras y tenían indios viejos y sin sospecha, que las guardaban como las demás.

Cuando el Ynga quería entrar a visitarlas, estaba cada una en su aposento y el Ynga entraba a la que más quería, y después daba una vuelta, mirando a las demás. Estas acllas eran labradoras y gastaban el tiempo en cultivar las chácaras y huertos del Ynga, y todos

las respetaban, considerando cuán provechosas eran las chácaras y cogían abundantemente de todas las cosas que el Ynga era aficionado para su mantenimiento. Excedían a todas las de las otras cinco casas en multitud, como más necesarias a su oficio.

Todas las seis Casas de Recogimiento estaban apartadas del consorcio de los demás indios o indias, y aparte, de suerte que no había ninguna comunicación con otro género de personas, hasta que de allí salían y se casaban, con orden del Ynga, como está dicho. El orden que el Ynga guardaba en repartir las mujeres de estas seis casas era que, de la primera, por maravilla daba algunas, y eso era a sus hermanos o parientes, o persona a quien él quería hacer grandísimo favor y le había servido notablemente en la guerra, o conquistado alguna provincia o apaciaguado alguna rebelión, o hecho alguna hazaña memorable, porque éstas eran exceptuadas para él. De la segunda casa repartía a los gobernadores y principales de su Consejo y de las provincias. De las de la tercera daba a los principalejos y mandones, y a los soldados que habían trabajado en las fronteras y conquistas. Las de la cuarta Casa repartía a los indios comunes, y de la quinta a los indios pobres, y las últimas y feos y desechadas, a los indios feos y viejos, conforme a ellas. Al indio que tenía atrevimiento para el Ynga, si era indio particular moría por ello y lo ahorcaban por los caminos, con graves penas a quien los quitase, y a ellas lo mismo para escarmiento de las demás, y si era cacique e indio principal, todos los bienes que tenía se los quitaban y confiscaban para el Ynga, y si algún indio principal venía a rogar por el delincuente de este jaez, el Ynga le mandaba matar, diciendo que pues rogaba, era señal que había cometido el delito y tenía culpa, y si no la tenía que la justicia le favorecía.

CAPITULO XIX

De otra casa que había de indias dedicadas al sol

Sin las Casas referidas en los dos capítulos de antes de este, tenía dado el Ynga otra más principal y guardada, en la cual estaban encerradas las acllas que se decían hijas del Sol. Allí vivían siempre con grandísimo recogimiento y clausura, guardando castidad perpetua. No conocían jamás varón, ni aun el mesmo Ynga se atrevía a llegar a ellas, porque solamente estaban dedicadas para el Sol. Llamábanlas señora de toda la tierra; tratábanse más aventajadamente, que las ñustas reservadas para el Ynga. Estas hijas del sol eran traídas de las cuatro provincias sujetas al Ynga, que fueron Chinchaisuio, Contisuio, Antisuio, y Collasuio; para estas ñustas hacían grandes y bizarros palacios en muchas partes, y especial hizo el Ynga uno famoso y suntuosísimo en la sierra nevada, que está junto a Yucay, llamada Sauasirai y Pitusiray, donde después sucedió un caso desastrado a un pastor llamado Acoitapra, que guardaba el ganado blanco de el sacrificio del Sol, con una hija de esta de el Sol llamada Chuqui Llanto, como dijimos en el capítulo noventa, y dos del primer libro.

Estas ñustas, dicen fabulosamente los indios, que ninguna necesidad tenían de manjares ni mantenimientos para sustentarse y que solamente bebían del olor de una cierta comida y fruta que tenían silvestre. Cuando salían de la dicha casa de camino, llevaban para su

provisión aquella fruta para sustentarse del olor de ella, y si acaso acertaban a oler alguna cosa hedionda y asquerosa era cierto que sin ningún remedio habían de morir. Podíanse salir estas hijas del Sol a su voluntad de la casa a recrearse y pasearse por las sierras y valles que junto a ella estaban, acompañadas de otra porque no había indio por atrevido y deshonesto que fuese que tuviese osadía de hacerles algún desacato, antes, como cosa divina, eran veneradas y temidas, donde quiera que las encontraban, y a Coitapra que se atrevió a envolverse con Chuqui Llanto, refieren que se volvieron los dos en piedra en la sierra de Pitusiray y Sauasiray, para castigo de su delito y escarmiento de su osadía. Así lo refieren los indios viejos, contando esta fábula que ya tengo dicha.

Demás de las ñustas, hijas del Sol, había otras dedicadas él con título de mujeres suias, porque desde que se comenzó a adorar el Sol luego le aplicaron estas mamaconas de servicio y por sus mujeres, lo cual dicen que instituyó Pacha Cuti Ynga, mandando que entre los otros sacerdotes del Sol hubiese estas doncellas, las cuales eran hijas de los orejones y principales de las provincias. Estas, que eran las primeras, tenían otras criadas y aun otras sirvientas de las criadas. Servían estas mujeres del Sol de hacerles ropas de cumbi muy delicadas y preciosas, hilando la lana y haciendo en las ropas labores vistosas y ricas y, demás de esto, hacían excelentísima y regalada chicha, mucho más aventajada que la del Ynga, para que se ofreciesen los sacrificios al Sol y asistían de día y de noche en el templo del Sol, cuidando de los sacrificios, aseo y perfección de ello. Estas mujeres y ñustas, hijas del Sol, se renovaban de tres a tres años y de las más hermosas y de mejor talla y nobleza del Reino se escogían para este ministerio, como el supremo y más de cuidado. Guardaban estas Mamaconas perpetua e inviolable castidad exteriormente, y afirman los indios viejos que jamás ninguna de estas mujeres de el Sol se supo ni oyó que la quebrantase, porque si tal se sospechara, el Ynga y los sacerdotes mayores la mandarían enterrar viva, como los antiguos romanos hacían en las vírgenes vestales que caían en semejante flaqueza.

CAPITULO XX

Del orden que guardó el Ynga en saber la gente que tenía en su reino

No hubo medio necesario para el aumento y ser de su Reino que no le usase y guardase el Ynga, y como uno de los más eficaces, para conservación de él y las conquistas y guerras, que tenía, era el número de gente y los oficios en que se podían ocupar. Tuvo gran cuidado y astucia en ello, así para saber la gente de que se podía servir en las guerras, como para acomodarlos y repartirles las ocupaciones de labrar la piedra, con que se hacían las fortalezas y edificios, que los fabricó de excelente cantería en diversas partes, unos por necesidad y defensa y otros para majestad y muestra de su poder. Unos indios señalaba para llevarle en andas a él y la Coya, su mujer. Otros ocupaba y repartía en hacer munición de lanzas, arcos, flechas, hondas, champis y macanas para la gente de guerra.

Otros tenían por oficio hacer ojotas y vestidos, y sembrar y coger y acarrear los mantenimientos de los depósitos, que el Ynga tenía prevenidos en todas las provincias

para el sustento de la gente de guerra, que asistían en las guarniciones y estaba puesto así en los pueblos como en los despoblados, y para otros mil géneros de oficios en que los ocupaba, porque ninguno había ocioso en este Reino, so pena que lo pagaba no menos que con la vida, porque este vicio castigaba con excesivo rigor, como origen y fuente de los demás vicios e insultos.

La orden que el Ynga guardaba era que cada cinco años enviaba desde el Cuzco por todas las provincias y pueblos un tucuc ricuc, como ya dijimos, que es a modo de veedor y visitador que representaba su persona y llevaba bastantes comisiones y poderes suyos. Estos venían por las provincias que les cabían y, en llegando al pueblo con el gobernador y curaca ordinario que allí residía, hacía juntar toda la gente, desde los viejos decrepitos hasta los indios niños de teta y, en una pampa fuera del pueblo, o si en él había una plaza capaz de toda la gente, hacía sentar la gente, la cual dividían en diez calles para los indios y otras diez para las indias, con mucha orden y concierto. Por las edades los iban asentando, y de aquí iban, visto el número y cantidad de gente que había, sacando todos los indios oficiales para el Ynga, de cuantos oficios eran necesarios en su casa y corte y los que eran suficientes para la milicia. Por la misma orden se entresacaban de las indias, las que eran suficientes para el servicio de la Coya y de su palacio, chácaras y sementeras, porque entre estos indios en aquellos tiempos no hubo tributos ni tasas que pagasen de oro ni de plata al Ynga, sino le daban lo necesario que guardase las chácaras y sementeras, y los ganados y para la guerra y los bastimentos necesarios. La orden en que ponían la gente en las diez calles es la que sigue:

En la primera había indios que llamaban aucacama, que eran para todo trabajo dispuestos y aparejados, desde edad de veinte y cinco años hasta cincuenta, de los cuales se sacaba para la guerra los que eran hábiles y suficientes y los demás se destinaban en otros oficios y ministerios de trabajo, y ésta era la calle principal.

La segunda era de viejos que se llamaban Puriroco, que eran viejos de más de cincuenta años y llegaban hasta sesenta. Este vocablo puriroco significa que eran viejos que no podían andar, ni hacer nada fuera de sus pueblos, sino sólo entendían en las sementeras y cosechas.

En la calle tercera estaban los indios muy viejos de sesenta años arriba, que no eran para ningún género de trabajo y sólo entendían en guardar la casa y comer y dormir, y así les llamaban puñuroco, "viejo que duerme".

En la cuarta calle se sentaban los mancos, cojos y ciegos y tullidos, que se decían ancacuna, que significa cojos y contrahechos y entre éstos había de todos géneros de edades: chicos y grandes.

En la quinta calle había mancebetes de diez y ocho a veinte y cinco años, que se decían Saya Paya, que significa acompañador de los indios de guerra, porque era su oficio ayudar a llevar los pertrechos y armas a los soldados.

La sexta calle era de muchachos grandes, de doce a diez y ocho años, que llamaban macta

cuna, que significa "mancebetes". Su oficio era guardar las ovejas, aprendían oficio y hacían plumajes y otras cosas fáciles del servicio del Ynga.

La séptima calle era de muchachos de nueve hasta doce años, que decían toccla, que significa "cazadores de pájaros", los cuales tomaban con lazos y liga para sacar la pluma de que hacían plumajes y otras curiosidades.

La octava calle era de niños de cinco a nueve años, que llamaban puclla-cuna, que quiere decir muchachos que andan jugando. Estos servían en todo lo que podían a sus padres y madres en este tiempo.

La novena calle era de niños, que decían lluclla cuna, que era que empezaban a anclar, hasta los cinco años.

La última calle era de niños de teta, que decían quirao picac o yacapicac, que es los que estaban en la cuna.

Tardaba en visitar estas diez calles tres o cuatro días el tucuc ricuc, y dellas sacaban lo indios que querían, y luego pasaban a visitar las otras diez calles de mujeres.

En la primera había mujeres de veinte y cinco años hasta cincuenta, casadas y viudas, que dicen auca camay o guarmi, porque eran mujeres de los indios que podían trabajar en la guerra y otros ministerios.

En la segunda calle estaban indias viejas, que tenían fuerzas para andar y entender en algo en el pueblo.

En la tercera calle se ordenaban las viejas de más de sesenta años, que decían puñuc chacuas, viejas que no eran de provecho más de para dormir, sin hacer otra cosa de consideración.

En la cuarta calle estaban las viejas ciegas y cojas y mancas, que ellos llamaban hanca cuna.

En la quinta calle, que era la de más gente, había mozas casaderas, aquellos decían cipas. Estas se repartían en tres partes. De la primera escogían y sacaban las más hermosas y de mejor talle y cuerpo para el Ynga, las cuales tenían en depósito y llamaban acllas, como dijimos arriba.

La segunda parte escogían entre las otras para hacer chicha al Sol y a los huacas y al Ynga.

La tercera parte de mujeres era para dar el Ynga a sus capitanes, caciques y principales, y a otros indios que le habían servido en la guerra, porque no las podían tomar si no era por su licencia, como está dicho.

De la sexta calle eran muchachas de doce a diez y ocho años, coro cuna, que significa "motiloncillas". Estas servían a sus padres y madres en todo lo que podían, y lo más era en guarda de los ganados.

En la séptima estaban muchachas de nueve a doce años, que ellos decían pau aupallac, que significa "las que cogían flores", con que se teñían las lanas de diversos colores para hacer las ropas de cumbi del Sol, ídolos y del Ynga.

La octava calle era de niñas de cinco a nueve años, que llaman pullac, porque andaban jugando y es la edad dello. Estas entendían en ayudar a sus padres a traer leña, agua y otras cosas.

En la novena calle había niñas chiquitas que dicen lloclla, porque empezaban a andar. En la última estaban las niñas de teta, que dicen quirao picac, que aún no habían salido de la cuna.

Pasados los cinco años en que se hacía esta visita, tornaba a volver el mismo tucuc ricuc, u otro que nombraba el Ynga, y miraban por todas las calles por su orden, y el que en la visita pasada era niño, lo ponían en la otra calle adelante, y el que era muchacho que andaba jugando, pasábanlo a la de los muchachos mayores, y así los iban subiendo hasta la calle primera de los varones perfectos. A los muertos quitábanlos de la cuenta y, lo mismo guardaba con las mujeres, y así sabía el Ynga cuántos indios podía sacar de cada provincia y pueblos aptos para la guerra, y cuántos para otros oficios y lo propio de las mujeres. Con esto no había persona en todo este Reyno que no estuviese matriculada, que fue maravillosa traza y sagacidad prudentísima.

CAPITULO XXI

Cómo el Ynga dividió toda esta gente en siete estados

No tuvo menor aviso el Ynga en la división de sus vasallos que en el saber el número y cantidad que tenía dellos en su Reino, porque la compuso y distribuyó por orden maravillosa, para que cada uno atendiese a lo que se le mandaba y no usurpase oficio ajeno. Compúsola en siete estados. El primero era de hechiceros sacerdotes, los cuales, aunque en número eran pocos, a todos los demás excedían en cualidad y honra, casi a emparejar con sus Yngas. Estos eran libres y exentos de todo trabajo y a ninguno servían y de nadie eran mandados, y de la demás gente recibían los sacrificios que habían de hacer al Sol y la Luna, y al hacedor y demás huacas. Eran respetados, porque era gente docta y a esta causa les traían y daban muchos dones y presentes, y entendían ellos que, con su ciencia, les hacían provecho, porque al principio del año se juntaban denunciando las lluvias y sequedades, vientos y granizos y enfermedades y hambres y abundancias, y el hechicero que no acertaba en esto lo mataban con una porra, dándole en la cabeza, y así procuraban acertar en lo que decían.

La segunda orden era de labradores, los cuales sobrepujaban a los demás en multitud, sacados los soldados. Eran éstos libres de ir a la guerra y de otra cualquier obra y trabajo; gastaban su tiempo y cuidado en labrar los campos y chacaras, los cuales vivían con sus mujeres e hijos, y todas estas chacaras estaban señaladas por el Ynga y sus comisarios, como está ya dicho.

La tercera manera de gente era de pastores de todas suertes de ganados, los cuales asistían en las punas en chozas para este efecto, guardando los términos de los pastos con mucha puntualidad.

El cuarto lugar era de los oficiales, a los cuales daban obras a una parte de fabricar armas y parte de otros instrumentos suyos, y hacían las cosas necesarias para la guerra. Estos no sólo eran libres de acudir a otros negocios, sino que también recibían la comida y sustento necesario, de los depósitos reales.

La quinta orden era de los soldados que estaban señalados para guardia de las fortalezas y guarnición de las provincias, e iban a las conquistas. Estos, su continuo ejercicio era jugar las armas que tenían señaladas, conforme su inclinación, y seguir las órdenes de sus capitanes, y recibían el sustento ordinario de los depósitos del Ynga.

La sexta orden era de los orejones, de donde sacaba el Ynga gobernadores y comisarios que viesen lo que pasaba en todo el Reino, y daban de ello cuenta al Ynga.

En el séptimo lugar entraban los del Consejo del Ynga, los cuales eran muy pocos en número, pero no en nobleza y autoridad excedían al resto; y destos sacaba el Ynga los gobernadores principales para las cuatro provincias, los capitanes generales de las conquistas y el suyo yocapu que decían, que uno residió en Jauja y otro en Tiahuanaco, que representaban, uno por Chinchay Suyu y otro por Colla Suyu, la persona del Ynga. Estos del Consejo eran por la mayor parte hermanos o deudos muy cercanos del Ynga. No era lícito a la persona de un estado pasarse a otro, ni que tomase mujer del otro orden, ni mudar arte ni oficio, y así el labrador seguía el campo y el soldado la milicia, sino todos seguían lo que se les mandaba y señalaba de su modo de vida.

No usó el Ynga cobrar tributo de sus vasallos, como está ya apuntado, sino sólo mandó le diesen todos lo necesario para su servicio y de su casa real, guerra, labradores y guarda de ganado, vastimento, vestidos y otros oficiales, como se sigue.

Yndios mitimaes para las minas de oro y plata y demás metales y minas de colores, con que pintaban las paredes y edificios, y no trabajaban en las minas sino era cuando el Ynga les mandaba le sacasen oro y plata, pero residían de ordinario en ellas y el Ynga de sus chacaras les sustentaba.

Oficiales plateros de oro y plata, para hacer la vajilla del Ynga de chamilcos, ollas, cántaros, aquillas y otros vasos.

Oficiales de ropa muy prima y fina de plumería de colores, que eran mantas y camisetas. A éstos llamaban llano paucar camayo. Esta ropa era para el Ynga, y para sus mujeres y el Sol.

Otros indios oficiales de ropa más basta, de lo mismo, y llámanlos ahuapaucar, oficiales de ropa de cumpi, llamados llano pacha camayos, otros de la misma ropa más vasta, que dicen ahuapacha camayos.

Indios que tenían a su cargo coger las colores con que se teñía la ropa, tintores que dicen tulpu camayo.

Oficiales que hacían ojotas de las primas para el Ynga.

Indios oficiales que tenían a cargo hacer vestidos a los carneros de los sacrificios, que el Ynga tenía señalados para este efecto; y los vestidos eran de colores, de pluma y lana, y en ellos sembraban figuras de leones y tigres indios, pastores que dicen llama camayos, que guardaban el ganado del Ynga.

Indios hortelanos que sembraban cualquier semilla y hortaliza que el Ynga comía. Indios que beneficiaban las sementeras, que decían cara camaio.

Otros, las chácaras de coca, coca camayos.

Otros, que beneficiaban las salinas, chachi camayos.

Otros, para las chácaras de aji, uchu camayos.

Indios que hacían panecicos con gusanos del río, Chichi camaios.

Otros plantaban y beneficiaban los árboles, malqui camayos.

Indios para guardar las trojes y graneros de los bastimentos que estaban repartidos por todo el Reino, y sobre estos había principales que tenían cuenta con ellos.

Indios para guarda de los mojones, ríos, vados, puentes y oroas para chasquis y correos.

Indios para pampa camayos en todos los pueblos, que tenían cuenta con todo lo que en ellos había perteneciente al Ynga.

Indios, muy viejos y sin sospecha, para porteros de los palacios y de las casas de recogimiento del Ynga, y de las ñustas hijas del Sol.

Otros, para quipu camayos y contadores, que miraban todo lo que pasaba en el Reino. Indios mitimaes, que guardaban las fortalezas y labraban las tierras adonde los señalaba el Ynga.

Oficiales de albañilería, que labraban los templos del Sol y las casas y edificios del Ynga, y otros del mismo oficio, de obra basta.

Pescadores de todo género de pescados en la mar y ríos, y de camarones y cangrejos. Indios cazadores, que cogían huanacos, vicuñas, y venados. Otros, cazadores de cuyes, biscachas y de diferentes animalejos.

Otros indios, cazadores de pájaros y de aves de volatería.

Oficiales carpinteros de obra prima, que hacían asientos, cucharas, mates y otras cosas de primor y otros de obra basta.

Oficiales olleros de obra pulida para el Ynga, y oficiales de obra tosca.

Indios que servían en las fortalezas de espías, y en los caminos, y en las tierras de los enemigos.

Otros que tenían cuenta no se alzasen los indios sujetos, y acusaban ante el Ynga de lo que pasaba.

De manera que todo lo necesario para la vida humana y para el buen gobierno y policía deste Reino, le contribuían y servían los vasallos, conforme al número que tenían de gente y a las habilidades dellos, a la disposición y temple de las sierras y a las necesidades que había en el Reino.

Demás desto, los templos y huacas, especial la casa del Sol, tenía todos los ministerios necesarios, en mucha abundancia.

Las chacaras señaladas para ellos eran de las mejores, más fértiles y abundantes del Reino, porque así fuesen los frutos más colmados, y los ministros no sintiesen trabajo ni necesidad de comidas, y dellos se mantenían los sacerdotes.

Los ganados del Sol y de las huacas eran infinitos y en los mejores y más gruesos pastos, dedicados al Sol y donde no podía nadie pastar, y los pastores y guardas eran escogidos y que con grandísimo cuidado guardaban los ganados y teníanlo por cosa sagrada, de manera que, aunque no tuviera pastores, ningún indio se atreviera a llegar a él, que entendía que luego moriría. Estos pastores se llamaban criados del Sol, y cierto es de agradecer a estos infieles la mucha observancia que tenían en el culto de su falsa religión, pues aun los malhechores tenían refugio en los templos.

CAPITULO XXII

De las ordenanzas que los Yngas dieron a sus vasallos

Las leyes y estatutos que los Yngas dieron a sus vasallos en este Reino son indicios de la mucha policía que guardaron, y de su prudencia y saber en el gobierno dél. El primero que levantó esta monarquía ya está dicho, fue Manco Capac. A éste y a Pachacuti Ynga Yupanqui se atribuyen las más principales leyes y el orden y concierto y cuidado que en la observancia de ellas tuvieron los indios Huascar Ynga, el último que derechamente renovó y autorizó los estatutos de sus predecesores.

La primera Ley: que el que blasfemase o dijese mal del Ynga estuviese en pena colgado todo un día y después, si quedaba vivo, lo desterrasen para siempre de su pueblo a tierras remotas y estériles.

Estableció que en ausencia del Ynga, cuando estuviese ocupado en guerras, tuviesen el gobierno cuatro señores, los más principales, y fuesen sobre los tucuc ricuc de las provincias para remediar las cosas a que se acudiese a ellos, y con éstos entrasen dos orejones del linaje del Ynga y, si alguna cosa estuviese en duda y pidiere el remedio breve, acudiese a la Coya a tomar su consejo y, con él, determinase.

Mandó que la Corte y cabeza de sus reinos fuese la ciudad del Cuzco, a quien llamaban Tupa Cuzco, y en ella asistiesen los de su Consejo. Mandó que no hubiese testigos de oídas sino oculares, y que la mujer que no pudiese ser testigo, ni indio pobre, por ella la liviandad y en él codicia, les harían decir contra la verdad.

Mandó que de los árboles plantados y no injeridos no se cogiese cosa alguna hasta el cuarto año, y que al caminante no le pusiesen estorbo, que no cogiese lo que quisiese de los frutos de la tierra, si tuviese necesidad dello para su sustento y, si la vergüenza lo impedía, le convidasen con ello. Mandó que el llanto y luto no pasase de veinte días, porque este tiempo es suficiente para poder hacer las exequias y llorar. Ordenó que el hijo que fuese desobediente a su padre o le injuriase y maltratase, lo sacasen fuera del pueblo y lo colgasen de los pies. Mandó que al enemigo que muriese en la guerra le diesen sepultura. Si algún indio quitaba a otro alguna cosa, se la restituyese antes de la noche, y el que debía algo, y no lo podía pagar, que hiciese satisfacción en servicio. El que hallaba alguna cosa ajena estaba obligado a manifestarla con voz de pregonero. El ganado que andaba perdido, el que topase con él lo volviese a su manada, o lo guardase en la suya, hasta que su dueño pareciese. Si alguno depositaba alguna cosa en casa de otro, la guardase como cosa suya. Que el hijo no pagase el delito del padre, ni el padre el del hijo. Que ningún indio hiciese ponzoña por arte, ni la comprase de nadie. El que para otro mezclaba ponzoña, si fuese convencido de la maldad, él mismo bebiese. El que a otro por injurarlo le sacaba algún ojo o le hacía otro mal, llevase la misma pena. Que ninguna mujer estando menstruada, hiciese ni ofreciese sacrificio. Mandó que la mujer que era pública, o se casaba sin licencia del Ynga, no fuese tenida por mujer legítima, y la doncella que fue dada por virgen y se hallaba desflorada y corrupta, en averiguándolo, la matasen, y el que corrompía doncella, si ella lo consentía, ambos a dos morían, por ello más si fue forzada en lugar donde se presumiese serlo, el varón pagaba la pena. La mujer que sin tener hijos quedaba viuda, que se casase con el hermano del marido difunto, para que de aquel matrimonio recibiese generación que sucediese y conservase el linaje. La

mujer que pariese varón fuese premiada por ello. Que los de la ciudad del Cuzco de ninguna manera comiesen sangre ni cosa hecha della. Los leprosos y que de suyo eran puercos, sucios y asquerosos, los echasen del pueblo, porque no inficionasen a otros, y los mismo a los que tenían enterrado en su casa algún difunto. Ordenó que los que derramasen la simiente genital, fuesen echados del pueblo por un mes y, al principio del otro mes, volviese al pueblo, y que el pontífice o hechicero hiciese sacrificio por él y por los que durmiendo hubiesen hecho lo mismo, y primero entrasen desnudos en agua fría y así se lavasen. Las mujeres trajesen campanilla y viviesen honestamente. Los señores o ricos pudiesen tener cuantas quisiesen y alcanzase a sustentar, con tal que fuese con licencia del Ynga.

Para la guerra hizo las ordenanzas siguientes: que primero que se empezase la guerra por alguna ocasión que hubiese, por embajadores se demandase la cosa robada, satisfacción de la injuria y si los enemigos no quisiesen hacer justicia, ni volver lo que habían llevado, entonces moviesen la guerra. La administración de la guerra fuese encargada al indio o capitán que a los demás sobrepujaba en valor, esfuerzo y prudencia, y los que hubiesen de ir a la guerra fuesen escogidos los más sanos y fuertes y hechos al trabajo. Si los enemigos se retirasen a algún lugar fortalezido, que los árboles fructíferos que hubiesen al derredor no fuesen maltratados ni talados, porque si tuvieran lengua se podían quejar del agravio que les hacían. Que los indios rebeldes los pudiesen matar sin dejar ninguno y los que se diesen y pidiesen misericordia, fuesen hechos tributarios. Que ninguna india, ni mujer pudiese, en tiempo de guerra, tocar atambores, ni contar cosas de alegría ni regocijo, ni tocar ni instrumentos de guerra. Lo mismo los varones, no llegasen a vestidos ni cosas tocantes a mujeres, porque lo tenían por mal agüero. Todas estas ordenanzas, que se mandaron guardar con grandísimo rigor, las dio el Ynga puestas con sus ñudos en los cordeles que ya hemos dicho que ellos llaman quipos. Dellas sacó hartas el Virrey don Francisco de Toledo, que con tanta prudencia y valor gobernó este Reino, cuyas ordenanzas y estatutos el católico rey don Philippe Segundo mandó se cumpliesen y guardasen, como hechas y ordenadas con acuerdo y prevención notable y dirigidas al bien y aumento deste reino, las cuales, si el día de hoy se guardase con puntualidad, castigando los transgresores de ellas, sin duda los indios fueran creciendo en número infinito y la justicia y religión cristiana fuera temida y respetada. Pero las personas a cuyo cargo está el cumplimiento de ellas son los primeros a quebrantarlas, y los que habían de tener más cuidado al bien espiritual y temporal de los indios, porque están entre ellos con mando y poder real, son los que disminuyen y hacen mayores vejaciones y molestias, todo por la codicia, raíz y fuente de todos los malos. Dios los remedie. Amén.

CAPITULO XXIII

Del modo que el Ynga guardaba en la guerra

Por haber tratado, en el capítulo precedente, de las ordenanzas y estatutos que dejó Pachacuti Ynga a estos indios y entre ellos puesto, las que en la guerra guardaban, no será fuera de propósito tratar ahora del modo y traza que tenían en hacer la guerra los indios enemigos de provincias extrañas, y a los sujetos que se les revelaban y negaban el

vasallaje, y cómo juntaban para este efecto los soldados señalados de las provincias, porque también en esto, como negocio tan sustancial para el gobierno y aumento de su monarquía, tuvieron especialísimo cuidado en prevenir lo necesario, y disponerlo en tiempo para las ocasiones que se ofreciesen cuando, por insolencia o atrevimiento de sus vecinos, se les hacía algún daño o correría, talándoles las chacaras y destruyendo los sembrados, o metiéndose por fuerza en los los mojonos y términos de las tierras del Ynga, o cautivándole algunos vasallos suyos. Primero usaban, aunque no siempre, prevenir al Señor o curaca que había hecho o consentido se hiciese el agravio, lo castigase y enmendase, para que así se conservase entre ellos la paz y, no lo haciendo, el Ynga llamaba a Consejo a los cuatro orejones principales de su corte y, habiendo comunicado con ellos su intención y aprobada, hacía junta de todos los capitanes que había en el Cuzco, que hubiesen seguido las guerras y conquistas, y mandaba le llamasen el capitán general, o su teniente, que asistían en la frontera donde pensaba mover la guerra. Con él venían algunos capitanes y hombres prácticos que sabían los secretos de la provincia, los fuertes, ríos, cerros, valles, entradas y salidas de los bosques, y las manidas y asientos donde los enemigos se podían fortalecer y amparar, y ocultarse para emboscadas, y tuviesen noticia de los mantenimientos y lugares donde los había juntos. A estos capitanes les proponía lo que pensaba hacer para que, conforme a ello, le diesen consejo, y como se podría hacer la guerra más seguramente y concluirse más presto, y lo que era necesario para ello. Estos capitanes lo conferían entre sí y, habido acuerdo, cada uno daba su parecer y decía el modo que se había de guardar. De todo lo que le aconsejaban sacaba lo que mejor y más conveniente se juzgaba, y daba por sus quipos la orden que en todo se había de tener en el empezar la guerra, y proseguirla y acabarla, y la gente que para ello se había de juntar, y las partes y lugares por donde se había de entrar, y donde se había de reparar.

Hacia nombramiento de capitán general al indio de más valor y más práctico que había entre sus deudos, y le daba las insignias y con él por acompañados, que le asistiesen y aconsejasen, otros dos orejones principales, y algunas veces dábales unas andas ricas, y vestidos del Ynga, y mujer de las coyas o ñustas principales, para honrarle y animarle. Luego despachaba mensajeros a todas las provincias, de donde se había de sacar gente, a prevenirla, y a los capitanes de las provincias, que se aparejasen los soldados y los bastimentos necesarios, y las demás cosas con que acudían en tiempo de guerra. En sabiéndose en cada provincia la determinación del Ynga, luego los gobernadores y capitanes hacían reseña de la gente que había en ella señalada para la guerra, y miraban las armas que tenía cada uno, conforme a lo que se había inclinado y ejercitado desde niño, y si alguno estaba falto de armas, lo castigaban con gran rigor; y de toda la gente de milicia escogían los más valientes y de mejor disposición, y más sufridores de trabajos, y que se hubiesen hallado en otras guerras y, con ellos, mezclaban algunos bisoños y soldados nuevos, para que se empezasen a hacer a las armas, como dicen. Visto el número que de la provincia salía, les señalaban indios mancebetes de diez y ocho a veinte y cinco años, que fuesen con ellos y les ayudasen a llevar los mantenimientos y comidas y vestidos y el bagaje, que acá decimos. Dábanles ojotas y otras cosas que habían menester y, con una increíble brevedad, los despachaban tan presto, que aun no se había ordenado, cuando estaba puesto en ejecución y, así, en brevísimo tiempo se juntaban numerosísimos ejércitos. Los capitanes tenían sus banderas y, en ellas, las señales por

donde eran conocidos diferentes, y cuando entraban en la batalla era la primera y más notable la del capitán general, y la más preferida en todas las ocasiones de guerra. No daba el Ynga sueldo ni paga a los soldados, porque jamás la usó, ni ellos tuvieron moneda jamás, sino exentábalos y dábales muchos privilegios, sin estar obligados a acudir a servicios personales en parte ninguna, ni a labor de puentes, caminos ni minas y, al tiempo que iban a las guerras, señalábales el mantenimiento ordinario, y dábales vestidos muy cumplidamente. Acabada la conquista hacía les mil mercedes y honrábales, dándoles las mujeres que ellos querían y mostraban, y con esto acudían con grandísima puntualidad y amor a la guerra, y cada cual presumía adelantarse en ella y hacer mayores muestras de su valentía. Si se les acababan los bastimentos en cualquier lugar que llegaban, se los daban de los depósitos del Ynga, que había en toda la tierra para este efecto, y para repartir en tiempo de hambre a los pobres, y así no podían los soldados padecer necesidad alguna, sino siempre tenían lo necesario, abundantemente. Las armas que usaban los indios eran lanzas tostadas, hechas de palma, que son fuertes y ponzoñosas, arcos y flechas, dardos arrojadizos, macanas hechas de palma y hondas, champis, que tienen en la punta una como estrella de cobre fortísima, y rodela y también morriones tejidos, que eran muy ricos y defendían un golpe de espada. Para tocar alarma usaban de unos atambores a modo de atabales, y los palotes eran hechos de plata y los remates, con que herían, redondos. Tenían unos caracoles que suenan mucho, y los hacían retumbar y con cabazos grandes y de caracoles y ostiones, y aun flautas de huesos de venados. Al pelear se embijaban, para parecer más fieros y terribles a los contrarios. Al tiempo que se había de dar la batalla, el capitán general ordenaba los escuadrones, conforme a la disposición de la tierra, unas veces poniendo los de lanza juntos y los honderos aparte, y cada género de armas diferentemente; otras veces los mezclaban unos con otros, como pedía la ocasión y los enemigos con quien peleaban, y ya que estaban a punto, el general les hacía una plática poniéndoles delante las victorias habidas y lo mucho que enojarían al Ynga si no venciesen, y el premio que esperaban y la honra y despojos que alcanzarían venciendo. Luego, con los instrumentos que tenían, hacían la señal de arremeter al primer escuadrón, lo cual ellos al instante ejecutaban, con un alarido y estruendo terrible, con que hundían el mundo. Si el lugar donde se peleaba era capaz, embestían siempre todos juntos, dejando siempre un escuadrón de socorro, y si no poco a poco.

Si la batalla se vencía, gozaban los despojos como podían, sin que a nadie se quitase nada de lo que ganaba de vestidos y armas, sólo los cautivos se reservaban para el triunfo y lo que el Ynga ordenase, el cual, sabida la victoria, enviaba grandes regalos de vestidos, andas y mujeres al general y a los que con él se habían señalado. Si se perdía y era por culpa del general, removíale del oficio y enviaba otro, o si no iba él en persona. Cuando el Ynga salía personalmente a la guerra, entonces se hacía llamamiento general de todas las provincias y nadie se quedaba, ni rehusaba el ir con él. Dejaba en el Cuzco señalado gobernador, que siempre era hermano suyo, o muy cercano pariente, y continuaba la guerra sin descansar, hasta conquistar la provincia, y concluido sacaba la gente más dispuesta, y de mejor talle, para el Triunfo, llevábase el señor o capitán de la provincia conquistada. Dejaba sus guarniciones bastantes y sacaba gran parte de la gente vencida, y trasplantábala a otras provincias apartadas, y de semejante temple y calidad, para que mejor se conservasen y multiplicasen, y allí les daba tierras abundantemente con

que viviesen. El Ynga volvíase al Cuzco con la mayor parte de su ejército, y entraba triunfando, por el modo y orden que dijimos en la vida de Huascar Ynga, cuando metieron el cuerpo de Huaina Capac, su padre, que vino de Quito, que fue el más famoso y solemne triunfo que hasta allí había habido. Solía el Ynga, cuando enviaba a la guerra o iba él en persona, llevar la imagen del Sol y del trueno, y otras estatuas e ídolos, como para su defensa y amparo, y con ellas deshacer la fuerza de las huacas e ídolos de sus enemigos, y arruinarlas y destruirlas, como vimos que Huaina Capac llevó la figura del Sol y otras en su vida, cuando fue a la conquista de Tomebamba y Cayampis.

CAPITULO XXIV

De las confecciones que estos indios usaban

No se olvidó el demonio de procurar que, al modo que los christianos que guardamos la ley evangélica, según la verdad de la Iglesia Católica Romana, confesamos nuestros pecados a los verdaderos sacerdotes, a quien Cristo Nuestros Señor dejó potestad y llaves para abrir y cerrar el cielo y perdonar pecados, así a él le reverenciasen los indios, de quien tan aposeionado estaba, haciéndoles que confesasen sus pecados y los dijesen a los sacerdotes que ellos tenían, y por todos los caminos posibles se le diese a él honrra y tenerlos ciegos hasta el fin de sus miserables vidas.

Tuvieron una opinión estos desdichados ignorantes, que todas las enfermedades, trabajos y persecuciones venían por pecados que hubiesen hecho. Negocio bien antiguo y aun guardado en los tiempos pasados, que creían que los trabajos y miserias, aun las naturales, venir y proceder de los pecados propios o de sus padres de quien los padecía, como consta de la pregunta del evangelio hecha a Christo por los discípulos acerca del ciego desde su nacimiento. Pero allí les desengañó Christo desta imaginación falsa, pues muchas veces para muestra y ostentación de las obras maravillosas de Dios, envía trabajos y persecuciones como también se vio en Job y Tobías.

Para el remedio de las enfermedades usaban estos indios de sacrificios diferentes, acomodándolos a la calidad de ellas y también acostumbraron, casi en todas las provincias deste Reino, confesarse vocalmente y tuvieron, para este fin, confesores diputados mayores y menores, y pecados que eran reservados a confesarse al mayor sacerdote, y ellos les daban penitencias por ellos y algunas veces eran ásperas y rigurosas, atendiendo a la gravedad de los pecados, y esto se guardaba, especialmente si el indio que se confesaba era pobre, que no tenían alguna cosa que dar al confesor a quien acudía. También tuvieron este oficio algunas mujeres.

En la provincia del Collao fue más común y ordinario este uso de confesores y hechiceros, a quien ellos llaman ychuri, y tenían por opinión que es cosa y pecado muy grave y notable encubrir cuando se confesaban algún pecado y los confesores lo averiguaban, y por suertes, mirando la asadura de algún animal, si les encubren algún pecado y al que entendía no había dicho la verdad y callaba algo, lo castigaban con darle en las espaldas cantidad de golpes con una piedra, hasta que lo declarara todo y entonces

le daban penitencia y hacían sacrificios por sus pecados. Desta confesión usaban también, cuando sus hijos y mujeres caían en alguna enfermedad, o sus caciques, o cuando les sucedían algunos trabajos grandes, y si el Ynga caía enfermo. Entonces todas las provincias se confesaban por él, especialmente los collas. Estos confesores, aunque bárbaros e ignorantes, tenían obligación de guardar el secreto de la confesión, aunque en esto había algunas limitaciones, que no parece sino que, en muchas cosas, adivinaban lo que había de venir a este Reyno y cómo habían de usar de la confesión vocal, para limpiarse mediante ella de sus pecados.

Los pecados de que tenían mis cuenta y cuidado, y se acusaban principalmente eran éstos: matar a algún indio privadamente, fuera de las ocasiones de guerra; el segundo era tomar o quitar a otro su mujer, porque esto tenían por caso grave; el tercero era dar yerbas ponzoñosas y hechizos en comida o bebida, para matar a otro; el cuarto era hurtar o saltar, o quitar lo ajeno por fuerza. Tenían por pecado gravísimo descuidarse o menospreciar la veneración de sus huacas e ídolos, el quebrantar las fiestas solemnes, que ellos guardaban por mandato del Ynga, y con esto el decir y tratar mal de la persona del Ynga y, cuando él mandaba alguna cosa, no cumplirle obedeciéndole con puntualidad.

Estas eran las cosas de que se acusaban confesándose más especialmente, sin curar ni hacer caudal de actos y pecados interiores y de pensamientos. Era exento desta obligación de confesarse el Ynga, el cual a ninguna persona confesaba sus pecados, sino sólo al Sol, su padre, para que él los dijese al Hacedor y se los perdonase. Cuando el Ynga había confesado sus culpas delante de la imagen del Sol, hacía cierto lavatorio a su modo, con lo cual decían que del todo quedaba purificado y se acababa de limpiar de sus culpas. Era de desta forma: poníase en un río que corriese mucho y decía estas palabras: "yo he dicho mis pecados al Sol mi padre, tu, río, con tus corrientes, llévalos velozmente al mar, donde nunca más parezcan" y con esto concluía. También los demás indios usaban destes lavatorios con las mismas, o casi, ceremonias, llamábanlos opacuna, y si se acertaban a morir los hijos de alguno, le tenían por gran pecador y decían que por sus pecados le sucedía al revés, que los hijos muriesen primero que el padre, y a estos tales, después de haberse confesado y hecho los lavatorios referidos, les había de azotar con ciertas ortigas, que picaban mucho, un indio que fuese corcovado o contrahecho de su nacimiento, o tuviese alguna monstruosidad y defecto notable.

CAPITULO XXV

De los ritos que guardaban estos indios con los difuntos

Tuvieron por cierto los indios que las ánimas vivían después desta vida, y que los buenos tenían descanso y holganza, y los malos dolor y pena, pero nunca llegó a su entendimiento este descanso y pena dónde había de ser, ni en qué lugar lo habían de tener, ni tampoco alcanzaron que los cuerpos hubiesen de resucitar con las almas, y a esta causa tuvieron grandísima diligencia en honrar los cuerpos de los difuntos y de guardarlos y honrarlos. El vulgo ignorante entendió que las comidas y bebidas, y ropas ricas que ponían a los difuntos, se aprovechaban de ellas en esotra vida y los sustentaba y

libraba de trabajos, aunque los Yngas y algunos que alcanzaron más deste negocio, no creyeron esto.

Tuvieron otro error, entendiendo comúnmente que a los que Dios en esta vida había dado prosperidades, riquezas y descanso los tenía por amigos y así en la otra vida también se los daba, y deste error y engaño procedió en ellos hacer tanta honra, y venerar con tanto cuidado, a los señores ricos y poderosos, aun después que habían muerto. Por el contrario, a los viejos, pobres y enfermos, teniéndolos por desechados de Dios, los despreciaban y no hacían caudal de ellos. En el día de hoy dura, de manera que aunque sea curaca e indio principal, si es pobre, viejo o enfermo no lo respetan, antes lo desechan. A los cuerpos de los difuntos tuvieron siempre, sus descendientes, hijos y nietos y los demás, suma veneración y respeto y ponían mucha diligencia en que se conservase, y para esto les ponían ropa y comidas y hacían sacrificios. Especialmente a los señores e Yngas ponían una infinita suma de ministros, criados y sirvientes, los cuales sólo entendían en sus sacrificios y honrra.

Todos los Yngas, en su vida, tenían cuidado en hacer una estatua suya, que representaba su persona, llamada huaoqui, a la cual los indios ordenaban grandes fiestas. El día que el Ynga moría, ninguna cosa de sus tesoros e riquezas, vajilla, cántaros de oro y plata y ropa, heredaba su hijo, el que le sucedía en su Reyno, pero todo se aplicaba, y daba desde luego, para los sacrificios, servicio y sustento de sus criados. El día que moría mataban las mujeres a quien él había tenido cuando vivía más afición y amor, y los criados o oficiales con quien más familiarmente había tratado, para que éstos le fuesen a la otra vida, a servir y asistir cerca de su persona. Refieren que cuando murió Huaina Capac, penúltimo Ynga deste Reino, mataron más de mil personas para este efecto. Primero que las matasen comían y bebían y cantaban y bailaban. Los cuerpos destes Yngas, y de sus mujeres, embalsamaban enteros, de suerte que duraban sin corromperse doscientos años y más. Sacrificábanles mil diferencias de cosas, particularmente niños, y de su sangre, hacían una raya de oreja a oreja en el rostro del difunto. Esta superstición ha cesado después que se descubrieron los cuerpos de estos difuntos, pero no del todo el procurarles comida y bebidas y vestidos, aunque poco a poco se va olvidando. Los entierros de la gente común se hacían por la mayor parte en el campo, en lugares altos y donde corriese aire. Cuando los enterraban solían a muchos ponerles en las manos, en la boca, en el seno y otras partes, oro y plata y vestirles las ropas nuevas y, dentro, otras dobladas y chuspas calzado y llautos, y en las endechas y cantos referían las cosas que hicieron notables, y las de sus antepasados.

Acostumbraban dar de comer y beber al tiempo del entierro de los difuntos, y el beber era con un canto triste y lamentable, y en estas ceremonias de las exequias gastaban algunos días. Tenían otro error, que las ánimas andaban vagas y solitarias y padecían hambre, sed, y frío y cansancio, y que las cabezas de los difuntos, o sus fantasmas, andaban visitando sus hijos y parientes y otras personas conocidas, en señal que han de morir presto o les ha de suceder algún mal. Por esta causa ofrecían en las sepulturas cosas de comer y beber, y vestidos, y los hechiceros solían, y aún ahora lo hacen, aunque con grandísimo secreto, sacar los difuntos los dientes y cortarles los cabellos y las uñas, para hacer con ellas

diversas hechicerías, como en España y otras partes lo acostumbran hacer las viejas hechiceras.

Aun en los principios que se iba plantando la fe y religión christiana entre ellos, aunque traían los difuntos a enterrar en las iglesias y cementerios, después de noche volvían y los desenterraban secretamente, sin que llegase a noticia e sus curas, y los llevaban a sus huacas, o a los cerros y pampas donde estaban sus antepasados y en las sepulturas antiguas, o en las casas de los difuntos, y allí los guardaban para darles a su tiempo de comer y beber; y entonces, haciendo juntas de sus parientes y amigos, bailaban y danzaban con gran fiesta y borrachera. Pero estas ceremonias y ritos, como los curas y ministros reales han tenido cuidado de castigarlas, y las han inquirido, han cesado del todo y cada día se van desarraigando de ellos y poniéndolas en olvido, y asentándose en sus corazones las ceremonias saludables, y verdaderas de que usa la Santa madre Iglesia Romana, y van frecuentando por sus difuntos los sufragios con que les dan verdaderas ayudas a los que están en las penas del purgatorio.

CAPITULO XXVI

De los médicos que tenían los indios y las curas que hacían

De todos los oficios necesarios a la vida humana tuvieron los indios, como el de médicos lo sea tanto también, los tuvieron señalados, que entendían en curar las enfermedades y darles remedio para ellas; y no sólo eran los tales hombres, sino con ellos había mujeres curanderas. A éstos llamaban camasca osoacoyoc. Para cualquiera cura y remedio habían de preceder sacrificios y suertes. Decían algunos destos que, entre sueños, se les había dado el oficio de curar, y que se les había aparecido cierta persona que se dolía de sus necesidades, y les había dado remedio y poder para ello y todas las veces que hacían alguna cura, sacrificaban primero a quien les dio el poder y se les apareció estando durmiendo, y les enseñó el modo de curar y les dio los instrumentos de que habían de usar en ello.

También había entre ellos mujeres parteras, y dicen que entre sueños se les comunicó este oficio, apareciéndoseles quien les dio los instrumentos. Estas mujeres entendían el curar las mujeres preñadas, enderezándoles las criaturas y aun, cuando se lo pedían, la mataban en el cuerpo, llevando por ello muy buena paga y plugiera a Dios que el día de hoy no tuviera tanto como hay de esto, pues una de las mayores lástimas del mundo, y que no se puede referir sin lágrimas, cuantas almas son privadas de la vista del cielo y van al limbo por medio destas infernales ministras y parteras, porque en sintiéndose una india preñada, y no queriendo que su parto salga a luz, por miedo de sus padres o vergüenza, o por otra causa, el remedio que tiene es ponerse en manos de estas parteras que, con yerbas, bebedizos y aun sangrías las hacen mover y entierran las criaturas en lugares secretos. Con esto, cometen otros millones de pecados que no se les pone obstáculo, por hacerlos ocultísimamente; y no sólo corre esta miseria y desventura en las indias solas, sino también en personas que tienen conocimiento del daño que causan, y la ofensa tan gravísima con que a Dios ofenden, las cuales se ayudan destas parteras para cubrir por

este medio sus flaquezas. Y cada día suceden millones de cosas harto desventuradas en esta materia, y esto basta.

Otras indias había que curaban indios y criaturas quebradas, y mientras dura la cura del lugar quebrado, o desconcertado, sacrificaban y generalmente en ello usaban palabras y unciones, sobando la parte y con otras supersticiones, y si alguna india paría dos de un vientre, y era pobre que no tenía de qué sustentarse, desde luego usaba el oficio de partera, y en su parto hacía sacrificios y oraciones para ello.

Cualquier indio que tenía quebrado brazo o pierna, u otra parte del cuerpo, y sanaba antes del tiempo que solía sanar los otros enfermos, de tal mal era tenido por maestro curar semejantes enfermedades; y otros había que fingían el mal y decían que habían sanado muy presto y, teniéndolo por cosa milagrosa, acudían a ellos luego los demás para que los curasen.

El día de hoy se ha introducido un abominable modo de curar todo, fundado en superstición y hechicería, y es que se andan de pueblo en pueblo indios médicos, a los cuales ellos entre sí llaman licenciados, porque como ven que entre los sacerdotes, y aun seglares, se tiene más respeto a los que se llamaban licenciados y doctores y son tenidos por más sabios que los demás, y se les hacen preguntas en las dudas que se ofrecen, así ellos a los indios que usan el oficio de médico, por parecerles que saben más que los otros, les dan este nombre. Estos, pues, se van por los pueblos diciendo que tienen licencia de los obispos y visitadores y de los padres, y curan enfermos sobándoles las partes que les duelen y, a vueltas desto, de secreto sacrifican y con coca, sebo y cuyes, les untan el cuerpo y las piernas y chupan la parte dolorosa del enfermo, y dícenles que sacan gusanos, pedrezuelas y sangre, y se las muestran al enfermo, diciendo que se las sacaron y que ya ha salido el mal con aquello, y la verdad es que ni sacan piedra ni sangre, ni otra cosa sino que las llevan en algodones, o en otra cosa y, al tiempo de chupar, se las meten en la boca y las sacan y muestran. Y con estos embustes y mentiras los engañan a los pobres, para que les den plata, carne, maíz, coca y ropa, que éste es su fin porque por la mayor es gente pobre y desventurada los que hacen esto, y so especie y color de estas curas entran las hechicerías y los engaños.

Otras veces dicen al enfermo que le han abierto la barriga, y les sacan las piedras y males, y los tienden para este efecto, de suerte que no puedan ver lo que hacen, y les aprietan de manera que les duela, y como si les cortasen la parte de la barriga donde hacen esto, y con ello les engañan y ellos creen que así es, y que les abrieron y lo dicen, y aun porfían, por cosa certísima. Siempre procuran hacer estas cosas y supersticiones en lugares escondidos y que no los vea nadie, con recato y de noche, por no ser vistos. Este modo de curar es el más dañoso que hay entre los indios, porque de cualquier manera que sea, con licencia o sin ella entremeten mil hechicerías y supersticiones y sacrificios y aunque no los hagan, al menos engañan al pobre enfermo, y les llevan la ropa y vestidos con título de curarlos, y la comida que tienen. A este fin sólo los engañan, porque aunque no se puede negar que hay entre ellos indios herbolarios, que tienen conocimiento de la virtud de algunas yerbas con que se pueden sanar y sanan muchas enfermedades, pero son pocos y pocas las que pura y sencillamente usan dellos, sin mezcla de hechicerías y

supersticiones, y como no conocen las calidades de las yerbas perfectamente, las aplican sin distinción a diferentes enfermedades y males, porque vieron y experimentaron que en alguno sucedió bien y, así, acontecen cada día mil desastres a las personas que a ellos se encomiendan, por no aplicarse por el modo necesario, ni aun en los tiempos convenientes, y yo he visto algo de lo que tengo referido. Habían de procurar los curas y ministros reales, con todas sus fuerzas, no consentir semejantes médicos ni licenciados falsos en los pueblos, sino echarlos castigándolos, porque no hay palabras bastantes a decir el daño irreparable que causan, el cual, si no son los que mucho tiempo entre ellos han vivido y conversado, y tienen noticia pública y secreta de ello, no lo alcanzan otros.

CAPITULO XXVII

De las cosas que sacrificaban los indios

Las más principales fiestas que tenían los indios señaladas para los sacrificios, en las cuales se regocijaban y eran dadas del Ynga en todos los pueblos, y se hacían generales sacrificios, se llamaban Capac raymi, vitucuy, utquilla, mayocati, atoarco, hitoayo y en ellas se sacrificaban a los truenos y relámpagos por su estado y por aquel que hacía el mundo y así mesmo cuando había esterilidad en las sementeras. Juntamente en las menguantes de la Luna había sacrificios y esto era en el Cuzco, en el templo del Sol, y si el Inga iba camino o a alguna guerra, donde quiera que le cogía el tiempo señalado del sacrificio, lo hacía, y llevaba consigo las tres huacas dichas del trueno, relámpago y el Sol. La demás gente común sacrificaban en sus tierras con sus huacas particulares. Las cosas de que usaban en los sacrificios eran diferentes y de mil modos y maneras, y el orden que tenían era éste: Hacía el Ynga, para este efecto, junta de curacas, y gobernadores y señores principales, y de mucho número de indios, en el Cuzco, y se venían a juntar a la casa del Sol donde, habiendo precedido ayunos a su usanza, y teniendo recogimiento algunos días, y confesándose con algunos hechiceros deste oficio, por mano de los pontífices y sacerdotes de las huacas, sacrificaban y ofrecían unos carneros, que tenían dedicados para aquel efecto, blancos, sin mancha ni defecto alguno. Estos carneros llevaban delante de sí, cuando iban a la casa del Sol al sacrificio, y con ellos también solían ofrecer otros corderos blancos, de lana larga, y otros bermejitos, que llaman topo unga, y otros ganados de diversos colores, el cual era escogido, y que no había de tener falta, ni fealdad ninguna. Solían otras veces ofrecer desto géneros de carneros y corderillos, hechos de oro y plata maciza y también chaquiras, que ellos dicen mollo, y unas aves que llaman tocto, que se crían en los despoblados, y las plumas de una ave que llaman ellos pillco, que son de hermosos colores y vista, y una ave que hay en los Andes. Otras veces ofrecían polvos de almejas de la mar, molidas, que dicen paucar mollo y yahuar mollo, y cantidad de ropa de hombre y mujer, finísima y muy pequeña, hecha conforme la medida de los ídolos, con muchos colores de plumerías, y otras cosas que usaban para este efecto. Los cuales sacrificios se remataban con comer y beber, fiestas y placeres y borracheras, que ninguna cosa hacían de bien y mal, de contento ni regocijo, sin este fin. Otros sacrificios había bárbaros y cruelísimos, y otros eran de niños de diez años abajo, pero no se hacían con la frecuentación que se refiere haberse usado en México y sus provincias, donde era en gran multitud. Acá era para negocios de

muchísima importancia, como en tiempo de grandísima hambre o pestilencia, o mortandad, ofrecidos y mostrados al ídolo a quien los sacrificaban, después los ahogaban y enterraban y con él ropa fina y otra por tejer. En este sacrificio hacían infinitas ceremonias, y según la calidad del negocio así las diferenciaban en los ritos y modos.

En los ganados que sacrificaban tenían cuidado en la gravedad del negocio para que se ofrecía, la edad y la color, para conformarla con la causa. Res que fuese hembra jamás la sacrificaban, teniendo atención lo uno al multiplico y lo otro a ofrecer cosa preciosa y de más estima. Los cuyes, que son unos animalejos a manera de gazapos, que crían ordinariamente en sus casas, ansí en los llanos como en la sierra, éstos entraban también en los sacrificios, y servían para mirar y adivinar los malos y prósperos sucesos, y aun hasta hoy día lo usan, con grandísimo secreto, entre ellos. Pocos sacrificios hacían en que no entrasen la coca, yerba preciada en todo este Reyno para sus deleites y regalos. No acostumbraron sacrificar animales silvestres, porque decían que para ofrenda a las huacas, y siendo dirigidas y ordenadas para su bien, salud y aumento, no habían de ofrecer sino cosas que ellos hubiesen criado y aumentado con su solicitud y cuidado, para dar muestra de lo mucho que estimaban sus huacas y lo mucho que dellas esperaban.

Cuando querían ir a la guerra, hacían sacrificio de pájaros de la puna, para con ellos disminuir y abajar las fuerzas de los enemigos y las fuerzas de las huacas e ídolos contrarios. Este sacrificio llamaban cuzco viza, o contiviza, o haulla vica o copa vica y hacíanle en esta forma: tomaban muchos géneros de pájaros de la puna y juntaban en cantidad leña espinosa, que dicen entre ellos yanlli, y encendíanla y luego juntaban los pájaros, y a esta junta llamaban quico, y echábanlos en el fuego, y alrededor dél andaban los oficiales del sacrificio, con ciertas piedras redondas y esquinadas, donde estaban pintadas culebras, leones, sapos, tigres y decían, encanto, usachum, que significa suceda nuestra victoria bien, y otras palabras, en que decían piérdanse las fuerzas y ánimo de las huacas de mis enemigos, y sacaban unos carneros negros, que algunos días habían estado en prisión y sin comer, llamados urcu, y, matándolos, decían que así como los corazones de aquellos estaban desmayados, los corazones de sus contrarios desmayasen; y si en estos carneros veían que cierta carne que está tras el corazón no se había consumido con los ayunos y en prisión pasada, lo tenían a mala señal y traían unos perros negros, que en aquel tiempo había, llamados apuircos, y matábanlos y echábanlos en una llanada y con ciertas ceremonias hacían comer aquella carne a una gente que se entiende ser uros, gente zafia, vil y para poco, del Collao.

Estos sacrificios algunas veces los hacían para fin que el Ynga no fuese ofendido con ponzoña, y para esto ayunaban desde la mañana hasta que salía el estrella y entonces comían hasta hartarse, orando a uso de moros. Este sacrificio, dicen los indios, era el más acepto y benévolo a sus huacas e ídolos para vencer y contrastar la fuerza de los ídolos contrarios. Aunque el día de hoy han cesado estos sacrificios, a causa de no haber ya guerras ni contiendas entre ellos, todavía hay algunos rastros, que con el tiempo se van consumiendo y olvidando. Deben de usar de ellos en pendencias y riñas de indios particulares y comunes, y hay necesidad de advertir los curas en tiempo de borracheras y fiestas, especial con los cuyes, que es lo que hoy más les ha quedado como cosa doméstica, y que traen siempre entre manos.

Las conchas de la mar, que llaman mollo, ofrecían a las fuentes y manantiales, diciendo que las conchas eran hijas de la mar madre y origen de todas las aguas; y según los colores diferentes, así tienen los nombres y los efectos que se usaba dellas, y aun en el día de hoy echan deste mollo molido por superstición en la chicha. Esta chaquira es dañosa porque sirve a todos los más géneros de sacrificios, como la puedan haber como la coca y cuyes que dijimos. Ofrecían plumas de diferentes colores, blancas, amarillas, verdes, azules y coloradas, las cuales traían de los Andes llamadas, paucar pillco y parihuana. También usaban ofrecer oro y plata, haciendo diferentes figuras pequeñas de harina de maíz formando bollos de ella y otras legumbres, chicha y cuantos géneros tenían de comidas, coca, como ya dijimos, o cestillos della, sebo, cabellos y sangre propia, o de los animales que sacrificaban, rociando con ella las figuras que, hacían y, finalmente, de todo cuanto criaban y sembraban; hasta el hijo que engendraban, si les parecía conveniente, lo sacrificaban. Todavía, que toca a cuyes, coca, comida, chicha, plumas, carneros, sebo, entre ellos, con todo el secreto del mundo, algunos acostumbran.

Y porque en este capítulo se trata de perros, quiero poner una cosa notable y es, que siete leguas de Potosí esta peña grande y, por encima della, cae un gran golpe de caliente en un estanque hondo, que mana de debajo de la tierra, y se aumenta con la que le entra de arriba, y es de forma la propiedad del pozo, y, allí se ahogan y, se cuecen, sin que se puedan remediar, aunque de propósito los quieran tener. Y con otro ningún animal no sucede esto, que con los perros, que es cosa extraña y de admiración.

CAPITULO XXVIII

De las demás cosas que adoraban los indios

Como dije en el capítulo antecedente, no había cosa fuera de los términos comunes, a quien no atribuyesen los indios alguna deidad y reverencia, ofreciéndole sacrificios a su modo, y así adoraban la tierra fértil, que llaman camac pacha, y la tierra nunca cultivada que dicen pacha mama, y en ella derramaban chicha y arrojaban coca y otras cosas, rogándole que les hiciese bien, y ponían en medio de las chácaras una piedra grande, para en ella invocar a la Tierra, y le pedían les guardase las chácaras y, al tiempo que cogían los frutos della, si hallaban un género de papas diferentes que las ordinarias, llamadas llallaguas, y las mazorcas de maíz y otras raíces de diferente hechura, las adoraban y hacían, como dicen comúnmente, la mocha con diversas ceremonias, y comían y bebían y bailaban alrededor de ellas, y aun no ha muchos años que en cierto lugar de indios yungas en la sierra, porque nació un hongo mayor que los ordinarios, se juntaron los indios e indias e hicieron con él una solemne procesión, cantando y bailando alrededor dél, y le ordenaron una gran fiesta como a cosa divina y, habiéndose sabido y castigado por cierto corregidor a los autores de semejantes idolatrías, los dejó volver a donde habían cometido la maldad, para que reincidiesen en ella, como se sospechaba de su mala inclinación, porque estos casos no se castigan cual deben; la atrocidad dellos para en el castigo y pena, dar escarmiento a los demás.

En las minas, que ellos dicen coya, reverenciaban a los metales mejores, que llaman mama, y a las piedras dellos las horadaban, besándolas, con diferentes ceremonias, y a la plata y a las pepitas de oro en polvo y a las guairas, donde se funde la plata, y al metal llamado soroche, al azogue y bermellón que llaman ychma, y limpi, que eran muy preciados para sus supersticiones.

Al tiempo del barbechar o arar la tierra, sembrar o coger el maíz, papas y quinua, yucas, camotes y otras legumbres y frutas de la tierra, le suelen ofrecer sebo quemado, coca, cuy, corderos y otras cosas, bebiendo y danzando y, para ello, algunas veces ayunaban, absteniéndose de comer carne, sal y otras cosas que hubiesen llegado a juego, y tenían por abusión que las mujeres preñadas, o las que estaban con el monstruo, pasasen por los sembrados.

Cuando levantaban alguna casa nueva, hacían sacrificio con sebo, cuyes y coca y carneros y, cuando las cubren y acaban, las velaban de noche, bebiendo y bailando, y todo para que les sucediese bien y, yendo al pasto a ver el ganado, hacían lo mismo, para que multiplicase. Los indios ovejeros adoraban a una estrella que ellos llaman urcuchillay, que dicen es un carnero de muchos colores, el cual entiende en la conservación del ganado. Esta se entiende ser la que los astrólogos llaman lira; y también reverenciaban otras dos estrellas, que andaban cerca desta, llamadas catuchillay y urcuchillay, que fingen ser una oveja con un cordero.

Los que vivían en las montañas y lugares de arboleda, adoraban una estrella, que dicen choquechinchay, que es un tigre, a cuyo cargo fingían estaban los tigres, osos, leones y también hacían reverencia a otra estrella, dicha ancochinchay, y otra que llaman machacuay, que predomina sobre las serpientes y culebras, para que no les hiciesen mal y les librase de semejantes animales y peligros, porque tuvieron creído que todos los animales y aves de la tierra tenían en el cielo otro semejante suyo, a cuyo cargo estaba su generación y aumento, y así adoraban a diversas estrellas, como a la chacana, topa-torca, mamanay, mirco y miqui-quiray y otras así.

Habíaseme olvidado decir que, después de la huaca del Viracocha y el Sol, la tercera en lugar y estimación que tenían, era la del trueno, a quien llamaban chuquiylla, catuylla e yntillapa, y fingían que es un hombre que en el cielo estaba en su voluntad el tronar, llover, granizar y todo lo demás que pertenece a la región del aire y, en general, reverenciaban a ésta en todo el reino, y le sacrificaban niños de la misma manera que al Sol y si, cuando tronaba acaso acontecía parir alguna mujer en el campo, decían que la criatura que nacía era hijo del trueno, y así se había de dedicar a su servicio, y aún hoy día lo afirman, y hay mucho número de hechiceros que llaman hijos del trueno. También le llaman Santiago al rayo, por causa de haber visto en la conquista del Cuzco al bienaventurado apóstol Santiago, patrón de nuestra España, pelear contra los indios, y en favor de los españoles, con espada de fuego, que despedía de sí muchos rayos; y así a la dicha ciudad conquistaron con poca fuerza de los nuestros, por lo cual vino la ciudad a tomarle por patrón y abogado; y así se llama

Santiago a la dicha ciudad, y sacan aquel día el estandarte, y hacen mucha fiesta.

CAPITULO XXIX

Del cuidado que tenían los indios en que se aumentasen las huacas, y los ayunos que hacían y sacrificios generales

Tuvieron todos los yngas y sus descendientes cuidado muy particular, en que se aumentasen las huacas y creciese el número de sus ídolos, y juntamente con ello los sacrificios y ceremonias dellos y, ya está dicho, que en conquistando alguna provincia, luego tomaba la huaca principal de ella o del pueblo, y la traía al Cuzco, y desta manera tenía aquella provincia sujeta, y contribuía con criados y gente para los sacrificios. Esta huaca la ponía en el templo famoso de Curicancha, o las ponían en otros lugares diferentes o en los caminos, conforme a la provincia de donde era, y, de esta manera, hubo en el Cuzco y sus contornos, infinito número de huacas, ídolos y adoratorios de diferentes nombres en los cerros, encrucijadas, peñascos y fuentes y, cuando había grandísima necesidad, en que se había de hacer sacrificio general por todas las cuatro partes, en que estaba dividido este reino, precedía un ayuno general, en el cual no comían sal ni ají, que eran las principales cosas y de mayor apetito y gusto que tenían. Concluido este ayuno, llevaban los sacrificios, sacándolos de la casa del Sol con mucha veneración y reverencia, y los principales eran los hechiceros de ella, acompañados de mucha cantidad de indios que los seguían, y en el camino iban ayunando, y no llevaban consigo mujeres de ninguna edad, y en todo el camino no miraban a parte ninguna ni volvían la cara atrás, sino siempre cabizbajos, y guardábase esto con tanto rigor que, al que se descuidaba en ello, lo mataban sin remedio. Con este silencio iban caminando y a trechos, con mucha atención, hincados de rodillas decían: el Sol sea mozo; la luna doncella no se revuelva; la tierra haya mucha paz; el Ynga viva muchos años; hasta que sea viejo, no enferme, no tropiece ni caiga; viva bien, guárdenos y gobiérnenos. Acabado esto, caminaban derecho, sin volver el rostro a parte ninguna, y donde quiera que la noche les tomaba: en llano o cuesta arriba o abajo, allí paraban y sacrificaban los carneros que llevaban para este efecto de todas suertes, derramando la sangre dellos por los cerros altos y bajos y peñas, y esto hacían para que lloviese o nevase, y en los cerros que había dificultad de subir, echaban la sangre en unos vasillos de barro muy tapados y tirábanlos con hondas a lo alto para que se quebrasen y derramasen.

La carne, que destos sacrificios quedaba, no la comían, sino la quemaban, ni en todo el camino podían cazar ni tomar cosa alguna. Con estos sacrificios iba un orejón de los del Consejo del Ynga, para ver cómo sacrificaban por los pueblos. Llegados a los yngas que están en la costa de la mar, habiendo sacrificado lo que ellos les traían y, puestas otras cosas en unas bolsas, precediendo muchas ceremonias, las arrojaban dentro la mar, y así se volvían al Cuzco.

Lo que se llevaba hacia los Andes, a lo último que era sujeto al inga, lo hacían quemar muy solemnemente con diferentes ceremonias en una barbacoa, hecha de palo de palma,

que es muy recio y, hecho, se volvían el orejón y hechiceros. Acabados todos estos sacrificios, el Ynga se holgaba, comiendo y bebiendo con sus deudos y capitanes y la demás gente, y les daba de comer cinco o seis días; y en el primero hacía matar mil cabezas de ganado, y repartía por todos, los cuales lo comían por la salud del Ynga, el cual en ese tiempo hacía muchas mercedes y daba cosas preciosas y mujeres a los capitanes y gobernadores; como eran vestidos de cumbi y plumajes de argentería, copas de oro y plata en platos de lo mismo y criados.

Habiendo recibido esto los curacas y gobernadores y capitanes, se levantaban y entraban adonde estaba la imagen del Sol, y otras veces, acá fuera cuando la sacaban y ponían en la plaza que está delante de su casa, y la adoraban con profunda humildad y luego al Ynga y, saliéndose de aquel lugar, se vestían las ropas y ponían los plumajes que les había dado, y tornaban a entrar vestidos, y adoraban al sol y al Ynga, y luego bailaban un rato y se sentaban y bebían; y el Ynga les tornaba a hacer mercedes de ovejas, coca, ají y otras cosas de comer a cada uno según su calidad, y lo que le había servido. Acabado esto, les proponía lo que pensaba hacer de guerras o de edificios famosos o puentes o fortalezas, y les señalaba a cada uno lo que habían de contribuir de sus provincias y, aceptado, se partían a ponerlo por obra.

CAPITULO XXX

De otros ritos y ceremonias que usaban los indios

No creo ha habido nación en el mundo de mayores agüeros, abusiones, ritos y ceremonias que estos indios, porque en todas las cosas que trataban, las tenían y para cualquier fin. Al tiempo de adorar las huacas, comúnmente inclinaban la cabeza, alzaban las manos y hablaban con ellas, significándoles sus necesidades y pidiéndoles lo que querían. Es cosa ordinaria entre ellos, cuando pasan los ríos o arroyos o lagunas, beber dellos por modo de salutación, adorándolos y pidiéndoles que los dejen pasar en salvo y no los lleven, y a las fuentes y manantiales lo mismo, para que no los dañen, y a los lagos y pozos hondos por el mismo fin, todo con superstición.

Los indios de la sierra, cuando van de camino, tienen de costumbre echar en el camino o encrucijadas, en los cerros o en los montones de piedras, dichos apachitas, en las peñas y cuevas o en sepulturas antiguas, ojotas, plumas, coca mascada o maíz mascado, pidiéndoles los dejen pasar en salvo, y les den fuerzas para pasar su camino y descanso en él.

También usan tirarse las cejas y pestañas, y ofrecerlas al Sol, a los cerros o a las apachitas, al viento, cuando hay torbellinos o tempestades, a los rayos o truenos, a las peñas, cuevas, quebradas, angosturas en veneración, pidiéndoles los dejen volver en paz. Cuando usaban ir lejos de sus tierras a algunos negocios, se encomendaban a sus huacas, y pedían a los hechiceros lo hiciesen ellos, y les dijiesen los buenos o malos sucesos que habían de tener en el camino y en la vuelta, y si volverían con salud o morirían allá, y para este efecto bebían, haciendo sus ceremonias y ritos, y lo mismo acostumbraban las

mujeres e hijos, padres y madres, hermanos y deudos de éstos, cuando estaban ausentes por ellos; y cuando llegaban al lugar, ofrecían sacrificios a la huaca dél o al cerro que estaba cerca, bebiendo y holgándose.

Los indios de los llanos que reverenciaban y adoraban la mar, para que estuviese siempre mansa y no se embraveciese contra ellos, y les diese mucha abundancia de pescado, y con esto le echaban harina de maíz blanco y almagre y otras cosas. La Cordillera Nevada era reverenciada u otra cualquier sierra, que estuviese de ordinario con nieve como a cosa temerosa, y en las chácaras ponían en algunas partes una piedra muy grande, para guarda della y para invocarla y llamarla.

Para purificarse de sus pecados y males pasados, se lavaban en los ríos y fuentes, y la chicha que habían de beber, con los dedos asperjaban y rociaban hacia el sol o la luna y estrellas, o hacia la tierra, cuando era el año estéril por falta de lluvias o por abundancia deltas o por hielo o granizo, y finalmente, cuando había falta de temporales, pedían ayuda a las huacas, al sol y luna y a los ídolos, llorando y gritando, ofrecían sacrificios de sebo y coca, y mataban animales y aun criaturas, como va dicho, y aun se confesaban con hechiceros para este fin, ayunando, y mandaban a sus mujeres hijos y criados que ayunasen y llorasen, e hiciesen lo mismo que ellos.

En algunas partes, especiales en los Andes, usaban sacrificar a las huacas, truenos o cerros y rayos, algún hombre o criatura, matándolo y derramando la sangre, para aplacar con este sacrificio. Todas estas cosas han cesado va por la misericordia de Dios, y el demonio, a quien se hacía el sacrificio, no goza destas crueldades.

CAPITULO XXXI

De los ministros que tenían en los sacrificios y modo de hacerlos

No ha habido nación tan bárbara e ignorante, que no haya tenido sacerdotes mayores o menores, y siempre han sido respetados y reverenciados, de lo cual nos dan verdadero testimonio las historias humanas que desto tratan. Así los indios tenían sacerdotes que se ocupaban en los sacrificios, y estaban sólo ocupados en este ministerio y aunque no refieran sus nombres ni hayan observado memorial de ellos, bien se acuerdan haberlos tenido, y sabemos que al tiempo que fue preso Guascar Ynga, era gran pontífice del Sol Chalco-Yupanqui. Este residía de ordinario en el famoso templo de Curi-Cancha, dedicado al Sol, y tenía infinito número de criados y gente de servicio particular, fuera de la que estaba dedicada al ministerio del templo. Cuando el Ynga iba al templo a ofrecer los sacrificios que tenemos dicho, este sacerdote mayor se ponía ante él, y habiendo hecho muchas ceremonias, hablaba con el hacedor, diciendo: Señor, acuérdate de nosotros que somos tuyos, danos salud, concédenos hijos y prosperidad, para que tu pueblo se aumente. Danos agua y buenos temporales para que con ellos nos mantengamos y vivamos bien. Oye nuestras peticiones, recibe nuestras plegarias. Ayúdanos contra nuestros enemigos y danos holganza y descanso. Todas estas peticiones y palabras decía, de manera que todo el pueblo que allí estaba, lo oía.

Cuando había de sacrificar, subía al altar del sacrificio, y el Ynga le ponía la víctima en las manos, conforme era la cualidad y suerte della, como tenemos ya dicho, y él, con sus ministros, guardando la orden que solían, sacaba el corazón a lo que había de ofrecer, y mostrábaselo al Sol, a la imagen de Ticci Viracocha o trueno. Con dos o tres dedos tomaba la sangre y rociaba el ídolo, y luego hacia la parte del nacimiento del Sol, y así se andaba rociando los demás ídolos, que estaban en sus altares. También guardaban en el sacrificio este modo, y era que, cualquiera res, chica o grande que querían matar para víctima, la tomaban encima del brazo derecho, y le volvían los ojos hacia la imagen del sol o hacia el nacimiento suyo, diciendo las palabras diferentes, conforme era lo que sacrificaban porque, si es pintado, dirigían las palabras al trueno, llamado chuquilla, para que no les faltase agua y, si era pardo, dirigían las palabras al Viracocha y, si era blanco el carnero y raso, ofrecíanle al Sol con unas palabras y, si era blanco y lanudo, con otras, pidiéndole que alumbrase el mundo y criase las plantas. Todos los días en el Cuzco se sacrificaba un carnero raso blanco al Sol, y lo quemaban vestido con una camiseta colorada y, al tiempo de quemarlo, echaban en el fuego unos cestillos de coca. Para estos sacrificios había diputada gente, que no entendía en otra cosa ninguna.

También había indios señalados, para hacer sacrificios a las fuentes y manantiales o arroyos que pasaban por el pueblo y por las chácaras, y estos sacrificios los hacían, cuando acababan de sembrar, para que no se secasen, para que no dejasen de correr, y regasen sus chácaras. Para esto hacían una contribución de todo el pueblo y, hecha, lo entregaban a los que tenían a cargo hacer los sacrificios, los cuales se hacían al principio del invierno, que es cuando las fuentes y ríos crecen, como empieza el tiempo a humedecerse, y ellos, ciegos e ignorantes, atribúyenlo a los sacrificios que les ofrecían; y es de advertir que no sacrificaban a las fuentes y manantiales de los despoblados y desiertos, de los cuales no se aprovechaban para regar sus chácaras y sementeras, como a cosa que les traía provecho, y si les faltaba, les podía hacer grandísimo daño, secándoseles las chácaras y sembrados. Aunque también hacían reverencia y temían a las fuentes, manantiales y arroyos de los desiertos porque, cuando por allí pasasen, no les hiciesen daño en sus personas y ganados. Pero no les hacían ofrendas ni sacrificios y, cuando cerca de sus pueblos y chácaras se encontraban y venían a juntarse dos ríos, los temían y hacían reverencia, porque no les hiciesen daño, saliendo de madre, y destruyese las chácaras, y porque se juntaban a fertilizarlas y a darles abundancia de agua; y lavábanse en estos ríos, untándose primero el cuerpo con harina de maíz y con otras cosas. Para ello, cuando les faltaba agua hacían un sacrificio pequeño, para echar con él suertes y saber qué sacrificio sería más acepto al trueno, y las suertes se echaban con conchas de la mar y, si salía bueno, entonces concurría todo el pueblo, contribuyendo, y lo entregaban a los sacerdotes dedicados para ello, y cada uno tomaba su parte y se subía a lo alto de las punas y allí lo ofrecían al trueno, y volvían diciendo que el trueno les había respondido, y la causa por la que estaba enojado, y lo que pensaba hacer en lo que le rogaban y pedían; y, conforme el sacerdote decía, así le daban crédito, obedeciéndole en todo. Con esto, hacían sacrificios e idolatrías, haciendo grandes bailes y borracheras de día y de noche. El modo que tenían para nombrar estos sacerdotes falsos, para este efecto, era que si algún varón o hembra nacía en el campo, en tiempo que tronaba, se llamaba chuquilla, y ya que era viejo, le mandaban entendiéndose en esto, porque entendían

que sus sacrificios serían más aceptos. Otros había hijos del trueno, porque sus madres decían habían concebido hijos del trueno y parido dél. A éstos señalaban para este ministerio y, cuando nacían dos o tres de un vientre y, finalmente, a aquellos en quien la naturaleza ponía más de lo común, diciendo que no había sido sin misterio.

CAPITULO XXXII

De los hechiceros y hechiceras que usaban los indios

El oficio de hechiceros (con el cual parece que pretende el demonio restaurar, cada día, lo que en estas provincias va perdiendo, por la predicación del Santísimo Evangelio, y diligencia que los sacerdotes y ministros de Christo hacen, para acabarlo de desterrar de una vez, y extirpar y sacar de raíz esta mala simiente, que sembró en los corazones de estos miserables), antiguamente lo usaban y usaron personas bajas y de poca estimación, porque aún ellos mismos conocían de ellos, que era oficio bajo y vil el de hechiceros. Como tenían puesto sumo cuidado, que en la república no hubiese persona alguna ociosa ni baldía, era bien, que semejante oficio lo usase gente baja y desventurada, y así mandaron que los indios viejos y viejas, impedidos para otro ministerio, tuviesen éste, ya que su edad y necesidad no les concedía facultad para otro.

A todas las hechicerías, suertes, agüeros o adivinanzas había de preceder sacrificio grande o pequeño, según la causa y razón por que se hacía, y la necesidad que se ofrecía a la persona que lo pedía. De lo que les daban, se sustentaban los hechiceros, consumida en el sacrificio la parte que le bastaba. El modo que guardaban para instituir en el oficio de hechicero a alguna persona era, que hacían primero ceremonias de ayunar, el que lo había de ser por tiempo de un año más o menos; y en este tiempo se abstenía de ají y sal y de otras particulares comidas, y hacían diversas ceremonias y, con esto, quedaban graduados en este oficio tan vil e infame.

De este oficio de hechiceros hubo en este reino infinito número, y aun el día de hoy lo hay, y así como son muchos, así son muchas y diferentes las maneras y distinción de ellos. Unos hay diestros en hacer confacciones de yerbas y raíces, para matar a las personas a que las dan. De estas yerbas y raíces, unas hay que tienen virtud de matar en poco tiempo y otras, que se tardan mucho en hacer su efecto, conforme a la mezcla y confactu que hacen. Los que en esto se señalaban, eran más de ordinario mujeres y, en sintiéndose algún indio enfermo, y no sabía de donde le procedía el mal, acudía a estos hechiceros, para que dijese el daño que sospechaban le habían hecho sus enemigos, y estos hechiceros les decían, que ellos les curarían. En las curas hacían mil visajes y supersticiones y, algunas veces con los que les daban para sanar, los mataban, que así suele acontecer, y así en este género de hechiceros y hechiceras eran temidos en general aun hasta de los caciques.

Otro género de esta gente había, que usaban de las hechicerías permitidas por sus leyes, pero siempre mezclaban con ellas cosas prohibidas y así, si el Ynga lo sabía, los castigaba con tanto rigor que a ellos y a sus descendientes quitaba la vida.

Otro modo había de hechiceros permitido por el Ynga, en cierta manera, los cuales eran como brujos, y tomaban la figura que querían, iban por el aire en brevísimo tiempo mucho camino, y veían lo que pasaba y hablaban con el demonio, el cual les respondía en ciertas piedras, o en otras cosas que ellos respetaban mucho. Estos servían de adivinos, y referían lo que pasaba en lugares distintos y remotos, antes que se pudiese saber o venir la nueva de lo que les preguntaban, y así en este Reino se han dicho alzamientos y motines y sucesos de batallas, en distancia de más de doscientas leguas y trescientas, el mismo día y tiempo, en que sucedían, o el siguiente, en que por curso natural era imposible. Para hacer estas abusiones y adivinaciones, se metían en una casa cerrada por de dentro, y allí bebían y se emborrachaban hasta perder el juicio y, pasado un día, decían lo que se les preguntaba. También, para este efecto, se untaban en el cuerpo con ciertas unturas. Servían juntamente de declarar cosas perdidas y hurtadas, para hallarlas. De éstos había en muchas partes, y aun en todas, a los cuales acudían los indios y, aun el día de hoy, acuden yanaconas e indias, cuando han perdido alguna cosa de sus amos.

Cuando iban al Cuzco al Ynga, o por su llamado les preguntaban lo que les sucedería: si los recibiría bien, si estaba enojado, si volverían presto; y aun lo mismo hacen el día de hoy, cuando van a pleitos y diferencias suyas a algunos lugares. Los hechiceros, habiendo hablado primero con el demonio en un lugar obscuro y tenebroso, de modo que se oía la voz, pero no se veía quien hablaba y, habiendo hecho mil ceremonias y sacrificios, les respondían que sí o que no, conforme les parecía. Para este efecto usaban de la villca o achama, que dicen, echando el zumo de ella en la chicha o mascándola o tomándola por otra vía, y deste género de adivinar las cosas perdidas no sólo eran viejos, sino viejas y aun mozos. El día de hoy es compasión los engaños que con este medio hacen porque les den algo de comer o vestir. Aunque este oficio le usaron antiguamente indios viejos y pobres, y hoy lo usan, de la misma manera, compelidos de la necesidad. Si algún indio rico y poderoso lo usa, es porque le vino por herencia serlo, y después enriqueció; y esto es certísimo que si el padre fue hechicero y lo tuvo por oficio, el hijo y nietos lo han de ser, porque se lo enseñan muy en secreto; y, si la madre fue hechicera y curaba enfermedades, la hija y nietas la han de imitar de cualquiera manera que sea. En lugar de los sacrificios que antiguamente hacían, llevan agora oro, plata, coca, ropa o comidas, porque, como digo, por herencia lo dejan a sus hijos, y así, si se tiene noticia que el padre y madre fueron hechiceros, se ha de tener cuidado grandísimo en mirar a las manos, como dicen, a sus hijos e hijas y descendientes.

Pues en negocios de mujeres, cuando algún indio se aficiona a alguna y ella le desdeñaba, acudían luego, y aún hoy acuden, a pedir remedio a los hechiceros, o cuando la manceba los quiere dejar. Las mujeres usaban lo mismo.

Otros indios había y aún los hay, que traían consigo una manera de hechizos, que llaman huacanqui, para alcanzar mujeres y aficionarlas, y ellas a los varones. Estos eran huacanquis, hechos de plumas de pájaros o de otras cosas diferentes, conforme a la invención de cada provincia, los cuales también solían poner en la ropa o cama de la persona, que querían aficionar, otros hechizos. También usaban y aún usan de diferentes

confacciones y yerbas, para impedir la generación, o para hacerse preñadas las mujeres, conforme tienen la voluntad o las ocasiones.

Suédeles dar una enfermedad de bailar, que llaman taquioncoy. Para curarse de ella, llaman a los hechiceros, y se curaban con ellos con millones de supersticiones, y confesábanse entonces con los hechiceros.

Usaron para saber las cosas venideras, o decir dónde estaba lo que se había perdido, de abrir diversos animales, asaduras y entrañas; miraban los sucesos buenos o malos, respondían respuestas equívocas y las más veces mentirosas, a tienta, como enseñados del diablo, padre de mentiras.

CAPITULO XXXIII

De los sortilegios y adivinos que había entre los indios

Ya que hemos entrado en esta materia, tan intrincada y aún tan acostumbrada entre esta gente ciega, enseñada por el demonio, por concluir la de una vez, no quiero saltar a Otras cosas que quizá darán más gusto a los lectores.

Había también entre los indios muchos menos que tenían oficio de sortilegios, cosa tenida entre ellos por útil y necesaria y, como ninguna cosa trataban ni emprendían, que no precediese a ella echar suertes, así hubo muchos deste oficio, y lo usaron algunas mujeres, para saber cualquier negocio que querían hacer, y cuál sacrificio era agradable a la huaca. Usaban de palabras mezclando con ellas idolatrías y supersticiones. Escogían los curacas para este oficio a indios pobres, que ya les faltaban las fuerzas para otros ejercicios de trabajo, y así era gente vil y miserable, los tales. Para darles oficio, hacían primero ayunos y ceremonias y ritos. De la manera que dijimos hacían elección de los demás hechiceros.

Para este oficio usaban de diferentes artificios, en especial con pedrezuelas de diferentes colores o con piedras negras o con maíz o con chaquira. Todos los instrumentos del oficio los guardaban sus herederos y sucesores con grandísimo cuidado, como reliquias, para usarlas a su tiempo, que es el de la vejez, para engañar al vulgo. Decían que el trueno o alguna huaca les dio los tales instrumentos; otros decían que un difunto se las trujo de noche; otros decían que, en tiempo tempestuoso, algunas mujeres se empreñaron del Chuquii Llaquees, el trueno, y al cabo de nueve meses las parieron con excesivo dolor, y que les fue enseñado entre sueños, que serían muy ciertas las suertes que con ellas echasen.

Estos tales adivinos eran tenidos en gran crédito y veneración de los indios, y era, de manera que si decían a algún indio que había de morir, porque así lo significaban las suertes que había hechado, no dudaba de sacrificar su propio hijo, para trocar su vida con la de su padre.

De adivinanzas era más general entre los chinchay suyos de echar suertes. Otros adivinaban con mazorcas de maíz o algún tiesto quebrado por las manos, y palmas de los dedos y, conforme como corrían, así adivinaban los sucesos. Otros echaban para esto unos frijoles colorados, que llaman guaitos, y otras diferentes cosas que del todo no las han olvidado, y las usan algunos hoy, aunque con mucho secreto.

Otra suerte había de sortilegios, que decían lo que estaba por venir, mascando cierta coca, y echaban del zumo con la saliva en la palma de la mano, y tendían los dos dedos mayores y, si caía por ambos igualmente, el suceso habría de ser bueno y, si caía por uno solo, malo y siniestro. Para esto precedía un sacrificio con adoración al Sol; y otros solían preguntar los sucesos a las huacas, y aun recibían respuesta como quien la daba. Estas suertes se hacían para todas las cosas que querían hacer: como para sembrar y coger el maíz, caminar, edificar alguna casa, casarse o apartarse de su mujer, y para saber cuál sacrificio agradaba al trueno, a cuyo cargo decían que estaba el llover, helar y granizar. En estas suertes echaban conchas de la mar y, si salía que no, echaban otras suertes hasta que el adivino las aprobaba, y entonces el sacrificio se tenía por acepto. Contribuía el pueblo, como hemos dicho; lo entregaban a los oficiales de los sacrificios, diferentes que los adivinos, los cuales hacían lo que está ya dicho, y volvían cada uno por su parte a decir la respuesta del trueno y la causa por que estaba enojado y cuál sacrificio le era más acepto y, si quería que le añadiesen aquel u otros. El día de hoy deben advertir los curas que, si algunos indios tratan de hacer divorcio con su mujer, por las causas que ellos refieren, siempre suelen empezarlo a tratar, precediendo estos sacrificios y suertes, y así se ha de desterrar este abuso de entre ellos.

Otros, y especialmente indias, usaban para las adivinanzas echar un poco de agua en algún vaso o plato y luego coca mascada, o sin mascarla, y allí decían ellas que sabían lo que estaba por suceder, y respondían mil mentiras. El día de hoy lo usan gente, como tenemos dicho, pobre y miserable, sólo porque les den algo de comer, que a este fin lo hacen y, aunque muchos indios ya de razón y entendimiento conocen que es todo burlería y mentira, todavía llevados de la costumbre de sus mayores, acuden a estos adivinos en los negocios que se ofrecen.

CAPITULO XXXIV

De los agüeros y abusiones que guardaban estos indios

No creo que hay nación en el mundo que más observancia tenga de agüeros y abusiones, y más los crea y repare en ellos, que esta gente de los indios; tanto que no hay cosa por menuda y de poca consideración que sea, en que no reparen y hagan discursos, si les sucederá bien o mal por ella. Así ordinariamente, cuando ven culebras solas o trabadas, víboras, lagartijas y otras sabandijas, como ser arañas, gusanos grandes, sapos, mariposas grandes y negras, luego dicen, que es mal agüero y que les ha de suceder algún gran mal por ellos y, si pueden matar a las culebras, y después las pisaban con el pie izquierdo, habiéndose orinado en ellas, para con esto obviar el mal agüero, que temen les a de venir.

En los cantos de las lechuzas que oyen de búhos, buitres, gallinas u otras aves tristes y nocturnas, o aullar los perros, lo tienen por agüero malo y pronóstico de muerte para sí o para sus hijos o para sus vecinos, y particularmente para aquel en cuya casa cantan o aúllan. Entonces les ofrecían coca u otras cosas, pidiéndoles que el daño, trabajos y muerte que les anunciaban, cayesen sobre sus enemigos, y no en ellos ni en sus mujeres, hijos ni ganados y sementeras pues, cuando oían cantar algún jilguero o al ruiseñor, decían que habían de reñir con alguno o tener pendencias, o que el curaca les reñiría. Aun hoy día lo refieren, diciendo que el sacerdote o el corregidor o el alcalde les han de azotar o afrentar

En los eclipses del Sol y de la Luna o, cuando acierta a demostrarse algún planeta, o se encienden en el aire algunos resplandores o exhalaciones, decían que la Luna y el Sol se morían, y solían gritar y llorar, y hacían que otros gritasen y llorasen, y aporreaban los perros, para que aullasen, y tomaban haces de fuego y hacían procesiones alrededor de sus casas, para que no les viniese el mal que tenían, y les amenazaba con los eclipses. El arco del cielo, a quien llamaban cuychi, les fue siempre cosa horrenda y espantable, y temían por que les parecía las más veces para morir o venirles algún mal. Reverenciábanlo, y no osaban alzar los ojos hacia él. Si lo miraban, no se atrevían a señalarlo con el dedo, entendiendo que se morirían o que se les entraría en la barriga, y tomaban tierra y untábanse con ella la cara y la parte y lugar donde les parecía que caía el pie del arco; le tenían por cosa temerosa, y que allí había alguna huaca u otra cosa digna de reverencia. Otros decían que salía el arco de algún manantial o fuente y que, si pasaba por algún indio, moriría o le sucederían desastres y enfermedades. Al tiempo que graniza o nieva con fuerza, o hay algunas tempestades o turbiones de vientos, daban gritos, entendiendo que así tendrían remedio, y entonces hacen sacrificios.

En los partos de las mujeres, los maridos, y aun ellas, solían ayunar, absteniéndose de particulares comidas, y se confesaban con hechiceros y hacían sacrificios a las huacas o cerros o a sus ídolos, enderezándolos para que la criatura saliese a luz y sin lesión ni fealdad ninguna. Esto del ayunar lo usaban, y usan muy de ordinario, para diversos efectos: en hambres y trabajos, absteniéndose de particulares comidas y mezclando con ellas diferentes ceremonias.

Si las mujeres parían dos de un vientre, decían y tenían por cierto que el uno de ellos era hijo del rayo, el cual hoy día llaman Santiago, y los ofrecían al trueno, para los ministerios y oficios que en los capítulos pasados dijimos de adivinos y hechiceros. En los llanos tenían de costumbre los indios enfermos poner su ropa y vestidos, para que los caminantes que pasaban, llevasen sus enfermedades, o los aires las purificasen. Esto también lo acostumbraron los serranos en algunas partes, y aún tienen hoy un abuso extraño y es cuando los jueves santos se disciplinan, en acabando las procesiones y estaciones y habiéndose curado, toman las disciplinas y las cuelgan en los brazos de las cruces que están en los cementerios o en las esquinas y entradas de los pueblos, diciendo, que el que de allí quitara las disciplinas, llevara a su cargo sus pecados, y así no las osan quitar, y en esto es necesario haya mucho cuidado con ellos por sus caras, desarraigando de sus corazones este engaño y terror, y no consintiéndoles ponga las disciplinas en las cruces, o quitándolas el cura luego de donde estuvieren colgadas.

Suelen en diversas partes, estando enfermos o sanos, irse a lavar a los ríos o fuentes, haciendo ciertas ceremonias, creyendo que con esto lavaban sus almas de los pecados que habían cometido, y que los llevaban las corrientes de los ríos. Tomaban el Nichu, que es como esparto, y lo escupían, diciendo sus pecados a los hechiceros, y de esta manera creían que quedaban limpios y purificados o curados de las enfermedades que tenían. Otros tomaban la ropa con que cometieron los pecados, y la quemaban, entendiendo que el fuego los consumirá, y ellos desta manera quedan libres de pena y sin culpa.

CAPITULO XXXV

De otras supersticiones y abusos que tenían los indios

En todas las cosas que salían fuera de los términos comunes, o que podían causar algún miedo y espanto, tenían supersticiones y abusos, y creían dellas mil disparates fuera de toda verdad, que algunos de ellos causan risa: cuando temblaba la tierra, decían que tenían sed ella y las huacas, y que querían beber, y con esto hacían mil ceremonias, y le echaban agua para que bebiese y se hartase.

Si les temblaban los párpados de los ojos o los labios, o los oídos les zumbaban o les temblaba el cuerpo, o tropezaban al salir de su casa a algún camino, decían, y aún dicen, que verán u oirán algo bueno o malo. Bueno, si fue el ojo u oído derecho, y malo, si fue el izquierdo; y al zumban de los oídos, decían que otros estaban entonces murmurando y diciendo mal dellos. Si al tiempo de salir de casa cargados, no les pesaba mucho la carga, decían que volverían presto, y no les sucedería cosa mala en el camino. Si tenían comezón en las manos, que les darían algo, o que ellos quizás andarían mendigando. Si los pies les hormigueaban, que el curaca o su mandón les mandarían fuesen a algún camino. De manera que cualquiera mudanza del cuerpo la tenían por agüero y señal de algún bueno o malo acontecimiento. Los enfermos se embadurnaban el cuerpo con maíz o con otras cosas, y lo mismo hacían a otros, para sanar de sus enfermedades, o para tener ventura en lo que trataban.

Del espinco, que es una yerba de que usan los indios, olorosas, y con climpi que sacan del azogue, suelen hacer mil supersticiones, y con una flor llamada ciaya, y con otras colores de tierra se embadurnan las caras en tiempo de fiestas o para otros fines malos, añadiendo ceremonias. Algunas naciones se solían señalar los brazos, manos y piernas con fuego, haciéndose rajas y señales para superstición y malos fines.

En el fuego, cuando salta o hace centellas, echan maíz y chicha ti otras cosas para aplacarlo, haciéndole veneración, porque dicen que, pues así salta, es indicio que está enojado y les quiere hacer mal.

Tenían otro abuso que, cuando querían mal a otro y deseaban que se muriese u otro daño, llevaban su ropa y vestidos, y vestían con ellos alguna estatua que hacían en nombre de la tal persona, y la colgaban y maldecían, escupiéndola, y así mismo hacían estatuas

pequeñas de barro o de cera o de masa, y las ponían en el fuego, para que allí se derritiera la cera o el barro se endureciera, creyendo que con esto quedarían vengados, o hacían mal al que aborrecían y, finalmente, a este propósito hacen mil ceremonias.

En tiempos señalados y con ciertas ceremonias, aguardando tal edad, que comúnmente era cuando sus hijos se tenían en pie, y los destetaban, los solían trasquilar, que ellos dicen el rutuchicui, juntándose toda la parentela y, después de haber comido, traían al muchacho por todos los que allí estaban, y cada uno le ofrecía, conforme su posibilidad, plata, oro, ropa, lana, algodón y así lo trasquilaban, y luego bebían y danzaban toda la noche, y esta ceremonia era para consagrar la criatura y dedicarla por hija del Sol, y para pedir que aquel niño viva rico y próspero y suceda a sus padres. Esto aún se usa el día de hoy, haciéndolo con mucho secreto y recato, porque no llegue a noticia de los sacerdotes que los doctrinan y los castigan, y aguardan a cuando hace ausencia del pueblo a otra ciudad, para hacerlo más a su salvo y con más solemnidad y regocijo.

Entre los yngas y gente del Cuzco principal de los orejones, que decían solían agujerear a sus hijos las orejas, cuando llegaban a edad de catorce años, y entonces les ofrendaban plata, oro y ropa, y en todo intervenían supersticiones y borracheras. Esto se hacía para armarlos caballeros y darles señal y armas de nobleza. El día de hoy se ha ido olvidando esto, y, si acaso lo hacen, que es rarísimas veces, es con mucho cuidado y secreto, porque no se entienda, y sin borracheras.

Otro abuso tenían -y aún hoy lo guardan algunos-, y es, en llegando a la edad de catorce años o quince, poner a sus hijos los panetes con ciertas ceremonias. A esto llaman huarachicuy, y en esto usan de muchas fiestas y borracheras, danzando y bailando de día y de noche, y así mismo a las doncellas, cuando les venía la primera flor, sus padres y madres las lavaban y peinaban vistiéndoles ropas nuevas, y les ofrecían algo como a los varones; y otros hacían lo mismo. Aún no está del todo extinto este abuso y superstición, especial en indios que no acostumbran mucha compañía con españoles, y lo más del tiempo se están retirados en las punas con sus ganados, porque, sin duda, éstos, como saben menos de la policía cristiana, y los curas no los ven tan a menudo ni pueden todavía, tienen asentada en sus corazones la enseñanza y documentos que sus padres y abuelos les dejaron, y lo que les vieron hacer en ocasiones; y no se les arranca de la memoria para olvidarlo del todo y dejalo. Así lo usan con varias ceremonias, que cada día inventan de nuevo, y aún muchos curacas desalmados lo suelen hacer, y dan documentos para ello, consintiendo y tapando a los que tal hacen, y en ello no se pone remedio, y Dios sabe la causa.

CAPITULO XXXVI

De las huacas que adoraban los indios

Todas las cosas de que tenemos noticia en las antiguallas de este Reyno, son deducidas de los quipos de los indios viejos y conforme su variedad así es fuerza la haya, en quien escribiere sus historias. En el modo y orden de los sacrificios es tanta la confusión con

que lo refieren, que es imposible vaya la narración de ello tan concertada y distinta como yo quisiera. Mi deseo ha sido bueno, mi diligencia mucha en ello, y mi trabajo sin cesar; si en algo me errare, crea el lector que no tengo culpa culpable, que yo he procurado sacar a la luz la verdad.

El primer ynga que más se esmeró en los sacrificios fue Pacha Cuti Ynga, y por otro nombre Ynga Yupanqui, y dio la orden cómo habían de ofrecer los sacrificios, ilustró y, aun algunos dicen, fundó la Casa del Sol, tan famosa y rica en todo el Reino, llamada Curi Cancha, que significa Patio de Oro, por la mucha abundancia de plata y oro que en ella había. Aun algunos han querido decir que tuvo en ella el Ynga todas las suertes y diferencias, que había en este Reino, de árboles y semillas y animales bravos y domésticos y aves mansas y de rapiña, todas ellas echas de oro y plata, que, cierto, si ello fue así, no habido príncipe, rey ni monarca, desde la creación del mundo acá, que tan rico, precioso y admirable jardín de recreación haya hecho. Los huertos pensiles de Babilonia, uno de los milagros que celebra la Antigüedad, son nada en comparación de este huerto. Todas las siete maravillas del mundo callen y se oculten con silencio para no celebrarse ya sino sólo esta.

Sin esta Casa del Sol hizo otra para la Luna, también suntuosísima. Estas eran las huacas principales a quien el Ynga sacrificaba, y a quien tenía hechas estatuas con otra antiquísima, desde el primer Ynga Manco Capac, llamada Huana Cauri. Hizo después Ynga Yupanqui hacer el templo de Quisuar Cancha, dedicado al Hacedor, y donde puso su estatua. Llamábanle Pacha Yachachic, que significa Hacedor de Todo: era de oro, de la grandeza de un muchacho de diez años, figura de un hombre puesto en pie, el brazo derecho alto, con la mano casi serrada, y los dedos pulgar e índice altos, como persona que estaba mandando. Hizo este Ynga una consideración de buen filósofo, diciendo, que una cosa, que una pequeña nube ocultaba y casi privaba de su luz, como podía ser Dios, sino que sobre ella había otro más poderoso, y esto era querer ir recelando al soberano Señor y criador de todas las cosas. Pero no acertaban, aunque otros Yngas antes de éste también habían invocado al Hacedor con el nombre de Tepibiracocha; y, como los bienes que del Sol recibían, les eran tan manifiestos, le temían y adoraban, llamándose el Ynga ordinariamente Hijo del Sol.

En el Templo dicho de Curi Cancha estaban las estatuas del Tiecei, dicho del trueno y relámpago, que todos estos reverenciaban como a cosa temerosa y espantable, y que les podían hacer daño. Había juntamente muchos altares con diferentes ídolos y huacas porque tuvieron los Yngas esta orden: que en conquistando una provincia, luego traían consigo la huaca principal que en ella adoraban y reverenciaban, para, con este medio, tener más sujetos a los naturales de aquella provincia, y que della concurriesen al Cuzco, y a aquel famoso templo de todas las naciones de este Reino, con presentes y dones y sacrificios, cada cual a su ídolo y huaca, y así estaban más obedientes a los mandatos del Ynga, y contribuían personas que asistiesen en el templo del Sol, en guarda de su ídolo; y cada año enviaban para sacrificar lo necesario, según el uso y costumbre que cada pueblo tenía, y las cosas que ofrecían a sus ídolos.

Si se hubiesen de enumerar todos aquellos a quien hacían reverencia, sería cosa

imposible, por no saberse sus nombres y ser infinitos. Los más conocidos eran los arriba dichos, y Antiviracocha y Ancocahua Pachacamac, que está junto a Lima, cuatro leguas, donde hay un famosísimo templo, al cual concurrían de todo el Reino como en romería. Titicaca, que fue otro frecuentadísimo edificio, en la Laguna de Chucuito, donde hay ahora una imagen, dicha de Nuestra Señora de Copacabana, en un pueblo que está allí fundado a cargo de religiosos del orden de San Agustín; la cual resplandece con infinito número de milagros, y, cada día, así españoles como indios experimentan la intercesión desta misericordiosa madre, con millones de millones de bienes espirituales y corporales, donde el demonio era visitado, honrado y adorado, y donde la majestad del omnipotente Dios era deservido y enojado. Ha sido servido que el día de hoy sea en su Santísima Madre, abogada nuestra, venerado, conocido y estimado, y estos miserables conozcan las mercedes que por su medio e intercesión reciben.

Sin estas huacas e ídolos, había otros por todo el Reino, sin número, en las provincias, en los pueblos particulares en los ayllos y tribus, en las casas y caminos, montes, cerros, cuevas, piedras, encrucijadas, árboles, de manera que, cualesquiera cosa que excedía los límites y términos ordinarios, y que era admirable, espantosa, que causaba miedo, espanto o admiración, luego la adoraban y reverenciaban, y ofrecían sacrificios, y la tenían por negocio divino y sobrenatural, hasta las lagunas o ríos donde habían sucedido casos notables. Las estrellas, el lucero, las cabrillas, las fuentes, manantiales, el arco del cielo, o si alguno juntaba un montón de piedras, y lo ponía en algún camino, y ellos llamaban apachitas, luego, todos los que pasaban, lo respetaban y adoraban. Todo esto procedía de su condición tan supersticiosa y miserable, o, por mejor decir y acertar, de que el demonio, permitiéndolo Dios, por sus pecados los tenía ciegos y entontecidos, que no acertaban en ninguna cosa, y buscando a Dios no le hallaban, pues tropezaban en las criaturas, y reparaban en ellas, adorando y reverenciando cosas sucias y bajas, y así se ha dicho en los demás capítulos, haciendo mención de sus idolatrías, abusiones y huacas.

CAPITULO XXXVII

Del modo que se podría tener para evitar las hechicerías que hoy usan los indios

Ya que tenemos concluido, con algo de las muchas ceremonias, abusos, sacrificios, supersticiones, agüeros, hechicerías, ritos, adivinanzas y suertes que estos indios guardaban, aunque no hemos referido la menor parte de ellas, ni, sería posible sacarse ni saberse del todo, por su infinidad, y también deseando excusar prolijidad y fastidio a los lectores, he querido en este capítulo, movido de las lástimas que he visto, el tiempo que he andado entre los indios, y que hoy duran los ministros de Satanás, que de secreto deshacen los cimientos que los ministros de Jesuchristo van echando, en esta nueva Iglesia de las Yndias, y que todo cuanto trabajan en enseñarles, extirpando sus errores y deshaciéndolos en un año, en sola uña noche que viene y entra entre ellos un apóstol del demonio, lo desbarata porque, como aún los ritos antiguos destes indios no los han arrojado de sí, y su mismos padres y madres, y abuelos y abuelas se los refieren, o por industrialarlos en ellos, o por curiosidad vana, asiéntaseles esto, de manera que fácilmente imprimen en ellos y en sus corazones, los abusos y hechicerías que antiguamente

guardaron. Por esto he querido, en este capítulo, brevemente dar la traza, que muchos años ha se dio, para el remedio de estos males.

No hay pueblo hoy en el Perú, donde no haya algunos indios e indias, cuyos padres y madres usaron oficio de hechiceros y de pontífices y sacerdotes de huacas, y los que en los capítulos antecedentes hemos referido. Si sus padres lo usaron, el día de hoy los hijos lo guardan, y acuden a ellos los indios en las necesidades que se les ofrecen; y si en el pueblo no lo hay, que pocas veces falta, van a buscarlos donde saben los hay, porque entre ellos se comunican de secreto. Muchos de estos ministros, o los más, con cubierta y capa de oficiales de curar, y que son licenciados como ellos dicen, curando las enfermedades, introducen las idolatrías y sacrificios y supersticiones. Algunos salen de sus pueblos, y andan vagando de pueblo en pueblo, muy de secreto; otros, no pueden salir por la vejez y enfermedades que ellos tienen, y los buscan, como hemos dicho, cuando tienen necesidad dellos. Estos son los que siembran las idolatrías, introducen las abuciones y agüeros, y resucitan lo que muchos indios tenían olvidado. Estos derriban los edificios que se levantan por los ministros de Christo y, mientras estos anduvieren entre los indios, y no se deshiciesen y aniquilaren de una vez, imposible es que del todo se desarraiguen las idolatrías y ceremonias antiguas, y que el fruto, que estas nuevas plantas producen, llegue a colmo, y no se seque presto.

Los curacas e indios principales y comunes bien los conocen, y saben en lo que entienden, y el daño que hacen, y de dónde vienen, y dónde los hospedan; pero no osan declararlo ni decirlo a los sacerdotes ni vicarios, ni a los corregidores, que son los que con más fuerza pueden remediarlo, porque los temen no les den alguna ponzoña, con que los maten, como cada día se ve, y yo lo he visto y experimentado que, en acusando algún indio por hechicero, vive poco el que le acusó, y así no osan manifestarlos; y también, porque ellos no descubran sus bellaquerías e idolatrías que los curacas hacen, de que son cómplices y ayudantes los hechiceros, y así él está solapado y encubierto.

Los que a esto podían aplicar el remedio, que son los curas y vicarios y los corregidores, los curas no pueden, porque, si algo saben, es mediante confesiones, y en esto es menester mucho recato de no decirlo por el escándalo, y porque no entiendan los indios que se descubre lo confesaron y, muchas veces, no osan porque, como por la mayor parte hay muchos curacas enlazados, en esto temen no les levanten testimonios, y los afrenten o les den algún bocado, con que los maten, que se ha visto hartas veces. Los Corregidores, que son los que más mano y poder tienen, tampoco se atreven, porque, como están embarazados en sus tratos y contratos y granjerías, que es el fin principal y único para el que pretendieron los oficios y vinieron a ellos, no quieren escarbar en esto, porque, las más veces, son curacas los receptadores de los hechiceros, y si se descubre, los curacas e indios han de seguir al Corregidor, y no le han de hacer la ropa, ni dar indios para trajinar el vino y otras granjerías; y si por cumplimiento hacen alguna diligencia o proceso contra los tales, sólo es para guardar el proceso, y que lo sepa el curaca, para tenerlo, con esto, atrahillado y sujeto a todo cuanto hubiere menester el Corregidor para sus granjerías, que no se ose quejar. En viniendo el sucesor al oficio, le entrega el proceso para el mismo fin, de suerte que no hay otro en este negocio, sino que la hacienda se aumente, y tenerles el pie sobre el pescuezo, y la honra de Dios y bien de

las almas y justicia, que es lo principal, queda por detrás. Así no hay justicia, ni se guarda, si se castigan los delitos que cada día cometen los curacas en este y otros géneros, ni los robos y hurtos que se hacen, y así luce la hacienda que dello se saca.

Con lo que se podría remediar, es que todos los Corregidores, con el secreto posible en los pueblos, hiciesen averiguación de los indios hechiceros que hay en ellos, o los que han sido y son médicos, porque, como tengo dicho, con esta cubierta hacen mil males, y se pase por cierto que, aunque no se publique de secreto, siempre usan este oficio. Sabidos y conocidos los tales en los pueblos de su distrito, manden hacer en la cabeza dél, o donde más de ordinario residen los Corregidores, una casa grande y, sin admitir excusa ni ruegos ni suplicaciones, llévenlos a ella y metanlos dentro, y pónganles una guarda o dos, para que no los dejen salir a parte ninguna, y los domingos y días de doctrina, haga los lleven juntos a la Iglesia y, oída Misa y doctrina, vuelvan a la casa. Para el sustento desta buena gente, se puede sacar de las chácaras de comunidad de cada pueblo, y llevárselo, o si no sus hijos o parientes, como los sustentaban en sus casas, les lleven la comida de cuando en cuando, y los que dellos tuvieren fuerzas, trabajen en hacer ojotas, y otras cosas que suelen, con que se sustenten. Esta gente son, por la mayor parte, viejos y viejas; en pocos años se irán acabando, y no estando los maestros en los pueblos, claro es que los discípulos aprenderán otras facultades, y así remediarán infinitas ofensas de la majestad divina, que tanto se desirve con el pecado de la idolatría, y los que dél nacen, como vemos, los castigos que por él ha hecho.

Esto que tengo propuesto no es dificultoso de mandar, ni aun de ponerlo en efecto por los corregidores, si quisiesen atender a un negocio tan importante de la salvación de las almas; pues es cierto no les dan el salario, para que traten y contraten con el dinero de las cajas, sino para que hagan justicia, y procuren de su parte extirpar los errores y abusos destes indios, y ayuden con todas sus fuerzas a los ministros que los doctrinan. No es este remedio nuevo, que en el Concilio Provincial de Lima, hecho el año de mil y quinientos y sesenta y siete, y en el Congregado el año de mil y quinientos y ochenta y tres, confirmado por la santidad de Sixto V, se mandó se hiciese lo que en este capítulo refiero y, si se hubiera ejecutado desde que se ordenó, sabe Dios las ofensas y pecados suyos que se hubieran evitado, y él mucho aumento que en estas plantas nuevas pareciera de la fe y religión christiana. Quizás algún día será Dios servido de inspirar en quien lo puede mandar y poner por obra, que ésta tan santa haya efecto.

CAPITULO XXXVIII

Del orden que tuvieron los indios en el año

No tuvieron los indios y sus Reyes menor cuidado en la división del año, y en ordenar las fiestas que en él se habían de hacer a sus tiempos y ocasiones, midiendo las diferencias y mudanzas del año, que en las demás cosas que para la policía y gobierno y regimiento deste reino establecieron porque, según veremos ahora, no les llevaron ventaja los antiguos egipcios, ni los astrónomos más sabios, que ordenaron el año, partiéronle en doce lunas o meses, y los más días que sobaban, consumíanlos con las mismas lunas, y a

cada luna o mes tenían puesto su mojón o pilar alrededor del Cuzco, donde llegaba el sol aquel mes; y estos pilares eran principales adoratorios, a los cuales los indios ofrecían diversos sacrificios, y todo lo que sobraba de los sacrificios de las huacas, se llevaba a estos pilares que se llamaban sucanca. El que era principio del invierno se llamaba pucuy sucanca; y el principio del verano, chirao sucanca. Al año le nombraban huata en la lengua quíchua, y en la aymara mara. A la luna y mes llamaban quilla, y en lengua aymara pacsi.

Cada mes del año tenía diferentes fiestas y sacrificios por su orden, todo lo cual ordenó y dispuso el prudentísimo Pacha Cuti Ynga, haciendo que el año comenzase por diciembre, que es cuando el sol llega a lo último de su curso, al polo antártico de acá. Algunos dicen que, antes que esto mandase Pacha Cuti Ynga, el año, según la orden antigua, tenía su principio desde enero.

Viniendo, pues, particularmente a hacer mención de las fiestas y solemnidades: cómo las celebraban y regocijaban los indios por sus meses. La primera que hacían, en el mes de diciembre; y ésta era la más principal, que llamaban el capacraymi, porque al mes de diciembre decían raymi. En esta fiesta ofrecían una multitud de carneros y de corderos en sacrificio, y se quemaban con leña labrada y olorosa, y traían para ella carneros de oro y, plata, y se ponían las estatuas del Sol y del Trueno, porque decían que era padre, hijo y hermano que los tenía el Sol. En estas fiestas se dedicaban los muchachos hijos del Ynga, y les ponían los pañetes y horadaban las orejas, armándolos caballeros, y los viejos los azotaban con hondas, y el rostro se lo untaban con sangre; todo en señal que habían de ser leales, y, servir con mucho amor y fidelidad al Ynga.

Ningún extranjero podía, en este mes y en su solemne fiesta, estar en el Cuzco y, mientras se hacían, estaban todos fuera y, acabadas, entraban dentro, y les daban ciertos bollos de maíz con sangre del sacrificio, los cuales comían en señal de unión y amistad con el Ynga, y de que quedaban confederados. Con esto hacían diferentes ceremonias, de las cuales algunas han perseverado hasta el día de hoy, como son el poner los pañetes a los muchachos, como dijimos arriba, aunque con recato y disimulación, porque no se entienda. Aún en la fiesta del raymi, en muchos lugares del Reino, la suelen celebrar encubiertamente, al tiempo de sembrar, con muchos bailes y danzas, y al coger, que es por Corpus Christi, haciendo ritos antiguos que ya se van olvidando.

La fiesta del segundo mes se llamaba camay, en que hacían diversos sacrificios, y las cenizas echarían por un arroyo abajo. Este mes es enero.

Al tercero mes y fiesta llamaban huatunpucuy, y en ella sacrificaban cien carneros. Este mes corresponde a febrero.

El quinto mes y fiesta se decía arihuaquis, que es abril, y en él sacrificaban otros cien carneros moro moros, que son pintados.

El sexto mes llamaban atumcuscuy amoray, que es mayo, y en él sacrificaban otros cien carneros de todos colores. En esta luna y mes, que es cuando se traía el maíz de la era a

casa, se hacía la fiesta que aún hoy es muy usada entre ellas. Dicha aymoray, la cual ordenaban viniendo desde la chacara a su casa, con mucha alegría, refiriendo ciertos cantares en que rogaban dure mucho el maíz, y llegados a casa, hacían una huaca del maíz, la cual ponían por nombre Mamacara, tomando de la chacara cierta parte de maíz más señalado, en alguna cantidad, y poniéndolo en alguna troje pequeña llamada pirua, con ciertas ceremonias, y velando tres noches. Este maíz metíanlo en las mantas más ricas y preciosas que tenía cada uno, y lo tapaban con ellas y, cubierto y aderezado, adoraban esta pirua, y tenían en suma veneración, y dicen que es la madre del maíz de su chacara, y que, mediante ella, se daba y conservaba el maíz por todo el año. En este mes se hacía un sacrificio particular: los pontífices y hechiceros preguntaban al maíz si tenía fuerza y vigor para el año que viene, y si el maíz respondía que no le tenía, le llevaban a la misma chacara, a quemarlo y ritos que la pasada, diciendo que la renuevan, para que no perezca la semilla del maíz, y haciendo nuevos sacrificios, le preguntan si durará hasta otro año. Si respondía que tenía fuerza, la festejaban y dejaban estar, guardándola. Aunque haya cesado esto en público, en secreto lo hacen, mudando las ceremonias y supersticiones, porque sea oculto y se advierta menos en ello, lo que los con la mayor solemnidad que cada uno podía. De nuevo hacían otra pirua con las mismas ceremonias curacas deben advertir con cuidado.

El séptimo mes, que corresponde al de junio, se llamaba aucay cuzqui intiraymi. En él se hacía fiesta llamada intiraimi, en que sacrificaban cien carneros huanacos, y a ésta llamaban ellos la fiesta del Sol. En este mes se labraban mucho número de estatuas de leña de quisuar, y las vestían de ropa y las vestiduras ricas, y con ellas ordenaban el baile dicho caio, y derramaban flores en gran cantidad por el camino, y los indios venían embijados, y los señores con unas patenillas de oro puestas en las barbas y cantando. Esta fiesta cae al mismo tiempo que la nuestra tan celebrada del Corpus Christi, como está dicho; y a vueltas de las solemnidades que hacen para ella, mezclan ceremonias y ritos antiguos, de los que solían en este mes.

El octavo decían chahuahuarquis, y en él se quemaban cien carneros, todos pardos, de color de viscachas, que son como conejos de Castilla. Este mes es nuestro julio. Los demás, y las fiestas extraordinarias, irán en el siguiente capítulo.

CAPITULO XXXIX

De las demás fiestas ordinarias de los indios

Prosiguiendo los meses por el orden que los indios los contaban, el noveno tenía por nombre Yapaquis, que es nuestro agosto, en el cual hacían sacrificio de otros cien carneros castaños, y se degollaban y quemaban mil cuyes, que son, como está dicho, a modo de gazapos, y los crían comúnmente en sus casas con increíble multiplico, y aún no hay hechicería en que no entren. Este sacrificio era ordenado, para que el hielo, el aire, agua y sol no dañasen a las chacaras.

El décimo mes era loyaraimi, en el cual se quemaban otros cien carneros blancos lanudos.

Corresponde a septiembre, y se hacía en él la fiesta dicha citua. En esta manera juntábanse todos los indios, antes que saliese la luna. El primer día, y en viéndola, comenzaban a gritar, dando voces, con hachos de fuego en las manos, y se daban unos a otros con ellos diciendo: vaya el mal fuera. Decían a éstos panconcos. Concluida esta ceremonia, se hacía el lavatorio general en los arroyos y fuentes, cada uno en su pertenencia, y luego empezaba la borrachera por cuatro días enteros. En este mes, las Mamaconas del Sol sacaban una infinidad de bollos, hechos con sangre de los sacrificios, y a cada forastero daban un bocado dellos, y también daban a las huacas forasteras de todo el reino, y a muchos curacas, en señal de amistad y confederación y lealtad al Sol y al Ynga. Ya todo esto ha cesado en público, aunque en secreto, variando las ceremonias, algunos indios desalmados lo deben de usar.

El undécimo mes se decía Homaraymi Puchaiquis, en el cual sacrificaban cien carneros, y si faltaba agua del cielo, para que lloviese, ponían un carnero todo negro, atado, en un valle llano, derramando mucha chicha alrededor, y no le daban de comer hasta que lloviese. Este mes es octubre.

El último mes, llamado Ayarmaca, que corresponde a noviembre, se sacrificaban en él otros cien carneros, y en él se hacía la fiesta, dicha Raimy Cantaraiquis. En este mes se aparejaba todo lo necesario para los muchachos principales que se habían de horadar las orejas y armar caballeros el mes siguiente de diciembre; y los muchachos con los viejos hacían cierto alarde, dando algunas vueltas. Esta fiesta se decía Yturaimi, la cual también hacían de ordinario cuando llovía poco, porque entonces es la fuerza de las sementeras en tierras templadas, o venían hambre o pestilencia. Demás de estas fiestas, que eran ordinarias, siguiendo los meses como venían y no se podían excusar, también tenían los indios otras extraordinarias, que se hacían y celebraban cuando querían, sin que fuese fuerza. Destas era la fiesta, dicha del ytu, la cual no tenía tiempo señalado, sino que a grandísima necesidad se hacía para celebrarla. Toda la gente se juntaba, ayunando dos días arreo, y, en ellos, no llegaban a sus mujeres y no comían cosa con sal, y así, ni bebían chicha y, acabado el ayuno, se juntaba en una plaza, donde no había de haber ningún forastero ni rastro de animales. Para esta fiesta tenían dedicadas ciertas mantas, vestidos y aderezos, que sólo servían en ella, y así cubiertas las cabezas, andaban en procesión muy despacio, sin hablar uno con otro, tocaban sus atambores. Esto duraba un día y una noche, y el día siguiente comían y bebían en grandísima abundancia, dos días con sus noches, danzando y bailando y diciendo que su oración había sido acepta al Sol y al Hacedor, y que por eso se holgaban y alegraban, y hacían fiesta en demostración de su contento. El día de hoy, al disimulo en las fiestas del Corpus Christi, traen a la memoria esta fiesta del ytu, aunque variando las ceremonias por no ser descubiertos; pero en efecto ya se van poco a poco olvidando.

Cuando el Ynga era muerto, y levantaban por rey al hijo mayor que le sucedía en el señorío, al darle la Mascaypacha, que es la borla, como está dicho, insignia y corona de los Yngas, hacían millones de ceremonias, fiestas y sacrificios con invenciones y regocijos; y, entre otras, usaban sacrificar doscientos niños de cuatro años hasta diez, los cuales se ofrecían al Hacedor y al Sol por la vida del nuevo Ynga, y para que le guardase y diese victoria de sus enemigos, y viviese muchos años, y en su tiempo no hubiese

hambres ni falta de los frutos de la tierra, ni a sus tiempos dejase de llover, ni viniesen pestilencias, ni hubiese rebeliones y, en fin, todo le sucediese al Ynga prósperamente, siendo temido de los suyos y de los enemigos.

Demás de las dichas fiestas, había otras que se solemnizaban, cuando el Ynga se casaba, y cuando volvía con triunfo de las provincias conquistadas, y cuando sus capitanes alcanzaban alguna victoria famosa, o le nacía el hijo heredero de su reino. En las provincias particulares también se hacían otras fiestas especiales, por buenos sucesos dellas en alguna batalla, donde la gente della se señalaba más que de las otras provincias, o ganaba alguna fortaleza. Entonces, con licencia del Ynga, hacían sus fiestas y regocijos, precediendo sacrificios al Hacedor y al Sol, por la salud y vida del Ynga. Luego entraban las solemnidades, juntándose para ellas la provincia o el pueblo, conforme la calidad que eran.

CAPITULO XL

De algunas cosas notables y de admiración deste reino

Hay, en este Reino del Pirú, muchas y diversas cosas increíbles y de admiración, y sucesos notables, algunos de los cuales se tratará en este capítulo, aunque no de todo, por la prolijidad y fastidio que puede dar al lector. En la provincia de Quito hay un pueblo de indios llamado San Miguel de Chinbo, en cuyo distrito esta una laguna de una legua de bojeo en contorno, muy hondable, a la falda de una sierra alta, temple caliente y tierra de mucha arboleda, y dentro de la laguna está un pedazo de isla llena de árboles y espesura de yerbas, la cual se despide y aparta de la Tierra Firme. A las cuatro de la tarde, iba navegando por medio de la laguna, hasta ponerse de la otra parte della, frontero de donde se salió; y otro día, a las ocho, vuelve a ponerse en su mismo lugar, volviendo por el mismo estilo que había ido. Este curso es de ordinario, y muchas veces sucede estar esta isla pegada a la Tierra Firme, de manera que en ella se entra mucho ganado vacuno y de otro género que hay allí pastando, y en la misma isla se va y vuelve, atravesandola toda de una parte a otra, como está dicho. La isla será, como dos grandes cuadras, negocio increíble y peregrino y de admiración, pero cierto y verdadero.

En esta misma provincia, junto a un pueblo de indios llamado Carangui, hay una laguna de media legua en contorno, muy honda, y en medio della está un grandísimo árbol silvestre muy verde y coposo, que jamás se seca, y tiene su fundamento y raíz encima de las obas y llamas que se crían en la dicha laguna, cuando hace aire, lo muda a la parte donde corre sin derribarle ni ladearle, sino de ordinario muy entero. Con ser tan grande y hondable esta laguna que no se le halla fondo, se ha criado en ella este árbol. El ynga, cuando llegó desta provincia, degolló y mató muchísima gente, de suerte que se convirtió con la matanza de los cuerpos en sangre toda ella, y así le llaman hoy en día los indios, la laguna de Yahuarcocha, que quiere decir laguna o mar de sangre. Negocio es todo esto de gran admiración, y notable suceso y muy notorio, a cuantos la quieren ver cuando pasan por junto a ella, que está una legua del Camino Real, donde tienen los padres de la Compañía de Jesús una gran heredad.

Pues no sólo esto es lo que puede causar admiración al lector, pues diré aquí una de las cosas más admirables que entiendo ha sucedido en el mundo; y lo que me mueve a ponerla, es el ser tan pública y sabida en este reino. La relación de la cual dice así: En tres de octubre de mil y seiscientos y ocho años, en el pueblo de Puna, cuatro leguas de Potosí, Barbola de los Reyes, mestiza, estando preñada de trece meses, parió un monstruo de la misma suerte que va aquí pintado. Después que nació, estuvo tres horas sin bullirse, hasta que habiendo recibido calor de un brasero que allí tenía Ynés, india partera, encendido, se levantó revoloteando en presencia del padre Nicolás de Antecura del dicho pueblo, y se salió por la puerta. No quiso Dios que monstruo tan espantable viviese, y así, en dándole el sol, murió. Trujéronlo a la silla de Potosí, en cuya plaza estuvo dos días, para que lo viesen todos. Ha habido probanza de que la dicha Barbola es de la Ciudad de los Reyes, y poniéndola a cuestión de tormento, confesó haber tenido cópula con un carnero de la tierra, con el cual estuvo toda aquella noche en una borrachera, donde se hallaron catorce indios y un negro. Por este delito tan grande la justicia tenía a cargo para hacer su oficio.

También en un pueblo de indios, una legua de la ciudad de la Plata, llamado la Limpia Concepción de Nuestra Señora de Huata, siendo yo cura y comendador en el dicho pueblo, vi de parir a una india en el dicho pueblo una niña llena de pelos desde los ojos para arriba, sin facción de frente, y todo el rostro, y cuerpo. Llámase Pascuala, y habla, los ojos tiene con el rostro muy espantable. Dijo su madre haber visto un oso encima de una cama, que pasaba por el pueblo estando preñada, y que desto procedía todo lo que se ha referido. No debe de ser, sino que ella sería posible tener cópula con algún animal, vide oso, en algún guaico o quebrada, cuando iba a su chacara, porque la sobredicha niña no sacó de la madre más de las facciones, y todo los demás de bestia. Es Dios sabedor de todas estas cosas, como quien todo lo puede y alcanza, y, con esto, he concluido lo tocante a los ritos, ceremonias, costumbres, sacrificios que observaban los indios en su gentilidad, y las cosas monstruosas y notables que hay en el Pirú.

LIBRO TERCERO

Donde se trata en general y particular deste Reino del Perú y las ciudades principales y villas dél

CAPITULO I

Del nombre deste reino del Perú, y del origen de los naturales dél

Antiguamente, este Reino tan famoso y celebrado, que estaba debajo del dominio y gobierno de los Yngas, no tuvo nombre general, que comprendiese y encerrase en sí todas

las provincias y regiones dél, como le tuvieron y tienen los nombrados reinos de Europa, pues debajo deste nombre de Francia, antiguamente dicho Gallia, se contienen tantas provincias como es Aquitania, ahora dicha Guascuña, Narbonense, Lugonense, Picardía, Normandía, Bretaña, Champaña, y aun los Estados de Flandes, antiguamente dichos Gallia Belgica, pues fueron pertenecientes al reino de Francia y Alemania, por otro nombre Germania, que encierra en sí a la provincia de Suabia, Franconia, Babiera, Sajonia, Austria y otras provincias: Y nuestra España, que comprende tantos reinos y provincias diferentes, debajo deste título de España. Pero este nombre Perú, que el día de hoy abraza la infinidad de provincias y regiones que diremos, los indios no le supieron ni conocieron, porque es nombre moderno, desde que los españoles empezaron a conquistar esta tierra.

Como cuando el marqués don Francisco Pizarro, la primera vez que salió de Panamá al descubrimiento deste Reino, topase con un río deste nombre Perú, como negocio que ante todas cosas llegaba a su vista, intituló a la tierra en general con él. Este río está en el mar del Sur, dicho así, porque lo más ordinario corre en el este viento, y es el más saludable a los moradores dél, y por la Estrella del Sur, mediante la cual se navega. También se llama Pacífico, como le nombró Magallanes cuando entró por el estrecho de su nombre, por la mansedumbre de sus vientos. Este río Perú está dos grados de la equinoccial y, aunque muchos han querido comprender con este nombre de Perú toda la tierra que desde Nombre de Dios se va costeando hasta el Brasil, Río de la Plata y, entrando por el Estrecho, se costea el reino de Chile hasta Panamá, que está diez y siete leguas de Nombre de Dios, por las cuales deja de ser isla. Pero, en rigor y propiamente, Perú se entiende y dice todo lo que hay desde este río, enterrando en él a Quito y sus provincias, hasta más allá de Pasto, y corriendo la costa hasta Chile por los llanos y por la Sierra, hasta entrar en la gobernación de Tucumán, que fue lo que el Ynga llegó a conquistar y tuvo debajo de su reino y mando, y lo que ahora el visorrey, que reside en la Ciudad de los Reyes, en lugar de la Majestad Real del Rey, Nuestro Señor, gobierna, que incluye todo esto con la jurisdicción de tres audiencias de Quito, Reyes y las Charcas, y el reino de Chile. Que, aunque tiene gobernador aparte que pone justicias y hace mercedes de encomiendas de indios como el Virrey, y ahora se pone de nuevo Audiencia y Chancillería real, la cual tuvo algunos años y se deshizo, todavía está subordinado y sujeto al Virrey del Perú, de donde le van los socorros de gente y dineros para sustentar aquel reino, sin los cuales estuviera ya del todo extinto y asolado, según la furia y tesón que los indios araucanos han tenido y tienen por conservar su libertad. La costa deste Reino, desde Panamá hasta el estrecho de Magallanes, corre más de mil y doscientas leguas. El ancho que tiene, por lo más del mar del Sur hasta la otra parte del norte, ponen mil leguas las que boxan desde Nombre de Dios hasta Panamá. Corriendo la costa, según cuenta de mareantes, son más de cuatro mil.

Pero antes que pasemos adelante, en discurrir por las particularidades deste Reino, me ha parecido, como de paso, hacer algún discurso acerca desta nación de los indios, que en esta cuarta parte del mundo, dicha América de Vespucio Américo, aunque más propiamente se diría Colonia, pues Colón la descubrió y empezó a conquistar, mayor, más rica y extendida que ninguna de las otras tres en que antiguamente estuvo dividido. Se han hallado de dónde procedieron y de dónde vinieron, que es negocio que a muchos

curiosos ha dado que investigar. No es mi pensamiento ni intento refutar sus opiniones ni reprehender lo que en esto sintieron, sino poner lo que de ello se alcanzó, remitiéndolo al juicio del discreto lector, y porque el que leyese esta historia podría dudar y reparar en ello.

Algunos han dicho que estos indios descienden y vienen de aquellas diez tribus, que en el capítulo diez y siete del cuarto libro de los Reyes, se dice que fueron trasladados por Salmanasar, Rey de los asirios, y fúndase en que esta gente tiene el hábito, traza y modo y aun subtilezas de los judíos, pero yo, y aun otros que de ello más alcanzan, lo tienen por cosa sin fundamento, porque desde Asiria, que es una de la íntimas regiones de Asia, cómo habían de pasar a estas partes los judíos de aquellas diez tribus; y, quien en su tierra no se defendió ni tuvo fuerza para ello, cómo se habían de salir de la ajena, ni cómo los había de dejar el Rey de Asiria, quien les había de dar navíos para pasar acá. Aristóteles, príncipe de la filosofía natural, en un libro que hizo de las cosas maravillosas que en la tierra se hallan, aunque otros dicen que es el libro de Theoprastró, autor de casi tanta autoridad como Aristóteles, refiere que los fenicianos navegaron cuatro días, con el viento a peliotes, que es el solano que llaman Levante, y en la mar del Sur este; y aportaron a unos lugares incultos que el mar descubría y cubría, y dejaba en seco mucha infinidad de atunes muy grandes. Estos se hallan ahora en la isla que dicen de la Madera y del Fayal. En este mismo libro dice el mismo autor que unos mercaderes cartagineses navegaron desde las columnas de Hércules, que es el estrecho de Gibraltar, y al cabo de muchos días de navegación hallaron una isla, que era distansísima de Tierra Firme, en la cual no había moradores, aunque era abundantísima de todas las cosas necesarias a la vida humana, y grandes ríos navegables que en ella había, y se quedaron y poblaron en ella.

Sabido esto en la ciudad de Cartago, entraron en ayuntamiento sobre lo que se había de hacer de aquella isla, pensando que si la fama de sus riquezas y abundancia venía en noticia de las naciones extrañas, con codicia irían a ella y harían en ella un propiñáculo y defensa, en que se retrujesen; y mediante las riquezas se vendrían a enseñorear de ellos, y su libertad se perdería, por lo cual mandaron que cualquiera que fuese osado de navegar a ella, en pudiendo ser habido, muriese y que, los cartagineses que allí habían edificado, si volviesen los matasen. Destas dos autoridades, de Aristóteles, parece que las islas que don Cristóbal Colón descubrió y vio Vespucio Américo, había más de dos mil años que habían sido halladas. Así no me parece sería juicio sin fundamento decir, que de los moradores destas islas se irían poblando las demás hasta la Tierra Firme; y como determino, lo inserto, pues es de hombre temerario. Pero propongo esto, esperando el sentimiento de quien mejor sintiere que yo. Pues que la multiplicación de los hombres fue causa de la población de las tierras y, mientras más iban creciendo, se extendían, no es mucho que, hasta que los cartagineses pasasen a esta isla, no se hubiere poblado esta cuarta parte del mundo, y aquellos empezasen de habitar en esta isla que se barrunta ser la isla Española, y de allí se derramasen hasta la isla de Cuba y a Panamá, Yucatán y México, y cundiesen de allí al oriente, donde había otras islas y tierras no conocidas. Si se dijese que, como estos indios no tienen las letras pues había de haber algunos rastros y vestigios de ellas entre ellos, podrase responder, habían de usar de las que tenían en aquel tiempo los cartagineses, que eran letras reales de cosas pintadas, las cuales tuvieron en

Cartago, y estos indios las usaron en sus pinturas o que, con la distancia tan larga de años, haberlas olvidado.

Si me replicare, que cómo había de estar tantos años oculta la noticia de estas islas, y sin que jamás se presumiese que estos antípodas y tierras eran habitables, pues, aún cuando don Cristóbal Colón lo puso en plática en Inglaterra, en Portugal y Castilla, se tuvo por cosa ridícula, y a él, por un burlador y hombre de poco entendimiento, a esto responderé, que también las islas de Canarias, que antiguamente fueron tan conocidas y navegadas desde África, donde tan cerca están, y desde España de donde están doscientas y cincuenta leguas, y que fueron dichas de los escritores las islas afortunadas, por la fertilidad y sanísimo temperamento de su cielo, cuando, en tiempo del rey don Juan el segundo se dio la conquista de ellas a Joan de Betancurt, francés, ya estaban tan olvidadas, y su noticia tan totalmente perdida, que había muy poquísimos que supiesen deltas; y no eran tan distantes de España con seis partes como las Indias, y se habían en otros tiempos navegado a ellas, y casi no se acordaban deltas. Más fácil sería el olvido de las islas que habemos dicho, y de la navegación de aquellos cartaginenses, especialmente no habiéndose continuado en tantos centenares de años. El que desto más alcanzase, me corrija, que aparejado estoy a recibir su corrección, cuanto y más, que yo lo que he propuesto, no lo afirmo indubitablemente como cosa que sé de cierto haber sido así, y que de estos cartaginenses se poblaron tanta infinidad de islas y tierras, sino como cosa posible, y que no repugna a la verdad, lo digo y refiero, pues no consta infaliblemente, de donde estos indios desta cuarta parte del mundo hayan salido a poblarla, ni los deste reino del Perú de quien es el principal intento mío tratar.

CAPITULO II

De la disposición del reino del Perú

La disposición deste gran reino no se puede decir fácilmente, ni mi intención es querer enumerar y desmenuzar todas las particularidades dél, porque sería nunca acabar. Sólo iré tocando las cosas más notables dél y de lo que al presente sabemos, sin tocar en las tierras que tiene hacía el septentrión, de la otra parte de los Andes, pues de éstas, al presente, sólo hay una noticia confusa, y por eso poco cierta, por no haber los españoles penetrado a las provincias que en aquella parte caen, como luego lo diré.

Toda esta tierra se divide en Llanos, Sierra y Ancles. Todas tres partes diferentísimas en temple, calidades y gentes que las habitan, y aun casi en frutos. Los llanos corren toda la costa de la mar hasta Chile desde Tumbes; casi mil leguas de largo y de ancho, hasta doce a catorce. En unas partes más y en otras menos, en esta distancia hay grandísimos arenales en unas partes, y en otras tierras fertilísimas, las cuales se riegan de los ríos que bajan de las sierras con raudales y corrientes furiosas, de los cuales se sacan acequias con que, a sus tiempos y sazones, soltándolas empapan la tierra, y la empañan para dar los frutos colmados. Porque, aunque dicen que en el Perú en los llanos no llueve, es porque sólo cae una garúa y agua mansa no bastante ni suficiente, a que con ellas los frutos y sementeras lleguen a sazón; pero es verdad, que los aguaceros no son como en la Sierra,

tan recios y abundantes que basten a fertilizar la tierra, y engrasarla sin otras ayudas. No cae en toda esta costa rayo ni granizo ni helada; y así las sementeras están seguras de hielos y desmedros. Por esta parte es caliente y algo húmeda en algunos lugares, y por el consiguiente, aparejada para el crecimiento de las plantas. Hay en esta costa muchas ciudades y, villas de españoles, y hubo, cuando los Yngas la enseñorearon, infinitos cuentos de indios y millares de pueblos por ella, que todos ellos se podían decir un verjel espaciosísimo, por estar fundados cerca de los ríos y entre árboles frutales y, otros infructíferos, debajo de cuyas sombras hacían sus casas y vivían los indios. Siémbrense por todos estos llanos mucha cantidad de algodones, de que principalmente se visten los indios. Hay infinitos árboles de guaiabos y pacaes y lúcumas; y, todas las diferencias de frutas, que de España se han traído y trasplantado a este reino, se dan abundantísimamente por todos los llanos, y las flores de Castilla suaves y olorosas. El principal sustento de los indios en llanos y sierra es el maíz, y en los llanos los camotes y, maní y frijoles, aunque también se da en la sierra, en valles calientes. Las viñas que de España se han traído, ha sido cosa maravillosa, lo que han multiplicado en los lugares de la costa donde se han puesto. Muchos indios han hecho viñas y, vino que les ha costado las vidas, por beberlos sin moderación y antes que llegue a tiempo en mosto hirviendo. Es de suerte la abundancia de vino que se coge en el Perú, que se provee todo sin mengua ninguna, y se lleva a Nueva España, y, ya el de Castilla, que se solía traer, es superfluo. Los olivares a sido cosa de bendición lo que han multiplicado, y en cuanto número den el fruto, de que ya en muchas partes se hace aceite, harto mejor y más sano que el que se trae de España, que por el largo viaje y tiempo, cuando al Perú llega, ya rancioso, y por eso de menos valor. El trigo, que fue lo primero que de España se trajo, se siembra en todos los llanos con tanto aumento, que acontece de una hanega darse ciento. En algunos lugares se han plantado cañaverales, que es sin cuento el azúcar y miel que se saca de ellos, para proveer todo el reino.

Los ganados que de Castilla se trajeron, de vacas, ovejas, cabras y puercos, se multiplican tanto, que valen más baratos en el Perú que en España. Ganados propios y naturales de los que en tanto número se crían en la Sierra, no los hubo antiguamente en cantidad sino muy poco. Aún hoy los ganados que de la Sierra bajan a los Llanos, con la mudanza del temple mueren, disminuyen y enflaquecen notablemente, aunque el ganado ovejuno en la sierra, como más fría y más abundante de pastos por las lluvias, se aumenta más. En conclusión, para los naturales destos Llanos es mejor la tierra y más descansada que para los serranos, como de diferente temple son los indios yungas, que así los llaman a los de la costa, de más fuerzas y brío y más animosos y determinados, que los de la sierra, y así son para más trabajo. Su principal sustento ya está dicho: pescan de ordinario en la mar y en los ríos, con seguridad, porque no hay lagartos ni otros animales nocivos que teman. Comen el pescado y camarones, y suelen rescatar con los serranos. El hábito es el mismo en el traje, pero lo más ordinario es de algodón, aunque ya los más se visten al modo de españoles, y traen sombreros y zapatos en lugar de sus ojotas y llautos y valones y aun camisas, y lo mismo las indias de los llanos. Esta gente, desde que los españoles entraron en este reino, ha sido cosa notable la disminución en que ha venido, que lugar que tenía diez mil indios, no tiene hoy ciento y, sin duda, que es castigo del cielo y justo juicio de Dios por sus pecados ocultos. Así se ven infinitos pueblos despoblados, sin que haya en ellos más que las paredes caídas que causa lástima y compasión, y cada día van a menos,

de suerte que se entiende que en pocos años se consumirán y acabarán del todo. El lenguaje que en estos llanos se habla, propio y nativo, es muy diverso que el de la sierra, y dificultosísimo de pronunciar por otros que ellos, por ser la pronunciación gutural, aunque por la mayor parte hablan y entienden la lengua quichua y general, que el Ynga les dio. Los ríos que salen a los Llanos de la sierra, que son de donde les proviene el sustento por el regadío, como está ya dicho, se extienden de manera en sus avenidas, que es imposible hacerles puente a lo más ordinario, y las corrientes son furiosísimas, arrebatando tras de sí piedras grandísimas y árboles, y si salen de madre, arruinando los sembrados. El sembrar el trigo y otras semillas, se hace en los llanos de ordinario por el mes de junio y julio, que es cuando el sol está más apartado de estas regiones, y en España abrasa. La cosecha se hace por enero y febrero, que es el tiempo más ardiente y caluroso del año acá, y entonces maduran los frutos de los árboles, como son uvas, higos, duraznos, membrillos, manzanos y camuesos. Por marzo están todos en sazón; y las vendimias se hacen por abril, y la trasiega y poda por el mes de agosto. Que parece es todo al revés de España en los Llanos, pero en la sierra hay algunas diferencias que en el capítulo siguiente diremos.

La primavera empieza por el mes de septiembre; y todo lo que se dice verano, hasta fin de marzo; y el invierno, por abril y se remata en agosto y septiembre.

Hay en los Llanos, en alguna partes, montañas espesas de diferentes árboles silvestres y especialmente de algarrobas. Los ganados de vacas suélenlos mudar dos veces al año a las lomas, adonde gozan de la yerba que nace de las garuas, hasta que falta y se seca, que lo pasan más abajo. Toda la ribera del mar es abundantísima de pescado, de suerte, que en ninguna parte falta. Los puertos de la costa, maravillosos y muy seguros. Hay salinas donde se coge tanta cantidad de sal, que se puede proveer a toda España, Francia e Italia de ella, especialmente en el Puerto de Gauta, que está diez y ocho leguas de la Ciudad de los Reyes.

El ser el temple caliente y más sabroso, es causa que haya más poblaciones de españoles en los Llanos que en la sierra, aunque es verdad que los miembros están más lacios y flojos a causa del calor, y así los hombres no son ni tienen tantas fuerzas como tuvieran; pero todo se lleva por aquella libertad que tienen de poder salir de día y de noche, y a cualquier hora con ropa y sin ella, cubiertos y descubiertos, sin tener ofensa del frío, ni aguas ni lodos, que es gran bien, aunque los asmáticos y otros, en quien se asientan algunas enfermedades, se suelen subir a la sierra, a convalecer y mejorar de sus enfermedades, y se hallan en ella mucho mejor y con más salud. Tiene esta tierra de la costa de la mar un contrapeso notable, que es temblar a menudo. Y son algunas veces los temblores tales y tan recios, que derriban las casas, y aun asuelan los lugares, como diremos adelante tratando de algunas ciudades.

CAPITULO III

De la disposición de la Sierra y Andes

La otra parte en que está dividido este amplísimo Reino del Perú, y la más ancha y extendida, se llama la Sierra porque, por la mayor parte que se camina, son todos cerros altísimos y valles profundos; y otras veces en los altos desta sierra hay algunas llanadas que, como están descubiertas y desabrigadas y los aires corren sin defensa, son frigidísimas, y en ellas hay continuamente nieve mucha o poca. Estas partes se llaman punas, y no sin particular misterio y providencia divina, como luego diremos. Desde Panamá y Nombre de Dios empieza a correr una cordillera de sierras que no para hasta el estrecho de Magallanes. Destas sierras, que ordinariamente están nevadas poco o mucho, proceden los ríos; y algunos son tan grandes, profundos y anchos que se tienen por los mayores del mundo, como son el río Marañón de Orellana, el de la Magdalena, el de la Plata y otros famosos, los cuales, sin duda, exceden a los mentados de los antiguos y modernos en la India Oriental, como son Ganges y el Indo, y en África, el Nilo, y en Europa, el Danubio y otros célebres, porque ninguno de ellos hay que tenga treinta y cinco leguas de boca como la tiene el de la Plata, el río Marañón, que tiene más de cincuenta leguas de boca y corre hasta la mar mil y quinientas, que quien le ve le juzgara por otro océano. Sin éstos hay otros de menor nombre, que unos van con sus aguas a pagar el tributo al Mar del Sur y otros al del Norte, y acontece en una sierra alta nacer de un mismo lugar en la cumbre dos ríos: uno por un lado y otro por otro; y el uno ir a parar del otro más de mil leguas de distancia, que es cosa notable y maravillosa. Estos ríos en tiempo del estío crecen, y sobrepujan de manera que más parecen mar que hijos de ella, porque entonces en la sierra son las lluvias más continuas y furiosas, y es de saber que en los Llanos, por los meses de mayo, junio, julio y agosto, caen las garuas que refrescan y alegran la tierra, y entonces llaman invierno, y los ríos van con poca o ninguna agua. Pero en la Sierra, desde el mes de abril hasta septiembre, no llueve cosa de consideración, y entonces son los fríos y hielos, y se abrasa y agota la tierra, y a este tiempo llaman verano, porque no llueve, aunque el sol está bien lejano y los días son cortísimos, tanto que por San Juan aún no ha bien aparecido el sol, cuando se esconde. Desde octubre empieza el cielo a arrojar agua de sí, que dura comúnmente hasta todo marzo, y, con mayor furia en el mes de enero y febrero, y entonces son los días grandísimos, al revés de España, y en este tiempo dicen en la Sierra invierno y en los Llanos verano, y procede de que la fuerza del sol eleva mayores vapores de la tierra que convierte en agua. Así son los aguaceros grandes, de manera que, a lo más ordinario, desde medio día para abajo se camina con riesgo de mojarse muy bien; y entonces los ríos crecen sin medida y llevan unas avenidas y raudales furiosísimos, porque de todas partes se les juntan arroyos que bajan de las sierras despeñándose, y los manantiales de agua brotan con mayor fuerza, y así bajan a los Llanos anchos y extendidos.

Los pueblos de los indios, en esta sierra, están situados en los lugares más llanos que entre los cerros se hacen, o en las laderas y repechos; de suerte que pocos pueblos hay que estén extendidos, y que en ellos haya disposición para una carrera de caballo. En los valles hondos y calientes hay pueblos de indios yungas, como en los Llanos, y tienen huertas llenas de árboles frutales de las Indias y de Castilla, como son higos, membrillos, manzanas, duraznos y en algunas partes uvas, pero no con la perfección que en los Llanos. Y en estos valles siembran las semillas de ellos, como son camotes, maní, pepinos; pero el principal sustento de los serranos es el maíz que, sembrado en puestos

templados, es mejor y de más fuerza que el de los Llanos; y de él los unos y los otros hacen chicha, que beben ordinariamente y las más veces hasta embriagarse, aunque hacen más estima y caudal del vino, como licor tan sabroso, y en sus convites lo dan por regalo. Las papas es otro sustento generalísimo entre ellos. Estas se dan en las punas y tierras frías, y son como las turmas de tierra de España. Destas papas hacen ellos, en las más provincias, el chuño, desta suerte que, cogidas las papas al tiempo de los más recios hielos, que son por San Juan, tiéndenlas y déjanlas al sereno toda la noche; y con aquel frío se endurecen, y después las pisan, y queda hecho el chuño, sabrosísima comida y de gran fuerza y de tal manera, que muchos que las han comido en las indias, vueltos a España, entre los regalos y frutas suaves de ella, se lamentan por el chuño. Cómenlo cocido, y otras veces en los locros, comida ordinaria de las indias; y hacen de ello molido mazmorras. Otras raíces también siembran, que dicen bocas, y las comen crudas y cocidas, y son dulces, y otras veces las secan, y secos se llaman caui. Es comida caliente. Sin estas cosas gozaban y gozan los indios serranos de más abundancia de carne de la tierra y de Castilla, que los yungas de los Llanos, lo cual les procede de los muchos pastos que tienen.

Porque en las punas, que dije al principio, crían infinito número de ganados vacunos, ovejuno y de la tierra, que principalmente se reduce a dos suertes; una es de los que llaman carneros huancayo. Estos son a modo de unos potros de cuatro o seis meses, lanudos, pero no tanto como otra suerte que hay, dicha pacos. Estos carneros, mientras menos lana tienen, son mejores para cargas, porque en ellos se miran las circunstancias, que un buen caballo: buenos pies y manos y bajo. Si este ganado no hubiera en el Perú, no sé que fuera dél, porque las más mercaderías y trajines que en todo él se hacen, son con este ganado, porque un carnero de estos lleva dos botijas de vino de arroba cada una, y cuatro cestos grandes de coca y una petaca de un pasajero y, a veces, un almofrex, y mediante ellos se provee toda la sierra de vino que se lleva desde Arequipa, que hay ciento y cincuenta leguas, y desde la Nasca, que hay más de doscientas y veinte, a Potosí que es el centro, donde va a parar. No es ganado que ha menester gastar herraje. Camina cada día dos o tres leguas, y no le han de sacar de su paso porque, sin duda, Dios le ordenó conforme a la flema de los indios, porque, en apurando a estos carneros, vuelven el rostro, y rocían con la saliva y aguasa que llevan en la boca, que es sucia y hedionda, al indio o español que está más cerca. Si se cansa, y se echa, no hay levantarse hasta que le quitan la carga. De estos carneros hacen los indios la carne seca al sol, que comen y llaman charqui y, cuando son corderos, asada y guisada es muy sabrosa, y que se puede comer sin asco; y el charqui de los corderos es máspreciado.

Otra suerte hay de este ganado llamado pacos. Es menor y no sirve para género ninguno de carga, sino sólo la lana de ellos, porque les crece notablemente, y es blanca y negra pardayoque, que dicen fraileasco, y cada vellón tiene a cinco o seis libras de ella, y es tan suave y blanda, que la seda casi no se le iguala. Desta lana se visten en general todos los indios serranos, y la blanca la tiñen con magno, que es finísima grana, y de amarillo, anaranjado, verde y azul, que lo tiñen con unas papas que hay azules, y llaman chapina. Con estas colores hacen sus listas para engalanar y hermosear sus vestidos. También comen la carne de estos pacos, aunque no es tan buena como los corderos de otro género que dijimos. Sin esto, cazan venados que hay muchos en la Sierra, y vicuñas y guanacos,

de donde sacan las famosas y celebradas, contra todo género de ponzoña, piedras bezares, las cuales se hallan en el buche de estos animales, muchas o pocas conforme la edad que tienen. Cazan también infinitas perdices, y otros diversos géneros de pájaros que hay en las punas, como son garzas, ánades y patos. Son en tanto número los corrales que hay en las punas, y desiertos de estos ganados, que no admiten cuenta especial en la provincia del Collao, que como son, aunque llanas, frigidísimas, cubren el sol los ganados de la tierra y Castilla que en ella se crían. Así andan todos los indios serranos, o la más parte, hartos y satisfechos, especialmente los que son ricos de ganado; y en esto exceden notablemente a los yungas de los Llanos.

El vestido es el mismo en el talle de los yungas, y una manta, que dicen yacolla, cuadrada, una camiseta que les llega a las rodillas, y a veces las hacen de raso, damasco y terciopelo. Su llauto a modo de rodete en la cabeza y sus ojotas, y los cabellos se los dejan crecer hasta el parejo de la boca, y sólo lo que dice la frente cortado. Las mujeres los cabellos traen sueltos, y en algunas regiones lo cortan por encima de la frente, casi sobre los ojos, especialmente en los chinchaysuyos, y lo demás caído sobre las espaldas. El vestido ya está dicho. El lenguaje, desde la ciudad del Cuzco para abajo, se habla la lengua quichua, y en el Cuzco con toda la perfección posible; y de allí hacia Lima, hasta Quito, con más rudeza y menos elegancia. Del Cuzco para arriba: Collao, Chuquito, Chuquiapu y Charcas, la lengua aymara, también general y copiosa en vocablos y pulideza. Hay en la Sierra, entre los indios, lugares y naciones más políticas y entendidas unas que otras, y diversas inclinaciones. La nación de los Uros, que residen en la provincia del Collao y por riberas de la laguna famosa de Titicaca, dicha de Chucuito, es gente zafia, bruta y bestial, sin género de policía, inclinada a hurtar. Lo más en que entienden es en pescar en la laguna, y comen los peces crudos y la carne que hurtan, cruda. Solíanse vestir antiguamente de carrizo, tejiéndolo a modo de esteras, y de allí hacían una forma de jubones que se ponían, y comían yerbas crudas y una simiente que allí hay semejante al mijo.

La condición, en general, de los indios es triste y melancólica, inclinada al vicio de la lujuria notablemente, y al comer y beber hasta perder el juicio. Son por la mayor parte mentirosos, sin traza algunas veces, y otras, con tanto artificio, que exceden a los más sutiles ingenios de los españoles; flemáticos, ingratos, no reconociendo el bien que los hacen; y así dice un refrán: al indio no le hagas bien si no es por Dios, porque, de otra suerte, es perdido, ni mal, porque es lástima. Son, por lo más ordinario, miserables y, en conclusión, a cualquiera cosa de virtud y trabajo los han de llevar, más por mal y miedo que por bien ni premio.

La otra parte en que se divide este reino, es los Andes. Desta tenemos poca noticia, al menos de la tierra adentro. Es tierra montuosa, con los bosques espesísimos e intrincados; llueve en ella de ordinario, y así es humedísima y calidísima, de lo cual procede ser tierra más enferma y sin comparación que los Llanos y costa de la mar. Hay en esta tierra infinitas diferencias de árboles silvestres y muchas palmas, plátanos, cedros y piñas, que producen aquella fruta tan dulce y apetitosa y celebrada en el Perú. Hay mil diferencias de pájaros: hermosísimos papagayos, huacamayas, y otros géneros, pintados de varios colores. Críanse en ella animales bravos como son tigres, leones, onzas y culebras de

extraña grandeza. Sobre todo se planta y beneficia en esta tierra el árbol, que lleva aquella hoja tan preciosa de los indios llamada coca, y con cuya contratación y trajín tantos españoles han ido ricos a España a descansar. Esta coca tienen los indios para sus contentos y regalos, y la mascan y comen y, siendo ella de suyo amarga, les parece dulce y sabrosa. Los indios de estas provincias de los Andes son grandes flecheros, y hasta ahora no han recibido el bautismo, y así no pertenecen al gremio de la Iglesia, ni quieren dar la obediencia al Rey Católico ni ministros. Como es tierra pobre de lo que buscan los españoles, que es oro y plata, no entran a conquistarlos. Tiénese por cosa cierta e infalible que, si se atravesasen estas montañas y se caminase hasta doscientas leguas, se hallarían tierras y provincias de bonísimos templos, y llenas de gente vestida rica y aun doméstica. Estos indios andes cada día van disminuyéndose. Tendrá esta tierra del Perú, de que vamos tratando, desde la costa del mar del Sur hasta los Andes (y el río famoso que por ellos va, que algunos tienen por sin duda es el Marañón), de ciento y diez a ciento y veinte leguas. Estos Andes corren de la misma manera que la Sierra: de abajo arriba, por todo el Perú con grandísimas y espesas montañas, como está dicho.

CAPITULO IV

De las riquezas del reino del Perú

No hay duda sino que lo mejor, más florido y estimado de todas las Indias occidentales es el Perú, y el más rico y poderoso reino en oro y plata, que el día de hoy se sabe, en toda la redonda del mundo, porque cosa notoria es a todos los que han sido versados en historia, que, antiguamente, el reino de España fue tenido y apreciado por el más rico de todos los que se sabían, por la mucha abundancia de minerales de oro y plata que en España había. Así concurrieron de todas las regiones del mundo a España, y aun poblaron en ella, y los últimos fueron los visigodos, que repararon en ella, como la tierra más fértil, rica y colmada de todos los bienes necesarios a la vida humana. Pues, después que las Indias y especialmente el Perú se descubrió y conquistó, no hay nadie que ignore, cuánto se han crecido y aumentado las riquezas de España en el común perteneciente a las rentas reales, que son hoy tres veces dobladas, de lo que solían ser antes que las Indias pareciesen, pues en los particulares de duques, marqueses, condes, señores de vasallos, bien se saben sus rentas cuánto han sobrepujado y, por lo menos, se han doblado. Porque el que, ahora cien años, tenía veinte mil ducados de renta, tiene hoy cuarenta mil y cincuenta mil ducados y aun más. Pues los mayorazgos ricos y costosos que de nuevo se han fundado, y otros que se han añadido a los antiguos las riquezas sin número de los mercaderes y labradores, quién podrá contar lo que han crecido como espuma, de sesenta años a esta parte, que han empezado a ir de las Indias, o por mejor decir del Perú, las flotas cargadas de barras y de tejuelos de oro y ricas piedras preciosas porque, aunque es verdad que cada año van de Nueva España, Honduras, Yucatán, del Nuevo Reino de Granada, de Santo Domingo y demás islas, muchas naos cargadas, que llevan plata y oro y otras cosas de valor y precio, con que enriquecen hinchán a España. Pero es todo poco respecto de las barras y tejuelos de oro, que van en ocho o diez galeones, que cada año salen de Puerto Belo para España que, sin duda, son otros tantos millones, como parecerán claramente en lo que diré en este capítulo.

Este reino del Perú es el más rico de minerales de cuantos se sabe, porque casi se puede llamar todo él, en la Sierra, una mina de plata y de oro, pues en poquísimas provincias hay, que no haya noticia de haber minas de plata y de oro, o de otros metales, y muchas no se descubren porque los indios las encubren, a causa que los españoles, en labrándose y beneficiándose, han de hacer asiento en sus pueblos, y todo ha de ser con daño y menoscabo de los indios. A la verdad, no se engañan en ello, porque el español es fuego que todo lo abrasa donde está, y reciben dellos mil molestias y vejaciones. Otras minas, aunque se han descubierto, no se labran ni cultivan, respecto de la falta que hay de indios y la disminución en que cada día van, y no querer los virreyes darlos para todas las labores. otras minas se dejan de labrar, porque al principio descubren poca plata, y a la mayor parte son hombres pobres los que las bebefician, y no quieren gastar sus haciendas en ellas y perderse. Muchas, si se siguiesen, darían grandes riquezas en lo hondo, porque práctica es de mineros, que la mina, desde veinte y cinco estados adelante, descubre la abundancia de plata que está encerrada en las venas de la tierra, y que, la que en la superficie la da, en lo hondo se desvanece, y así, si todas las minas que hay en el Perú se cultivasen, sería tanta la infinidad de plata que della se sacase, que como las piedras se estimaría.

Las minas que se benefician son las de Choclococha, en la ciudad de Castro Virreyna; las de la Villa Rica de Oropesa, fundada por el virrey don Francisco de Toledo, de azogue; las de Carabaya, del más rico y subido oro que se sabe en el mundo, aunque entre el de Tibar famoso; las de Oruro, nuevas, riquísimas; las de Porco, las de los Aullagas, las de Potosí, villa imperial, donde está el más célebre y mentado cerro que en toda la redondez de la tierra se sabe, y que hasta los confines del oriente, de septentrión y mediodía se trata de sus riquezas. Allá es sublimado por la mina más abundante, y de donde más plata se ha sacado de cuantas desde la creación del mundo acá se han labrado, las minas de Caruma. Destas minas que tengo referidas, no tienen número, ni hay aritmético que alcance a contar y sumar las barras y tejuelos que se han sacado, y cada día se sacan y van a España, porque de Potosí, poco más o menos, se sabrá, que cada año por el mes de marzo suben de Lima dos navíos al puerto de Arica, que llevarán a lo menos arriba de seis mil barras. Entre año bajan en navíos más de otras seis mil del puerto de Chile; y de Arequipa bajarían más de mil barras antes de la tempestad, y bajarán con el favor de Dios de aquí en adelante, pues las viñas reverdecen que era su riqueza. De las demás minas de Oruro, Vilcabamba, Choclococha y de las demás ciudades de arriba, que bajan a la Ciudad de los Reyes por tierra, en Marrieros, en todo el discurso del año, no tiene cuenta las barras y reales y oro que todo va a dar a la Ciudad de los Reyes, adonde por el mes de abril se embarcan en cuatro o cinco navíos, que van a Panamá lastrados de barras, pues de Quito y de las ciudades de abajo como son Trujillo, Saña, Loja, Cuenca, Zamora, también sale mucha cantidad de oro y plata, y toda se embarca en Puertobelo con la que se envía de Panamá, que también es procedida del Perú, de manera que, quien quiere dijere que van cada año a España siete u ocho millones del Perú, no se alargará muchos. Esto así de las rentas reales de quintos y de alcabalas y derechos y de tributos de las provincias y repartimientos, que están encomendados en la Corona Real, como de mercaderes que van a emplear, y otros a vivir a España, dejado aparte que no hay año que para México no

salgan dos o tres navíos cargados de plata para emplear, que se aprecia en más de un millón.

Pues ¡qué reino hay hoy en el mundo, por rico, florido y poderoso que sea, que cada año eche de sí ocho millones y más en plata sola y oro, no en mercaderías! No me lo podrá señalar nadie; y más que queda rico, queda abundante y no se hecha de ver la saca ni falta, porque cada día se saca más de las minas. Es cierto que, si por cuatro o seis años se pusiera estanco en ello y se prohibiera la saca, pudieran los mercaderes y hombres ricos hacendados del Perú enladrillar sus casas de barras y los templos con chapas de oro, y si la majestad del Rey don Felipe, nuestro señor, no tuviera guerra ni tan excesivos gastos fuera de sus reinos con moros, turcos y herejes, pudiera juntar más y mayor tesoro sin comparación, que el rey David dejó a su hijo Salomón; y todos los reyes del mundo juntos no tuvieran tanta plata y oro y perlas y piedras preciosas como él solo. Si de España no se sacara a reinos extraños ocultamente y aun públicamente la plata y oro, no hubiera en ella hombre pobre; y aun con todo eso: es el más rico y poderoso reino de los de Europa y África y aun de Asia, en los que conocemos y palpamos.

Las mercaderías que cada año vienen de España, de México, de la China, a este reino del Perú, también son causa de enriquecerle, pues pocos hombres hay en el Perú que no vistan seda y oro; digo poco, sino ninguno, con bordaduras y recamados. Demás desto, aumentan sus riquezas las infinitas crías que hay en todo el reino de ganado vacuno y ovejuno y de cerda, que más barato sin comparación se come en el Perú la carne que en España, y más en abundancia, pues los ganados de la tierra, que he dicho en el capítulo precedente, tan necesarios para el trajín de las mercaderías, que el Collao vale un carnero de carga ocho pesos y diez, y lleva ciento y cincuenta leguas y doscientas dos botijas de vino. En ellos se transportan de unas partes a otras el maíz el trigo, la harina y las cosas necesarias, pues un carnero de Castilla, en todo el Perú, en las partes más caras no vale un ducado, y en Castilla vale dos y más. Las cabras, de que se hacen en diversas partes infinitos cordobanes, son en tanto número como los átomos del sol. Los obrajes que hay en todo el reino, de paños muy buenos, que se hacen en Quito, y se traen a Lima, Cuzco y Potosí y de Guanuco. Otros hay de sayales y jergas. Las crías de caballos y mulas, repartidas por todos los lugares de la Sierra y de los llanos, y las que suben del reino de los caracas de Quito, son infinitas, de manera que un caballo vale muchos menos en el Perú que en España y una mula. Las sementeras de trigo son tantas y tan colmadas, que no se pasa en el Perú hambre: Antes, de todos los valles de Santa, Trujillo y Saña se cargan cada año navíos para Panamá de harina, pues la copia que se coge en estos mismos valles de azúcar, de miel, de sebo, de manteca, cordobanes, y se lleva a Panamá, a la Ciudad de los Reyes y lo mismo en otros muchos valles del reino. Se coge infinita azúcar alrededor de Guamanga, en el valle de Abancay y Casinchigua, que está en la provincia de los aymaraes y quichua, en Amaybamba y Quellabamba, pues la cogida de vino en el valle de Yca y de La Nasca en Camaná, los Majes y Victor quién niega que sea de las más ricas del mundo; pues Yca y La Nasca, que porveen a la Ciudad de los Reyes, y los valles de abajo hasta Quito y aun a México, no hay duda sino que dan cada año más de trescientas mil botijas de vino. Arequipa daba antes de la ceniza casi otras tantas en sus valles de Victor y Siguan. Los olivares, que cada día van en más aumento, no son de

las cosas de menor importancia, que hacen crecer cada día más las riquezas deste reino del Perú.

De suerte que qué se puede pedir para ser un reino rico, poderoso y abundante, mas de las cosas que están referidas, y que cada día se aumenta, y fáciles de llevar de un cabo a otro, porque, en tierra, mediante los carneros de carga que tengo dicho, y las gruesas recuas de mulas, todo se lleva y transplanta. Por la mar bien se sabe cuán seguros tiene los puertos, y cuántos en todos los lugares que están en la costa, y la facilidad con que se hacen los navíos en Huayaquil, en Panamá y aun en el Callao de la Ciudad de los Reyes, y cuán fuertes y ligeros y mejores de vela, que todos los del mundo. Así es fácil llevar de unas partes a otras las mercaderías y bastimentos.

Sólo le falta al Perú seda y lino, para con ello tenerlo todo de sobra, y no haber necesidad de mendigar ni esperar nada de otro ningún reino ni provincia del mundo (porque hierro, si lo buscasen, sin duda, hallarían minerales dello), y seda y lino, si las plantaran, se dieran en cantidad increíble. Así la tierra y su disposición y fertilidad no tiene la culpa de haber mengua dello, sino los moradores que la habitan, que no se dan a ello, pues fuera fácil sembrarlo y cogerlo, y aun hilarlo y tejerlo.

Una riqueza que nos quedaba que referir, y la más principal, de quien penden todas las demás deste reino, y que sin ella todas se han de deshacer y consumir, se va poco a poco disminuyendo. Estos son los indios dél, que por ocultos caminos se menoscaban y cada día parecen menos, y en los llanos, como ya dije, no hay que hacer caudal de ellos. En la Sierra, donde se han conservado mejor, también se van acabando, especialmente en los lugares y pueblos donde van a la labor de las minas. Dios lo remedie como puede, que si ellos faltan, toda la riqueza y abundancia de barras, de tejuelos y de las demás cosas que tengo referidas en este capítulo, se acabarán y fenecerán, pues ellos las crían, conservan, cultivan, labran, multiplican, trajinan y sustentan, y de ellos pende el ser y fundamento del reino que, aunque son como la estatua que vio Nabucodonosor, de diferentes metales: oro, plata, cobre, hierro, los pies eran de barro, y en deshaciéndose los pies, cayó y se deshizo la estatua. Si estos pies de barro faltaren, caerá toda la máquina del reino del Perú. Dios lo conserve, amén.

CAPITULO V

Del gobierno que hoy tiene el reino del Perú

Tiene la Majestad real en el Reino del Perú un lugarteniente suyo con título de virrey, y que representa su persona y autoridad real con amplísimos y bastantes poderes, para gobernar el Reino en paz y justicia y en las ocasiones de guerra, en tierra y mar, que se ofrecieren, para hacer mercedes de encomendar indios, y dar repartimientos a los que se hubieren señalado en el servicio de su Rey, y a los descendientes de los conquistadores y descubridores del Reino. Da los oficios y corregimientos de indios y de españoles y demás justicias necesarias al gobierno. Reparte indios para las labores y de las tierras, sementeras y estancias, crías de ganado mayor y menor, tiene de salario cuarenta mil

pesos ensayados, y cuarenta alabarderos con su capitán y teniente que asisten cerca de su persona, y le acompañan, siendo servido, acatado y respetado en todo el Reino conforme la persona real, porque así por sus reales cédulas lo manda el Rey y que sea recibido. Es superior a cuatro o cinco chancillerías, como son la que reside en Panamá, y la que está en la Ciudad de los Reyes, y en la provincia de Quito, y en la Ciudad de la Plata en la provincia de los Charcas, y en el Reino de Chile, donde en lo que toca al gobierno pende dél solo, y a él se acude a las mercedes de oficio y a todos los negocios que se ofrecen. Reside en la Ciudad de los Reyes, como en la mayor, más suntuosa y poblada del Perú. Sustenta una casa de tanto gasto y ser, como cualquiera de los más grandes de España, en aparato y servicio de criados y todas las cosas concernientes a lo que representa.

Ha sido siempre notable el cuidado que han tenido los Reyes Católicos de España, desde que se descubrió este Reino, en enviar a él visorreyes cristianos y celosos del aumento de la fe católica, y que se divulgue y propague el Evangelio, y de la conservación de los naturales del Reino, junto con el servicio de su Rey.

El primero que fue, Blasco Núñez Vela, un muy notable caballero natural de Ávila, veedor de las guardias de Castilla, por cumplir las ordenanzas y leyes, que la Majestad cesárea del Emperador don Carlos hizo para el bien de los indios, pacificación y buen gobierno del Reino, vino a morir en Quito a manos de los tiranos, que les pesaba que en el Reino hubiese justicia ni se guardase, siendo su capitán Gonzalo Pizarro.

El segundo Visorrey fue don Antonio de Mendoza que, habiéndolo sido de la Nueva España, pasó al Perú. Persona de grandísimo celo y cristiandad, el cual murió en breve; y en su ausencia brotó la rebelión de Francisco Hernández Girón.

El tercero fue don Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete y guarda mayor de Cuenca, que, en tres años que vivió, ordenó el Reino, que tan alborotado e inquieto estaba con las tiranías y revoluciones pasadas, disponiendo las cosas, de manera que, después acá, no ha habido alzamiento de consideración, y la Ciudad de los Reyes la empezó a ennoblecer, y dio principio al ser que hoy tiene.

Sucedióle en el oficio don Juan de Velasco, conde de Nieva, caballero de grandísima prudencia y valor.

El quinto fue don Francisco de Toledo, comendador de Acebuche, del orden militar de Alcántara, hermano del conde de Oropesa, que gobernó el Reino trece años, desde el de mil y quinientos y sesenta y ocho, hasta el de ochenta y uno. Visitóle personalmente la mayor parte de él. Funda la Villa Rica de Oropesa. En las minas de Potosí dio nuevas órdenes y trazas para el beneficio de los metales por azogue, dejando las fundiciones que se usaban de antes, con que añadió a la riqueza del Rey y Reino millones de pesos, y ha sido de manera que las barras, que antiguamente se hacían y eran de docientos y cincuenta pesos ensayados, ya no bajan de quinientos y aún más. Finalmente dispuso y ordenó el gobierno del Reino para españoles e indios con tanta prudencia, rectitud y celo, que hasta la fin del mundo durará su memoria en el Perú, mediante las ordenanzas que compuso, que están por la Majestad Real mandadas guardar.

El año de mil y quinientos y ochenta y uno, vino al Perú don Martín Enríquez, caballero principalísimo, natural de Zamora, después de haber muchos años sido virrey en México. Vivió en el Perú casi dos años, habiendo sido padre de pobres, viudas y huérfanos, y gastado toda su hacienda en remediar necesidades, en casar doncellas y vestir desnudos, y por su fin le sucedió don Fernando de Torres y Portugal, caballero muy noble y de gran autoridad y, sobre todo, muy cristiano, que gobernó cuatro años.

Después, el de mil y quinientos y ochenta y nueve, entró en el Reino don García Hurtado de Mendoza, que luego heredó el marquesado de Cañete a su hermano don Diego, hijo de don Andrés Hurtado de Mendoza, que había sido virrey en este Reino, el cual por mandado de su padre, siendo de solo veinte años, fue al Reino de Chile, alborotado y diviso, cuando los indios de Arauco la primera vez se alzaron, matando a Pedro de Valdivia, su conquistador y gobernador. En tres años que allá estuvo, sosegó y pacificó y allanó a los indios con prudencia de viejo, y valor y bríos de mozo, se suerte que casi fue adorado de ellos, y le vinieron a llamar San García. Rigió este Reino siete años, perfeccionando muchas cosas que lo requerían, y dando autoridad a la justicia.

Tras él, vino de México donde había sido virrey, don Luis de Velasco, caballero del hábito de Santiago, hombre de gran autoridad, prudencia y rectitud, y que con notable suavidad gobernó el Reino, sin queja de nadie.

El décimo vizorrey fue don Gaspar de Zúñiga y Acevedo, conde de Monterrey, que primero gobernó en México, varón de grandísima prudencia y piedad, verdaderamente cristiano y merecedor del señorío de un mundo entero, el cual, sin duda, pusiera el Reino del Perú en todo el extremo de justicia y rectitud posible, remediando millones de abusos, si la muerte no le impidiera los pasos, con general lástima y sentimiento de todos los buenos, a poco más de un año que entrara en el Perú.

Sucedíole don Juan de Mendoza y Luna, marqués de Montesclaros y del Castillo de Bayuela, del hábito de Santiago, que también vino de México, del cual no se pueden tener al presente menos esperanzas de cristiandad y justicia y rectitud, que de cualquiera de sus pasados, que más en el Reino se aventajaron.

Todos estos vizorreyes, el principal intento que han tenido y tienen después del aumento de la fe católica romana y servicio real, es el bien, conservación y crecimiento de los indios naturales del Reino, haciendo cada día y ordenando nuevas leyes y establecimientos, que todas tiran al favor de los indios, y a que sean desagraviados y amparados de las personas que viven entre ellos, y sólo atienden al pro y utilidad suya, y enriquecer, y así cada día se les van relevando multitud de cargas pesadas, que la codicia de muchos había introducido.

El último que hoy gobierna y es virrey, es don Francisco de Borja, del hábito de Santiago, príncipe de Esquilache y conde de Mayalde, y de la cámara de su Majestad, que su raro entendimiento y ejemplar vida prometen la felicidad de su gobierno.

CAPITULO VI

Que prosigue el gobierno de justicia que hoy tiene el Perú

No contenta la Majestad del rey de España, de haber puesto en el Perú un teniente y visorrey suyo que, representando su persona, atienda al gobierno dél, amparando los indios, y defendiendo la tierra y la mar de los incursos ordinarios de corsarios enemigos de nuestra santa fe católica, que quisieran sembrar entre estas nuevas plantas la cizaña de sus condenadas sectas, para mayor muestras, de su santo celo, y el cuidado que tiene en su pecho del bien de los indios y exaltación de la justicia, ha puesto en el reino del Perú, en los lugares más cómodos y aparejados, y donde habría más concurso de negocios, Audiencias y Chancillerías, como las que tiene en España, en la insigne ciudad de Valladolid y en la famosa de Granada. La más principal y de más nombre y autoridad es la que reside en la Ciudad de los Reyes, cuyo Presidente y cabeza es el Virrey que tenemos dicho, y a quien, por fin y muerte de los virreyes, pertenece y toca el gobierno del reino en todos los negocios que los virreyes pueden: de hacer mercedes de rentas y de encomiendas, de oficios, y corregimientos y todo lo demás concerniente al bien del reino, como la Majestad Real lo tiene declarado por sus cédulas. A causa de alguna disensión entre las demás Audiencias ha habido en la vacante por muerte del conde de Monterrey, pretendiendo cada chancillería gobernar su distrito, y así es la Audiencia de los Reyes, la suprema en todo el Reino. Hay en ella ocho oidores y un fiscal, que despachan todos los negocios civiles de justicia, que concurren y vienen de todo el distrito en grado de apelaciones y por remedio de los agravios que los jueces inferiores les hacen. Demás destos oidores, hay tres Alcaldes de Corte con su fiscal, que atienden a las causas criminales del distrito de la Audiencia, y al castigo de los delitos que se cometen, con grandísima vigilancia y rigor. Muchas veces, en casos arduos y que requieren castigos ejemplares, suelen algunos de los oidores y Alcaldes de Corte salir a las ciudades y villas del distrito a hacer justicia, y la hacen con brazo poderoso y temido, y cada día va cobrando la justicia y sus ministros más fuerza y poder, porque al principio estuvo flaca y poco temida, a causa de las revoluciones y tiranías deste reino.

Tienen los oidores, Alcaldes de Corte y fiscales, cada uno, tres mil pesos ensayados de salario, con que pueden sustentar sus personas y casa con la decencia que el oficio que tienen pide, sin tener necesidad de otras cosas.

En la ciudad y provincia de Quito está otra Audiencia y chancillería, que tiene un Presidente y cuatro oidores; y comprende un distrito muy extendido, hasta la gobernación de Popayán, y de salario cada oidor dos mil pesos de oro, suficientísimos para su gasto y de su casa, por ser tierra barata y abundante de todas las cosas necesarias. En la ciudad de Panamá, que es la escala principal para pasar de los reinos de España al Perú, también hay otra audiencia y chancillería con su presidente y cuatro oidores, sujetos al virrey del Perú, y tienen de salario a dos mil pesos. En la ciudad de la Plata, de la provincia de los Charcas, hay otra Audiencia con su presidente y cuatro oidores, que tienen de salario a cuatro mil pesos ensayados, y acuden a ella de la gobernación de Tucumán y de Santa Cruz de la Sierra, en grado de apelación, y aun del Paraguay. En

todas estas Audiencias se despachan las provisiones con nombre y título del Rey, y sellándolas con el sello de las armas reales.

Tiene Su Majestad en todas ellas, para el bien despacho y refugio de los indios, un protector general y un letrado y un procurador general, que tienen sus salarios muy cumplidos. Los indios, que de sus pueblos bajan o van a las Audiencias a los pleitos de sus cacicazgos, o con sus encomenderos o sobre los rérminos y pastos, o a querellarse de sus corregidores de los agravios que les hacen, hallan amparo y abrigo, y son favorecidos y con la mayor brevedad posible despachados, porque su protector, abogado y procurador no entienden en otra cosa sino en acudir a sus pleitos, y los oidores los prefieren en todo, viendo primero sus causas que las de los españoles; y de las provisiones y procesos no consienten se les lleven derechos excesivos, de manera que todo el estudio y diligencia de los ministros reales es atender al bien y utilidad de los indios y a su acrecentamiento, y así no se podrán con razón quejar de que no se les hace justicia, y no son mirados como pupilos y menores de los reyes de España. Es cierto que gran parte de las rentas que el Rey saca del Perú, se gastan en salarios que se dan a los ministros que en él tiene para la defensa del reino y justicia, todo tirando a este blanco de amparar los indios y favorecerlos.

Demás desto en todas las provincias del Perú, que son muchas, hay puestos corregidores para los indios, con sus salarios competentes; y se entiende que suben los corregimientos de indios de setenta y más. Estos se proveen por los visorreyes en personas celosas de su bien, los cuales a sus antecesores toman cuenta del dinero de los indios que han entrado en su poder, de los bienes de sus comunidades que están en la caja como en depósito para, cuando se les ofrecen necesidades, se les acude con las cosas necesarias. En estas cajas se recogen los tributos y tasas que los indios pagan por sus tercios de Navidad y San Juan, y los corregidores pagan lo primero a los sacerdotes, que los doctrinan y sacramentan, los salarios que tienen señalados, y luego a los encomenderos y feudatarios lo que les pertenece, y después, a los curacas de los indios su parte por el trabajo que han tenido en cobrar de los demás indios y traer a la caja real los tributos, y conforme los indios tienen, así es el salario que se les da, fuera de los servicios personales con que les acuden los indios sujetos. Los curacas que gobiernan a los indios en la cobranza de las tasas, son los mismos que en tiempo del Ynga tuvieron el mando y señorío, y sus descendientes lo van continuando con título y merced, que para ello se les hace por el virrey. Para ello hacen sus informaciones como sus padres y abuelos fueron curacas en el tiempo de los Yngas, y así se prosigue el gobierno por los mismos que los rigieron antiguamente. Demás que cada indio paga un tomín ensayado para el hospital y los pobres, el cual, después de junto, el corregidor con asistencia de sacerdote y cura y su aprobación, compra las medicinas que son menester, y se reparten a los pobres y enfermos para su regalo.

En las residencias llama el nuevo corregidor a los curacas e indios particulares, para, si han sido agraviados, pidan su justicia y manifiesten en qué se sienten damnificados. Estos corregidores corren los pueblos de su distrito, que son muchos, y oyen de justicia por todos ellos a los indios que se querellan de sus curacas, y a los pleitos graves que entre ellos hay, que sus alcaldes no pueden determinar, porque también hay alcaldes de indios,

que se eligen cada año con sus regidores y alguacil mayor, que hacen justicia en las causas que no son de mucho peso y dificultad, porque éstas se remiten a los corregidores, los cuales son también en sus distritos protectores de los indios. En cada ciudad de españoles del reino y en las villas hay su protector con muy buen salario, que acude a los pleitos de los indios dellas, y los favorecen, y tiene su juez de naturales, electo por el cabildo y regimiento, que siempre es un caballero de edad y experiencia, que conoce de sus causas, de suerte que, en todo el reino, el Rey y sus ministros el principal cuidado con que viven es mirar el bien y conservación de los indios con más diligencias que el de los españoles.

No se piense que de parte de los Reyes de España es todo codicia y sacar dineros del Perú, que cierto lo más de sus rentas se emplean en amparar a los indios, que, sin duda, fueron venturosos en haber caído en las manos y señorío de los católicos reyes de España, de donde les ha venido tan inestimable bien para sus almas, que si en otros reyes cayeran, los cuales vemos enbuecos en heregías, sin duda fuera lastimoso y triste su estado, y la perdición de tantas almas como cada día se ganan y salvan en el Perú, fuera caso y negocio sin remedio alguno. Los tributos que los indios pagan están dispuestos con toda la suavidad posible por el virrey don Francisco de Toledo, porque, conforme la disposición de la provincia, así, son, que en la abundante de oro, la mayor parte pagan en oro y, si lo quieren conmutar en plata, pueden, y la provincia que tiene mucho ganado o cantidad de comidas, de maíz y trigo en ellas, pagan la mayor parte de los tributos y, en ello se mira su utilidad, de suerte que en todo se han dispuesto sus cosas con la menor carga posible.

CAPITULO VII

De cómo los primeros religiosos que pasaron a la conquista deste reino occidental del Perú, fueron los de la Sagrada religión de Nuestra Señora de las Mercedes, Redención de cautivos, y del fruto que en él hicieron con su doctrina y predicación

Antes que trate del gobierno espiritual deste reino del Perú, quiero poner aquí quiénes fueron los primeros religiosos, y los que plantaron la fe con su buena doctrina y predicación y, aunque por ser tan averiguado que la parte en causa propia suele dejarse llevar de el amor propio, como cada día nos lo muestra la experiencia, por esto, y por otras razones que por la prolijidad no expreso, quise pasar en silencio quiénes fueron los primeros religiosos que en la conquista deste reino del Perú se hallaron, y los que la fruta temprana (de árboles hasta entonces infructíferos, y de quien siempre se tuvo poca esperanza que la llevase con tanta abundancia) ofrecieron al cielo. Pero, acordándome de que, preguntándole a un filósofo cuál fuese la mayor hazaña que un hombre pudiera hacer en este mundo, y de su respuesta tan célebre cuan digna de memoria, pues con sobrado acuerdo respondió: que el menosprecio del amor propio, fue fuerza que con esto me animase, prometiendo hacerme hazañoso en este caso, llevando por blanco la verdad de que no fuera posible apartarme, por ser tantos los que la saben, que pudieran con facilidad condenar mi atrevimiento. De lo que es ser testigo me desisto, porque al fin es causa propia. Seránlo aquellos que, acordándose de que no sólo los religiosos de mi Santa

Orden de Nuestra Señora de las Mercedes pretenden ser redentores de los cuerpos, pasando tantos trabajos restauradores de las almas, dan mil gracias a Nuestro Señor y a su benditísima Madre que, así como tuvo el hijo, natural redentor, quiere que los adoptivos gocen deste nombre.

Estos, pues, y todos los que tuvieron o tienen alguna noticia del tiempo en que se descubrió este reino occidental del Perú, son buenos testigos de que los primeros que pasaron a plantar el Santo Evangelio en él, fueron los religiosos de Nuestra Señora de las Mercedes, entre los cuales florecieron los muy reverendos Padres Fray Sebastián de Ricafonte, Fray Martín de Miranda, Fray Tomás Galdín, Fray Lorenzo Galindo, Fray Sebastián de Castañeda, Fray Miguel de Orennes, Fray Francisco Jiménes, Fray Juan de Roa, Fray Alejo Daza, Fray Andrés Vela, Fray Miguel Moreno, Fray Antonio de Ávila, Fray Juan Pérez, Fray Gabriel Carrera, Frai Melchor Hernández, autor del catecismo de la lengua, que se mandó imprimir en el Concilio de Lima, y otros muchos religiosos, cuyos nombres no los pongo aquí, porque serían infinitos, aunque también he alcanzado a saber de muchos antiguos deste reino, que entre estos varones apostólicos se halló nuestro Padre Fray Francisco de Obregón, que por su gran celo fue Provincial desta provincia del Cuzco, que es lo menos que mereció su virtud y religiosa vida.

Juntos, pues, estos varones ilustres, viviendo en un alma y un corazón en Dios, fundaron un convento, que fue el primero, fuera de los que habían fundado en los pueblos grandes, ocho leguas del Cuzco, que comúnmente llaman la puente de Accha, y los indios, Cusi Pampa. Moviendo Dios sus corazones, acordaron cuán poco fruto se podía hacer viviendo en comunidad, y que así será bien para su santa pretensión el repartirse por aquellas provincias. ¿Quién con esto deja de traer a la memoria la repartición que los apóstoles hicieron, para cumplir el precepto que nuestro Maestro Christo les dio de que predicasen el evangelio por todo el mundo?. De aquí, sin duda, les nació esta determinación, tomando ejemplo de los primeros apóstoles. Estos, que podemos llamar segundos en la predicación y primeros en toda esta tierra, después de repartidos conforme se había determinado en sus juntas, donde se puede presumir que presidió el divino espíritu, empezaron, en nombre del Señor, a hacer el fruto que después se verá, dando luz a aquellas almas que estaban sumergidas en el abismo y tinieblas de la idolatría.

Con aspereza llevaron, al principio, aquellos indios de las provincias comarcanas la predicación del Evangelio, o por ver que se les vedaban todas supersticiones y vicios, o porque el demonio, que en sus oráculos respondía pronosticando su perdición, les amonestaba que no lo recibiesen. A todo esto sobrepujó el buen ejemplo y santa vida destes religiosos, pues siempre procuraron predicar más con obras que con palabras, por lo cual se bautizaron muchos, recibiendo la fe tan de veras, que ya se juntaban el día del Santísimo Sacramento, la Semana Santa y las demás fiestas principales con todos los religiosos a celebrarlas, acudiendo con gran devoción y puntualidad, en particular a las disciplinas y procesiones que en tales días se hacen, quedando desde entonces con esta costumbre, teniéndolo más por regalo que por penitencia. De manera que en muy breve tiempo todas las provincias comarcanas del Cuzco recibieron el santo Evangelio de tal modo, que ya con gran fervor acudían a la iglesia a oír misa de que fueron muy devotos y, aun viendo la vida que aquellos santos varones hacían, dieron en hallarse en muchas

particulares disciplinas y en otros ejercicios espirituales, llevados del buen ejemplo que es el que más suele mover los corazones. Con esto, y con la predicación continua, en la cual fueron puntuales siempre, comenzaron a bautizar gran número de gente, de la cual tuvieron noticia de muchas idolatrías que quitaron, derribando huacas, sepulturas, adoratorios y mochaderos, quitando muchos abusos de sueños, cantos de aves, alaridos de perros y otros innumerables, que hasta el día de hoy les duran a algunos. Hubo predicador que con su doctrina fue poderoso, para que los indios destas provincias y, en particular, chilques y mascas y chumbivilcas, que al presente son doctrinas desta sagrada religión, de sus propia voluntad manifestasen muchos ídolos que estaban ocultos, en quien éstos adoraban, y donde el demonio respondía. En lugar dellos tomaron gran devoción a la cruz y, en particular, en la conquista de la ciudad del Cuzco, por haber sucedido un milagro con una, como se dirá a su tiempo, la cual está en la iglesia mayor, y hace muchos milagros, y con la sacratísima Reina de los Ángeles, patrona y señora nuestra, y con el bautismo y agua bendita. Este, según tradición, fue el Padre Fray Sebastián de Ricafonte.

Por esto, y por otras cosas, se echará muy bien de ver el celo con que estos santos varones entraron a predicar el santo Evangelio, pues, no contentos con publicarlo entre la gente que ya estaba de paz, entró el Padre Fray Diego Martínez, que antes fue clérigo y después de esta sagrada religión, a los chunchos, indios de guerra, y doctrinó en las provincias de Pariamona y Paitite y Collao y Lucapas apostólicamente, sin interés de salario ni de otra cosa alguna, corriendo por todas ellas. Traía un carnero de la tierra de diestro, sobre el cual llevaba el ornamento, por desocupar las manos para el cáliz y crismas. Entre esta gente estuvo algunos años, en los cuales, querer significar el fruto que hizo, sería comenzar otro libro de nuevo. Después de esto, por su devoción, movido del celo y de la obediencia, a instancia de nuestro muy reverendo Padre maestro Fray Juan de Bargas, primer provincial destas provincias del Perú, entró segunda vez, donde bautizó infinita gente, y entre ella a Turano, principal y cacique de todos los chunchos. Resultó desta ida, por haber puesto así en los pueblos como en los caminos cruces, y haber reducido tanta gente a la fe, que, no pudiéndolo sufrir, el demonio les persuadió por sus huacas a que lo echasen de aquella tierra como lo hicieron, dándole escolta de gente, porque los demás no le hiciesen daño, con orden de que lo dejasen en el pueblo de Camata, que es al entrar de los chunchos. Parece que fue permisión divina, pues, estando en aquel lugar este varón santo, vino a ser causa que los españoles, que entraron por los Andes del Cuzco, con los que entraron por este dicho pueblo, encontrándose en la tierra dentro de los chunchos, por sus necias porfías no se matasen. Entre esta gente iban por capellanes del Real el Padre Fray Miguel de Trujillo y Fray Juan Montesino, de mi sagrada religión, que como había pocos de los demás, eran siempre capellanes, aunque después hicieron tan gran fruto los religiosos de la orden de los Predicadores, los del seráfico Padre San Francisco, los de nuestro Padre San Agustín, y los de la compañía de Jesús, que sería menester un entendimiento angélico para poderlo contar. Sólo diré cómo son los jardines, que, plantados en el Perú, dan flores agradables para el cielo, y por parecerme que con esto habrá noticia del reino del Perú, trataré en el capítulo siguiente de las demás provincias.

CAPITULO VIII

De cómo los religiosos de la orden del hábito de Nuestra Señora de las Mercedes fueron, después de haber conquistado y predicado el Santo Evangelio en este reino del Perú, a las provincias y gobernaciones de Santa Cruz, Tucumán, Paraguay y Reino de Chile

Qué poco se cansan los cuerpos en cuyas almas el Señor habita, y qué pocas veces se contenta con lo poco. Dígolo, porque, habiendo hecho los santos varones religiosos de la orden de Nuestra Señora de las Mercedes así en este reino del Perú, como en las amplísimas provincias de Pariamuna, y en la del gran Paititi, en los chunchos tanto fruto (pues hubo religioso que solo bautizó más de veinte mil almas, de lo cual hay bastante información, y se llevó a la católica cesárea del emperador nuestros señor), con todo eso, nunca desmayaron estos santos religiosos, como verdaderamente lo fue, pues ninguna entrada hicieron los españoles, donde no fuesen los primeros religiosos desta sagrada religión, y no sólo en las partes referidas y cercanas deste dicho reino del Perú, sino también en tierras tan remotas como son Santa Cruz de la Sierra y Paraguay, adonde entraron cuatro religiosos de santa vida e inculpables costumbres, que fueron el santo Fray Juan de Salazar, Fray Christóbal Albarrán, Fray Juan García de Vargas y Fray Diego de Porras, sólo con blanco de establecer la santa fe entre gente tan bárbara y ajena de ella.

Comenzaron su predicación con tanta instancia, habiendo convertido y bautizado gran número de gente. Padedieron tantos trabajos cuantos lengua humana no sabrá significar, pues, como estos religiosos anduviesen repartidos, no dejando parte ninguna destas provincias (que ahora son gobernaciones) donde no predicase, empezó el demonio como perro rabioso a persuadir a los indios, que al Padre Fray Juan de Salazar le quitasen la vida del cuerpo, porque era el que más almas le sacaba de entre las manos. Como fuese posible que todos viviesen, recibido el Santo Evangelio, y el demonio, que con muchas persuasiones instaba, y ellos que, por ser inclinados al mal, habían menester poco, llenos de crueldad, estándoles predicando, con diversos géneros de martirios le quitaron la vida, dándola el bendito santo y mártir por bien empleada, pues confesó a grandes voces obrecerla por Christo Nuestro Redentor. Después de muerto, cocido y asado, le comieron el santo cuerpo, y por el mal intenso y por la ofensa que hicieron a Dios, fue servido que, todos los que probaron y comieron del santo cuerpo, reventasen. Los demás que quedaron con vida, como vieron ser cosa divina y permisión del cielo, desde entonces tomaron grandísima devoción al santo hábito de la Madre de Dios y a sus siervos, a los cuales en toda aquella tierra, en viéndoles, se hincan de rodillas, y los adoran como a cosa divina, dando golpes en los pechos, no sólo a los religiosos desta sagrada religión, sino también a los demás y sacerdotes. Tomando por costumbre abrirse las coronas como ellos, lo cual usan el día de hoy, aunque en el cerebro traen el cabello colgando como antiguamente lo usaban, pareciéndoles que con esto agradaban a Dios, llamándoles tupa, que quiere decir Dios.

Hay gran suma hoy en día bautizados, y tienen cruces en algunas partes y en muchas a manera de iglesias, y piden con grandes ansias entre religiosos, y en particular desta sagrada religión, que bien parece haber dejado documento en toda la tierra aquel santo varón, pues hoy en día hay memoria entre ellos de su buena vida y martirio, que, por cierto, tuvieron gran descuido los españoles que en aquella ocasión se hallaron, en no

hacer informaciones para canonizar este santo mártir, aunque, por otra, los escusa el insufrible trabajo que con la continua guerra tuvieron de nuestra parte. Tampoco fue posible por entonces, por ser tierra tan remota deste dicho reino, y estar la mayor parte de guerra. Pero aquel Señor, por cuyo amor padeció, tuvo cuidado de canonizarle en el cielo, que se echa de ver por lo arriba referido. Los demás religiosos quedaron administrando los Santos Sacramentos por todas estas provincias, donde fundaron monasterios, que el día de hoy permanecen, y por muchos años no hubo otros, sino desta sagrada religión, hasta que después entraron los padres de la Compañía de Jesús, que con celo santo han predicado y predicán, haciendo el fruto que en todo el mundo se sabe. Destos cuatro religiosos que hemos dicho, el uno que fue el Padre Fray Diego de Porras, determinó de pasar a los reinos de España, como pasó, llevando relación y mapa de estas provincias y gobernaciones al Rey nuestro señor Filipo II, donde así por sus trabajos, como porque tuviese descanso en la vejez, le dio Su Majestad (como quien tan bien supo premiar los buenos) cierta renta en la caja de Potosí, con que cómodamente pudiera pasar lo que le restaba de la vida. Murió obispo electo del Paraguay, sin poder gozar de esta segunda merced que Su Majestad le hizo.

No quiso Dios, como quien todo lo ve y con poderosa mano lo provee, que otras partes, donde jamás se vio sacerdote ni sacramentos, quedasen sin este bien, y parece que, aunque ya habían pasado a este reino del Perú religiosos de otras órdenes, donde todos ellos han hecho en él el fruto referido, por ser de mi sagrada religión los que solicitaban que no quedase parte ninguna donde no se plantase la fe, les cabía el ser los primeros establecedores de ella.

Faltaban con lo que ya queda dicho por conquistar las provincias de Tucumán y Paraguay, pero no faltaron religiosos de esta sagrada orden de Nuestra Señora de las Mercedes, que se ofreciesen a padecer trabajos y poner la vida por la predicación del santo Evangelio, y así, los primeros que pasaron al Tucumán fueron nuestro Padre Fray Gonzalo Ballesteros, que después fue provincial, el Padre Fray Tomás de Santamaría y el Padre Fray Juan de Escobar, con otros religiosos de muy santa vida y ejemplo y, tomando las armas de la predicación, bautizaron tanta gente, que en breve tiempo estaba reducida a la fe casi toda la gobernación, donde fundaron muchos monasterios que permanecen el día de hoy, de donde es Nuestro Señor servido que, así en ellos como en los de este reino del Perú y en todas las doctrinas que esta sagrada religión tiene, se coja fruto de bendición. No quiero ponerme a contar los que tenemos cada uno de por sí, porque fuera gran prolijidad; sólo sé decir, que es tan grande el cuidado que nuestros padres vicarios generales y provinciales tienen en poner gente idónea que administren los santos sacramentos a los indios, cuanto no puede ser más, hasta poner en estas provincias y gobernaciones de Tucumán y Paraguay sólo un provincial, para que las rijiese y gobernase con más vigilancia y cuidado: de los cuales fue el primero el Padre maestro Fray Pedro Guerra, de quien dejo en silencio muchas cosas que aquí podía referir de su buena vida y ejemplo, y el mucho fruto que en estas gobernaciones ha hecho, y hace así con su predicación santa a los españoles, como en el gobierno grande, que con sus religiosos ha tenido así en lo temporal como en lo espiritual, como ha sido en los conventos y doctrinas, pues ha habido religioso que puso en ellas, que doctrinó y bautizó más de quince mil indios, como es los humaguacas y calchaquíes, y en otros pueblos en

donde ha asistido. Este fue el padre Fray López Valero, que fue provincial en aquella provincia.

Ya sólo queda la provincia de Chile, que en la conquista ha sido la postrera, pero no la peor librada, pues los primeros que entraron en ella fueron dos varones de gran ejemplo, cuyos nombres no es bien que se entreguen al olvido; el uno fue el Padre Fray Antonio Rondón Sarmiento, y el otro el Padre Fray Francisco Ruiz. Estos dos religiosos se ocupaban en bautizar a la gente, que en la guerra se bautizaba cautiva, industriándola primero en las cosas de la fe, y a otros que de su voluntad venían de paz a recibirla, por lo cual tomaron los indios de guerra gran ojeriza con el Padre Fray Antonio Rondón, porque, cuando los españoles quitaban la vida a algunos indios, ellos como astutos los escondían para que los demás no desmayasen. Todas las veces que este religioso lo alcanzaba a ver, a grandes voces les decía "mengo, mengo", que quiere decir escóndelo. Así pedían a los españoles con gran encarecimiento les diesen aquel viejo gritón que así lo llamaban ellos. En esta provincia también fundaron monasterios, y es provincia de por sí, que ha sido mucho, con tan insufribles guerras, permanecer como el día de hoy permanecen. De otros muchos religiosos y monasterios de muy sagrada religión, pudiera dar razón. Por lo dicho se echará muy bien de ver, para honra y gloria de Dios Nuestro Señor y de su bendita Madre la Virgen Santa María, Patrona y Señora Nuestra de las Mercedes, cómo fueron sus hijos los primeros religiosos que pasaron al Perú, y primeros en la predicación del santo Evangelio por todas sus provincias. No sin misterio he puesto estos dos capítulos en este libro de esta historia general del Perú, que alguno le pareciera escusado y, antes me escusara, si echara de ver que leyendo la santa vida que los religiosos desta sagrada religión, y viendo el fruto que en todo él y en todas las ciudades y pueblos hicieron los ancianos, procuráramos hacer los presentes otro tanto, movidos del buen ejemplo y animados con el premio que Dios promete, a los que, como valerosos soldados en vencimiento de los infieles, pelearan hasta el fin. De donde se infiere tener tanta devoción estos naturales a la Reina esclarecida de los ángeles, fundadora del hábito de Nuestra Señora de las Mercedes, como gente socorrida (pues sus marchitas esperanzas han comenzado a florecer), desde que los libró esta divina Señora de las estrechas y angustias de sus tribulaciones, trasplantando de aquellos desiertos montes de su infidelidad a los jardines de la santa iglesia de Christo, cuyas pisadas de religión seguirá esta su sagrada orden, mientras durare el mundo, mediante el favor y gracia de Nuestro Señor Jesuchristo y de su Santísima Madre, Señora y Patrona Nuestra, para gloria suya y ensalzamiento de su santa iglesia católica y de su sagrada religión. Bien se verifica que será esto así, pues no hay en todo este reino convento desta divina Señora que en todos ellos no haga infinitos milagros, como se dirá cuando se tratare de los dichos conventos.

CAPITULO IX

Del gobierno espiritual que hay en el reino del Perú

No ha sido el cuidado de los católicos Reyes de España en el bien espiritual de los indios menor que en el temporal, pues, sin duda, en el primero, concerniente a la utilidad de sus almas, han sido siempre vigilantísimos, y dado señales evidéntísimas de Reyes, no sólo

católicos sino cristianísimos, con un celo piadosísimo de la conversión de los indios, que tan sobre los ojos, como a hijos muy regalados y tiernos, tienen. Porque a esta nueva grey de Jesucristo, porque a los Sumos Pontífices les ha sido encargado, han enviado de ordinarios pastores santísimos, y que sólo han atendido al interés espiritual y la ganancia de sus almas, olvidados de las temporales de hacienda y riquezas. De ningún prelado del Perú se ha dicho ni notado cosa fea ni que desdijese de la obligación de su dignidad y oficio; antes, todos han trabajado y sudado en dar muestras de verdaderos padres de los indios y, merecedores del nombre apostólico que tienen. Recibiéndolos ordinariamente con afabilidad y amor, y tratando como a hijos y procurando, cuando ha sido de su parte, que no sean vejados y molestados.

Gobiérnase el Reino del Perú, en lo espiritual, por dos arzobispos metropolitanos, que residen en la Ciudad de los Reyes y la Ciudad de la Plata. El de los Reyes tiene por sufragáneos el obispado de la ciudad del Cuzco, Arequipa, Guamanga, Trujillo, el de Santiago y la Imperial, en el Reino de Chile, el de Quito y Panamá; de todos los cuales acuden con las causas pertenecientes al fuero eclesiástico, en grado de apelación, a la Ciudad de los Reyes, donde el Arzobispo tiene un provisor y vicario general y juez de apelaciones que las ve, prosigue, determina y sentencia. Todos estos obispos y arzobispos reconocen y obedecen al Sumo Pontífice Romano, como a cabeza universal de la Iglesia, sucesor del Príncipe de los apóstoles San Pedro y Vicario de Jesucristo en la tierra. Del Perú se interponen apelaciones a él, y se siguen ante su nuncio apostólico que reside en España, a quien están subordinados, las causas del Perú e indias. De los sufragáneos de la Plata se dirá al tiempo.

El Arzobispo y obispos, cada uno en su diócesis, atienden con grandísima vigilancia a extirpar y deshacer los ritos, supersticiones y ceremonias que los indios antiguamente usaban, y a castigar los ministros, que el demonio procura entremeter con todo secreto, y sacarlos y arrancarlos de entre estos nuevos sembrados, porque no ahoguen las plantas que van cada día creciendo. Tienen todos sus distritos señalados y el sustento y rentas proceden y salen de los diezmos, los cuales, como la tierra va ya cada día en aumento, y las heredades, viñas, estancias y crías de ganado, también las rentas crecen y se multiplican. El Arzobispo y obispos, en todas las partes y ciudades de españoles y en las provincias de indios, tienen constituidos vicarios, con comisión de conocer de algunas causas que no son graves.

En los pueblos de indios hay puestos sacerdotes, curas que administran los santos sacramentos, confiesan, bautizan, entierran y casan a los indios. Unos de estos curas están en un pueblo solo, y en algunos hay tres y cuatro curas, conforme el número de indios que los habitan, y otros tienen a su cargo dos, tres y cuatro pueblos, atendiendo a la gente, y la distancia que hay de unos pueblos a otros, que todo se ha dispuesto y concertado con la mejor comodidad de los indios. A estos sacerdotes se les da, su estipendio sufficientísimo por su trabajo, con cargo de decir dos misas en la semana, por la conversión de los indios, el cual se saca de la gruesa de los tributos, primero que cosa ninguna, y así ellos son ante todos pagados y satisfechos. Por la administración de los sacramentos no llevan cosa ninguna a los indios, ni por los enterrar, ni las sepulturas, porque ellos hacen a su costa y trabajo las iglesias para oír misa. Cuando no pueden

enmaderarlas y cubrirlas, el Rey católico les ayuda y, hace que sus encomenderos les ayuden con dinero para los oficiales carpinteros y albañiles. Las iglesias se hacen conforme a los pueblos, y algunas son tan grandes y suntuosas que pueden competir con las catedrales. Son a lo más ordinario servidas con mucha decencia y cuidado, porque tienen sus sacristanes y sus cantores, con maestro de capilla y de escuela, indios que enseñan y cantan y tocan chirimías y flautas y cornetas y bajones. Hay entre ellos muy buenas voces, y por este servicio que hacen a la iglesia, son reservados de pagar tributo y de acudir a las minas y a otros servicios personales. Así el culto divino cada día se va celebrando con más devoción, piedad y reverencia.

Los curas de los indios están siempre con cuidado en destruir los vicios, que entre ellos renacen, de idolatría, embriaguez y sensualidad, apartándolos de ellos con amonestaciones, sermones y castigos y, en los negocios graves, dan cuenta a los obispos para que los remedien. Tienen sus fiscales indios de confianza, que juntan los indios e indias los domingos y fiestas y otros días señalados, a que oigan la doctrina christiana, y a los muchachos, cada día, para que no la pongan en olvido; y así los indios ordinarios van aprovechando en la religión, de suerte que se va perdiendo la memoria de los ritos antiguos; y ya estuviera del todo extinta, si se hubieran entresacado los indios viejos y viejas en quien se conserva. Frecuéntanse ya las confesiones, y muchos indios christianos y entendidos en los misterios de nuestra fe, y recogidos en sus costumbres, reciben el Santísimo Sacramento de la Eucaristía con mucha devoción, y los jubileos e indulgencias los procuran ganar con grandísima alegría. De suerte que, por la diligencia y estudio de sus curas, el demonio va perdiendo de su jurisdicción, y la bandera de Jesuchristo extendiéndose.

El Arzobispo y obispos salen y visitan muy de ordinario sus anchas y extendidas diócesis, corriendo y viendo ocularmente los pueblos e iglesias y los bienes de las fábricas y hospitales, remediando agravios, deshaciendo abusos y dando leche de doctrina a sus ovejas, y administrando el Santísimo Sacramento de la confirmación como ministro dél, y corroborando y fortaleciendo en la fe católica estos nuevos christianos, y alegrando a sus ovejas con la presencia del pastos principal, y haciéndoles limosnas. El que más se ha señalado en esta visita personalmente, entre todos los prelados de las Indias, fue don Toribio Alfonso Mogrovejo, natural del Principado de Asturias, segundo Arzobispo de la Ciudad de los Reyes y sucesor de don Fray Gerónimo de Loaysa, primer Arzobispo, y el que tantas muestras dio de prelado docto, prudente y sabio en las revoluciones del Perú, y por cuyo consejo y ayuda los Virreyes gobernaron, y aun el licenciado Pedro Gasca que allanó el Perú, que siempre le tuvo a su lado. Don Toribio, que le sucedió, fue increíble el cuidado y solicitud que tuvo en la visita de sus ovejas que, con ser tan grande y extendido su distrito, le visitó cinco veces todo, sin dejar pueblo pequeño ni grande que no viese, y con sola su persona y con ánimo infatigable, no perdonando caminos agrios y fragosos. Jamás descansó, entrando a provincias de indios no conquistados, de los cuales fue recibido y reverenciado con amor de verdadero padre de ellos. Estos viajes nunca los hizo con aparato y gasto de bestias y cargas, sino como un clérigo particular, por excusar trabajo y fastidio y carga a los indios; es cierto que pasaron de más de seiscientas mil almas las que confirmó por su persona. En medio de estas peregrinaciones, vino a rendir el alma a Dios en la villa de Saña, a veinte y tres de marzo

del año de mil y seiscientos y seis, dejando vivo ejemplo a sus sucesores y demás preladados del Perú, para imitarle en todo.

De suerte que por los principales seglares y los eclesiásticos y sus ministros y coadjutores se atiende y mira con admirable solicitud el bien, utilidad y aumento de los indios en las almas y en los cuerpos. Pues del Sumo Pontífice Romano, aunque tan lejos y distante esté por la longitud de tierras, provincias, y mares que hay en medio, es sin duda, que en el amor paternal y en el celo de su conversión y salvación de sus almas, están conjuntísimos y los tiene delante de los ojos, encomendándolos cada día a Dios en sus sacrificios, y mandando que en toda la cristiandad se haga memoria de ellos, rogando a Dios los confirme en su santa fe, y les abra el entendimiento para conocer el bien que poseen con ella, y les han hecho y hacen mil favores y privilegios, atendiendo a su flaca naturaleza, reservándolos de muchos días de fiesta de la observancia dellos y de los ayunos, dejándoles sólo los viernes de cuaresma y el Sábado Santo y Pentecostés, y vigilia de la Natividad del Señor. Dispensando con ellos en grados prohibidos por la iglesia, para que se puedan casar en cuarto y tercero grado de consanguinidad y afinidad y en otros más estrictos, y concediendo facultad, para que sean absueltos de los casos reservados a la Santa Sede Apostólica, y enviándoles cada día jubileos e indulgencias, para enriquecer sus almas, y librarlas de las penas debidas en el Purgatorio por sus culpas, y otros mil indultos y privilegios como si los tuviese presentes. Ninguna cosa se le pide al Sumo Pontífice para las Indias y naturales della, que con grandísima benevolencia y amor no la conceda luego, abriendo el infinito tesoro que Christo Nuestro Señor Redentor dejó a su iglesia. Con suma liberalidad sea él loado y ensalzado en este nuevo orbe por infinitos siglos, amén.

Así si en el tiempo que sus Yngas y reyes los rigieron y gobernaron, fueron sustentados en paz, tranquilidad y justicia, y vivieron con seguridad y quietud, el día de hoy, que, debajo del mando y monarquía de los católicos reyes de España, más guardados, defendidos y amparados están, con un Rey tan celoso de su bien y tan piadoso y christianísimo, fuera de los castigos crueles y despiadados, que experimentaron de sus Yngas por pequeños delitos. Así es su estado de los indios del Perú más feliz y dichoso que el antiguo, puestos en carrera de salvación de sus almas, y viviendo debajo de leyes santas y justas, y gobernados por Padres amantísimos, que así se pueden decir los Reyes y Prelados que tienen.

CAPITULO X

De la gran ciudad del Cuzco y su descripción

Ya que hemos tratado en los capítulos precedentes de este libro tercero del origen y dependencia de los indios, de la disposición de las provincias del Perú, de sus riquezas, gobierno y trato, viene bien hagamos memoria de las ciudades particulares del Reyno, para tener más noticia dél. La que esta historia pudiera dar y, aunque el día de hoy la Ciudad de los Reyes, la principal, de más autoridad y ostentación de todo el Perú, por la residencia de los visorreyes, Audiencias, Arzobispo e Inquisición, y otras circunstancias

que la enoblecen todavía, me ha parecido hacer primero mención y tratar de la gran ciudad del Cuzco, pues fue Cabeza de estos reinos, y el día de hoy por privilegios reales tiene este título, y en las escrituras y contratos de los españoles la nombran con este renombre, y porque de ella salió toda la policía y urbanidad, que dieron los Yngas a las provincias que conquistaron, y en ella tuvieron su asiento, casa y corte y, en fin, fue cabeza de toda la monarquía de los Yngas.

Está asentada la ciudad del Cuzco diez y siete grados más allá de la línea equinoccial, en la Sierra, y en el medio y corazón de todo el Perú, en un lugar algo hondo y frío, donde los inviernos son las lluvias continuas y a veces grandísimas, que causan lodos. Refieren los indios que, antes que Manco Capac entrase en ella y la poblase, se llamaba Acamama, y que tenía moradores naturales, los cuales se jactan de su antigüedad y nobleza. Después que Manco Capac fundó en ella el principio de su monarquía, la puso por nombre Cuzco. Otros dicen que hubo otro Ynga, sin el que fue el primero, llamado Cuzco Huanca, que la conquistó, y le puso su nombre llamándola Cuzco Huanca y, porque en ella estuvo el templo más famoso del Perú, consagrado al Sol, la ciudad fue también consagrada a él y dedicada como cosa propia. Después el valeroso Tupa Ynga Yupanqui le añadió su nombre, diciéndola Tupa Cuzco, que significa cosa resplandeciente, aludiendo que, como él resplandecía y se señalaba entre todos los Yngas que hasta allí había habido. Así la ciudad del Cuzco, sería señalada y estimada en todo su señorío. Otros difieren diciendo que, por ser consagrada al Sol, la llamaron Cuzco, porque este nombre significa cosa resplandeciente en la lengua quichua. De cualquiera manera que ello sea, fue la ciudad más rica de tesoros de oro y plata, que hubo en el Perú, y la más famosa y temida dél, y donde hicieron su asiento los Yngas. La población no fue muy extendida, pero grandísima en el número de gente que en sí encerrava, porque en cada casa había tres y cuatro moradores; y así era un hormiguero de gente. La causa fue, que de todas las provincias del Reino concurrían a ella como patria común, de la manera que el día de hoy la villa de Madrid; de todos lo Reinos de la majestad del rey de España concurren a ella a negocios, pleitos y pretensiones; así al Cuzco, en tiempo de su monarquía, los moradores della fueron la gente más ilustre y cortesana de todo el Perú, por ser yngas orejones, todos de casta real. El lenguaje, el más puro y acendrado del Reino, y en él se habló la lengua quichua con la mayor elegancia y pulidez que en ningún pueblo. Los edificios antiguos dél fueron hechos de piedra de cantería: labradas con sumo artificio y trabajo, por no tener los ingas los instrumentos que en Europa se usaban, para componer y cortar las piedras. Las calles eran angostas.

Engrandeció mucho esta ciudad el templo famoso y tan celebrado de Curicancha que, como dijimos, quiere decir "corral de oro", por la riqueza de oro y plata que en él había, los muchos ministros y sirvientes que atendían al servicio del Sol, a quien era dedicado, y la infinidad de ídolos y huacas que en él había y en otros templos de menor nombre. También el edificio de la fortaleza, que está en un lugar alto y eminente, sin duda, da muestras del ánimo generoso y real de los Yngas, porque las piedras que están en sus cercas y torres de tan disforme grandeza, que apenas la imaginación alcanza cómo allí pudieron ser traídas de fuera, pues no tenían bueyes ni carretas, ni la disposición del lugar consentía poderse traer. Es de suerte que todos los edificios modernos que después se han hecho en la ciudad por los españoles, han salido de la piedra de allí, aunque a las piedras

grandes y toscas no han llegado, por no poder llevarlas a otro lugar sin costa excesiva e infinito trabajo de los indios. Otra fortaleza tiene esta ciudad, más abajo de ésta, que la enseñorea, la cual hizo el virrey don Francisco de Toledo, con ánimo de que hubiese en ella presidio y guarnición para defensa de la ciudad, y después ha parecido no ser necesario, y es habitación y morada de don Melchor Carlos Ynga, bisnieto de Guaina Capac, de quien tenemos hecha mención.

Esta ciudad dividió el Ynga Manco Capac en dos parcialidades: una dicha Hanan Cuzco y otra Hurin Cuzco. La primera significa Barrio de arriba, y la segunda Barrio de abajo. A este tono y traza, hizo la división en todo el Reino, que hay en los pueblos y repartimientos dos parcialidades: una de hanansayas y otra de huripisayas. Los orejones e indios que vivían en la parte de arriba, y eran Hanan cuzcos, fueron siempre más en número, más ricos y estimados que los de Urin Cuzco. Las calles estaban repartidas con estos nombres: la principal y mayor se decía Capac aylo, porque en ella vivían los del linaje del Ynga y los más favorecidos y allegados. La segunda se llamo ynacapanaca. La tercera Cuzco panaca; la cuarta ancayllipanaca, la quinta vica quirau panaca. Todas estas calles tenían sus capitanes, todos del linaje de los Yngas, unos descendientes de unos Yngas, y otros de otros. Mandó que ninguno pudiese entrar en la ciudad después del sol puesto, ni salir della antes que el sol se mostrase, porque así se supiese y conociese quién entraba y salía, como ya queda dicho en la vida de Manco Capac. Tuvo esta ciudad una plaza grandísima y, por serlo tanto, está hoy dividida en dos, y en medio una calle dividida, que por el un lado y el otro tiene muchas casas y tiendas de mercaderes, y han quedado dos plazas medianas de muy buena proporción, la una llamada Aucay Pata, donde está la iglesia mayor, a un lado y al otro la iglesia de la Compañía de Jesús. La otra plaza se llama Cusipata, que significa Plaza de Regocijo, porque allí se lidian los toros y juegan cañas. En ella está el convento de Nuestra Señora de las Mercedes, que fue el primero que se fundó en el Cuzco, y las casas del Corregidor y Cabildo.

Entrambas plazas tienen hermosos portales de piedra, donde la gente se recoge cuando llueve. En tiempo que poseyeron esta ciudad los Yngas y el día de hoy, era esta plaza y plazas el mercado público de los indios, donde había infinitos y los hay, que traían a vender de fuera sus mercaderías de ropa de cumbi, y ahuasca y de algodón, hilados de pelos de vicuñas, volatería, de caza, carne. Vendíase otro cazabe, oro, plata, cobre, plomo. Allí estaban los boticarios, que traían yerbas para curar, y los médicos. Hoy se venden las mismas cosas y, sobre todo, la coca tan estimada de los indios, en cestos y por menudo, y regaladísimas frutas de Castilla y de la tierra, traídas de partes lejanas, de manera que es abundantísima de todos los mantenimientos necesarios a la vida humana. Las aguas que tiene y tuvo el Cuzco, no son para desechar, porque la de Colque Machacuay, que significa culebra de plata, y está fuera del Cuzco, encima de la parroquia de Santiago, es dulcísima, sabrosa y delgada. Dicen se llamó este nombre, por haber visto allí un Ynga dos culebras muy grandes, como queda ya dicho en el capítulo ochenta y nueve del primer libro. Otra fuente tiene y fuentes el Cuzco de muy regalada agua, que se trae en caños de fuera de la ciudad, y dicen Ticatica. Sin éstas hay otras de aguas salobres, que para el servicio de las casas, y para hacer la chicha, que es bebida ordinaria de los indios, es muy apropiada. Leña no la alcanza en cinco leguas a la redonda, y así se padece necesidad, porque se trae del valle de Yucay, que es regaladísimo y fertilísimo de

todas las frutas de Castilla, donde se dan los duraznos, peras y manzanas en tanta multitud, que se pudieran cargar flotas de ellas.

Esta ciudad, el día de hoy, tiene Iglesia Catedral, donde hay obispos y prebendados, dignidades, canónigos y racioneros. El obispado era de los más ricos de renta del Perú, hasta que se dividiesen los obispados de Arequipa y Guamanga. Ha tenido siempre prelados de grandísima integridad de vida y celosísimos del bien de los indios. El primero fue don Juan Solano, el segundo don Sebastián de Lartau, que hoy en día le llaman el santo obispo. El tercero, don Fray Gregorio de Montalvo, del orden de predicadores, doctísimos entrambos en letras sagradas. El cuarto, don Antonio de Raya, prelado severísimo en castigar delitos. El quinto don Fernando de Mendoza, también severo, y de la Compañía del nombre de Jesús.

Hay Corregidor, que provee su Majestad desde España, y siempre han sido caballeros de mucha calidad y de hábitos y prudencia. El Cabildo elige cada año dos alcaldes: uno, de los vecinos y feudatarios, y otro, de los ciudadanos, que llaman de los soldados, y también juez de naturales, que sólo atiende al bien de los indios y a determinar sus causas. Hay alcaldes de la Hermandad, que corren su distrito, castigando los delitos que en el campo y despoblados se cometen por la gente baldía y holgazana. En esta ciudad poblaron, al principio, los vecinos más ricos y de más nombre de todos los conquistadores, y así hay en ella ochenta feudatarios, señores de encomiendas, y con situaciones en repartimientos de indios y en la caja real de mercedes, que Su Majestad les ha hecho por los servicios de sus padres y abuelos, que conquistaron el Reino. Entre ellos muchos caballeros de noble sangre y calidad con hábitos, hacendados y riquísimos. Pertenecen a la jurisdicción del Cuzco y a su distrito, diez y ocho corregimientos de indios, como son el de Andaguailas la grande, el de Aymaraes y Quichuas, Parinacochas, y Pumatabos, Abancay, Cotabambas y, Umasaiuas, Chumvibilcas, Chillques y Masques, Villcabamba, el de Yucay, el famoso de los Andes, el de Quiquijana, de Canas y Canchis, y los dos del Collao, de Omasuyo y de Urcusuyo, y la de Caja y otros.

Hay en esta ciudad para su bien espiritual seis conventos de religiosos, uno de Santo Domingo, que está fundado en el lugar donde fue el famoso Templo del Sol, y donde se deservía al Hacedor del mundo, dando la honra a él debida, a su hechura hoy es ensalzado y honrado el Omnipotente Dios; dos conventos de San Francisco, uno de la observancia y otros de descalzos, otro dedicado al gran doctor de la Iglesia Agustín; otro hay, famosísimo de Nuestra Señora de las Mercedes, donde está una imagen de la Soledad, que hace muchísimos milagros, como es patente a todos. Otro de la Compañía de Jesús, donde se lee gramática y casos de conciencia, y en el de Nuestra Señora de las Mercedes, gramática, artes y dos lecciones, cada día, de Teología. Hay un colegio-seminario, que fundó el obispo don Antonio Raya, donde se crían muchas plantas, para que salgan de allí a la predicación del Evangelio. Demás destes, dos monasterios de monjas, uno de Santa Clara, antiquísimo, y de grandes siervas de Dios, otro de Santa Caterina de Seria que, huyendo sus monjas de la destrucción de la ciudad de Arequipa, donde habían fundado, se recogieron a esta ciudad, donde fueron amparadas y ayudadas del obispo don Antonio de Raya, que gastó en ello muchos millares de ducados, y todo el común y caballeros de la ciudad. Hay un hospital de indios con muy gruesa renta, donde se curan cuantos allí

entran. Hay otro hospital de españoles, que fundaron los montañeses, y sustentan a su costa y con su limosna cada año huérfanas y dando de comer a los pobres de la cárcel. Rodean el Cuzco siete riquísimas parroquias de indios: de San Sebastián, San Blas, San Cristóbal, Santa Ana, Belén, Santiago y Nuestra Señora de la Candelaria, que es la del hospital, las cuales se dan ordinariamente a cantores famosos que las sirvan, y con muy gruesos estipendios, que acuden a la iglesia Catedral, la cual siempre ha sido la más célebre y de mejor música de todo el reino, aunque siempre trae competencia con la Ciudad de la Plata.

Es gloria ver los indios del Cuzco con cuánta devoción acuden a sus sermones y a oír misa todos los días, a frecuentar los santos sacramentos de la confesión y eucaristía, y ganar jubileos, fundando cada día cofradías con título del Niño Jesús y de Nuestra Señora y de otros santos, haciendo sus fiestas con gran decencia y solemnidad, dando de comer a pobres los días de ellas, de suerte que, donde tuvo su nido y asiento la idolatría, y el demonio su trono más levantado, hoy es reverenciado, temido y adorado el nombre dulcísimo de Jesucristo, y su fe católica y Evangelio promulgado, creído y recibido. A él sea la honra; Amén.

CAPITULO XI

De las fiestas que se hicieron en la ciudad del Cuzco al nacimiento del Príncipe don Phelipe, año de mil y seisientos y seis

(Falta.)

CAPITULO XII

Que prosigue las fiestas que hicieron en la ciudad del Cuzco

(Falta.)

CAPITULO XIII

De la Ciudad de los Reyes y su descripción

En segundo lugar habrá de entrar la descripción de la noble Ciudad de los Reyes, aunque primera en grandeza, majestad, multitud de gente y concurso, de todo el reino, lo uno por su asiento y población, y lo otro por la residencia continua de los visorreyes desde que se fundó. Así acuden de todas las ciudades y provincias de más de trescientas leguas arriba y abajo a ella, y se puede llamar madre y patria común.

Antes que esta noble ciudad se fundase, el Marqués don Francisco Pizarro, bajando de la ciudad del Cuzco, pobló en el fertilísimo valle de Jauja una ciudad, dándole vecinos y

encomenderos, encomendando en ellos los indios comarcanos, y estuvo algunos días en ella y después, habiendo tenido noticia del puerto del Callao y de el Valle de Lima, de su temple, abundancia y fertilidad, convidado de lo que le decían, pasó a verlo y, contentado en extremo, dio principio a la Ciudad de los Reyes, llamándola así, por haberla empezado día señalado de la Epifanía del Señor, trasplantando los moradores y vecinos de la otra ciudad, que estaba en jauja, a ella, como más apacible y llana, y que había de ser la mayor y más rica y, poblada del Perú. Tiene por armas esta nueva colonia tres coronas reales, y encima una estrella en memoria de su nombre y contemplación de lo tres Reyes Magos. Está la ciudad puesta en un llano espaciosísimo, descubierta por todas partes, sin tener cerro que la rodee ni le sea impedimento para gozar, desde el punto que el sol se muestra en el oriente, hasta que se oculta en la mar. Por una parte tiene el río, nombrado antiguamente de los indios Rimac, que significa el que habla, por el grandísimo ruido que trae cuando viene de avenida. Nace este río en la cordillera de Pariacaca con bien poca agua, y después se le van juntando arroyos y acequias, que descienden de las sierras que, con no haber desde el lugar de su origen hasta la mar más de veinte y cinco leguas, cuando pasa por junto a la ciudad en el estío, va tan extendido y hondo, que es imposible vadearse ni aun atravesarle dos tiros de mosquete. Así tiene hecha una puente de maravillosa obra de cal y canto y ladrillo con nueve arcos, por donde pasa el río con un curso velocísimo. Deste río se saca una acequia tan grande y tan ancha, que se puede llamar río, la cual corre dividida en dos partes por todo el ancho y espacioso Valle de Lima. Con el agua de esta acequia se riegan las chacaras de todos los contornos en más de dos leguas, porque agua del cielo es rara y no suficiente, para engrasar y empapar la tierra. Así, con el agua que desde el río se saca por un lado y otro, se crían los panes, que son infinitas las haciendas y heredades que se han fundado, y cada día se van aumentando en los alrededores de esta ciudad, y así se coge infinito número de trigo, sin temer los labradores hielos ni heladas.

El temple desta ciudad es caliente y húmedo, y así aparejadísimo para generación y crecimiento de las plantas. Cuantos géneros se ponen en todo el Valle, se dan abundantísimamente, de suerte que los moradores de esta ciudad en ninguna cosa desean las frutas regaladas de España, porque hay uvas de mil diferencias, higos, duraznos, peras, albaricoques, melocotones, membrillos, camuesas, manzanas, nueces, melones, calabazas, ciruelas, pepinos, aceitunas, en grandísima abundancia, de que hacen aceite, sin los demás géneros de frutas de la tierra que son muchas y muy regaladas. Por los meses de diciembre, enero, febrero y aun marzo, suelen ser los calores y soles ardentísimos; pero remedianse, que desde medio día para abajo corre el viento sur de hacia la mar tan suave y regalado, que mitiga la furia del sol, y los hombres regidos y concertados, no corren riesgo en la salud, como los que tienen poco cuidado en la conservación de su vida, y se distraen con excesos en las comidas. Las mañanas y tardes son muy apacibles, y así es muy saludable en aquel tiempo pasarse por el pueblo. Los edificios de la ciudad no son muy suntuosos, a causa de no haber cerca de ella canteras, donde poder sacar piedra para ellos, y así son de adobe, y algunos de ladrillo, y los techos llanos, aunque algunos enmaderados por no usarse teja. Como no temen la furia de los aguaceros, vasa cada día extendiendo esta ciudad, especialmente lo que mira al oriente, que se espera vendrá a ser tan grande como cualquiera de las populosas de España. Las calles son anchas y espaciosas y cuadradas, de manera que no hay ninguna mayor que

otra. De la otra parte de la puente está otra población, tan grande que casi se puede llamar otra ciudad. Dícenla la Nueva Triana, a imitación de la Sevilla, y cada día se va aumentando con nuevos edificios y casas, y hay en ella todos los oficios; y como está allí el matadero y rastro, muchos vecinos gustan de habitar en ella.

Tiene esta ciudad una plaza cuadrada y tan bien dispuesta y llana, que en España no se sabe de gira mejor. Está delante la iglesia mayor, por una parte, y, por otra, las Casas Reales y Palacio, morada de los virreyes; y a una esquina, las casas del Cabildo y por los dos lados llena de portales, donde asisten los escribanos y los jueces de provincia, que son los alcaldes de Corte, que conocen allí de causas civiles y, los ordinarios, y, a otro lado, tiendas de mercaderes y oficiales, y de la esquina principal de la plaza que llaman de los mercaderes, salen dos calles, las más ricas que hay en las Indias, porque en ellas están las tiendas de los mercaderes, donde se vende todas las cosas preciosas y de estima, que Inglaterra, Flandes, Francia, Alemania, Italia y España producen, labran y tejen, porque todas las envían y van a parar a esta ciudad, de donde se distribuyen por todo el Reino, de suerte que, cuando el hombre pudiere desear de telas, brocados, terciopelos, paño finos, rajadas, damascos, rasos, sedas, pasamanos, franjones, todo lo hallarán allí a medida de su voluntad, como si estuviera en las muy ricas y frecuentadísimas ferias de Amberes, Londres, León, (en Francia), Medina del Campo, Sevilla y Lisboa. Así es tanto el concurso que hay de gente y negociantes en estas calles, que no caben a andar por ellas, y se hallarán allí de todas las naciones de Europa y de las indias, de México y de la gran China, que, como dicho es, traen lo más rico y de valor que hay en sus tierras, para sacar las barras de plata y tejuelos de fino oro de este Reino.

Hay sin ésta, otra calle de oficiales plateros españoles y, con ellos, muchos indios, donde se venden ricas cadenas de oro, cintillos de esmeraldas, rubíes y camafeos, ricas piezas hechas de piedras preciosas, anillos, pinjantes, punzones, collares, cintos, aguamaniles, jarros, salvillas, bernegales, fuentes, saleros y otras piezas de oro y plata grabadas, que no hay más que pedir el pensamiento. Que los oficiales de los demás oficios sastres, calceteros, jubeteros, cederos, tintores, zapateros, silleros, herreros son infinitos, y todos ricos y siempre con obra que hacer, porque es cierto y, sin duda, que los gastos que en esta ciudad se hacen de vestidos y aderezos de hombres y mujeres, en fiestas y regocijos, son tantos, tan excesivos y ricos, que no creo hay ciudad en España que le iguale, porque así se gasta la seda, brocado, tela y terciopelo y el oro y franjas, como antiguamente se gastaban los paños en España y aún con más ánimo. Y no sólo en esto, sino en todos los aderezos de caballos, de mulas, de carrozas se hace con tanta pompa y majestad, como si la plata y oro brotara cada año con las plantas, y se sembrara para que se multiplicara. Así se hecha de ver en los alardes y reseñas que ordinariamente se hacen en esta ciudad, para ejercitar la gente de ella y tener aprestada, cuando se ofreciere, que con ser continuos no hay hombre que salga sin vestido de seda, y muchos con cadenas de oro al cuello y cintillos en los sombreros ricos, que todo es indicio del menosprecio en que tienen el oro y plata. Hay en esta ciudad sobre veinte mil piezas de esclavos negros y negras, traídos de Guinea y nacidos en ella, infinito número de indios de los Llanos y de la Sierra, oficiales de diversos oficios, que ayudan a los españoles, y que vienen a ella a negocios y pleitos. En los aderezos y vestidos imitan notablemente a los españoles, y se tiene por negocio, sin duda, que encierra en sí esta noble ciudad más de cuarenta mil

personas de todos estados y condiciones. Con ser la tierra de suyo tan fértil y abundosa, y el valle tan grande, no es suficiente a dar lo necesario para ella, porque de Cañete, del Valle de Guaura, de la Barranca, de Chancay, de Santa y aún del Reino de Chile, le meten a millares las hanegas de trigo de Trujillo y Saña, miel, azúcar, conservas, jabón, sebo y cordobanes, de la villa de Yca y de la Nasca infinito número de vino, que viene a ser muy abastado y llena de todas las cosas que ha menester, sin que jamás se sienta falta. Carne no los cría por el temple, pero desde Quito le traen infinita multitud de vacas, sin que las que se crían en los contornos de la ciudad, e cuatro o cinco leguas de ella, carneros de Bombón, veinte leguas de la ciudad, donde no hay suma que los pueda numerar, puercos de diferentes partes y tocinos, los mejores del Valle de jauja. En la plaza principal y en otras de menor nombre, se venden todas las cosas que se pueden desear, sin que nada falte. Pescados de la mar son tantos y tantas la suerte, que cada día entra de diez y doce leguas arriba y abajo de la costa, que la cena más ordinaria de la ciudad es pescado, ya que pobres y ricos se satisfacen con él, y la cuaresma suele ser tan regalada de él y de las comidas de aquel tiempo, que tiene fama en el Reino y aún en España.

De agua tiene sobra, porque de un nacimiento y manantial que hay una legua de la ciudad hacia el Oriente, se trae encañada y se reparte en la fuente principal, que está en la plaza, que mandó hacer el virrey don Francisco de Toledo, y en las Casas Reales y en todos los conventos y hospitales y en muchas partes de la ciudad en fuentes y caños, de más de la que en acequias pasa por todas las casas limpiándolas. La leña tiene a tres leguas de la ciudad pero, aunque esté lejos, son tantos los esclavos que ganan para sus amos jornales en el acarreto de ella, en caballos y mulas, que, sin duda, deben de entrar cada día por la puente casi dos mil bestias cargadas de leña para guisar, y de cañas para calentar los hornos; y así sobra siempre comida en los bodegones y mesones y pastelerías para los pobres forasteros que allí se recogen. Pues cosas de regalos, de dulces y conservas las hay en gran multitud por las calles y las tiendas, y de la misma manera que en Sevilla y en las ciudades frecuentadas de España, se venden por las calles, así en esta ciudad, creciendo cada día más, de modo que es comparada con la famosísima Sevilla.

Cada día, al reir de alba, entran en ella cincuenta y más carretas que vienen del Callao, que está dos leguas, muchas recuas cargadas de mantenimientos de pan, vino, azúcar, miel, sebo y otras cosas, que todo se consume y gasta dentro, sin que cosa tocante a bastimento se saque de la ciudad para otras partes, sino sólo las mercaderías, que como tengo dicho, de aquí se reparten para las ciudades de todo el Reino, como de madre común que viste sus hijos e hijas. Como en esta ciudad hay tanta multitud de gente de todos oficios, el año de mil y seiscientos y seis, a las fiestas que celebró del nacimiento del príncipe don Felipe nuestro señor, las dividieron para solemnizarlas más aventajadamente por todos los oficios de regocijo y solemnidad, con diferentes invenciones, trajes y libreas. Así fueron los gastos mayores que ninguna ciudad, y las más célebres fiestas y miradas del reino a la cual, y a su orden y trazas asistió el muy noble caballero don Diego de Portugal, alcalde que era aquel año, y todas se hicieron por su industria consumadísimamente, sin que cosa que pudiese desdorar hubiese en ellas, ni faltase regocijo e invención, que fuese causa de mayores que ninguna ciudad, y las más célebres fiestas y mifeción que se deseaba.

CAPITULO XIV

Que prosigue las cosas notables de la Ciudad de los Reyes

Por ser tan difusa y larga la descripción y cosas que hay en esta Ciudad de los Reyes que considerar, me pareció dividirla en dos capítulos, para poderlas distinguir mejor, aunque se haya de enfadar el lector de ello.

Reside en esta ciudad, como hemos dicho, el Virrey, lugarteniente de el Rey Católico de España, y desde ella gobierna todo el Reino del Perú, y a él acuden de las ciudades y provincias así españoles como indios. Él provee los oficios y corregimientos de las ciudades de españoles y de las provincias de indios, él encomienda repartimientos, él hace mercedes, él nombra generales de mar y tierra, y dél penden los negocios, y en general sustenta su Corte, que bien se le puede dar este nombre con mucho aplauso y majestad como de la persona que representa.

Hay en esta ciudad la Chancillería, que dijimos, con dos salas de civil y ocho oidores, que despachan los negocios de justicia con mucha rectitud y justicia, y otra sala hay de tres alcaldes de corte, donde se castigan los delitos que se cometen en el distrito de la Audiencia, y estos mismos alcaldes de corte tienen su juzgado de provincia, que llaman para negocios civiles, y los alcaldes de la ciudad electos por el Cabildo. Hay dos alguaciles mayores, uno de corte y otro de la ciudad, y su juzgado de difuntos, cuyo juez mayor es un oidor cada año, corriendo por su turno.

Ha puesto el Rey dos compañías, una de sesenta lanzas y otra de cuarenta arcabuceros a caballo, para juarda de esta ciudad. Las lanzas tienen a ochocientos pesos ensayados y los arcabuceros a cuatrocientos de paga.

Tiene su asiento en esta ciudad el Arzobispo della, juez metropolitano a todos los que dijimos, y valdrá su renta sobre treinta mil pesos ensayados. La iglesia Catedral que ahora se va haciendo con grandísima suntuosidad, gasto y riqueza, al modelo y traza que la de Sevilla, dedicada al glorioso San Juan Evangelista, y la mayor parte de ella está ya acabada. Tiene sus dignidades, canónigos y racioneros con muy buena renta. Hay además desta, otras cinco parroquias: una de San Sebastián, otra de Santa Ana, otra de San Marcelo y otra de San Lázaro, que está de la otra banda del río. Es cierto que en la iglesia mayor y en las demás parroquias, con prebendados, curas, sacristanes, capellanes y sacerdotes, que residen en la ciudad y vienen a ella a negocios, hay de ordinario más de doscientos y treinta.

Han salido de esta iglesia prelados para otras, como fue don Bartolomé Martínez, Arcediano de ella, obispo de Panamá y después Arzobispo del Nuevo Reino de Granada; el doctor don Juan de la Roca, obispo de Popayán, varones apostólicos. Los pastores que ha tenido hasta ahora, ya los hemos dicho.

Demás de esto, hay en esta ciudad cinco conventos de religiosos, y uno del orden de Predicadores, de obra y edificio admirable, donde se encierran ciento y cincuenta religiosos, y hay hombres eminentísimos en las letras sagradas; el de San Francisco, con otros ciento y cincuenta y más frailes. El de San Agustín, en que hay ciento y treinta, y se ve en él el retrato del Santísimo Crucifijo que hay en la ciudad de Burgos, en España, con grandísima frecuentación, especialmente en la Cuaresma, que mueve a notable piedad y reverencia. El de Nuestra Señora de las Mercedes, Redención de cautivos con cien religiosos, que fue el primero que se fundó en esta ciudad, así como fueron los primeros los religiosos de este orden, los que pasaron a este Reino, como queda ya dicho, y tienen otro crucifijo devotísimo y una imagen de la Piedad que hace muchos milagros. El de la Compañía de Jesús, con cien religiosos, donde hay gran concurso de estudiantes, Sin éstos, está fuera de la ciudad otro convento de descalzos de San Francisco, y otro de Recoletos de Nuestra Señora de las Mercedes. Demás destes, hay cinco monasterios de monjas. El primero y más antiguo de todo el Reino, que con principios pobres empezó, y ahora es el más eminente, y tiene doscientas religiosas, es el de la Encarnación, de canónigas regulares de San Agustín, y se puede decir que es retrato e imagen del cielo, porque la música angélica que hay en él, suspende los ánimos y los levanta a la contemplación de la bienaventuranza. Según dicen los entremados en este arte, no se sabe en toda Europa de coro todo junto más famoso, ni donde con más solemnidad se canten los oficios divinos, en lo que toca a la música. El otro monasterio es dedicado a la Concepción Purísima de la Virgen, muy rico, y la iglesia de maravilloso edificio, y la música de él muy poco menos que el de la Encarnación. El tercero es dedicado a la Santísima Trinidad debajo de la regla de San Bernardo. El cuarto es de Descalzas de la Madre Teresa de Jesús. El quinto es de Santa Clara, hecho por don Toribio Alfonso Mogrovejo, donde hay una devotísima imagen de Nuestra Señora de la Peña de Francia, que ha resplandecido con infinitos milagros.

No le faltan a esta ciudad cinco hospitales famosos. El uno hecho por don Andrés Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, tercero virrey del Perú, para españoles, donde se curan infinitos. Otro de Santa Ana, fábrica del Arzobispo don Fray Gerónimo de Loaysa, primero de este Reino, donde se curan los indios, y es muy rico. Otro, con título del Espíritu Santo, para curar marineros y gente de la mar. El cuarto, dedicado a San Diego, donde se recogen los enfermos que salen de los otros hospitales a convalecer. El quinto de San Cosme y San Damián, donde está fundada una Cofradía de la Caridad, muy insigne. En este hospital se curan mujeres pobres; y la cofradía, el día de Nuestra Señora de Agosto, casa doncellas huérfanas y necesitadas, y hay año que son veinte y se les dan dotes suficientes. El último hospital, y primero en dignidad, es del Príncipe de los Apóstoles, fundado de limosnas que han dado sacerdotes y personas pías, donde son curados y regalados clérigos y sacerdotes pobres. Sin estas iglesias, hay hermitas muy devotas en diferentes lugares del pueblo; una de Nuestra Señora de Monserrate, otra de la Virgen de Guadalupe; otra de Nuestra señora del Prado, donde son infinitas las misas que cada día se dicen. En todas estas iglesias y monasterios hay fundadas grandes Cofradías a honor del nombre de Jesús, de su Madre Santísima y de otros santos. En San Francisco está la de la Concepción, que también cada año casa doncellas huérfanas.

Porque en el capítulo pasado dijimos los gastos tan excesivos que en esta ciudad se hacen, no será razón pasar en silencio, y que no refiramos las limosnas que también se reparten, porque sin duda son muchas, especialmente a los pobres de las cárceles, para el sustento ordinario, a pobres, a vergonzantes que son infinitos, y por personas diputadas para ello. Cada sábado se les reparten infinitas limosnas en dinero, pan y carne y vestidos. Hay una casa, donde se crían niños huérfanos que allí arrojan sus madres por imposibilidad de criarlos o vergüenza, que parezcan y manifiesten los pecados de sus padres. Para todas estas obras pías y de caridad, ayuda la ciudad y sus moradores con larguísima mano, y cada día van creciendo las limosnas, pues en las demás obras de piedad y religión en ninguna ciudad del Reino con tanto cuidado, solicitud y diligencia, especial en la frecuentación de los jubileos, que hay muchas y grandísimas procesiones, disciplinas y estaciones. Todo de manera que en esta ciudad la cristiandad está en su punto; y no hay ninguna de España que le exceda.

Hay en ella y reside el santo tribunal de la Inquisición, con dos inquisidores apostólicos y un fiscal con jurisdicción amplísima y extendidísima en el Perú, Chile, Tucumán, Paraguay y Santa Cruz de la Sierra, Popayán, Nuevo Reino de Granada, Cartagena y Tierra Firme, y se han hecho autos muy solemnes, castigando herejes secretos y otros delincuentes con grandísima rectitud y severidad, limpiando la cizaña que el demonio ha siempre pretendido sembrar entre estas nuevas plantas, para que no crezcan. Tiene esta ciudad una florida Universidad que, por orden de Su Majestad el Rey don Felipe segundo, fundó el virrey don Francisco de Toledo, dotándola de gruesas rentas y estipendios para los catedráticos de ella, donde se lee Teología, cánones y leyes, lógica y filosofía y gramática. Son infinitos los que cada día en ella reciben grados de bachilleres, licenciados, maestros y doctores, porque, hablando sin pasión alguna, en este caso los criollos y nacidos en este Reino son, por la mayor parte, de claro ingenio y entendimiento agudo inclinados a las ciencias. Los que en ello más se aventajan y exceden a los demás, son los originarios desta Ciudad de los Reyes, donde parece que por influjo y benignidad del cielo no hay ninguno de ingenio torpe y de entendimiento pequeño, porque en general son fáciles para todo género de facultades, y prestos en aprender cualquiera ciencia por dificultosa que sea. Así, desde que se fundó la Universidad, han dado de sí grandísimas muestras. Pero el poco premio y aliento que tiene, a causa de estar tan lejos, quien verdaderamente premia las letras y virtud, es ocasión de no llegar en los estudios a la excelencia que pudieran. Han salido ya de esta Universidad varones muy doctos, y prelados como fue don Fray Luis López de Solís, del orden de San Agustín, obispo de Quito y después de las Charcas, catedrático de vísperas, don Fray Bartolomé de Ledesma, obispo de Guajaca, don Fray Salvador de Ribera, obispo de Quito, ambos del orden de predicadores. Don Fray Juan de Almaraz, catedrático de Escritura, agustino, murió electo obispo de Paraguay. Ha habido en esta Universidad eminentes hombres en letras y catedráticos doctísimos, especialmente el maestro Fray Miguel Adriano, dominico, que fue catedrático de prima, y el maestro Fray Nicolás de Ovalle, del orden de Nuestra Señora de las Mercedes, que por muchos años regentó la misma cátedra con grandísimo aplauso. Son hoy sus discípulos los más graduados que hay en el Reino, y cada día se va aumentando este estudio, y salen dél muchos que se ocupan en enseñar y predicar a los indios el Santo Evangelio, porque, sin duda, como se aplican más a la inclinación y trato

de los indios, los nacidos en el Perú son de más efecto y provecho y aún de menos codicia entre ellos. De suerte que ya al reino del Perú no le falta ninguna de las cosas ilustres y que le pueden ser de adorno, y darle perfección en la justicia y ciencias y virtud, y todo este bien se debe a los católicos Reyes de España que, con tanta vigilancia y cuidado, han atendido a ennoblecerlo e ilustrarlo por todos caminos.

Porque concluyamos con lo tocante a esta ciudad, digo que el lenguaje que en ella se habla es el más cortesano, pulido y limado que en ninguna ciudad de España se habla, de tal manera, que el de Toledo, famoso y siempre celebrado, no le excede; y no se hallará en esta ciudad un vocablo toscó y que desdiga de la pulideza y cortesanía que pide el lenguaje español, que acá se ha trasplantado de lo mejor y más acendrado de España. Así son los criollos, facundos y elegantes en sus razones y, aunque están muchos en reputación de mentirosos, no es regla general, que también hay infinitos que se precian de trato verdadero, y siguen la virtud a banderas desplegadas.

Rodean toda la ciudad mucho número de jardines y huertas de recreación que, como son abundantes de agua y la tierra fertilísima, así están llenos de flores olorosas y suaves traídas de España, y de frutas en grandísima cantidad, y no faltándole nada para la recreación y delicias humanas todo le sobra, y aumenta tanto que los que de ellas salen y, pasados algunos años, vuelven, casi no la conocen. Hay también muchos caballeros de hábitos de las órdenes de Santiago, Calatrava y Alcántara, y otros muy ilustres que la ennoblecen, y se van fundando mayorazgos muy ricos para más esplendor de ella. Las religiones tienen estudios, en sus monasterios, de Filosofía y Sagrada Escritura, de los cuales salen grandes predicadores para todo el Reino, porque, sin pasión, la Ciudad de los Reyes es la madre del Perú, de cortesanía, lustre, autoridad, valor, caballería, riquezas, justicia, ciencia, virtud, religión, santidad y perfección, y de ella mana, procede y se difunde por todo el Reino.

Ha sido esta ciudad fatigada de temblores de tierra, como lo es la costa y las ciudades marítimas de cualquiera provincia, y especial un gran temblor que hubo el año de mil y quinientos y ochenta y seis, miércoles siete de julio, cerca de las ocho de la noche. Asoló gran parte de ella y murieron muchas personas. Hase reedificado lo caído mucho más aventajadamente y más fuerte que de antes. Tomó la ciudad por su abogada a la Visitación de la siempre Virgen María, a su prima Santa Elizabet, que le cayó por suerte; y este día se hace una solemnísima procesión, en la cual concurren todas las órdenes. Y desde entonces, aunque ha habido algunos temblores, no ha sido ninguno de consideración, que la intersección de la Virgen guarda esta ciudad, y esto basta della, aunque había mucho que referir.

CAPITULO XV

Del Callao y puerto de la Ciudad de los Reyes

Dos leguas de la Ciudad de los Reyes está su puerto, dicho el Callao a causa de las muchas piedras que hay en él. Por la plaza, y por ir creciendo a más andar, esta

población, me pareció hacer particular capítulo de ella. Hace la mar en este pueblo un puerto que, aunque es playa abierta, es tan limpio, seguro y manso, que las naos que en él surgen pueden estar con sola una áncora en él, sin temer de perderse o de dar en tierra, y esto procede, que el viento que más ordinariamente corre por esta costa del mar Pacífico (como le llamó Hernando de Magallanes, que fue el que, hallando el Estrecho, nunca hasta allí conocido, y dándole su nombre, primero le navegó), el sur, por otro nombre dicho Austro, y a la banda del sur tiene este puerto una isla despoblada de hasta una legua de largo, la cual le guarda y ampara deste viento, y asegura el puerto y las naos que en él están para no temer naufragio ni pérdida alguna. Entre la isla y la tierra firme se puede navegar muy cómodamente, y navíos, que no son de mucho porte, entran y salen por allí arrimándose más a la isla que a la tierra.

Está el puerto y aun la Ciudad de los Reyes doce grados y medio más acá de la equinocial. Hay de ordinario en él de cuarenta a cincuenta navíos grandes y pequeños, porque es la escala más universal de todas las Indias; y así raras semanas hay, que no entren en ella dos y tres navíos de diversas partes, a desembarcar las mercaderías que traen. De Panamá siempre vienen cargados de preciosas riquezas, que de España vinieron a Puerto Belo: paños, rajás, bayetas, jerguetas, terciopelos, rasos, damascos, telas, brocados, ruanes, holandas y lencerías diferentes. De México, también le envían navíos cargados de todo lo que allí se labra, y de infinitas mercaderías. De la China, de Nicaragua, de Guatemala, de Guayaquil, de los valles de Trujillo y Saña vienen navíos con miel, azúcar, jabón, cordobanes, harina y sebo. De la Barranca, de Guaura, de Santa con trigo. Del puerto de Pisco y de la Nasca y Camaná con muchos millares de botijas de vino. De Arequipa y Arica, con barras y tejuelos de oro que bajan de Potosí. Del reino de Chile mucha madera y tablas y, antes de la destrucción dél, cordobanes, sebo y trigo, de manera que a este puerto contribuyen todos los del reino sus riquezas, y a él viene a parar, y allí se consumen, y de allí se reparten para todo él. De aquí salen cada año por el mes de marzo o abril las flotillas que dicen, aunque mejor dijieran flotas, pues ningunas de toda Europa, Asia, ni África son más ricas ni mayores, aunque sean pocos navíos, pues en ellos todo lo que va son millares de barras y tejuelos de oro y otras cosas preciosas, con que contribuye el Perú a los Reinos de España y aun a todo el mundo. Tiene aquí Su Majestad de ordinario cinco o seis galeones suyos de armada tan bien aderezados y artillados de municiones, bastimentos, soldados y piezas de artillería, que ninguno de la mar del norte les puede llevar ventaja, y dos galeras para guarda del puerto, y en tierra puestas muchas piezas en la playa con sus carretones, y las Casas Reales a modo de fuerte, con artillería y sus cubos y troneras. Hay su General de Mar y Tierra, que reside en el Puerto, y, suele ir cada año con galeones del Rey a Panamá, y lleva la plata en ellos. Suele haber presidio de doscientos soldados y sus capitanes, y capitán de la artillería y artilleros, para cuando se ofreciese ocasión de enemigos; pero si la hubiese, érale muy fácil el socorro de la Ciudad de los Reyes, porque al primer tiro de artillería que sonase, acudiría toda al remedio de cualquier suceso. Todas las noches hay en los galeones y en tierra sus guardas y centinelas que corren la playa. Es tan fácil el desembarcadero, que los bateles y esquifes quedan en seco; y con zapatos de terciopelo, como dicen, se puede saltar en tierra y entrar en los bateles. Los navíos pequeños están tan cerca de tierra, que desde ella se pueden hablar muy fácilmente.

El temple se tiene aún por más sano que el de la Ciudad de los Reyes, a causa que los aires de la mar limpian y purifican toda la costa, y alegran con su suavidad a los moradores. La población está extendida por la playa, y es cosa notable, el aumento que ha habido de veinte años a esta parte en ella, porque los más hombres de la mar viven allí, y las contrataciones, de cuantos géneros hay, de mercaderías, son de la misma suerte que en los Reyes, y aun el tráfico y bullicio de los acarretos mayor, y, así, sacado Potosí y la ciudad del Cuzco, es el pueblo de más gente y trato del Reino. Tiene su iglesia mayor con vicario, y, los mismos conventos de religiosos que la Ciudad de los Reyes, porque hay el de Santo Domingo, la Compañía, San Francisco, San Agustín, la Merced, que van creciendo en rentas y religiosos cada día, y alrededor muy ricas heredades y haciendas, desde el Callao a la Ciudad de los Reyes, es el más frecuentado y pasajero de cuantos hay en, el Perú, porque, de día y de noche, nunca cesan de caminarlo gente de a pie, de a caballo y carretas y recuas cargadas de bastimentos, y mercaderías que van y vienen.

CAPITULO XVI

De la ciudad de León de Huanuco

No habré en esta descripción de guardar el orden de la costa, cómo va corriendo y poniendo según ella las ciudades y pueblos que los españoles han fundado, después que la tierra se ganó, sino, como se ofreciere la ocasión, trataré dellas. La ciudad de León de Huánuco está en la Sierra, setenta leguas de la Ciudad de los Reyes. Era un valle, antes que se fundase, hermosísimo, de un cielo benigno y apacible y de aires suaves y de muchas chácaras, en las cuales se daba y da el maíz abundantísimamente, y todos los géneros de legumbres y comidas que se pueden desear, y las frutas en tanta multitud, que se traen en recuas a la Ciudad de los Reyes, y lo más y mejor que tienen es, en todos los tiempos y mudanzas del año gozar dellas frescas como en el verano y estío. Dase el trigo en gran suma y el pan es regaladísimo.

Dicen los indios viejos, por oídas de sus antepasados, que, cuando el famoso Ynga Huanca Capac iba a la conquista de las provincias cayambis y las demás que referimos en su vida, donde la acabó, pasó por este asiento de Huánuco y que, con cuidado de la fecundidad dél, hizo alto algunos días con su mujer, la coya Rhaua Ocllo, la cual, como fuese amiga de sementeras y chácaras, un día salió, acompañada de sus ñustas, a ver el modo que tenían de sembrar en aquella tierra y, en una pampa o llamada en que estaban sembrando unos indios, llamó a la mujer de un indio principal, que andaba apartada con otras, y le dijo que qué buscaba, y ella le respondió: "capay, coya huanu", que significa: "reina, busco estiércol para la chácara"; y la coya le respondió: "huanuca"; y desde entonces se le quedó este nombre de huanuca entre los indios, y nuestros españoles, corrompiendo el vocablo, le llaman Huánuco. Otros indios viejos dicen que, estando Huaina Capac en este valle, cayó muy malo, de tal suerte que se temió de su salud, y un capitán principal se llegó a la Coya y le preguntó cómo estaba el Ynga su marido, y ella le respondió que malo, y moriría diciendo huanuca, y así se le quedó este nombre entre ellos.

El año de mil y, quinientos y treinta y nueve, convidado de la fertilidad del valle y de las muchas comidas dél, don Pedro de Alvarado fundó en él una ciudad que puso por nombre León. Está metida y, rodeada de altos cerros que la guardan y amparan. Antiguamente había en ella una casa Real, que quizá la labró Huaina Capac el tiempo que allí estuvo, pues a la multitud de gente que él llevaba en su ejercito, y a la que entonces por allí estaba, le era facilísimo.

Era de piedra muy hermosa, cerca de la cual había un templo dedicado al Sol como el del Cuzco, con cantidad de vírgenes y ministros que le servían y atendían a su guarda, y algunos lo encarecen de manera que dicen había de ordinario treinta mil indios, que asistían en los ministerios dél.

Hay en esta ciudad mucho número de caballeros, y así alguno la llaman Huánuco de los Caballeros. Son muy ricos en renta y haciendas, y los repartimientos de indios del contorno están encomendados en ellos. Tienen muchos obrajes, donde se hacen y labra gran número de sayales con detalles, paños y aun rajetas de colores, que se llevan a la Ciudad de los Reyes; Hay infinita cantidad de ganados, especialmente ovejuno. Hay su vicario y beneficiado, proveídos por Su Majestad, y un convento de San Francisco, otro de la Merced y otro de San Agustín, donde hay estudio, y tres o cuatro parroquias de indios. Para el servicio de la ciudad tiene un río caudalósísimo el cual, corriendo, se va a juntar detrás de los Andes con los famosos ríos de Apurimac, Abancay, Vilcas, Jauja, Vinaca, Parcos y otros, con lo cual va el mayor río del mundo, en el cual se crían grandes lagartos a modo de cocodrilos celebrados del río Nilo, y este río se entiende es el Marañón tan mentado, y va a dar a la mar del Norte.

Cerca desta ciudad hay indios de guerra, que hasta hoy no se han conquistado y, a sus espaldas empiezan, detrás de los Andes, gran muchedumbre de provincias, a las cuales no ha llegado la predicación del Evangelio. Esto es lo que se ofrece referir de esta ciudad de León de Huánuco.

CAPITULO XVII

De la gran ciudad de San Francisco de Quito y de su nombre

La ciudad de Quito no se sabe cosa cierta de su fundación, cuándo empezó o quién le dio orden y principio, porque los indios no lo refieren ni tienen memoria della. Es de lindísimo temple y la tierra apacible, abundante y fértil de todos los mantenimientos propios de ella, y de los que de España se han traído, y son tantas las crías y multiplicos, que hay en sus provincias, de ganados vacuno y ovejuno, puercos, caballos y mulas, que es imposible poderse contar, lo cual todo es indicio de la grosedad y hartura de la tierra, donde nadie pasa hambre ni la tiene. Pasa la línea equinocial por medio de ella, y es sitio saludable y sin enfermedades. El nombre de Quito refieren los indios antiguos, que le resultó por unos grandes cordeles, que el famoso Huaina Capac hizo en ella de oro y plata, poniendo en ellos diversas leyes y estatutos, que se habían de guardar en ella y en

las provincias comarcanas, y esto se llama, en su lengua, quipu, y los españoles, corrompiendo el bocablo, llamaronla Quito. Fundóla Lorenzo de Aldana, teniente general que fue del Marqués Pizarro, de Benalcázar. Es hoy una de las mejores ciudades del Reino, más barata y abundante y de más gente española, que se entiende que, si no es la Ciudad de los Reyes y Potosí, no hay otra que se le iguale en indios. Son innumerables los que en ella residen y viven en sus parroquias, y en las provincias alrededor que le son sujetas, tanto que en esto exceden a cuantas provincias hay de indios en el Perú, y la causa es la fertilidad y cantidad de mantenimientos que se dan por ellas, y también que, como estas provincias son libres de las obligaciones de minas y de ir a labrar a ellas, como van las demás de arriba: Potosí, Choclococha, Villcabamba, y Huancavélica. No salen los indios de sus pueblos y casas, sino sólo atienden a la labranza de la tierra y a las crías de sus ganados, multiplican en gran manera, lo cual no hay en las demás provincias que, yendo a la labor de las minas, como van, de ciento y cincuenta y más leguas, muchos mueren, y otros se quedan y no vuelven jamás a sus pueblos, y así se van disminuyendo cada día a más andar.

Es la ciudad más fuerte del Reino, por estar en un sitio inaccesible, y que, con muy poco número de gente, se podía defender de grandes ejércitos, que sobre ella viniesen, a causa de los malos pasos, agrios y dificultosos que hay en su entrada, donde pocos pueden prevalecer contra muchos. Ha sido combatida y fatigada de temblores de tierra, precedidos de unos volcanes que están cerca de la ciudad, y ha muchos años que, reventando uno, llovió algunos días ceniza en el pueblo. Fueron los temblores muy continuos, de forma que se temió de aquella vez quedara asolada. Últimamente ha reventado otro, con que los temblores no son tan ordinarios ni tan recios; y así está la ciudad algo asegurada y con menor miedo que antes.

Reside en ella una chancillería Real, con su Presidente y cuatro oidores y un fiscal, como tenemos dicho, y en las causas criminales hacen oficio de alcaldes de corte; y está sujeta a ella la gobernación de Popayán, de donde recurren en grado de apelación en los negocios civiles y criminales. Es silla episcopal, con sus dignidades y canónigos proveídos por el Rey vuestro Señor. Tiene de renta doce mil ducados y, aunque es menor que la de otros obispados del Reino, considerando ser la tierra barata y tan superabundante de todos los géneros de mantenimientos, son de mucha consideración, y así, después del Arzobispado de los Reyes y Charcas y obispado del Cuzco, entra luego el de Quito en estimación, renta y autoridad. Ha habido en él singularísimos prelados en letras, santidad y doctrina, y uno de ellos, que fue don Fray Luis López de Solís, agustino, catedrático de vísperas de la Universidad de los Reyes, varón de grandísima rectitud y prudencia, acabado de poner el obispado en suma orden, concierto y justicia, visitándole por su persona muchas veces, y confirmando más de doscientas mil almas y habiendo reformado abusos.

Hay en esta ciudad conventos de las órdenes mendicantes, de Nuestra Señora de la Merced, donde está una imagen que hace muchos milagros; de la Compañía de Jesús, de maravillosos edificios, y en ellos muchos religiosos, y se lee Gramática, Artes y Teología Moral con mucho aprovechamiento. Los criollos, que son de escogidos entendimientos, se dan a las Letras, y suben a la Universidad de los Reyes a proseguir sus estudios, y es

cierto muy digno de agradecimiento, que vayan trescientas leguas, guiados del amor de la virtud y ciencias. Residen aquí mucho caballeros encomenderos muy ricos y hacendados en estancias, chácaras y crías de ganado. Hácense en los obrajes de su distrito sayales, cordellates, frazados y paños más finos y delgados y de más valor que los que se traen de la Nueva España, y aun rajadas de colores. Esto es causa de que entre mucho dinero en aquella ciudad, en la cual corre oro, por sacarse en los minerales deste metal en las provincias sujetas a ella, especial en las riquísimas minas de Saruma. Vino no le tiene, y así le entra de acarreto, y lo traen de la Ciudad de los Reyes en navíos hasta Guayaquil, y de allí, por aquel famoso río que cría en sus riberas la zarzaparrila, remedio tan celebrado y famoso contra los que trabajan con el morbo gallico, se sube en barcas y canoas hasta el dc embarcadero, que está cuarenta leguas de Quito, y de allí, en recuas, se lleva a la ciudad y se divide por todo su distrito.

Los años pasados, gobernando este Reino el Marqués de Cañete, Don García Hurtado de Mendoza, y siendo Presidente de aquella Audiencia el doctor Barros de Sanmillán, sobre el recibir las alcabalas que la Majestad real del Rey, don Felipe el segundo, movido de las muchas necesidades y gastos que en las guerras de Flandes y contra herejes y turcos tenía, mandó se le pagasen de ciento dos, hubo grandes revueltas y alborotos, no queriendo dejar entrar en la ciudad a Pedro de Arana, general que había enviado el Virrey desde Lima, los cuales fomentaron algunos hombres sediciosos y enemigos de quietud; pero no porque el Cabildo y la ciudad intentasen cosa alguna contra el servicio ni fidelidad debida a su Rey y señor natural, sino sólo instando en que se les admitiese la suplicación que interponían para la persona real, hasta que, sintiendo que con esto se les ponía alguna duda en la sinceridad de sus ánimos y obediencia a su Rey, le dejaron entrar a Pedro de Arana, y que hiciese justicia de los que en este caso se habían querido extender con las lenguas, puesto que siempre, como tengo dicho, protestaron y tuvieron, en público y secreto, la fidelidad, que a su Rey estaban obligados, en el Cabildo y en el común de la ciudad como vasallos leales. Así se concluyeron las revueltas y se asentaron las alcabalas como debidas a Su Majestad, para que lleve el peso de tanta carga, y acuda a los gastos tan excesivos que tiene tomados en sí por la extirpación de las herejías, y confundir el nombre infame de Mahoma.

El año que se fundó la ciudad de Quito el mesmo Lorenzo de Aldana pobló la Villa de Pasto, en el Valle de Atres, por ser fertilísimo y cómodo, y está cuarenta leguas de Popayán, más hacia Quito, y es el primer pueblo de españoles, que casi empieza de donde dicen el Perú, porque las conquistas de los Yngas pasaron poco más hasta Tulcan.

CAPITULO XVIII

De otras ciudades y villas deste Reino hasta la ciudad de Trujillo

Viniendo de la ciudad de Quito, que tenemos escrita, hacia la Ciudad de los Reyes, están, por la parte de la Sierra, la villa de Riobamba, veinte y cinco leguas de Quito, poblada de españoles; después, por el mismo camino, está la ciudad de Cuenca, la ciudad de Loja, fundada por el capitán Mercadillo, la ciudad de Zamora y las ricas minas de Garuma, la

ciudad de Jaén y, en la provincia de los bracamoros, la ciudad de Santiago de las Montañas y Moyopampa, la ciudad de Chachapoyas y la villa de Cajamarca, dicha Sant Antón, donde fue preso el Ynga Ata Hualpa, y se repartió aquel famosísimo rescate, nunca hasta hoy dado tal por ningún príncipe ni monarca del mundo. Todas estas ciudades y villas que he dicho, aunque tiene pocos moradores que las habiten, todavía están muy concertadas y dispuestas, y hay en sus distritos grandes crías de ganado de todas suertes y estancias, chacaras y sementeras de trigo, maíz, cebada y cualesquier granos y legumbres que fácilmente producen, y así son las comidas variadísimas, y los habitantes viven una vida quieta y sosegada, quitados de ruidos y disensiones, y, apartados y aun olvidados de los tráfigos y bullicios de las guerras.

En los llanos de la costa de la mar está la ciudad de Puerto Viejo, y luego Guayaquil, junto al famoso río que dijimos. Dónase y se cría la zarzaparrilla, y el agua del río es delgada y sabrosa, que hace los mismos efectos que la zarza a quien por algún tiempo la bebe. Junto a Guayaquil está la mentada isla de la Puná, que tiene doce leguas de boje, la cual, cuando los españoles la conquistaron, hervía de gente, que casi no cabía en ella; pero después ha venido a notable disminución, que hay el día de hoy muy pocos indios por justo castigo y permisión del cielo. Fue que Fray Vicente de Valverde, religioso del orden de predicadores, el que se halló con el Marqués Pizarro en Cajamarca, cuando la prisión de Ata Hualpa, habiendo ido a España y héchosele merced del obispado del Perú, todo con tan extendida jurisdicción que, si no es la del Pontífice Romano, no se sabe de otra que en aquel tiempo fuese mayor ni más alcanzase, y viniendo de Panamá para la Ciudad de los Reyes, pasó por esta isla de la Puná con poco acompañamiento y, los indios de ella, movidos con furor diabólico, le mataron haciéndole piezas, y después se lo comieron en diversos guisados y locros. Pero, como es un negocio que tiene Dios muy a su cargo el castigar a los que manos violentas ponen en sus sacerdotes y ministros, todos lo que en este abominable hecho se hallaron, murieron mala y desastrosamente, y se han ido los indios de aquella isla apocando, como vemos que ha sucedido siempre en el mundo, en los pueblos donde semejantes delitos se cometen. Hoy los religiosos de Nuestra Señora de la Merced tienen a su cargo la isla, y son curas y doctrinantes della y de las reliquias que han quedado.

Después está la ciudad de San Miguel de Piura, la primera y más antigua que en este Reino se fundó, y aún quizás hoy la más pequeña y de menos gente dél. El puerto de Paita está cerca, poblado de españoles, escala generalísima de todos los navíos que vienen de Tierra Firme, México, Nicaragua y Guatemala, que la reconocen, y desde allí se meten a la mar para llegar a tomar el puerto del Callao, que es abundantísimo de pescado, especialmente tollos.

Corriendo la costa adelante, se topa con la Villa de Miraflores, del Valle de Saña, situada siete leguas de la mar, cuyo puerto se llama Cherrepe, algo trabajoso y bravo para la desembarcación. Esta villa es una de las más ricas y de más contratación que hay en el Reino, a causa que se crían en sus alrededores y estancias, y por los algarrobales de ella, más de doscientas mil cabezas de ganado cabrío, de que se hacen muchos millares de cordobanes y quintales de sebo. Muy mucho número de ingenios poblados de negros esclavos, donde se hace miel y azúcar, que todo se lleva en navíos a la Ciudad de los

Reyes, y no hay año que no se carguen en su puerto más de diez o doce navíos, y así debe de valer lo que llevan sobre quinientos mil ducados. Hay hombres muy ricos y poderosos en ella, y es pueblo de muchos regalos por los dulces que cría y la sobra de mantenimientos. Es obispado, y hay vicario en ella y beneficiados y monasterios de religiosos, del orden de San Francisco, San Agustín y Nuestra Señora de las Mercedes, en cuya iglesia está una imagen que hace muchísimos milagros, y hay parroquias de indios. Más adelante, veinte leguas, está un pueblo de indios, donde hay un monasterio de religiosos agustinos, y en él una devotísima imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, retrato de la que está en España, en Extremadura, y frecuentadísima de españoles e indios de la Sierra y de los Llanos, que acuden a esta misericordiosísima Señora al remedio de sus necesidades, trabajos y enfermedades, donde hallan consuelo los afligidos y salud los enfermos. Tienen allí los religiosos estudio ordinario de Gramática y, algunas veces, de Artes, y hay mucho número de religiosos que viven contentísimos en la quietud de aquel desierto.

Siete leguas corridas de la costa hacia la Ciudad de los Reyes, está la muy nombrada ciudad de Trujillo, fundada por Diego de Mora, un muy leal vasallo de su Majestad, como se refiere en la historia del Perú. Antiguamente tuvo esta ciudad por nombre Chimoca Capac, por haber sido su fundado de este nombre y haber los chimocapas enseñoreádose della y de toda su comarca, y sido señores naturales della, hasta que los Yngas la conquistaron, y así los edificios della son obras destos y no de los yngas. Habrá más de cuarenta años que, en su comarca, se descubrieron tan ricas y soberbias huacas con entierros de oro y plata, vasijas y bebederos destos metales, que no se puede contar la multitud que fue, y así quedaron riquísimos y muy poderosos, los que las labraron, y aún hoy se tiene noticia de otras muchas, que los indios procuran encubrir a los españoles, instigados por el diablo a quien en extremo temen, diciendo que los matará, si descubren las huacas y entierros.

Hay en Trujillo muchos encomenderos y vecinos muy ricos en rentas y en haciendas y crías de ganados mayor y menor, y, sobre todo, famosos ingenios de azúcar, de que se sacan grades rentas, y es cierto que, si el puerto de esta ciudad que está dos leguas de ella, llamado Huanchaco, fuera seguro y fácil para embarcarse y salir a tierra, fuera Trujillo una de las más prósperas y opulentas ciudades del Reino. Pero acontece estar el puerto quince días, que no se puede navegar de tierra a los navíos, y, a esta ocasión los azucares y cargas del pueblo no se pueden llevar a la Ciudad de los Reyes, si no es por tierra y a gran costa, y así la villa de Saña ha ido creciendo y poblándose cada día más, y, Trujillo menguando. Está asentado en un llano, y es fertilísimo el terreno dél y, los mantenimientos se cogen en gran muchedumbre, y la gente de la ciudad muy cortesana y apacible. Hay en ella vicario, y los conventos de religiosos de todas las órdenes muy bien labrados y ricos de ornamentos y aderezos de plata y servidos con gran decencia, como gozaron del tiempo de las huacas, y de las riquezas y tesoros que dellas se sacaban. Alrededor deste pueblo y su comarca, hay grandísimas poblaciones de indios yungas, aunque muchas des pobladas por secreto juicio del cielo, que se van acabando visiblemente tanto, que refieren haber un pueblo desierto donde hubo noventa mil indios moradores. Siémbrese en todos estos llanos y costa infinito algodón, de que se visten los

indios en general y, las indias, y se hace dello jarcias y velas de navíos, y es trato de mucho interés.

Diez y ocho leguas adelante de Trujillo, junto a la mar, está la villa de Santa María de la Parrilla, poblada de españoles con su puerto seguro, y muchos ingenios de azúcar alrededor. La villa de Guaura, dicha Nueva Carrión, poblada por orden del visorrey don Luis de Velasco, a diez y ocho leguas de Lima, de la cual se sacan cada año mucho navíos cargados de trigo para los Reyes, y toda la sal que se gasta en ella, y se lleva al Reino de Chile, y aún se podrá henchir, con la que se da y hay en el puerto, a toda España, Francia e Italia. A nueve leguas de los reyes, se ve la villa de Arnedo, en el valle de Chancay, rodeada de viñas, huertas y, chácaras de mucho regalo y temple sanísimo, donde se coge trigo que se lleva a los Reyes y todo lo recibe y gasta.

CAPITULO XIX

De la villa de Cañete y de Ica

Pasada la noble Ciudad de los Reyes, a cuatro leguas de ella, se ve un monstruoso edificio y templo de los Yngas, dedicado al Hacedor, con nombre de Pachacamac, que lo significa, donde hubo un templo, de los Yngas. Infinita multitud de ministros, hombres y mujeres, que sólo atendían a servir al demonio y reverenciarle, y allí acudían del Reino, como en romería, indios e indias, a preguntar al demonio sus acontecimientos, y él les daba sus equívocas y dudosas respuestas, tan verdaderas como el que siendo padre de mentira, no puede acertar con la verdad. Allí se sacrificaban a este padre de las tinieblas criaturas, porque siempre fue amigo de sacrificios de sangre, que ya, por la misericordia del Omnipotente Dios, han cesado, y este memorable templo está desierto e inhabitado. A veinte y dos leguas de Lima está poblada la villa de Cañete, que antiguamente se llamó el Huarco, donde hubo una fortaleza de las más fuertes y bravas del Reino, edificio de los Yngas, todo de piedras, donde tuvieron muchos soldados de guarnición, hoy está desbaratado, y la piedra dél se lleva a Lima para labrar obras de consideración y hermohear los templos y sus portadas.

Asimismo había un templo y huaca muy grande, donde estaban encerradas muchas mujeres, que las unas se metían allí por devoción, otras por enfermedades y otras por guardar clausura y recogimiento, hasta que las sacasen de allí con la orden del Ynga. Estas se trasquilaban para diferenciarse de las otras, y su oficio era hilar algodón y lana y plumería, y tejer mantas para los ídolos y para si, y barrían el templo, y en las procesiones iban con los hechiceros: ellos en una hilera, ellas en otra; comían juntas, y el Ynga las sustentaba de sus depósitos, y si alguna hablaba o se reía con algún indio, era castigada, y si se juntaba con él, entrambos morían, y tenían por infalible que, si perdían allí su virginidad, se les habían de pudrir las carnes. Dicen que a este valle y asiento le llamaban Huarco por la mucha gente que en él ahorcaban. Otros quieren sacar el nombre, de que, preguntando un capitán al Marqués Pizarro cómo se llamaba la moneda de que usaban y gastaban, le respondió que se llamaba patagón o peso, y el capitán le dijo que en su lengua se diría huarco, y esto fue en este asiento, y se le quedó este nombre. El de Cañete

le dio don Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete que la pobló. Cógese en este valle infinito trigo, y se come regaladísimo pan, tanto que anda un refrán que dice: "en Cañete, toma pan y vete". Hay muchas frutas, y es pueblo abundoso, y la gente y vecinos dél se sustentan de las labranzas. Tiene dos conventos: uno de San Francisco y otro de San Agustín.

Adelante, corriendo la costa, está Lunaguana, pueblo de indios que antiguamente fueron riquísimos, y hoy su iglesia esta muy adornada de ornamentos, y hay un cáliz de oro fino, que no le tiene ninguna de españoles ni de indios en el Reino.

Luego está Chinchá, donde hay, convento de religiosos predicadores, con su puerto, y tras ello el puerto de Pisco, que está de Lima treinta y cinco leguas, donde hay muchas viñas y se va por momentos poblando porque, como es puerto de mar y todo el vino que de Yca se trae se embarca allí, no hay año que no salgan dél más de sesenta o setenta navíos cargados de vino para los Reyes, y, así hay en él mucha contratación y gente. Tiene un convento de religiosos descalzos franciscos.

Doce leguas la tierra adentro, está la villa de Valverde, en el valle de Yca. Este nombre dicen los indios se lo dio el famoso Tupa Ynga Yupanqui en esta manera: que volviendo de Pachacamac de hacer ciertos sacrificios, paró en él y habló con un indio hechicero, natural del valle, y le mandó fuese a Pachacamac a asistir en los sacrificios, y el hechicero le dijo al Ynga que le diese unas señas, como acá usamos, para el Pontífice que tenía a su cargo el templo, para que viese y le constase que por su mandado iba a la asistencia y servicio de la huaca. Entonces Tupa Ynga le respondió: "y, ca", que quiere decir: sí, toma; y le dio un champi o porra suya, y por esta memoria se le quedó al valle el nombre de Yca, y los españoles, por la verdura ordinaria que hay en él, le llamaron Valverde.

Está puesto en un arenal ardentísimo rodeado por todas partes de unos árboles que llaman huarangos y nosotros algarrobales y, aunque a mediodía el sol abrasa, con todo eso traen un refrán los dél que dicen que tiene buenas mañanas, buenas tardes, buen vino, buena agua, porque es regalada y delgada, buenas uvas y buenos higos, y en todo refieren la verdad. Cojeránse en el valle y sus contornos más de doscientas mil arrobas de vino, y ésa es su contratación y, por ello, les entra cada año mucho dinero de fuera, porque se saca para la Ciudad de los Reyes, y de allí para Quito, para México, para los valles de Trujillo, y por la sierra para Guamanga, Huancavélica, Choclococha y el Cuzco. Has, hombres muy ricos en haciendas, y es pueblo muy regalado de frutas, y especialmente los melones son en él de disforme grandeza y lindo sabor y gusto. El vino para Lima se saca en recuas hasta el puerto de Pisco, que por aquellos arenales no cesan de ir y venir. El río es en el estío muy caudaloso y hondo, aunque no tiene corriente por correr por arenales. En el invierno de los Llanos se seca y va por él muy poca agua, pero ésa dulce, sabrosa y saludable. Fuera de la iglesia mayor, dedicada a San Gerónimo, hay tres conventos: uno de religiosos franciscos, de obra de ladrillo muy costosa, otro de San Agustín y otro de Nuestra Señora de las Mercedes.

En medio de Yca y el puerto de Pisco, están las hoyas, que dicen de Villacuri, tan hondas

que un hombre a caballo y con una lanza alta en la mano no se echará de ver, si no se llegan a la boca; y son tan grandes y anchas, que hay en cada una de ellas una viña muy extendida, y donde se cogen muchas arrobas de vino, y las uvas gruesas como aceitunas gordales y más.

En este valle de Yca tienen los indios sus viñas, de donde cogen mucho vino, de que les sucede, las más veces, la muerte, por beberlo con desorden, y sin que esté en perfección de vino, sino a medio cocer, de que les resultan flujos de vientre y otras enfermedades que los acaban y consumen.

CAPITULO XX

De los valles de la Nasca y la villa de Camana

Seguida la costa arriba a veinte leguas de la villa de Valverde, está el valle de la Nasca, que antiguamente fue tan poblado de indios que no cabían en él, y en las reparticiones que se hacían de la tierra, cuando se conquistó, era tanta la fama de su riqueza, que los conquistadores de más nombre y valor y que más se habían señalado en servicio de Su Majestad, y gastado sus haciendas en sus pretensiones, traían por refrán que Chíncha o la Nasca les habían de ciar, que eran los repartimientos más nombrados y pretendidos del Perú. Ahora es cosa lastimosa y miserable la disminución a que han venido, y los pocos indios que en ellas hay.

Hanse hacendado en este valle de Nasca y en sus contornos muchos españoles, y plantado viñas en tanto número, que se cogen en él más de cincuenta mil botijas de vino muy regalado y precioso, y siempre ha sido más estimado que el de Yca, y guardado y anejo se purifica notablemente, que puede competir con los vinos celebrados en España de San Martín de Valdeiglesias, Toro, Ciudad Real y Cazalla. Así, el que se saca por el puerto de San Nicolás para la Ciudad de los Reyes, tiene en ella más valor que el de Yca; el más dél se sube a la sierra y se pone en dos o tres puestos, y de allí se carga en carneros que llevan a dos botijas de arroba, y en recuas con cueros, y se trajina a la ciudad del Cuzco, y se va repartiendo por las provincias de los soras y lucanas y villcas e parinacochas, condesuyos, del Cuzco, chumbivillcas, andaguailas, aymaraes y quichuas, cotabambas y omasayuas, canas y canchis, Vilcabamba y otras partes del Collao y, puesto en la sierra, son rarísimas las botijas que se dañan ni tocan, porque el frío de ella conserva el vino y lo purifica y guarda por muchos años. Corriendo la costa, se da después de algunas jornadas en la villa de San Miguel de la Ribera, del valle de Camaná, población nueva, de pocos años a esta parte, hecha por los españoles. Está situada en una ribera hermosísima y de gran recreación, rodeada de viñas y huertas con muchedumbre de árboles frutales y olivares, que cada día van plantando y fructificando.

Llamóse antiguamente Camaná, desde el tiempo del valeroso Ynga Yupanqui, aunque otros dicen que su hijo Tupa Ynga Yupanqui, el cual envió un orejón de su casa, muy deudo suyo, que corriese la costa, y fuese poniéndola en orden, y la visitase con la autoridad de su persona misma. Salió del Cuzco con un grande acompañamiento, y vino a

hacer alto en este valle, y a este tiempo vino por allí un gobernador tucucricuc de Chile y, no sabiendo decir los indios de aquella tierra quién era el visitador que allí estaba, entendió que era el Ynga y más, cuando llegó a él y le halló con tanta autoridad y, servicio, y queriéndole dar un quipu o cordel donde estaba asentado todo lo que se había hecho en Chile, le dijo ca, que quiere significar: toma; y el orejón, conociendo su engaño, para darle a entender que no era el Ynga, sino su visitador, le dijo: mana, que quiere decir: no; y, desde entonces, se le quedó este nombre al valle de Camana. Es de mucha comida y regalo, y lo que más le favorece son las lomas que están cerca della, las cuales en el invierno de los Llanos, regadas con la lluvia mansa que cae del cielo y rociadas, crece en ellas la yerba de tal manera, que se crían por ellas muchos ganados de todas suertes y crías de mulas y yeguas con multiplico admirable. Están todas las lomas matizadas con todos los géneros de colores, que los pinceles les pudieran dar por las diversas flores que allí puso la mano del Soberano artífice, y los que por ellas andan. Aún no se pueden oír del canto y melodía de las aves, que por allí vuelan, que es cosa de grandísima recreación, y que levanta el espíritu a la contemplación del Hacedor. Hay iglesia mayor y vicario, sujeto al obispo de Arequipa, y un convento de Nuestra Señora de las Mercedes, donde tienen una imagen de mucha veneración.

Cerca deste valle hay muchos otros, todos plantados de viñas y poblados de riquísimas heredades y, no muy lejos, el de los majes, donde se coge el vino más suave y delicado del Reino, por no echar en él yeso como le echan en otras partes, y así es vino más blando y regalado, y que se puede dar dél a enfermos, aunque no quiere ser guardado muchos años, porque se desvanece. Este vino se llevaba a la ciudad del Cuzco antes de la inundación de la ceniza que vino sobre estos valles, el año de mil y seiscientos, como diremos en los capítulos siguientes.

CAPITULO XXI

De la muy noble y leal ciudad de Arequipa

La ciudad de Arequipa, de la cual no se puede referir ni contar sus sucesos y trabajos sin lágrimas y llanto, pues siendo después de la Ciudad de los Reyes y la del Cuzco y Potosí la más rica, grandiosa y opulenta de todo el Reino en dineros, bizarría y gastos y haciendas, el día de hoy es la más pobre, triste y miserable de cuantas se sabe en el Perú, que parece que, desde el año de mil y seiscientos hasta hoy, no se ha levantado della la ira y castigo del Omnipotente Dios, porque siempre se han ido multiplicando sus trabajos, perdidas y destrucciones, viniendo una plaga al fin de la otra, y alcanzándose una miseria y desventura a la otra, como veremos, que sin duda ha sido por pecados y delitos de los moradores della, que ha querido Dios en esta vida atormentarlos, lo cual, sin duda, es indicio y señal de suma misericordia, para relevarlos de las penalidades de la muerte eterna.

Llamábase en su primera e inmemorable fundación Yarapampa, antes que tuviese el nombre presente de Arequipa. El terreno della es grueso y fértil, y esto le procede de tener volcanes en su comarca, que han sido su destrucción tantas veces. El temple es

admirable y de mucha creación. Está la ciudad puesta en un lugar que ni es Sierra ni es Llanos, y así participa de las calidades de ambas diferencias de temples. Tiene la mar a diez y ocho leguas con un puerto llamado Chule. A siete leguas de Arequipa está el valle tan nombrado de Víctor y luego el de Ciguas, donde todos los vecinos de esta ciudad tienen grandísimas heredades de viñas, de las cuales se cogían en los tiempos de su prosperidad más de doscientas y cincuenta mil botijas de vino, que se sacaban de estos valles y se llevaban a Potosí, a la ciudad de la Plata, Chuquiapu, Cochabamba, Chucuito y las provincias del Collao, y así entraban todos los años más de seiscientos mil pesos en aquella ciudad, fuera de las muchas rentas que los vecinos tenían en sus encomiendas, y así estaban riquísimos, que fue causa de sus trabajos, porque con la abundancia de tesoros se olvidaban de Dios. En la misma ciudad había muchos jardines y huertas de diferentes frutas, membrillos, manzanas, camuesas, duraznos, melocotones, almendras, peras, uvas y otras suertes, y así era el pueblo de más regalo y recreación del Reino. Tiene un río muy caudaloso que le pasa cerca de la ciudad y su puente de piedra en él. Es ya Obispado, y será muy bueno, ya que en el tiempo de su prosperidad llegaban los diezmos de la ciudad de Arequipa a cuarenta mil pesos cada año, y se entiende que si no hubiera sucedido tanta calamidad y pérdida en ella, antes se quiera, fuera ya iglesia-catedral. Hay en ella conventos de religiosos de la orden de Santo Domingo, San Francisco, San Agustín y Nuestra de las Mercedes, donde hay una imagen de Nuestra Señora de Consolación, que ha hecho muchísimos milagros y, aun cuando cayó la iglesia del dicho convento, se guareció esta Divina Señora con un palo que se le puso delante. Y la Compañía de Jesús, un hospital y dos conventos de monjas; ambos de Santa Catalina de Sena; uno de los cuales, por las pérdidas de la ciudad procedida de la ceniza y temblores, ayudado del obispo del Cuzco, don Antonio de Raya, se pasó a la ciudad del Cuzco, donde hallaron todo el acogimiento y regalo posible. Tiene parroquias de indios, muchas y muy ricas y pobladas, y dos leguas della una recreación hartó vistosa y agradable, que llaman la peña, de la cual manan diversos géneros de aguas dulces, caliente y fría, y está toda cubierta de yerba verde sin que jamás se seque, y una fuente en un pueblo cercano llamado Characato, y otras cosas notables que la ennoblecían hartó, y le daban nombre en el Reino.

Viniendo al nombre de Arequipa, que ahora le ha quedado, en tiempo del valeroso Ynga Yupanqui, padre de Tupa Ynga y abuelo de Huaina Capac, hubo en el distrito de Arequipa un espantable terremoto, precedido de un volcán que estaba tres leguas della. Empezó a lanzar tantas llamaradas de fuego y tan espeso y continuo, que la noche parecía día claro en las riberas del mar, y en todos los pueblos de alrededor. Pasados dos días, el volcán se comenzó a cubrir de una nube tenebrosa y oscura, y cesó la claridad del fuego y la noche siguiente vino otro terremoto mayor que el pasado, cuyo ruido y temblor alcanzaba a todo el Reino, y por el espacio de la noche nunca cesó el volcán de despedir de sí infinitos rayos de fuego, y por cinco días continuos se fue prosiguiendo y con el fuego grandísima hediondez de piedra, azufre y mucha cantidad de piedras y ceniza y truenos temerosos, que afirman los indios haberse oído hasta Chile y, esparcida la ceniza por los aires, fue llevada más de ciento y cincuenta leguas y, si no fuera por el valor y ánimo del Ynga Yupanqui y su mujer la Coya Hipa Huaco, todos los indios, adonde llegó la ruina, se hubieran ahorcado y dejábase morir, cosa entre ellos muy usada en semejantes ruinas. Desta vez quedó asolada Arequipa y su comarca, sin quedar edificio

que no fuese destruido y abrasado. Sólo escaparon los indios de la parroquia de San Lázaro, que éstos eran idos al Cuzco todos a hacer mita y servicio al Ynga, que si no también corrieran el trabajo y miseria que los demás. Ynga Yupanqui, que estaba en el Cuzco y supo la lamentable ruina de aquella tierra, acudió luego con infinita gente que juntó, para remediarla del daño que pudiese. Fuese hacia Arequipa, animando a los suyos que no temiese y, sabiendo de dónde procedía el daño, empezó a hacer grandes sacrificios al volcán, y, para ellos mandó llevar del Collao mucha suma de carneros y corderos, y todos los ofrecía al volcán. Adonde los indios no podían llegar temiendo la fuerza del fuego y no ser ahogados y sumergidos en la ceniza, el Ynga tomaba desde las andas en que iba unas pelotillas llenas de barro, bañadas con la sangre de los sacrificios y, puestas en una honda, las tiraba hacia el volcán, para que allí se derramasen y esparciese la sangre. Uno de los muchos hechiceros que consigo llevaba le dijo en su lengua: señor, quedaré aquí, y el Ynga le respondió: Arequipay; y así, desde aquel tiempo se le quedó por nombre Arequipa.

Después de algunos días que el volcán aclaró y cesaron los truenos, fuego, humo y ceniza, de suerte que se pudo habitar y sembrar la tierra, el Ynga dejó allí mucha multitud de gente que poblasen, los cuales edificaron en un asiento, dicho la Chimpa, de la otra parte del río. Los indios naturales volvieron y asentaron adonde es la parroquia de San Lázaro, y éstos dicen que ellos son llactayoc, que significa: criollos originarios de aquel pueblo, porque todos los demás son mitimaes de diversas partes que, por orden del Ynga, se quedaron, y también convidados de la fertilidad de la tierra, porque la ceniza la engrosó a multiplicar después.

Cuando el Marqués, don Francisco Pizarro, se volvió del Cuzco, no pudiendo por mal y por bien atraer así a Manco Ynga, vino a este asiento y pobló la ciudad de Arequipa, con este nombre, dándole encomenderos y vecinos, como dijimos en el capítulo sesenta y nueve del primer libro, al fin dél.

El río que tiene esta ciudad es caudaloso y dél se sacan muchas acequias, como del de Lima con que se riegan las huertas y jardines de fuera y de dentro de la ciudad, y pasan por ella y le limpian. Era tanta la bizarría y gasto de esta ciudad, que ninguna del Reino se aventajaba, y los juegos tan excesivos que así jugaban y maltrataban el dinero, como si fuera piedras de la calle y no se hallara ni ganara con trabajo y fatiga, y aún afirman que un oficial que hacía botijas, estando un día jugando, se atrevió, entre otras manos de mucho precio, a echar una de cuatro mil pesos, y perdiéndola dijo: botijero me quedo, que ahora doscientos o trescientos años, si un rey lo hiciera, se le juzgara a exceso y prodigalidad, y pudiera ser que un pobre necesitado se le llegara a pedir un real de limosna y quizás se lo negara, que así suele acontecer.

Pero no quiero pasar en silencio una grandeza que las señoras de esta ciudad hicieron en servicio del Rey Católico su señor: que pidiéndose en ella, en general, un servicio gracioso para suplir las muchas necesidades en que Su Majestad estaba a causa de las guerras y encomenderos que tenía, habiendo dado todos los vecinos y encomenderos y los demás moradores de la ciudad según sus rentas y haciendas, alcanzaban muy liberalmente las mujeres de ellos con ánimo magnífico y franco. Excediendo a las

matronas romanas, hicieron presentes de las joyas más preciosas y ricas que tenían, dando sus cadenas de oro, collares de piedras, cintillos, anillos, punzones, manillas, ajorcas y todo cuanto de valor poseían a su Rey, para ayudar a remediar los casos que se le ofrecían, que fue hecho heroico y que ilustró aquella ciudad, y dio indicios de la fe y lealtad que ha habido siempre en ella para con su Rey.

Porque la ruina que a esta noble Ciudad vino el año de mil y seiscientos, por el mes de febrero, fue uno de los más notables sucesos que ha habido en este Reino y más lastimoso, no lo quiero pasar en silencio, antes haré dél particular capítulo.

CAPITULO XXII

De la miserable ruina que vino a la ciudad de Arequipa

No hay duda sino que a un corazón cristiano y tierno, donde cabe comparación y lástima de los prójimos, no podrá traer a la memoria, la desventurada ruina, que a esta ciudad de Arequipa ha venido por azote y plaga enviada de Dios, sin lágrimas, no hay pecho endurecido, que no se ablande en la consideración de esta miseria, y se podrá decir muy bien lo que Jeremías en los trenos: ¡cómo está asentada la ciudad que solía estar llena de su pueblo! Porque, quien vio a esta tan próspera, tan rica, tan opulenta, tan llena de gente y la ve ahora tan pobre, tan miserable, tan desdichada, tan sola, casi podrá decir: aquí fue Troya, pues ya casi sólo quedan las memorias.

Habiendo antecedido, por doce días continuos, algunos temblores de poca consideración antes del viernes de la primera semana de Cuaresma, que fueon ocho de febrero de mil y seiscientos años, esta noche arreció de manera que parecía hervir la tierra, y nadie se aseguraba ni atrevía a estar debajo de tejado, casi pronosticando el mal que se les aparejaba. El sábado siguiente arreciaron los temblores y, fueron más a menudo, y tales que se cayeron algunas casas y, como a las cinco de la tarde comenzó a obscurecer el cielo hacia la banda de la costa de la mar, y de tinos cerros, llamados Sucavaya, salían y se oían terribles y espantosos truenos y relámpagos, que duraron hasta la oración. Entonces empezó a llover cantidad de arenilla blanca, pero tan poca que la cogían en las capas para mostrarla como cosa de prodigio y, en anocheciendo, fue cayendo y cargando la lluvia de ceniza, aunque tomada entre las manos tenía alguna aspereza, y apretada entre los dedos quedaban de ella algunos granillos negros que relumbraban algo y daban muestras de metal quemado, y con la noche se fue aumentando, de manera que en pequeño espacio cubrió el suelo y, duró hasta las once de la noche, que a esta hora acabó de llegar la tempestad de truenos y relámpagos, que con la furia que traían, parecía venirse el cielo abajo, y que se hundía la tierra, y, todo el infierno lo ocupaba el aire, y, muchos imaginaron que los espíritus dél traían aquella oscuridad revuelta con fuego y ruido. Aún se dijo públicamente en el pueblo que ciertos soldados se determinaron ir fuera dél, hacia la parte donde venía aquella tempestad, para certificarse de qué procedía, y llegando al matadero, que está a las últimas, vieron unos bultos negros y horribles que les causaron tanto pavor y espanto que, al momento, sin poder pasar más adelante se volvieron.

De lo cual se infiere que los demonios, como testigos de la desolación de cinco pueblos que adelante diré, donde se usaban grandes supersticiones y hechicerías, y donde se presume habrían tenido gran ganancia de almas que allí parecieron por la ruin opinión en que estaban los de aquellos pueblos, vendrían hacia Arequipa a ver el fin de aquella tormenta, pensando hiciera dios della, lo que de los pueblos dichos; y es cosa averiguada que de asombro murió un hombre. Dentro de pocos días estaba el pueblo con esto confuso y absorto, sin saber de dónde se causaba aquella inundación y con temor tan grande, que nadie tenía seguro de amenecer vivo, y así andaban atónitos los hombres por las calles e iglesias, pidiendo confesión, y fue de suerte que la mayor parte de la gente la hizo, y los que quedaron fueron por falta de confesores bastantes, y hubo personas que había más de ocho años que estaban olvidados de este sacramento, y esta noche lo pidieron a él con gran devoción.

En la mayor furia de esta tormenta entró en la ciudad un ermitaño que vivía dos leguas de la ciudad, al parecer de buena vida, desnudo, con una cruz en la una mano y una piedra en la otra, dándose en los pechos y pidiendo a voces misericordia y provocando con lágrimas al pueblo a penitencia, y se le juntó mucha gente admirados de su fervor. A las dos de la noche fue Dios servido cesase su tempestad de truenos y relámpagos por las ocasiones, disciplinas y exorcismos que en todos los monasterios hubo; pero no cesó el llover ceniza y de color no tan blanca como la pasada, la cual daba de sí un olor hediondo de piedra azufre; y en Lima, que está ciento y setenta leguas de Arequipa, la costa abajo, y Arica, más de setenta, se oyeron los truenos que el volcán de sí echaba, y afirman que eran a la manera de tiro de artillería y al sonido y respuesta dellos; y muchas personas entendieron que eran los navíos del Rey que habían salido en busca de un inglés corsario y peleaban en la mar. Pero en Arequipa, con estar más cerca del volcán, no se oían sino truenos naturales y de los ordinarios, acompañados con tan grandes relámpagos, que duraba la claridad de uno de ellos casi un avemaría. Esta noche se vieron salir, de la parte donde era la tempestad, infinitos globos de fuego que atravesaban todo el cielo. Hubo muchos penitentes azotándose y con cruces, y en el convento de Santo Domingo, según afirmaron los religiosos dél, se mostraron encima de una cruz del cementerio tres lumbres, y de allí se mudaron sobre la capilla mayor y de allí aparecieron sobre un arco de la iglesia nueva y se ocultaron.

Poco claro, a las ocho del día, amaneció el domingo veinte del mes, lloviendo ceniza. Salió el sol y duró hasta las diez, que se obscureció tan tristemente, que a la una del día era noche tan cerrada que fue necesario andar con lumbres por las calles y, como a las tres, aclaró algo; pero fue una claridad dudosa y confusa. Tornó de nuevo a llover ceniza, causando desconsuelo porque, según las señales que había, no parecía cesaría la tormenta hasta la última destrucción de la ciudad, y más que hasta entonces se ignoraba la causa de tan prodigiosos y espantables efectos.

Lunes amaneció más claro, aunque el sol en todo el día se mostró y a las coho se tornó a cerrar, de manera que hasta las tres de la tarde parecía de noche y fueron necesarias lumbres, aunque no como el domingo antes. Llovió ceniza hasta la noche, y en ella se vieron estrellas y alguna claridad que causó consuelo. Este día se juntó todo el pueblo en

la iglesia mayor, y fueron con solemne procesión a Santa Maria, una iglesia que está fuera de la ciudad, que es abogada de los temblores, y la trajeron y hubo un devoto sermón a la puerta de la iglesia mayor, que predicó el prior de San Agustín Fray Diego Pérez, hombre muy docto y gran predicador, que después fue provincial de su orden, y a la noche se hizo una devota procesión de disciplina con un crucifijo y Nuestra Señora del Rosario.

El martes amaneció más claro que los demás días, de suerte que se pudieron ver los cerros de alrededor del pueblo; llovió todo el día ceniza, y al alba hubo un temblor algo grande y entre día otros pequeños. El miércoles amaneció algo oscuro y, aunque después aclaró, no se vio el sol y llovió dos horas ceniza, y creció hasta este día un palmo en alto por toda la ciudad, con cuyo peso se hundieron algunas casas, y fue necesario que las demás se descargasen de la ceniza. El río, con venir muy crecido, estuvo seco que apenas se oía, y todas las quebradas cercanas al volcán se secaron, y el río de Tambo que es muy caudaloso, estuvo tres días que no corrió, y otra vez doce días y, saliendo de madre, fue con tanta furia que asoló todo el valle sin dejar heredad ni ganado, mulas, caballo y sementeras y cañaverales, que todo lo llevó y asoló.

El jueves no llovió e hizo el día claro, y la noche en que se vieron la Luna y estrellas. El viernes amaneció nublado, oscuro, y a las ocho del día se cerró más y comenzó a llover ceniza, y este día tembló la tierra muy recio, y la ciudad vino al convento de Nuestra Señora de las Mercedes a pedir la imagen de Nuestra Señora de Consolación, que es de gran devoción y que ha resplandecido con milagros, y esta tarde, juntas las religiones y el común del pueblo, la llevaron con toda la decencia posible a la iglesia mayor por nueve días, y hubo sermón en ella.

Sábado, veinte y seis, habiéndose visto a las tres de la mañana la Luna muy clara, amaneció cuando apenas se pudo echar de ver era llegado el día y, al instante, se volvió a cerrar la cosa más tenebrosa y lóbrega que jamás se vio, porque ni con la lumbre se acertaba a andar por las calles ni entrar en las iglesias, y luego empezó a llover ceniza con más furia que al principio, y diferenciaba en la color que tiraba como a bermeja, y duró el llover hasta el domingo a las ocho del día, que aclaró y cesó y recibió el pueblo gran consuelo, porque había cuarenta horas que duraba la oscuridad, desde el viernes a las seis de la tarde. Este día fue de confusión, temor, lágrimas y suspiros, y se renovaron las penitencias, limosnas, confesiones, votos y promesas, porque todos entendían ser llegado el último día de su vida y aun del mundo. Todos se recogieron a la iglesia mayor y, estando diciendo misa en medio de aquellas tinieblas, se oyeron en la capilla cantar golondrinas y andar alrededor del Santísimo Sacramento que estaba descubierto, que parecía pedían remedio y misericordia al Criador. Una de ellas se vino a parar al cáliz estando para consumir, y se dejó asir de la mano del preste, que era el comisario del Sancto oficio.

Este día, sin comer, la gente se fue a la Compañía de Jesús, que todos estaban olvidados del sustento del cuerpo, y salió de allí una procesión con un crucifijo y la imagen del Niño Jesús y de Nuestra Señora de Copacabana y el Lignun Crucis y muchos relicarios en manos de sacerdotes, y anduvo todas las iglesias, hallándose en ellas grandes y

pequeños, los rostros al parecer difuntos del desmayo, miedo y confusión, y de pies a cabeza cubiertos de ceniza, y a cada ruido o temblor les parecía era el último instante de su vida.

Acabada esta procesión, salió de Santo Domingo otra con el crucifijo de la Veracruz, Nuestra Señora del Rosario y San Jacinto y todo el pueblo con ella y muchos disciplinantes, con gran devoción y lágrimas, y por momentos se hincaban de rodillas, dando voces a Dios y pidiéndole misericordia, y acabada esta procesión, pasaron a San Francisco las imágenes de la iglesia mayor y a Nuestra Señora de la Consolación, porque del mucho peso de la ceniza se venía abajo, y el Santísimo Sacramento se puso en la pila del bautismo. Esta noche se quedó el pueblo, hombres y mujeres a velar y dormir, por las iglesias, queriendo acabar la vida en ellas, como veían tan portentosas señales y especialmente un temblor, el mayor que hasta allí se había oído, y hasta media noche llovió con gran fuerza ceniza y de allí adelante disminuyó.

El domingo sí aclaró algo y hubo procesión de San Agustín con el Crucifijo y Nuestra Señora de Gracia, y fue a la Compañía donde hubo sermón. Este día estuvo el cielo de un color bermejo y negro, y con poca claridad, y toda la noche llovió ceniza, de suerte que sobre las casas la había de alto de un palmo. El lunes amaneció claro, pero no de suerte que se viese el sol, y a las tres de la tarde obscureció de todo punto, y por no estar el reloj concertado, como no lo andaba nadie, se entendió era de noche y se tañó a oración, y a las cinco de la tarde volvió a aclarar aunque lloviendo ceniza, y para consuelo vino otro temblor grandísimo. Desta suerte se ha ido continuando esta tempestad, tormenta y miseria por más de un mes que, si el día amanecía algo alegre, se tornaba triste, oscuro y tenebrosos con los nublados, cenizas, truenos, relámpagos y globos de fuego que se veían por los aires, y así cada cual podrá imaginar cuál estarían en esta ciudad los vecinos della, con qué aflicción de espíritu y amargura del corazón, esperando por instantes la muerte, y estimando con esta miseria en poco la vida.

Una confusión había general en toda la ciudad, y era no poder averiguar con certidumbre la causa de tantos niños, y de dónde procedía tan horrible y espantosa tempestad y, aunque se sospechaba sería cierto volcán de hacia Omate, diez y ocho leguas de la ciudad, por haber visto los que de allá venían vomitar llamas y salir humo oscuro de aquel lugar, no había cosa cierta en treinta días, hasta que vino una carta del corregidor de aquel partido, que por su bien estaba en Arequipa, en que le referían la verdad de lo que pasaba, que es negocio temeroso. Era un volcán que estaba entre Omate y Quinistaca, y se llamó Huainaputina que declarándolo dirá: volcán mancebo, porque Putina significa volcán y Huaina, mozo, distante del pueblo de Omate dos leguas, el cual reventó a diez y nueve de febrero. Fue tanta la cantidad y muchedumbre que arrojó de sí y lanzó de piedra, tierra y, ceniza, que, la que cayó en el dicho pueblo y su contorno, pasaba de treinta y dos palmos de altura, los veinte y dos de piedra y los diez de ceniza. Trajéronse a Arequipa algunas piedras, y eran las mayores pómez, del tamaño de un adobe, y las menores como naranjas, el color negro y vetadas como metal y pesadas. Caían espesísimas y hechas una brasa encendida, y ninguna acertaba a indio que no le derribase y descalabrarse, y, temerosos los indios desto, se encerraron en sus casas, donde creció por momentos la piedra, tierra y ceniza, que quedaron todos enterrados en ella para siempre.

Desta tormenta se escaparon hasta quince o veinte indios, que con un cacique llamado don Francisco Cayla se recogieron a un cerro, donde los halló el escribano del corregidor, que fue el que dio el aviso y, llevando frazadas y otras cosas de defensa, pasada la primera tormenta, bajaron hacia el dicho pueblo con grandísimo trabajo, y apenas podían hallar señal dél ni conocerle, si no fuera por las puntas de unos sauces altísimos que estaban en la plaza y la hediondez de los cuerpos muertos de hombres y animales, y en muchos días no cesó el volcán de echar humo, fuego y ceniza y temblar la tierra reciamente, y oyéndose un ruido ordinario y espantoso, y de noche salían dél globos de fuego que parecía abrasaban el aire. Desta manera abrasó y enterró para siempre cinco pueblos, que tenían vecinos, llamados Chiqui, y Omate, Quinistaca, Tasatachen y Collana, sin que de todos ellos escapase ánima viva.

Refieren que el viernes y sábado, antes que reventase el volcán, diez y ocho y diez y nueve de febrero, en la furia de los temblores mucha de la gente de estos pueblos, a la falda del cerro, ofrecieron lana de colores y otras cosas que solían antiguamente, y algunos indios e indias desesperando se arrojaban vivos en las quebradas y concavidades que se iban abriendo del volcán. Dicen que tendrá grandísimo circuito la boca, y bien es de entender, a quien considerarse la ceniza que dél ha salido, que llegó hasta Chuquisaca y Potosí y, por la parte de la Puna, que son doscientas y cincuenta leguas, y a Yca por los Llanos, que son más de cien leguas y hasta el Cuzco de travesía, que son setenta leguas y en circuito más de seiscientas, y que el altor, en partes, era de treinta y dos palmos y en otras a cuatro y a tres y a dos y a una vara y a media, en la que menos un palmo sin lo que en el mar y ríos se consumió.

Anduvo entre los indios de la comarca una superstición, diciendo que se habían juntado a consulta el volcán que reventó y el que está sobre la ciudad de Arequipa, y le dijo que reventase; y el de Arequipa le dio por respuesta que no lo haría por ser como era cristiano y llamarse Francisco, y de las palabras y enojos que tuvieron, resultó el de Arequipa darle al otro un encontrón que le hizo reventar. Cosa ridícula y que arguye la ceguedad de estos miserables.

Quedaron los caminos de manera que no se podía caminar, y en parte las cabalgaduras de los caminantes se hundían en la ceniza. Hase perdido y quedado enterrado infinito ganado vacuno y ovejuno, y en las lomas muchas mulas que allí se criaban, porque se cegaron los pastos y se ocultaron las aguas. En la ciudad se siguió luego hambre, por haberse desbaratado los molinos, y en todas las casas se morían las bestias, y no quedó en el cielo ave, golondrina, paloma tórtolas, gorriones, aunque todas no murieron, y en el valle de Víctor las tórtolas, en el tiempo de la obscuridad, acudían a las partes y aposentos donde veían lumbre, y se sentaban junto la gente y se dejaban tomar ciegas y flacas, y las vicuñas y huanacos de la Puna andaban abobadas y se metían entre la gente y murieron muchísimas, y las sabandijas de la tierra no quedó ninguna; no quedó chácara de maíz que se pudiese aprovechar, porque cubiertas de cenizas, se perdió y, como estaba en flor, no hubo remedio ninguno para ello.

Por otra parte los indios, vista la perdición de sus chácaras, ayudados de sus usos y abominaciones antiguas, dieron en comerse todas las aves, cuyes y carneros que tenían,

aunque era cuaresma, diciendo que se acababa el mundo y querían morir hartos. Colgaban perros vivos por los pies y les daban muchos golpes y azotes, diciendo que con aquello se acabaría la tempestad, y se empezó a creer entre ellos que en ciertos días se había de hundir toda la tierra y abrasarse. Así iban huyendo y dejaban sus casas. Todos los árboles frutales de la ciudad se perdieron, porque se desgajaron y arruinaron sin quedar cosa en pie y los sauces, de que había diferentes alamedas, los destrozó tronchándolos y derribándolos y en las higueras no quedó hoja.

Pues semejantes males bien se pudieran llevar, si las haciendas y heredades del valle de Víctor y Siguan, que están a siete leguas de Arequipa, quedarán en pie y de provecho, pero a la hora que llegó a Arequipa cayó sobre el valle otra inundación de ceniza más brava y temerosa, que pasaba de media vara de alto la que había. La segunda obscuridad que también le alcanzó, la acrecentó de manera que se hundieron muchas bodegas y se asolaron infinitas heredades, y las que en general corrieron más riesgo, fueron las que estaban en partes bajas y arrimadas a cerros, porque, como la ceniza no hacía asiento en ellos, antes se deslizaba, bajaba corriendo con tanto ímpetu, que parecía avenida de agua, y a modo de una corriente furiosa discurría por las heredades, llevándose por delante cuanto topaba, y enterrándolo todo y quebrando las vasijas. Así, viñas, olivares y cañaverales quedaron perdidos sin que diese género de cosecha alguna, y ha sido tanta la ruina que no se espera en muchos años volverán en sí, y se entiende el daño pasó de dos millones de ducados. Sucedieron cosas monstruosas y notables y casi increíbles, si no se vieran y palparan con las manos. Una fue que en el valle de Quilca, a donde se juntan los dos ríos de los valles de Víctor y Asiguas, y hacen uno muy caudaloso, yendo un indio y un negro a las orillas, acertó a bajar en aquel instante una avenida de ceniza tan brava que, cogiéndolos sin se poder escapar, y al negro dio con él en el río y lo ahogó, y al indio lo pasó en vuelo a la otra banda sin hacerle mal alguno. En el valle de Quilca perecieron cinco personas, y en el de Paica tres, pues en los valles de Tambos, Majes, Moquegua, Camaná, Ocaña sucedieron cosas lastimosas y para referir con lágrimas, porque no quedó en ellos olivar, cañaveral, ají, sementeras y viñas que no asolase, y aún sucedió, un olivar que estaba junto a la mar, arrancallo de raíz la ceniza y lo llevó hasta la mar, donde se veían andar los árboles.

Como refiero arriba, no hubo jamás en treinta días uno seguro, porque, si alguno amaneció claro y sereno, luego se obscurecía, de manera que parecía noche tenebrosa, y los aires que se levantaban y con ello la ceniza ahogaba la gente y la hacía estar encerrada, y por todas partes se vio esta desdichada y afligida ciudad rodeada de trabajos y aflicciones y, según refieren personas fidedignas que en estas tribulaciones se hallaron, no fue la mitad de lo que está dicho la calamidad y desventura que pasaron lo pobres ciudadanos de Arequipa, lo cual puedo afirmar yo como testigo de vista, que a todo me hallé presente en la dicha ciudad. Pues para remedio de tanto infortunio, el año de mil y seiscientos y cuatro, a veinte y cuatro del mes de noviembre, víspera de Santa Catarina mártir, tembló la tierra con tanta furia y estruendo, que no quedó en aquella miserable ciudad edificio que no viniese abajo, con tal ruina y destrucción que se renovaron las plagas, pérdidas y miserias antiguas. De los conventos el de San Francisco, por ser de bóveda, quedó en pie y el de San Agustín de la misma suerte, pero tan lastimados, abiertos y para hundirse, que fue fuerza derrocarlos para seguridad, y hacerlos de nuevo,

y así parece que la ira del inmenso Dios ha caído sobre aquella ciudad, para azote y castigo de los pecados que en ella se cometían.

CAPITULO XXIII

De la villa de San Marcos de Arica

Más adelante de la infelice ciudad de Arequipa está la villa y puerto de San Marcos, en el valle de Arica, doscientas y cuarenta leguas de la Ciudad de los Reyes. El nombre de Arica, refieren indios antiguos, que le vino por el famoso capitán Apocamac, el cual, habiendo estado mucho tiempo en el Reino de Chile guerreando, dio la vuelta hacia el Cuzco con parte de su ejército victorioso y, llegando a este valle, hizo alto por algunos días y, para dar aviso de lo que en Chile le había sucedido, envió delante a un hermano suyo capitán. Como ellos no sabían leer ni escribir, usaban en lugar de escritura de sus quipus que, como tenemos dicho, son unos cordeles muy galanos y bien hechos y en ellos enviaban tantos nudos grandes como pueblos habían conquistado, y en otros pequeños el número de indios vencidos, y en un cordón negro los que en la guerra habían muerto. Cuando se despidió de Apocamac su hermano para ir al Cuzco, le dijo en su lengua: ¿señor, habéis hecho el quipu que tengo de llevar al Ynga? Entonces Apocamac lo sacó de una chuspa y le dijo: arica, que quiere decir en nuestra lengua: sí, toma. Está el puerto ochenta leguas de la villa Imperial de Potosí y, como el dinero, barras y tejuelos, que del Rey y particulares se bajaba para la Ciudad de los Reyes, lo llevasen con excesivo trabajo, gran costa y dilación de tiempo al puerto de Chule, que está diez y ocho leguas de Arequipa y cuarenta de Arica, el virrey don Francisco de Toledo, teniendo noticia de su buen puerto, y con cuánta más comodidad, menos gasto y tierno se pondría allí la plata y se embarcaría para Lima, mandó al maese de campo Pedro de Valencia, hombre práctico y entendido, le poblase, y dio título de villa de San Marcos, como está dicho. El temple que tiene es enfermo, por ser calidísimo y abundante de muchas frutas, cuyo desorden en el comer acarrea muchas enfermedades.

Hase ido aumentando en grande extremo por causa de la contratación y ser una escala riquísima de navíos, que todos los que vienen de Chile le reconocen, y lo más de las mercaderías que de la Ciudad de los Reyes suben a Potosí, van en navíos a descargar en este puerto, de donde en récuas de mulas y de carneros de la tierra, por caminos ásperos y fragosos, suben ochenta leguas a Potosí, y desde allí vuelven cargadas de barras a embarcarse en él, y así es muy rico y de mucha contratación. Hay en él vicario y un convento de religiosos de Nuestra Señora de la Merced, y tiene en él Su Majestad un fuerte con artillería y casa de munición, donde hay arcabuces, picas y otras armas para la defensa del fuerte y de la villa, porque siempre todos los navíos de corsarios ingleses que han pasado desta mar llegan a reconocerle y a ver si hay en su puerto algún navío que llevarse o si hallan disposición de hacer daño y saltar en tierra y robarle. Francisco Draque, que fue el primero, el año de mil y quinientos y setenta y nueve, hizo toda la fuerza posible, pero el maese de campo Pedro de Valencia, con harto poca gente que entonces en él había, como pueblo que se empezaba a poblar, y casi sin armas, se lo defendió, y lo mismo a Thomas Candix, otro inglés corsario, el año de mil y quinientos y

ochenta y cinco quiso entrar en él. El año de mil y quinientos y noventa y nueve, otro corsario llegó al pueblo y procuró llevarse un navío que en él había, pero la artillería del fuerte y el mismo maese de campo se lo defendieron y destrozaron una lancha. El año de mil y seiscientos y cuatro, víspera de Santa Catherina, cuando dijimos que en la ciudad de Arequipa sucedió aquel terrible temblor que la asoló, vino la misma ruina por este puerto de Arica, que derribó las más casas dél y, habiendo pasado y entendido que la furia había cesado, la mar agitada y movida de las olas, salió con un ímpetu espantable de los límites ordinarios que en aquella costa tiene y, embistiendo con las casas, acabó de asolar lo que quedaba y aún con mayor daño que el pasado, porque, al retraerse a su lugar, se llevó tras sí todos los bienes muebles, alhajas, cajas con barras, oro y vestidos y las cosas preciosas que en ellas había, y dejó la villa arruinada, pobre y triste, y muchos hombres que estaba ricos en un momento se vieron pobres y desastrados. El que tenía muchas vestiduras que mudarse, se halló desnudo y con necesidad, que así suelen ser las vueltas y revueltas deste mundo en pocas horas. El mismo daño que hizo la mar en esta villa hizo en Camaná, donde salió casi media legua, y arruinó infinitas heredades de viñas y olivares, sacándolas de raíz, llevándoselas a la mar.

Hase tornado a poblar esta uilla de San Marcos de Arica, en otro puesto cercano al que de antes tenía, pero más sano y de mejor temple, por estar más descubierta y desenfadado para gozar de los aires y mareas suaves de la mar, que limpian y purifican toda la costa, y así no hay las enfermedades que solían dar a los nuevos en él y que venían de fuera. Todos los años, por el mes de marzo, salen de este puerto dos navíos de Su Majestad, cargados de barras suyas y de mercaderes para Lima, y que se llevan a España desde aquí. Va corriendo la costa, y se pasa por el frigidísimo despoblado de Atancama, y se llega a la ciudad de La Serena, la primera del Reino de Chile del cual no es nuestra intención tratar.

CAPITULO XXIV

De la Villa Rica de Oropesa y la ciudad de Castro Virreina

La Villa Rica de Oropesa, en el asiento de Huancavillca, es una de las más necesarias y ricas deste Reino del Perú, como diremos adelante. Llamóse Huancavillca antiguamente porque en ella se dio una muy porfiada y cruel batalla entre dos capitanes: el uno llamado Huamán que era Ynga, y el otro Huanca, natural de aquella tierra y, aunque hizo su deber muy valerosamente, al cabo fue vencido y preso. Los soldados del Huamán, gozosos de la victoria, pusieron a aquel valle o asiento, Huanca, por causa y memoria del capitán vencido, y Villca, por un cerro muy alto que allí estaba, y así se le quedó Huancavillca: Después, cuando el virrey don Francisco de Toledo visitó este Reino y subió a Potosí, considerando que en el beneficio que a los metales se hacía por fundición, aunque se sacaba mucha cantidad de dinero, era a mucha costa, y se perdía en la labor casi la mitad de la plata y quedaba oculta por no apurarse los metales y, habiéndose descubierta en este asiento unas ricas minas de azogue, mandó, en nombre de su majestad, se fundase allí una villa, la cual se llamó de Oropesa, por ser él natural de Oropesa en los Reinos de España y hermano del conde de aquella villa.

Fue la población desta Oropesa el remedio universal deste Reino a causa que, habiéndose repartido indios entre los mineros, se empezaron a sacar muchos millares de quintales de azogue el cual, pagándosele su majestad a como con ellos se concertaba, lo llevaban por tierra al puerto de Chíncha, que está más abajo, siete leguas, del de Pisco, y allí, embarcándolo en navíos, se transporta a la villa de Arica, de donde en recuas de carneros de la tierra es llevado a la villa imperial de Potosí, y entregado a los oficiales reales della, que lo reparten entre los mineros del cerro, con que se beneficia, el día de hoy, los metales, tres veces al doble, en más cantidad que solían antes por fundición. Se saca al doble la plata y más pura y más acendrada que solía, creciendo la ley, todo lo cual resulta desta villa de Oropesa y de su azogue, y al Rey y a los mineros della y a los de Potosí no tiene cuenta ni suma el grandísimo interés que les resulta y riqueza.

Está la villa fundada en medio de dos cerros: el uno es de donde se saca el azogue, y otro enfrente, de plata, que se sacó en un tiempo y se dejó por seguir las minas de azogue. El temple es muy frío y desabrido, pero todo lo hace sufrir el deseo de plata. La villa es de gente rica y que gastan el dinero con prodigalidad y excesivamente. Hay en ella vicario, puesto por el obispo del Cuzco, en cuya jurisdicción cae, y tres beneficiados con ochocientos pesos ensayados de salario y un convento de religiosos dominicos y un hospital, donde se curan indios enfermos. Pero, si ha sido de grandísima riqueza y aumento para el Reino esta villa, también ha sido causa de muchísima disminución a las provincias, de donde acuden indios a ella, repartidos para la labor de las minas, porque los que entran en los socavones y, aun los que están en los asientos dando fuego al beneficio, se suelen azogar del humo y de otros accidentes que les resultan, y mueren más que se podrán significar. Acontece abrir una sepultura donde hay indio enterrado que así murió, para enterrar otro, y hallar entre los huesos corriendo el azogue.

Pasa un río junto a esta villa que tiene su puente de piedra y, a par della, al pie del cerro de plata, nace una fuente de agua caliente, la cual se cuaja y torna piedra, de manera que los más edificios y casas que hay en la villa, son hechos de la piedra que desta fuente y agua se hace, la cual no es muy pesada, antes algo liviana y ligera, y no hay animal, aunque pasen cerca della caballos, mulas y carneros, que lleguen a beber della. Ha acontecido a un negro beberla y morir aquel día, que en el vientre se le debe de cuajar, y oprimir los espíritus vitales y ahogar. Se pudiera hacer con esta agua cualquiera figura, si se amoldara, como se hacen de bronce, plomo y plata.

La ciudad de Castro Virreina está catorce leguas desta villa de Oropesa, en las minas de Choclococha; el cual nombre le vino que, como dijimos al principio de este capítulo, el capitán Huanca fue vencido, pusieron su salud en la huida y, llegando a una laguna que en su lengua llaman Chocha, como los enemigos victoriosos los siguiesen y casi diesen alcance por ir más ligeros y sueltos, echaron todo el mantenimiento que llevaban en esta laguna, que se hacía en una llanada grande, al pie de tinos cerros, porque los enemigos no se aprovechasen dellos. Dicen que después, con las calores, se secó aquella laguna, y con la humedad que le había quedado, brotó el maíz en cantidad, y de aquí le vino llamarse Choclococha, que significa laguna de choclos. Es tierra asperísima y fría, aunque riquísima de minas y así, gobernando este Reino don García Hurtado de Mendoza,

marqués de Cañete, el año de mil y quinientos y noventa y dos, un griego a quien después mataron a puñaladas y lo hallaron en una cueva, sin que se supiese quién, descubrió unas muy famosas minas en los cerros alrededor della. El uno de donde más plata se ha sacado, es el de Hurcum Cocha, por una laguna que tiene al pie, y pobló allí una villa que llamó Castro Virreina, por el nombre de doña Teresa de Castro, hija del conde de Lemos, su mujer; y en ella puso gobernador, aplicándole el corregimiento de los chocoruos, una provincia de indios que está allí cerca, dándole muy extendida jurisdicción. Después Su Majestad, pasados algunos años, la honró con título de ciudad. Tiene su vicario puesto por el obispo del Cuzco y otros dos beneficiados y su hospital, donde se curan los indios enfermos que son hartos. Tiene esta ciudad privilegio de Su Majestad, que en ella se quinta la plata al décimo, a causa de alentar a los pobladores y mineros de ella a que siguiesen las minas.

Porque no se queden el olvido otras minas, que en tiempo del conde del Villar, cuando gobernaba, se descubrieron en Vilcabamba, junto a donde el gobernador Martín Hurtado de Arbieta fundó la ciudad de San Francisco de la Victoria, cuando hubo desecho y preso al Ynga Tupa Amaro. Diré que al principio fue mucha la riqueza que dellas se sacó de metales, que llaman machacado, que casi todo era plata y no tenía necesidad de fundirse ni beneficiarse y, como no fuese este metal en venas y vetas seguido, sino se hallase a bolsas, y en buscarlas se gastase mucho dinero, cayeron las minas de su primera estimación y así, aunque ahora se labra, es con poca gente, porque los mineros principales las han ido dejando.

CAPITULO XXV

De la ciudad de San Juan de la Frontera de Guamanga

En la villa rica de Oropesa, de quien he mostrado está apartada del camino Real que de la Ciudad de los Reyes sube a la ciudad del Cuzco, siete leguas y veinte della, puesta en el camino está la ciudad de Guamanga de famosísimo temple y regalo, y una apacible morada. El nombre de Guamanga le vino, como refieren los naturales della en sus quipus que, cuando el gran Ynga Huaina Capac fue a las provincias de Quito a la conquista de los cayambis y fortaleza de Villcas, pasando por este asiento, dejó nombrado por gobernador de la fortaleza de Villcas a un hijo suyo de mucho valor, llamado Huamán, hasta que él volviese. El cual residía de ordinario en esta fortaleza, que en aquel tiempo era muy grande y de insignes y admirables edificios de piedra labrada, que cierto descubren y dan a entender el poder grandísimo que los Yngas tuvieron, y aun el artificio en labrar tan maravilloso; no alcanzando los instrumentos que nosotros usamos, hacer y disponer tan justas y perfectas las piedras, y pagarlas como si allí se hubieran nacido, que quien llega y pone los ojos en ellos, no puede dejar de ensalzar hasta las nubes la obra y artífice. Pues, como pasase por Villcas el Ynga Huaina Capac, su hijo con los soldados que allí tenía de guarnición le fue acompañado hasta Huamanga, que está once leguas de la fortaleza, y al tiempo que se despidió de su padre para volverse, Huaina Capac, queriéndole hacer algún favor, le dio una camiseta rica de oro con una borla y corona, que ellos llamaban mascapaycha, diciéndole: Huaman ca, que significa: Huaman toma; y

él la recibió de rodillas, y se volvió a la fortaleza, y desde entonces le quedó el nombre de Huamanca. En este valle y asiento hacían muchas chacaras y sementeras de maíz para los soldados de Villcas.

El año de mil y quinientos y treinta y nueve, a nueve de enero, el marqués don Francisco Pizarro, habiendo visto la fertilidad del valle, fundó allí por el temple tan apacible y el sitio tan cómodo una ciudad, a la cual dio por nombre San Juan de la Frontera, por estar casi en frontera de Manco Ynga, cuando se retiró a Vilcabamba y, por los Andes de Mayo Marca, pasando el río grande, que dicen Marañón, salía a robar y hacer daño al camino Real. Así se pobló para evitárselos y hacerle resistencia, y dióle vecinos encomenderos repartiéndoles los indios de su comarca con gruesas rentas, y así se fue aumentando después con muy buenos edificios y casas grandes y espaciosas.

Después se le puso San Juan de la Victoria, por la que el licenciado Vaca de Castro, gobernador deste Reino hubo en Chupas, dos leguas de Guamanga, de don Diego de Almagro, el mozo, y de los de Chile, que se habían rebelado, cuando Joan de Herrada mató al marqués Pizarro en Lima. En la cual batalla Francisco de Carvajal, el que después fue maese de campo de Gonzalo Pizarro e hizo tantas crueldades, fue sargento mayor, y la mayor parte de la victoria por la buena orden que dio en la batalla, como soldado viejo, que era único en el Perú.

Cuando se pobló esta ciudad, se hallaron en ella edificios muy suntuosos y diferentes de los que el Ynga permitía a indios ordinarios, y los españoles, queriéndose certificar de dónde tuviesen su origen los indios, dijeron haber oído a sus pasados, que cierta gente que en todo parecían a los españoles, habían allí reinado mucho tiempo, los cuales eran blancos y barbados, y ello habían hecho aquellos edificios.

Es ciudad de grandísima recreación, y donde hay muchas holguras y grandes sementeras de maíz y de trigo, que se cogen más de veinte y cinco mil cada año, y de frutas de Castilla abundantísima. Tiene un valle donde están heredados los más vecinos de la ciudad, llamado Vinaca, con muchas viñas, de donde se coge el vino que basta para la ciudad, bueno, de suerte que poco se trae de Yca. Hay en su distrito muchas estancias de ganado vacuno y ovejuno y de cabras, de que se hacen muchos cordobanes, así que es muy proveída de pan y carne, que nadie pasa hambre en ella, y hay algunas minas ricas en su comarca.

El Corregidor desta comarca suele serlo también de la villa de Oropesa, en Huanca Villca, por caer en su distrito. Es obispado y hay cuatro conventos de religiosos: uno de Santo Domingo y otro de San Francisco, y otro de Nuestra Señora de las Mercedes, donde hay una imagen muy devota, de muchos milagros, y otro ahora nuevamente fundado de la Compañía de Jesús, por orden y gasto de don Antonio de Raya, obispo del Cuzco, y un monasterio de monjas de Santa Clara, que fundó y labró a su costa Antonio de Ore, vecino de ella, y dos parroquias de indios; rodéanla muchas huertas y jardines. Llamábase en su primera fundación Pocra. Desta ciudad se sube a la ciudad del Cuzco, y se pasa por el muy fértil valle de Andaguailas, indios chancas de la Corona Real, y de allí

al valle de Abancay, lleno de ingenios de azúcar, puesto en el camino Real del Inca, de regalado temple donde hay haciendas muy ricas.

CAPITULO XXVI

De la ciudad de Nuestra Señora de la Paz y su descripción y nombre antiguo de Chuquiapo

Aunque ahora, conforme el orden que va corriendo en las ciudades deste Reino, se seguía el Cuzco, pero por haberlo puesto en el primer lugar, como cabeza destas provincias, habremos de saltar adelante. Después del Cuzco se sigue la provincia de los Canas y Canches, muy rica de ganado, y tras ella la del Collao, llana, llena, grande y rica, porque es la provincia de mayores pueblos de indios más ricos y poderosos del Reino, a causa de la mucha contratación y del infinito ganado de la tierra que por ella se cría, con que se trajina el vino, coca, azúcar, harina, maíz y demás bastimentos. Es esta provincia, y todas las más que se siguen hasta Potosí, frígida y estéril de maíz y trigo, pero abundante de papas y chuño. Hay por toda ella muchas estancias de ganado de Castilla, ovejuno y vacuno. Cayó en gran manera de su prosperidad con la ruina de Arequipa, que era negocio de excesivo interés el del trajín del vino y muchos hombres ricos quedaron pobrísimos.

Pasada esta provincia, entra la de Chucuito que también es Collao, y tiene una ciudad en ella que se llama Chucuito, aunque es pueblo de indios. Los pueblos desta provincia son grandísimos y hay en ellos a tres y cuatro sacerdotes que los doctrinan. Esta provincia tiene título de gobernación, y al remate que se sale della, entra el distrito de la ciudad de la Paz, por otro nombre Chuquiapu, de quien vamos tratando. El nombre de Chuquiapu, aunque corrupto por los españoles llamándola Chuquiago, le tuvo desde el tiempo que los Yngas la conquistaron con la provincia del Collao. Cuando el Ynga Huayna Capac entró a este asiento donde había infinitos indios, adoraban un cerro que está en el dicho Apu. Como algunos indios del Cuzco entendiesen que en el cerro había mucho oro, dijéronle al Ynga, el cual mandó juntar muchedumbre de indios y cavar en él, y así saco grandísima cantidad de oro, y desde entonces se llamó Chuquiapu, que significa: señor de oro, porque chuqui es el oro, y apu, señor.

Después, cuando el licenciado Pedro Gasca vino a este Reino contra Gonzalo Pizarro, que le tenía tiranizado, y en Xaxaguana, cuatro leguas del Cuzco, le desbarató, prendió y mandó cortar la cabeza, sabiendo la riqueza deste asiento, y la mucha comodidad que había para poblar en él, mandó al mariscal Alonso de Alvarado, caballero del hábito de Santiago, que fundase allí una ciudad con nombre y título de Nuestra Señora de la Paz, por haberse poblado en tiempo que el Reino estaba quieto y pacífico, y le dio y puso en ella vecinos encomenderos, repartiendo entre ellos los indios comarcanos. Es ciudad de muy buen temple y de grandísimo regalo, y hay en ella muy nobles caballeros e hidalgos. El lenguaje que hablan, y en todas las provincias de su distrito hasta Potosí y los Charcas, es el aymara, lengua fácil y copiosa, y en esta ciudad se habla con toda la pulidesa y elegancia que la quichua en el Cuzco. Hay cinco conventos de religiosos: de Santo

Domingo, San Francisco, San Agustín, Nuestra Señora de las Mercedes, donde tiene una imagen de muchos milagros, la Compañía de Jesús, y un hospital muy bueno, dos parroquias de indios: una dicha San Pedro, que tienen a su cargo religiosos franciscos. Otra de San Sebastián, hase erigido al presente por Catedral, y es un obispado de buena renta.

En su distrito, habrá cuatro años, se han descubierto unas riquísimas minas de plata, tas cuales en breve han dado de sí mucha abundancia de barras. Se ha poblado en ellas una villa llamada Hururo, de quien se tiene grandísimas esperanzas que a de ir muy adelante, y que será negocio de una prosperidad notable, y el día que se les repartiesen indios, para su labor sería sin número el metal que se beneficiaría, porque el que ahora se saca y labra, como son los indios a mucha costa, es poco y de mucho valor, y se deja el que es de menos valor, aunque es mucho en cantidad.

Diez leguas antes de llegar a esta ciudad se remata la famosa laguna de Titicaca (por otro nombre de Chucuito), por estar en su ribera muchos y muy grandes pueblos, y el maíz nombrado es Chucuito. Pero sin duda es más famosa, ilustre y célebre, por tener en un rincón de sí la famosa imagen de Nuestra Señora de Copacabana, en un convento de religiosos agustinos, donde hubo antiguamente una frecuentadísima huaca y adoratorio, a donde concurrían los indios como en romería, y ahora de todo el reino van a visitar a la sagrada imagen de la Madre del Verbo, Hijo de Dios, la cual ha resplandecido con infinitos milagros. Se ven cada día prodigiosas maravillas de enfermos, lisiados, cojos, tullidos y mancos, que acuden a la Virgen Santísima, al remedio de sus trabajos, y hallan en ella amparo, refugio y consuelo, como en Madre de Piedad, y así españoles e indios frecuentan de manera aquella Santa Casa, que apenas se vacía de peregrinos y necesitados, como en Italia la Ilustrísima Casa de Loreto, y en España Monserrate, Guadalupe y otras celebradas, para que en todas las provincias del mundo sea honrada y ensalzada esta Señora, y todas las naciones experimenten sus favores e intersecciones.

CAPITULO XXVII

De la villa rica de Hururo y de su descubrimiento

Este asiento y villa de Hururo es otro nuevo Potosí, así en grandeza de edificio, gente y bastimento, como de riqueza, donde, en tiempo del virrey don Francisco de Toledo, se labró una mina de fundición llamada San Miguel, aunque después se despobló, que sólo quedaron allí en las fundiciones, y labrando estas minas, Sebastián Márquez y su yerno Diego de Alemán, hasta el año de mil y seiscientos y tres, que Francisco de Medrano y Diego de Medrano y Juan de Medrano, hermanos que residían en las minas de Sicasica, fueron a aquel asiento de San Miguel de Hururo, que así se llamaba, a catear los cerros, que son siete, asidos unos con otros que hacen una isla, por noticia que tenían de que había en aquellos cerros minas antiguas, labradas por los indios en tiempo del Ynga. Así descubrieron grandes montes y tierras que por azogue se beneficiaba, y asimismo descubrieron muchas vetas tapadas a manos de los indios, que destapándolas se hallaron

pozos a sesenta estados y a menos, llenos de tierras ricas con que las tapaban, y así publicaron estas riquezas.

Era en esta sazón Corregidor de aquella provincia de Paria don Polo Ondegardo y, dentro de un mes, le sucedió el contador Francisco Roco de Villagutierre y, como se fue publicando esta riqueza, aunque no la creían, acudieron a ella hasta diez y seis hombres, como fueron Francisco Marmolejo, Julián de la Carrera, Francisco de Tordesillas, Andrés de Cañizares, Luis Sánchez Bejarano, Gerónimo Galeazo, Francisco de Sepúlveda y otros mineros, todos de Potosí. En este tiempo gobernaba don Luis de Belasco estos Reinos, y de ahí a poco tiempo vino el conde de Monterrey.

Habían ido toda esta gente limpiando la mina de Pie de Gallo y la de San Christóbal, en que se halló el metal muy rico, y con esta riqueza se avisó al Virrey, conde de Monterrey, y escribió una carta a todos los mineros que no desamparasen aquellas minas, que él les haría merced en nombre de Su Majestad, y que viendo estaba una visita que había hecho el capitán Gonzalo de Paredes Hinojosa por orden del presidente Maldonado. Murió de ahí a pocos días este virrey, y así la Audiencia de la ciudad de Chuquisaca tomó el gobierno de su Audiencia, y, entre las cosas que ordenó, mandó a don Manuel de Castro y Padilla, oidor, que fuese a Hururo y visitase aquellas minas y que, siendo tales como se decía, las poblase. Así bajó a Horuro, por agosto de mil y seiscientos y seis, y habiendo hecho visita de las minas y ensayos de los metales, y estando satisfecho de su riqueza, pobló aquel asiento y repartió solares y alzó horca y cuchillo, en nombre de Su Majestad, e hizo Cabildo y regimiento de dos Alcaldes de la Hermandad, porque ya en esta ciudad, en aquella sazón, había más de doscientas casas, y en ellas más de seiscientos hombres casados y solteros. También había religiosos de todas las órdenes y padres de la Compañía de Jesús. Así les dio cuadras y solares, donde hoy hay grandes conventos, una Iglesia Mayor y vicario, con seis clérigos y más de dos mil españoles y gran suma y multitud de indios y muchas parroquias. Hay oficiales reales, y el día que don Manuel hizo este Cabildo y pobló esta villa, le puso por nombre San Felipe de Austria, que fue día de Todos los Santos, primero de noviembre del año de mil y seiscientos y seis. Es tierra fría, aunque saludable, y han ido en tanto crecimiento sus minas que compiten con Potosí y, para haber tan poco tiempo que se fundó, es cosa admirable la población y gente que hay en ella.

CAPITULO XXVIII

De la villa de Oropesa y Canata, en el valle de Cochapampa

Este valle está en el distrito y jurisdicción de la ciudad de la Plata, cuarenta y ocho leguas della. Es el más rico y fértil y lleno de bastimentos de cuantos se conocen desde Lima a Tucumán y, si no fuera el socorro que le da a Potosí, Horuro, Chuquiabo y la provincia del Collao, fuera imposible sustentarse en ellos, ni tener lo necesario tanta multitud de gente como encierran en sí. El nombre de Cochapampa túvole en tiempo de los yngas, y dióselo Huaina Capac porque habiendo estado algún tiempo entretenido en aquel memorable edificio de Tiahuanaco, visitando la provincia de los Charcas, para ponerla

en orden y concierto, y llegó al valle de Cochapampa y, para atravesar el valle, había una laguna grandísima que casi cerraba el camino (ellos la llaman Cocha), y Huayna Capac, no queriendo rodear ni torcer el camino, mandó se secase luego, y sus capitanes de aquel infinito ejército, oído y sabido su gusto, dieron orden por todas las compañías que se juntasen cada indio e india con un cántaro, para que la secasen; lo cual hizo aquel gentío sin dilación. Puestos alrededor de la laguna con sus cántaros, fue tanta la priesa, que en menos de seis horas secaron la laguna sin que en ella quedase gota de agua y, como tuviesen los cántaros llenos de agua, un orejón principal se llegó al Ynga y le preguntó que qué harían del agua, y él mandó buscasen alguna quebrada donde la echasen. El orejón a poco trecho la halló, y todo el ejército junto fue y la vertía, tornando a hacerse una espaciosa laguna, la cual duró algunos días, que se fue consumiendo, como era lugar seco y arenoso. La laguna que habían agotado, la allanaron e hicieron en ella una plaza ancha y llana, y por eso fue llamado Cocha Pampa, donde los españoles poblaron una villa muy rica, a cusa de que está rodeada ella, y lleno su distrito de extendidísimas y grandes chacaras que, sin duda, en fertilidad y grosedad de tierra no debe nada a la celebrada Sicilia, antiguo granero de los romanos, porque refiere haber acontecido, de un almud de trigo haberse cogido cuatrocientas hanegas, y al presente se cojen más de ducientas. Tiene muchas crías de ganados, vacas, ovejas, caballos, cabras, asnos, mulas, y las chacaras y heredades están pobladas de indios que dicen yanaconas, los cuales viven allí con mucha libertad. Es de lindo temple y recreación. Hay conventos de religiosos de todas órdenes. Hubo allí antiguamente una cría de ganado reservado y consagrado al Sol, y otro para tener carne en tiempo de las guerras. Esta villa, como dije al principio, da bastimento y comidas a las partes referidas suficientísimamente, porque son grandes las recuas y carneros que della salen todos los días, cargados de trigo, harina, maíz y carnes.

CAPITULO XXIX

De la ciudad de San Miguel de la Plata, provincia de los Charcas y nuevo reino de Toledo

Aunque esta ciudad, de quien hago el presente capítulo, es la última del Reino del Perú por esta parte de la sierra, he querido tratar de ella ahora, reservando hacer mención de la imperial villa de Potosí en el último lugar, como a tan ilustre y famosa. Dicen los viejos antiguos, que antiguamente se llamó Chuquiçapa, por haber habido en aquel asiento muchas chacaras y minas de oro, el cual se llama

Chuqui, y por eso tuvo por nombre Chuquiçapa, que significa: lleno y abundante de oro. Por ser la gente de las chacaras, en cuya provincia está, gente algo sospechosa de hurtos, el Ynga mandó fuesen allá mucha multitud de gente de los naturales del Cuzco, y con ellos también muchos yngas y descendientes suyos, los cuales hasta hoy han permanecido allí, y son conocidos por tales y respetados.

Otros dicen se llamó Chuquichaca, por haber allí una puente de oro, que eso significa; pero desta puente no hay al presente memoria, donde fuese. Quizás los indios, cuando los españoles conquistaron este Reino, sabiendo la codicia insaciable que traían de oro y

plata, la deshicieron y ocultaron, para que no viniese a sus manos, como se entiende a esta causa haber grandes tesoros escondidos en el Reino.

Los españoles, al principio, fundaron allí una ciudad que, por estar en provincia tan rica de oro y plata, le dieron este nombre y con mucha razón, pues en su distrito hay y ha habido tanta que, si no se hubiera sacado, pudieran las casas estar enladrilladas de barras. Es de lindo temple y muy hermosa; tiene alrededor mucho número de chacaras, haciendas y heredades, que valen a sus dueños gruesísimas rentas, porque todos los frutos van a parar a Potosí, que está diez y ocho leguas della, donde se gastan y consumen en tiempo de aguas. Es sujeta a rayos, por lo cual es su habitación algo peligrosa, que acaecen desgracias, y así tienen por abogada a la gloriosa Virgen y mártir Santa Bárbara. Reside en esta ciudad una Chancillería Real con un presidente y cuatro oidores y un fiscal, los cuales oidores también hacen oficio de alcaldes de Corte, como en la Audiencia de Quito, y tienen de salario cuatro mil pesos ensayados cada año, y acuden a ella de todo el distrito de las Charcas, que empieza desde el Collao, pasados los Canas y Canches, y comprende grandes corregimientos de indios, como son la Recaja, Orcosuyo, Omasuyo, Huarina, Chucuito, Chuquiago, que es la ciudad de la Paz, Pacajes, Carangas, Cochabamba, Tarija, Arica, Atacama, Porco, Potosí, Santa Cruz de la Sierra, Tucumán y Paraguay.

Es arzobispado; dividióse en tres que son: en esta ciudad, en la Paz y en Santa Cruz de la Sierra; y afirman que, cuando era sólo un obispado, tenía más de cincuenta mil ducados de renta. Tiene por sufragáneos el obispado de la Barranca, el de la Paz y el de Tucumán y Paraguay. Hay cinco monasterios de religiosos de Santo Domingo, San Francisco, San Agustín, Nuestra Señora de las Mercedes, y en él una imagen de muchos milagros, y la Compañía de Jesús y uno de monjas agustinas y hospital de descalzos de San Francisco. Ha habido prelados santísimos, desde el primero que fue Fray Domingo de Santo Tomás, gran teólogo y persona celosísima del bien de los naturales, Fray Alonso Granero Davalos, Fray Alonso de la Cerda, todos tres dominicos, don Alonso Ramírez de Vergara, clérigo, y el último Fray Luis López de Solís, agustino, que murió en Lima antes de llegar a su iglesia, que venía de su obispado de Quito. Hay vecinos encomenderos en esta ciudad, muy ricos en renta, en quien están encomendados los indios comarcanos y de su distrito, los cuales, como tengo dicho, en los valles que hay alrededor tienen grandes heredades. Hay mucho concurso de españoles que acuden a sus negocios en grados de apelación, y los corregidores del distrito a sus residencias, y Potosí que es causa que no haya ido la población desta ciudad en grande aumento, a causa que como allí se saca la plata y corre la moneda, todos concurren a ella.

Más adelante está la villa de Tarija, población moderna, cuarenta leguas de la Plata, donde hay monasterios de religiosos de las órdenes mendicantes, y están como en frontera de los inquietos chiriguano, que hacen allí muchos saltos en las chacaras y aun se atreven a llegar a la villa, aunque los hostigan della; pero cada día se va allanando más la tierra y asegurando los caminos, que antes, con dificultad, se podía pasar de la Plata a Tarija, si no era en tropa o con escolta. De aquí se saca mucho ganado vacuno que se lleva a Potosí y allí se gasta. Luego empieza el camino a la provincia de Tucumán y el Paraguay, pobladas de españoles, y con muchas ciudades y sus gobernadores puestos por

Su Majestad y dos obispados, pero estas provincias ya no pertenecen al Reino del Perú, porque los yngas no siguieron sus conquistas ni pasaron de la provincia de los chiriguanaes, que por allí tuvieron sus límites y fronteras con guarniciones de soldados ordinarias por los incurosos de esta gente, aunque destas dos gobernaciones recurren a la audiencia de la Plata en los negocios de apelación y en otros de calidad, para que se determinen, y así están sujetas a ella, aunque al presente, poniéndose chancillería en el Reino de Chile, ocurrirán a ella como más cercana destas provincias.

CAPITULO XXX

Del rico y afamado Cerro de Potosí y de sus grandezas

Sin salir ni exceder de los límites de la verdad, podré afirmar que esta villa imperial de Potosí, de quien se tratará en este capítulo, es la más rica, opulenta y célebre que se conoce en todo el orbe, y que más rentas da a su Rey y más plata ha salido della sola, que de todas las del mundo juntas, y aun se puede decir que ella enriquece a toda Europa, Asia y África, porque de los residuos de España se reparten a las demás provincias, y a España bien se sabe que la hinche el cerro de Potosí de barras que dél salen cada año. Refieren algunos que el año de mil y quinientos y cuarenta, poco más o menos, o el de cuarenta y tres, según otros, se descubrió este famoso mineral en esta manera: Hernando Pizarro, hermano del marqués don Francisco Pizarro, que tantos años vivió preso en la Mota de Medina del Campo, estaba en el asiento de Porco, siete leguas de Potosí, con muchos españoles, beneficiando aquellas riquísimas minas (que si no hubieran dado en agua, fueran las más prósperas del reino), y de allí, teniendo necesidad de comida, envió un yanacona suyo que comprase maíz en Chuquisaca, y este indio con otro yanacona de un Diego Mateos, que llamaron el rico, con algunos carneros fueron, y tomádoles una noche junto a este cerro de Potosí, durmieron junto adonde ahora está poblada la parroquia de San Benito, porque, todo lo que es población al presente, era cenagal y, habiendo soltado unos carneros que llevaban, el uno dellos se fue subiendo el cerro arriba que estaba lleno de quinales, arbolillos del Perú, en las Punas, y uno destos dos indios fue a recoger los carneros para cargarlos, y como halló menos, fue a buscar por entre los quinales, hasta que llegó a la veta y mina que dicen de estaño, donde halló su carnero y, advirtiéndolo en las señales, como indio que trabajaba en metales, sacó un poco y lo trujo a su compañero y se lo mostró. Vueltos a Porco y habiendo molido un poco de metal que llevaban, lo guairaron y sacaron dél mucha plata. Teniendo noticia los españoles dello, fueron a reconocer el cerro y a darle catas, para ensayar los metales dél, y acudiendo a la medida de su deseo, se empezó a poblar un asiento y después, en diferente lugar, la villa, que es donde estaba el cenagal. Se ha ido aumentando de suerte que hay hoy en ella tantos españoles, como en la mayor ciudad del Reino y que en la de los Reyes.

El cerro es solo, sin tener alrededor ninguno que se le junte. Es redondo y a modo de un pan de azúcar. La una parte dél está al oriente y la otra hacia el norte. Desta parte se hallaron las primeras vetas y las más principales, y fueron cinco: la del estaño, la Veta Rica, la Muiza, la de Mendieta, la de Sojo. Destas vetas salen grandísimos ramos que

tienen atravesado todo el cerro, y corren de norte a sur, y es tanta la grandeza dél, que toda la tierra y piedras movedizas y fijas que hay en él, arriba y abajo y en la misma villa, por donde quiera que fueren, tienen ley de plata y se pueden beneficiar.

De las vetas principales, como he dicho, salen infinitos caminos y veredas de plata con diferentes nombres, conforme han sido los descubridores, y aún hoy en día se descubren más. Los nombres de algunas se pondrán, aunque no de todas, porque son sin número, y acontece en una veta haber treinta y cinco socavones y nombres diversos. De la Veta Rica salen la de Centeno, el socavón del Rey, Chinchilla, Antona, la de Berrio, Nuestra Señora de Gracia, Santa Bárbara de Arriba, el Espíritu Santo y otras muchas que se labran por el socavón del Rey, y por el de Centeno y las demás. De la veta Muniza, el socavón de Juan Ortiz Lobatopo, San Pedro y San Pablo, San Christóbal, Nuestra Señora de los Remedios, Pancorbo y otros muchos. De la de Mendieta y Sojo salen los Flarencos, Patero Sojo, los Ciegos de Abajo y Arriba, Sibincos, el Limpio, las Animas, San Antón, San Francisco, el Purgatorio y otras muchas. Así al mediodía de la veta del estaño salen: San Juan, la Pedrera, el socavón de Mondragón, San Juan del Estaño, Santa Bárbara, las Amoladeras y otras muchas. Hacia la parte de poniente también está pegado a este gran cerro, otro, como a la cuarta parte, del que sale como teta de mujer, y nace del mismo, sin haber división, y le llaman Huaina Potosí los indios, que significa Potosí el mozo. Está hacia el norte y tiene muchas vetas de plata y, si no es del pueblo, no se ve porque, como he dicho, no hay división alguna.

La color del cerro es de leonado obscuro. Tiene, desde el pie a lo alto, una gran legua de subida y de redondo, por encima de Huaina Potosí, dos leguas y por el pie habrá tres leguas largas de rodeo.

Las vetas están en doscientos estados, unas más o menos, conforme en ellas se fue hallando la riqueza, y las que están de las dos tercias partes para abajo, dan en metales negrillos, y las que caen a la parte del poniente y del sur y muchas que están a levante, y ninguna dellas ha dado en agua, hasta el día de hoy, que ha sido el origen y causa, por donde se han seguido y sustentado y, si la ventura hubiera ordenado que se atinara en el beneficio de los metales negrillos, y a ellos se pudiera sacar la grandísima riqueza de plata que tiene escondida, es, sin duda, que se sacara de sólo Potosí, y valieran sus rentas más que toda Europa. Pero no ha querido la majestad de Dios se descubra, para reprimir la soberbia de los españoles, y poner límite en la sed insaciable de dineros que tienen, y creciera con el crecimiento de la plata.

Los cerros más cercanos a éste son los de Caricari, a una legua de la otra parte de las lagunas, hacia el oeste, con vetas de plata, que algunas se labran. El cerro de Guariguari está a cinco leguas, con vetas de plata y de cobre que se benefician. Andacahua está tres leguas, otro cerro con muchos metales negrillos. El de Hachachiri, a dos leguas, con los mismos metales, y el de Tullosi, así mismo abundante de negrillos, y el de Masnisa de nueve leguas, de Box y otros muchos llenos de minerales ricos, si se diese en beneficio.

El nombre que antiguamente tuvo este ilustre cerro, más que todos los del mundo, fue Potoche, y hoy día indios viejos lo conservan. Los españoles, corrompiendo el vocablo, le

llamaron Potosí. Deben de pasar los socavones que hay hoy en él, de más de dos mil y, entrando en ellos, a de ir el hombre con una candela en la mano por las escaleras hechas de cueros de vaca, por tan diferentes partes y lugares tan oscuros y tenebrosos, que aun los muy cursados pierden el tino y se pierden. Hay algunas angosturas, de suerte que apenas un hombre hechado de barriga cabe por ellas. En fin, lo que en la mina pasa, es un retrato de infierno, en obscuridad y confusión, y todo les parece a los que allá andan rosas y flores a trueque de sacar plata. Los mineros que andan en la labor en estos socavones que son criados de los señores de mina, pasarán de setecientos, los cuales tiran grandísimos salarios. Trabajan ordinariamente en las minas de doce mil indios arriba. Los ocho mil son barreteros, y los demás llaman apires, que son los que cargan los metales. Gástanse cada día en el cerro más de mil y quinientos pesos de candelas de sebo, sin las que se gastan en el pueblo y en los ingenios.

Tiene el cerro una capilla dedicada al seráfico padre San Francisco, con riquísimos ornamentos y aderezos de plata, en la cual todos los jueves se dice misa y, para oírla, se juntan los mineros e infinitos indios, porque los domingos y sábados en la tarde bajan del cerro a la villa, y está aquel camino que no cabe de gente. Llevan al cerro todos los regalos que se pueden comer en las más abundantes ciudades de Europa, indias viejas y mozas, y no quieren por ellos dineros, sino a trueque de metal para rescatar abajo, y así están allí proveídos de lo necesario. Toda la semana suben y bajan carneros cargados de metal para los ingenios, sin que en ninguna hora del día falten.

Tiene Su Majestad en este cerro un alcalde mayor de minas y tres veedores, que atienden a mirar los socavones y a componer las diferencias que resultan de la labor entre los mineros, cuando allá se encuentran, y amparar y favorecer los indios. Hay un protector general y un defensor y contador de granos. Ya hemos dicho algo de lo que toca al cerro, bien será que bajemos a la villa a tratar de sus grandezas.

CAPITULO XXXI

De la villa imperial de Santiago de Potosí

Esta famosa y riquísima villa la pintan con una águila imperial y una corona en la cabeza y, según entiendo, le dio estas armas el invictísimo emperador don Carlos Quinto, y sus dos columnas. El edificio della comúnmente no es pulido ni labrado con gasto, porque, solamente los que en ella viven, han puesto la mira en sólo sacar plata y más plata, e irse a gastarla a otros lugares deste Reino de mejor temple y a su naturaleza, y así curan poco de edificar, y sólo las iglesias son de fábrica costosa. El temple desta villa es áspero y desabrido, especial en los meses que corren unos aires arrebatadísimos que llaman tomahabis, que se llevan las casas. No produce esta villa fruto ninguno de la tierra, sino sólo plata: pero no por eso le falta ninguna cosa necesaria a la vida humana, porque a siete, diez, doce y veinte leguas, tiene valles fertilísimos que la proveen de harina, maíz, cebada y de todos los géneros de frutas de la tierra y de Castilla que se pueden desear, y las tiene todo el año, sin que se sienta falta; y las quebradas y llanadas de leña la sustentan de carbón. Hay unas salinas a nueve leguas, que la hinchen de sal.

Tiene siete lagunas hechas a mano y con artificio de los españoles con que muelen los ingenios, porque las aguas en Potosí son de tres a cuatro meses. Hay cerca de más de dos leguas de piedra de amolar, necesarísimas para deshacer el hierro, y hacerlo harina, con que se benefician los metales.

La iglesia mayor es mediana, aunque había de ser mayor para la gente que encierra la villa, pero riquísima de ornamentos costosos. La lámpara que arde delante el Santísimo Sacramento tiene cuatrocientos y veinte marcos de plata, y otras dos: una de Nuestra Señora de la Concepción y otra del Sacramento de a cien marcos. La capilla de Santa Ana la adornan tres lámparas de ochenta marcos cada una, y la de las Ánimas y San Crispín a otros ochenta; y esta iglesia es continuamente servida de más de treinta sacerdotes, sin los curas y sacristanes y su vicario, que gozan de obvenções y provechos muy ricos. También hay buena música con instrumentos, y todo lo que se requiere al culto divino abundantemente hay con que se ilustra, más cinco conventos de religiosos: dominicos, franciscos, augustinos y de Nuestra Señora de las Mercedes, donde está una imagen muy devota, que hace infinitos milagros, y Compañía de Jesús. Todos con lindos ornamentos y todo cuanto se puede pedir para ser bien servidos y, en ellos, famosos predicadores y observantísimos religiosos, que sustentan la villa y son murallas contra el poder de Satanás, que allí lo procura extender cada día más.

La villa tiene por nombre Santiago, y los Patronos y abogados principales son: la Concepción Inmaculada de la Virgen Nuestra Señora y el gran doctor de la iglesia San Agustín y Santa Bárbara. El hospital no se sabe si en todo el mundo le haya más rico, porque pasan de cuarenta mil pesos de renta los que en él se gastan cada año, sin las limosnas; y así es muy bien servido de todos los ministros que hay en él, y siempre el médico principal es de los más experimentados del Reino, y son los enfermos curados allí con mucho amor y regalo, y ninguno que sea pobre sale de allí desnudo, que son tantas las limosnas que acuden de personas caritativas, que lo podrán vestir de plata y oro. Hay catorce parroquias de indios alrededor de la villa, que son: Nuestra Señora de los Carangas, San Bernardo, San Martín, Nuestra Señora de Copacabana, San Pedro, San Pablo, San Juan, San Sebastián, la Concepción, San Francisco, San Christóbal, Santiago, Santa Bárbara, San Benito y otra iglesia de San Lázaro. Estas parroquias están muy bien adornadas con ornamentos muy ricos y lámparas de plata, muchas cofradías muy bien servidas, y tienen los curas de salario ochocientos pesos ensayados, pagados en la caja real, sin su pie de altar, que en algunas llega a tres y, cuatro mil pesos, y así estos beneficios son muy estimados y, pretendidos.

Reside en esta villa un corregidor con cuatro mil pesos ensayados de salario, y siempre suele ser un caballero de hábito de gran valor y brío, que es bien menester para la gente que en ella hay, porque debe de ser clima que influye sobre aquella villa y su distrito que, entrando en ella un hombre pobre y desventurado y de naturaleza cobarde, en el instante que la pisa, se le levantan los pensamientos a no estimar la plata ni hacer caudal della, y a parecerle que él solo es bastante a pelear con un batallón de hombres armados. Tiene sus alcaldes ordinarios y regidores y un fiel ejecutor, cuyo oficio se vendió en sesenta mil pesos ensayados, y el alferasgo de la villa, en otros sesenta mil, y la vara de alguacil

mayor que cría otros puestos dieciséis menores, en ciento y veinticinco mil ducados de Castilla.

Las Casas Reales son lo principal de la villa, donde viven factor, tesorero y, contador de Su Majestad que tienen a tres mil pesos ensayados de salario. Tiene esta casa, dentro de sí, el almacén de los azogues, donde se recogen seis mil quintales, que se gastan cada año. También está la fundición y la casa del ensayador. Es fama pública que se fundirán en ella, cada año, sobre veinte mil barras, que salen de ochenta marcos cada una, de las cuales se paga a su Majestad el quinto y, se entiende, que del de alcabalas, azogues y otros derechos reales, le valdrá cada año tres millones, que es renta que muchos reyes de la cristiandad no lo tienen en todo su reino, y al Rey católico de España se la da sólo una villa.

Hay casa de moneda, que es única el día de hoy, en el Perú, donde del rey y de particulares se labra cada año más de millón y medio en reales. Tiene tesorero, cuyo oficio se vendió en sesenta mil pesos ensayados, y le vale de provechos de seis a ocho mil pesos cada año. Hay escribano de entradas, guarda mayor y menor, cuatro capataces, un ensayador, cuatro trujuleros y veinte negros del rey, sin otras personas que sirven, y todos con muy crecidos salarios. Por aquella puerta no se ve otra cosa, sino entrar piñas, y sacar barras hermosísimas.

Hay en la villa de Potosí, Tarapaya, que está dos leguas della, con un río y laguna junto a ella y ciento y cincuenta y ocho cabezas de ingenios que muelen con el agua que se trae de las lagunas, que he dicho, y diez y ocho ingenios de caballos. Cada cabeza de agua muele en el año más de treinta mil quintales de metal. Andan ocupados en cada ingenio en moler, cernir, repasar y quemar lo más cincuenta indios de día y de noche, treinta en cada ingenio. Para su avío, hay un carpintero, un beneficiador, un ayudante, un mayordomo mayor. Cada cabeza tiene ocho mazos con ocho almadenetas, que pesan cinco arrobas, sin infinitos pertrechos, que sería nunca acabar el referirlos.

Los indios, repartidos por cédulas de Su Majestad, son catorce mil y ochocientos, que nunca han de faltar y, para cumplir éstos, han de asistir al trabajo cuarenta y cuatro mil y cuatrocientos por el tiempo de un año, y éstos van de todas las provincias, de ciento y cincuenta leguas alrededor, al trabajo, conforme les cabe. Son menester tantos indios, porque se trabaja de día y de noche, que en los socavones siempre es noche; lo que se les paga a cada indio de repartición que trabaja en el cerro, son cuatro reales, y a los indios que se alquilan de su voluntad, que son infinitos y llaman mincas, si son apires, les dan un peso y, si un indio, obligado una semana, alquila otro, le da nueve pesos y más el jornal que el español le había de dar, y así al respecto.

En los ingenios tiene por orden Su Majestad tres reales y medio cada indio y, a los que se alquilan, a seis reales y, a los que echan metal en los morteros, a peso, y hay otras mil diferencias de pagas. Si acaso algún indio se muere por descuido del español a cuyo cargo está, paga una barra corriente de doscientos y cincuenta pesos, y ahora le añaden seis meses de destierro. Debe de haber ordinariamente en Potosí, estantes y habitantes, que trabajan de cédula o se alquilan, que entran y salen con comida, leña, carbón, paja y

otras cosas, más de ochenta mil indios y más de doscientas y cincuenta mil mujeres, y muchachos más de cincuenta mil. Habrá hasta ocho o diez mil españoles y mestizos y tres mil mujeres españolas, más de cuatro mil negros y negras, muchas tiendas de ropa de Castilla, y muchas más de la tierra; pulperos y regatones. Son sin cuento oficiales de todos oficios: zapateros, sastres, herreros, carpinteros, cerrajeros, plateros y panaderos. No se pueden contar; y todos ganan y todos enriquecen, y es cierto que, si guardasen lo que ganan, pudieran, todos los que he referido, dentro de muy pocos años, fundar grandísimos mayorazgos; pero con la misma facilidad que entra la plata en casa, sale que, como he dicho, crecen allí los ánimos para menospreciar la plata, y la expenden y desperdician sin orden, que acontece en una tarde jugar y gastar lo que en un año han ganado, y salir contentos y sin muestra de sentirlo.

Mataránse en la villa de Potosí cada semana doscientas y cincuenta vacas y carneros de la tierra más de quinientos sin los de Castilla que son infinitos. Vino sube de noventa mil botijas cada año, y de harina, trigo y maíz, cebada, papas, chuño y legumbres y frutas no hay aresmético que lo alcance. De leña pasan de quinientos mil pesos cada año, y de carbón trescientos mil. En el trajín de los metales se consumen cada año más de treinta mil carneros de la tierra, y de tablas y madera para aderezar los ingenios se gastan treinta mil pesos. Sólo concluiré en lo que es gasto, haberme certificado muchas personas antiguas en la villa que se gastan en una Pascua, las del año, más de cien mil pesos ensayados en colaciones, azúcares, dulces, conservas, regalos, vinos y convites y cenas, y que no hay semana que no pasen de veinte mil pesos de sola chicha, y que valga a los indios, que andan recogiendo por las calles y corrales excrementos de los hombres y animales, cada año más de treinta mil pesos, que parece cosa increíble, a quien no ha estado en aquella villa, y también lo parecerá, que la fuente del agua, que dicen de Castilla por ser dulce, sabrosa y sanísima, la cual está en el Empedradillo y tiene cuatro caños de agua, costó de traer de fuera del pueblo y hacer más de un millón. Este Empedradillo está junto a la Iglesia Mayor, y fue lo primero que se empedró, y coge todo el lado de la plaza hacia arriba, y a una esquina le cae la calle de los mercaderes y a la otra, la plazuela del hospital y el gato de la fruta, y está lleno de tiendas de confitería. Ha sido el teatro y centro, donde la ira ha tenido su trono y silla ordinariamente, por ser el lugar de más concurso de Potosí, y allí son los desafíos, las pependencias, las cuchilladas, las heridas, los palos, afrentas y muertes, y casi se tiene por refrán en el Perú, para llamar a uno valiente y bravo, decir: Es soldado del Empedradillo.

Sin las plazas principales, que son tres, hay otras veinte y nueve plazuelas, donde todo el día se venden todos los géneros de cosas y puede pedir la necesidad humana, y, con estar Potosí ochenta leguas de la mar, es proveído con exceso de pescado que le sobre, y aun a veces fresco, como si estuviera una o dos leguas no más. Hay en esta villa hombres riquísimos y que, entre semana, andan con un vestido pardo de paño, como si no tuvieran otro que ponerse, porque así se usa y, entrando en su casa, la hallarán lastrada de barras. Hay señor de minas, que paga de sólo salarios a criados más de ocho mil ensayados. También hay hombres pobrísimos, que se perdieron por no entenderse, o por jugar sus haciendas o por no querer trabajar; pero, al fin, ninguno muere de hambre. Finalmente, hay mucho bueno en esta villa y de limosnas y obras pías y de caridad que se hacen,

porque se dan cada año de limosna más de cien mil pesos, y mucho malo de maldades que se cometen en logros, usuras y malos tratos, nacidos de la codicia, raíz de todos los males.

Concluyendo con las grandezas desta villa imperial, ilustre y famosa, de quien se tiene noticia en todo el orbe, no ha querido la Virgen sin mancilla, abogada de los pecadores, que en ella falten sus regalos e intercesiones, porque hay imágenes della, que han resplandecido con famosos milagros: la de Nuestra Señora de las Mercedes, que en el cerro ha sacado indios que, habiéndose derrumbado la mina, era imposible salir ni sacarlos, y la de Copacabana ha hecho esto otras dos y tres veces; otra, Nuestra Señora de Guadalupe, de la misma suerte, y la Virgen del Rosario, que ha hecho en la vida muchos milagros, y la de la Limpia Concepción y la de la Piedad, que está en el mismo convento de Nuestra Señora de las Mercedes, que ha hecho dos patentísimos, y así son seis las imágenes que son tenidas en suma veneración, y se han hecho informaciones dellos para gloria de la Virgen, que en todo el mundo hace favores y mercedes a los que a ella se encomiendan de corazón. Y a estos indios, como amos flacos y miserables, cada día les va mostrando cuánto los quiere y ama, para que así se confirmen en la fe viva de su Hijo Unigénito Jesuchristo, Criador y Redentor de los hombres, y olviden los errores, pecados y supersticiones, en que por tantos siglos vivieron y murieron sus antepasados, y el demonio acabe ya de perder el dominio y señorío que gozó, antes que los Católicos Reyes de España envasen sus predicadores y ministros a convertir tanto número de almas como se perdían.

Con esto se acaba y fenece esta Historia General y Descendencia de los Yncas Reyes, que fueron destos Reinos del Pirú, y de sus Ritos y Ceremonias y Particularidades de sus ciudades, a honra del Omnipotente Dios, Criador de todas las cosas visibles e invisibles, y de Jesuchristo, verdadero Dios y hombre, su hijo unigénito y de la Serenísima Reina de los Ángeles, Virgen María, Patrona y Abogada de mi sagrada religión de Nuestra Señora de las Mercedes, Redención de Cautivos; y todo lo que en esta historia estuviere escrito va sujeto a la corrección de la Santa Madre Iglesia Católica Romana y, al parecer, de quien mejor lo entendiere.

Ad laudem del Omnipotentis, et S. V. MAP. de Mercede, Red. capt.-Anno a nativitate domini, 1613.